Ernst Nolte

FASCISMO

de
Mussolini
a Hitler

Esta obra del experto en fascismo Ernst Nolte enlaza más de 400 ilustraciones de la Marcha a Roma y la toma del poder nacionalsocialista hasta la derrota en 1945. Desde la “Guardia de Hierro”, la “Falange”, la “Cruz de la Flecha” y otros movimientos, hasta la fascización de Europa.

La mejor representación del curso, estilo, dinámica y tragedia de la época fascista, sus objetivos, métodos y su posición en la historia del siglo XX.

Ernst Nolte

Fascismo

De Mussolini a Hitler

ePub r1.0
Titivillus 20.02.2020

Título original: *Der Faschismus: von Mussolini zu Hitler. Texte, Bilder und Dokumente*
Ernst Nolte, 1968
Traducción: J. Ruiz
Ilustraciones: Ernst Nolte

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

ÍNDICE

EFEMÉRIDES DEL CAPÍTULO PRIMERO

1914

28 de julio-4 de agosto: Estalla la Primera Guerra Mundial (declaraciones de guerra de Austria-Hungría a Servia, de Alemania a Rusia y Francia, y de Inglaterra a Alemania, tras el ataque alemán a la Bélgica neutralizada de acuerdo con el derecho internacional. Otras declaraciones de guerra entre las «potencias centrales» y los Estados de la «Entente», hasta el 12 de agosto).

2 de agosto: Italia declara su neutralidad, jurídicamente legal a pesar de la «Tríplice».

26-30 de agosto: Hindenburg y Ludendorff derrotan al ejército ruso de Narev, que había invadido la Prusia Oriental, en Tannenberg. A pesar de unos retrocesos posteriores, a cargo sobre todo de los austríacos, significó la batalla el principio de una penetración en el Este que en el transcurso de dos años y medio llevó a las tropas de las potencias centrales hasta la línea Riga-Dünaburg-Baranovich-Tarnopol.

5-12 setiembre: La batalla del Marne detiene el avance alemán por tierras francesas y crea condiciones para una guerra de posiciones prolongada por espacio de más de tres años.

2G de setiembre: Benito Mussolini, hasta entonces director de *Avanti* y uno de los dirigentes del partido socialista italiano, se pronuncia por la intervención contra Alemania y es expulsado poco después del citado partido.

1915

26 de abril: Italia concierta con los aliados el tratado de Londres en el que se le promete el Tirol del Sur hasta el Brennero y grandes zonas de Dalmacia, pero no Fiume.

24 de mayo: Italia declara la guerra a Austria y da principio a unas hostilidades, bajo el mando supremo del general Cadorna, localizadas preferentemente en el Isonzo y el Trentino, muy costosas en víctimas y sin ningún relieve especial.

1916

Verano: Reelección del profesor de historia de Harvard, Woodrow Wilson, como presidente de Estados Unidos, bajo el lema «Nos mantiene fuera de la guerra».

29 de agosto: Hindenburg y Ludendorff en cabeza del Alto Estado Mayor del ejército alemán.

1917

8 de marzo: estalla la primera revolución rusa. Tras la abdicación del zar, se establece el llamado «gobierno doble» (Gobierno de los liberales y socialrevolucionarios por un lado y del consejo [soviet] de los delegados de los obreros y soldados, por el otro).

6 de abril: declaración de guerra de los Estados Unidos al Reich alemán como consecuencia de la reanudación de la guerra submarina sin limitaciones.

16 de abril: presencia de Lenin en Petersburgo y la enunciación de la denominada «tesis de abril», en la que en contraposición a las corrientes más intensas en el seno de su partido, solicita el final de las hostilidades y todo el poder para los Consejos (soviets).

6-7 de noviembre: segunda revolución rusa. Toma del poder por los bolcheviques. Hasta 1920, guerra civil y de consolidación del poder, en la cual tuvo que luchar el ejército rojo, formado por Trotski, contra los generales blancos Koltshak, Kornilov, Denikin, Vrangel y Judenish, así como contra la Legión checa al mando del general Gayda y la intervención aliada.

1918

8 de junio: los «Catorce Puntos» de Wilson.

Marzo-julio: gran ofensiva de Ludendorff en Francia para obtener un resultado definitivo en la suerte de la contienda.

A partir del 18 de julio: la iniciativa pasa a manos aliadas y se producen los primeros ataques masivos de las fuerzas americanas.

29 de setiembre: Ludendorff exige una inmediata petición de armisticio; vuelta del Gobierno alemán al parlamentarismo.

26 de octubre: destitución de Ludendorff.

9 de noviembre: Revolución en Berlín; dos días más tarde, firma del acuerdo de armisticio por Erzberger.

Diciembre: Wilson llega a Europa para las negociaciones de paz y es jubilosamente acogido por doquier.

1919

2-6 de marzo: congreso fundamental de la III Internacional en Moscú.

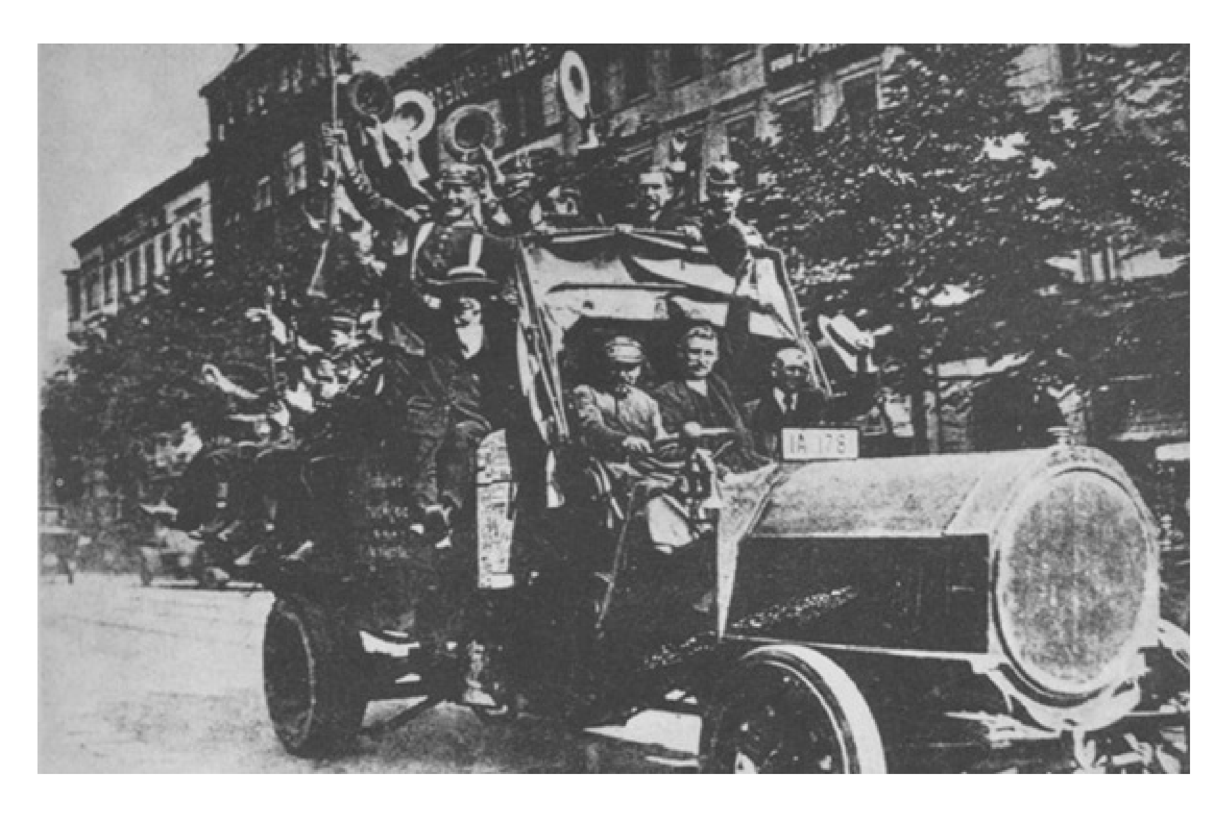
28 de junio: firma del Tratado de Paz de Versalles.

CAPÍTULO PRIMERO
PÓRTICO DE UNA NUEVA ÉPOCA: GUERRA MUNDIAL, REVOLUCIÓN RUSA Y TRATADO DE PAZ DE VERSALLES

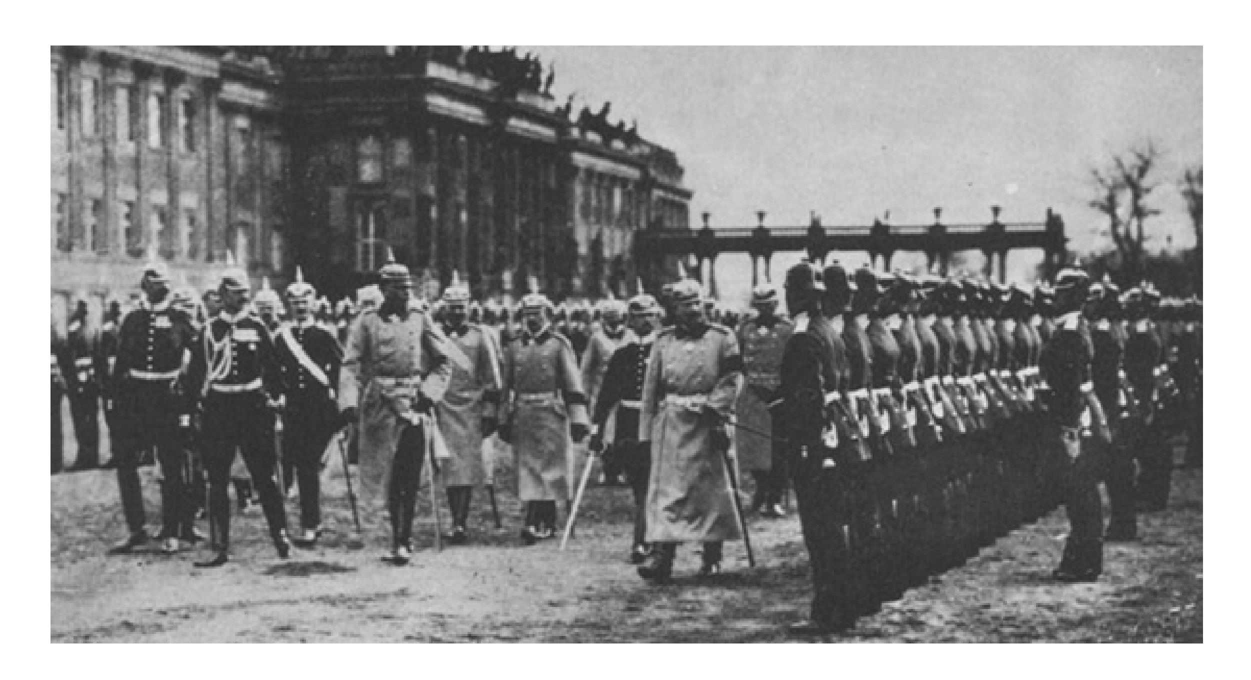
Muy pocos contemporáneos acertaron a darse cuenta, entre el 28 de julio y el 4 de agosto de 1914, de que una época se acercaba a su final; la nueva perspectiva que iba a aparecer tras el pórtico de aquella línea neta divisoria entre dos etapas, aparecía inevitablemente velada a sus ojos. Por vez primera desde las guerras napoleónicas, grupos antagónicos de potencias volvían a oponerse entre sí, y el progreso científico experimentado a lo largo del siglo XIX ponía en sus manos medios que el corso no hubiera podido siquiera soñar. Al mismo tiempo, la transformación democrática del Estado absoluto, que había sido otra de las grandes obras del siglo, obligaba a ampliar la dimensión de la guerra, de tal manera que tomaba parte en ella una mayor masa de población, tal como por otra parte había ocurrido con anterioridad en el amenazado París de la Gran Revolución o en la guerra de liberación prusiana. La primera consecuencia de la guerra fue una explosión de entusiasmo colectivo, que arrastró a casi todos los sectores de la población, fuera en Moscú o en París, en Londres o Berlín. Esta entusiasta explosión quebrantó por doquier las débiles líneas de resistencia de los que se oponían a las hostilidades y creó en los pueblos de Europa, que se creían amenazados por un inminente ataque, una unidad interior política, que dio al traste con la lucha de los partidos, corriente en los tiempos de paz y apaciguó, siquiera momentáneamente, la pugna encontrada de los distintos intereses.



Ocaso de la Europa monárquica: reunión de soberanos en 1912 a raíz del sepelio de Eduardo VII. (El primero de la izquierda, sentado, es Alfonso XIII; el cuarto, comenzando a contar también por la izquierda, el Kaiser Guillermo II, y delante de él, sentado, el rey Jorge V de Gran Bretaña. ¿Seguiría a la noche de la guerra mundial un alba democrática?).



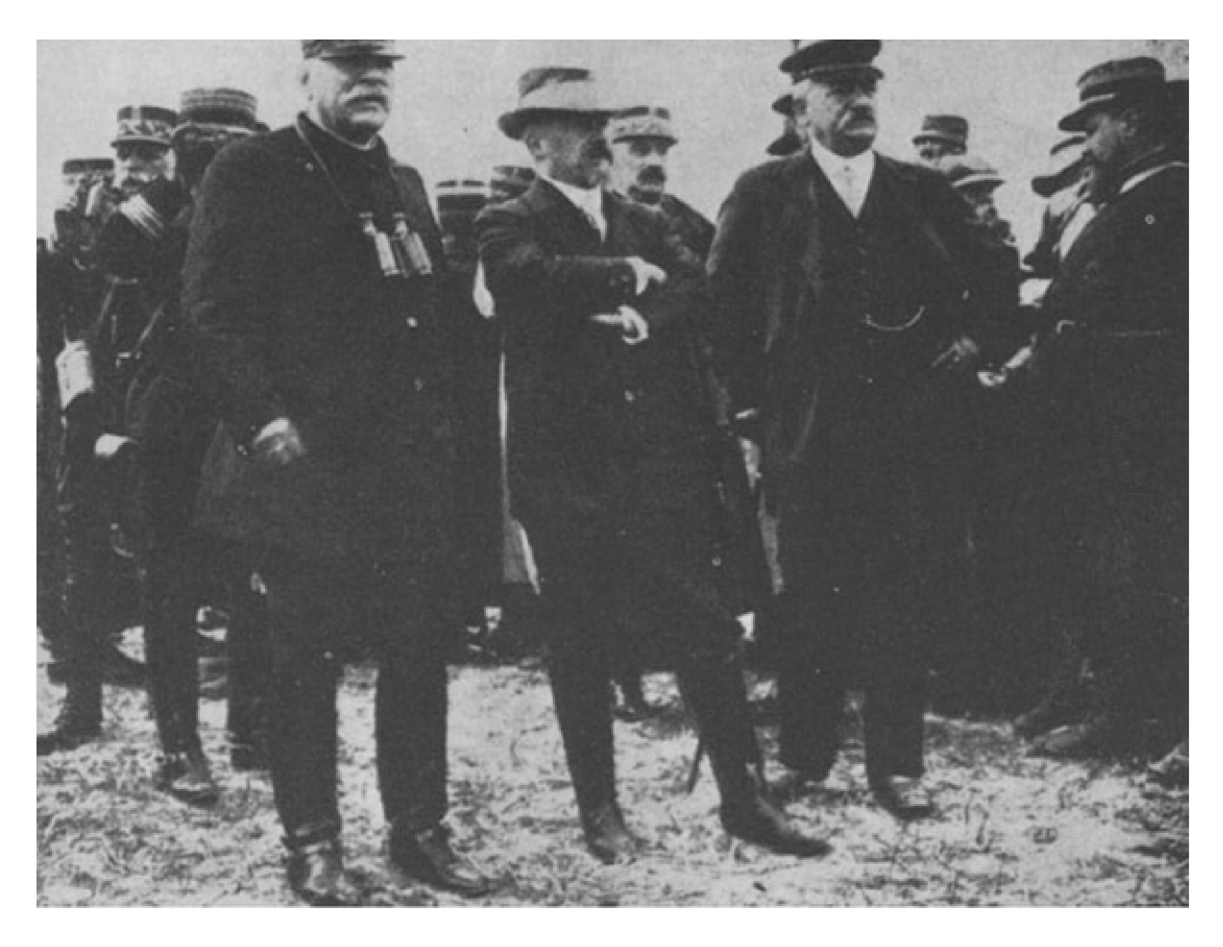
Entusiasmo por la declaración de guerra: voluntarios en Berlín. Agosto de 1914.



Un poderoso recuerdo para largo tiempo: el brillo del imperio alemán (Guillermo II pasa revista al primer regimiento de la Guardia, el 27 de marzo de 1913).

Pero aquel entusiasmo no fue idéntico por doquier. En Francia llevó el sello de la firmeza con que se afrontaba la eventualidad temida durante decenios, es decir, la invasión por parte de un vecino más poderoso, mientras que en Rusia adquirió la forma de una histeria de la débil burguesía, que aspiraba tanto a ver realizados a costa del enemigo exterior sus sueños paneslavos y de la gran Rusia, como hacer menos agobiante la pesada autocracia del interior. En Alemania, empero, se mezclaron sentimientos diversos: conciencia defensiva y tendencias conquistadoras, deseos de paz y amor a la guerra por la guerra, pues Alemania era al mismo tiempo el Estado nacional de formación más reciente y la potencia militar más poderosa del mundo, avanzada de la ciencia y amparo del Estado monárquico autoritario, cabeza del desarrollo industrial en Europa y zaguero en la envidiada conquista colonial del mundo; centro saturado del continente hegemónico del planeta e inquieto aspirante a «un lugar bajo el sol». Estaba representada, no inadecuadamente, por un monarca que amaba a un tiempo la paz y hacía sonar el sable; que gustaba celebrar «el brillo del imperio», y en el fondo sentía temor de la aventura; que creyó obligatorio secundar, en un sentimiento de solidaridad monárquica anacrónica desde hacía largo tiempo, el ataque de Austria a Servia y no guardaba, con su nerviosismo frívolo, parecido alguno con sus antepasados prusianos. Que Guillermo II deseara, en Alemania, la guerra, es algo que el tiempo ha revelado improbable; que con sus exteriorizaciones materiales y espirituales se convirtiera en centro de aquella

guerra, es algo que por mucho que transcurra el tiempo no podrá ponerse en duda.



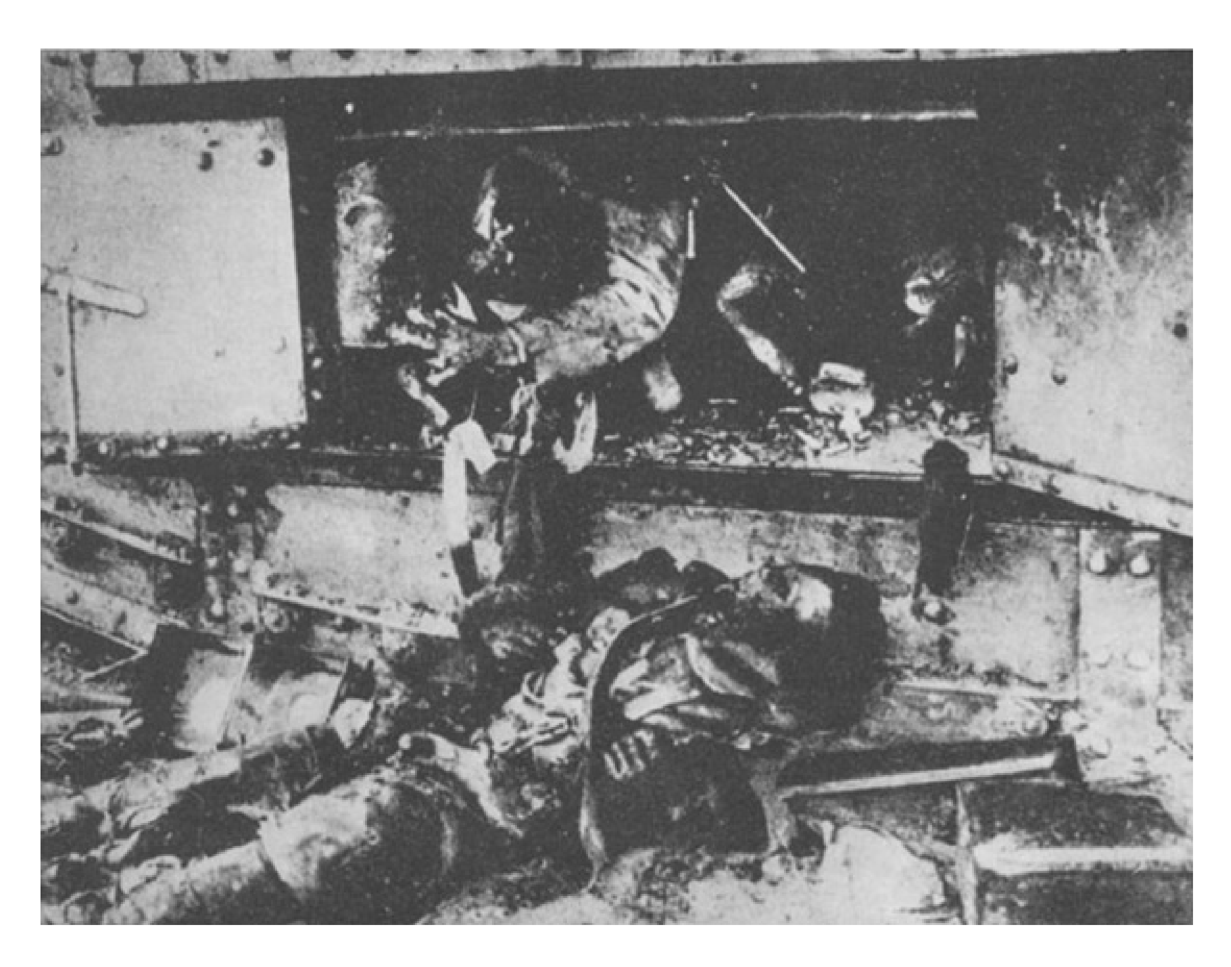
Generales de la República Francesa. (En primer término, el jefe del Estado Mayor, Joffre; el presidente Poinaré y el ministro de la Guerra, Etienne, en las maniobras de 1913).



Entusiasmo a raíz de la declamación de Guerra: reservistas franceses desfilan, el 2 de agosto de 1914, por la plaza de la República, en París.



La crueldad de la guerra: cadáveres de soldados ingleses caídos en Flandes.



La dotación de un tanque británico abrasada en su interior por la acción de los lanzallamas.



El apoyo en la guerra: los camaradas.

Sin embargo, los rasgos fundamentales del desarrollo de aquel proceso fueron en todos los lugares idénticos. El entusiasmo inicial dejó paso en todos los Estados beligerantes a una mayor gravedad, resultante de la confrontación con las auténticas fuerzas del adversario, hasta entonces ignoradas, tanto en Arras como en Verdún, en Lemberg como en Dünaburg. Ello se tradujo en la movilización de las fuerzas productivas, en la orientación de la Prensa y exaltación de la propaganda, en la escasez de bienes, y en Alemania, en el hambre que alcanzó a casi todos los rincones de la nación, si se exceptúa el breve grupo de los beneficiarios de la guerra y especuladores, producto híbrido de las costumbres y hábitos de la economía de paz con las necesidades de la economía de guerra. Pero no sólo aquello creó conciencia de la gravedad; ante el cuadro cruel de los cadáveres carbonizados, a la vista de miembros dispersos y de los amontonados cuerpos que se echaban a enormes zanjas, nadie escapó a la necesidad de plantearse el dilema: ¿tenía que rechazar aquello porque significaba una vergüenza para la Humanidad o debía aceptarlo porque, en el fondo, la predisposición del hombre a una muerte inmediata liberaba sus fuerzas más excelsas y los egoísmos de la sociedad de la paz quedaban así superados? Cuanto tiene la vivencia bélica de positivo surgía con idéntica precisión del hecho de la guerra. Ambas facetas eran captadas por unos concretos estratos, y así, si bien los oficiales de todas las naciones rechazaban el primero por el segundo, entre los grupos socialistas ocurría al revés. Como ejemplo se transcribirán los escritos de dos testigos, impresionados por el hecho de la guerra, pero en cuyos textos se observa esa diferencia notoria:

> «En el verano de 1915, en el transcurso de una gran ofensiva, penetraron las tropas alemanas profundamente en las líneas enemigas, ocupando un terreno antes en poder de franceses e ingleses. Fue como si se recorriera un cementerio. Aparecían muertos a centenares: franceses, ingleses, zuavos y alemanes. Los muertos habían permanecido insepultos seis meses, al quedar en tierra de nadie, entre las dos líneas de alambradas. Los cadáveres estaban renegridos y casi deshechos; de las cuencas de los ojos salía una masa amarillenta. Apestaban horrorosamente. No era posible permanecer unos minutos sin apretar el pañuelo contra la nariz y la boca. A pesar de ello permanecí largo rato —paralizado de terror e indignación— mientras me preguntaba una y otra vez: ¿qué harían los allegados si pudieran ver a sus esposos, hermanos e hijos en aquel estado? ¿No moverían todos sus recursos para poner fin a aquella estúpida matanza?
>
> Me impresionó tanto todo aquello que comencé a meditar sobre el sentido que tenía aquella hecatombe. La impresión causada por los combates del Somme y del Ypres hacía que me atormentara cada vez más la pregunta: ¿por qué? Tuve la sensación de que algo fallaba. Mis experiencias en el frente me impulsaban a reconocer que la lucha que llevábamos a cabo no era una lucha por la justicia. Vi cómo hombres que no se habían conocido jamás y ni habían experimentado sentimiento alguno de odio entre sí, se mataban los unos a los otros. A la vista de ingleses caídos o hechos prisioneros recordé que en Inglaterra, muchas gentes me habían hecho mucho bien. Me resultó muy difícil salir del laberinto de mis pensamientos. Después de que las dudas sacudieran mis fundamentos religiosos, me vi precisado a formularme de nuevo todos los

interrogantes que me hacía. Se me había enseñado que tenía que haber ricos y pobres y que los pobres, precisamente por sus sufrimientos en esta vida, tenían a su muerte la seguridad del reino de los cielos. Pero en el campo de batalla comprobé que sólo había opresores y oprimidos»[1].



El odio entre las naciones: propaganda alemana contra el «hipócrita» Wilson. El pie del dibujo, en el que aparecen Wilson, Benedicto XV y el ángel de la paz dice así: *«¿Cómo quiere que vuele mi ángel, señor presidente, si usted no para de meterle granadas en los bolsillos?»*.



Propaganda aliada contra los «bárbaros» alemanes. El pie decía así: *«Fusiladme a este pequeño. Lo he encontrado con un fusil en la mano»*.

Y en contraposición a lo que se ha leído:

«Soy un soldado. Contemplo el mundo desde mi punto de vista de soldado. De manera unilateral, ciertamente.

Un soldado no conoce compromisos.

Todas mis teorías tienen que examinarse, por tanto, desde este punto de vista.

"La paz perpetua es un sueño y no de los más hermosos", decía Moltke; aniquila todas las fuerzas de la voluntad y la acción.

La guerra despierta e impulsa las mejores fuerzas de la nación.

En el transcurso de los tiempos, es necesidad interna y externa para un pueblo que desea asegurar su supervivencia y su personalidad.

Para los soldados es a un tiempo fuente de energía y juventud, de esperanza y satisfacción de sí mismos»[2].

Pero Ernst Rohm no era, como creía, el único representante del espíritu de los combatientes del frente. Por lo menos tan frecuente era su «sí» como el «no»; el «no» a una guerra que no podía medirse y describirse según los modelos anteriores. Y esta diferencia de posturas mentales establecía nuevas líneas de separación entre los pueblos, frecuentemente unidas al problema de la «culpabilidad», que surgía espontáneamente por doquier y obraba como valor negativo, incluso en el caso de que se atribuyera al adversario.



Generales del Alto Estado Mayor. En primer término, Hindenburg y Ludendorff.

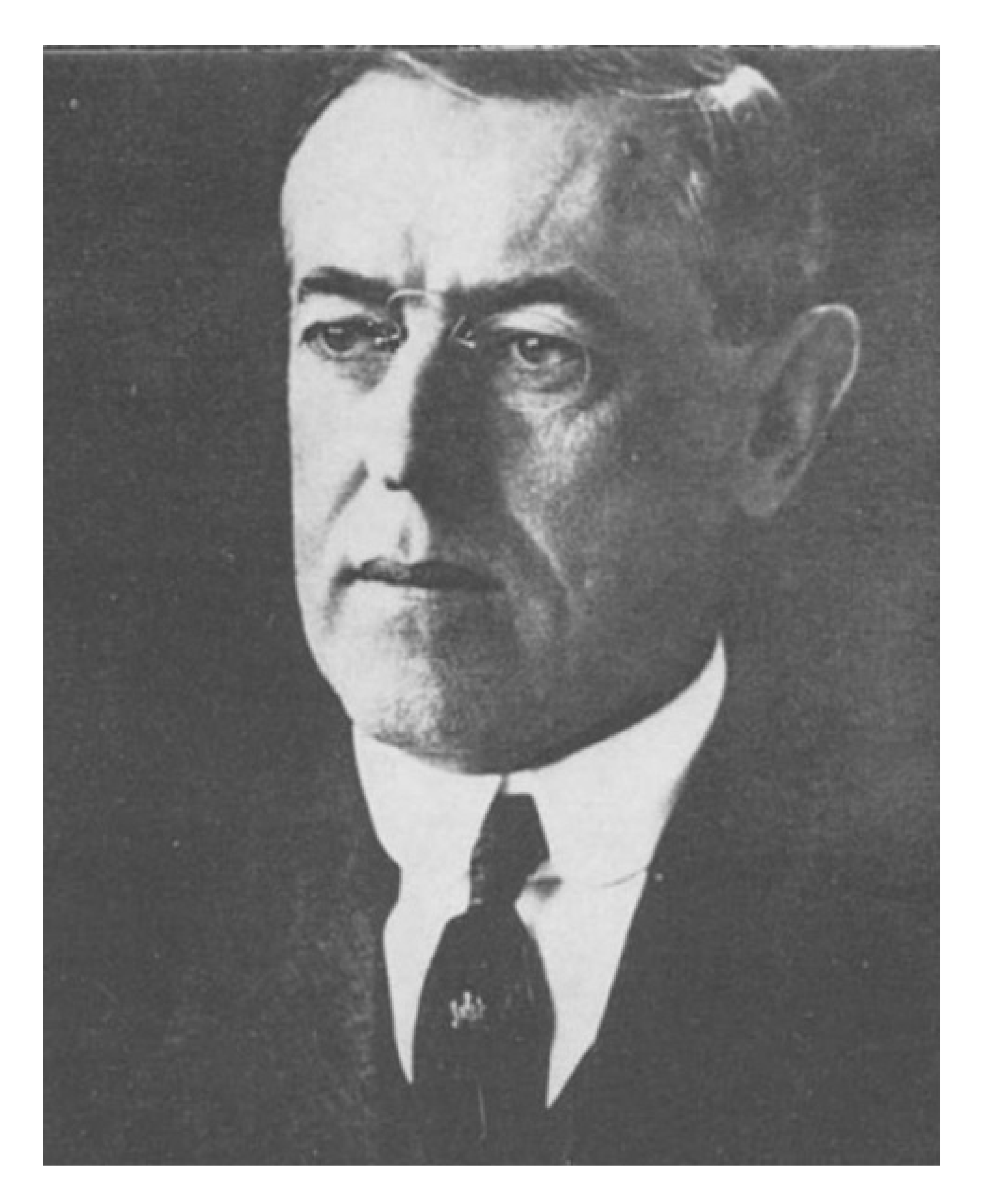
De todo ello se desprendía que iba a resultar muy difícil dar a aquella guerra una paz «normal», susceptible de durar por espacio de muchas décadas, como había ocurrido medio siglo antes, con la paz de Frankfurt, concertada por Bismarck con Francia. Una paz «normal» no es

necesariamente una paz suave y los diplomáticos no tienen necesariamente que llegar a ella tras una pugna en el interior del Gobierno. La paz de Frankfurt no fue una paz suave, ni provocó una pugna de gobierno. Pero fue una paz inequívoca, que tuvo como base una decisión bien terminante que solventó un problema de poder y excluyó una repetición del conflicto. Que Alemania, transcurridos menos de veinticinco años de la paz de Versalles, pudiera plantear, con ligeras variantes, una guerra mundial, demostró que aquella paz no había servido a sus fines previstos y había coadyuvado, por contra, a exasperar las pasiones hasta extremos increíbles, de tal manera que su misma fuerza rompió los cauces que hasta entonces habían sido habituales. En tanto se considerara en Alemania el concepto de la «autoafirmación» nacional, no en el sentido de una defensa positiva de las fronteras, sino como garantía contra todas las posibles amenazas futuras, tenían necesariamente que surgir objetivos de guerra que encerraban en sí mismos una total subversión del orden constituido. Al postular Francia y Rusia, entre sus exorbitantes objetivos, la «aniquilación de la unidad alemana», no precisaban más que volver a colocar ante los ojos una situación anterior, alterada desde Bismarck. Por contra, Alemania podía aspirar a la anexión de grandes zonas de Francia y Rusia, pero ello no representaba, en el sentido estricto, la destrucción de dos de las más antiguas potencias europeas. En el caso de que presentara considerables exigencias coloniales a Inglaterra, tampoco por ello se convertiría en «potencia mundial» (cosa que era ya, en realidad, puesto que poder no es el equivalente a kilómetros cuadrados), sino que habría alcanzado más bien el pleno dominio mundial. Precisamente era esto a lo que aspiraba una buena parte de la opinión, con los nombres de «paz Sigfrido» o «paz Hindenburg», aunque no acabara de expresarlo de una manera rotunda y categórica. Un ejemplo conocido es el llamado «informe de los profesores», dirigido por 1.300 representantes de la vida cultural y política al canciller del Reich, Von Bethmann Hollweg, y que no permaneció desconocido para la opinión mundial. El colaborador más íntimo de Hindenburg, Ludendorff, pasaba por ser, con toda razón, el más poderoso y seguro partidario de esta tendencia:

> «…Queremos terminar… de una vez para siempre con el peligro francés. Con el fin de asegurar nuestra propia existencia debemos debilitar política y económicamente a esta nación y mejorar nuestra situación estratégica respecto a ella. Por ello y en opinión nuestra, es exigible un progreso de nuestro frente occidental, desde Belfort a la costa. Tenemos que conquistar una parte de la costa francesa septentrional del Canal, para asegurarnos estratégicamente ante Inglaterra y obtener un mejor acceso al mar abierto. Es preciso imponer a Francia unas draconianas condiciones y debemos dominar fuertemente a Bélgica, tanto en el aspecto militar como político y económico. En cuanto a Rusia… frontera y límite de la expansión natural de nuestro pueblo,

ofrece espacio suficiente, al que tendrá que renunciar. Tiene que ser una tierra de colonización agraria… El espacio preciso para nuestra expansión, tanto humana, como espiritual, está situado al Este… Tanto a lo largo de la frontera de Posen y Silesia, como en la meridional de la Prusia Oriental deberá irse al establecimiento de unas entidades de colonización alemana, en gran parte dotadas de una cierta autonomía. Rusia es rica en tierra y suelo, y a conseguirlo debemos tender sobre todo, aunque sea a costa de renunciar a otra clase de reparaciones de guerra. Por lo que respecta a Inglaterra, Oriente, colonias y ultramar… el propio motivo de la enemistad y la beligerancia de Inglaterra contra nosotros nos da, al volver la oración por pasiva, nuestros objetivos de guerra. Es decir: supremacía en la economía mundial, supremacía en el poderío marítimo y colonial sobre Inglaterra… En África, procederemos a la reconstrucción de nuestro imperio colonial, más homogéneo y fuerte de lo que había sido anteriormente… Otra de nuestras tareas tiene que ser la expugnación de Gran Bretaña de la cadena de bases navales que tiene extendidas a lo largo de todo el mundo o bien la creación de otras alemanas que las neutralicen… Reparaciones de guerra: por lo que atañe a las reparaciones de guerra, deseamos que su montante sirva para resarcir al Estado de los gastos bélicos, permita la reconstrucción de Prusia Oriental y Alsacia, así como la creación de un fondo de pensiones para los inválidos, la indemnización a los particulares que hayan sufrido daños por causa de la contienda y permita nuestro rearme. No hay política cultural sin poder político… Así es que a los espíritus alemanes que sueñan con la llamada política cultural a secas, les decimos: no queremos política cultural alguna que esté en peligro, que aparezca desenraizada, tanto en el exterior como en el interior; que pueda falsearse por la falta de un sano cuerpo nacional… Nos hemos impuesto unos objetivos difíciles, que alcanzaremos solamente con nuestro firme espíritu de sacrificio y de lucha.

Somos conscientes de ello. Pero también recordamos la frase de Bismarck: al igual que en otros campos, también en política mueve montañas la fe. El valor y la victoria no son términos de causa y efecto, sino absolutamente sinónimos»[3].



Woodrow Wilson: profesor de Historia y luchador incansable en favor de los principios democráticos.

Fines de guerra como los expuestos eran considerados por Woodrow Wilson como programa del Gobierno alemán, cuando en realidad y por lo menos en lo que respecta al canciller del Reich, Von Bethmann Hollweg, sus ideas resultaban bastante más moderadas. Pero su postura era la de un prisionero del concepto de «victoria alemana», sobre todo al no declararse propicio a concreción alguna sobre la restauración futura de la soberanía belga, que hubiera podido ser un detalle susceptible de ejercer su influencia sobre Wilson, que en momento alguno se manifestó en principio como presidente «enemigo de los alemanes». Las declaraciones contra la «autocracia» alemana y sus planes para la dominación del mundo, contra aquella «injusticia, que no era una injusticia habitual», sino que llegaba a «afectar la existencia humana en sus mismas raíces», se produjeron tras la

reanudación por parte de Alemania de la guerra submarina sin limitaciones y su negativa a satisfacer «reparaciones por los daños causados». Pero de todos modos, lo que mayormente destacó pronto en aquel puritano que era Wilson fue su tendencia a rechazar el antiguo sistema de las luchas dinásticas y a fundamentar las bases de una paz duradera sobre una reforma del mundo, en la que se reconociera a las naciones los derechos de autodeterminación y se creara una sociedad de naciones «fieles a la democracia»:

> «Es nuestro deseo y será nuestro objetivo que las negociaciones de paz, cuando llegue su momento, sean abiertas y no incluyan contactos o acuerdos de carácter secreto. Los días de la conquista y la expansión han concluido. Lo mismo ocurre con los acuerdos tomados en interés de determinados gobiernos que, en cualquier momento inesperado podrían comprometer la paz mundial. Cualquier persona de ideas abiertas y acordes con nuestro tiempo es consciente de este hecho. Esta conciencia es la que permitirá a cualquier nación reconocer y perseguir los objetivos que desea, dentro de un espíritu de justicia y paz mundiales.
>
> Entramos en esta guerra porque las nociones del derecho aparecían en trance de destrucción y que de haber sido enteramente destruidas habrían hecho imposible la vida de nuestro pueblo. Lo que aspiramos después de esta guerra no nos atañe solamente a nosotros. El mundo tiene que ser ordenado y asegurado de tal manera que pueda vivirse en él. Por ello nos sentimos solidarios y esperamos la solidaridad de todas aquellas naciones que viven y obran como la nuestra, que desean ver asegurados los conceptos de paz y justicia y protegidos sus intercambios y comercios con los demás países de todos los ataques y violencias. De hecho, todos los pueblos están interesados en ello. Vemos muy claramente lo que nos concierne: en tanto que la justicia no esté a salvo de los atentados que puedan cometerse contra ella, no tendremos descanso. Por ello, el programa de paz mundial es nuestro programa…»[4].

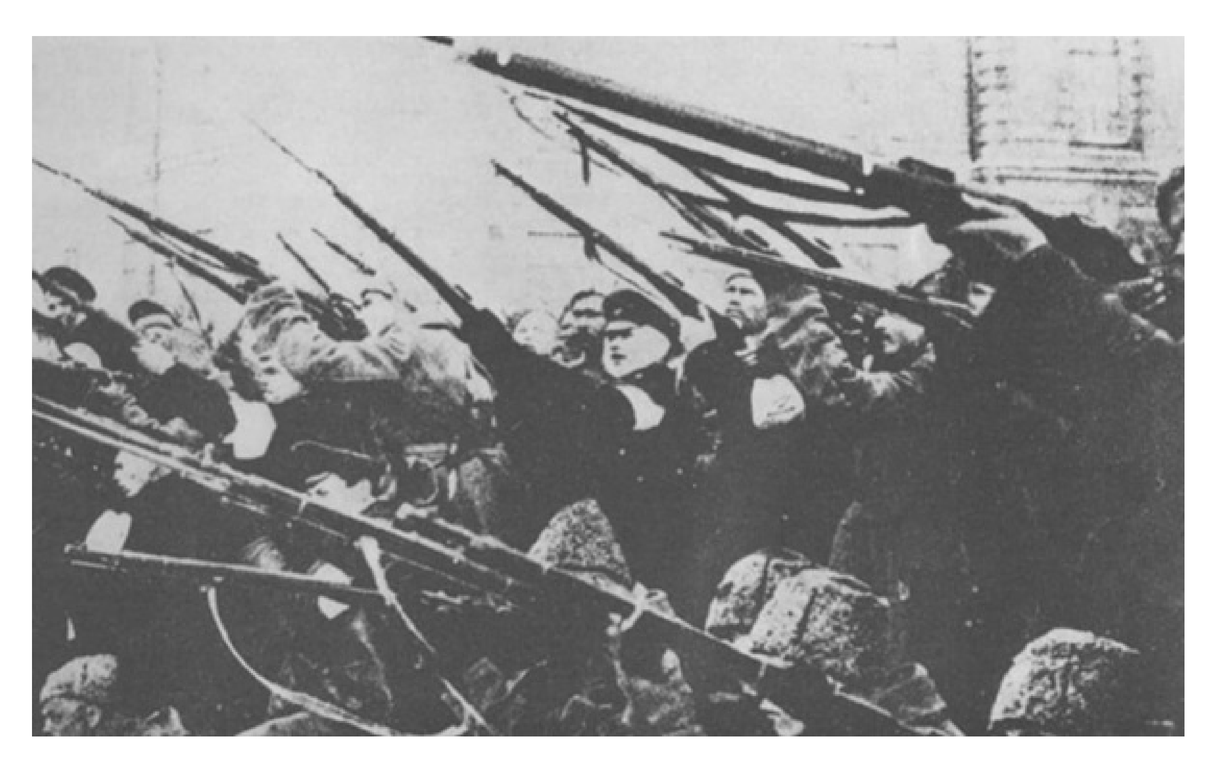
Pero los «catorce puntos», que respondían a esta concepción, tampoco preconizaban la celebración de plebiscitos en todas las partes de Europa que eran objeto de litigio. Contenían en realidad un impreciso y no escrito programa de cambios territoriales y en el fondo de los mismos subsistía la duda sobre si el principio de autodeterminación y autosuficiencia que preconizaban, encontraban su solo adversario en el principio dinástico de las «autocracias» que se habían comprometido a combatir.



Vladimir Ilich Lenin: revolucionario profesional y luchador incansable por la revolución mundial marxista.

Para Vladimir Ilich Lenin aparecía suficientemente claro que la democracia no podía aportar la paz en tanto fuera «burguesa». Compartía con Wilson la creencia de que había llegado el momento de una cualitativa transformación del mundo y que la paz era necesaria y posible. En esa convicción de que no era el sistema político de unas naciones culpables de la guerra, sino el orden social capitalista como «horror sin fin»[5] coincidía con todos los socialistas. Pero lo que le singularizaba era la exigencia de convertir la guerra imperialista en guerra civil y aprovechar la derrota para derribar a los Gobiernos propios; una exigencia cuyo radical extremismo no encontró siquiera la aprobación de Trotski:

> «En realidad, significa esa solución *(Ni victoria ni derrota)* una "paz burguesa" y la renuncia a la lucha de clases por parte de las oprimidas de todos los países beligerantes, puesto que la lucha de clases es imposible sin herir a la propia burguesía y al propio gobierno, y una agresión contra la propia burguesía en guerra es alta traición, es exigir la derrota del propio país. Quien acepta la solución "Ni victoria ni derrota", sólo admitirá hipócritamente la lucha de clases, la quiebra de la paz burguesa y someterá al proletariado de todos los países beligerantes a un cometido enteramente burgués, como es salvaguardar a los gobiernos imperialistas de la derrota. La única política capaz de impedir la "paz burguesa" y reconocer la lucha de clases es la de aprovechar las dificultades de los gobiernos y la burguesía por parte del proletariado y con la finalidad de provocar su hundimiento. Y esto no podrá conseguirse, esto no podrá alcanzarse jamás si no se desea la derrota del propio gobierno y no se exige con todas las fuerzas»[6].



Bajo el mando de Trotski, grupos de tropas, cansadas de la guerra, asaltan el Palacio de Invierno en San Petersburgo.

Pero no solamente en las cátedras alemanas, en la Casa Blanca de Washington y en las habitaciones que Lenin ocupaba en Zurich se formulaban respuestas extremistas a los problemas que la guerra planteaba y no solamente estas respuestas concordaban, una a una y en su conjunto, con los puntos de vista que una numerosa masa tenía sobre la que consideraba posible evolución de los acontecimientos. El peso de Italia sobre la corteza del planeta no era muy grande; su entrada en la guerra había sido, empero, voluntaria y no podía librarse así del reproche que otros países trataban, con menor o mayor fortuna, de endosar al contrario: el reproche de la responsabilidad. Las motivaciones de los intervencionistas eran de muy diferente carácter: el Gobierno liberalderechista de Salandra-Sonnino quería ganar las regiones de Austria en una «cuarta guerra de la independencia»; los francmasones

simpatizaban con la Francia democrática contra la Alemania imperial; los futuristas, que ya habían calificado en su manifiesto fundacional a la guerra como «la única higiene del mundo» aspiraban a la guerra por la guerra; los «nacionalistas» de Enrico Corradini exigían botín para su nación «llegada demasiado tarde». El que más destacaba por su singularidad de todos los intervencionistas era Benito Mussolini, antiguo dirigente del partido socialista. Benito Mussolini no deseaba otra cosa que Lenin, con quien se había manifestado antes de la guerra de acuerdo contra todas las exigencias «revisionistas»; quería la revolución. Por ello tenía que desear, tal como era el caso de Lenin, su condición previa: la guerra. ¿Pero cómo podía arrastrar tras de sí a un partido que tenía mejores motivos que cualquier otro partido socialista en Europa para acusar a «los verdugos de la guerra»? Así es que dio, contra su voluntad, el primer paso hacia la separación del socialismo y la fundación de un nuevo partido, cuando el 15 de noviembre de 1914, en el primer editorial de su recién fundado *Popolo d'Italia* escribía:

> «Hoy —y digo esto con toda energía— es la propaganda antibélica, propaganda de la cobardía. Obtiene éxitos, sin duda, porque se fundamenta en el instinto individual de conservación. Pero precisamente por ello es una propaganda antirrevolucionaria. Sus principales promotores son los curas y los jesuitas, que tienen un interés material y espiritual en el mantenimiento del Imperio austríaco; la acepta la burguesía, que se ha caracterizado siempre en Italia por su estrechez de miras; la aceptan los monárquicos… que carecen del valor suficiente para romper el tratado de la Tríplice… que garantiza la existencia del trono. Esa coalición pacifista sabe perfectamente lo que desea y resulta fácilmente identificable la finalidad de su actitud. Pero nosotros, los socialistas, representamos una de las fuerzas más vivas de la nueva Italia. ¿Estamos dispuestos a unir nuestros destinos a esas fuerzas "muertas" en nombre de una "paz" que hoy no nos preserva de los riesgos de la guerra y que mañana atraiga quizá sobre nosotros el desprecio general de los pueblos que están viviendo esta tragedia colectiva?»[7].



León Trotski, el creador del ejercito Rojo.

A principios de 1917, Ludendorff se había convertido prácticamente, desde su puesto de jefe del Alto Estado Mayor, en dictador de Alemania; Wilson se encaminaba, tras la iniciación de la guerra submarina sin restricciones por parte de Alemania, a la entrada de Estados Unidos en las hostilidades; Mussolini luchaba, por su parte, en calidad de oscuro cabo, en las alturas próximas a Trieste y ejercía desde su periódico una influencia muy limitada; Lenin se encontraba, solitario, en Zurich, en espera ansiosa de las noticias procedentes de Rusia, cada vez más cercana a su primera y «burguesa» revolución. Y sin embargo, fue Lenin quien primeramente se dio cuenta de que había llegado el momento de pasar a la acción. Llevado por Ludendorff en el célebre vagón sellado desde Suiza a Rusia; acusado por Mussolini, en los tonos más agudos y con trasfondo antisemita, de «agente

alemán», destruyó el ensueño wilsoniano de una democratización de Rusia y consiguió el dominio, a la cabeza de un partido acometedor y agresivo, sobre la parte central de Rusia. Y ello, en primer lugar, por tener el valor de no temer a la derrota frente a Alemania y utilizar, en segundo, las ansias de paz del derrotado ejército ruso tanto como el secular apetito del campesinado ruso hacia la tierra de los grandes latifundistas. Aquella revolución no fue en ningún instante un acontecimiento de dimensión regional tan sólo. Dondequiera que la guerra se consideraba en su aspecto negativo, entre aquellos núcleos que advertían su carácter destructivo, provocó una oleada de inmensa esperanza; en Alemania y Austria, en Francia e Italia, se produjo la práctica ruptura entre los socialistas de izquierdas y los «socialpatriotas». El ejemplo ruso despertó, muy pronto y por doquier, un entusiasmo que solamente pudo parangonarse en cuanto a intensidad con la enemistad y oposición que encontró en otros círculos no menos extensos.



El hombre que quería la guerra: Benito Mussolini en sus tiempos de soldado en la Primera Guerra Mundial.

El principio del año 1918 fue la gran hora de Ludendorff. Obligó a Lenin a firmar la paz de Brest-Litovsk, que sustrajo al imperio ruso sus zonas más ricas y significó la victoria alemana en el frente del Este. En el Oeste preparó con cuidado una ofensiva destinada a desencadenarse con anterioridad a la llegada del grueso de las fuerzas americanas que tenía que unirse a los ejércitos aliados en Francia. Pero como sus concepciones de paz carecían de otra perspectiva que la estricta nacional alemana, nadie, excepto los alemanes, siguieron su ofensiva con simpatía y al no obtener el triunfo en la última carta, exigió a finales de setiembre la petición de armisticio y pocas semanas después abandonó disfrazado el territorio germano. Según todas las apariencias, era un hombre derrotado. Pero nunca en la historia de la Humanidad, un ejército vencido ocupaba tanta porción de territorio enemigo y los grandes combates de invierno, previstos para obtener la derrota definitiva de Alemania, no tuvieron efecto, ya que los impidió la revolución alemana, que tomó en su mano la responsabilidad de una capitulación que tampoco se habrían ahorrado los generales en otras circunstancias.



Guerra civil en Rusia: guerrilleros siberianos en 1919.

A principios de 1919, solamente Lenin y Wilson parecían árbitros de la suerte del mundo. Lenin se defendió, mediante una guerra civil sin piedad, del

ataque concéntrico de la coalición entre los rusos blancos y las tropas aliadas de intervención; esta defensa a ultranza ganó más simpatías para su causa entre los movimientos obreros europeos y cada vez eran más frecuentes las inscripciones «¡Viva Lenin!» que aparecían en las paredes de las fábricas italianas. Pero en aquellos años se habían vinculado tan estrechamente sus conceptos sobre la subversión proletaria contra la burguesía culpable de la guerra con las realidades rusas, que parecía dudoso que pudiera separarlas en el futuro. Por lo demás, la guerra civil proseguía en ambos bandos con encarnizamiento y un primer atentado contra Lenin tuvo por efecto desencadenar el terror rojo. Sin embargo, el temor que acometió al mundo tenía, en definitiva, unas raíces más profundas. Porque cuando los blancos colgaban en hilera a sus adversarios o los fusilaban por centenares o millares, combatían una acción; los bolcheviques castigaban por vez primera una mera existencia cuando ésta se hallaba incluida en unas determinadas capas sociales. Uno de los jefes de la Cheka, M. Latsis, escribía a finales de 1918 lo siguiente:

> «Estamos empeñados en la aniquilación de la burguesía como clase. No precisamos saber si éste o aquél se han manifestado o pronunciado contra los intereses del poder soviético. Lo primero que hay que preguntar a un detenido es la clase a que pertenece, de qué familia procede, la educación que ha recibido y cuál es su oficio. La respuesta a estas preguntas tiene que determinar el ulterior destino del acusado. Ésta es la quintaesencia del terror rojo»[8].



Primeras actuaciones de la inicial fuerza militarizada puesta en pie por un partido en Europa: entran en servicio, en Petrogrado, destacamentos de la guardia roja.



Control de salvoconductos por parte de soldados bolcheviques.



Los vencidos que estaban seguros de su triunfo: Trotski (el segundo de la izquierda) y Kamenev (a la derecha) a su llegada a Brest-Litovsk, el 7 de enero de 1918, para las negociaciones de paz con Alemania.

Y no solamente fue la burguesía europea la que asistió con temor y

estupefacción a los acontecimientos rusos; fueron también los anteriores maestros y camaradas de Lenin en el movimiento obrero alemán los que combatieron sus iniciativas, no en nombre de un humanitarismo, sino desde el punto de vista de la dialéctica marxista y hablaron de un «socialismus asiaticus». E incluso una compañera de luchas de Lenin, tan poco sospechosa como Rosa Luxemburgo, reconoció muy prematuramente los riesgos y desviaciones que acechaban a una revolución que en contradicción con las predicciones de la doctrina de Marx, había estallado en un país atrasado:

> «Lenin y Trotski han establecido como elemento representativo único y lícito de las masas trabajadoras al soviet, en vez de organizar unas elecciones libres. Pero con la anulación de la vida política libre en el país, se llegará asimismo a la parálisis del soviet. Sin elecciones generales, sin libertad de Prensa y asociación, la vida se extingue en toda institución pública, se convierte en existencia aparente, en la que la burocracia es el único elemento activo. No es posible escapar a esta ley inexorable. La vida pública entra en letargo y mientras una docena de dirigentes del partido, con energía inagotable e ilimitado idealismo dirigen y gobiernan, debajo de ellos solamente aparece una docena escasa de cabezas y la élite del mundo obrero es convocada de vez en cuando para dar su aplauso a unas decisiones tomadas de antemano y adoptar unas resoluciones por unanimidad. Se trata, pues, del dominio de una camarilla, de una dictadura, pero no del proletariado, sino la dictadura de un puñado de políticos, es decir, la dictadura en sentido burgués, en el sentido del poder jacobino… Y más todavía: esta situación hace madurar un endurecimiento de la vida pública: atentados, fusilamientos sumarios, etc.»[9].

En el fondo, Lenin no pensaba otra cosa, pero estaba convencido de que solamente el estallido de la revolución socialista en los países «progresivos» de la Europa occidental podría salvar al régimen soviético ruso y permitir su consolidación. Esta idea le animaba todavía cuando se procedió, en 1919, a fundar en Moscú la Tercera Internacional. El congreso se celebró mientras la guerra civil asolaba el país, en una ciudad helada y hambrienta y tan sólo estuvieron presentes unos escasos delegados extranjeros. Pero en sus manifiestos, redactados personalmente por Lenin, Trotski y Bujarin, alienta la cálida convicción de una fe enorme y, en definitiva, nada irrazonada: la fe de que había llegado el momento de la sustitución de la falsa democracia burguesa por la democracia socialista; fe de que había llegado la hora en que tenía que rendir sus cuentas la burguesía imperialista de todos los países por su ciega e insaciable opresión de la Humanidad:

> «Ahora, en que Europa aparece cubierta de ruinas humeantes, los locos incendiarios se dedican a buscar los culpables de la guerra… esta guerra producida en igual medida por las tendencias internas del capitalismo como por las contradicciones de su economía y los compromisos parlamentarios, enterrados luego en sangre y barro… Dicho con otras palabras: ¿tiene que seguir siendo la Humanidad obrera dependiente de una camarilla mundial, que con el nombre de sociedad de naciones y la ayuda de un “ejército internacional” y una “flota internacional”, intervendrá aquí y allá y por doquier oprimirá a los trabajadores con la finalidad de afianzar su propio dominio o desea, por contra, la clase trabajadora de Europa y los pueblos

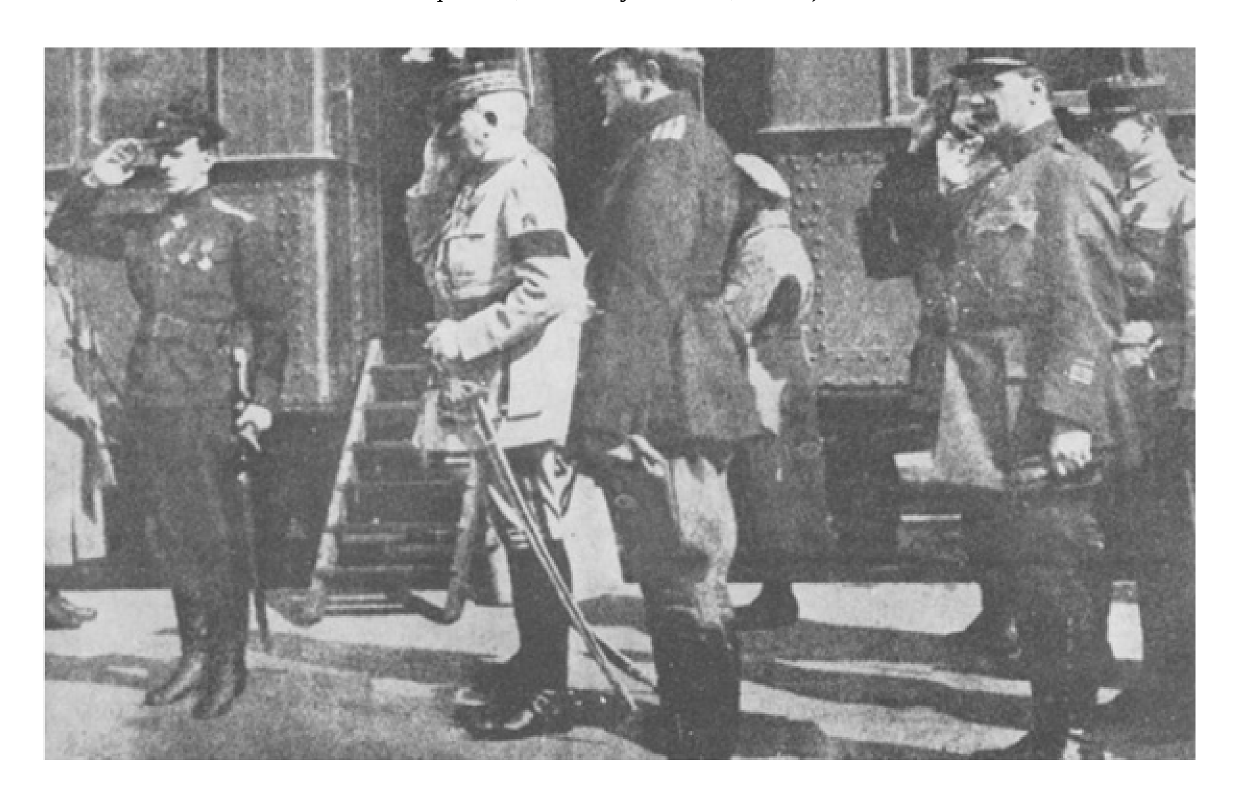
adelantados de otras partes del mundo coger en sus manos la destruida economía del mundo y asegurarse de su reconstrucción según los fundamentos del socialismo…? ¡Proletarios de todos los países! ¡En lucha contra los bárbaros imperialistas, contra las monarquías, contra las situaciones de privilegio, contra la propiedad burguesa, contra todas las maneras y formas de opresión social o nacional! ¡Uníos! ¡Bajo las banderas de los consejos obreros, de la lucha revolucionaria por el poder y la dictadura del proletariado, bajo las banderas de la Tercera Internacional! ¡Proletarios de todos los países, uníos!»[10].



Rosa Luxemburgo, correligionaria y crítica de los bolcheviques.



El congreso fundacional de la Internacional Comunista en Moscú, en 1919. (El segundo a partir de la izquierda, Trotski y el sexto, Lenin).

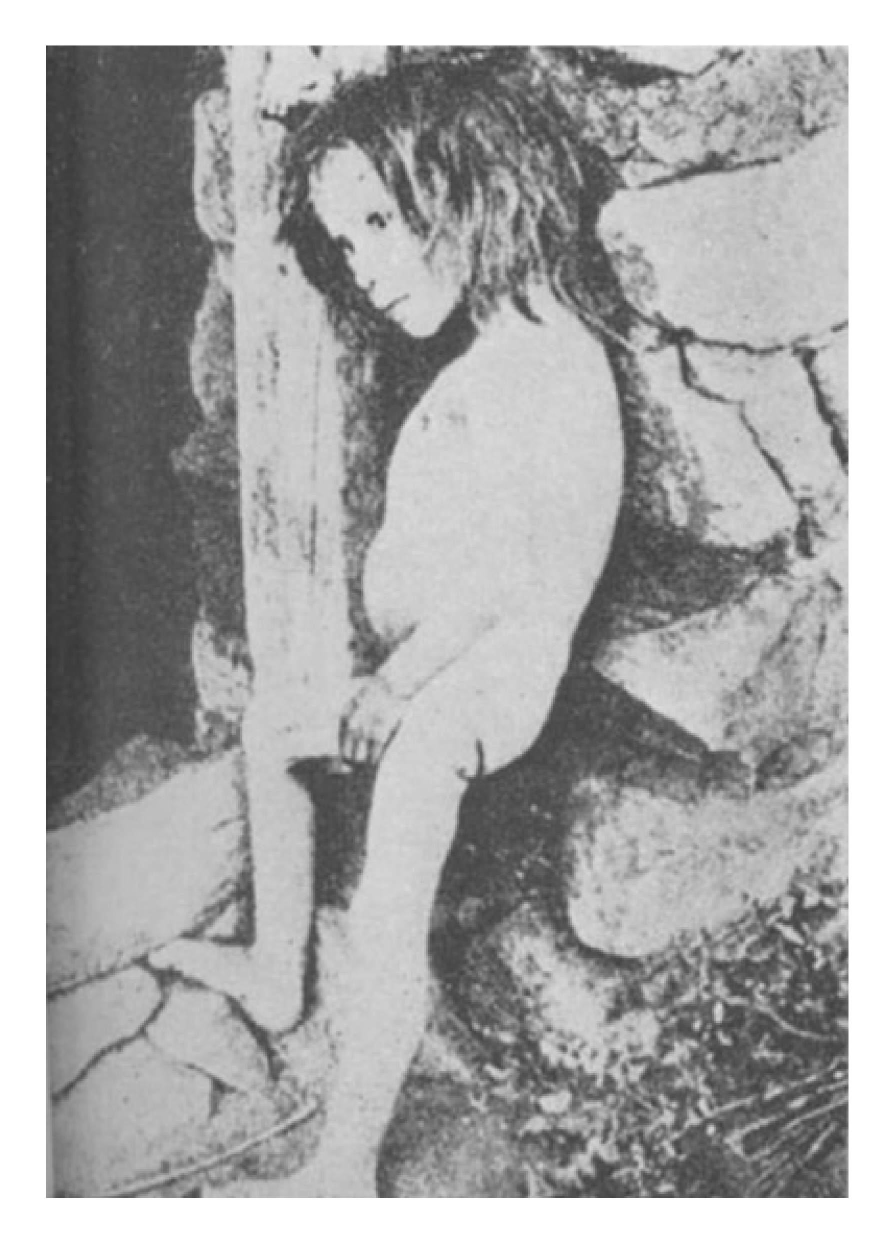


Guerra civil en Rusia: altos jefes de las tropas aliadas de intervención a la llegada del «regente», almirante Koltschak (a la izquierda, Gayda, comandante de la Legión checa, y posteriormente dirigente fascista).

Existen pruebas muy concretas de que los dirigentes de la Internacional Comunista consideraban en 1919 como inminente el triunfo de su revolución en toda Europa. Pero cuando Wilson acudió a Europa a finales de aquel año, para tomar parte en las negociaciones de paz, no solamente saludó la burguesía su llegada, como si de un nuevo Mesías se tratara, sino que también buena parte del movimiento obrero socialdemócrata se colocó bajo la bandera

de aquel hombre que parecía llegar con la paz definitiva en sus manos. Sin embargo, al igual que Lenin, Wilson vio bien pronto que era inevitable el choque entre sus conceptos y la realidad, que se reveló mucho más dura de lo que había pensado. Muy pronto, el idealismo del norteamericano entró en colisión con el realismo henchido de rencor de los políticos Clemenceau y Lloyd George, defensores de la tesis de una «paz de fuerza». Desde 1916, el *leit motiv* de todas las declaraciones y discursos de Wilson había sido idéntico: hacer recaer la culpabilidad de la guerra sobre los regímenes imperiales de Alemania y Austria. La declaración austríaca de guerra a Servia y el ataque alemán a Bélgica hacía que aquella tesis apareciera bastante plausible a todos los pueblos del mundo, incluido una buena parte del alemán. Alemania había aceptado implícitamente, inclusive, el principio de las revisiones territoriales al concertarse el armisticio. Cuantos en Alemania se lamentaban de que a pesar de los Catorce Puntos de Wilson, el país se hubiera visto privado de Alsacia y Lorena, el Schleswig del Norte, el «corredor» polaco y la Alta Silesia, incurrían en mala fe o ingenuidad; todas las modificaciones territoriales sustanciales introducidas por el tratado de Versalles se hallaban contenidas en los mencionados Catorce Puntos. Según las inmutables reglas de la guerra, los aliados podían exigir el equivalente de sus gastos bélicos, tal como había hecho Bismarck en 1871 en Francia e incluso el «aniquilamiento» del Reich Alemán, que tenía una formación muy reciente y que se había fundamentado en una guerra civil entre alemanes y una guerra contra Francia. Pero Wilson lo impidió, pues no quiso reconocer las reglas corrientes entre el conjunto de Estados europeos. No le fue posible impedir, sin embargo, que Clemenceau y Lloyd George establecieran, por lo menos de una manera formal, el principio de restitución, puesto que sus empobrecidos y desangrados pueblos se aferraban a las antiguas costumbres. Éste es el sentido del párrafo 231, tan injustamente desacreditado. Es decir, el denominado párrafo de la culpabilidad bélica, que queda enteramente falseado si no se relaciona con el contexto formado por el párrafo 232:

> «Artículo 231. Los Gobiernos aliados y asociados declaran y Alemania reconoce, que Alemania y sus aliados son responsables de todos los daños y perjuicios sufridos por los Gobiernos aliados y asociados y sus ciudadanos como consecuencia de la guerra desencadenada por Alemania y sus aliados.
>
> Artículo 232. Los Gobiernos aliados asociados reconocen que no bastan los recursos de Alemania, en consideración asimismo a su reducción establecida por este mismo tratado, para resarcir de una manera plena todos estos daños y perjuicios. (Por ello exigen los aliados tan sólo la reparación de la población civil y la entera reconstrucción de Bélgica)».



¿Consecuencias del bloqueo aliado o culpa de los bolcheviques?
La gran plaga de hambre en Rusia.

Se trató, en realidad, de un reconocimiento condicionado por parte de Alemania de sus responsabilidades. Si no firmaba el artículo número 231 o lo denunciaba con posterioridad, ello podía representar que los aliados quedarían libres para solicitar o exigir la totalidad de los costes de la guerra. Pero a los pocos años, las circunstancias habían sufrido tal alteración que la evidente vinculación entre los dos párrafos citados quedó olvidada, incluso en la propia Francia.



Guerra civil en Rusia: guardias rojos en 1918.

Claro que Wilson se dejó ganar por la mano, al no dar perfecto cuerpo a sus principios y aceptar que el término «Alemania» sustituyera a los de «culpabilidad del Gobierno imperial» y se hablara de la «responsabilidad de Alemania». En la práctica también fue lo bastante débil como para permitir por parte de Lloyd George y Clemenceau una ampliación del concepto de «reparaciones» que echaba por lo menos una parte de los gastos de guerra propios sobre la espalda de Alemania, contribuyendo así a crear una situación que llevaría, no sólo a la economía alemana, sino a la del mundo entero, a un estado de precariedad. Pero su más tremenda derrota la constituyó el hecho de que no se llevara a la práctica el principio, tan primordialmente defendido por él, de la «autodeterminación», que en buena ley hubiera debido aplicarse en primer término a la propia Alemania. Y así se produjo la prohibición del

«Anschluss» con Austria y la inclusión de los alemanes sudetas en el Estado checoslovaco, recién creado según el principio territorial histórico. Como en el caso de Lenin, las críticas a Wilson no solamente procedieron de sus enemigos. Su propio secretario de Estado, Lansing, declaró en mayo de 1918:

> «Esta guerra se hizo por Estados Unidos para terminar definitivamente con las causas que la habían hecho posible. Pero estas causas no se han eliminado. Han surgido, además, otras que no despiertan menos que aquéllas el odio, la envidia y la ira… Tenemos un tratado de paz, pero no aportará una paz duradera porque está construido sobre las arenas movedizas del egoísmo»[11].



Le acompañaban las esperanzas del mundo: Wilson, en diciembre de 1918, a raíz de sus entrevistas celebradas en París (a su lado, el presidente francés Poincaré).

Pese a todo, la fuerza vital de los principios wilsonianos no quedó quebrantada de una manera absoluta con la firma del tratado de Versalles. No se habían aplicado íntegramente, pero sí habían impedido una pura y simple «paz de fuerza» y al incorporar el tratado de Versalles el dogma de la

Sociedad de Naciones como primera de sus partes, ello pudo tener escasa repercusión en el mismo instante, pero representó una esperanza compartida por millones de personas y se aproximaba, por otra parte, a las concepciones políticas que hacía posible el desarrollo del liberalismo y que imprimían en mayor o menor grado la actuación estatal en Norteamérica y una buena parte de Europa.

> «En atención de que es primordial para las exigencias de la colaboración entre las naciones, así como la salvaguardia de la paz y seguridad internacionales, aceptar determinadas obligaciones que impidan la guerra; atenerse en las relaciones internacionales a los principios de la justicia y el honor; observar con precisión los principios del Derecho internacional, concebido como único medio para dirimir las cuestiones entre Estados; dejar al imperio del mismo las relaciones entre los Estados, así como las obligaciones dimanantes de los tratados, las altas partes contratantes arriba mencionadas declaran admitidos los siguientes principios, sobre los que se fundamenta la Sociedad de Naciones».

Las radicales soluciones dadas por Wilson y Lenin a la incógnita planteada por la terminación de una guerra que habían desencadenado diversos factores siempre presentes en la colectividad europea de naciones, habían perdido a mitad del año 1919 su integridad, pero no así su fuerza de convicción. Lo más importante era que ambas habían conseguido afirmarse, pero igualmente que aparecían contrapuestas entre sí. El mundo experimentó por ello una nueva gran decepción y se sintió impulsado por un nuevo antagonismo. Nadie suponía, sin embargo, que al amparo de aquella irresolución, Ludendorff iba a obtener una renovada oportunidad. Pero pronto se comprobó que la época de posguerra no iba a estar colocada bajo el nombre de Lenin ni de Wilson. Las sorprendentes posibilidades que aquella época encerraba las mostraría por vez primera Mussolini, cuyo país, que pertenecía al bando de los triunfadores, había sufrido por parte de Wilson una de las mayores injusticias y donde, sin ningún género de dudas, la revolución leninista levantaba su cabeza más acometedora y llena de poder que en cualquier otro lado.

INDICE BIBLIOGRÁFICO DEL PRIMER CAPÍTULO

«La Primera Guerra Mundial en fotografías y documentos» («Die Erste Weltkrieg in Bildern und Dokumenten»), Selección de Hans Dollinger, Munich 1965. Versión en español, Plaza & Janés. Barcelona, 1970.

«Causas y consecuencias» («Ursachen und Folgen»), Desde las derrotas alemanas de 1918 y 1945 hasta el nuevo Estado del presente, Tomos 1 y 2, Berlín s/a.

Karl Dietrich Erdmann, «El tiempo de la guerra mundial» («Die Zeit der Weltkriege»), En los manuales Gebhardt de historia alemana, Tomo IV, Stuttgart 1960.

Werner Conze, «La época de Guillermo II y la República de Weimar» («Die Zeit Wilhems II und die Weimarer Republik»), Tubinga-Stuttgart 19643.

Fritz Fischer, «Lucha por el poder mundial» («Griff nach der Weltmacht»), Düsseldorf 19643.

Erich Ludendorff, «Documentos del Alto Estado Mayor sobre su actividad» («Urkunden der Obersten Heeresleitung über ihre Tátigkeit») en 1916-1918, Berlín 1920.

Wilson, «La obra del estadista en sus discursos (Das staatsmännische Werk des Präsidenten in seinen Reden)», Berlín 1919.

V. I. Lenin, «Obras Seleccionadas», Tomos 1 y 2, Berlín 1955.

Paul Mantoux, «Les délibérations du conseil des quatre» («Las deliberaciones del Consejo de los Cuatro»), París 1955.

Erich Angermann, «Los Estados Unidos de América» en «La historia del siglo XX» («Die Vereinigten Staaten von Amerika. Weltgeschichte des 20. Jahrhunderts»), Tomo 7, Munich 1966.

N. Lenin, G. Sinoviev, «Contra la corriente» Artículos de los años 1914-1916. («Gegen den Strom». Aufsatze aus den Jahren 1914-1916), Hamburgo 1921.

David Shub, «Lenin», Wiesbaden 1957.

Louis Fischer, «La vida de Lenin» («Das Leben Lenins»), Colonia-Berlín 1965.

Georg von Rauch, «Historia de la Rusia bolchevique» («Geschichte des bolschewistischen Russland»), Frankfurt 1963. Historia Ilustrada de la Revolución Rusa en 1917, Berlín 1928. Historia Ilustrada de la Guerra Civil Rusa 1917-21, Berlín 1929.

Renzo De Felice, «Mussolini il rivoluzionario, 1883-1920» («Mussolini, el revolucionario, 1883-1920»), Turín 1965.

EFEMÉRIDES DEL CAPÍTULO SEGUNDO

1916

Mayo: Los «radiantes días de mayo» con las grandes manifestaciones de los intervencionistas en toda Italia. El Parlamento capitula. Declaración de guerra a Austria el 24 de mayo.

1917

24-29 de octubre: grave derrota del ejército italiano en Caporetto. Se forma El Gobierno Orlando.

1918

24 de octubre: victoria italiana sobre el ejército austríaco desfalleciente, en Vittorio Véneto, bastante al sur de la antigua frontera.

3 de noviembre: se concierta el armisticio en Padua. Ocupación de Trieste y el Trentino por los italianos.

1919

23 de marzo: fundación de los «Fasci di combattimento» por Mussolini con la finalidad de vindicar el intervencionismo.

15 de abril: fascistas y «arditi» incendian el edificio milanés de *Avanti*.

24 de abril: Orlando, que era uno de los «cuatro grandes», con Wilson, Clemenceau y Lloyd George, abandona, en unión del ministro del Exterior, Sonnino, la conferencia de paz como protesta contra la postura de Wilson en los problemas de Fiume y Dalmacia. Gran efervescencia nacionalista en Italia.

22 de junio: Francesco Saverio Nitti sucede a Orlando. Nitti, orientado hacia la izquierda, es objeto de odio considerable por parte de las derechas.

12 de setiembre: Gabriele D’Annunzio entra en Fiume con unos centenares de voluntarios. Las fuerzas de ocupación aliadas, evacúan la ciudad.

5-8 de octubre: congreso del Partido Socialista Italiano en Bolonia: exige «la destrucción violenta de la democracia burguesa» y la conquista del poder por los «soviets».

16 de noviembre: elecciones parlamentarias: triunfo de los «rojos» y los «negros»; socialistas y populistas; con 155 y 100 diputados respectivamente, consiguen la mitad de los puestos. Final del dominio liberal «en solitario».

1920

Durante todo el año se producen, como ya había ocurrido en 1919, innumerables huelgas, tumultos por causa de la elevación de los precios y ocupación de tierras en toda Italia.

11 de junio: Giovanni Giolitti se hace cargo del Gobierno. Primeras «expediciones de castigo» contra instalaciones eslovenas en Trieste e Istria.

Desde el 30 de agosto: «Ocupación de fábricas» en la Italia septentrional como punto culminante de la oleada revolucionaria. Formación de la «Guardia Roja». A finales de setiembre, evacuación de las fábricas como resultado de un compromiso propuesto por Giolitti.

21 de noviembre: Los llamados «acontecimientos de Bolonia». A raíz de la inauguración de sus sesiones el consejo municipal (socialista) pierden los encargados de guardar el orden, pertenecientes al partido, los nervios como consecuencia de una provocación fascista y hacen fuego sobre la multitud de sus propios partidarios. En el mismo salón de sesiones es asesinado un miembro de la minoría nacionalista por un desconocido. Ello da lugar al desencadenamiento del «terror fascista»: las «escuadras» aniquilan de una manera sistemática las instituciones y propiedades socialistas.

A finales de diciembre: las tropas regulares italianas obligan a la entrega de Fiume. Se convierte en una «ciudad libre».

1921

3 de abril: triunfal entrada de Mussolini en la Bolonia «liberada».

15 de mayo: elecciones parlamentarias anticipadas. Giolitti no alcanza sus objetivos de debilitar de una manera decisiva a los socialistas y católicos; 35 fascistas son elegidos en las listas del «Bloque Nacional»; su primera acción parlamentaria es el alejamiento por la fuerza de un diputado comunista del salón de sesiones.

4 de julio: Gobierno de Ivanoe Bonomi.

21 de julio: primer choque violento entres fascistas y Policía en Sarzana: 8 muertos.

3 de agosto: fascistas y socialistas conciertan, con toda seguridad por iniciativa de Mussolini, un «tratado de paz» que es objeto de sabotaje por los dirigentes fascistas locales, de tal manera que Mussolini llega a pensar en separarse del fascismo.

9 de noviembre: Fundación del «Partido Nazionale Fascista» en un congreso celebrado en Roma. Grandi y Mussolini se reconcilian y el segundo es reconocido como «Duce».

1922

25 de febrero: Luigi Facta, correligionario de Giolitti, forma nuevo ministerio.

Mayo-junio: escuadras fascistas ocupan Ferrara y Bolonia; sus actos de violencia adquieren mayores dimensiones y no se dirigen exclusivamente contra propiedades e instituciones socialistas.

19 de julio: crisis gubernamental a causa del problema que plantea la actitud a tomar por parte del Gobierno ante el fascismo.

A finales de julio: «Expedición de castigo» de Italo Balbo contra Rávena.

31 de julio-2 de agosto: la huelga general de protesta desencadenada por los obreros es combatida conjuntamente por las autoridades y los fascistas. El 3 de agosto, el Ayuntamiento de Milán es objeto de ocupación por los fascistas y D'Annunzio pronuncia un discurso ante la multitud.

9 de agosto: segundo Gobierno Facta en idénticas circunstancias y condicionamientos que el primero: antifascistas y filofascistas se enfrentan en su seno.

20 de setiembre: discurso de Mussolini en Udine: «Hay que tener la valentía, de ser monárquico». «Nuestro programa es sencillo: ¡queremos gobernar Italia!».

1-4 de octubre: los reformistas (entre los que se encuentra el fundador del Partido Socialista Italiano, Filippo Turati) son excluidos del PSI tras haber fundado los comunistas su propio partido, en 1921. Con ello queda libre, aunque tardíamente, el camino para la colaboración de un sector socialista en; el Gobierno.

Principios de octubre: los fascistas ocupan Bolzano (Bozen) en el Tirol del Sur, para demostrar a los habitantes «quién es el dueño de allá».

22 de octubre: el «mando general de la milicia fascista» divide Italia en doce zonas militares, cada una con un «inspector general» al frente.

27 de octubre: comienza la «Marcha sobre Roma». Se proclama el estado de sitio.

28 de octubre: el rey Víctor Manuel III rechaza la firma de la proclamación de estado de sitio. Los fascistas modera dos, que negocian entre bastidores propugnan una solución Salandra-Mussolini, pero éste exige desde Milán todo el poder para sí y el 29 de octubre recibe el encargo de formar Gobierno.

30 de octubre: formación del nuevo Gobierno. Mussolini: Presidencia, Interior-Exterior; general Díaz: Guerra; almirante Thaon di Revel: Marina; Giovanni Gentile (liberal): Cultura y Enseñanza; De Stefani (fascista):

Finanzas; Federzoni (nacionalista): Colonia Colonna di Cesaró (socialdemócrata) Correos.



El estadista más importante de Italia durante los años turbulentos de 1919 a 1922: Francesco Saverio Nitti. Otro de los importantes políticos liberales: Giovanni Giolitti. Como el anterior, fue neutralizado con la marcha sobre Roma organizada por Mussolini.

CAPÍTULO SEGUNDO
ITALIA DE 1919 A 1922:
DESDE EL NACIMIENTO DEL FASCISMO
HASTA LA MARCHA SOBRE ROMA

La entrada de Italia en la guerra, en el año 1915, no fue solamente obra de la política del Gobierno y las fuertes corrientes de la opinión pública: cuando se estaba al filo de la decisión, en la primera mitad de mayo y a pesar de la oposición parlamentaria, los intervencionistas adquirieron rápidamente el dominio de la calle con abundancia de manifestaciones y la declaración de guerra a Austria, fue el resultado de la acción conjunta de unas decisiones muy secretas tomadas en el seno del Gobierno y un movimiento casi revolucionario contra el Parlamento. Junto a Mussolini, dos hombres destacaron en aquellos momentos de tanta turbulencia: el sindicalista Filippo Corridoni y el literato Gabriele D'Annunzio. Corridoni cayó y se convirtió así en el héroe del intervencionismo; D'Annunzio se reveló asimismo con una serie de acciones más prudentes, pero impregnadas de idéntico tinte heroico, por lo que al final de la guerra se encontró ascendido al grado de teniente coronel y en posesión de la más alta recompensa bélica italiana. Mussolini había resultado herido en primera línea, en 1917, y tras su restablecimiento, volvió a la redacción del *Popolo d'Italia*. Seguía denominando a su periódico un órgano «socialista» e inmediatamente después del armisticio fue uno de los portavoces más destacados de una «Liga general para la Sociedad de Naciones». No cabe la menor duda de que mostraba tendencias de acercamiento a su antiguo partido y se hallaba profundamente convencido de la necesidad de que se operara un cambio revolucionario en las estructuras italianas. Pero el odio de sus antiguos correligionarios hacia «el traidor» y el «verdugo de guerra» imposibilitaron la vuelta al seno del partido, tanto más difícil cuanto Mussolini se oponía, no sólo por razones personales sino con argumentos susceptibles de ser tomados muy en serio, a la evolución «leninista» del Partido Socialista Italiano. Los únicos aliados en que podía apoyarse eran los licenciados soldados de selección, los «arditi», con los que compartió la lucha contra el socialismo utilizando unos métodos que desde el primer momento se revelaron muy característicos. En abril de 1919, cuando después de celebrar una reunión política, un nutrido grupo socialista se manifestó por las calles del centro de Milán, los «arditi» se opusieron a ellos, rechazándoles y disolviendo la manifestación, con una decisión y una

disciplina aprendidos en el frente y contra las que aparecían poco menos que inermes los alborotadores. Pero también habían aprendido en la primera línea a sacar todo el provecho posible de una victoria y por ello, después de disolver la manifestación, se dirigieron al edificio del *Avanti* y le prendieron fuego, trasladándose posteriormente ante el del *Popolo d'Italia*, donde tributaron una gran ovación a Mussolini, que había aparecido en una de las ventanas. El suceso provocó una gran conmoción en toda Italia. Por vez primera acababa de oponerse a los socialistas, que aprovechaban la insatisfacción de las masas por las primeras dificultades de posguerra, una fuerza, tan ilegal como ellos, pero que poseía además un sentido de organización y un estilo propio, susceptible de cristalizar en un movimiento político de carácter nuevo. Aquello venía a representar además un punto de cristalización en la lucha contra Lenin y la oposición «nacional» a Wilson. La resistencia del presidente a reconocer los acuerdos del tratado de Londres y también en conceder a Italia la ciudad de Fiume, que no aparecía incluida en dichos acuerdos, había provocado entre el Gobierno y la derecha una campaña de protestas. Las advertencias que algunos hicieron, en el sentido de que la exigencia de Dalmacia y el Tirol meridional significaba la suplantación del principio nacional por el imperialista y despertaba la enemistad de germanos y eslavos, fueron calificados como expresiones de una «política de abandono» y ya el 11 de enero de 1919, Mussolini y sus partidarios se manifestaron, durante una representación en la Scala, contra el antiguo ministro Bissolati, uno de los más fervientes defensores de la tradición del Risorgimento. El pequeño grupo de los «Fasci di combattimento» fundado por Mussolini el 23 de marzo de 1919 en el transcurso de una asamblea de «intervencionistas de izquierda» sabía, por tanto, con mucha precisión *contra* lo que luchaba: contra Lenin y Wilson, así como aquellos que en Italia se manifestaban partidarios de ambos, contribuyendo a neutralizar la participación italiana en la guerra y aminorar los resultados de la victoria. Pero a pesar de ello, su programa político, hecho público a finales de agosto, se diferenciaba muy poco en su concepción al de los socialistas:

«Italianos:

Éste es el programa de un movimiento italiano hecho por italianos. Es revolucionario porque es antidogmático y antidemagógico; es un programa de renovación porque se levanta contra todos los anteriores prejuicios.

Los otros problemas, es decir, los que plantea la administración, la justicia, la educación, las colonias, etc., se abordarán cuando hayamos creado la nueva clase dirigente.

Por ello exigimos para los *problemas políticos*:

a) Derecho electoral general fundamentado en las listas regionales y con representación proporcional. Derecho de emitir voto y elección para las mujeres.

b) Establecimiento del límite de edad para los electores en 18 años y los diputados en 25.

c) Disolución del Senado.

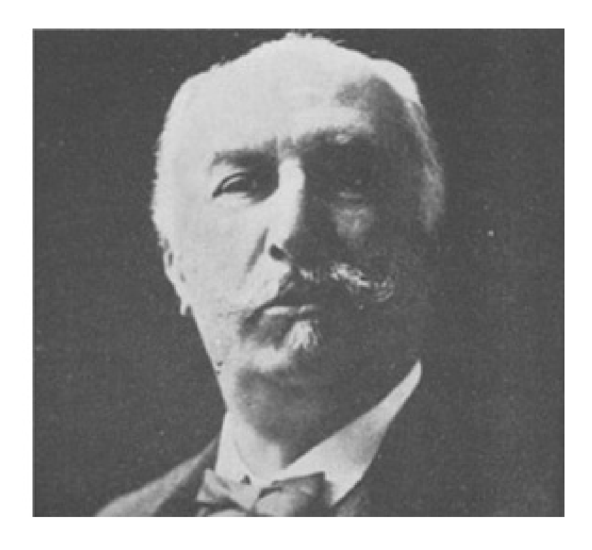
d) Convocatoria de una asamblea nacional cuya duración será de tres años y cuya primera tarea consistirá en establecer las bases para la reforma del Estado.

e) Constitución de consejos técnicos del trabajo, de la industria, de la higiene social, del transporte, del comercio, etc., a escala nacional, que serán elegidos por sus propias escalas profesionales y tendrán personalidad jurídica, así como el derecho de elegir un comisario general con poderes ministeriales.



El mayor obstáculo en el camino de Wilson: Lenin tras la afirmación victoriosa de la revolución bolchevique, en 1919.





El estadista más importante de Italia durante los años turbulentos de 1919 a 1922: Francesco Saverio Nitti. Otro de los importantes políticos liberales: Giovanni Giolitti. Como el anterior, fue neutralizado con la marcha sobre Roma organizada por Mussolini



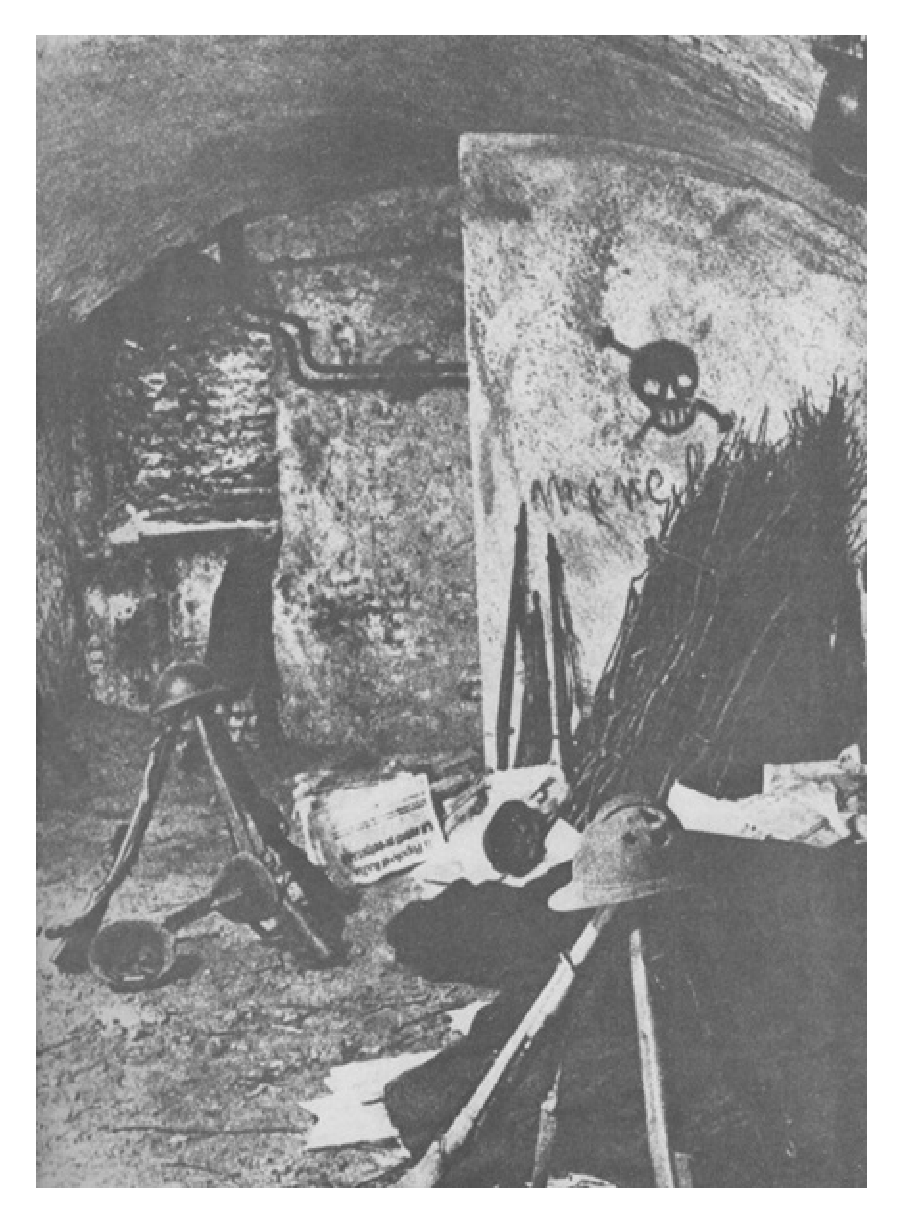
Los guerreros durante la paz: grupos de «arditi» milaneses.



Gabriele D'Annunzio, poeta de la existencia dionisíaca y principal impulsor de la entrada de Italia en la guerra, aparece aquí, tras la ocupación de Fiume.



Teléfono, pistola y calavera: despacho de Mussolini en la redacción de su periódico.



Todavía en las catacumbas: un sótano en el edificio del *«Popolo d'Italia»*. (La fotografía data de una época posterior, cuando «il covo», la cueva, se había convertido en museo.

En cuanto a lo que concierne a los *problemas sociales*, propugnamos:

a) La inmediata aprobación de la ley que garantice y asegure la jornada de ocho horas.

b) Establecimiento de un salario mínimo.

c) Inclusión de los representantes obreros en la ejecución técnica de la producción industrial.

d) Traslado de industrias y servicios públicos a las organizaciones proletarias (aquellas que hayan adquirido la suficiente madurez moral y técnica para ello).

e) La nacionalización inmediata de los ferrocarriles y todos los medios de transporte.

f) Modificación de las leyes sobre el seguro de vejez e invalidez. Establecimiento del límite de edad en cincuenta y cinco años en vez de sesenta y cinco.

Por lo que atañe a los *problemas militares*:

a) Creación de una milicia nacional, con breves períodos de instrucción y fines exclusivamente defensivos.

b) La nacionalización de todas las fábricas de armas y municiones.

c) Una política internacional que tenga como objetivo elevar el lugar de la nación italiana hasta la máxima altura en competencia pacífica y civilizadora con los demás pueblos.

Por lo que respecta a los *problemas financieros*:

a) Establecimiento de una fuerte imposición sobre el capital, de tal manera que obre como nivelación parcial de la riqueza.

b) La confiscación de todos los bienes propiedad de las Órdenes religiosas y supresión de todas las dotaciones inherentes a las sedes episcopales, que hay que considerar como un lastre considerable para la nación y un privilegio para unos pocos.

c) La revisión de todos los contratos sobre el suministro de material de guerra y confiscación del 85 por ciento de los beneficios de guerra. ¡Italianos!

El fascismo italiano quiere llevar a su plenitud el espíritu que se ha forjado en la gran prueba de la guerra y aspira a mantener unidos —en la forma de un antipartido o un superpartido— a los italianos de todas las convicciones y pertenecientes a todas las clases sociales. De esta manera afrontará las batallas ineludibles de la guerra revolucionaria. Los «Fasci di combattimento» quieren que los incontables sacrificios efectuados por los italianos les sitúen en el puesto de la vida internacional al que la victoria les ha hecho acreedores. Para esta gran tarea, todos los italianos tienen que encuadrarse en las filas de los "Fasci di combattimento"»[1].



El poeta-soldado Gabriele D'Annunzio entra en Fiume para anexionarlo a Italia.



Il Popolo d'Italia

QUOTIDIANO DEI COMBATTENTI E DEI PRODUTTORI

ARDITA

Il governo della Monarchia schernisce la passione di Fiume

GOVERNO VILE!

Imbiancato per ordine di quel porco di Nitti

Francesco Saverio Nitti, vilissimo ministro borbonico, noi gli gridiamo sul grugno:

Viva Fiume italiana!

Viva Fiume italiana!

Viva Fiume italiana!

Sozzo mercante della dignità della Patria:

Viva d'Annunzio!

Combattenti e interventisti: la parola d'ordine dell'intrepida è questa: T'ARMA E NON PARLA!

Fiume nella sua lotta di vita e di morte

Il Popolo d'Italia, periódico de Mussolini, el 15 de setiembre de 1919. La cabecera dice: *«El gobierno de la monarquía se burla de la pasión de Fiume»*. En los espacios censurados puede leerse: *«Censurado por orden del cerdo Nitti»*.



La sera dell'11 Maggio – ottavo trigesimo di Ronchi – è finalmente e postelegrafonicamente de...cesso

SUA INDECENZA

FRANCESCO GIUSEPPE CAGOJA

La signora **Jugoslavia** e il signor **Ante Trumbic** ne danno costernati il ferale annunzio.

Le esequie dell'illagrimata salma avranno luogo stasera alle ore 18.

Il corteo funebre moverà da Piazza Dante, tra il pianto delle campane, lo strazio delle bande militari e il salmodiare degl'infedeli.

«Esquela» polémica de Nitti tras su apartamiento… por fin fallecido, *Su Indecencia Francesco Giuseppe Cagoja. La señora Yugoslavia y el señor Ante Trumbic dan consternado conocimiento…*

Resultaba difícil prever las perspectivas que se ofrecían a aquel recién nacido partido de tendencia nacional y socialista, fundamentado en «la positiva vivencia bélica» (el «combattentismo») y cuyo programa era bastante menos radicalista que el del partido marxista, aunque siempre apareciera orientado contra la Iglesia, la Monarquía y la gran propiedad. En el fondo y a pesar de ello, era difícil competir con los socialistas, que se expresaban con tanta rotundidad como la encerrada en esta frase: «El capitalismo dio campesinos a la tierra; el comunismo da la tierra a los campesinos». De hecho, el fascismo efectuaba progresos muy lentos y las elecciones parlamentarias de noviembre de 1919 representaron para Mussolini una tremenda derrota y para los socialistas una indiscutible victoria. Entretanto, un acto de audacia había servido para que la jefatura del «movimiento nacional» convergiera en Gabriele D’Annunzio, aunque los fascistas se apresuraran a tomar como modelo, primero el triunfo y luego el fracaso de D’Annunzio, si bien a cambio de aceptar, a partir de setiembre de 1919 y durante medio año, el papel bastante menguado de tropas auxiliares del comandante de Fiume.

El único puerto marítimo de Hungría, en el golfo de Carnaro, habitado en su buena mitad por una población italiana, fue ocupado al final de la guerra por los aliados, entre los que se encontraban asimismo tropas italianas, pero ello no prejuzgaba en nada la ulterior decisión que sobre aquella zona tema que tomar la conferencia de paz. Ante los requerimientos italianos, cada vez más apremiantes, Wilson se hizo portavoz de los anhelos yugoslavos, lo que excitó en tal grado la sensibilidad de la burguesía italiana, hasta el punto de que su efervescencia por este motivo fue tanto mayor por lo menos que la agitación social que cundía entre los obreros y campesinos. La llegada al poder del liberal de izquierdas, Francesco Saverio Nitti, aumentó el temor de que se produjera lo que se denominaba una «abdicación nacional», a la vez que se temía también, por parte de los sectores más elevados, una reforma social, que tal parecía ser uno de los propósitos políticos enunciados por Nitti. La salida de Fiume de unas unidades militares italianas, sustituidas por otras francesas, hizo que la agitación alcanzara su punto culminante. Gabriele D'Annunzio preparó en unión de unos cuantos oficiales un golpe de mano y la mañana del 12 de setiembre penetró en la ciudad con unos centenares de voluntarios, que en su mayoría pertenecían a las fuerzas regulares italianas, por lo que cabía considerarlos como desertores. Las tropas aliadas de ocupación evacuaron sin lucha el territorio en litigio, el Gobierno de Roma adoptó un compás de espera y millares de «legionarios» se apresuraron, desde todos los puntos de Italia, a unirse al nuevo Garibaldi. Los nacionalistas de Corradini y los futuristas de Marinetti se mostraron jubilosos y Mussolini atacó, con palabras muy duras y desde su periódico, al jefe del Gobierno de Roma. El poeta no instituyó (tras algunas maniobras para posponer la anexión de Fiume a Italia) un régimen policíaco en su calidad de «comandante» de la única dictadura en la Europa no rusa, sino que dando pruebas de un arte muy propio, gustaba escenificar concentraciones teatrales en las que se manifestaba aquella especie de comunión mística que unía a sus legionarios y la población italiana con su jefe. Cuando D'Annunzio aparecía en el balcón del palacio del Gobierno, la multitud parecía caer en éxtasis y establecía un diálogo con ella que tomaba formas tanto más crispadas cuanto mayores eran los ataques que prodigaba a sus adversarios de la metrópoli:

> «Quiero deciros quién es Cagoja.
>
> Cagoia es el nombre de un odioso vividor sin patria, ni esloveno, ni croata, ni amigo de Italia, ni amigo de Austria, que a raíz de los disturbios ocurridos en Trieste el 3 y 4 de agosto, experimentó un evidente temor. Llevado ante el tribunal e interrogado por los jueces, negó cualquier convicción, negó a sus camaradas, se negó a sí mismo; negó haber gritado "¡Abajo Italia!" y haber expresado otras inconveniencias no menores; aseguró inclusive no haber oído nada sobre la existencia de una cierta Italia; su única preocupación era comer y beber, sin que le

incitara otra cosa, y terminó su declaración con esta inmortal definición de su absoluta mezquindad: “Sólo pienso en la panza”. *(Una carcajada unánime se extendió por toda la multitud que llenaba la plaza. Los rostros de los soldados, alzados, se mostraban radiantes como en los tiempos en que contemplaban el derribo de un avión austríaco por parte de nuestros ases).*

Fueron éstas unas palabras históricas, queridos fiumianos. Fueron éstas unas palabras sublimes que tendrían que tatuarse con azul de Prusia sobre la sublime barriga del hombre, si es que se le puede llamar así.

“Sólo pienso en la panza”.

Es ésta una frase que Giulio Aristide Sartorius hubiera tenido que inscribir en la cúpula de Montecittorio *(el Parlamento italiano)* donde se sienta un “mayor y más auténtico Cagoia”.

El Cagoia de Trieste ha muerto.

El Cagoia de Roma vive.

“¡Sólo pienso en la panza!”…

(A cada frase, la multitud se agitaba y gritaba con un apasionamiento que el general Di Robilant calificaría de orgiástico).

… Pueblo de Fiume, combatientes de Fiume: vamos a bautizarlo. Éste será su nombre, desde ahora y para siempre.

(Un coro de voces airadas repitió el nombre).

… ¿Pero cómo se bautiza la imborrable falta de vergüenza? *(Una voz gritó: “¡Se escupe!”. Y la multitud manifestó su aprobación con redoblados y más intensos gritos).*

…Hay en Fiume más de 40.000 cabezas duras. ¿Me equivoco?

(Paisanos y soldados respondieron con un grito unánime).

Si el enemigo de Lucania *(léase Nitti)* se llama desde hoy Cagoia, todos los italianos de Fiume se llaman cabezas duras.

Digan lo que digan, todo cuanto hagan los servidores de Cagoia, los aliados y sus asociados *(igual a Wilson)*, su infamia es cosa segura. Pero lo que hagamos nosotros, impulsados por nuestro amor y la limpieza de nuestro sacrificio, será honroso por los siglos de los siglos, representará una fama para toda la eternidad.

Ciudadanos, soldados, “arditi” de Fiume, “arditi” de Italia: a la picota con Cagoia, sus servidores y sus cómplices.

¡Alalá!

¡Viva la fama y la gloria de los cabezas duras!

¡Alalá!

¡Viva el día, mañana o pasado, en que el rey de Italia entre en el Fiume italiano para ser rey por segunda vez!

¡Eia! ¡Eia! ¡Eia! ¡Alalá!

(Toda la ciudad ofrendó sus gritos de adhesión al poeta y la multitud parecía no querer moverse de allá. Ciudadanos y soldados renovaron el juramento “frente a todo riesgo, contra todo desfallecimiento y ante todo enemigo”. En las plazas y las calles comenzaron a entonarse improvisadas canciones contra Cagoia, en el transcurso de una noche, iluminada por hermosos relámpagos que permitían que los ojos de los fiumianos entrevieran, a través del Carnaro agitado por la tempestad, las fieles islas»).[2]



Gabriele D’Annunzio habla al pueblo rodeado de sus legionarios.

Con idéntico virtuosismo sabía elevar la temperatura pasional de la multitud hasta grados de éxtasis casi religioso cuando apostrofaba a los enemigos de la italianidad de aquella zona, cuando mezclaba en sus discursos las invocaciones a la sangre de Cristo y la sangre de los caídos, cuando impartía sobre los combatientes las bienaventuranzas del Sermón de la Montaña. Aquel comandante no tenía la menor semejanza con los generales Cadorna, Ludendorff o Foch, siempre distanciados de sus tropas, y Guillermo II hubiera aparecido a su lado como un auténtico zote. Pero también sus legionarios se diferenciaban considerablemente de los soldados habituales de los ejércitos europeos: no llevaban espada, sino puñal; no lucían los uniformes acostumbrados, sino la camisa negra de los labradores de la región de Emilia; no saludaban de la forma reglamentaria, sino que levantaban el brazo en un «saludo romano»; no desfilaban tras banderas y estandartes, sino que tenían sus propios «gagliardetti»; sobre cualquier otro signo militar preferían la calavera con las tibias cruzadas. Y su contacto con el comandante, hacia el que sentían una extraordinaria veneración, se desarrollaba con unas formas y mediante unas ceremonias que tenían,

efectivamente, ejemplos en la tradición militar, pero que habían sido sublimadas y singularizadas hasta un punto máximo: el culto a los muertos, la solemne imposición de coronas de laurel y roble, el intercambio de los gritos: «¿De quién es Italia?». «¡Nuestra!». «¡Puñal en mano!». «¡Alalá!».

Expresaban en sus canciones el deseo de hacer bailar a «Cagoia» a su son y entrar con puñales y bombas en el Quirinal (el palacio real). Según se debilitaron las posibilidades de obtener por parte del Gobierno una inmediata declaración de anexión, Fiume se fue convirtiendo para D'Annunzio en un Estado cada vez más independiente, en una especie de dominio propio dotado sobre todo de un poder de carácter espiritual. Hizo redactar una especie de constitución que venía a ser una singular mezcla de tradiciones y usos antiguos, medievales y modernos, y parecía prever una especie de Estado gremial, que dado el racionalismo poco poético de los modernos Estados de masas y administración, parecía estar en una contraposición reaccionaria, pero que como más tarde se demostraría, aparecía lleno de promesas para el futuro.

Los últimos dos párrafos de la llamada *Carta del Carnaro* dicen así:

«En la Regencia italiana del Cainaro es la música una institución religiosa y social.

Cada mil o dos mil años surge un himno desde la profundidad del pueblo y alcanza la inmortalidad.

Un gran pueblo no crea solamente su dios a imagen propia, sino igualmente los himnos para su dios.

Si cada renacimiento de un pueblo noble es un auge lírico, si cada sentimiento creador es por sí mismo un potenciamiento lírico, si cada nuevo orden es un orden lírico en el sentido lleno de fuerza y fuego de la palabra, la música considerada como lenguaje ritual es la loa de la acción y el significado de la vida.

¿No se manifiesta la música, para la multitud que la escucha, como corporeización del reino del espíritu?

El reinado del espíritu humano todavía no ha comenzado…

En los instrumentos del trabajo, del beneficio y del juego, en las rumorosas máquinas que se manifiestan con ritmo exacto, como un poema, encuentra la música su plena culminación…

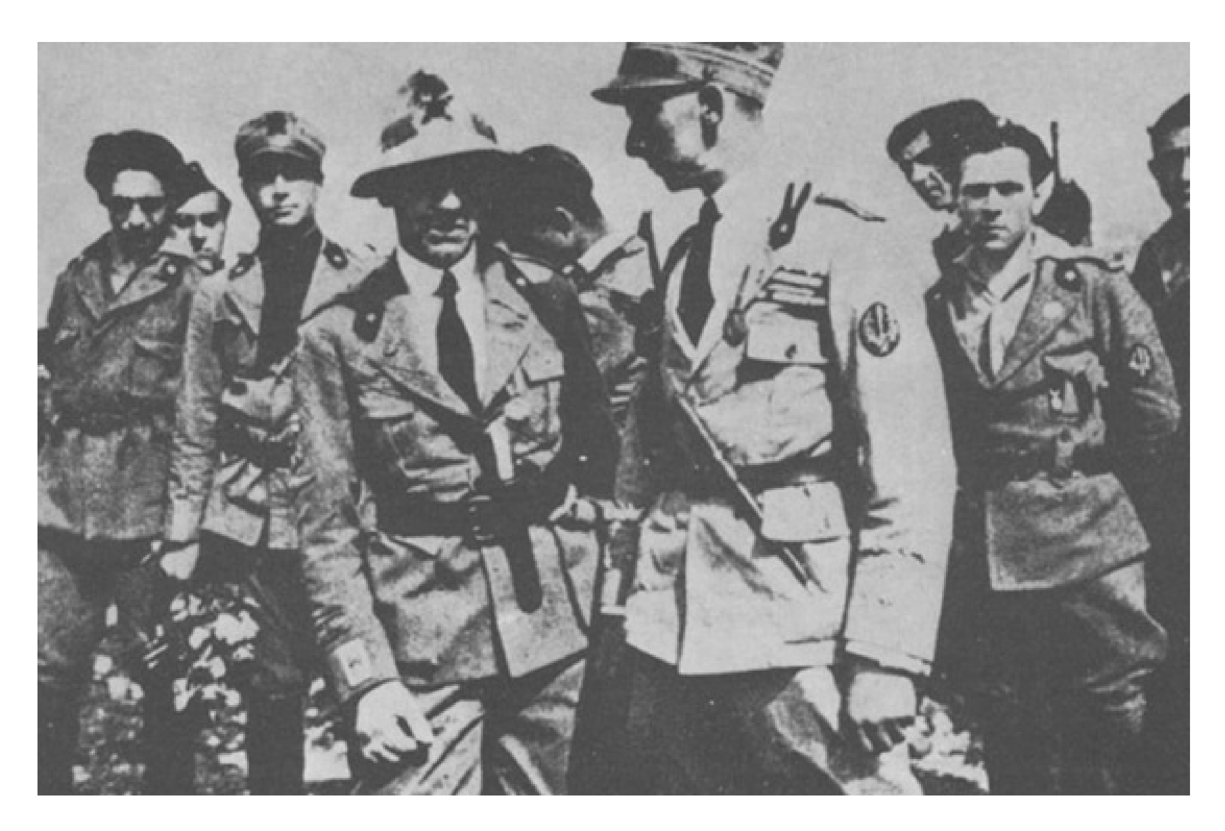
En todos los municipios de la Regencia se organizarán, con ayuda de subvenciones estatales, coros y orquestas.

En la ciudad de Fiume, los ediles proveerán a la construcción de una sala de conciertos con capacidad para 10.000 auditores, en el que esté previsto un espacio cómodo para el pueblo y un gigantesco lugar para los coros y orquestas.

Las grandes celebraciones orquestales y corales serán "enteramente libres", como los padres de la Iglesia decían de las honras a Dios»[3].



Desertores, patriotas y jóvenes: legionarios de Guardia en los límites urbanos de Fiume.



El poeta del individualismo y la decadencia como miembro de una nueva sociedad. Gabriele D’Annunzio —primero de izquierda a derecha en el primer plano— con sus compañeros de lucha.

Todo aquello era algo más que el proyecto de un gigantesco teatro; era la puesta en escena de un director genial. Algunos invitados de nacionalidad inglesa no fueron los únicos en sentirse ganados por el encanto y atractivo personal del comandante y el contraste que ofrecía su «Estado» con la prosaica vivencia resultante de la sociedad burguesa. Y nada menos que Lenin calificó a D'Annunzio de revolucionario. En realidad, con su odio a la Conferencia de París y la evidente hostilidad que ésta manifestaba hacia Italia, así como con sus teorías de la lucha de liberación que los «pueblos oprimidos» (entre los que incluía, entre otros, a Italia, Alemania, la Rusia soviética y Egipto) tenían que llevar contra las naciones plutocráticas, se revelaba cada vez más como un radicalista. Igualmente radicales eran sus puntos de vista sobre la política interna. En la península circulaban cada vez con mayor insistencia los rumores sobre una «marcha sobre Roma» preparada por D'Annunzio y que iría seguida por una proclamación de la República. Entre los que rodeaban al comandante eran cada vez más frecuentes los revolucionarios que procedían de la izquierda y los líderes obreros. Así es que D'Annunzio se fue haciendo, sobre todo tras la aproximación entre Roma y Belgrado, un elemento cada vez más incómodo, tanto en lo que atañía a la política exterior como en la interna. En diciembre de 1920, el sucesor de Nitti, Giovanni Giolitti, que ya antes de la guerra había dominado la política italiana durante un decenio, dio la orden de ataque a las tropas. Cuando comenzaron a caer las granadas disparadas por el buque de guerra *Andrea Doria*, abandonó D'Annunzio sus intenciones, tantas veces expresadas, de caer al frente de sus fuerzas y dejó la ciudad, no sin antes haber expresado desdeñosamente que no valía la pena morir por aquella Italia. Sus legionarios se dispersaron por todo el país y un número considerable de ellos engrosaron las filas de los fascistas, cuya carrera ascendente comenzó en el mismo tiempo en que se inició la descendente de D'Annunzio.



La hora de los socialistas: alborotos por el encarecimiento de la vida en todo el país.



Huelga de ferroviarios.



Asamblea comunista bajo el signo de la hoz y el martillo.

El poeta había creado, empero, en su feudo de Fiume, el estilo que pronto adoptarían los fascistas. Pero solamente en la península tenían efecto las pugnas sociales que en casi todos los casos son premisa indispensable para la formación de un gran partido. El año posterior a las elecciones de 1919 había sido el gran momento para los socialistas. Eran el partido más fuerte en el Parlamento, dominaban un tercio de los municipios y provincias italianas; pero pesaba sobre ellos el gran lastre de que se les atribuyera la inacabable cadena de huelgas, de que se les señalara como incitadores de que en los Ayuntamientos de las localidades tanto grandes como pequeñas se izara la bandera roja en vez de la tricolor y de que las «Ligas», que ya habían actuado con anterioridad a la guerra, prosiguieran en las regiones sus campañas de agitación, jalonadas por actos de boicot, por destrucciones e incendios. Por

espacio de un par de meses pareció que Italia estuviera a las puertas de una revolución socialista, sobre todo cuando en el verano de 1920 se llegó a la ocupación masiva de las fábricas. Pero los dirigentes socialistas no acababan de decidirse a dar la señal decisiva para ello; no solamente a causa del temor y la falta de unidad, sino porque el partido católico, recién fundado, había ganado para sí, en audaces labores de contramaniobra, un notorio sector de trabajadores y campesinos; porque en definitiva no creían en la posibilidad de mantener dominada la naturaleza espontánea y anárquica de los disturbios sociales y porque conocían la dependencia de Italia del capital extranjero. El socialismo italiano quedó dominado así por la fraccción «maximalista», que no parecía dispuesta a seguir los consejos de Lenin, pero tampoco estaba dispuesta a la colaboración con los demás partidos.



La nueva fuerza adversaria: una escuadra fascista de los primeros tiempos.



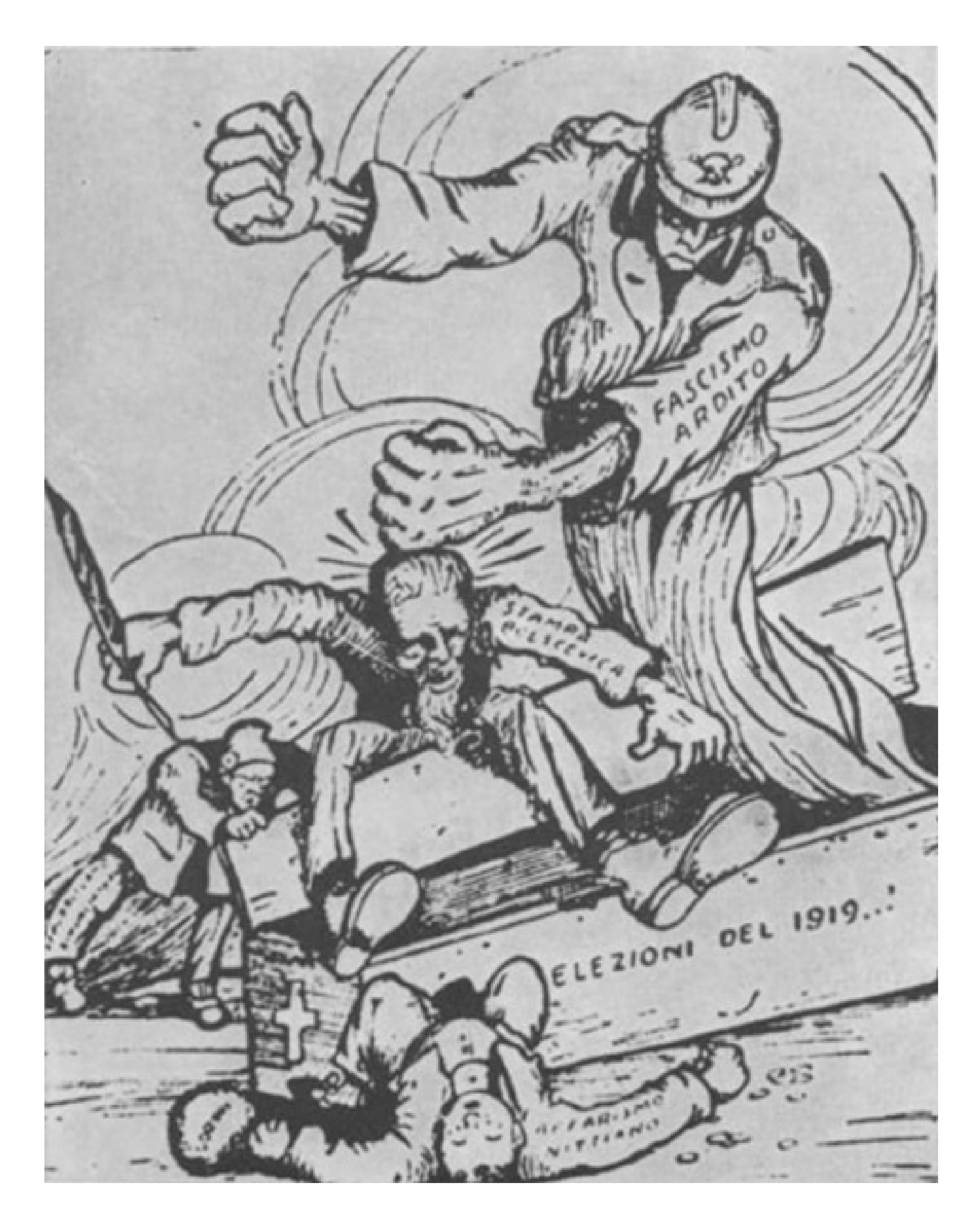
El cuartel general de las organizaciones eslovenas en Trieste, el hotel «Balkan», incendiado por los fascistas.



La imagen ideal del escuadrista: camisa negra y «manganello» (porra).



Propaganda socialista: *el fascismo como hijo de la guerra*.



Propaganda fascista: *el fascismo salva a Italia*.

Es digno de anotarse que el fascismo, en aquellos tiempos de intensa pugna social, solamente representaba un papel de segundo rango y que la fuerza del vacilante intento revolucionario de los socialistas era contrarrestada por otras fuerzas. Mayores éxitos había alcanzado en la lucha de nacionalidades que tenía efecto en Trieste y Dalmacia, donde los grupos fascistas llegaron a convertirse en una especie de policía auxiliar de carácter irregular, que prendía fuego o arrasaba las sedes de las organizaciones eslovenas y procuraba sembrar entre las poblaciones rurales el temor hacia los nuevos dominadores. Pero en cuanto el peligro agudo de revolución hubo desaparecido en Italia y la fuerza socialista había sido combatida con éxito por los terratenientes y pequeños propietarios unidos, surgió de la noche a la mañana el contraterror fascista, que comenzó su acción sistematizada contra

los centros vitales del adversario. En las regiones de Potalia y Emilia, principalmente, las «escuadras» fascistas fueron ampliando gradualmente su radio de acción; de composición elemental y algunas veces armadas tan sólo con el «manganello», asaltaban los locales del partido socialista, las casas del pueblo, las oficinas de los sindicatos y las redacciones de los periódicos; destruían los mobiliarios, prendían fuego a los edificios y en ocasiones, salían en camión a las zonas rurales, para obligar a las administraciones comunales de carácter socialista a la dimisión y «purgar» a sus adversarios con aceite de ricino. Cuando encontraban resistencia, se ponían en contacto telefónico con otros grupos y quedaba organizada una auténtica «expedición de castigo». A tanto llegó su acción en algunas provincias, que los dirigentes socialistas fueron formalmente «expulsados» y se precisó un salvoconducto del fascio local para circular por los alrededores. Y todo aquello ocurría, no solamente con la pasividad del poder, sino animado de una manera activa por el mismo y en un clima de creciente aquiescencia por parte de la opinión pública. No es extraño así que los socialistas denunciaran que se trataba de bandas pagadas por los agrarios y que las autoridades burguesas veían con muy buenos ojos aquella especie de policía auxiliar formada por gentes insatisfechas y sin arraigo. De todos modos, el desarrollo del fascismo resulta difícil de comprender si no se tiene en cuenta que la mayor parte de sus jóvenes dirigentes eran oficiales que habían estado en el frente y se hallaban plenamente convencidos de que prestaban con su acción un gran servicio a la patria. Una buena prueba de su pensamiento lo da la declaración que Dino Grandi hizo ante los jueces, como testigo, al efectuarse el juicio de los llamados «sucesos de Bolonia»:

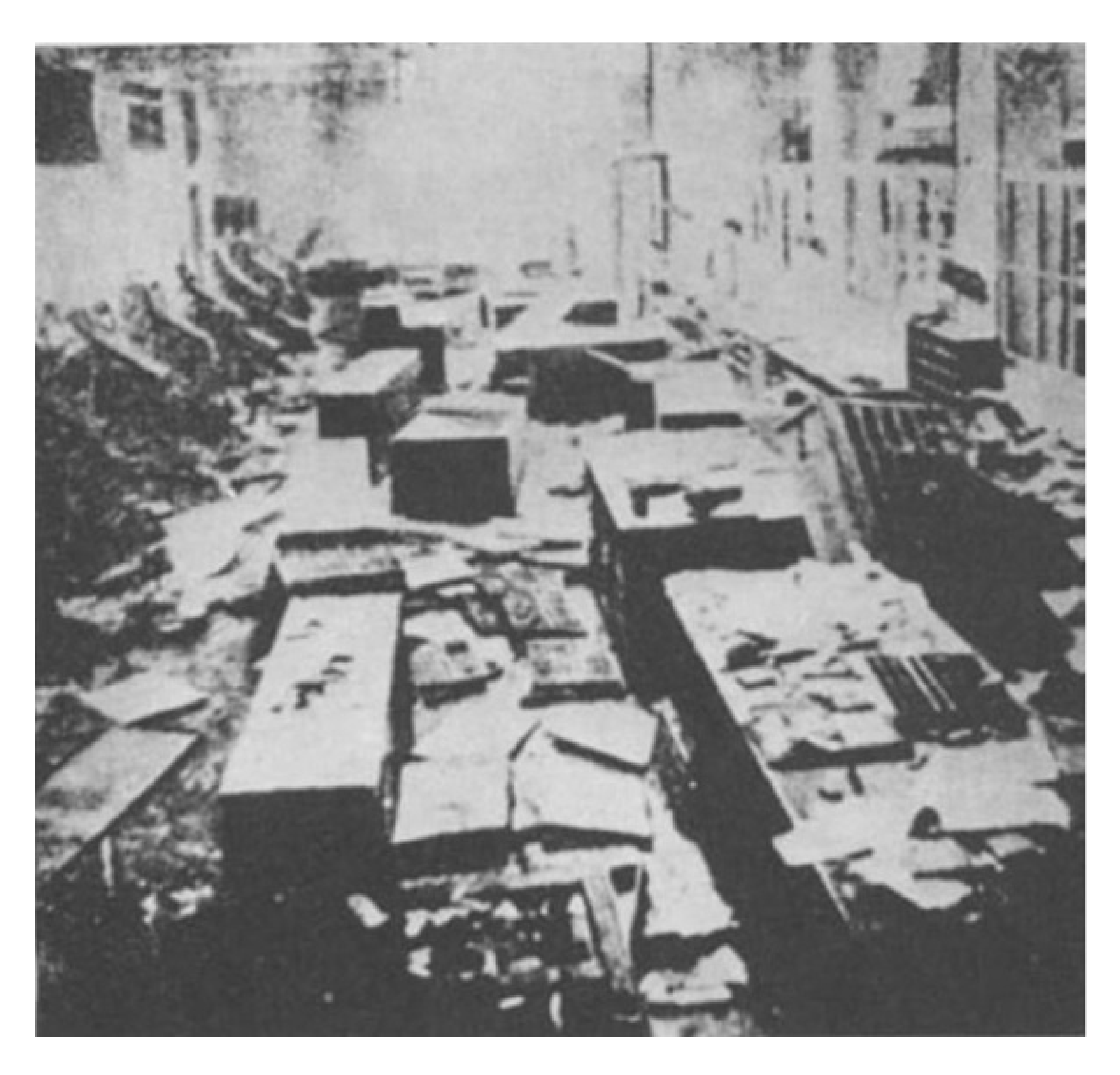
> «La Liga es un pequeño gobierno local, la cámara obrera, el gobierno provincial. Para despedir a un trabajador se precisa el permiso de esta cámara obrera. A quien da trabajo le está prohibida cualquier clase de resistencia u oposición. Durante los períodos de huelga se precisa el permiso de la cámara obrera inclusive para proceder al enterramiento de los muertos. En realidad, se trata de una especie de soviet. Las leyes económicas más importantes son objeto de deliberado olvido. Hay un nuevo código penal con nuevos castigos, con nuevas normas, con nuevas penalidades. Las más importantes entre ellas son dos: el boicot o la contribución de castigo *(taglia)*. El boicoteado no trabaja, pero podría sobrevivir gracias a protecciones, regalos, etc. Para evitarlo, se prohíbe de una manera tajante que los comercios le vendan víveres: pan, carne. Se le prohíbe que encienda el horno familiar, se impide que el médico y la comadrona pongan los pies en su casa. En la persona objeto de boicot se va formando así una mentalidad especial, se opera en su interior un proceso psicológico que le lleva a una conclusión: considera que el único camino de salvación es su ingreso en la Liga y así lo efectúa. De esta manera, en Bolonia y su provincia se ha creado una conciencia socialista.
>
> La contribución de castigo es la especie de impuesto que los propietarios pagan a la organización obrera cuando se les considera culpables de no haber seguido con exactitud las directrices de la misma. Se ha calculado que solamente en el verano de 1920 ingresaron, en las cámaras obreras de Bolonia y las pequeñas Ligas locales, más de dos millones. Por doquier

aparece el monopolio de las fuerzas obreras, un monopolio tiránico y al lado del mismo, el monopolio político… Se ha calculado que el montante de las destrucciones y depredaciones efectuadas con fines políticos se eleva a un millón de quintales de paja, a doscientos cincuenta mil quintales de trigo y a cien mil quintales de uva.

¿Y el Estado? No existe. El Gobierno se inhibe. Existe ahora un Estado dentro del Estado y lo que es peor, un anti-Estado revolucionario que alienta bajo la protección y la égida del Estado al que está empeñado en destruir. Por ello, la autoridad no reside en manos del prefecto, sino en el secretario de la cámara obrera, el diputado Bucco y sus colaboradores. Cuartel general es la cámara obrera de la Via D’Azeglio. El prefecto dicta alguna ordenanza y Bucco hace saber a los ciudadanos que no es preciso obedecerla. Se queman las banderas en la puerta de la prefectura. Se desdeña la celebración de las solemnidades nacionales y se viste a los políticos como mendigos, así como se prohíbe a las bandas militares que interpreten los himnos patrióticos… Semejante situación no puede durar»[4].



El terror sistemático: salida para una expedición de castigo o propaganda.



La redacción de un diario socialista tras el paso de los fascistas.



Mussolini en una asamblea en Milán, en el año 1921 (a la derecha, a su lado, Michele Bianchi).

Vistos desde el lado socialista, los acontecimientos se desarrollaban así:

«A medianoche, cuando la población duerme, llegan los camiones con fascistas a los pequeños pueblos, acompañados, como es lógico, por los dirigentes agrarios locales y guiados por ellos, ya que de otra manera sería imposible saber, en la oscuridad de la noche, dónde están situadas las casas de los dirigentes de las Ligas o el pequeño despacho donde se reúnen los líderes obreros. Se llega ante una casa, se la rodea y suena la voz de mando: "¡Destruidlo todo!". Son unas veinte o cien personas armadas con revólver o fusil. Se llama al dirigente de la Liga y se le ordena que salga. "Si no sales, quemamos la casa, contigo, con tu mujer y tus hijos dentro". Así es que el dirigente sale y en cuanto aparece le cogen, le atan, le suben al camión y le hacen sufrir las máximas humillaciones cuando no aparentan que van a fusilarle o colgarle de un árbol. Luego le abandonan en medio del campo, desnudo y atado a un tronco. Cuando el dirigente es un hombre colérico y no abre la puerta o utiliza armas para su defensa, es inmediatamente asesinado en una lucha de cien contra uno»[5].

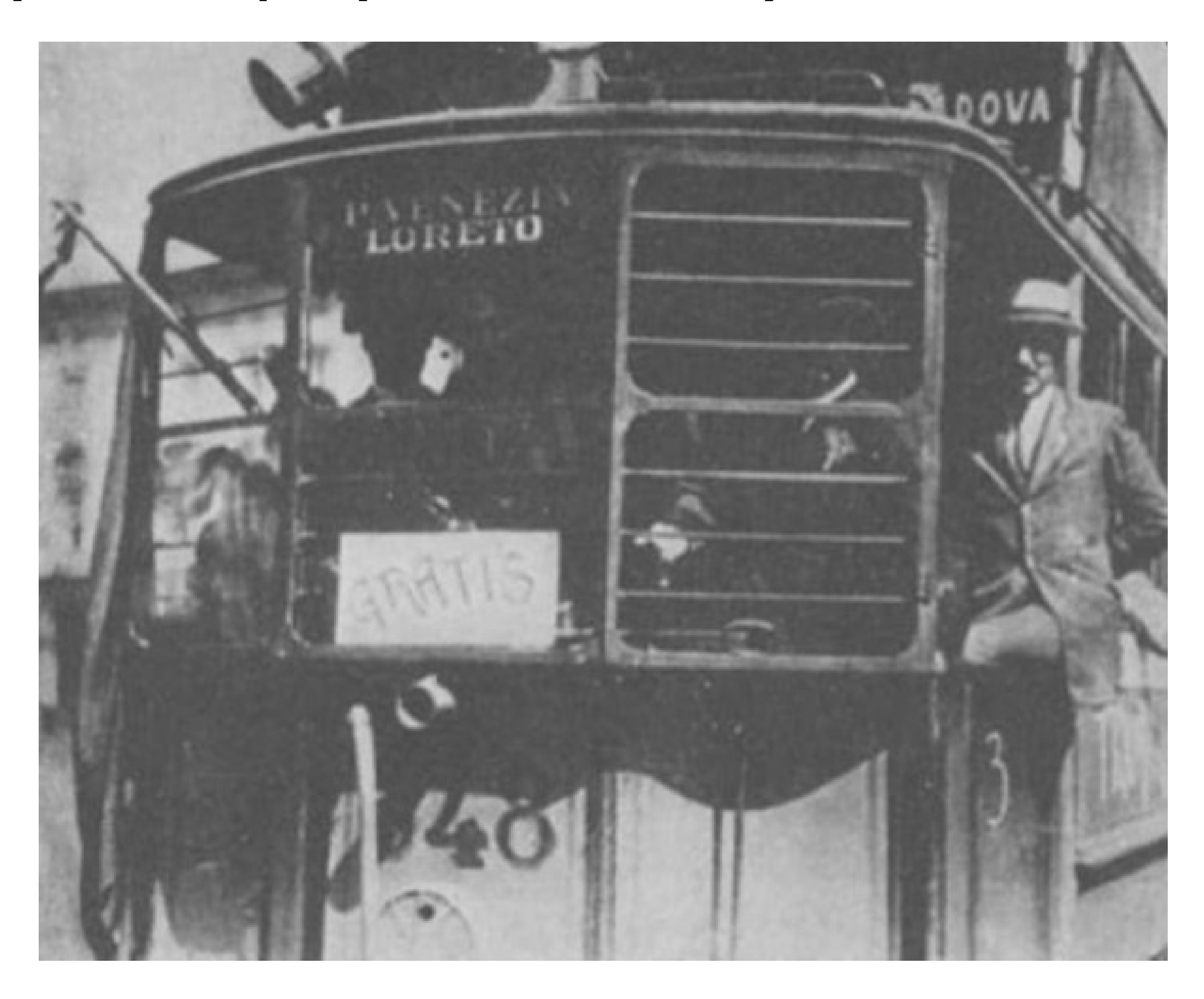


Dino Grandi, nacido en 1895. Jefe de los fascistas de Bolonia.

Considerados en su realidad, los fascistas no eran los idealistas restauradores de la autoridad estatal que Grandi había pintado, ni los «mazzieri» pagados por los propietarios egoístas en una lucha de clases llevada a los mayores extremos, como creía Matteotti. Y por ello fue posible que ocurriera el sorprendente fenómeno de que en el transcurso del tiempo se convirtieran en un «anti-Estado» mucho más peligroso que el que habían sido los socialistas; un anti-Estado cuyas tropas ocupaban las grandes ciudades y obligaban a los prefectos a la dimisión, que constituían un ejército con sus graduaciones y sus distintivos y que muy pronto no se contentaran con la destrucción de instituciones socialistas, sino que la emprendieran igualmente con las redacciones de periódicos católicos que se manifestaban reticentes

hacia sus acciones de violencia y prohibieron a los párrocos rurales impartir los sacramentos a las esposas de los líderes socialistas.

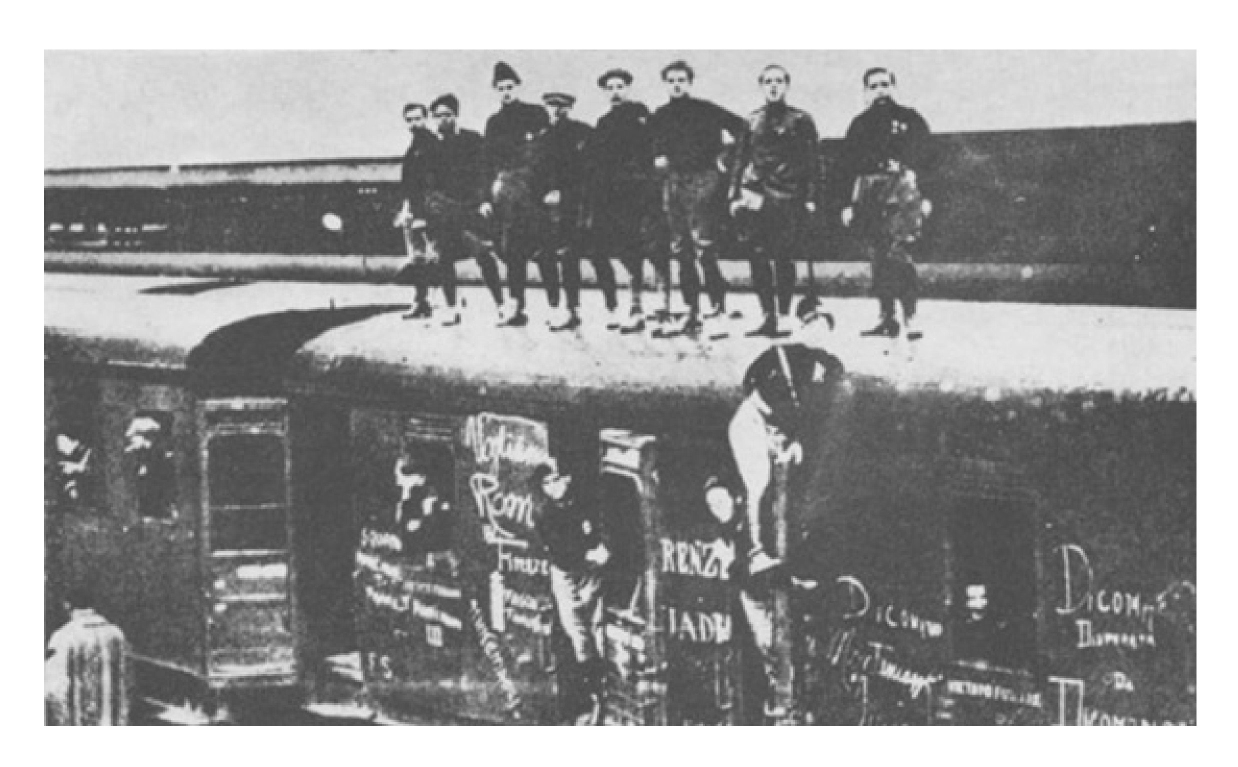
Este auge, que de finales de 1920 a principios de 1922 varió sustancialmente la situación interna italiana, no habría sido sin duda posible de no haber considerado el Estado liberal a los fascistas como un adecuado contrapeso al socialismo. Así actuó Giolitti, cuando propició las elecciones parlamentarias para el mes de mayo de 1921, augurando la entrada de los fascistas en el «bloque nacional» como medio de contrarrestar la excesiva influencia de los socialistas y los populistas. Así es como entró en el Parlamento una «patrulla» de unos treinta fascistas, bajo el mando de su jefe, Mussolini, y que no tardaron mucho en ayudar al derrocamiento de su patrocinador al que culpaban de llevar una «débil política exterior».



La violencia activa contra la pasiva: los fascistas ocupan los puestos de los conductores de tranvías en huelga y transportan gratuitamente a los pasajeros.



Roberto Farinacci, antiguo socialista, «ras» de Cremona, en 1922.



La marcha sobre Roma: salida como en 1914.



Storia della Rivoluzione fascista 71

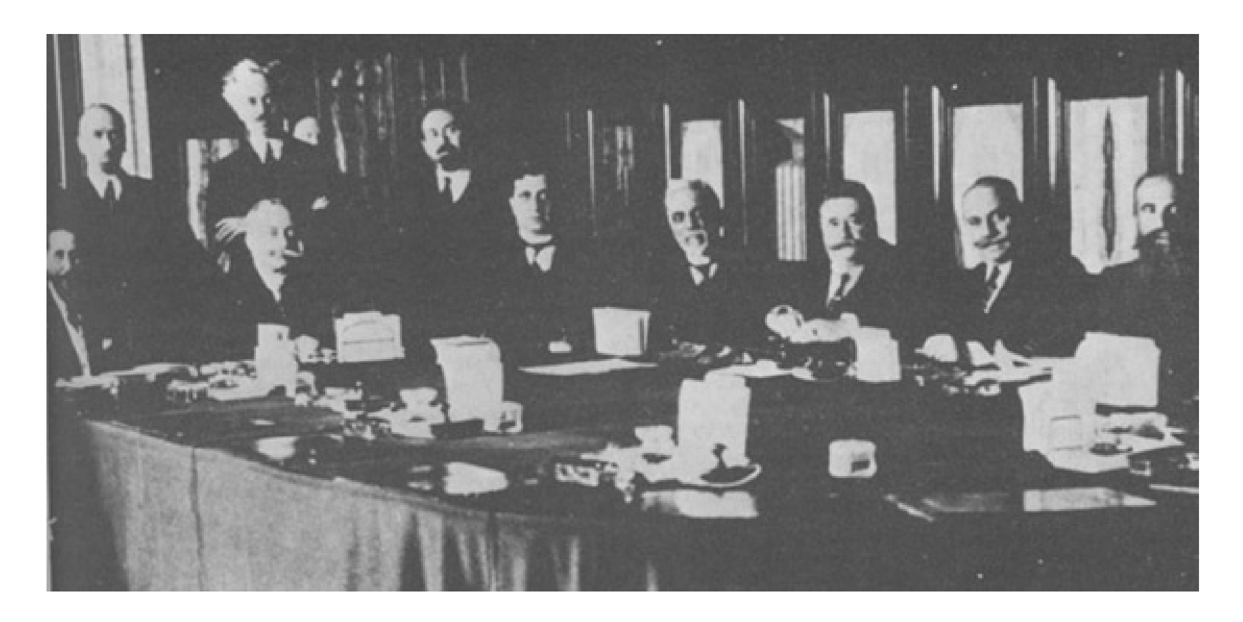
vadore. — Colle d' Elsa. — Valdichiana. — Chiusi. — Arezzo. — Foiano. — S. Giovanni Valdarno. — Castelnuovo dei Sabbioni. — Pisa. — Viareggio. — Grosseto. — Roccastrada. — Orbetello. —

Schema dell'affermarsi del bolscevismo e di altri movimenti antifascisti.

Massa Marittima. — Lucca. — Livorno. — Pistoia. — Volterra. — Piombino. — Pontedera. — Cecina. — S. Miniato. — Fucecchio. — Cortona.

III. LOMBARDIA: Milano. — Cremona. — Pavia. — Bergamo. — Mortara. — Brescia. — Abbiategrasso. — Vigevano. — Mantova. — Monza. — Gallarate. — Como. — Varese. — Lecco. — Sondrio.

Igualdad entre los adversarios: expansión regional del fascismo en Italia en los años 1919 al 1922.



Los adversarios desiguales: el último gabinete liberal (el tercero, de izquierda a derecha, el jefe de Gobierno Luigi Facta).

Pero el nuevo partido no se limitó en la práctica a ejercitar tan sólo una política auxiliar del Gobierno en el orden interno, sino que enunció su propia política en lo externo. Política que no era demasiado original, pero le ganó muchas simpatías puesto que estaba en la línea de la máxima exaltación de los «intereses nacionales». En su discurso de la Piazza Belgioioso de Milán, enunció Mussolini su programa el 3 de mayo de 1921:

> «Se habla mucho de la actividad violenta de los fascistas. Nos arrogamos para nosotros solos el derecho de controlarla y, si el caso llega, de eliminarla. Que cese primeramente la campaña de descrédito y odio que se ha desencadenado contra nosotros y, luego, depondremos nuestras armas. Entretanto y mientras lo consideremos necesario, seguiremos golpeando con mayor o menor intensidad los cráneos de nuestros enemigos, es decir, hasta que la verdad haya penetrado en ellos. Somos un movimiento y no un partido, no un museo de dogmas y principios inmortales… Hay que romper el círculo vicioso de la política italiana, que se limita hoy a los nombres de Nitti y de Giolitti, representativos de la vieja y rechazable Italia, que se aferra a sus posiciones y se resiste a morir… El programa de la política exterior del fascismo comprende una sola palabra: expansionismo. Estamos hartos de una política de zapatillas. Allá donde concierna a los intereses de la Humanidad tiene que estar Italia presente… El problema del Tirol del Sur está en primera línea de actualidad. Pero decidme, milaneses: ¿no nos hemos ganado, con nuestras incontables víctimas, el derecho de llegar al Brennero? *(La multitud: "Y allá nos quedaremos")*. Efectivamente, aunque una minoría proteste. Prescindiremos de esa minoría y estaremos dispuestos a expulsarla en caso necesario. ¿Acaso no hemos llegado, ciudadanos de Milán, hasta el propio Monte Nevoso? *("¡Y allá seguiremos!", respondió la multitud con un grito).* Y allá permaneceremos porque allá llegamos en un movimiento unánime de la nación personificada en un hombre genial, que con un puñado de seguidores supo vencer y plantar el tricolor en Fiume… Nuestra fórmula para nuestro mar *("il mare nostro")* es ésta: el Mediterráneo para los pueblos mediterráneos. Y obtendremos el derecho de la hegemonía: por nuestra posición geográfica y la tradición marítima de nuestros pueblos. Queremos llevar nuestro evangelio a todas las naciones del mundo donde viven italianos; queremos que nuestros hermanos lejanos tomen parte en nuestra vida, en la vida de una gran nación; queremos que vuelvan a sentir el orgullo de ser y sentirse italianos. Va a entrar en el Parlamento una patrulla de fascistas llenos de agresividad… Y éstos dirán a los "pusistas" *(léase socialistas)* del entero parque zoológico: si tratáis de sabotear nuestro trabajo y el trabajo de nuestra nación, os romperemos los huesos a la manera fascista, aquí o en cualquier otro lugar. *(Grandes ovaciones).* Somos la protección de la nación. Y seguiremos siéndolo a pesar de la llamada burguesía y el llamado proletariado… Marcharemos hacia ese objetivo nuestro de la reconstrucción. Se trata de obrar y reaccionar, ser unas veces valerosamente revolucionarios, otras mostrarse reaccionarios y ello en un momento en que tanto el pueblo como la época están repletos del mito revolucionario, en que parecen querer precipitarse en el abismo». *(Ovaciones frenéticas. La multitud se precipita hacia el camión donde se encuentra Mussolini y los auditores más próximos le abrazan. Suenan las sirenas de los bomberos, lucen los fuegos artificiales y por doquier se grita «ewiva» y «alalá»).*[6]


72 Storia della Rivoluzione fascista

IV. PIEMONTE: Torino. — Alessandria. — Casale Monferrato. — Novara. — Biella. — Vercelli. — Asti. — Ivrea. — Cuneo.
V. UMBRIA: Perugia. — Terni. — Spoleto. — Città di Castello.

Schema dell'affermarsi del Fascismo.

— Foligno. — Gubbio. — Marsciano. — Città della Pieve. — Todi. — Umbertide.
VI. LIGURIA: Genova. — Spezia. — Sampierdarena. — Sestri Ponente. — Savona. — Chiavari. — Oneglia. — Imperia.
VII. VENEZIA EUGANEA. — Venezia. — Padova. — Udine. —

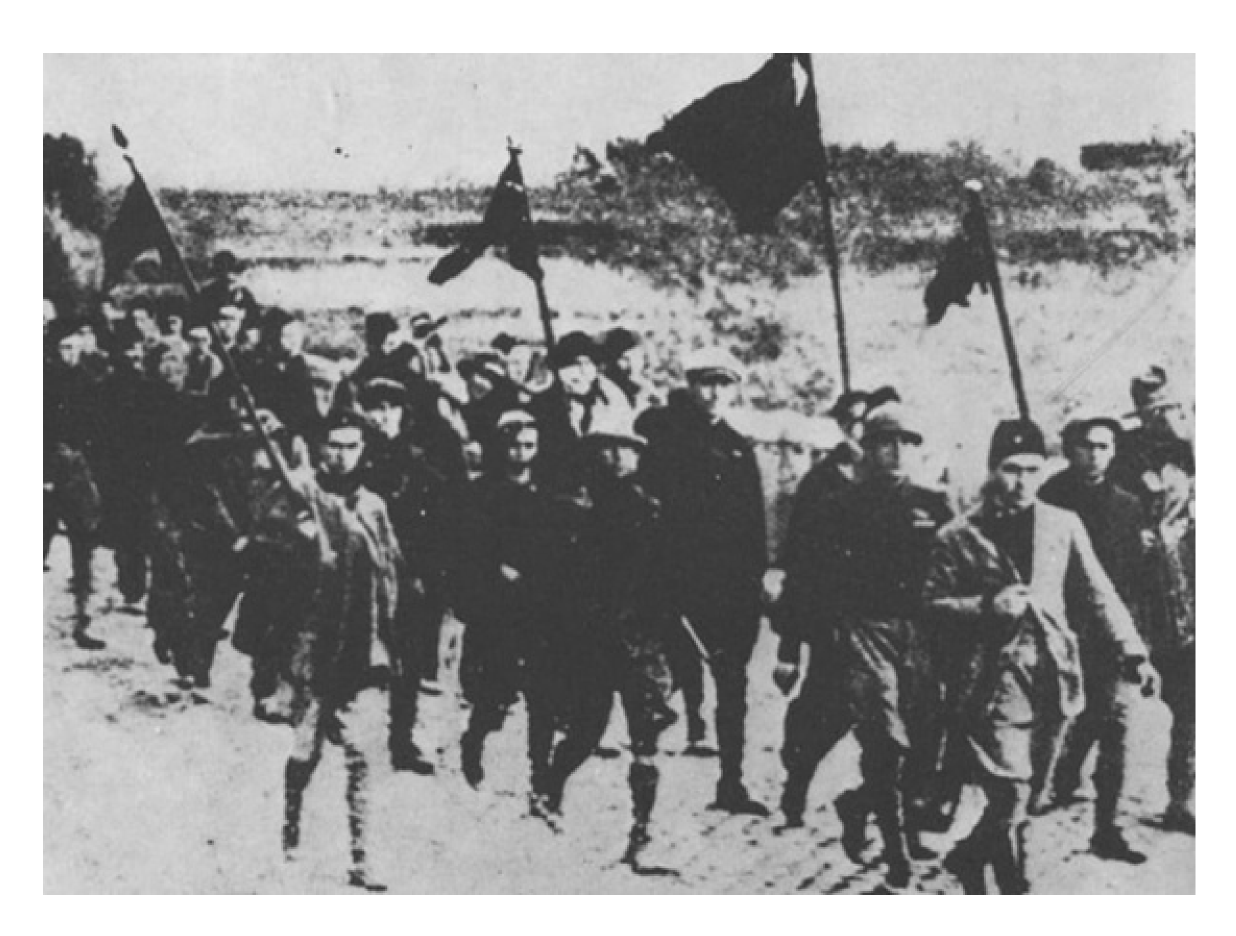
Igualdad entre los adversarios: expansión regional del bolchevismo en Italia, durante los años 1919 al 1922.

Fue aquélla una petición del poder como no se había escuchado nunca en Italia. Aunque el nuevo movimiento tuviera que sufrir en el transcurso de los primeros años algunas crisis, en las que Mussolini apareció más como objeto que como sujeto, lo cierto es que no fue tampoco lo que se suponían quienes le consideraban el producto de la financiación por parte de algunos industriales y unos cuantos agrarios. El movimiento respondería más bien, a partir de entonces, a la propia configuración del país: un partido militarizado y uniformado y que gracias a D’Annunzio estaba en posesión de un estilo que causaba profunda impresión en las masas, dotado de un programa que asimismo llegaba a todos por su propia simplicidad y que aprovechaba el temor de los liberales ante el crecimiento de los efectivos socialistas, el

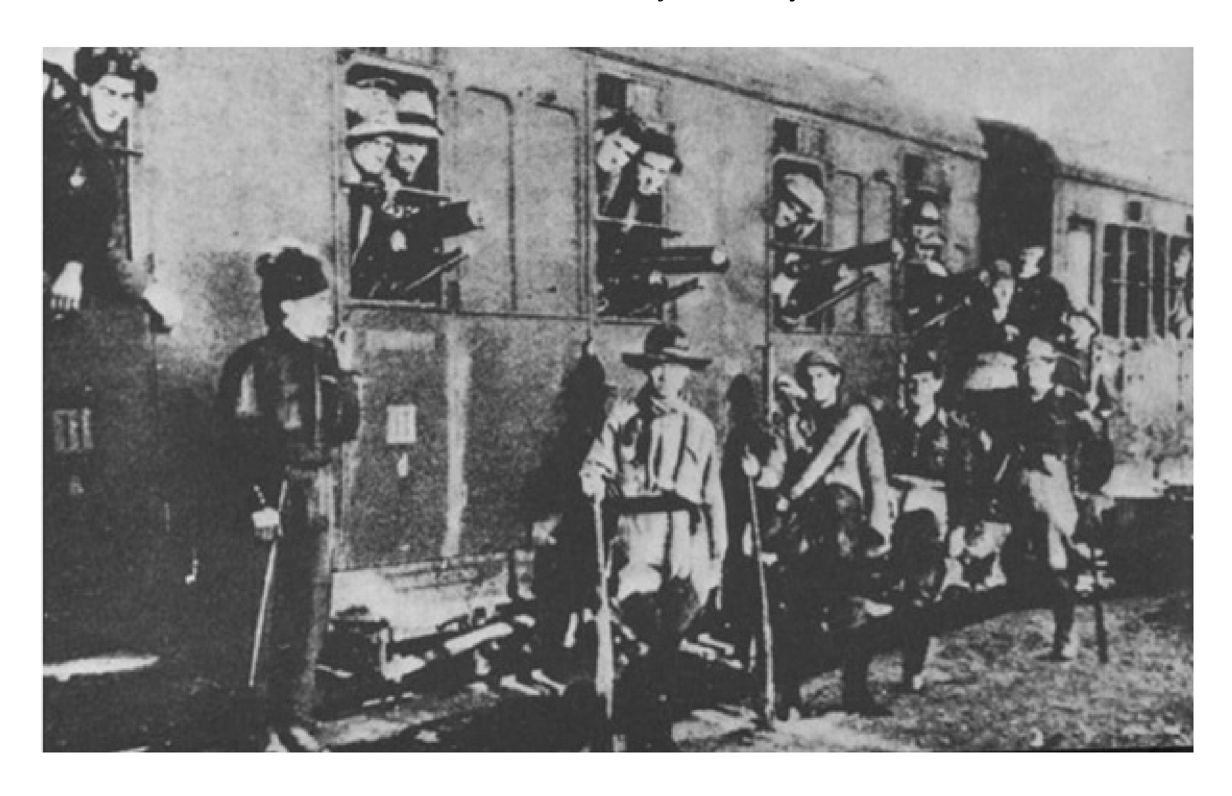
inmovilismo de éstos, la repugnancia del Vaticano a una coalición de los católicos con los socialistas y el general anhelo de una clarificación del panorama político italiano.



La marcha sobre Roma en una representación posterior (del filme fascista de propaganda *Camisas negras*).



La marcha sobre Roma: columna bajo la lluvia y sin adversarios.



Transporte de los revolucionarios a cargo del Estado.

Muy pronto se convirtieron los fascistas en la fuerza más poderosa y sólida de la situación. Lo que era de Italia a mediados del año 1922 encuentra su más adecuado testimonio en el Diario de aquel Italo Balbo —jefe de los fascistas de Ferrara, de 26 años, antiguo oficial de alpinos, republicano y francmasón— que describe la «expedición de castigo» emprendida con mil de sus escuadristas en la ciudad de Rávena:

«Hoy por la noche emprendieron mis efectivos la destrucción del edificio de la Liga provincial y las asociaciones socialistas. No teníamos otra respuesta al abyecto atentado contra Meriano y el asesinato de Clearco Montanari. Como siempre, esta acción fascista fue una maniobra por sorpresa. La vieja casa, que había sido sede del hotel "Byron" y en la actualidad fortaleza roja, se halla completamente destruida. Los fascistas sólo emprendemos acciones semejantes en caso de absoluta necesidad. Por desgracia, la guerra civil no permite adoptar posturas intermedias. Diariamente ponemos en juego nuestra vida. No nos impulsa a ello interés personal alguno. Nuestra meta superior es la salvación de la patria. Hemos llevado a cabo nuestra acción con el mismo espíritu con que se destruye en la guerra un depósito de municiones del enemigo. Las llamas que prendieron en el viejo edificio iluminaban la noche con su intenso resplandor. Toda la ciudad aparecía iluminada. Había que infundir, sobre todo, un gran temor a los enemigos. Los fascistas no se dejan matar impunemente. Me encontré de manos a boca con el diputado Nullo Baldini, que en el momento de prender fuego a la casa se encontraba en el edificio con el socialista Caletti. A una orden mía, Baldini fue alejado por los fascistas, sin que nadie le dirigiera una palabra insultante. Cuando vi salir al organizador socialista, con las manos en la cabeza y la expresión desesperada en el rostro, comprendí toda su tragedia. Con la casa en llamas se desvanecían en aquel instante los sueños y los esfuerzos de toda su vida. Allá se concentraba todo o, por lo menos, buena parte del poder que disfrutaban los socialistas en aquella región. Una organización gigantesca, aunque asentada sobre bases muy frágiles. Porque sus fundamentos no eran económicos, sino políticos. Pero de tales pensamientos me distrajeron en aquellos momentos unos disparos de revólver y el ruido que llegaba de las calles vecinas. Llegaban las fuerzas de la Policía real, como alondras atraídas por el sol. Cuando aparecieron era demasiado tarde. La falta de agua característica de la ciudad de Rávena, que no tiene conducciones de agua, favoreció la rápida tarea de las llamas. Con ayuda del ingente material impreso que allá estaba almacenado, resultó imposible apagar el fuego…

Al regreso, encontré todos los accesos a Borgo ocupados por tropas de a pie y a caballo, así como por dos blindados. Mientras unos destacamentos destruían los centros comunistas y anarquistas del suburbio de Fratti y Campanetti, Aniquilaron otros las oficinas del club socialista «Garibaldi». Por las ventanas volaron mesas y sillas. El furor de los fascistas venció toda la resistencia que intentaron oponerles. Otros centros de la misma ciudad fueron incendiados. Pero estas acciones locales no bastaron para quebrantar la actividad comunista, que fue haciéndose cada vez más peligrosa, sobre todo después de haber llegado a la paz con los republicanos. Así es que me dispuse a una acción. Acudí al jefe de Policía, mientras Dino Grandi mantenía concentrados a nuestros efectivos fascistas, que ascendían a varios millares de hombres, en los alrededores de Borgo. Le dije que estaba dispuesto a quemar las casas de todos los socialistas de Rávena en el caso de que no me facilitara los necesarios medios de transporte para trasladar a los fascistas a otro lugar. Fue un momento dramático. Los altos funcionarios de la Policía perdieron la cabeza, pero media hora después nos comunicó el lugar donde encontraríamos camiones dispuestos, con los depósitos llenos de gasolina. Algunos eran propiedad, incluso, de la misma Policía. Los había solicitado con el pretexto de transportar a los fascistas fuera de la ciudad, pero mi propósito era organizar en realidad una columna incendiaria (como la denominaba el adversario) para extender a toda la provincia el radio de nuestras acciones preventivas. Me senté en un camión con Baroncini, con Caretti de Ferrara y el joven Rambelli de Rávena y nos colocamos al frente de la columna.

Este viaje, que comenzó ayer, 29 de julio, a las once, ha durado hasta hoy, 30 de julio. Casi veinticuatro horas ininterrumpidas, en el transcurso de las cuales no se tomó ninguno de nosotros el mínimo momento de descanso. De Rímini nos dirigimos por Sant-Arcangelo, Savignano, Cesena, Bertinoro y todas las ciudades y pueblos de las provincias de Forli y Rávena, destruyendo y quemando las casas de los rojos, así como las sedes de las organizaciones comunistas y socialistas. Fue una noche terrible. Nuestro camino quedó marcado por llamas y columnas de humo. Toda la llanura de la Romagna hasta las colinas, fue testigo de la decisión fascista de oponerse al terror rojo. Hubo algunos incidentes y algunos choques con las bandas bolcheviques, pero en ningún lado se nos ofreció una abierta resistencia. Los dirigentes habían huido en su totalidad. Los edificios sociales, las sedes de los partidos socialista y comunista, las casas del pueblo; todo aparecía medio abandonado. Pero, por contra, tuvimos que vencer en algunas ocasiones la resistencia del poder armado. En Cesena, la carretera provincial estaba ocupada por un vehículo blindado al mando de un oficial de la Policía real. Nos cortaba la carretera y amenazó con abrir fuego. “¡Dispare usted si tiene valor!”, le dije. El vehículo blindado era demasiado pequeño para bloquear enteramente la carretera. Me adelanté hacia el mismo, con toda la columna detrás de mí. No sonó un solo disparo. Visité a Meriano en el hospital de Cesena y le encontré mejorado. La bala le había alcanzado la rodilla. Subsiste el peligro de que quede inválido para toda su vida. Se sintió muy satisfecho de que le hubiera visitado. Al amanecer volvimos a Rávena. Les dije a todos que regresaran a sus casas. Hoy tengo previsto colocar en un camión el cadáver de mi querido amigo y llevarlo a Ferrara»[7].



Entrada de los primeros «comandos» fascistas en la ciudad indefensa



Propaganda fascista: infrahombres «bolcheviques» arrojan a un joven fascista al Arno.



Escuadristas turineses tras la victoria.

No es de extrañar, a la vista de todo cuanto acontecía, que la «Alleanza del Lavoro», organización obrera convocada para la defensa contra la amenaza fascista, proclamara la huelga general. Pero esta decisión no tardaría en revelarse catastrófica. Que los revolucionarios del día anterior efectuaran una «huelga en pro de la legalidad» («sciopero legalitario») resultaba poco convincente y el recuerdo de las turbulentas jornadas huelguísticas de los años pasados estaba tan vivo en la conciencia de la pequeña burguesía, que mal podía hacerse a la idea de que la actitud de las clases obreras hacia el Estado podía haber iniciado una evolución positiva. El fascismo obtuvo así una nueva e inapreciable oportunidad para presentarse ante la opinión como celador del orden: en el transcurso de pocos días, los fascistas «movilizados» consiguieron «romper» la huelga, con la ayuda de los órganos estatales, y

cuanto se había conseguido en Italia en un sentido socialista, se hundió definitivamente. La crisis gubernamental producida a finales del mes de julio, no llevó a la formación de un Gobierno «antifascista», como parecía preconizarse en ciertos sectores liberales; el correligionario de Giolitti, hombre más débil, y su segundo sucesor, Luigi Facta, permaneció al frente de un gabinete en el que se entremezclan adversarios y amigos del fascismo, enteramente opuestos entre sí. Por otra parte, los comunistas seguían soñando en derribar el «capitalismo»; los maximalistas continuaban rehuyendo su colaboración con el Estado «burgués»; los católicos insistían en su desconfianza de los liberales, y éstos, a su vez, recelaban de los católicos. Mussolini, por su parte, llevaba a cabo un juego muy hábil: separaba entre sí a sus enemigos potenciales; rehuía a D'Annunzio; daba garantías a los poderes establecidos, desde la monarquía al Vaticano, y aparecía, con bastante razón, como un político mesurado y hábil en comparación con sus inmediatos subordinados, radicalistas y excitados. Un informe sobre una manifestación en Cremona, la ciudad de Roberto Farinacci, celebrada el 24 de setiembre de aquel año 1922, demuestra hasta qué punto el fascismo se había convertido en aquellas fechas en una de las fuerzas políticas más determinantes de Italia, cómo había introducido en la vida política unos acentos completamente inéditos y cómo su impulso interior iba a llevarle a una posición de ilimitado poder:



Los vencedores consiguen su objetivo: a la izquierda de Mussolini, Bianchi y De Bono; a la derecha, Vecchi y Balbo.

«Desde primeras horas del alba comenzaron a llegar las primeras escuadras fascistas procedentes de la provincia, dando una inusitada animación a las calles y plazas del centro, los balcones y ventanas de cuyas casas estaban adornados con banderas tricolores y flores. Otras escuadras fueron llegando más tarde, utilizando toda clase de medios de transporte, entre ellos trenes especiales. Muchos fascistas de las inmediaciones hicieron la marcha a pie. Las paredes aparecían llenas de pancartas de todos los colores con salutaciones a Mussolini y lemas y consignas fascistas…

A las 15.30 dio principio la ceremonia de la entrega de los “gagliardetti” tricolores a los grupos sindicales agrícolas. Al sonar un disparo de cañón, al que siguió un toque de trompetas, los diez mil fascistas presentes —entre los que se contaban Mussolini y los otros jefes— adoptaron la posición de “firmes”; al sonar un segundo disparo, se hizo entrega de los “gagliardetti”, haciendo los fascistas su saludo de una manera unánime y quince bandas interpretaron el himno fascista. Al tercer disparo, los presentes adoptaron la posición de “en su lugar descanso”. Con ello terminó la ceremonia…

… los presentes desfilaron, en perfecta formación de varios kilómetros de longitud y orden perfecto, ante Mussolini. Los efectivos podían calcularse en 30.000. Cada eje de sección, al llegar a la altura del automóvil descubierto, donde se encontraba Mussolini, daba la orden de atención y las escuadras levantaban el brazo, volviendo la cabeza hacia el *Duce*. Mussolini respondía con el brazo alzado: enérgicamente, a la manera romana.

La multitud que estaba congregada en los alrededores, aplaudía frenéticamente a cada saludo. Especiales ovaciones se produjeron al paso de los ferroviarios fascistas, del disciplinado fascio de Milán y los grupos de fascios femeninos. Merecieron también un caluroso saludo los 10.000 trabajadores agrícolas *(contadini)* cuyas columnas de marcha estaban formadas por hombres de todas las edades…

Cuando Mussolini apareció en el balcón del Ayuntamiento, todos los “gagliardetti” se alzaron al viento, mientras surgía de todos los pechos el grito de “¡Viva Mussolini!”.

El diputado Farinacci, que se hallaba al lado de Mussolini, hizo la invocación a los fascistas caídos de Cremona. Una ola de emoción sacudió a todos los asistentes.

“¡Cremona, Lineo!”. “¡Presente!”, respondió la multitud. “¡Sigifredo Priori!”. Se escuchó un grito unánime: “¡Presente!”. “¡Vittorio Podestá!”. Y el coro gigantesco repitió: “¡Presente!”…

El diputado Farinacci se volvió a Mussolini y gritó con voz clara: “¡Todos presentes!”.

Desde la plaza llegó otro clamor general, que se transformó en aplauso cuando Mussolini se dispuso a hablar. Siguieron unos minutos de espera. Otra vez sonaron las trompetas. Y luego un silencio, un absoluto y religioso silencio. Mussolini dijo…»[8].

Este ejemplo demuestra lo que evidenciaban otros millares de ejemplos: gracias al turbulento y dilatado intento de una «revolución proletaria», gracias a la ineficacia estéril de un juego parlamentario llevado hasta sus consecuencias más arriesgadas, había hecho su aparición un nuevo movimiento político dotado de una individualidad muy propia e incambiable, pese a que las «condiciones sociales» no habían experimentado un cambio sustancial. Este movimiento no era, en sustancia, otra cosa que la ampliación a la vida civil de las condiciones creadas por la guerra: lo caracterizaba su disciplina, su energía y su fuerza de acción, pero también su desprecio de las leyes y hasta de la legalidad; su odio hacia el enemigo interno y externo y,

finalmente, su culto al belicismo, que un día volvería a llenar el mundo con el estrépito de las armas.



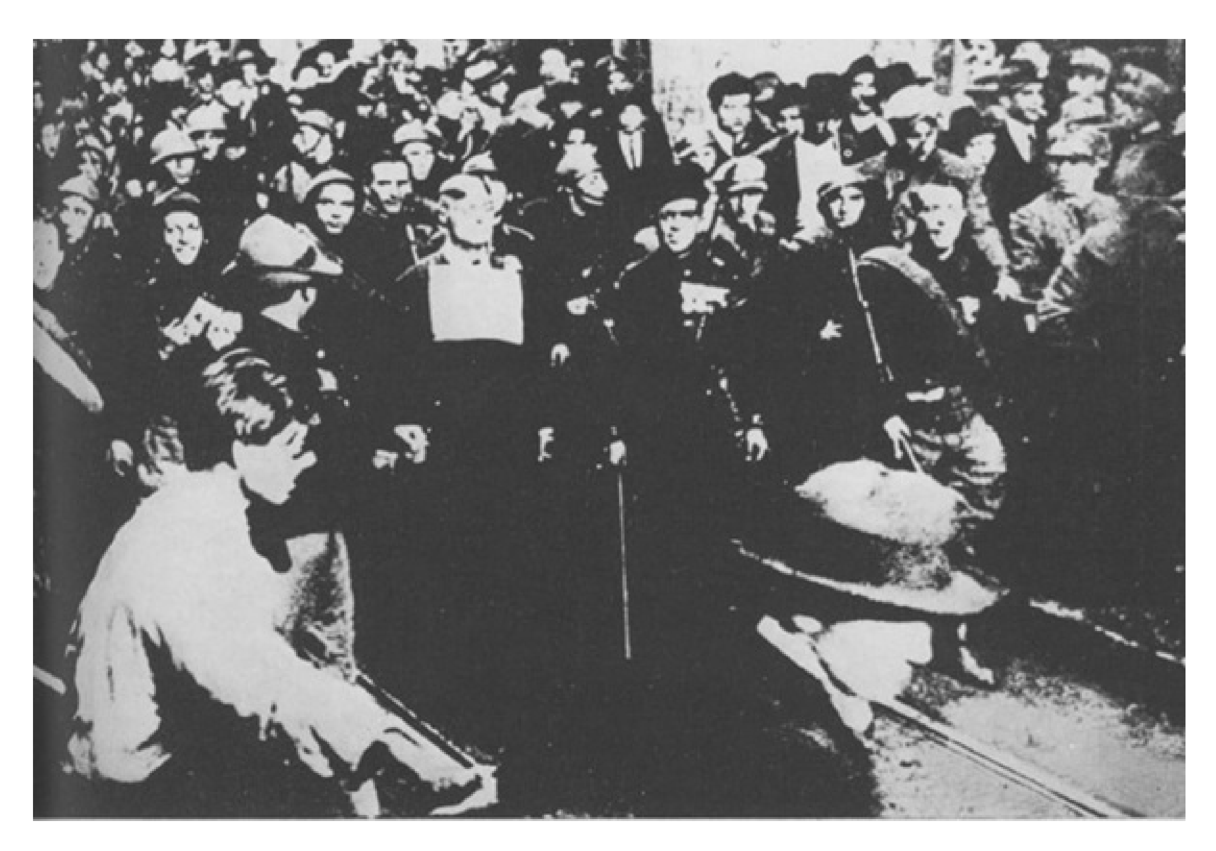
El triunfo de la violencia vengadora: incendio de los periódicos izquierdistas en Roma.

La opinión de que en Italia no se tuvo conciencia por parte de la opinión de estas últimas características y de que el fascismo aparecía como una necesidad, no deja de ser arriesgada. Estaba, por contra, muy extendida la convicción de que solamente la energía del viejo luchador Giolitti podía salvar al Estado liberal amenazado y los intentos para que el estadista piamontés volviera a hacerse cargo del Gobierno parecían encaminarse a buen término, vencidas todas las resistencias del lado católico; por su parte, los socialistas reformistas parecían también dispuestos a la colaboración. Precisamente por ello ordenó Mussolini la preparación de «la marcha sobre

Roma». Pero tenía tan poca seguridad sobre su triunfo, que decidió permanecer en Milán, mientras un «cuadrunvirato» recién nombrado (Italo Balbo, Cesare Maria De Vecchi, general Emilio De Bono y Michele Bianchi) establecían su cuartel general en Peruggia, frente a la propia prefectura y las columnas se concentraban en los puntos designados, situados en torno de Roma. No era secreto para nadie que buena parte del Ejército y de la Policía simpatizaba con los camisas negras y que en muchas ciudades de la Italia septentrional, el poder había ido a parar el 27 de octubre a manos de los fascistas de manera totalmente incruenta. Y sin embargo, aquellas fuerzas civiles, mal armadas e inmovilizadas en muchos lugares por la lluvia que caía, hubieran tenido mínimas probabilidades de éxito ante la decidida acción de las tropas mandadas por cualquier general enérgico y la adopción del estado de excepción hubiera cambiado radicalmente la situación del país. Llegó así el momento culminante y entró en juego la decisión personal: el rey Víctor Manuel temió las consecuencias de una estrepitosa derrota de los fascistas, es decir, el fortalecimiento de los socialistas y los comunistas, bastante más que los resultados de un triunfo de Mussolini. Así es que se negó a sancionar con su firma el decreto ya preparado que proclamaba el estado de excepción y con ello dio todos los triunfos a Mussolini, cuyas legiones habían permanecido inmovilizadas por el barro; exigió y obtuvo la jefatura personal de un Gobierno, cosa no prevista por sus inmediatos colaboradores; se trasladó en un coche cama a Roma para llegar con anticipación a sus camisas negras, formó un gabinete de coalición de fascistas, populistas, demócratas y altos jefes militares, y el antiguo socialista y republicano se presentó luego ante su soberano con la famosa frase: «Traigo a Vuestra Majestad la Italia de Vittorio Véneto». Ambos hombres se pusieron entonces al frente de los legionarios que obedeciendo órdenes superiores habían demorado hasta aquel momento su entrada en la capital (entre el silencio despectivo de la población romana, cuyo desvío hacia el fascismo era bien conocido) y que durante unos días se ocuparon en destruir las redacciones de los periódicos antifascistas y de izquierda y pasear por la calle a los adversarios más notorios antes de embarcarse de nuevo, por orden del *Duce*, en trenes especiales y regresar a sus puntos de partida.

Al principio, el mundo no tuvo información muy amplia de la «marcha sobre Roma». Sin embargo, lo ocurrido en la capital de Italia en los últimos días de octubre del año 1922 fue el primer ejemplo de una nueva especie de revolución: una revolución contra el Estado con el apoyo del propio Estado y los poderes establecidos, contrapuesta y al mismo tiempo con puntos de

semejanza de la revolución de Lenin; absolutamente adversa al concepto de Wilson y, pese a ello, adscrita por el momento al marco del sistema ginebrino; sin doctrina propia y refutatoria, empero, de otras doctrinas; a un tiempo multitudinaria y minoritaria y tan dotada igualmente del orgullo imperial de gran nación europea como del odio envidioso de «pueblo oprimido».



El triunfo de la violencia vengadora: exhibición de un «desertor», el diputado comunista Misiano.

ÍNDICE BIBLIOGRÁFICO DEL SEGUNDO CAPÍTULO

Anthony Rodes, «The Poet as Superman. A Life of Gabriele D’Annunzio», Londres 1959.

Renzo De Felice, «Mussolini il fascista. La conquista del potere 1921-1935», Turín 1966.

Giorgio Alberto Chiurco, «Storia della rivoluzione fascista 1919-1922», 5 volúmenes, Florencia 1929.

Angelo Tasca, «Nascita e avvento del fascismo. L’Italia dal 1918 al 1922», Florencia s. a. (1950).

Robert Paris, «Histoire du fascisme en Italie, Volumen I: Des origines à la prise du pouvoir», París 1962.

Pietro Nenni, «Storia di quattro anni», Roma 1946.2

Italo Balbo, «La marcha sobre Roma» (Diario de la revolución 1922). Edición alemana: «Der Marsch auf Rom» (Tagebuch der Revolution 1922). Con un prólogo de Hermann Goering, Leipzig 1933.

EFEMÉRIDES DEL CAPÍTULO TERCERO

1889

20 de abril: nace Adolfo Hitler en Braunau, en el Inn, hijo del tercer matrimonio de su padre, que era un matrimonio entre parientes. El padre era un hijo ilegítimo de origen desconocido; según afirmaciones no comprobadas, pero que Hitler no desconocía, su abuelo había sido judío.

1918

Noviembre: Hitler, internado en el hospital de Pasewaík con fuerte intoxicación de gas habida en las trincheras, toma la decisión de «ser político» ante las noticias de la revolución de noviembre.

1919

5 de enero: Fundación del «Deutsche Arbeiterpartei» (Partido Obrero Alemán), en Munich, por el mecánico Anton Drexler y el escritor Karl Harrer. Drexler procedía del llamado «Movimiento Sigfrido» («Comité de obreros libres para una paz justa», marzo de 1918) y Harrer era miembro de la «Sociedad Thule».

5 al 12 de enero: «Levantamiento de enero», en Berlín, por Gustav Noske, reprimido con ayuda de tropas del antiguo ejército y de los cuerpos francos.

15 de enero: asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo por miembros de la división de caballería de la Guardia.

Primeros de marzo: levantamiento comunista en los barrios orientales de Berlín. Enérgica represión por parte de las tropas del Gobierno: 1.200 muertos.

7 de abril-2 de mayo: Primera y segunda república de los Consejos en Munich. Asesinatos en masa y excesos por parte de las tropas y los cuerpos francos.

Abril: Dietrich Eckart (nacido el 23 de marzo de 1868 en Neumarkt) redacta folletos contra los Consejos («Sólo tiene influencia aquel que posee sangre alemana») y desde el mes de febrero, el báltico Alfred Rosenberg es colaborador de una hoja antisemita de carácter radicalista titulada En buen alemán.

12 de setiembre: Hitler visita, como propagandista, al servicio del departamento de Prensa y propaganda del alto mando de la Reichswehr en

Munich, una asamblea del DAP (Partido Obrero Alemán) en la que hace uso de la palabra Gottfried Feder. Cuatro días más tarde solicita su ingreso.

Otoño e invierno: Hitler saca a la luz pública el partido como máximo propagandista del mismo.

1920

24 de febrero: primera asamblea de masas en el salón de fiestas de la cervecería «Hofbráu». Enunciación de los «25 Puntos» redactados por Drexler, Feder y Hitler.

Como conclusión se adopta para el partido el nombre de «Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista» y el relojero Emil Maurice forma un pequeño «grupo de orden» para defensa de las reuniones.

13-17 de marzo: durante el «putsch» de Kapp vuelan Eckart y Hitler a Berlín, pero la intentona fracasa poco después de su llegada.

Marzo-abril: como consecuencia del «putsch» de Kapp, intensas luchas de la «Reichswehr» contra el ejército rojo en la región del Ruhr.

Julio-agosto: el segundo congreso mundial de la Internacional Comunista en Moscú exige la exclusión de todos los «reformistas» y consagra con ello la fragmentación del movimiento obrero europeo.

Agosto: comienza una estrecha colaboración temporal entre el NSDAP (Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista) y los partidos nacionalsocialistas (más antiguos) de Austria y la región de los Sudetes.

17 de diciembre: por mediación de Eckart, el NSDAP adquiere, con la ayuda de los fondos de la Reichswehr el periódico Volkischer Beobachter (El Observador Popular) y la editorial Ehrer.

1921

3 de febrero: primera concentración de masas del Partido en el Circo Krone como protesta por las conclusiones de la conferencia de París sobre reparaciones de guerra.

Marzo: La llamada «acción de marzo» comunista en la Alemania Central. Fuerzas de Policía aplastan el alzamiento, organizado y llevado a efecto contra la opinión de un sector representativo del sentir del partido en el *Komintern*.

5 de mayo: ultimátum de Londres con exigencia de reparaciones por valor de 132.000 millones de marcos.

29 de julio: tras muchas pugnas e intrigas, Hitler es nombrado primer presidente del NSDAP con poderes absolutos y dictatoriales. Reorganización del partido de acuerdo con el «Führerprinzip» («principio de caudillaje»).

3 de agosto: fundación de unos destacamentos de defensa y propaganda por el teniente de navio en la reserva, Hans Ulrich Klintzsch, que es puesto por Hitler al mando de la «Brigada Erhardt» como organizador. Primeramente crea la «Sección de Gimnasia y Deporte» del NSDAP, luego denominada «Secciones de Asalto» («Sturm-Abteilung»), es decir, las SA.

4 de noviembre: el llamado «bautismo de fuego» de las SA, en una refriega ocurrida en la sala de la «Hofbráu». Se impone un nuevo estilo en las reuniones, sin que se permita entablar discusión alguna.

1922

24 de junio-27 de julio: encarcelamiento de Hitler a causa de una explosión ocurrida durante una sesión de la Liga Bávara.

24 de junio: asesinato de Walter Rathenau por miembros de la «Organización Cónsul» del capitán Erhardt. Decreto del presidente del Reich para la defensa de la República.

16 de agosto: gran manifestación de los nacionalsocialistas, en unión de las Ligas Patrióticas, contra el decreto de defensa de la República en la «Kónigsplatz» (Plaza Real) de Munich. Primera aparición de las SA con la bandera de la cruz gamada elegida por Hitler.

14-15 de octubre: se celebra la «Jornada Alemana» en Coburgo. Las SA expresan su decisión de quebrantar por todos los medios el «terror rojo», que tal es la denominación que dan a la acción de las masas obreras.

1923

11 de enero: ocupación de Renania por los franceses. Iniciación de la resistencia pasiva y constitución del «Frente Nacional» (al que Hitler no se suma).

27-29 de enero: Primera asamblea nacional del NSDAP en Munich. La Reichswehr exige que no se pongan en práctica las medidas de prohibición planeadas.

1 de mayo: marcha armada de la «Asociación Obrera de las Ligas Patrióticas» creada por Ernst Rohm con la finalidad de «ajustar cuentas con los marxistas». El Gobierno prohibe la concentración y el previsto choque, pero interrumpe el sumario iniciado contra Hitler.

1 y 2 de setiembre: Jornada alemana en Nuremberg, con la presidencia de Ludendorff. Fundación de una «Liga Alemana de Combate» formada por las SA (capitán Goering); la «Bandera del Reich» (capitán Heiss) y la Liga Oberland (Dr. Weber). El 25 de setiembre es conferido a Hitler el mando político y el militar corre a cargo del teniente coronel Kriebel.

26 de setiembre: se quebranta la resistencia pasiva y se dan los primeros pasos para el restablecimiento de la estabilidad monetaria.

19 y 20 de octubre: grave conflicto entre el Reich y Baviera, puesto que el «comisario general» Von Kahr, en funciones desde el 26 de setiembre, y el jefe de la división bávara de la Reichswehr, Von Lossow, se niegan a prohibir el Volkischer Beobachter, en contra de una decisión tomada por el general Von Seeckt.

Octubre: el gobierno del Reich emprende una acción contra el Gobierno socialdemócrata y comunista del doctor Zeigner en Sajonia (Hitler la califica de «Sajonia soviética»). Levantamiento comunista en Hamburgo.

8 de noviembre: Hitler obliga por sorpresa a los «separatistas» bávaros a aceptar la «marcha sobre Berlín» preparada bajo el mando propio, de Kahr Seisser rechazan el compromiso a que y Luádendorff. Pero Kahr, Lossow y se han visto obligados y organizan la resistencia.

9 de noviembre: la llamada «marcha sobre la Feldherrnhalle» es rechazada por el fuego de un pequeño destacamento de Policía. Mueren 14 nacionalsocialistas. Son detenidos y encarcelados, Hitler, Eckart, Pohner, Rohm, Frick, Streicher y Gregor Strasser; Goering, Feder y Rossbach (jefe del «Cuerno Franco Rossbach») huyen al extranjero.

CAPITULO TERCERO
ALEMANIA DESDE 1919 A 1923: ENCUMBRAMIENTO Y DERROTA DEL NACIONALSOCIALISMO BÁVARO

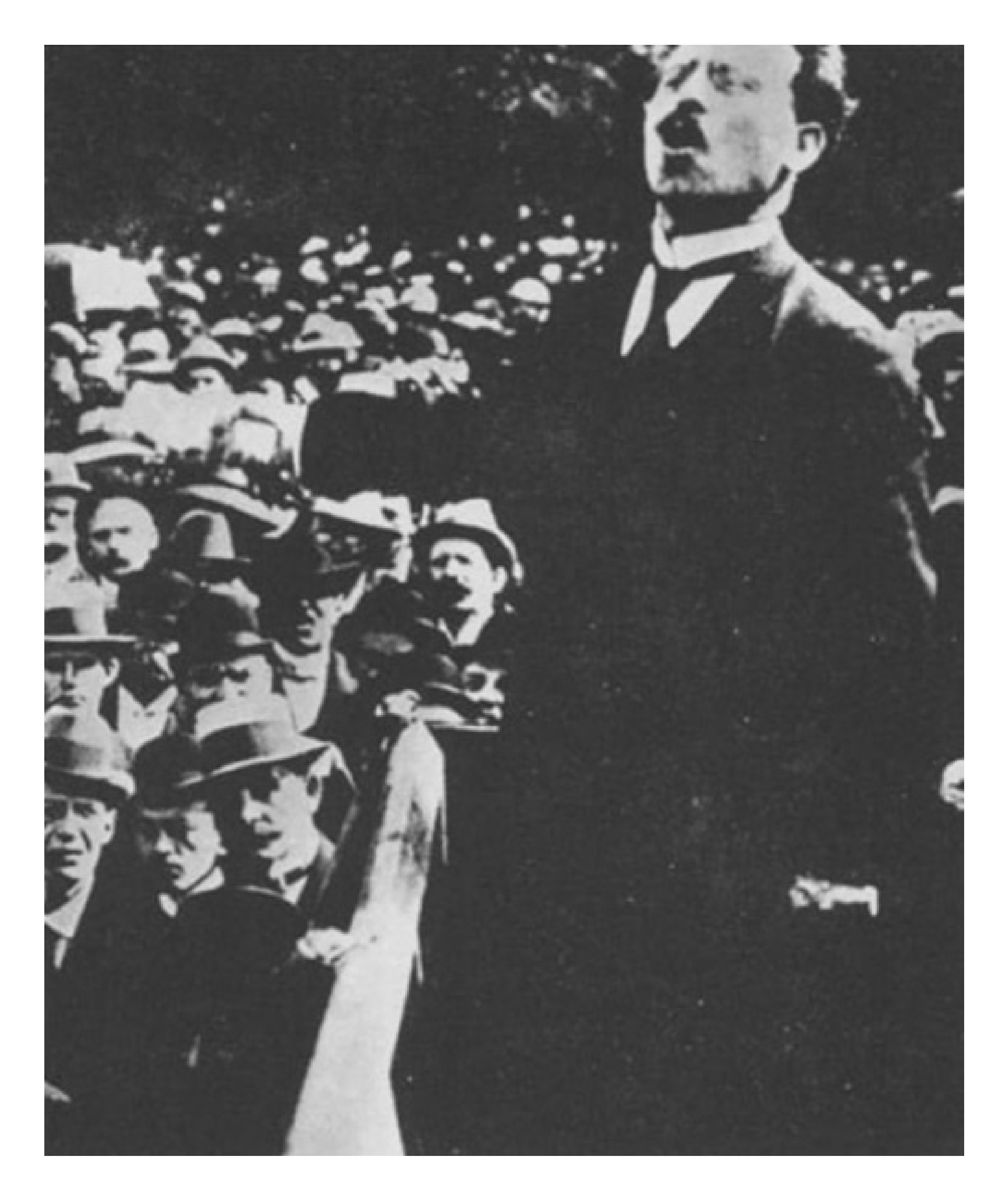
La revolución no fue sólo una revuelta popular y el Fiume germano se encontraba en muchos lugares. La subversión del 9 de noviembre de 1918 prendió inmediatamente en la capital berlinesa y cambió la forma del régimen; tropas alemanas y cuerpos francos luchaban en el Báltico y Posen, en la Alta Silesia y Carintia contra adversarios decididos y muchas veces victoriosos. Sin embargo —y acaso por ello—, el partido alemán, que era calco del fascismo, venía a ser bastante más débil que su modelo, por su circunscripción a un área regional; como ejército dispuesto para la guerra civil era muy poco adecuado, y sin embargo, su ideología era bastante más sólida y su carácter más radicalista.



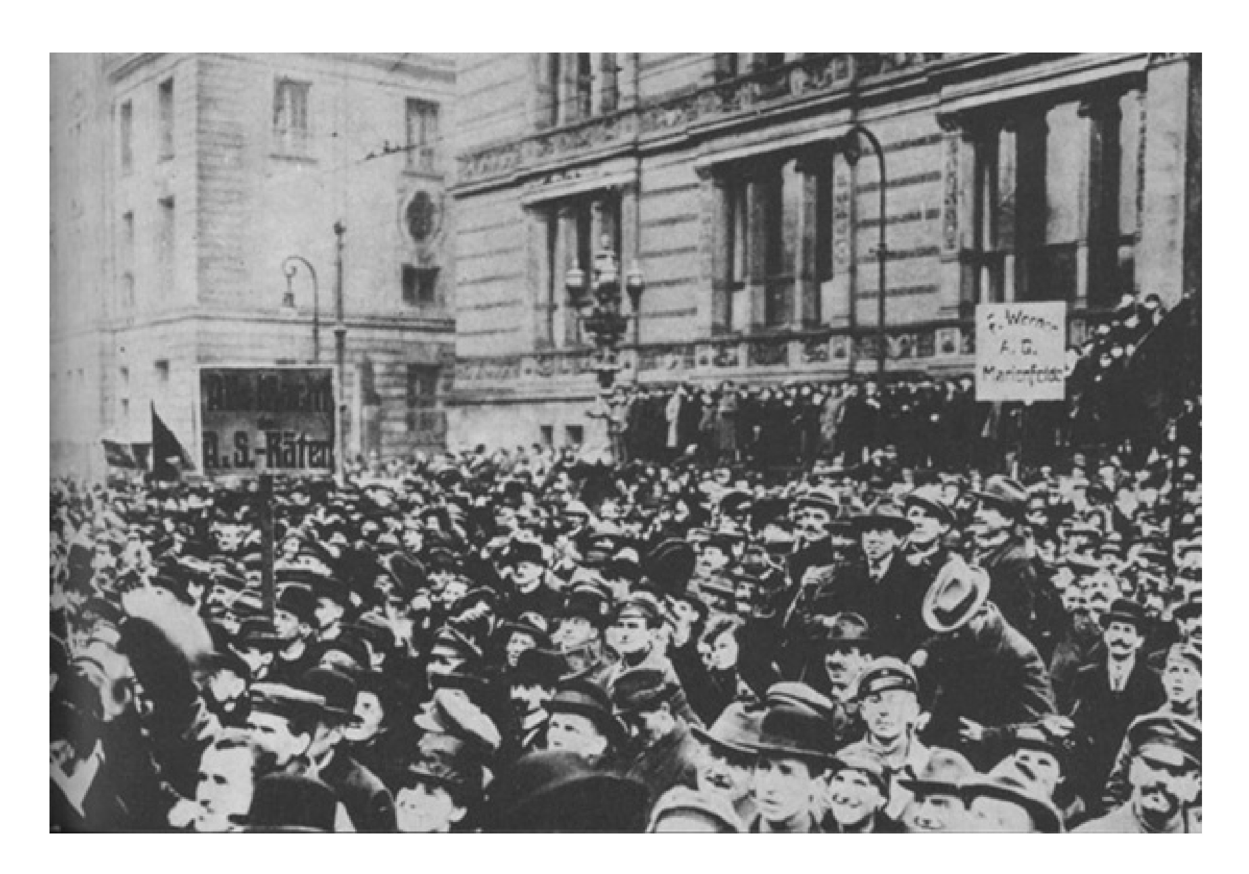
Berlín. 9 de noviembre de 1918. Soldados y ¿obreros ocupan las calles.



Soldados de ayer, socialistas de hoy. Un camión militar con bandera roja abandona el 9 de noviembre de 1918 el edificio del periódico socialdemócrata *Worwarts* («Adelante»).



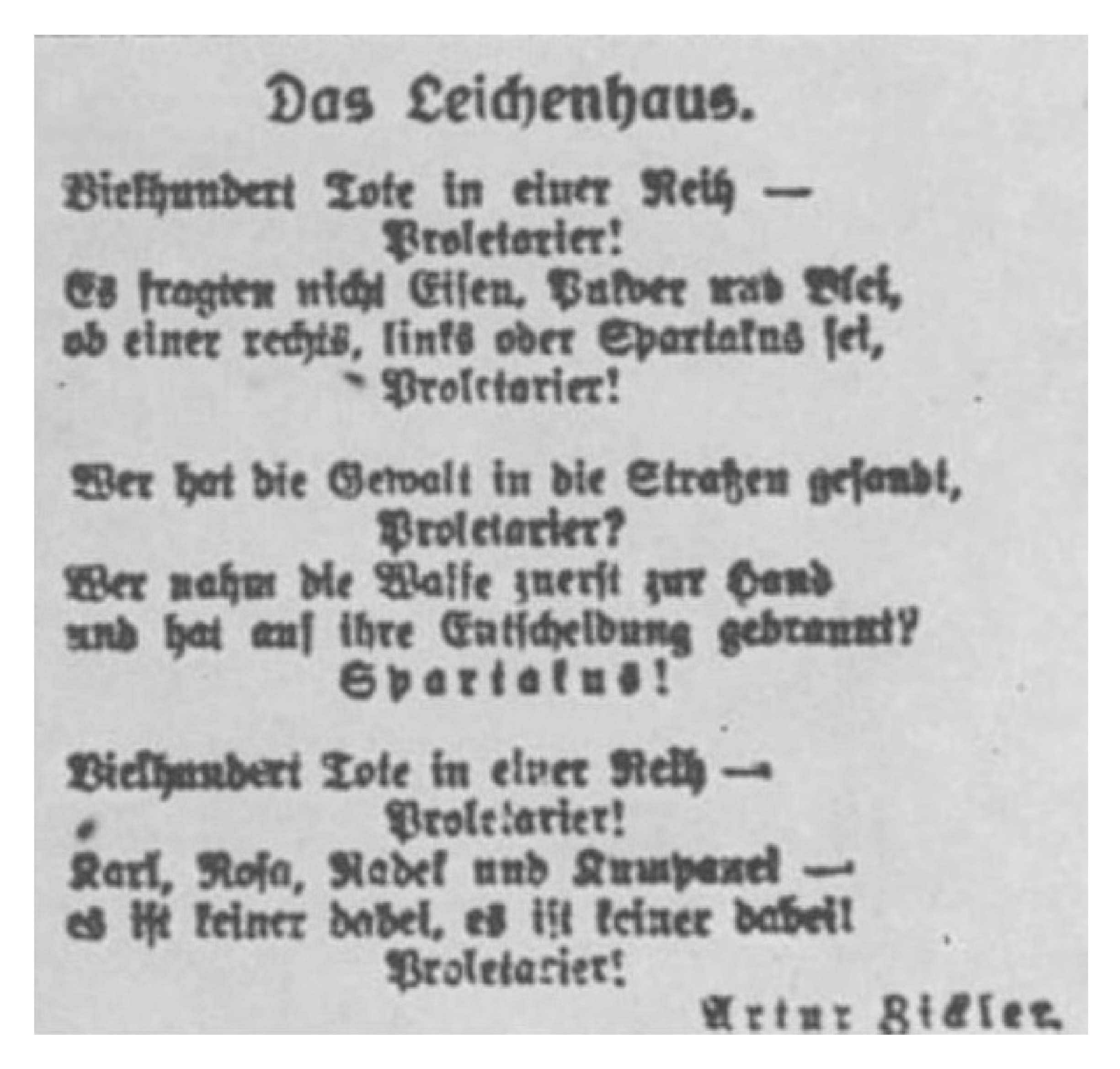
Karl Liebknecht, junto con Rosa Luxemburgo, el más poderoso motor de la revolución radicalista.



Las palabras de Lenin fracasan en Alemania: inútil manifestación de los espartaquistas en la apertura de la conferencia de los Consejos de obreros y soldados de todo el Reich, el 16 de diciembre de 1918.



Propaganda contraria, pero en el fondo similar, de los enemigos de ayer. Cartel de la Liga para el combate del comunismo.



Das Leichenhaus.

Vielhundert Tote in einer Reih —
Proletarier!
Es fragen nicht Eisen, Pulver und Blei,
ob einer rechts, links oder Spartakus sei,
Proletarier!

Wer hat die Gewalt in die Straßen gesandt,
Proletarier?
Wer nahm die Waffe zuerst zur Hand
und hat auf ihre Entscheidung gebrannt?
Spartakus!

Vielhundert Tote in einer Reih —
Proletarier!
Karl, Rosa, Radek und Kumpanei —
es ist keiner dabei, es ist keiner dabei!
Proletarier!

Artur Zickler.

Una poesía de tonos revolucionarios aparecida en el periódico *Vorwarts* (Adelante) de filiación socialdemócrata.

La revolución alemana fue la expresión de la tardía indignación de un pueblo dócil y obediente. En París estalló la revolución de 1870 por haber sufrido el Imperio la derrota de Sedán y más tarde quiso aquella idea convertirse en líder de vanguardia de la voluntad de resistencia y oposición. Los alemanes habían sufrido las más graves derrotas con la confianza puesta en sus jefes y la mirada tendida hacia las fuerzas que se hallaban sólidamente asentadas en extensos territorios situados mucho más allá de las fronteras. Incluso en octubre de 1918, cuando las seguridades dadas sobre el carácter decisivo de la guerra submarina o la escasa importancia que tenía la intervención norteamericana, se habían revelado como equivocaciones o falsedades; cuando Austria-Hungría se derrumbaba y los aliados avanzaban cada vez más por el Oeste, apenas aparecieron signos de una revolución

inminente. Sólo cuando el cuerpo de oficiales de aquella flota que se había revelado como una piedra de molino atada al cuello del Reich, comenzaron a dar muestras de una derrota; sólo cuando el Kaiser, con sus negativas a abdicar a tiempo, planteó de una manera acuciante y aguda el problema de la forma del Estado, se rompieron los seculares diques. Fueron sobre todo los marinos y las tropas estacionadas en el territorio nacional las que hicieron aquella revolución; pero su levantamiento tendió más a la destrucción que al deseo de un cambio fundamental del Estado alemán. No necesitaban combatir por la parlamentarización, puesto que desde el 28 de octubre era Ley y la influencia de la socialdemocracia había sido ya muy considerable en los últimos Gobiernos imperiales. Aspiraban sencillamente al final de la guerra y la caída del sistema feudal y militarista que desde hacía cuatro años los mantenía férreamente encuadrados en la más rígida de las disciplinas. Puesto que el Gobierno de los representantes del pueblo les daba lo uno y les prometía formalmente lo otro, les faltaban las motivaciones que medio año antes habían impulsado a la guarnición de San Petersburgo a llevar adelante su revolución contra Kerenski. Tan sólo un pequeño grupo tenía una idea precisa de lo que representaba la palabra «socialismo», que de pronto se había convertido en conjuro y esperanza en todos los labios. Pero en primer término, Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo y la liga de los espartaquistas no dirigían su lucha contra los antiguos «socialpatriotas» Ebert y Scheidemann, sino contra el sentido del orden tan enraizado en los alemanes, contra la imagen de pavor que inevitablemente evocaba la revolución rusa y contra el temor de una guerra civil. No les era posible utilizar, como había sido el caso de Lenin, los anhelos de paz como arma de lucha contra el Gobierno, puesto que tampoco hacían recaer la culpabilidad de la guerra sobre el Kaiser y Ludendorff, sino sobre el «sistema capitalista». Que en un momento dado se hubiera producido un profundo agotamiento general y que sólo en ellos estuviera patente la más vivaz pasión política, determinó su claro destino. Eran un pequeño grupo y declararon la guerra a todo el mundo, pese a saber perfectamente que no tenían todavía de su lado a la gran masa del proletariado. Del modo siguiente se expresan las resoluciones del programa del futuro partido comunista, redactado el 14 de diciembre por Rosa Luxemburgo:

> «Tareas de la III Internacional:
>
> Inmediato establecimiento de contacto con los partidos hermanos del extranjero, para situar la revolución sobre bases internacionales y configurar y asegurar la paz, mediante la fraternidad internacional y levantamiento revolucionario del proletariado mundial.

IV. Esto desea la Liga espartaquista. Y porque lo desea, porque es impulsora, activadora y cerebro socialista de la revolución, es odiada más que cualquier otra por todos los enemigos abiertos y secretos de la revolución y el proletariado; es objeto de persecución y de calumnia.

¡Crucificadla!, gritan los capitalistas que tiemblan por sus cajas de caudales.

¡Crucificadla!, exclaman los pequeños burgueses, los oficiales, los antisemitas, los lacayos de la Prensa de la burguesía, que tiemblan ante la posibilidad de que el dominio de clase deje de pertenecerles. ¡Crucificadla!, exclaman los fomentadores de divisiones, que como Judas Iscariote han vendido a los obreros a la burguesía y tiemblan ante la posibilidad de perder las monedas que les ha reportado su traición.

¡Crucificadla!, repiten como un eco los sectores engañados, burlados y traicionados del mundo obrero y los soldados, ignorantes que con ello se vuelven contra su propia carne y su propia sangre cuando se pronuncian contra la Liga espartaquista.

En el odio y la calumnia contra la Liga espartaquista se coaliga así cuanto es contrarrevolucionario, enemigo del pueblo, antisocialista, divisorio, oscurantista y turbio. Ello viene a ser así demostrativo de que en la Liga late el corazón de la revolución, de que el futuro le pertenece.

La Liga espartaquista no es un partido que aspire al poder sobre las masas obreras o por medio de ellas.

La Liga espartaquista es la parte del proletariado más consciente de sus metas, que impulsa cada paso de los proletarios en sus tareas ideológicas, que marca en cada estadio de la revolución la meta socialista y que encarna los intereses de la revolución proletaria mundial en todos los problemas nacionales.

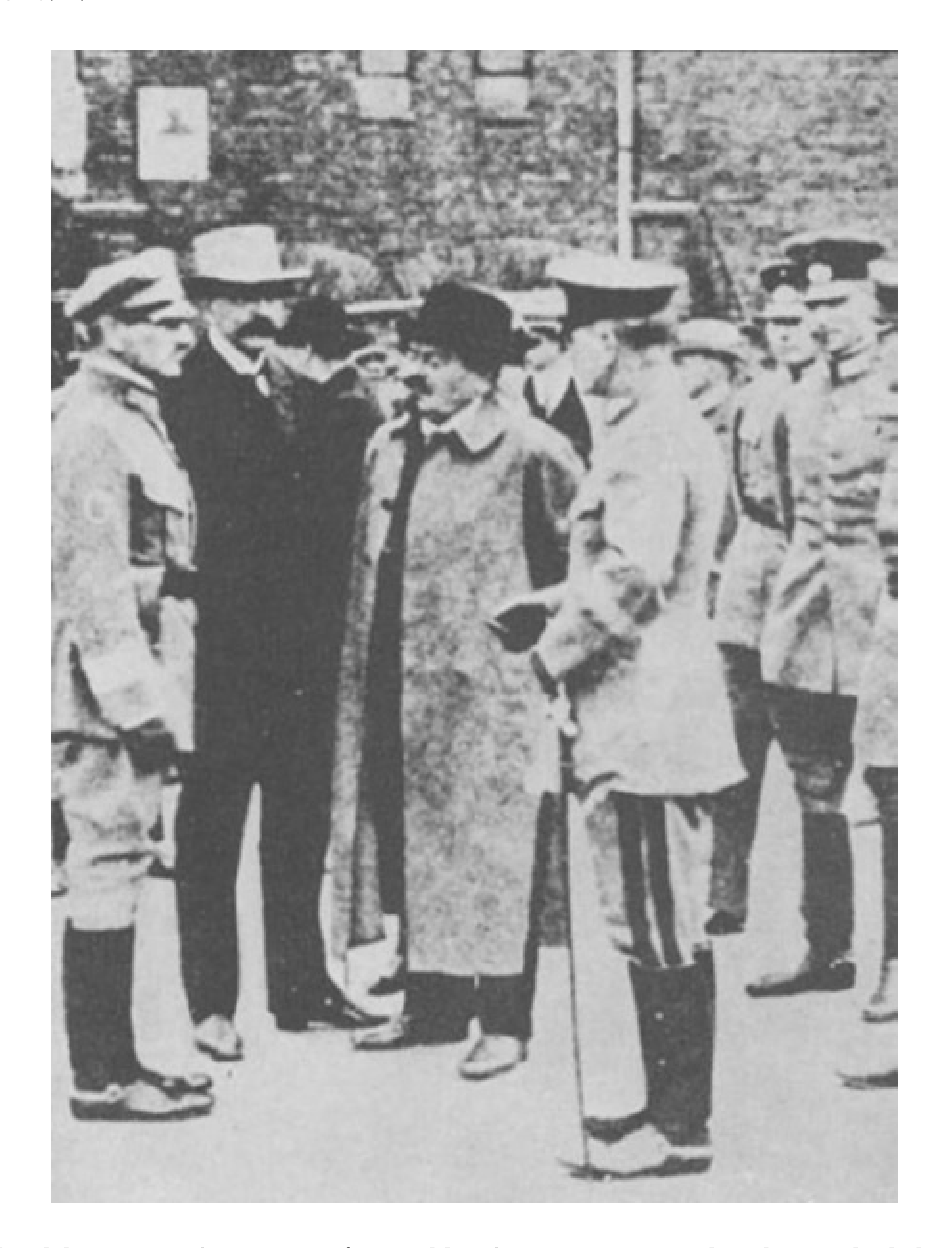
La Liga espartaquista rechaza a los representantes de la burguesía; se niega a compartir el poder gubernamental con el divisor Ebert, porque ve en semejante colaboración una traición a los principios del socialismo, un fortalecimiento de la contrarrevolución y un debilitamiento de los impulsos revolucionarios.

La Liga espartaquista solamente aceptará el Gobierno por decisión de la clara mayoría de la clase obrera de toda Alemania, tan sólo mediante la abierta aceptación de los conceptos, objetivos y medios de lucha de la liga espartaquista. La revolución proletaria sólo puede llegar a su máxima madurez y su total clarificación mediante el recorrido de sus etapas, paso a paso por el calvario de sus propias experiencias, a través de derrotas y triunfos.

La victoria de la Liga espartaquista no está situada al principio, sino al final de la revolución: es sinónimo de la victoria de las masas formadas por los millones de socialistas proletarios. ¡Arriba, proletariado! ¡A la lucha! Hay que conquistar un mundo en lucha contra ese mismo mundo. En esta postrera lucha de clases de la historia de la Humanidad para conseguir los más altos objetivos, sólo es aplicable al enemigo este lema: “Los dedos en los ojos y la rodilla sobre el pecho”»[1].

Pero el Gobierno parlamentario era débil, estaba desunido, se hallaba rodeado de tropas tan inseguras como la división de la Marina popular y la entrada de tropas de la Guardia en Berlín no había estado motivada tan sólo por los disturbios espartaquistas. La situación de la capital en noviembre y diciembre de 1918 era confusa; no aparecía claro quién atacaba y quién defendía y quién estaba al lado de quién. Aquel que hablaba con mayor decisión atraía sobre sí la máxima atención y estaba fuera de dudas de que la decisión correspondía en aquella circunstancia a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Así es que se concentró muy pronto una virulenta propaganda contra ellos desde las publicaciones gubernamentales, que iban desde la advertencia contra la

«anarquía» a la brutal amenaza de muerte: «¡Matad a sus dirigentes! ¡Matad a Liebknecht!».



Los oficiales del antiguo ejército y su jefe socialdemócrata (Gustav Noske, el segundo de la izquierda).



Soldados de la «División de la Marina popular».



Los jóvenes luchadores del orden y el rebelde de una clase despojada. La fotografía data de las luchas de marzo del año 1921, y es fiel reflejo de una situación que se repitió en los años 1919-1921.

La primera decisión partió de los círculos de oficiales del antiguo Ejército. Se había constituido como cuerpo franco, estacionado en un principio en los alrededores de Padeborn. Cuando a primeros de enero, la mayoría de la población obrera de Berlín protestó contra la destitución del prefecto de Policía Eichhorn, socialista de izquierdas, por parte de un Gobierno en el que tenían todavía mayoría los propios socialistas y Liebknecht quiso aprovechar la oportunidad para derribar violentamente al Gobierno, el nuevo ministro del Ejército, Gustav Noske, ordenó su regreso. Las tropas no semejaban en nada a los legionarios de D'Annunzio y Noske no tenía nada de poeta. En los discursos que el general Maercker, fundador y jefe de la unidad más importante y antigua (el cuerpo franco de los cazadores de montaña) dirigió a su gente, se encuentra algo que aunque radicalmente opuesto, puede ser comparable a la pasión arrebatada de Rosa Luxemburgo:

> «Soy un viejo soldado. He servido fielmente a tres emperadores a lo largo de treinta y cuatro años. He luchado por ellos en cinco guerras y tres particiones del mundo, vertiendo asimismo por ellos mi sangre. Los ideales que se han mantenido durante treinta y cuatro años, no se arrojan a un lado, como si fueran una camisa sucia. Habría que calificar a quien esto hiciera de auténtico miserable. Venero y amo a Guillermo II, ahora igual que hace treinta y cuatro años, cuando le juré fidelidad. Pero actualmente no es ya mi emperador y señor de la guerra y la paz, sino tan sólo una persona particular.
>
> Ocupa el lugar del Gobierno imperial el canciller del Reich, Ebert. Está actualmente en la posición más difícil, puesto que carece de instrumentos de poder. En el espacio de catorce días, el ejército alemán se ha disuelto. Pero necesita instrumentos de poder, tanto para la lucha en las fronteras del Reich como para la lucha en el interior.
>
> Al Este acechan los bolcheviques de Rusia, los polacos y los checos; presionan sobre las fronteras alemanas y las amenazan. En el interior del Reich todo se desmorona. Por doquier aparece el pillaje y el desorden y no existe el temor de la ley ni el imperio del orden, no se respeta la propiedad privada o estatal.
>
> La mayor amenaza que pesa sobre el Gobierno de Ebert procede del grupo espartaquista, de Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Ésta es una mujer demoníaca, y Liebknecht un bribón que va a por todo y sabe exactamente lo que desea. Sobre cualquier otra cosa, este grupo quiere impedir la reunión de la asamblea nacional, porque la asamblea nacional puede reportar lo que esas gentes no desean: es decir, devolver la paz, la tranquilidad y el orden al país. Rosa Luxemburgo puede llevar al Reich por el camino de la destrucción porque no hay en el Reich un poder que se le oponga.
>
> Así es que queremos constituir este poder, tanto para proteger las fronteras del Reich como para procurar que la paz y el orden vuelvan a su interior…»[2].

Los nuevos cuerpos francos bajo el mando de antiguos oficiales y las autoridades socialdemócratas reprimieron el «alzamiento de enero». En apariencia, oficiales y autoridades se hallaban de perfecto acuerdo. Pero en realidad, algo había cambiado de una manera fundamental. Cuando Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fueron apresados en su escondite por las milicias ciudadanas de Wilmerdorf y llevados al «Edén Hotel», cuartel general de Ja división de Caballería de la Guardia, no fueron entregados al

Gobierno o por lo menos juzgados por un consejo de guerra, sino asesinados de una manera cobarde. El mesianismo del metafórico «los dedos en los ojos» se convirtió en la desnuda brutalidad de la muerte violenta, de la acción ilegal por parte de los defensores de la ley.



El partidario más convencido de Wilson en Alemania: Kurt Eisner; intelectual, socialista democrático y judío.

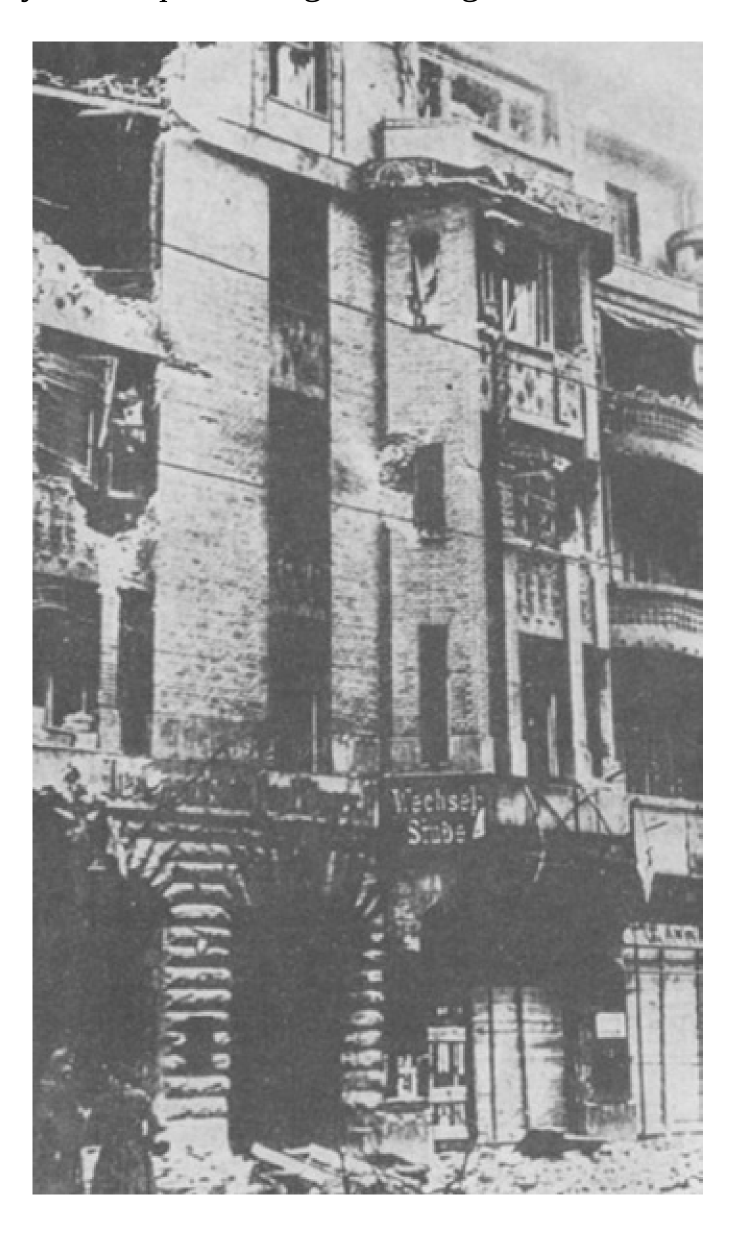


Una imagen acostumbrada en las calles de Munich a la sazón: el cuerpo franco de Werdenfelser tras la derrota de la República de los Consejos (principios de mayo de 1919).

Pero quizá hubiera sido todo ello un hecho consumado sin consecuencias más graves, de no haberse podido vincular con la preocupación por las fronteras amenazadas. Desde el principio, la defensa fronteriza fue tarea de los cuerpos francos, como en el interior la derrota del comunismo. Y como en Rusia dominaba el comunismo y en el Báltico se enfrentaba directamente con las tropas alemanas, se mezclaron ambos objetivos con mucha mayor intensidad que en Italia había ocurrido. Y no fue imán del oído un panzudo «Cagoia»: lobos diabólicos con las fauces entreabiertas se lanzaban a través del nevado desierto oriental sobre las fronteras alemanas y bestias destructoras intentaban aprisionar con sus brazos a la tierra alemana.

De esta manera cayó la semilla de Versalles sobre un terreno perfectamente abonado. Se halagaría con exceso a Ludendorff y Helferich si se les atribuyera una profunda convicción cuando clamaban contra una paz impuesta por Clemenceau; una paz que en el peor de los casos no era más que la otra cara de la moneda de cuanto ellos habían preconizado para el caso de obtener la victoria. Sólo Ebert y Scheidemann tenían cierto derecho para sentirse desilusionados e indignados por la actitud de Wilson. Pero se daba el caso de que había estado tan difundida la fe en la eficacia de un puro wilsonianismo y se había consolidado tanto al mismo tiempo la posición de la «vieja Alemania», que se operó un curioso cambio de posiciones: los más convencidos y encarnizados luchadores contra el tratado de paz fueron

aquellos que hubieran tenido que esperar el peor trato y se presentaron como fautores del tratado precisamente aquellos a quienes tenía que agradecerse que hubiera subsistido la unidad de Alemania y su posibilidad de supervivencia. Este cambio de posiciones llevaría, por lo menos en parte, a que los comunistas trataran de derribar lo que no era derribable, es decir, el «sistema capitalista», con lo que levantaron en contra de los moderados a aquellos que hubieran debido ser apoyo de éstos. Es decir, el más amplio sector de la burguesía alemana. Bajo signos tan contradictorios se constituyó la República y desde el primer momento se plantearon los problemas de los que dependía, en definitiva, su supervivencia: ¿sería lanzada por las derechas hacia el camino de una política revisionista de signo radical? ¿Haría la profunda decepción de los sectores obreros imposible la colaboración que resultaba insoslayable si quería asegurar el régimen su subsistencia?



La guerra civil: el edificio del *Vorwarts*, tras las luchas callejeras de enero, en Berlín.

Al mismo tiempo, la renovada pasión de las derechas por un ideal y este ideal, que se llamaba «Alemania», aparecía contrapuesto de una manera mucho más intensa a lo que había estado en Italia, tanto al concepto político encarnado por Wilson como aquel que tenía en Lenin su símbolo. Ya el 23 de enero de 1919, Eduard Stadler, fundador de una «Liga Antibolchevique» abundantemente provista de medios por parte de los industriales, decía así:

> «Allá, en el Este, agita Lenin la antorcha de la revolución mundial y este moderno Atila empuña igualmente la espada ensangrentada de la guerra al frente de una nueva horda. Desde Rusia se proclama que la revolución, surgida de las tinieblas de la derrota bélica, renovará la Humanidad y la llevará a desconocidas cimas de cultura y técnica. Pero la realidad es muy diferente: en la Rusia, tan atrasada culturalmente, se destruye y aniquila toda forma de cultura mientras reina un régimen de terror encaminado a la implantación de los más tremendos errores. La Humanidad corre así el riesgo de una nueva guerra mundial en forma de campaña vengadora del proletariado mundial contra la burguesía. En Occidente, Wilson aparece como representante del testamento político de la revolución francesa de 1789, es decir, de los dogmas democráticos y pacifistas de tiempos pasados. Pero en la realidad y de una manera práctica, no hace con ello más que defender el gran capitalismo del siglo XIX, que no es otro que el capitalismo de la Entente ahora triunfante. Y la diplomacia de la Entente no piensa en otra cosa que en extraer al pueblo alemán, que está derribado en el suelo, cansado, derrotado y aniquilado, el último resto de su sangre. Y este último acto de violencia aparece protegido y encubierto con los vocablos mágicos «Sociedad de Naciones», que justifican la acción ante un mundo completamente indiferente.
>
> En esta situación desesperada, en Alemania estamos regidos por los epígonos de los viejos partidos, estratificados en sus formas y que han perdido, en la práctica de las tácticas parlamentarias y el juego de los partidos, el último resto del espíritu que poseían en tiempos anteriores los viejos caudillos. ¿Dónde están aquellos que podrían comprender el lenguaje de los tiempos?»**[3]**.



Espartaquistas fusilados en una tapia de Lichtenberg.

Así, donde la revolución seguía ardiendo, en los años 1919 y 1920, en los barrios del este de Berlín, en Bremen y la región del Ruhr, no se enfrentaban los partidos, sino los «traidores bolcheviques a la patria» y los «asesinos de

Karl y Rosa», llenos de odio por ambas partes. Al igual que en Italia, la crueldad era por una parte espontánea e incontrolada, en tanto que era por la otra fría y sistemática, sin la menor consciencia de que se trataban, unos y otros, de compatriotas. Los hombres de los cuerpos francos no recataban cínicamente que «se habían mostrado más humanos hacia los franceses en campaña», pero aunque dijeran esto, aunque odiaran a la democracia y entonaran canciones que hablaban de la cruz gamada y los cascos de hierro, seguían siendo unidades militares en un régimen civil, incluso cuando se alzaban contra el mismo. Tan sólo se produjo un «movimiento» que les insertó en la vida civil allá donde los cuerpos francos habían luchado contra el bolchevismo, afianzando el dominio de la Reichswehr.



Escenas de la época de la República de los Consejos, en Munich. Manifestación en la Ludwigstrasse tras el asesinato de Kurt Eisner.



Comunistas armados.

Los oscuros principios. Salón interior de la cervecería Sternecker, en Munich, tal como se escenificó en tiempos del nacionalsocialismo ya imperante.



Fachada de la cervecería.



Carteles de propaganda del Partido Obrero Alemán, antecedente inmediato del NSDAP.

Que la revolución alemana había sido al mismo tiempo la inevitable consecuencia de la guerra y la acción de unos pequeños grupos, no apareció en lado alguno con tanta claridad como en Munich. La inactividad de las autoridades bávaras en las últimas semanas antes del 8 de noviembre, fue consecuencia indudable de la influencia ejercida por la separación de Austria y la esperanza de poder romper los vínculos que las unían a Prusia. Pero el partido del hombre que se había alzado hasta la presidencia del gabinete aprovechando la confusión de las jornadas revolucionarias, apenas obtuvo en las elecciones para el «Landtag» (parlamento regional) celebrado en enero de 1919, el tres por ciento de los votos. Aquello significó una estrepitosa derrota para Wilson, puesto que el presidente no tenía en Alemania partidario más decidido que Kurt Eisner, que en su proclama del 8 de noviembre de 1918

había prometido que «Baviera se disponía a preparar a Alemania para su colaboración en la Liga de Naciones». Pero Eisner era un extraño al país, un judío (aunque no un hebreo del Este llamado Kosmanovski, como habían propalado sus enemigos) y la publicación de unos documentos en los que a raíz de estallar la guerra había señalado la culpabilidad del Gobierno alemán aunque descargara de la misma al propio pueblo, le había creado numerosos y encarnizados enemigos, que no retrocedieron ante las peores calumnias para hundirle. Una de estas especies calumniosas fue que en la primera conferencia socialista internacional celebrada en Berna, se había pronunciado por la retención de los prisioneros de guerra por parte de los aliados. Pero su asesinato el 21 de febrero allanó precisamente el camino a Lenin. Los Consejos de obreros y soldados se convirtieron, al lado del Landtag, en una potencia propia e independiente y, tras algunas vacilaciones, se proclamó el 7 de abril una República de los Consejos, que después quedó casi por completo bajo la influencia de los comunistas. No por ello había que considerarla como una creación sin raíces, pues tanto la mayoría de las tropas de la guarnición como la poderosa Liga campesina bávara lo apoyaban. Pero de nuevo aparecían «extraños» a su frente (Eugen Leviné, Max Lewein, Tobías Axelrod) y cuando Munich fue conquistada, a primeros de mayo, por tropas y cuerpos francos, el comportamiento de estas fuerzas y voluntarios fue el de unos conquistadores en tierra extranjera. En apariencia puramente formal subsistió un Gobierno socialdemócrata, pero la Reichswehr estaba al mando de los regimientos y colaboraba estrechamente con las «milicias ciudadanas» espontáneamente constituidas, tanto en apagar las chispas revolucionarias subsistentes como en eludir las disposiciones de desarme emanadas de los acuerdos de Versalles. Como pieza clave de esta cooperación entre militares y civiles aparecía el capitán Ernst Rohm, que llevaba a efecto una actividad tan intensiva como extensa. Al frente de las secciones de propaganda, cuyo principal cometido era extraer de las mentes de los soldados las ideas que hubieran podido infiltrarse en los días de predominio de los Consejos, se encontraba el capitán de la reserva Karl Mayr. Esta sección prestaba asimismo su colaboración a los numerosos grupitos nacionalistas antisemitas surgidos en la última época. El 12 de setiembre de 1919, el capitán envió a uno de sus propagandistas, el cabo Adolfo Hitler, especialmente distinguido en los cursos dados en el campamento de Lechfeld, sobre todo en lo concerniente a la oratoria, a la asamblea de uno de aquellos minúsculos partidos, el Partido Obrero Alemán («Deutschen Arbeiterpartei»), El desconocido descubrió en aquellos otros desconocidos el material para su

acción futura y mediante una acción constante y sostenida, consiguió transformar la oscura agrupación en un poderoso partido que pronto imprimió su carácter sobre la vida de Munich.



Propaganda al viejo estilo de la derecha: cartel de los nacionalistas alemanes en Prusia.



Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter-Partei

Hoch die internationale Solidarität!

Das war die Parole, mit der man die wenigen Denkenden, die die sogenannte Völkerverbrüderung und Solidaritätsduselei als

jüdischen Börsenschwindel

erkannt hatten, zu Boden schlug.

Nun können unserem Volke die Augen aufgehen darüber, welche Wirksamkeit dieser **„Solidarität“** innewohnt.

Deutschland wird verhungern, und kein Hahn kräht nach ihm.

Frankreich besetzt das Ruhrgebiet, kein Mensch der anderen Welt kümmert sich darum. Immer neue Erpressungen werden folgen, und niemand wird mit uns Mitleid empfinden.

Was allein könnte heute Deutschland retten?

Selbsthilfe!

Und diese einzige Hilfe ist dem deutschen Volk in fünfzigjähriger Wühlarbeit von der internationalen Börse und ihren marxistischen Agenten geraubt worden. Heute hat das deutsche Volk den Lohn für die infamste Gaunerei der Weltgeschichte, für die verbrecherische Wehrlosmachung seiner selbst durch die

Novemberverbrecher*) von 1918

zu erdulden.

Kommt nun alle

Heute! Donnerstag, den 11. Januar 1923, abends 8 Uhr **Heute!**

zur **Riesenkundgebung** im **Zirkusgebäude** am Marsfeld

mit der Parole:

Nieder mit den Novemberverbrechern

Es wird sprechen unser Führer, Parteigenosse

Adolf Hitler.

Beginn 8 Uhr. Eintritt zur Deckung der Plakatkosten 10 M.

Juden ist der Zutritt verboten.

Einberufer: Für die Parteileitung A. Drexler.

Die Versammlung war von über 7000 Personen besucht.

*) An diesem Tage fiel zuerst das Wort Novemberverbrecher, das seither zu einem geflügelten Wort wurde.

Propaganda de la nueva derecha: un manifiesto contra los «asesinos de noviembre» y anunciando un acto en el que tomaría la palabra Adolfo Hitler.

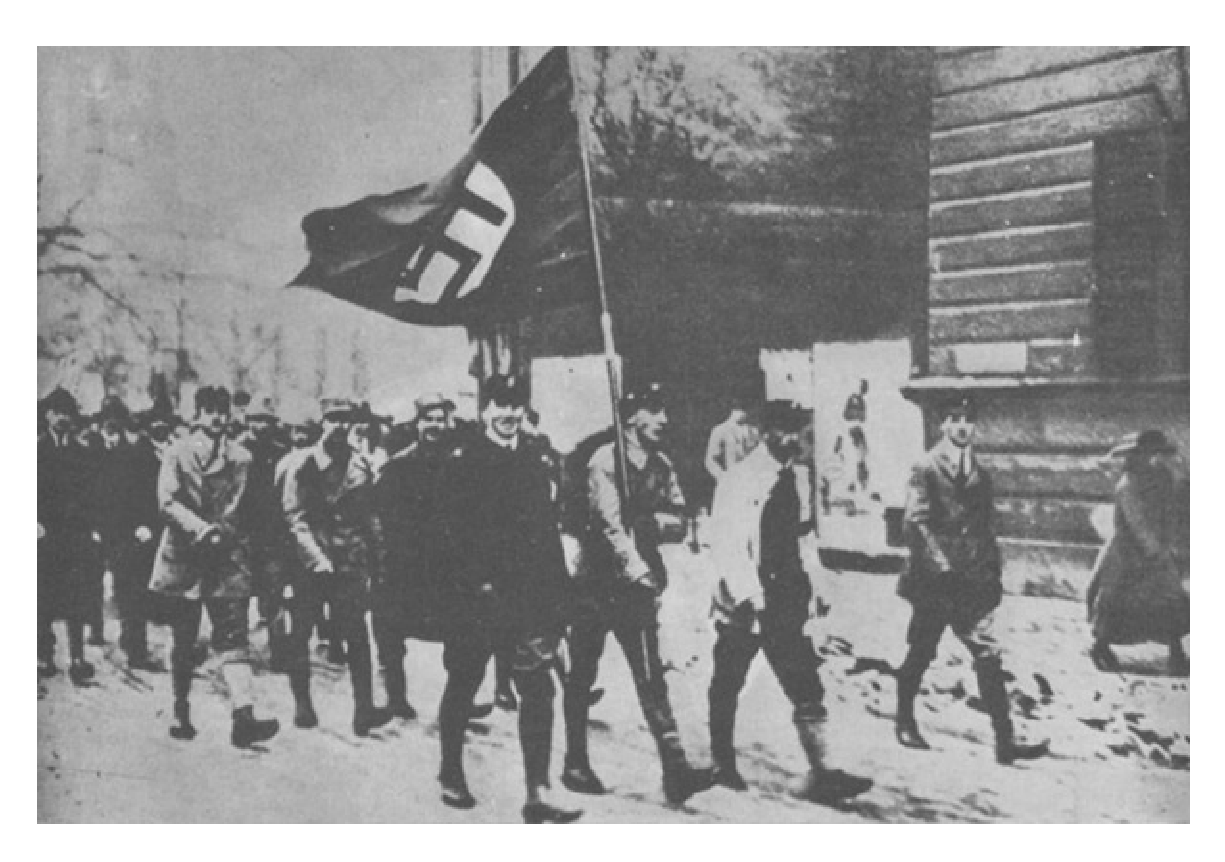
El DAP («Deutschen Arbeiterpartei») era en rigor un retoño del «Siegfriedenspartei» (Partido de Sigfrido), como habían sido en Italia los «Fasci di combattimento». Pero en vez de influir sobre la victoria, tal como se había propuesto, se vio obligado a aprovecharse de las circunstancias creadas por la derrota.

Adolfo Hitler no había sido un socialista marxista como Mussolini, pero también su juventud se había distinguido por una actitud revolucionariamente negativa: negativa hacia aquel Estado austríaco plurinacional que detestaba. También había sido el estallido de la guerra una experiencia decisiva para él. Pero no se había visto obligado, por contra, a tomar una decisión propia en aquel sentido y no se había aproximado siquiera a las fuerzas que parecían

llamadas a dominar el mundo tras la contienda. Por ello no experimentó vacilación alguna como Mussolini, ni tampoco se vio obligado a proceder a una evolución en su postura. La actitud de Hitler fue más inconmovible y también bastante más sencilla:

> «Wilson, representante de las grandes fábricas de municiones del mundo, fue acogido por el pueblo alemán como un nuevo salvador del mundo. Hoy se sabe que fue un falsario. No hubiera debido colocársele al frente de la presidencia de una república democrática»[4].

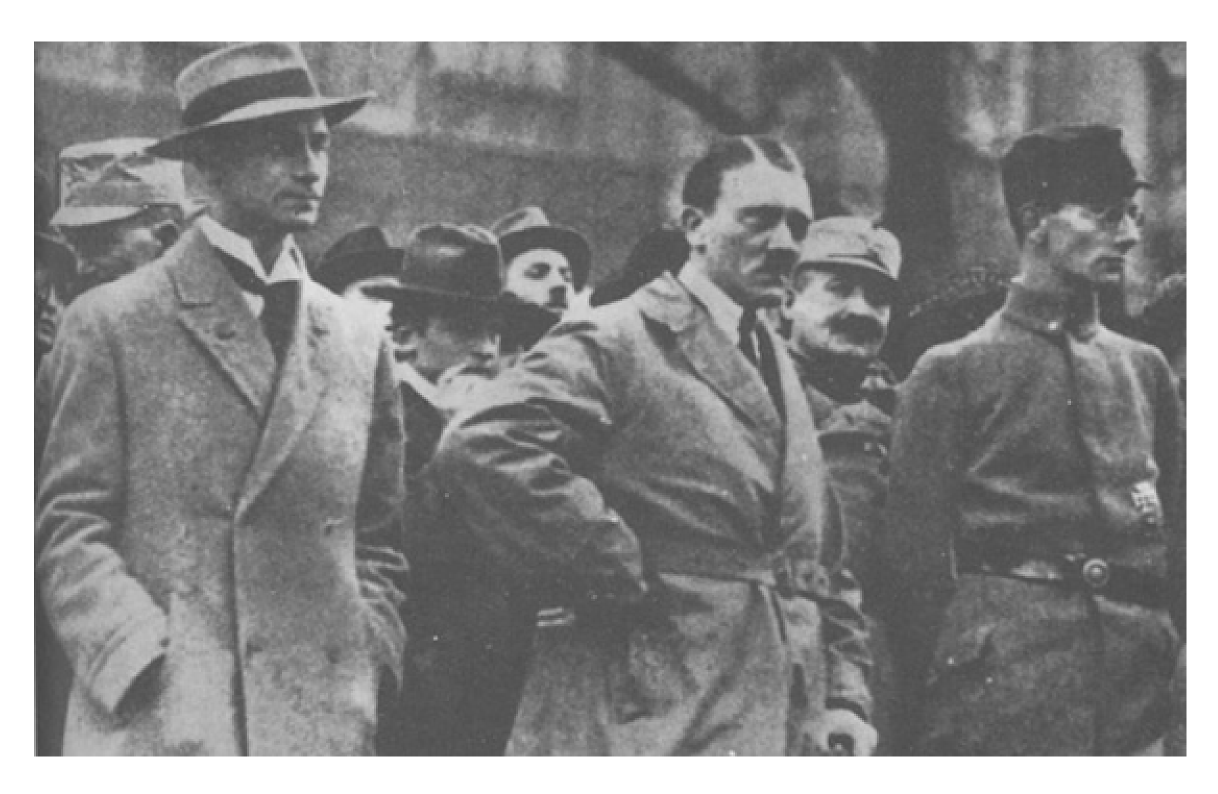
> «Y vemos entre nosotros cómo hoy mueren los pueblos bajo este nuevo azote de Dios (el bolchevismo) y vemos cómo este azote se acerca, cómo se abate sobre Alemania y cómo hace que, ofuscado el pueblo por sus promesas, sea quien ayude a uncirse idéntico yugo y la misma desdicha»[5].



Primer congreso del partido en Munich, enero de 1923. Marcha de las SA.



Otro aspecto del congreso: las banderas ondean en el Campo de Marte, en Munich.



Todavía de paisano: Hitler en una concentración celebrada el 4 de noviembre de 1923. A la izquierda, Alfred Rosenberg; a la derecha, el doctor Weber, del cuerpo franco Oberland.

Nada de lo que Hitler decía respondía a un pensamiento original propio. Todo era repetición de algo que se decía en los sectores nacionalistas desde hacía bastante tiempo: que Alemania solamente había perdido la guerra por

culpa de los traidores del interior; que la paz de Versalles tendía a la aniquilación de Alemania y quería la exclusión de 20 millones de alemanes del mundo; que la miseria de la inmediata posguerra había sido provocada por los especuladores… Todo aquello era una convicción compartida, además, por muchas gentes que con anterioridad habían creído en la paz de Hindenburg y que se resistían con ello a admitir la realidad de la derrota. Pero esta incredulidad no tenía sólo motivos «nacionales», sino también sociales, fundamentados sobre todo en el temor de la burguesía ante la creciente marea revolucionaria. Y la incredulidad se transformaría muy pronto por todo ello en una nueva fe, tan pronto como se creyera que bastaría una acción violenta para marginar las causas de la derrota y poder alcanzar así una mejor victoria. Pero si las ideas no eran originales de Hitler, sí fue obra suya su fenomenal expansión entre la opinión pública. En pocos meses llevó el DAP desde la intimidad apacible de las hospederías bávaras a la turbulencia de la concentración de masas del Circo Krone; gastó hasta el último penique en la impresión de carteles y manifiestos y no paró hasta que hubo transmitido a cada muniqués lo que en realidad buena parte de ellos pensaban ya con anterioridad.

También era muy propia su voluntad de hacer política. Que su partido contara muy pronto con unidades uniformadas no fue hallazgo suyo, pero sí el hecho de que no pusiera aquellos efectivos al servicio de la Reischwehr para la lucha de liberación nacional, sino que se transformaran en elementos propagandísticos y organizados para la defensa de las salas donde se celebraban los actos propios. Con ello rompió asimismo los vínculos con los cuerpos francos y las ligas de guerra, que en definitiva apoyaban a los gobiernos «burgueses», cuya llamada esperaba en el oportuno momento, creando así las condiciones que el fascismo había encontrado en Milán, Bolonia y Ferrara.

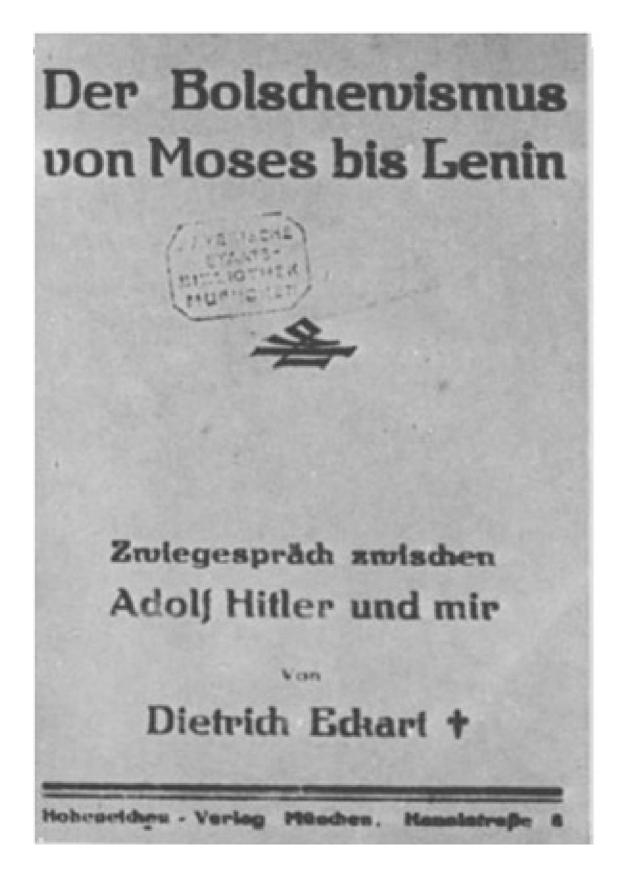


Preparativos para la «Marcha sobre Berlín» en el cuartel general de Neustadt.

También fue original en adoptar sin reparos los métodos del enemigo principal, con lo que creó unas analogías que en el antiguo socialista Mussolini había sido algo congénito. El propio Hitler dijo acerca de ello, veinte años después y en una charla de sobremesa, lo siguiente:

> «Al principio de su acción política se había dado a sí mismo palabra de que no se trataba de instaurar la paz y el orden en beneficio de una burguesía cobarde incapaz de conseguirlas por sí misma, sino ganar a los obreros para sus convicciones. Los primeros años de la época de lucha los había dedicado así a ganar a los trabajadores para el NSDAP.
>
> Había empleado los siguientes medios para ello:
>
> 1) Al igual que los partidos marxistas, mandó imprimir los carteles en un rojo chillón.
>
> 2) Empleó camiones como vehículos de propaganda, cubriéndolos con carteles en los que predominaba el color rojo, con banderas rojas y disponiendo altavoces.
>
> 3) Cuidó de que todos los miembros del movimiento acudieran a las asambleas sin corbata ni chaleco, así como sin grandes acicalamientos externos, de manera que pudieran despertar confianza entre la masa de trabajadores manuales.
>
> 4) Trató de alejar a los elementos burgueses, que sin ser verdaderos fanáticos, querían adherirse al NSDAP, mediante esa incorrección vestimentaria de los que tomaban parte en las asambleas y de esta manera mantener libres las filas de los elementos fácilmente asustadizos.
>
> 5) Mantuvo a raya a los adversarios políticos mediante la creación de los servicios de orden, que no ahorraban la violencia cuando se terciaba. De esta manera, la Prensa adversa, que hasta entonces había guardado un absoluto silencio sobre las asambleas y actos políticos del NSDAP, informaba sobre los heridos habidos en los choques y llamaba con ello la atención sobre los actos del partido.
>
> Había hecho fracasar asambleas y actos de otros partidos al enviar a los mismos elementos de los servicios encargados de mantener el orden, que llegado el momento obraron en un sentido radicalmente contrario, con lo que consiguió sus fines de descrédito, etcétera.

Con estos medios había conseguido ganar tan buenos elementos de la población obrera para el movimiento, que en una de las últimas elecciones antes de la conquista del poder se habían podido celebrar no menos de 180.000 asambleas.[6]





Und wer hatte damals die Fäden gezogen? Mit Ehren-Wilson [illegible] der bis dahin völlig unbekannt gewesene Jude Bernard Baruch. „Ich glaube, dass der Krieg kommen werde, lange [illegible] erklärte er später wortwörtlich vor dem [illegible] in aller Gemütsruhe. Und niemand stand auf und [illegible] Schurken zu Brei."

[illegible]

La más antigua e importante de todas las conversaciones con Hitler: Se titula *El Bolchevismo desde Moisés a Lenin* y fue publicada como homenaje póstumo a Dietrich Eckart.



damit Punktum! Man probiere es doch einmal und lehre einem anständigen Menschen solches Zeug, was der dazu sagen wird! Nein, wer so etwas wie lauter Leckerbissen hinunterfrisst, ist ein Scheusal von Haus aus."

„Luther," warf ich ein, „fordert glatt dazu auf, die Synagogen und Judenschulen zu verbrennen und Erde darauf zu häufen, »dass kein Mensch mehr einen Stein oder eine Schlacke davon sehe ewiglich.« Was wir bisher aus Unwissenheit geduldet hätten — »ich hab's selbst nicht gewusst«, schreibt er — würde uns Gott verzeihen; nun wir's aber wüssten, dürften wir um keinen Preis der Welt mehr diese Stätten schützen, »worin sie Christum und uns belügen, lästern, fluchen, anspeien und schänden«; das wäre ebenso viel, als täten wir es selbst [illegible]). Auch ihre Wohnhäuser müssten wir zerstören, denn dort trieben sie das gleiche, was sie in ihren Schulen trieben. »Möcht jemand denken«, klagt er [illegible]), »ich rede zu viel. Ich rede nicht zu viel, sondern viel zu wenig, denn ich sehe ihre Schriften«. Unsere Schulinspektoren sehen sie nicht, und unsere Knillinge und Zwillinge und sonstigen Säuglinge erst recht nicht."

„Mit dem Verbrennen," winkte er hoffnungslos ab, „wäre uns verdammt wenig geholfen. Das ist es ja: auch wenn nie eine Synagoge, nie eine jüdische Schule, nie das Alte Testament und nie der Talmud existiert hätte, der jüdische Geist wäre doch da und täte seine Wirkung. Seit Anbeginn ist er da; und kein Jude, nicht einer, der ihn nicht verkörperte. Am deutlichsten wird das an den sogenannten aufgeklärten Juden. Heine gehört gewiss mit zu den aufgeklärtesten, aber den irrsinnigen Hochmut hat er genau so, wie der schmierigste Schachjude Galiziens. Er würde sich die Hand waschen, wenn sie ihm ein Vollsmann nichtjüdischen Blutes geschüttelt hätte! Moses Mendelssohn gilt als ein förmliches Wunder der Weisheit. Schau hin: er findet es geradezu empörend, dass die Juden die ihnen gebührende Herrschaft über den Erdball noch nicht besitzen!"

„Die haarsträubende Einbildung der russischen Schnorrer," hob ich hervor, „schildert uns aus langjähriger Erfahrung Dostojewski [illegible]). Er lebte geraume Zeit mit allerlei Sträflingen zusammen, schlief mit ihnen auf denselben Pritschen. Einige Juden waren darunter. Jeder kam ihnen freundlich entgegen. Nicht einmal an ihrer lächerlichen Art, zu beten, nahm jemand Anstoss. Es war eben einmal ihre Religion so, dachten sich die Russen und liessen sie ruhig gewähren, »Fast billigend«. Und diese selben Juden taten diesen selben Russen gegenüber fremd, wollten nicht mit ihnen zusammen essen und sahen auf sie wie von oben herab! Und wo war das? In einem sibirischen Gefängnis! Diesen Widerwillen und Ekel der Juden vor den Einheimischen fand Dostojewski in ganz Russland. Die kleinen Leute

hätten ihn aber nirgends übel genommen. Das tut der Jude, weil er so einen Glauben hat, hiess es überall voller Nachsicht."

„Jawohl, so einen Glauben!" höhnte er. „So einen Pfurz im Kopf, ist richtig. So ein liebloses Herz! »Tief verderbt und seelenlos« nennt ihn sogar der gute Wilhelm Busch [illegible]). Zuerst das Wesen, dann die Religion; nicht umgekehrt!"

„Dostojewski," fuhr ich fort, „war das Mitleid selbst, besonders gegen die Entgleisten; nur die Juden nahm er wie Christus aus. Ahnungsvoll fragt er, was in Russland geschehen würde, wenn die Juden dort das Uebergewicht bekämen. Würden sie den Einheimischen »auch nur annähernd« die gleichen Rechte geben? Würden sie ihm ebenfalls erlauben, so zu beten, wie sie wollen? Würden sie nicht einfach Sklaven aus ihnen machen? Oder, noch schlimmer: »würden sie ihnen nicht das Fell mitsamt der Haut abziehen«? Würden sie das Volk nicht ebenso ausrotten, wie sie es in ihrer alten Geschichte mit anderen Völkern getan haben?"

„Russische Wüste," schrie er, „steht auf der prophetischen Landkarte [illegible]), die die Juden schon vor fünfundzwanzig Jahren herausgegeben haben! Alles ist darauf, wie wir es jetzt haben: die Franzosen am Rhein; die polnische, die tschechische Republik; das Deutsche Reich, nicht als »deutsche Republik«, sondern als »Deutsche Republiken«; sogar die finnische Republik ist darauf; und für Russland ein brauner Fleck mit der Inschrift: »russische Wüste«! Herr des Himmels, und da fragt man noch, wer den Krieg verschuldet hat! Du weisst: ich habe das Original der Karte selbst gesehen, mit eigenen Augen. Könnte ich es doch unseren Arbeitern zeigen, jedem, aber auch jedem, namentlich denen, die vom Sowjet die Rettung erhoffen. »Russische Wüste«! so sieht es aus, das versprochene Paradies! Hunger, Massengräber, Sklaverei, Judenpeitsche. Wer streikt, wird gehängt. Hereinspaziert alle, die ihr mühselig und beladen seid! Wie sie flöten, diese Hunde! Und wie schön das klingt, vor dem Vorhang! Hinter ihm aber lauert das verhätschelte »Pöbelvolk«, die rote Armee, der Auswurf der nichtjüdischen Menschheit."

„Das Attentat auf Lenin," versetzte ich, „hat mehr als 12.000 Menschen das Leben gekostet. Darunter waren über 800 Arbeiter. Auf dem Parteitag der Unabhängigen in Halle, 1920, hat das der russische Menschewik Martoff selbst zugegeben. Die Gesamtzahl der russischen Opfer seit Beginn der Bolschewistenherrschaft wird von Kennern auf rund 30 Millionen geschätzt. Was nicht dem Standrecht zum Opfer fiel, ging an Auszehrung und Siechtum zugrunde. Waren das alles Burschoa? Blödsinn, so etwas zu glauben. Wer hat denn bei uns am meisten zu leiden? Unter den Tausenden, die jeden Tag vor den verschiedensten Geschäften stundenlang anstehen, wird es wohl

Y finalmente, muy propia y original era asimismo la energía con que defendía las amenazas que «Alemania» (su concepción de Alemania) tenía que hacer frente desde el Este y el Oeste. Una de estas amenazas estaba constituida por los «judíos», que como «detentadores de la fortuna de la Humanidad» querían destruir primero a Alemania y luego a esa misma Humanidad entera. Que esta afirmación no éra otra cosa que una exageración infantil de una opinión muy extendida por los círculos conservadores, en pugna con los intereses económicos que estaban en manos judías, era algo evidente. Pero Hitler parecía creer a pies juntillas en tales simplificaciones, que incluso tenían un mayor o menor valor de símbolo para su amigo Dietrich Eckart. Quien en el año 1924 leyó los textos de Dietrich Eckart sobre las conversaciones tenidas con Hitler en el verano de 1923 y publicados a título póstumo con el título *El bolchevismo de Moisés a Lenin («Der Bolschewismus von Moses bis Lenin»)* no le cogió de sorpresa cuanto ocurrió posteriormente. En sus discursos daba igualmente Hitler ejemplos suficientes para una estructuración mitológica de su pensamiento, que solamente se encuentra muy parcialmente en Mussolini y que sabía recoger de manera muy concreta y rotunda un sentimiento difuso con anticipación entre sus oyentes:

«Y sobre todo, es posible ver lo extraordinariamente que trabajan al unisono las Bolsas judías y los periódicos obreros. Ambas siguen una

dirección y persiguen una meta, llámese *Frankfurter Zeitung* o *Münchener Post, Berliner Tageblatt* y *Rote Freiheit* o *Rote Fahne*. Operan con una sorprendente unanimidad. Mientras el síndico Moses Kohn aprieta el pescuezo de sus societarios para que resistan las peticiones de los trabajadores, su hermano, el líder obrero Isaak Kohn, excita a las masas en los patios de las fábricas: “Ved cómo quieren oprimiros. ¡Romped las cadenas!”, etc. Y por arriba ayuda a sus hermanos a soldar con toda oportunidad esas mismas cadenas».



Un cartel antisemita del NSDAP.



Preparativos para la «Marcha sobre Berlín». Instrucción con arma.



¿Nuevo partido o ejército antiguo? Día Alemán en Bayreuth. Setiembre de 1923.



Hitler toma parte en el Día Alemán, en 1923.

El mundo sería, en rigor, muy sencillo y sinóptico si se le viera así. Pero existían otras realidades bastante más complejas, menos simplistas desde un estricto punto de vista político, como lo demostraban las concepciones de Lenin o Wilson. Claro que la simplicidad de que Hitler hacía gala no era, en rigor más que un trasunto de los conceptos predominantes en el Cuartel General de Ludendorff, entremezclados con los subsistentes en la mente del cabo Hitler. Los componentes de aquel cuartel general habían vuelto a desempeñar un papel principal en el «putsch» de Kapp, en marzo de 1920 y que tenía su principal portavoz en el ya mencionado general Ludendorff cuyo libro *Mando de guerra y política («Kriegsführung und Politik»)*, aparecido en 1921, preconizaba en la futura unión entre la dirección del Estado y del alto mando, la clave para la victoria en la próxima guerra y que desde su

residencia de Munich ejercía las funciones de protector de innumerables ligas nacionalistas y también del NSDAP. En éste y al igual que lo ocurrido en el partido fascista italiano, el radicalismo nacionalista superó muy pronto el aspecto de lucha social, mucho menor. El programa del partido, de 25 puntos, recogía en un socialismo de vía estrecha alguna reivindicación de carácter social (confiscación de los beneficios bélicos, etc)., que representaba puntos de identidad con el programa fascista, pero en sus aspectos más decisivos propugnaba la destrucción del orden surgido de Versalles y del Estado liberal de Derecho.

1) Exigimos la unión de todos los alemanes, como resultante del derecho de autodeterminación de los pueblos, en una Gran Alemania.

2) Exigimos la igualdad de derechos de los pueblos alemanes respecto a las demás naciones, así como la revisión de los tratados de Versalles y St. Germain.

3) Exigimos terreno y suelo (colonias) para la alimentación de nuestro pueblo y el asentamiento de nuestro exceso de población.

4) Sólo podrá ser ciudadano quien sea miembro de la comunidad del pueblo y solamente podrá ser miembro quien tenga sangre alemana, sin contemporizaciones en este sentido. Ningún judío podrá ser, por tanto, miembro de la comunidad del pueblo.

5) Quien no sea ciudadano, solamente podrá vivir en Alemania como huésped y deberá someterse, por tanto, a la legislación para extranjeros.



Proclama de Hitler anunciando la formación de un Gobierno provisional a raíz de la fracasada «Marcha sobre Berlín».

Pero en la práctica, aquel partido de orientaciones ideológicas tan radicalistas no era comparable, en decisión y poder, con la práctica fascista. Cierto, empero, que la imagen de las concentraciones de masas, los desfiles y el júbilo que rodeaba cada aparición del *Führer*, no parecía dejar dudas de que se trataba de dos partidos de idéntico signo, y bastante de lo que tenía efecto en Munich, guardaba una gran semejanza con lo acaecido en Bolonia y Cremona:

> «El ancho río humano ocupaba toda la anchura de las calles y marchaba en ordenada formación. Llegó a la Bahnhofplatz, por el Stachus, hasta las arterias más animadas de la ciudad, las calles de Neuhauser y las de Kaufinger. Entonaban canciones como «Guardia en el Rin», «Levántate, Alemania, en tu gloria» y también canciones de progrom. Representaba todo aquello una violenta muestra del despertar alemán. De pronto se escuchó un impresionante y alegre

> griterío: ¡Hitler! Su automóvil fue siguiendo, despacio, el camino: Heil! Heil! (¡Viva! ¡Viva!)… Cuando hubo pasado, la gente se dispersó en todas direcciones. Centenares de grupos atravesaron la ciudad moderna, con la alegre canción de marcha en los labios: “No queremos una república judía…”»[7].

Pero en ningún instante pensó el NSDAP en la destrucción de redacciones de periódicos adversarios o incendiar centros sindicales, tampoco precisó romper huelga alguna, ni destituyó ningún alcalde y hasta el 9 de noviembre de 1923 no tuvo en Munich ningún muerto. Dicho en otras palabras: las grandes luchas sociales para las que tenía la doctrina social del partido tan sencilla como radical solución, apenas tenían efecto en la ciudadela del orden que era Baviera; el nacionalsocialismo no creció así como arma de la burguesía para la lucha de clases y amparada en mayor o menor grado por el Estado liberal, sino como reacción posterior a los temores experimentados hacia la totalmente vencida República de los Consejos y como tropa de lucha «nacional» de los años de posguerra, impulsada por unos sectores que no tenían todavía la suficiente fuerza para manifestarse de una manera abierta.

Si el nacionalsocialismo, que hasta entonces había sido un movimiento provincial, pudo representar en el año 1923 y por unos instantes un papel nacional, hay que atribuirlo a las condiciones enteramente particulares de aquel año tan difícil de la historia alemana. Se había producido una intensa irritación nacional por razón de la ocupación francesa de la región del Ruhr; se había producido igualmente un considerable progreso del comunismo en Sajonia y Turingia; aparecía en Renania un sentimiento separatista, con una ruptura de la resistencia pasiva y la promulgación del estado de excepción. La participación de los socialdemócratas en el Gobierno Stresemann contribuyó mayormente a la creación de aquella atmósfera, en la que los planes de «putsch» y dictadura florecían como plantas en vivero. Para la celebración del «Día de Alemania» reunió la derecha, el día 2 de setiembre, nada menos que cien mil de sus hombres en Nuremberg y Hitler apareció todavía al pie de la tribuna donde se concentró todo el «brillo del imperio». Pero poco después, las más importantes ligas patrióticas, reunidas en un frente de lucha, le reconocían como jefe político. No era casual que este «frente de lucha» tuviera, en definitiva, idéntica importancia que los «Fasci di combattimento» y no deja lugar a dudas que en la acción de Hitler, Mussolini y el fascismo habían asumido cierto carácter de modelo. En sus conversaciones de sobremesa relató posteriormente el impulso que para él había representado la Marcha sobre Roma y en *Mi Lucha* dice así:

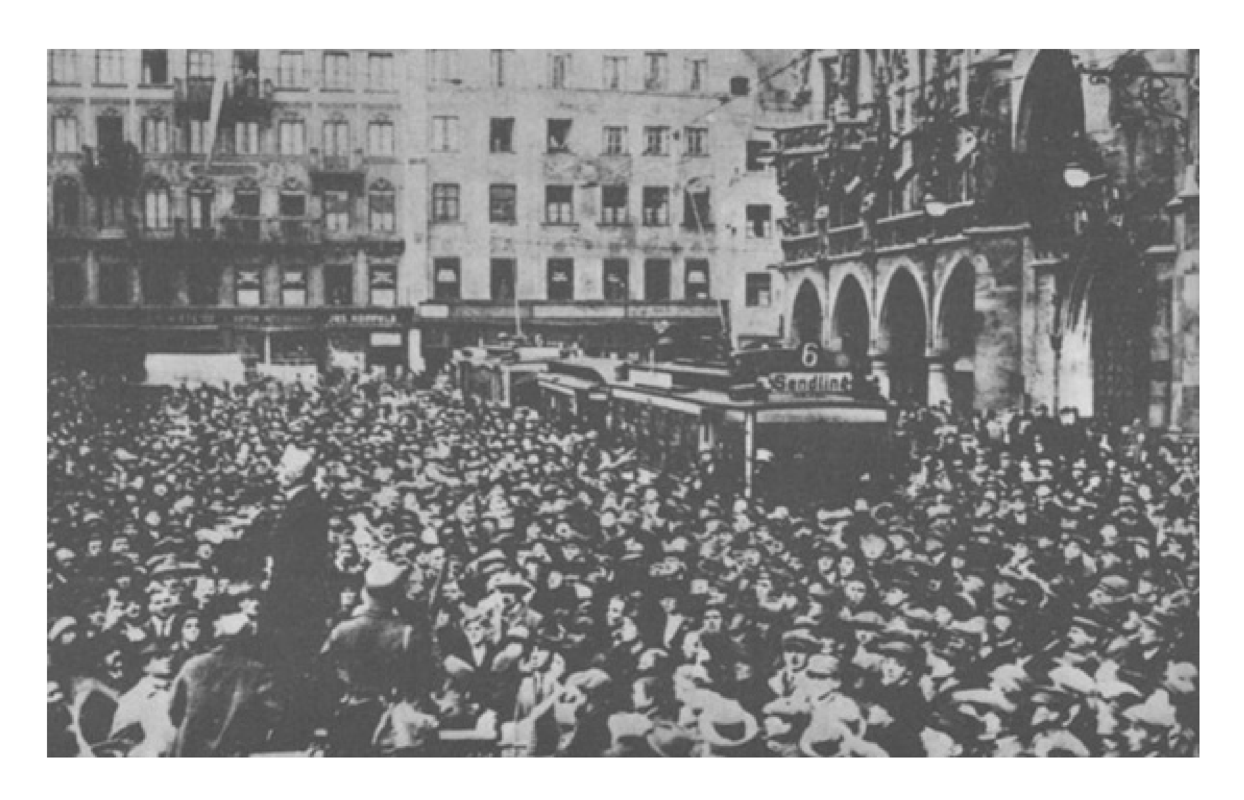
«En aquel tiempo —lo confieso abiertamente— experimentaba la más profunda admiración por el gran hombre que al sur de los Alpes y llevado del más intenso afecto hacia su pueblo, no pactó con los enemigos interiores de Italia, sino que buscó su aniquilamiento por todos los caminos y con todos los medios. Lo que situará a Mussolini entre los grandes hombres del mundo es su decisión de no compartir Italia con el marxismo, sino su decisión de destruir el internacionalismo para salvar a la patria de su influencia negativa».



El jefe del ejército que organizó el cabo: el general Ludendorff.



La fracasada «Marcha sobre Berlín». Tropas nacionalsocialistas de asalto ante el Ministerio de la Guerra. El cuarto, de izquierda a derecha, es Heinrich Himmler.



Simpatía de la población: la «Marienplatz» de Munich.

Pero la «Marcha sobre Berlín» preparada por Hitler fracasó. No por causa de haber sido mal preparada. Las SA y tropas de Ehrhard se hallaban en las fronteras de Turingia; la retaguardia parecía tan segura, por lo menos, como lo había estado la Italia del Norte. Tampoco le faltaron a Hitler los amigos: el comisario general del Estado en Baviera, Von Kahr y el jefe de la división bávara, Von Lossov, querían marchar sobre Berlín y no es seguro de que el general Von Seeckt, aunque dotado de plenos poderes, hubiera permitido que la «Reichswehr» disparara sobre la «Reichswehr». Pero precisamente porque Hitler no había considerado necesaria una «marcha sobre Munich», no le fue posible acudir a Berlín al frente de sus destacamentos. Pues para imponer sus exigencias de mando en las últimas horas, tuvo que utilizar con sus aliados métodos para los que no estaban éstos todavía maduros. Pese a ello, tuvo éxito por espacio de unos instantes, cuando penetró en la asamblea de los buenos burgueses de Munich en la «Bürgerbraukeller» e interrumpió el discurso de Von Kahr con un disparo dirigido al techo. No hubo violencia posterior, empero: Hitler obligó a Von Kahr a una empresa que el viejo sólo deseaba de manera muy vacilante y está debidamente comprobado que el propio Hitler aparecía tras la conversación, «radiante de alegría», «feliz de haber conseguido convencer al señor Von Kahr para que prestara su colaboración». No menos convencido estaba de que en un segundo discurso

conseguiría provocar el entusiasmo en aquella asamblea, anteriormente adversaria:

«Se declara disuelto el Gobierno de los criminales de noviembre, con sede en Berlín. Se nombrará hoy un nuevo Gobierno nacional alemán en Baviera, aquí en Munich. Se formará inmediatamente un ejército nacional alemán. Propongo que hasta que finalice el ajuste de cuentas con los asesinos que hoy dirigen Alemania, me haga yo cargo del Gobierno provisional alemán. Su Excelencia, Ludendorff, asume el mando del ejército nacional alemán. El general Lossow es designado ministro de la Reichswehr y el comandante Von Seisser, ministro de la Policía del Reich. La tarea del Gobierno provisional alemán será emprender, con todas las fuerzas de este país y de las demás provincias alemanas, la lucha contra esa Babel del pecado que es Berlín, con la finalidad de salvar al pueblo alemán… Al amanecer de mañana se encontrará un Gobierno nacional en Alemania o nuestros cadáveres»[8].



Bekanntmachung.

Durch einen Putsch Hitler-Ludendorff wurde die verfassungsmäßige Regierung für abgesetzt erklärt.

Die verfassungsmäßige Regierung besteht weiter. Si
fordert die gesamte Beamtenschaft, Polizei und das bayer. Kontingent der Reichswehr auf, ihrer verfassungsmäßigen Regierung treu zu bleiben und den Revolutionären den Dien
zu verweigern.

Wer dem entgegenhandelt, wird als

Hochverräter

behandelt.

Die Regierung erwartet, daß das bayerische Volk in Stadt und Land dem Preußen Ludendorff und seinem Anhang, der es unternommen hat, unser bayerisches und deutsche Volk in namenloses Unglück zu führen, die Gefolgschaft versagen wird.

Weitere Bekanntmachungen werden erfolgen.

Den 9. November 1923.

Für das verfassungsmäßige Gesamtministerium:

Dr. Matt.

El «no» de las autoridades. Bando contra el «putsch».

Pero el día siguiente encontró a Hitler enfrentado con un Gobierno que no se sentía vinculado a las forzadas conversaciones habidas. No estaba todo perdido sin embargo: la población de Munich simpatizaba en gran parte con Hitler y las tropas del Gobierno no podían servir de otra cosa que de fieles instrumentos en manos del comisario general del Estado. Pero cuando la manifestación nacionalsocialista se acercó a un débil destacamento de Policía situado en el Feldherhalle y sonaron por vez primera unos disparos, ocurrió exactamente lo que según los cálculos humanos hubiera tenido que suceder un año antes en Roma: ante la resistencia del Estado, las fuerzas militarizadas del partido emprendieron la fuga. Y no porque fueran cobardes o estuvieran desarmados, sino porque habían apostado todo a la carta de la simpatía y la confianza y la debilidad de los aliados conservadores y perdieron la cabeza a las primeras muestras de la inesperada resistencia. Esto puede aplicarse igualmente a Hitler, que desapareció muy sigilosamente del lugar de la lucha y fue detenido dos días más tarde en la villa de un amigo.

Si la victoriosa Marcha sobre Roma efectuada por Mussolini fue susceptible de plantear la siguiente pregunta: «¿Cómo podía vencer tan rotundamente un movimiento fascista?», la fracasada marcha de Hitler sobre Berlín formulaba implícitamente esta otra: «¿Puede un movimiento fascista obtener otra vez el poder tras un primer intento revolucionario fracasado?». La década siguiente daría respuesta a estos dos interrogantes.

ÍNDICE BIBLIOGRÁFICO DEL CAPÍTULO TERCERO

Erich Eyck, «Historia de la República de Weimar» («Geschichte der Weimarer Republik»), Tomo I, Erlenbach-Zurich 1956.

Arthur Rosenberg, «Historia de la República de Weimar» («Geschichte der Weimarer Republik»), Frankfurt 1961.

Georg Soldán, «Historia actual en palabra e imagen» («Zeitgeschichte in Wort und Bild») Berlín 1931.

«La República de Weimar. Su historia en textos, imágenes y documentos» («Die Weimarer Republik. Ihre Geschichten in Texten, Bildern und Dokumenten»), Munich 1965.

«Historia ilustrada de la Revolución Alemana» («Illustrierte Geschichte der deutschen Revolution»), Berlín 1929.

Ernst von Salomon, «El libro de los combatientes de los cuerpos francos alemanes» («Das Buch von deutschen Freikorpskampfer»), Berlín 1938.

Adolf Hitler, «Mi lucha» («Mein Kampf»), Edición 77, agosto de 1933.

Konrad Heiden, «Historia del Nacionalsocialismo» («Geschichte des Nazionalsozialismus»), Berlín 1932.

Konrad Heiden, «Adolf Hitler», Zurich 1936-1937.

Werner Maser, «La Prehistoria del NSDAP. El camino de Hitler hasta 1924» (Die Frühgeschichte des Nationalsozialismus»), Frankfurt 1965.

Georg Franz-Willig, «El movimiento de Hitler» («Die Hitlerbenegung») I tomo, Los Orígenes 1919-1922, Hamburgo 1962.

Walter Ai. Espe, «El libro del NSDAP. Nacimiento, lucha y objetivo del NSDAP» («Das Buch der NSDAP. Werden, Kampf und Ziel der NSDAP»), Berlín 1933.

Ernst Deuerlein, «El ingreso de Hitler en la política y la Reicliswehr» («Hitlers Eintritt in die Politik un die Reichwehr»), Cuadernos de Historia Contemporánea, VII, 1959.

Günther Nollau, «Las Internacionales. Orígenes y formas del internacionalismo proletario» («Die Internationale. Wurzeln und Erscheinungsformen des proletarischen Internationalismus»), ColoniaBerlín 1959. Editado en España por Luis de Caralt.

EFEMÉRIDES DEL CAPÍTULO CUARTO

1920

19 de marzo: Wilson no alcanza en el Senado americano la precisa mayoría de los dos tercios para la ratificación del tratado de Versalles y el ingreso de los EE. UU. en la Sociedad de Naciones. Sucesión de Wilson por Warren G. Harding, que pone en práctica un nuevo aislacionismo norteamericano que por su persistencia influye sobre la entera política de las naciones europeas durante la posguerra.

Noviembre y diciembre: primeras sesiones de la Sociedad de Naciones en Ginebra.

1922

26 de mayo: Lenin sufre su primer ataque. Lucha por la sucesión entre la «troika formada por Stalin, Sinoviev y Kameniev por un lado y Trostki por el otro.

15 de diciembre: constitución del Gran Consejo del Fascismo.

18 de diciembre: acciones sangrientas de los fascistas en Turín.

1923

12 y 13 de enero: constitución de la milicia fascista.

25 de enero: sustitución del 1.º de mayo como Fiesta uel Trabajo por el llamado Nacimiento de Roma» el 21 de abril.

Marzo: unificación obligatoria de los nacionalistas con el partido fascista.

23 de agosto: Dom Giovanni Minzoni, arcipreste en las proximidades de Ferrara, es golpeado hasta la muerte por los escuadristas.

29 de agosto: bombardeo y ocupación de Corfú por las tropas italianas tras el asesinato, por parte de desconocidos, de una comisión italiana en la frontera grecoalbanesa.

1924

21 de enero: muerte de Lenin. Stalin desarrolla su teoría del «socialismo en una sola nación» y comienza la lucha por la sucesión en su favor, que se prolongará hasta 1927.

27 de enero: un tratado con Yugoslavia da a Italia, contra importantes concesiones, la soberanía sobre Fiume.

3 de febrero: muerte de Wilson.

6 de abril: elecciones parlamentarias según un nuevo procedimiento electoral que asegure al partido relativamente más fuerte la absoluta mayoría de los escaños. Triunfo de la lista fascista con el añadido de los notables liberales, tras numerosos y difundidos actos de violencia en todo el país.

30 de mayo: Giacomo Matteotti impugna en su último discurso parlamentario la validez de los resultados electorales.

10 de junio: asesinato de Matteotti por los fascistas.

27 de junio: la oposición (exceptuados los comunistas) abandona el Parlamento y se constituye como «Aventino».

Finales de julio: celebración del congreso de combatientes del frente de Asís, que se pronuncia por mayoría contra el fascismo.

Octubre: el «Protocolo de Ginebra para la solución pacífica de las diferencias internacionales» fracasa por la oposición de Inglaterra y también de Mussolini. A pesar de ello se registrará en el inmediato futuro un aumento de la reputación de la Liga de Naciones.

Junio-diciembre: a pesar de una nueva ley de Prensa, intensas campañas contra el «asesinato de Estado» y un régimen que solamente se sostiene por el temor de los liberales a una resurrección del comunismo. Los tres antiguos presidentes del Consejo, Giolitti, Salandra y Orlando se pasan a la oposición (aunque no al «Aventino»),

1925

3 de junio: en un discurso pronunciado ante el Parlamento, Mussolini asume toda la responsabilidad por lo ocurrido y anuncia una «clarificación de la situación» (violenta). Oleada de terror fascista contra la oposición.

12 de febrero: Roberto Farinacci, representante del ala radicalista, es nombrado nuevo secretario general del partido fascista.

21 al 30 de abril: publicación de un manifiesto fascista y otro antifascista para grupos intelectuales, a cuyo frente se hallan los filósofos más renombrados de Italia, Giovanni Gentile y Benedetto Croce.

Setiembre-octubre: disociación del «Aventino». 2 de octubre: el llamado «Pacto del Palacio Vidoni» entre las agrupaciones patronales (la «Confindustria») y los sindicatos fascistas.

4 de noviembre: intento de asesinato contra Mussolini por parte del diputado socialista Tito Zaniboni. Disolución del Partido Socialista Unitario (Reformistas).

A partir de diciembre: promulgación de las llamadas «leggi fascistissime» por el ministro de Justicia, el antiguo nacionalista Alfredo Rocco. Fortalecimiento excepcional del poder de Mussolini y el Ejecutivo.

1926

3 de abril: anulación del derecho a la huelga. Fundación de las unidades estatales juveniles «Balilla».

8 de setiembre: admisión de Alemania en la Liga de Naciones y miembro ordinario del Consejo (*Status* de gran potencia).

26 de octubre: un nuevo atentado contra Mussolini en Bolonia y circunstancias enigmáticas, recrudece la ola de terror contra la oposición.

25 de noviembre: ley para la defensa del Estado. Prohibición de cualquier oposición y establecimiento de un tribunal especial.

30 de diciembre: el haz se convierte en emblema del Estado y poco después queda establecido el calendario fascista.

1927

Abril: formación de la «Concentrazione antifascista» por los emigrados a Francia (con excepción de los comunistas).

21 de abril: promulgación de la «Carta del Lavoro».

1928

11 de enero: Trotski es deportado a Alma Atá (en 1929 sería expulsado de la Unión Soviética).

16 de marzo: adopción de un nuevo procedimiento electoral con lista única fascista. Protesta estéril de Giovanni Giolitti.

4 de junio: proceso contra Antonio Gramsci y otros dirigentes comunistas ante el tribunal especial.

27 de agosto: firma del pacto Briand-Kellogg, de prevención contra la guerra.

9 de diciembre: se establecen constitucionalmente los poderes y cometidos del Gran Consejo.

1929

11 de febrero: firma de los Pactos Lateranenses y el Concordato entre Italia y la Santa Sede.

24 de marzo: elecciones parlamentarias de acuerdo con la lista única.

4 de setiembre: Briand formula en la Sociedad de Naciones su plan de «Los Estados Unidos de Europa».

25 de octubre: comienza la gran crisis económica mundial por la gran caída de las cotizaciones en la Bolsa de Nueva York.

A finales de año: fundación del grupo antifascista burgués de tendencia izquierdista «Giustizia e Liberta» por parte de Carlo Rosselli, condenado a

trabajos forzados por haber ayudado a la huida del líder socialista Filippo Turati y que había conseguido fugarse de Lípari en unión del hijo de Francesco Saverio Nitti.

1930

19 al 21 de julio: unificación de las dos facciones socialistas en la emigración,

30 de octubre: fuerte golpe de la Policía secreta contra la organización italiana «Giustizia e Libertá».

1931

30 de mayo: disolución de todas las organizaciones juveniles no fascistas. Conflicto entre el partido y el Vaticano.

A finales de julio: encíclica Non abbiamo bisogno.

3 de octubre: vuelo antifascista de propaganda del poeta Lauro De Bosis sobre Roma.

1 de noviembre: se exige el juramento de fidelidad a todos los profesores universitarios. Solamente 11 catedráticos rehúsan prestarlo.

1932

1 de enero: primer número de los Quaderni di Giustizia e Libertá.

30 de junio: fundación de Littoria, en la región de las saneadas llanuras pon tinas.

30 de octubre: grandes fiestas del décimo aniversario del fascismo en toda Italia.

1933

23 de enero: fundación del «Istituto per la Riconstruzione Industríale» (IRI) para impulsar la creciente intervención del Estado en las actividades industriales.

7 de junio: firma del pacto de los cuatro en Roma.

19 y 20 de agosto: entrevista entre Mussolini y DoHfuss en Riccione.

1934

14 y 15 de junio: encuentro entre Mussolini y Hitler en Venecia. Finales de julio: tras el asesinato de Dollfuss, Mussolini adopta una posición muy severa contra Alemania y el nacionalsocialismo.

17 de agosto: pacto de unidad de acción entre los partidos socialista y comunista de Italia en París.

10 de noviembre: Establecimiento del Consejo de los Gremios en Roma.

5 de diciembre: choques entre tropas italianas y etíopes en Wal-Wal. Desde este momento se inicia la sistemática preparación de la guerra colonial largamente planeada contra Etiopía. I

1935

11 al 14 de abril: conferencia de Stresa entre Italia, Francia e Inglaterra. Protesta contra las transgresiones del tratado de Versalles efectuadas por Hitler. Garantías a Austria.

2 de octubre: Mussolini da a los generales De Bono y Graziani plenos poderes para la guerra colonial contra Etiopía.

CAPITULO CUARTO
LA ITALIA FASCISTA DE 1922 A 1935

El mundo, en cuyo interior y también en cierta manera contra el mismo se desenvolvía Italia, era de nuevo un mundo europeo. Ya a principios de 1922, bastante antes de la conquista del poder por el fascismo, había quedado fuera de dudas que las esperanzas de Lenin no llevaban camino de realizarse y que Rusia iba a quedarse sola por un espacio de tiempo imprevisible; sería el único país socialista del mundo y a pesar de ello y de acuerdo con los resultados obtenidos por la doctrina imperante en su interior, no podría considerarse como un país *socialista* en el sentido absoluto de la palabra. En sus últimos años, Lenin había reconocido con mucha claridad la fórmula hacia la que se dirigía Rusia: hacia la forma de un capitalismo de Estado, de concepción original y propia, como instrumento para el desarrollo de un país muy pobre y cuya misma existencia estaba amenazada; con su doctrina del «socialismo en un solo país», Stalin se reveló como el auténtico ejecutor del testamento de Lenin y lo que con cierta propiedad podía denominarse elemento judaicocosmopolita del bolchevismo, fue impugnado y aniquilado. Ninguna duda cabía tampoco en aquellos momentos de que había fracasado la concepción de Wilson: el presidente no había conseguido en el Senado la mayoría de dos tercios precisa para la ratificación del tratado de Versalles y el ingreso de EE. UU. en la Liga de Naciones y bajo el eslogan popular de *back to normalcy* enunciaba su sucesor, el republicano Warren G. Harding, un programa de vuelta al viejo aislacionismo como medio de conquistar una nueva prosperidad.



¿Puede existir el «socialismo en un solo país»? Stalin entre sus colaboradores, tras haber obtenido el poder único.





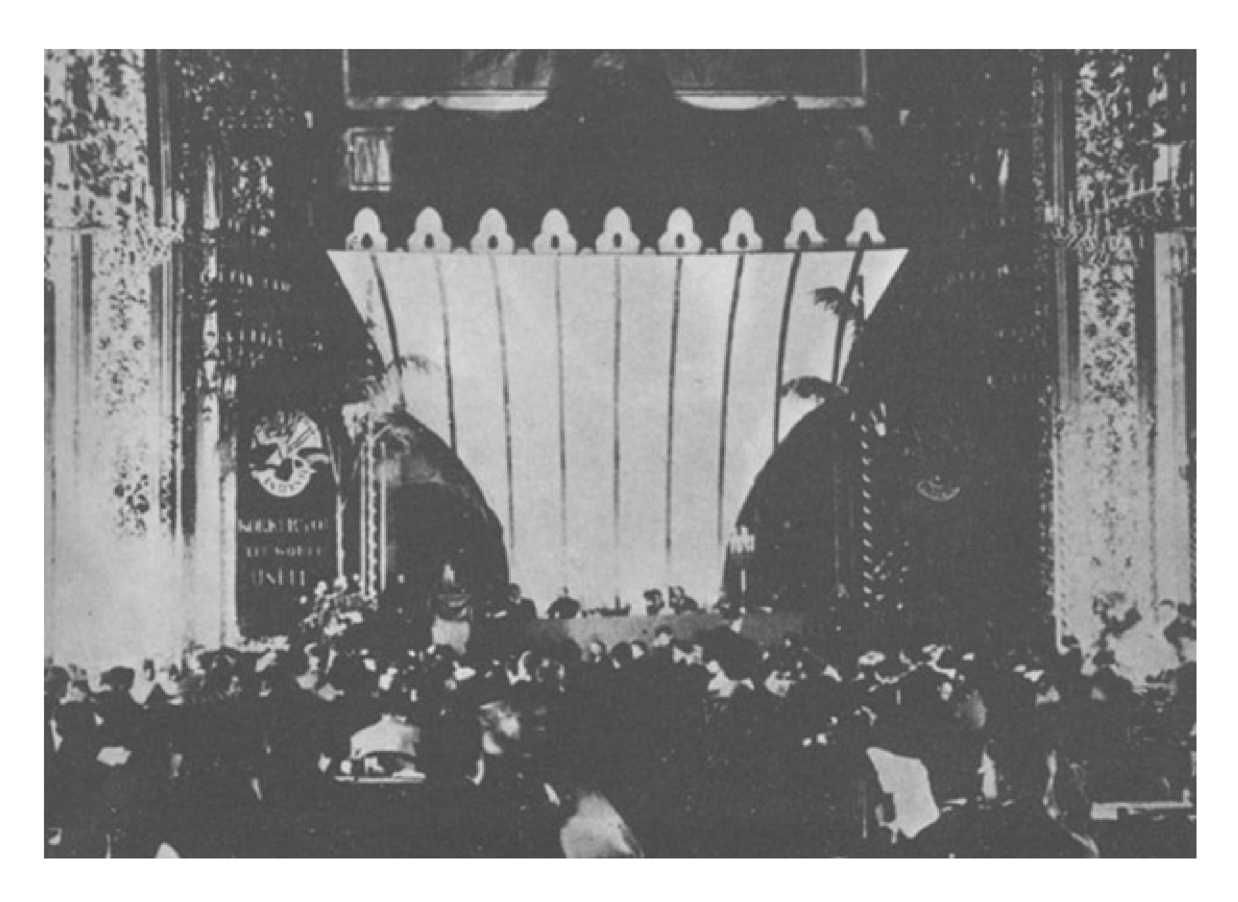
Un motivo de provocación a la Europa conservadora: son desmontadas las campanas en Moscú en el curso del «entierro del domingo» (1925).



El bolchevismo como panacea para los pobres y subdesarrollados. Clases para analfabetos en un koljós.



El espantoso precio del progreso bolchevique: muerte por hambre de millones de seres humanos. (Ucrania hacia 1930).



La Rusia soviética seguía siendo, pese a todo, ídolo de la intelectualidad de izquierda: el cuarto congreso mundial del comunismo internacional, a finales de 1922, en el que se hablo por vez primera del fascismo de una manera concreta.







Pero este retroceso de las nuevas potencias mundiales e ideológicas (que en un sentido muy preciso eran parte y consecuencia de la historia mundial de Europa) no significó para las naciones europeas la vuelta pura y simple a las condiciones anteriores. La Rusia soviética siguió siendo, bajo Stalin, sede del *Komintern* e ídolo de las izquierdas radicales de todos los países; el temor que la burguesía experimentaba hacia el comunismo se acrecentó, por contra, y el concepto de «revolución mundial» siguió surtiendo su efecto, en calidad y propiedad de los rusos y sus amigos. Norteamérica mantuvo, por su parte, a sus antiguos aliados atados al dogal de las deudas de guerra y por ello fracasaron todas las deliberaciones para conseguir una actitud de cordura respecto a las obligaciones contraídas por Alemania en cuanto a las reparaciones de guerra. Como, por su parte, Francia no había conseguido aquella garantía angloamericana de sus fronteras, que habría representado una seguridad contra el riesgo de guerra, se vio obligada —al encontrarse a solas en el continente con el antiguo adversario potencialmente poderoso todavía— a seguir una nerviosa política de autodefensa. No es de extrañar así que tratara de hacer de la amputada Liga de Naciones una nueva barrera defensiva. Pero se probó bien pronto que la idea de la Liga era más fuerte que su primera realidad. Se demostró que era favorable a una política de revisión del espacio de los vencidos, pero siempre que se tratara de una política moderada, que mejorara el resultado principal de la guerra mundial, pero no provocaran su alteración sustancial o su derrumbamiento final. La segunda mitad de los años 20 aparece así caracterizada por las grandes asambleas de la Liga, en las que trataba de mantenerse en pie una idea que no había sido posible aplicar con

toda su nitidez, pero que tampoco era tan débil como creían los escépticos y los adversarios. Fue por tanto de una importancia trascendental que en su interior, apenas apreciable al principio, creciera un adversario que abrió las primeras brechas para el futuro enemigo. Este adversario no fue Mussolini, propiamente dicho. El joven presidente del Consejo italiano, que apenas había cumplido cuarenta años, estaba considerado no sin razón por los liberales de Italia como un moderado, obligado por los más radicalistas de sus partidarios a acciones cada vez más violentas. Sin duda le había horrorizado el baño de sangre que los escuadristas de Turín hicieron entre sus enemigos y que provocó dieciocho muertos. Había que considerar así como una medida de disciplina la creación de la milicia fascista en 1923, si bien tampoco dejara por ello de proclamarse *Duce* de la misma y acentuar su carácter de fuerza armada de un partido. Los preparativos de una sustancial reforma electoral destinada a asegurar la absoluta mayoría de los escaños al partido relativamente fuerte, apenas encontraron una fundamental oposición, puesto que tras las turbulencias de los años de posguerra estaba extendida la convicción de que tenía que fortalecerse la posición del Gobierno. El traslado de la fiesta del trabajo, de la fecha internacional del 1.º de mayo a la del «Nacimiento de Roma», el 21 de abril, apareció como una astuta medida destinada a ganar a los obreros para el Estado. Pero también se comprobaba que en Mussolini estaba vivo todo aquello que hacía una impresión rebosante en el ala radical del partido y que no era tan poco teórico como muchas veces se gustaba hacerse pasar. Así es que inició el *Duce* con su artículo sobre *Poder y anuencia («Forza e consenso»)*, en marzo de 1923… un ataque contra los principios del liberalismo, cuando estaban todavía en flor las esperanzas de un «fascismo constitucional».

> «Un determinado liberalismo italiano, que se considera el único guardián del Grial de los puros e inmortales principios, tiene un gran parecido con el medio fallecido socialismo porque al igual que éste se cree "con rigor científico" en posesión de una indiscutible verdad, buena para todos los tiempos, lugares y situaciones. Y aquí reside el absurdo. El liberalismo no es la última palabra y no representa la forma definitiva en el problema del arte de gobierno. Esto no existe en este difícil y delicado arte, que trabaja la materia más movediza y rebelde y que se refiere a los vivientes y no a los muertos. Los humanos han sido gobernados de mil maneras diferentes y con mayor o menor fortuna. El liberalismo es producto y método del siglo XIX, que no fue «estúpido» como opina Daudet, puesto que no hay siglos estúpidos o inteligentes, sino inteligencia o estupidez contenidas en mayores o menores proporciones, en cada uno de los siglos de la Humanidad. No se dice que fuera el liberalismo malo para el siglo XIX; es decir, para un siglo que estuvo dominado por dos esenciales acontecimientos: el desarrollo del capitalismo y el advenimiento del concepto nacional. Pero ello no significa que sea adecuado para el siglo XX, que por lo que se ha visto y se anuncia, será muy diverso en sus características de la centuria anterior. Los hechos tienen más peso que los libros y la experiencia más que la doctrina. Las grandes experiencias de los días posteriores a la guerra que se han sucedido ante nuestros ojos,

demuestran el ocaso del liberalismo. En Rusia y en Italia se ha evidenciado que fuera y por encima de la ideología liberal o incluso contra ella, es posible gobernar. El comunismo y el fascismo se encuentran fuera del liberalismo. ¿Pero qué representa ese liberalismo por el que secretamente se pronuncian en mayor o menor grado y más o menos secretamente todos los enemigos del fascismo? ¿Significa el liberalismo un derecho general a voto o algo semejante? ¿Significa permanencia del Parlamento, que impida el vergonzoso espectáculo que ha provocado el asco por parte de todos? ¿Significa dar, en nombre de la libertad, la libertad a unos pocos para que procedan a su destrucción? ¿Significa ofrecer lugar a aquellos que proclaman su enemistad hacia el Estado y trabajan activamente para la destrucción del mismo? ¿Es eso liberalismo? Pues en el caso de que lo sea, el liberalismo es una doctrina de abyección y destrucción. La libertad no es un fin, sino un medio. Y como medio tiene que ser objeto de control y dominio. Y aquí se hace imprescindible hablar del poder». («Forza», igual a poder y autoridad).



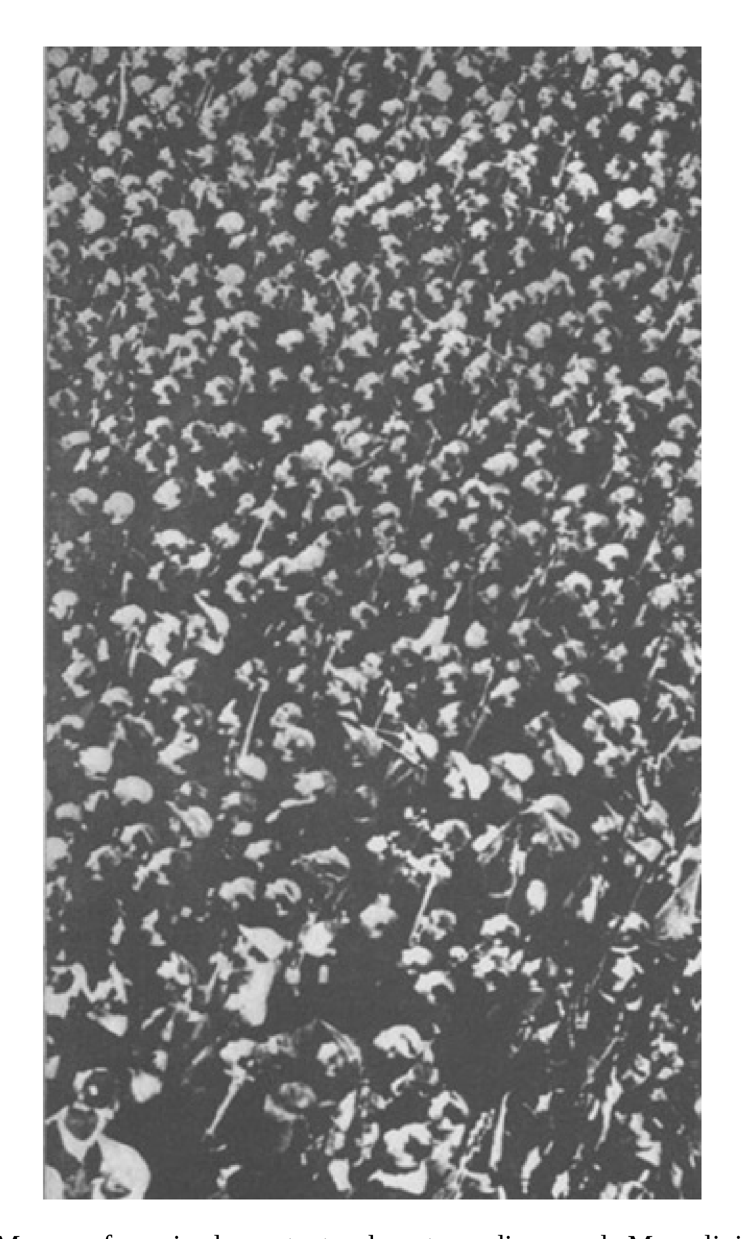
Propaganda fascista: la salvación de Italia del bolchevismo.



Propaganda antifascista: el nuevo escudo de Italia.



Sede de los Sindicatos de Turín, devastada por los fascistas tras los asesinatos de diciembre de 1922.



Masas enfervorizadas y atentas durante un discurso de Mussolini.



Benedetto Croce, un guía espiritual del liberalismo italiano.

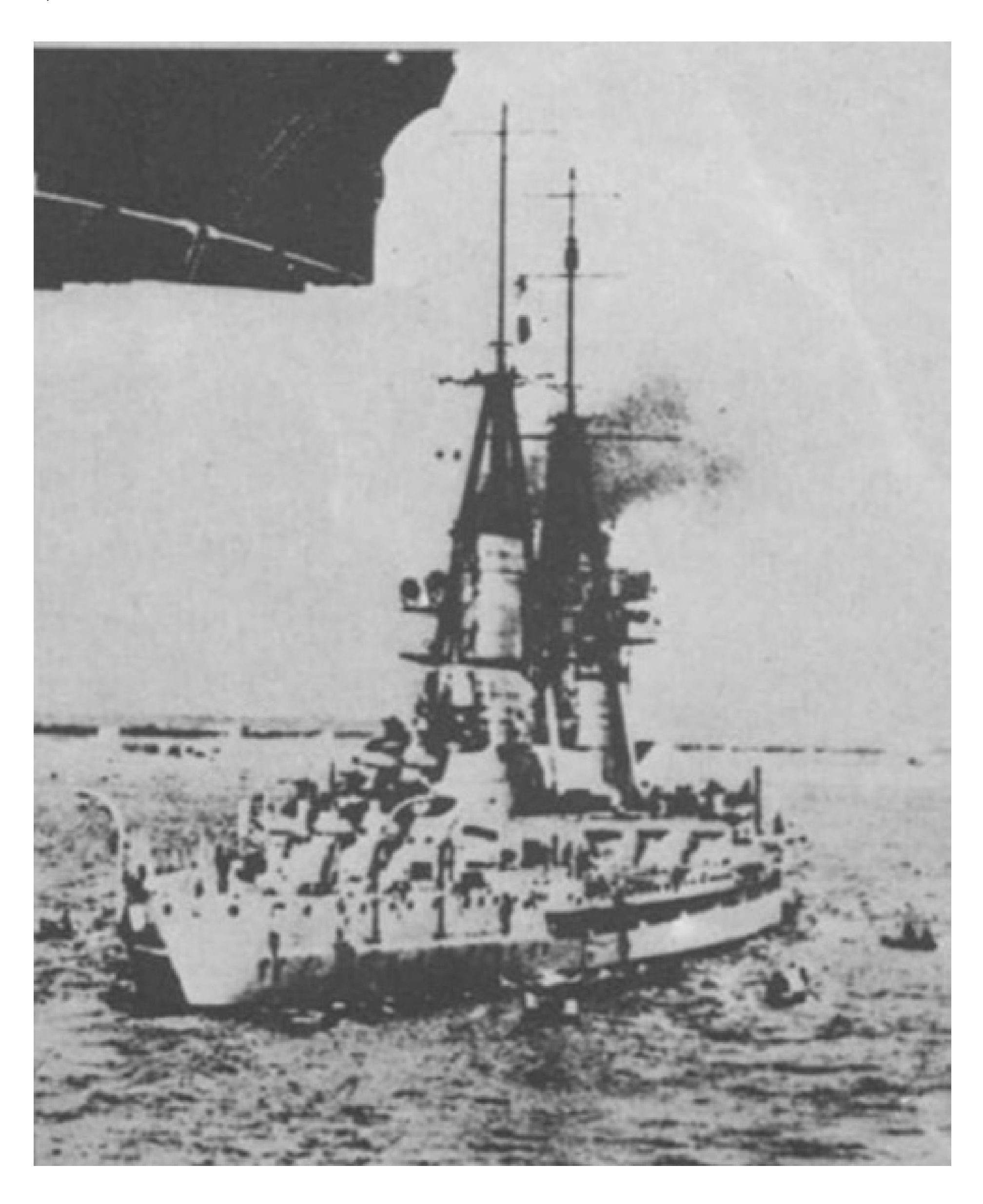


Giovanni Gentile.

«Ruego a los señores liberales que me digan si ha habido en la Historia un gobierno fundamentado en la voluntad exclusiva del pueblo y que haya renunciado al empleo de la fuerza. No ha habido nunca un gobierno semejante, ni lo habrá. La opinión es cambiante como las arenas en la playa. No puede existir siempre y no puede ser total. Nunca ha habido un gobierno que haya hecho feliz a todos sus gobernados. Sea cual fuere la solución que se dé a un problema, quedará siempre un grupo de insatisfechos, aunque se estuviera en posesión de la verdad divina. Así como en geometría no se ha conseguido la cuadratura del círculo, en política se está asimismo muy lejos de ello. Si viene a ser así insoslayable que cada medida del gobierno cree insatisfacción, ¿como impedir que la insatisfacción se extienda y llegue a ser un peligro para la fortaleza del Estado? Eso se conseguirá con el poder. Mediante la concentración de un máximo de poder. Con la utilización de este poder, con su inexorable utilización cuando sea necesario. Quitadle a un Estado el poder —es decir, el poder físico y armado— y dejadle únicamente dotado de sus inmortales principios; no cabe la menor duda de que dicho gobierno será víctima del primer grupo organizado que esté decidido a hundirle. El fascismo ha arrojado al rincón de las cosas inservibles esta teoría montada contra la vida. Cuando un grupo o un partido está en el poder, se ve obligado a fortificarse allá y defenderse contra todos. La verdad que salta ante los ojos de cuantos no estén ciegos por la venda del dogmatismo, es que el hombre está cansado [acaso, *forse*] de la libertad.

La libertad no es hoy aquella virgen virtuosa y prudente por la que lucharon y murieron en la primera mitad del pasado siglo. Para la juventud inquieta, intrépida y ruda que aparece en los albores de esta nueva hora histórica, hay otras palabras que poseen una mayor fascinación y disciplina. Este pobre liberalismo italiano que lucha y aspira a una mayor libertad, está tremendamente retrasado. Está alejado de toda la comprensión y escapa a cualquier oportunidad. Se habla de las simientes para las que llegará la primavera. ¡Qué ocurrencia tan chistosa! Algunas semillas mueren bajo la capa invernal. El fascismo, que no tuvo temor alguno en calificarse de reaccionario, cuando muchos de los actualmente liberales estaban atemorizados por el engendro victorioso (igual a socialismo), no teme de ninguna manera calificarse hoy de aliberal o antiliberal. El fascismo no está dispuesto a ser víctima de ciertos trucos habituales [*di certi trucchi dozzinali*].

Hay que llegar así a la conclusión para siempre de que el fascismo no conoce ídolo alguno y no adora ningún fetiche: se ha alzado sobre el cuerpo de la diosa libertad y en el caso de que sea necesario, no vacilará en enterrarlo definitivamente»[1].



Primera demostración internacional de fuerza de Mussolini. Barcos de guerra italianos bombardean en 1923 la isla griega de Corfú.



Giacomo Matteotti entre unos correligionarios.



Acusación de asesinato a Mussolini: pero solamente en caricatura.

Pero también en política exterior evidenció Mussolini muy pronto que su régimen era diferente y que quería marcar de una manera clara esa diferenciación. En agosto de 1923, una comisión italiana fue asesinada por unos desconocidos agresores en la frontera albanogriega. El presidente del Consejo de ministros italiano no pensó siquiera en llevar el caso ante la Liga de Naciones, tal como prescribían las obligaciones aceptadas por los miembros del organismo internacional. Hizo al Gobierno griego unas peticiones exorbitantes y deshonrosas y como no le dieron inmediata satisfacción, ordenó, en plena paz, el bombardeo y la ocupación de la isla griega de Corfú. Fue aquél un acto de fuerza, como en los tiempos de anteguerra habían efectuado y repetido con frecuencia los pueblos europeos en Jos territorios coloniales: para la frágil embarcación de las nuevas formas de convivencia internacional posteriores a la guerra mundial, vino a resultar un lamentable disparo ante la proa, tanto más cuanto Mussolini experimentaba el nervioso resentimiento de la gran potencia que había llegado tarde con el afán por hacerse con el botín y apenas disimulaba la intención de mantener en sus manos Corfú por tiempo indefinido. Pero su fuerza no consiguió los objetivos previstos y la Liga de Naciones le obligó, con salvaguarda de todos sus intereses, a una muy pronta retirada. Así fue la primera acción conquistadora y de prestigio de la Italia fascista un episodio

que provocó una peligrosa grieta en la tierna estructura de la Liga de Naciones y estableció un precedente para el ataque, mucho más afortunado, del Japón a China ocho años después. Que se trataba de un régimen diferenciado de las otras formas de los regímenes presentes en la Liga de Naciones, quedó bien patente cuando el 10 de junio de 1924, el diputado socialista Giacomo Matteotti, que por su valor había asumido muy rápidamente el papel de un dirigente de la oposición, fue raptado en plena calle por un grupo de fascistas, obligado a entrar en un automóvil y luego asesinado. Pocos días antes había pronunciado en el Parlamento su último discurso, que ofrecía un cuadro altamente revelador de la situación interna política de Italia en los albores del fascismo:

Matteotti: A nuestro entender, la elección no es válida en sus principios y añadimos además que carece de valor en todos los distritos electorales. En primer lugar, ahí tenemos la declaración concreta del Gobierno, repetida por todos los oradores fascistas en todas las asambleas electorales, de que las elecciones tienen un valor muy relativo, puesto que el Gobierno no ha pensado en someterse nunca al resultado de las elecciones, ya que en cualquier circunstancia —y como ha anunciado repetidamente— mantendría el poder con la violencia, aun en el caso… *(Vivaces interrupciones de las derechas y el centro, gestos del presidente del Consejo).*

Voces entre las derechas: ¡Sí! ¡Sí! Hemos hecho la guerra. *(Aplausos en las derechas y el centro).*

Matteotti: Estos aplausos de ustedes son la exacta confirmación de que mis palabras estaban fundadas. Según sus propias afirmaciones, pues, ningún elector italiano ha sido libre de decidir según su opinión. *(Ruidos, protestas e interrupciones entre las derechas).* Ningún elector se hallaba libre de este problema…

Maraviglia: Han votado ocho millones de italianos.

Matteotti: De si la política o, mejor dicho, el régimen del fascismo era enteramente aprobado por él. Nadie estaba libre, porque todo elector sabía «a priori» de que incluso si la mayoría hubiera aprobado lo contrario, el Gobierno hubiera anulado, con su poder y por decreto, su voz y su voto. *(Ruido e interrupciones entre las derechas).*

Una voz entre las derechas: ¿Y los dos millones de votos de la minoría?

Farinacci: Hubierais podido hacer la revolución.

Maraviglia: En tal caso, habríamos visto a dos millones de héroes.

Matteotti: Para apoyar semejante actitud del Gobierno existe una milicia armada… *(Aplausos mucho más intensos y vivaces entre la derecha y gritos de «¡Viva la micilia!»).* Voces desde la derecha: ¿Os molesta la milicia?

Matteotti:…existe una milicia armada… *(Interrupciones desde la derecha, mucho ruido).* Voces: ¡Basta! ¡Basta!

El presidente: Diputado Matteotti, aténgase al tema.

Matteotti: Quizá no me entienda usted, señor presidente, pero hablo de las elecciones. Existe una milicia armada… *(Interrupciones desde la derecha)* cuya finalidad fundamental y declarada es el apoyo del jefe del gobierno, que es la misma persona que el jefe del fascismo y no, como en el caso del Ejército, el jefe del Estado. *(Interrupciones y ruido entre la derecha. Voces desde la derecha: ¿Y las guardias rojas?).*

Matteotti: Existe una milicia compuesta por miembros de un partido único y que tiene la declarada finalidad de apoyar incluso por la violencia un determinado régimen aun en el caso de que no encontrara anuencia *(comentarios)*. Además de esto y en especial… *(interrupciones)* según la ley electoral, además, la milicia en cumplimiento de sus funciones no podía emitir su

voto, pero en realidad hemos registrado en Italia, especialmente en la Italia rural y en tiempo de elecciones, la actividad de innumerables miembros de la milicia. *(Interrupciones, ruido).*

Farinacci: Fueron las juventudes balillas.

Matteotti: Cierto, señor diputado, en muchos lugares ha votado inclusive la juventud balilla. *(Asentamiento en la extrema izquierda, ruido en las derechas y el centro).*

Matteotti: Es un esencial imperativo de toda elección que los candidatos… expresen su opinión en asambleas abiertas y también en locales cerrados y puedan desde allá manifestarse contra el programa del Gobierno. En buena parte de Italia, sí; en casi toda Italia ha sido ello imposible… La Cámara recordará el incidente acaecido al colega González.

Teruzzi: Nos acordamos del año 1919, cuando usted arrojó a los oficiales al Naviglio. Por mi parte estuve circulando medio año con la espada de Damocles *(pena de muerte)* sobre mi cabeza.

Matteotti: Repito, pues, que fue imposible a los candidatos moverse libremente por su distrito.

Voces en las derechas: ¡Tenían miedo!

Filippo Turatti: ¡Miedo! ¡Sí, miedo! Como en las montañas de Sila, cuando hay bandidos, teníamos miedo. *(Gran estrépito en la derecha, asentimiento en la izquierda).*

Matteotti: No podían moverse libremente e incluso muchos de ellos ni siquiera podían seguir habitando en sus casas, ni permanecer en sus pueblos. Alguno de los que permanecieron en sus puestos tuvieron que atenerse luego a las consecuencias. Muchos no aceptaron siquiera la candidatura, puesto que sabían que equivalía a quedarse sin trabajo, verse obligados a abandonar el país natal o impulsados a la emigración al extranjero.

Una voz: ¡Eran los que estaban ya sin trabajo!

Matteotti: No; trabajaban todos y dejaron de trabajar cuando les sometisteis a boicot.

Voces en las derechas: ¿Y cuando sometéis *vosotros* a boicot?

Farinacci: Dejadle que hable. Está representando su papel.

Matteotti: Uno de los candidatos, el diputado Piccinini… *(Ruidos).*

Voces: ¿Y Berta? ¿Berta?

Matteotti:… tuvo la experiencia de lo que representaba la fidelidad a su partido. Fue asesinado en su casa por haber aceptado la candidatura, pese a que sabía cuál sería su destino. *(Ruido).*

Edoardo Torre: ¡Basta! ¡Se acabó el discurso! ¿Tenemos que permitir que se nos ofenda? *(Ruido y algunos diputados descienden al hemiciclo).*

Presidente: Calma, por favor, señores diputados. Abandonen el lugar situado ante la tribuna de oradores.

Edoardo Torre: Debería usted hallarse bajo vigilancia policial en vez de estar en el Parlamento.

Voces: ¡Que se vaya a Rusia!

Presidente: ¡Silencio, por favor! Y usted, diputado Matteotti, ponga fin a sus palabras…[2]



La retirada al «Aventino»: reunión de la oposición el 27 de mayo de 1924 (en el centro, a la izquierda, Arturo Labriola, y a la derecha, Giovanni Amendola).





La vigorosa reacción contra el asesinato (cuyos instigadores, según pronto se supo, se encontraban en el círculo inmediato al jefe del Gobierno), el terror que acometió a una buena parte de la Prensa contra el «crimen de Estado», demostraron claramente la solidez de la sustancia y el trasfondo de amor a la legalidad que subsistía en la conciencia del pueblo italiano. Pero Mussolini tenía en su favor el recuerdo de los años 1919-1920 y la gravedad de los conflictos que habían agitado Italia a la sazón. La propuesta comunista de desencadenar una huelga general despertó, con buen fundamento, recelos incluso entre los maximalistas. Así es que la mayor parte de la oposición parlamentaria se limitó a una demostración espectacular pero débil y que llevaba en sí el signo de su impotencia: la retirada al «Aventino». Claro que la unanimidad de los católicos, liberales y socialistas llegaba unos dos años más tarde, puesto que en aquellas fechas anteriores el propio Mussolini había pensado, si hay que dar crédito a buenos informes, en proponer al rey que encargara a Filippo Turatti de la presidencia del Consejo de ministros. Pero no solamente existía Mussolini, sino que había que tener asimismo en cuenta el ala radicalista de su partido: altos funcionarios del mismo fortalecieron los ya robustos hombros de su *Duce* y el desfile de las formaciones de la milicia provocó en la población el temor del todopoderoso señor que se alzaba en el panorama político. Por su parte, el rey no temía a nada tanto como a una revitalización del intento revolucionario socialcomunista y tanto el Vaticano, como la gran industria y los grandes propietarios rurales pensaban, en

definitiva, lo mismo. Contra toda apariencia, Mussolini pareció esforzarse sinceramente en devolver al buen camino a la oposición y salvar el concepto del «fascismo constitucional». Pero en el foso abierto revolucionario socialcomunista y tanto el Vasangre: con su discurso del 3 de enero tomó obstinadamente la responsabilidad de todo lo ocurrido sobre sí y comenzó la fase totalitaria del fascismo.



Manifestaciones y actos de violencia de los escuadristas tras el cuarto atentado contra Mussolini.



Por fin unidos: los dirigentes de los partidos del sistema liberal en la emigración de París (a la izquierda, Filippo Turati; en el centro, Francesco Saverio Nitti y Pietro Nenni; a la derecha. Carlo Rosselli).

En el transcurso de pocos días, los escuadristas «ajustaron cuentas» con sus enemigos: de nuevo ardieron sedes de partidos, se devastaron bibliotecas y se asesinaron personas. Roberto Farinacci llegó, como secretario general, al pináculo ejecutivo del partido y repitió incansablemente sus exigencias para una total «fascistización» del Estado. El «Aventino» se disolvió: bajo las burlas de los fascistas, fue cada vez mayor el número de sus componentes que regresaron a Montecitorio. Cuando la Policía descubrió los preparativos para un atentado contra Mussolini por parte del diputado socialista Tito Zaniboni, el socialreformista fue el primero de los partidos disueltos. Dos causas, de las cuales una fortalecía a la otra, aceleraron el desarrollo de la situación autoritaria. El Estado, por medio del ministro de Justicia, que era a la sazón el nacionalista Rocco, puso en vigor las llamadas leyes archifascistas, que daban al jefe de Gobierno un poder hasta entonces desconocido en Italia, excluían prácticamente el principio de legislar atribuido al Parlamento y fortalecían mayormente el centralismo estatal. Por otra parte, la creciente opresión aumentaba la preparación de atentados contra Mussolini y cada uno de estos atentados descubiertos daba un mayor impulso a los extremistas del partido. Cuando a finales de octubre de 1926, durante una manifestación celebrada en Bolonia, se intentó perpetrar otro atentado contra el *Duce* (atentado rodeado,

por cierto, de circunstancias oscuras, por cuanto el frustrado magnicida fue inmediatamente linchado y se dijo que pertenecía al sector joven de la oposición interna fascista) fueron disueltos mediante una «ley de defensa del Estado» todos los partidos políticos, prohibidos todos los periódicos adversarios y todas las actividades de oposición puestas bajo la jurisdicción de unos tribunales especiales *(Tribunale speciale)* cuyos jueces eran en gran parte generales de la milicia fascista. Dadas estas circunstancias, adquirió una extraordinaria importancia el acto simbólico de designar como emblema del Estado el haz fascista, que hasta entonces —a finales de 1927— había sido símbolo del partido. Por vez primera surgía en la Europa que no era Rusia, un Estado al que no cabía medir con las proporciones habituales del Estado liberal, un Estado basado en un Partido, que concentraba todo el poder en su jefe y encuadraba y dirigía todas las actividades del pueblo mediante sus innumerables organizaciones.

Todas las fuerzas ideológicas que en el resto de Europa influían de manera incontrovertible en la vida política, fueron marginadas y relegadas a la oscuridad; todos los importantes partidos de la Italia anterior al fascismo, de los comunistas a los liberales, tuvieron que tomar el camino de la emigración, y cuando Giovanni Giolitti protestó, en 1928, en el Parlamento contra la nueva ley electoral que establecía una lista única fascista, su voz sonó como la de un cadáver solitario. Filippo Turati, a quien se mantenía en Milán en detención domiciliaria, tuvo que ser desplazado a Francia de manera accidentada por el joven Carlo Rosselli y si no se consiguió silenciar la voz de Benedetto Croce, sí se procuró privarle de toda caja de resonancia. El partido comunista no se prohibió con anticipación a los demás, ya que era necesaria su presencia como temor de los burgueses; pero cuando se procesó a su diputado Antonio Gramsci, en junio de 1928, su condena se pronunció a causa de hechos retroactivos, es decir, en flagrante contradicción con el principio *nulla poena sine lege*. Las «islas» se llenaron de deportados y los periódicos elogiaban al *Duce* con exclusividad.



El máximo dirigente intelectual del partido comunista: Antonio Gramsci.



Un campo de concentración que no precisaba de alambradas: Lípari.



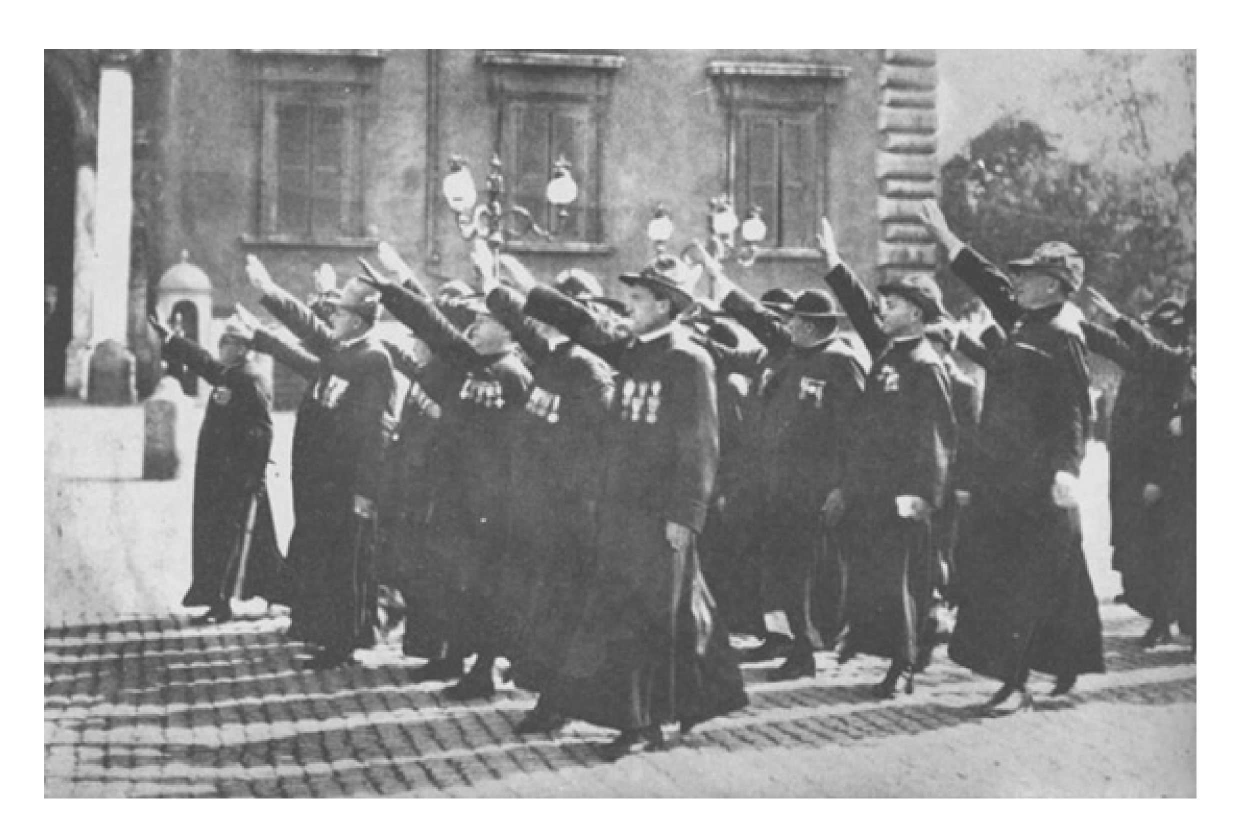
Las «batallas de paz» del fascismo: el ministro de Agricultura, Giacomo Acerbo, informa en presencia de Mussolini sobre los resultados de «la batalla del grano».

¿Qué finalidades perseguía aquella gigantesca concentración y uniformación? Mussolini reiteraba una y otra vez que Italia era un país capitalista demasiado joven, que no podía permitirse, en la áspera lucha de la competencia internacional, debilidad alguna por causa de huelgas y luchas de partidos, sino que tenía que superar, por el contrario, mediante la máxima disciplina, un atraso de décadas. De acuerdo con ello, se emprendieron la construcción de nuevas autopistas, se proclamó la «batalla del trigo», se procedió al saneamiento y cultivo de extensas zonas pantanosas y malsanas y se dio un enérgico impulso a la industrialización. Era patente que Mussolini concedía en la época gran atención a la situación similar por que atravesaba la Unión Soviética y mantenía, además, excelentes relaciones con el Estado de Stalin. Pero el *Duce* de la Italia fascista no podía darse por satisfecho con ser el jefe de una «dictadura en desarrollo». Había derrotado a las fuerzas políticas que eran expresión de toda una fase de la política europea, pero sin dejar de conservar al mismo tiempo algunas de sus bases sociales y en ello estribaba su más fundamental diferencia con la revolución bolchevique. No había un partido monárquico, un partido católico o liberal; pero seguían existiendo la Monarquía, el Vaticano y la gran industria. Cada una se consideraba como potencia dotada de una relativa independencia y precisamente de su tradición extrajo el fascismo una no mínima parte de su orgullo por la «grandeza» italiana. Pero al mismo tiempo, sus ansias totalitarias le hacían entrar cada vez en mayor contradicción con aquellas fuerzas. Así es que se desarrolló, por una parte, un «pathos» tradicionalista y por la otra, una desconfianza respecto a los poderes de la tradición, característico en el tipo de Estado fascista. Aunque Mussolini había llevado a cabo, al principio, una política muy favorecedora del capital, con mejoras fiscales e impulso de la fórmula privada en algunas actividades, las ofensivas del Estado en el campo de la economía se hicieron más intensas durante la crisis mundial, en apariencia, con el objetivo de fortalecer algunos sectores más débiles, pero en el fondo con la intención de que el peso específico de la «economía» respecto al Estado fascista fuera menor. Al rey Víctor Manuel se le guardó el máximo respeto y los oficiales habían olvidado hacía largo tiempo la época sombría de 1919 y 1920, pero con la formación de unidades de la milicia, acuarteladas en la metrópoli y que combatían en África del Norte, surgió una potencial competencia del Ejército y no surgió del monarca protesta alguna cuando el órgano del partido, el Consejo Nacional, fue «constitucionalizado» y dotado de considerables y extraordinarios poderes. Finalmente, el propio Papa Pío XI tenía fundamentos para ver en Mussolini al

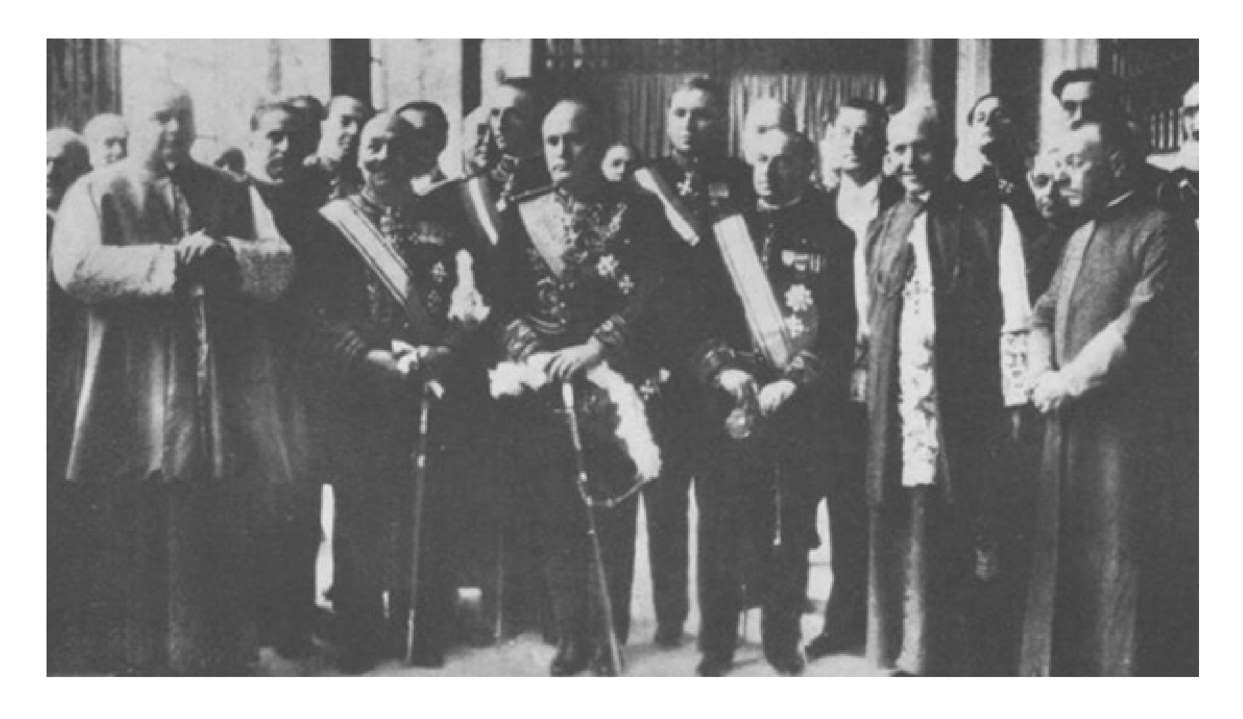
«hombre providencial» cuando fueron suscritos, el 11 de febrero de 1929, aquellos «acuerdos lateranenses» que devolvieron a la Iglesia su Estado propio y su decisiva influencia sobre la vida popular italiana. Dos años más tarde, empero, tuvo con aquel hombre un fuerte conflicto, cuando el Estado fascista quiso ampliar sus principios totalitarios a la juventud católica e incluso a la misma «Acción Católica», y el órgano del partido creyó conveniente recordar, en un virulento editorial, que, en el fondo, no se trataba de entablar una disputa con un «Estado», ya que aquél (el Vaticano) sólo era tal en un sentido muy particular.



Fascismo y Vaticano: la firma de los pactos lateranenses en el salón papal del palacio de Letrán, el 11 de febrero de 1929 (sentado, el secretario de Estado, cardenal Pietro Gasparri; a la derecha, al lado de Mussolini, el ministro de Justicia Alfredo Rocco).



Capellanes castrenses desfilan haciendo el saludo fascista ante el Quirinal.



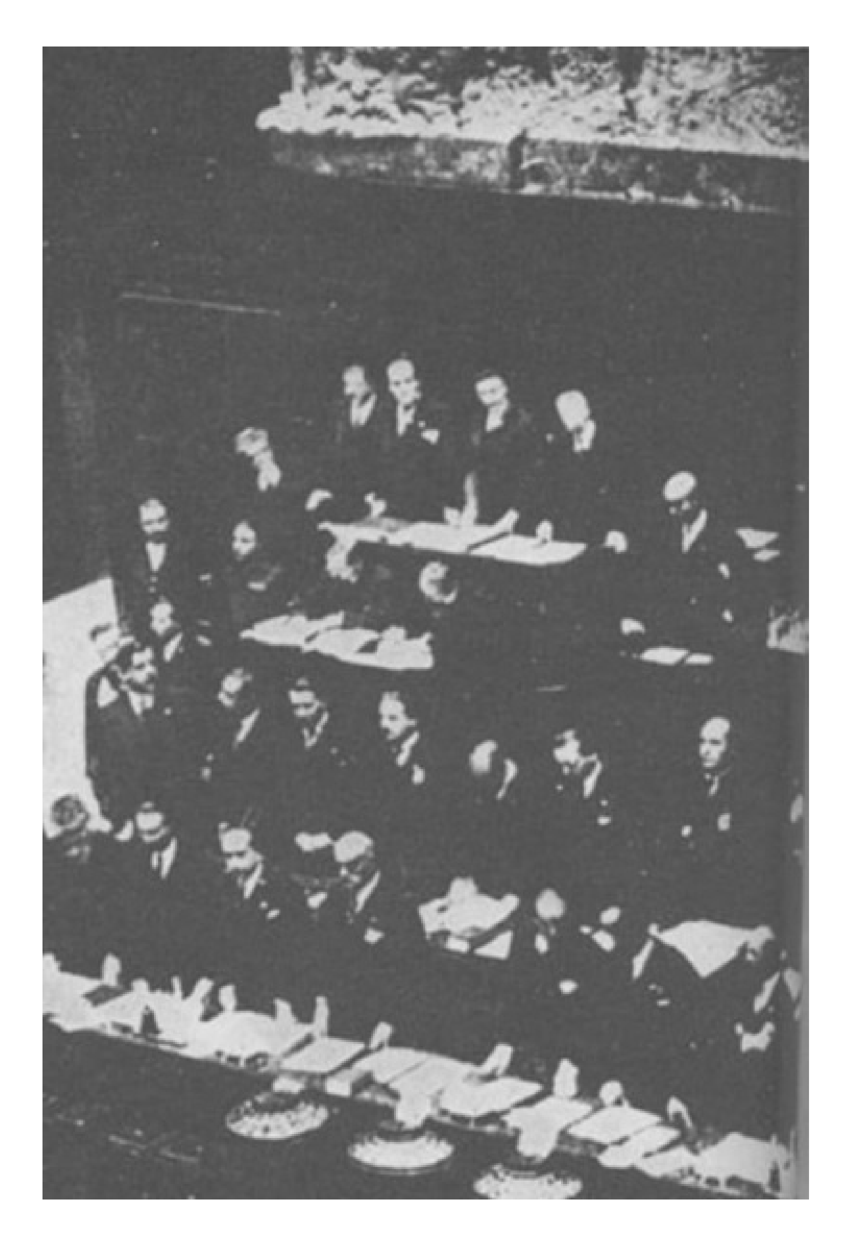
Solemne visita de Mussolini al Papa tras la firma de los pactos lateranenses.



Principio de una oposición conservadora: el poeta Lauro De Bosis arroja desde su avión octavillas sobre Roma.



El gran hermano le contempla: preparativos para las elecciones generales de 1929 con los últimos vestigios de la oposición.



El Parlamento como asamblea del partido único: sólo diputados fascistas tras las «elecciones» de 1929. Mussolini, el segundo a la derecha en la segunda hilera de abajo; a su lado, el tercero de la izquierda. Diño Grandi (derecha).

Tuvo efecto por entonces un episodio bastante superficial, cuando por el año 1931, el poeta Lauro De Bosis voló sobre Roma en un aparato deportivo y lanzó octavillas contra el régimen. Pero De Bosis era monárquico y con su gesto hizo patente, por vez primera, la posibilidad de que las fuerzas sociales que el fascismo había salvado, pero cuya influencia había tratado luego de contrarrestar, pudieran un día volverse contra él. Precisamente por aquella misma época volvió a hacerse muy perceptible en Francia y también en Italia, un nuevo antifascismo izquierdista y burgués, encarnado en el grupo fundado por Carlo Rosselli, tras su huida de las islas Lípari y que llevaba por nombre el de «Giustizia e Liberta». En la emigración parisiense se llegó a la

reunificación del partido socialista, que ya en 1934, mucho antes que sus partidos hermanos, manifestó su disposición para la unidad de acción con los comunistas. La crisis económica mundial afectó igualmente a Italia que a los más antiguos países industriales y la falta de trabajo alcanzó índices bastantes altos. Pero quedó fuera de dudas que el régimen tenía en un puño a la nación y particularmente a la clase obrera: fuera de unas cuantas manifestaciones esporádicas y como es natural, mucha silenciosa insatisfacción, no hubo nada de lo que el periódico comunista emigrado *Lo Stato Operaio* calificaba como fundamento para nuevas esperanzas, al tiempo que quería hacer pasar como producto de la agitación propia. La Policía secreta (OVRA) frustró repetidamente todos los intentos de acción ilegal y la fina red del partido llegaba hasta las más apartadas callejas de los barrios obreros. De esta manera le resultó fácil a Mussolini decretar, por efecto de la situación económica, unas medidas de congelación salarial que hubieran provocado las más graves convulsiones en toda democracia. Pero no hay que creer que estas medidas y otras similares se tomaron como simple dictado de un Estado policíaco. Mussolini supo incluso en semejante circunstancia, conseguir apoyos, mientras trazaba como demostración un ambicioso programa naval y sentaba públicamente las bases de la política exterior de Italia. Toda Europa quedó sorprendida cuando pronunció, en mayo de 1930, el llamado «discurso de Florencia»:

> «… cada año significa una piedra miliar. En 1925 derrotamos definitivamente al Aventino *(demostraciones entusiastas)*; en 1926 promulgamos la ley fundamental de los sindicatos; 1927 fue el año de la Carta del Trabajo *(Carta del Lavoro)* y la reforma financiera; en 1928 se hizo público el plan de la colonización integral *(bonifica integrale)*; en 1929 tuvo efecto el plebiscito voluntario de todo el entero pueblo italiano al signo del fascio y la reconciliación con el Vaticano; en 1930 se realizó un programa de trabajos y, en caso de desearlo, podría fijar nuestros planes año tras año, por lo menos por espacio de una década. *(¡Por lo menos!, repitió la muchedumbre).*
>
> De vez en cuando emergen de los cementerios de la historia pálidas larvas *(risas)*; las contemplamos con una actitud en la que se mezclan la compasión y el desprecio. Lo que ocurre con nuestros enemigos italianos de allende las fronteras se diferencia netamente, según sean dirigentes o masas. Los primeros son unos despreciables cretinos, que nos han sido útiles a su manera y continuarán siéndolo; por lo que a los otros respecta, nos hallamos firmemente convencidos de que un buen día nos reconciliaremos con ellos gracias a las realidades del fascio. *(Repetidas ovaciones).* Pero existen otros enemigos. En primer lugar, la ignorancia que encontramos en todos los extranjeros que se creen autorizados a condenar el fascismo. Parecen creer que somos todavía un pueblo pequeño, cuando en realidad nos encaminamos hacia los cuarenta y tres millones de almas. *(De la multitud surgió el grito «¡El Imperio!»).* Consideran que nuestro movimiento significa reacción; creen habérselas con una tiranía cuando aquí se autogobierna un pueblo entero; creen que no estamos dispuestos a los mayores sacrificios cuando echamos sobre nosotros los máximos para conseguir el resultado de Vittorio Véneto. *(Gritos entre la multitud: «Estamos dispuestos a todo»).*
>
> No hay nada tan hiriente para el orgullo italiano como la interesada afirmación de que nuestro programa de armamento naval es algo que no llegará nunca a ser realidad. *(Ovaciones).* Afirmo

aquí que el programa se realizará, tonelada a tonelada *(movimientos entusiastas: la multitud hace ondear gallardetes y banderas y prorrumpe en gritos de «alalá»)* y que las veintinueve unidades del nuevo programa flotarán sobre las aguas, porque la voluntad del fascismo no es solamente férrea y decidida, sino matemática; porque no afectan a nuestra voluntad las dificultades, sino que, por el contrario, la acrecienta y porque estoy seguro de que el pueblo italiano está dispuesto a los mayores sacrificios para no quedar prisionero en un Mediterráneo que en tiempos fue romano. *(Un unánime grito: «sí»).* Me han preguntado: ¿qué entiende usted por pueblo italiano? Y he respondido: hay más allá de nuestras fronteras sectas, grupos, partidos y hombres organizados para la defensa de los «principios inmortales», es decir, de la mayor, más gigantesca y refinada de las falsedades puestas en escena para engañar al pueblo, que han creído posible aislar a la Italia fascista. *(«¡Nunca!», respondió la multitud en un grito unánime).* Demócratas y pacifistas que están dispuestos a llevar a cabo una guerra contra el pueblo italiano por ser culpable de haberse identificado con el régimen del fascio.



El dominador de las masas: Mussolini, orador.

Les esperamos en la frontera. *(El entusiasmo de la multitud estalló en aquellos instantes y por espacio de unos minutos sonaron en la plaza frenéticas ovaciones).* Si llegara a ocurrir algo en la frontera, estaríamos entonces en nuestros puestos: el pueblo, los camisas negras, el ejército y los

combatientes del frente, dotados de un poder hasta ahora no conocido *(nuevas ovaciones delirantes y repetidos «alalá»)* y dispuestos a desbaratar el loco e insensato intento. La Italia fascista es ahora fuerte y se organiza con toda sus fuerzas para que no se la pueda atacar sin riesgo mortal. *(«¡Sí!», interrumpió la multitud unánime).*

¡Camisas negras!

En 1919 celebramos aquí nuestro primer congreso nacional de los italianos *Fasci di combattimento*. Fue una creación original y propia, con la que sorprendimos al viejo mundo que se resistía a ser desplazado de sus posiciones. ¡Qué camino tan admirable hemos recorrido en estos doce años! Pero nuestro valor y nuestra capacidad de renovación subsisten. No podemos descansar nunca. *(«¡Nunca!», repitió la multitud).* Es absolutamente imposible para nosotros y no sólo por las tareas del interior, sino por los objetivos nuevos e inesperados que aparecen por todos los lados del horizonte.

Mañana asistiréis, camisas negras, a un imponente desfile militar. He sido yo quien ha querido que se celebre porque las palabras son muy bonitas, pero los fusiles, ametralladoras, buques de guerra, aviones y cañones son algo todavía más hermoso *(repetidas ovaciones)*, pues la justicia y el derecho, camisas negras, son palabras vacías cuando no van acompañadas del poder y vuestro gran Niccoló Machiavelli advirtió ya que los profetas desarmados acaban por perecer. *(Ovaciones)*.

Las lecciones de la Historia y la experiencia resultan suficientemente convincentes al respecto. Mañana verán todos, ante el espectáculo de nuestras fuerzas armadas, la faz decidida y guerrera de la Italia fascista. Tan sólo la Italia fascista poderosamente armada podrá proponer la sencilla alternativa: la más valiosa amistad o la enemistad más enconada. *(Una ovación delirante subrayó las últimas palabras del* Duce*).*[3]



A pesar del rey, el comandante en jefe del futuro: el *Duce* habla a los soldados.

No tanto el contenido como el tono de este discurso, resonó en Europa amenazador y extraño. Se trataba de la Europa de Briand y Stresemann, empeñada en la organización de sus Estados y la seguridad de su paz, que había escuchado hacía muy poco el patético llamamiento del primero: «¡Abajo las armas!». Y bastaba un repaso a la Prensa del régimen para comprobar la prevención y la hostilidad sentida hacia el pacifismo, la enemistad apenas velada contra la Liga de Naciones, muchas veces calificada de «judía» y la voluntad de una futura guerra que permitiera la conquista de un «Imperio». Que nadie pensaba atacar a Italia era incontrovertible, a pesar de la tensión existente con Francia y Yugoslavia, que, como es natural, no veían con buenos ojos las virulentas críticas al «status» de Versalles y los intentos de ejercer una influencia en el espacio danubiano. Pero no menos

impensable resultaba una ofensiva italiana con finalidad conquistadora; la «ruptura del cautiverio en el Mediterráneo» no pasaba de ser una bonita frase, mientras las relaciones con Inglaterra siguieran buenas y aún existiera una difusa y considerable simpatía hacia Mussolini extendida por todo el mundo anglosajón. Por ello fue patente que el mundo no se intranquilizaba demasiado ante los excesos retóricos del *Duce* y tampoco llegaba, inclusive, a tomar muy en serio las declaraciones de una fundamental enemistad ideológica, expresada con virulencia desde Roma, como por ejemplo en un discurso pronunciado por Mussolini en el año 1932:

> «Cuando hace diez años —y diez años son algo en la vida de un hombre, pero un pequeño período en la existencia de una nación— atacamos a la vieja clase política de Italia, que había gobernado mal, en especial por falta de valor y voluntad decidida, no faltaron historiadores y doctrinarios que hicieron entonces las más ridículas profecías. *(Una voz: cinco veces doce años).* Hemos superado esa cifra. Diez por diez: un siglo. Hoy han desaparecido esos oscuros profetas de la circulación: la historia les ha vencido enteramente, les ha aplastado. Cuando dije en la Piazza Belgioioso que el régimen fascista tenía sesenta años delante de sí, nos encontrábamos en los comienzos. Hoy os digo a vosotros, multitud inmensa, que el siglo XX será el siglo del fascismo *(aplausos),* el siglo de la potencia italiana *(ovaciones),* el siglo en que Italia será por tercera vez rectora de la civilización humana (una mayor ovación), pues fuera de nuestros principios no hay salvación para los individuos ni los pueblos. *(Ovación).* En el transcurso de diez años —y ello puede comprobarse sin jugar a profeta— estará Europa cambiada. Se han cometido grandes injusticias, también contra nosotros y, sobre todo, en contra nuestra.
>
> Y no hay nada más triste que el deber, que recae sobre nosotros, de defender el sacrificio de sangre efectuado por el pueblo italiano. Tengo que repetirlo una vez más: el heroísmo individual y colectivo del pueblo italiano durante la guerra fue considerable y no tuvo comparación con cualquiera de los otros ejércitos *(entusiasta e inenarrable ovación).* Y de haber existido un Gobierno que hubiera impuesto una severa disciplina en el interior, azotando con el látigo a los mercaderes *(ovación)* y castigando con el máximo rigor a los derrotistas y traidores *(gran ovación),* tendría hoy la historia de la guerra italiana tan sólo páginas resplandecientes. Pero sólo se ha querido ver lo que en otros países también ocurre: que algunas unidades, tras desafortunadas y sangrientas ofensivas, se retiran y con frecuencia en el mayor desorden»[4].

Pero con todo y exponer el fascismo, en aquella mezcla de autoelogio y autodefensa, su posición contra la organización de la paz resultante de la guerra en la que Italia había tomado parte; con todo y querer extraer dimensiones universales del éxito interno, apenas venía a resultar en la Europa de la Sociedad de Naciones un elemento discordante. En el marco europeo todavía se le quería ver como aquel «fascismo constitucional» que había sido en su época primera. Pero la situación cambió fundamentalmente precisamente cuando Hitler se apoderó, en 1933, del poder en Alemania.



Camino del «siglo fascista»: Venecia, en junio de 1934.

Mussolini había seguido el desarrollo y ascensión del nacionalsocialismo con sentimientos muy encontrados. Por un lado, no podía dudar de que tenía allá una nueva y poderosa encarnación de aquel «germanismo» contra el que había entrado en la guerra. Era patente que el racismo y el antisemitismo del movimiento alemán le resultaban poco simpáticos y no faltó en *Popolo d'Italia*, durante los años 1933 y 1934, algún artículo anónimo salido de su pluma en el que se pronunciaba con mucho verbo y brillantez, contra tales doctrinas. Pero, por otro lado, tampoco dejaba de subrayar la semejanza de los movimientos alemán e italiano y Mussolini se felicitó con no disimulado orgullo de la aparición del «Estado unitario, autoritario y totalitario, es decir, fascista», en Alemania[5]. Muy pronto se establecieron así estrechos contactos entre los dos dirigentes y las diferentes organizaciones. De todos modos el

primer encuentro con Hitler, en junio de 1934, en Venecia, no parecía causar gran impresión en Mussolini y al presentarse un motivo de discordia, obró el *Duce* sin vacilación alguna, tal como prescribía el componente nacionalista del fascismo. Cuando Hitler trató en julio de 1934 de anexionarse Austria, cuya independencia constituía la más seria garantía para la ocupación sin complicaciones del Tirol meridional, envió Mussolini, a raíz del asesinato de Dollfuss, sus divisiones al Brennero y pronunció en Bari un discurso que ilustró sobre lo difícil y básicamente imposible que era la amistad entre las grandes potencias fascistas:

> «Treinta siglos de historia nos autorizan a contemplar con soberana compasión determinadas lecciones que nos llegan a través de los Alpes, desarrolladas por los descendientes de aquellas gentes que eran analfabetas cuando Roma tenía a César, Virgilio y Augusto»[6].

Pero su desprecio hacia los «asesinos y pederastas» de la Alemania nacionalsocialista no le impidió aprovechar la nueva situación en su provecho. Mientras caía sobre Europa la sombra de Hitler y el radical revisionismo alemán, el papel de Mussolini como posible pieza de negociación de las potencias occidentales se acrecentó. En el caso de que se pusiera abiertamente del lado de Francia e Inglaterra, podía darse por descartado el riesgo de una violenta rectificación alemana de las fronteras impuestas por Versalles. Pero Mussolini creyó que el precio de esta transacción tenía que ser la conquista del tantas veces anhelado y preconizado «Imperio» para el pueblo italiano, circunscrito a un estrecho espacio. Como objeto se mentó a Etiopía, que ya Crispí había tratado de conquistar en 1896. Mussolini pudo objetar, con razón, que también Inglaterra y Francia habían conquistado grandes imperios coloniales y que tenía que ser lícito para uno lo que había resultado tan fácil para otros. Pero había una neta diferenciación entre el otoño colonial y la época de cosecha de las postrimerías del siglo. Había aparecido el concepto, de «mandato» de Wilson, que alteró (aunque no siempre de una manera práctica) la relación de los colonizadores hacia los colonizados; por otra parte y según el ejemplo de Lenin, los pueblos subdesarrollados de muchos lugares del mundo habían adquirido una nueva conciencia de sí mismos. Y finalmente, no era Etiopía un conjunto de anárquicas tribus, sino un reino muy antiguo y cristiano, que era miembro de la Liga de Naciones. No cabe duda alguna de que a partir de 1919, ni los EE. UU. ni Inglaterra ni Francia ni la Unión Soviética hubieran estado dispuestas a emprender una conquista colonial contra un Estado soberano. La Italia fascista, que gustaba denominarse «proletaria» y que algunas veces quería ser incluida entre los pueblos avasallados, manifestó, empero, aquella

voluntad y estaba dispuesta a llevarla a efecto. No hubo fuerza política capaz de oponerse a los designios de Mussolini. ¿Para qué habían sido instruidos, por otra parte, ejército y milicia durante largos años más que para la lucha por el «derecho al espacio» de Italia? Y así, mientras Mussolini se esforzaba en aparecer por una parte como el «defensor de Europa», emprendía la última guerra colonial de conquista que hizo precisamente posible la entrada del continente en una nueva fase de su existencia. Pero los cálculos, previstos precisamente por la existencia de un segundo régimen fascista, no salieron por entero redondos, y cuando Mussolini dio, el 2 de octubre de 1935, la orden de ataque contra Etiopía, traspuso un límite más allá del cual no podía ya volverse atrás y que le llevaría, no solamente a perder su independencia de acción, sino el carácter genuino de su régimen. Y sin embargo, en el fondo, no fue aquella guerra más que la consecuencia de un objetivo largamente anhelado por el régimen, que hasta 1935 tuvo sus propios rasgos característicos y que por ello puede ser descrito en sus líneas fundamentales.

LA VIDA EN LA ITALIA FASCISTA

El cuadro externo de la vida en la Italia fascista ha sido descrito de maneras muy diversas: lo que veían los observadores, lo que concordaba con su pensamiento o lo que les era objeto de sugestión externa. Pero predominaba una opinión general de que el fascismo significaba «orden»; fuera orden de la existencia y el desarrollo o bien orden de la tiranía y el inmovilismo. Especialmente en los países anglosajones se comprobó con asombro que tras la llegada al poder del fascismo, las huelgas terminaron como por arte de magia, los trenes mantuvieron sus horarios, desaparecieron los mendigos de las puertas de los templos y se llevó a efecto un gran programa de obras públicas en todo el país. Como temprano ejemplo de la simpatía extranjera hacia la obra de Mussolini aparece un artículo de la *Fornightly Review* publicado el 14 de mayo de 1923:

> «El fascismo de Mussolini no es nada nuevo: es un desarrollo de algo normal y lógico. Nuestro tiempo de posguerra ofrece buenos precedentes al respecto: los movimientos blancos de Finlandia, que surgieron de una situación idéntica y tuvieron gran predicamento. El autor de estas líneas visitó Italia hace unos seis meses y de nuevo ha estado allá en los presentes días. Queda uno muy fuertemente sorprendido por el cambio en el pulso de la vida nacional: se ha hecho más fuerte, más reposado y más regular. Se ve satisfecho el general deseo de seguridad que faltaba en los últimos años. El éxito de Mussolini no se exterioriza tan sólo espectacularmente, sino por una serie de imponderables reflejados en la vida diaria de la nación. El autor de estas líneas tiene que confesar que en el pasado estuvo bajo la influencia de aquellos escépticos que consideraban el

fascismo como un fuego de virutas y nada más; hoy tiene que rendirse a la evidencia de otras realidades».



Preparativos de guerra en todos los campos: unidades de la Marina italiana durante el transporte de elementos de artillería.



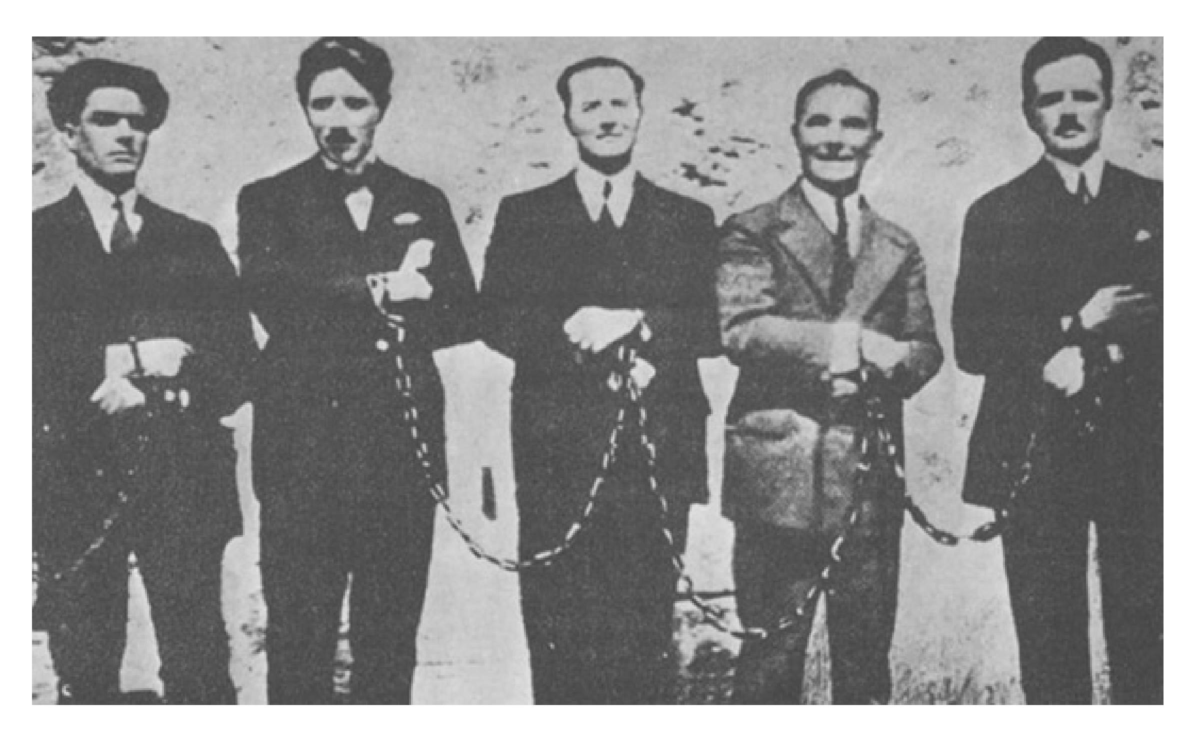
El régimen pone «manos al trabajo»: Mussolini en la inauguración de una nueva carretera.

Cuanto más se desarrollaba el fascismo, más puentes se construían, se desecaban zonas pantanosas y se construían conducciones de agua. Todo ello acrecentaba, como es natural, el entusiasmo de aquellos que simpatizaban con el régimen.

Pero había otros observadores. Los que trataban de ver, detrás del orden y las grandiosas obras públicas, cuánto costaba todo aquello. Se fijaban, sobre todo, en las ruinas de las «Casas del Pueblo» en todas las ciudades italianas; escuchaban las lamentaciones de los obreros, cuyos sueldos habían quedado por debajo de los precios, que ascendían vertiginosamente; visitaban a los desventurados que se bailaban bajo la espada de Damocles de las «ammonizione» y llegaban incluso hasta los presos políticos, que en las «islas» o la penitenciaría de Portolongone llevaban una vida miserable, las

más de las veces sin que mediara una sentencia de los tribunales. Semejantes vistas resultaban extraordinariamente difíciles y además peligrosas. Una información de esta guisa la da el libro de Mario Montanara, un joven comunista, titulado *Ilegal a través de Italia* y publicado en Berlín en 1932:

> «En Lípari me recibió el comisario de seguridad, director de la colonia de penados. Su recibimiento, medio desconcertado y medio frío, me demostró que había recibido informaciones especiales sobre mi persona y normas precisas sobre la manera de comportarse. Su breve barbita tuvo un temblor cuando le hablé de mi tarea ilustradora de la opinión pública y la mirada que me lanzó bajo sus pobladas cejas fue más la de un desconfiado carcelero a su nuevo preso, que la de un funcionario dispuesto a ayudar a un leal ciudadano de los Estados Unidos. Y en la práctica fui un preso. No me dejó un solo instante. Entre unas hileras de árboles floridos me llevó al hotel mientras elogiaba la paternal solicitud del Estado fascista, que permitía residir a sus encarnizados enemigos en semejante paraíso, donde podían reponerse a placer sin necesidad de efectuar ningún trabajo. Hubo tal ironía en su mirada, que tuve que hacer todo el acopio de mis fuerzas pera responder con un cortés “muy interesante”. Me confió a los cuidados del hotelero, luego me fue a buscar y no me abandonó una sola vez. Tuve la sensación de que obraba bajo un plan minuciosamente trazado y lo cierto es que no me fue posible hacer nada. Sólo podía ver, intuir y reconstruir. Entre las casas de la colonia de penados no vi ningún grupo formado por ellos. Daban en ocasiones algún paseo, sin hablar entre sí, se apoyaban en las paredes o se sentaban en los escalones de las entradas, como unas manchas grises y sin color. Reconocí a alguno de ellos y acaso alguno me reconoció también a mí. Pero allá donde llegaba en compañía del jefe de los ojos caninos, había el mismo silencio, la misma mirada muerta. Pensé en lo que debían haber sufrido aquellos hombres para apagarse tan enteramente bajo la mirada de un pequeño funcionario. Según informaciones procedentes de los propios tribunales especiales, unos dos mil condenados políticos han sido deportados a las islas. Frecuentemente a causa de una denuncia, se han enviado a las islas a comunistas, socialistas, anarquistas y republicanos. Una comisión provincial formada por el prefecto, el fiscal, un juez y un oficial de la milicia fascista, tienen el derecho de promulgar condenas de dos a cinco años. La comisión central reside en Roma y da su ratificación a semejante condena, sin ulterior investigación. En las islas son dueños sobre la vida y la muerte los dos directores, el comisario de seguridad y un oficial de la milicia. No hay posibilidad de apelación. Ordenan el reglamento, determinan las horas de dormir y velan las visitas médicas, las lecturas, los paseos y el trabajo. En sus manos está el castigo de la mínima infracción con la reclusión aislada individual, con la aminoración de las raciones alimenticias, con el apagado de las luces o la apertura de la correspondencia. Casi cada hora se ordena la formación de todos los presentes, sin que pueda faltar uno solo a la llamada. Cualquier intento de fuga es castigado con la pena de muerte. Los centinelas tienen orden severa de hacer uso de sus armas tan pronto como uno de los detenidos recorra un camino prohibido. Pese a todo ello o acaso por eso mismo, la apariencia de libertad es patente. Aquí surgen los caminos floridos y allá brillan intensamente las aguas del mar. Y sin embargo… en calabozo alguno se puede estar tan recluido como allá, donde los combatientes de mayor clase de la revolución están entregados en manos de sus más temibles enemigos. Uno de los peores tormentos es la falta de trabajo. Los indispensables en la colonia los efectúan los escasos delincuentes criminales que purgan allá su pena. Los demás tienen que vivir de las cinco liras que el fascismo les paga, magnánimo, cada mes. Al principio eran diez, pero la cantidad resultaba excesiva para un penado político. Las huelgas del hambre que intentaron los condenados fueron castigadas con la reclusión.



La otra cara de la moneda: detenidos encadenados tras el juicio (el segundo de la izquierda, Ferruccio Parri y a su lado, Carlo Rosselli).



Grupos de detenidos políticos en Lípari.

Fui conducido al comedor, donde los condenados hacían en común su apresurada refacción. Trabajadores y campesinos, abogados y periodistas estaban obligados allá al silencio y al hambre. Los dormitorios eran semejantes a los de las cárceles: sin aireación, sin instalaciones higiénicas,

oscuros y desagradables. Encontré allá a T. Apenas le reconocí. Los escasos años de reclusión habían hecho de aquel hombre lleno de fortaleza un auténtico fantasma.

“Autorizado para no levantarse”, permanecía tendido en una de las literas inferiores, con sus largas manos mortecinas apoyadas en la manta que cubría el lecho. Su rostro, vuelto hacia un lado, estaba dirigido a nosotros. Los ojos entornados y sin color no nos miraban. ¡Dios sabe cuántas experiencias, cuántas luchas y sufrimientos había tras aquella desamparada mirada…!

… Trabajo como tornero en una fábrica situada a unos kilómetros de Milán. Vivo entre obreros, aprendo a conocer su vida actual, a conocer sus esperanzas, saber sus planes y compartir sus sufrimientos. En mi fábrica hay empleados unos cien obreros. Su trabajo es agotador. Su salario es mísero.

Un obrero gana como promedio doce liras diarias y unas cinco ingresan semanalmente en las cajas de los seguros y los sindicatos. Sólo queda para lo más necesario. Tanto el pan como el arroz han subido de precio. Un obrero con la fortuna de trabajar ocho horas durante trescientos días al año, tiene un ingreso de unas 4.800 liras anuales. El más simple soldado de la milicia fascista obtiene por no hacer nada durante el servicio diario, unas 9.574 liras.

Un especialista gana, en el mismo espacio de tiempo, un salario de 7.200 liras; un suboficial, 28.516 liras. Los oficiales de la milicia, desde el primer cónsul a los centuriones, ingresan aproximadamente el doble del sueldo de un profesor universitario, un profesor de instituto y un rector de las escuelas superiores llamadas técnicas, es decir, entre las 62.741 y las 36.590 liras.

En nuestra fábrica se trabaja tan sólo tres días a la semana. La fábrica es parecida a un cuartel y nos hallamos bajo un reglamento cuartelario. Está prohibido conversar unos con otros durante el trabajo. Nos rodean espías y confidentes. Controlan, interrogan e informan constantemente. Fuera de las fábricas, en las horas de asueto, en las casas de recreo, se hace patente la misma red que envuelve al obrero. Sólo entre amistades muy probadas se forman grupos para discutir la situación política. Sus palabras son duras y cortantes. Su silencio tiene un profundo significado. Los sindicatos fascistas son objeto de abstencionismo hasta el máximo extremo posible. Los obreros comprueban claramente la falsedad a la que tienen que sacrificar parte de sus escasos ingresos. Todos los esfuerzos que hace el fascismo para ganárselos son inútiles. Las “Case popolari”, construidas como hogares para obreros, permanecerán vacías si no se llenan de funcionarios fascistas. Los obreros se inhiben cuando se trata de lanzar los incensarios al aire…».

No resulta imposible, pese a todo, unir estas dos perspectivas tan diferentes y contradictorias. De haber existido en Italia tan sólo fervor por el trabajo, actividad y orden, habría pertenecido el país a los «Estados industriales progresados» en tiempos de la prosperidad; de haberse dado tan sólo tiranía y cárceles, se habría tratado de un Estado terrorista policíaco. Que cabía calificarlo como un tercer y distinto sistema, es decir, una dictadura del desarrollo, era patente sobre todo por la popularidad que Mussolini gozaba en todo momento y entre todas las capas populares, aunque fuera evidentemente menor en los estratos pertenecientes al proletariado de las ciudades. Inaugurara una nueva carretera o gavillara en el curso de la «batalla del grano»; saliera a bailar en las fiestas populares con una muchacha o viajara hasta los más abandonados límites de la Basilicata, por doquier le rodeaba un evidente júbilo y siempre llegaban hasta él los elementos populares con la más genuina confianza. Mussolini seguía siendo un hombre del pueblo, alejado de la vida mundana de la sociedad romana, aun después de haber establecido su residencia en el palacio Torlonia y casado a su hija Edda con el

conde Ciano. A esta sencillez unió un intenso entusiasmo por el nuevo desarrollo técnico: cuando otros estadistas europeos descubrían los primeros automóviles con chófer, conducía Mussolini personalmente los más veloces automóviles deportivos que producía la adelantada industria automovilística italiana, y cuando Neville Chamberlain vacilaba todavía en subir a un avión, Mussolini había ocupado desde hacía largo tiempo el puesto del piloto.



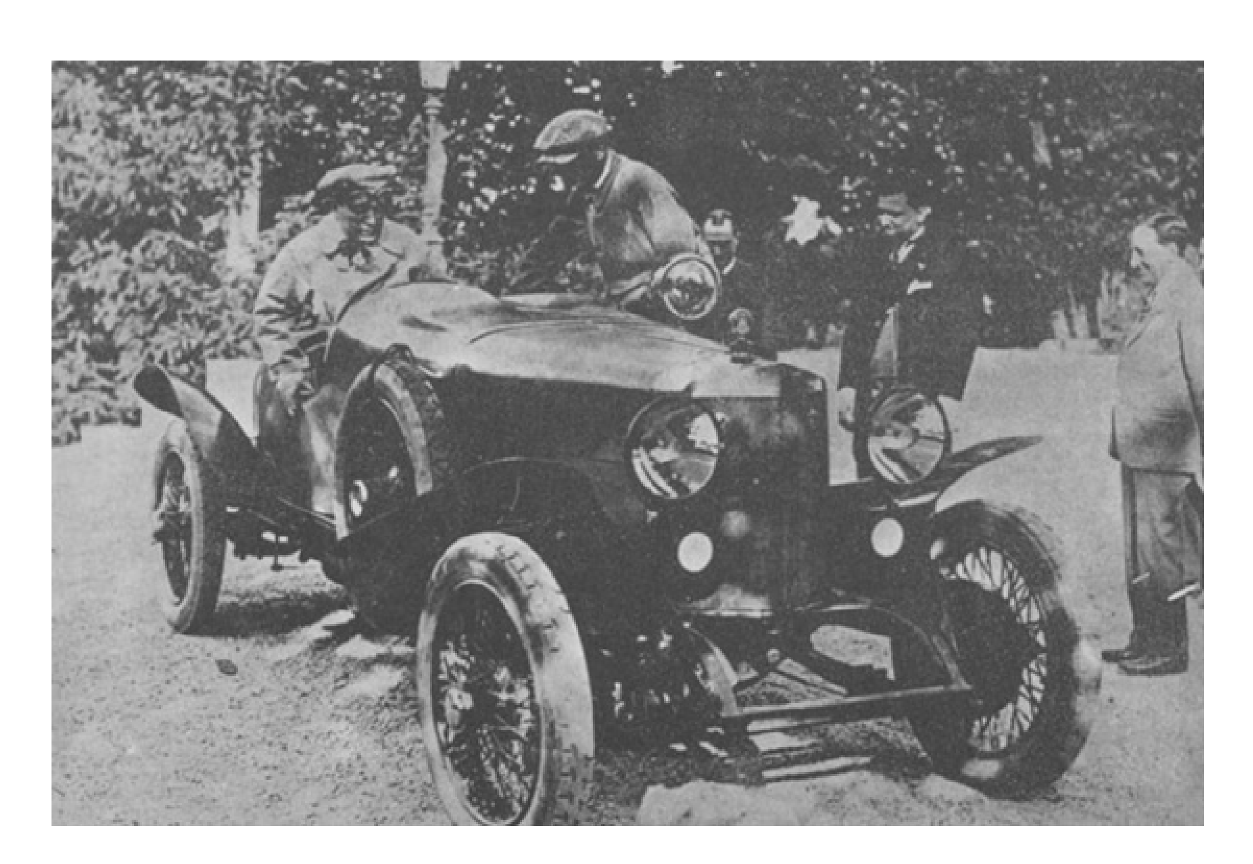
Italia como «dictadura del desarrollo»: el *Duce* en la «batalla del grano».



Otra fotografía del *Duce* con una gavilla en la mano.



El dictador popular: nueva moda de playa.



Vanguardista del automovilismo.

Tampoco correspondía exactamente a la realidad la afirmación de que en Italia existían todavía clases y no un «pueblo» que impusiera tan decididas actitudes. Había clases, efectivamente. Pero con sus relaciones directas con las masas, trataba Mussolini de suplir el carácter abstracto de la democracia parlamentaria por el enraizamiento del poder personal en una base popular. Quedaba en pie el problema de si Italia pertenecía, efectivamente, a los países que no podían efectuar progreso sin «dictadura del desarrollo» y su correspondiente dictador popular. Más aún: el propio concepto de «dictadura del desarrollo» resultaba discutible si se tenía en cuenta aquel depósito de voluntades, sin el que Mussolini hubiera resultado impotente: el partido fascista y sus organizaciones.

ORÍGENES Y ÓRGANOS DEL PODER DEL PARTIDO FASCISTA

El partido fascista había surgido en los años 1919 y 1920 de una manera espontánea en muchos lugares de Italia: el «fascio» (grupo local) seguía siendo su núcleo y fue necesario un proceso de bastantes años hasta que fue suplida la formación desde abajo, las elecciones de jefes locales, etc., por la categórica autoridad del «Führerprinzip»[*] y la estructura enteramente

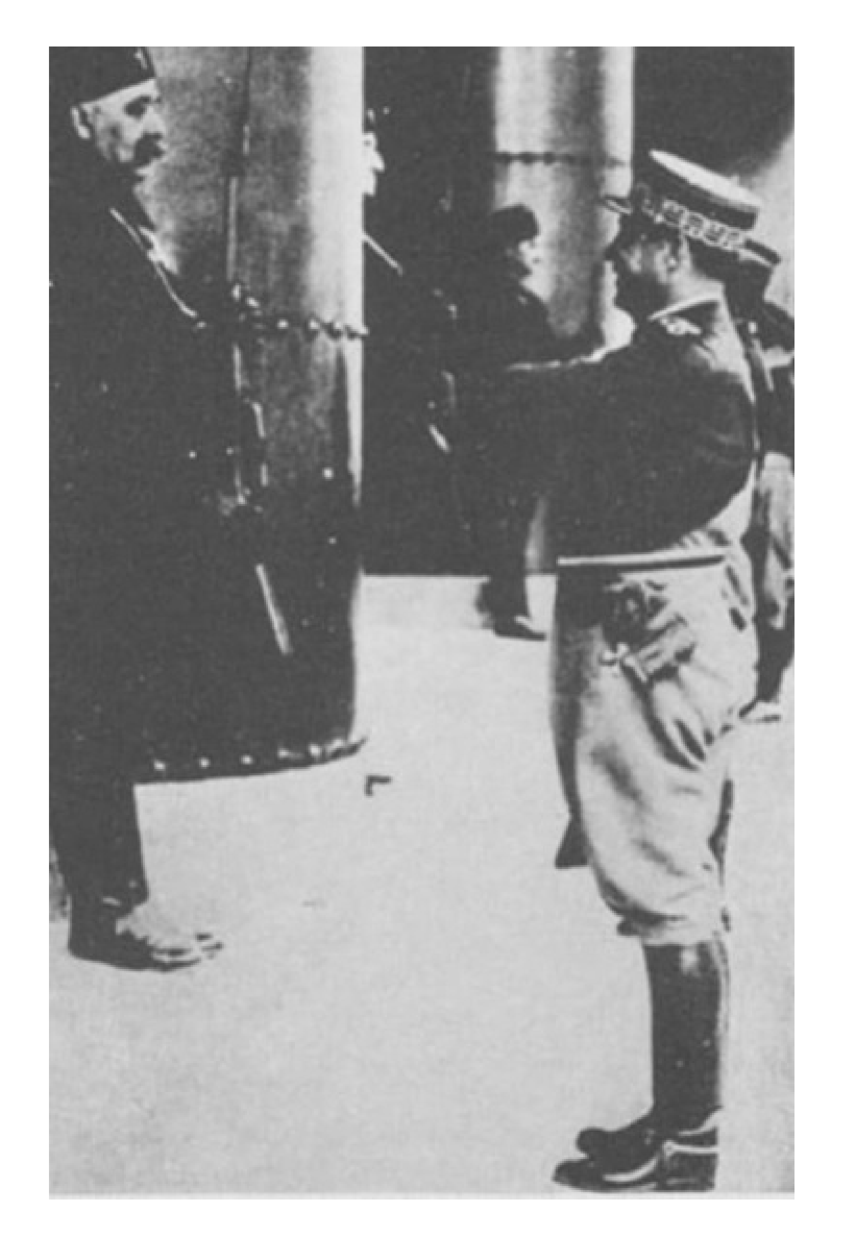
jerárquica. La mayoría de los «ras» locales perdieron su incontrolado poder y fueron transformados en responsables secretarios provinciales. No es así extraño que el año 1924 se encontraran muchos fascistas en la cárcel por divergencias políticas y que precisara el transcurso de algún tiempo antes de que el partido fuera «estatificado». Pero el hecho de que la milicia permaneciera independiente, era por sí mismo una prueba para la fuerza vital específica del partido, ya que, por lo menos nominalmente, éste se hallaba identificado con sus secciones de lucha y cada joven fascista admitido en el partido con el «relevo fascista» (leva fascista) procedente de las organizaciones juveniles, ingresaba automáticamente en la MVSN. Al cabo de unos pocos años se extendió el partido como una mancha de aceite sobre el agua: se enriqueció con sus organizaciones femeninas y juveniles (*Fasci femminili*, *balilla*, *Piccole italiane*, etc)., cuyos miembros se contaban por millones, extendidos hasta el último pueblo y mediante los sindicatos hasta la última fábrica. Muy pronto se comprobó hasta qué punto se sometía el Estado al partido, tanto más cuanto Mussolini se sentía primeramente *Duce* y sólo en segunda línea «capo del governo»: organizaba las grandes concentraciones de masas, en las que dentro de las normas de la reforma financiera los concentrados daban (o tenían que dar) su entusiasta aprobación a la disminución de los salarios; incluía a su secretario general en el Consejo de ministros; atribuía a su órgano superior, el Gran Consejo, verdaderas y propias funciones de gobierno, de tal manera que ministros y burocracia quedaban un tanto excluidos del poder político. La gran organización juvenil de los «balilla» era, por ejemplo, nominalmente estatal, pero se hallaba situada bajo el mando de uno de los más destacados dirigentes del partido, Renato Ricci. Desde principios de los años 30 fue la afiliación al partido la condición preliminar para ejercer la actividad como funcionario estatal y resultó, por tanto, consecuente que el estatuto del partido del año 1929 previera para los no incluidos en el mismo el ostracismo de la vida pública: lo mismo, aunque ampliado, perfeccionado y mucho más efectivo, que el «boicot» de las ligas socialistas de antes.



El dictador popular: baile en la fiesta de la vendimia.



Entusiasmo femenino en torno al *Duce*.



Altos jerarcas del partido en el cambio de guardia en la «Mostra della Rivoluzione Fascista» de 1932. A la derecha, Cesare Maria De Vecchi.



Marcha de la juventud al campamento deportivo «Campo Dux». Fotografía del año 1939.

El estatuto del partido quedó formulado, en su texto definitivo, tal como sigue:

> El Partido Nacional Fascista es una milicia civil al servicio del Estado. Su objetivo es hacer realidad la grandeza del pueblo italiano. Desde sus propios orígenes, con el renacimiento de la conducta italiana y la voluntad de alcanzar la victoria, el partido se ha considerado siempre en estado de guerra; al principio, para derrotar a aquellos que deshonraban el espíritu de la nación; en la actualidad y siempre, para defender y acrecentar el poder del pueblo italiano. El fascismo no es tan sólo la unión de italianos en torno a determinado programa, realizado ya o en vías de realización, sino sobre todo una fe que ha dado a sus miembros y en cuyas filas actúan los nuevos italianos como soldados *(militanti)* gracias a los esfuerzos de los que hicieron posible una guerra victoriosa y un triunfo posterior en la lucha entre la nación y la antinación.
>
> Artículo 1.º: El Partido Nacional Fascista está formado por los *Fasci di combattimento*, cuyo radio de acción es esencialmente provincial. El Fascio es el organismo fundamental y tiene que agrupar en torno a su «gagliardetto» a los italianos dispuestos a la fidelidad, mantenimiento del honor, valor y comprensión. Los secretarios provinciales deberán organizar los fascios en grupos,

que serán mandados por un jefe y una junta de cinco miembros, de los cuales uno asumirá las funciones de administración…

Artículo 2.º: El «gagliardetto» es el emblema del fascio y el símbolo de su fe. En las ceremonias oficiales, el «gagliardetto» tendrá una escolta de honor de la milicia bajo el mando de un oficial. Al «gagliardetto» del Directorio Nacional y de las provincias se les rendirá, asimismo, honores militares.

Artículo 3.º: El Partido Nacional Fascista ejerce su actividad bajo la suprema jefatura del *Duce* y de acuerdo con las directrices del Gran Consejo por medio de las jefaturas en todas las esferas. Los jefes son:

a) el *Duce*. *b)* el secretario del partido, *c)* los miembros del directorio nacional, *d)* el secretario de provincias, *e)* el directorio de los *Fasci di combattimento*.

Artículo 4.º: (Directorio Nacional)… cuando las sesiones del directorio del partido sean presididas por el *Duce*, tomarán parte en las mismas el ministro del Interior, el comandante superior de la milicia, el ministro de las Corporaciones y los inspectores del partido. En la sesión dirigida por el secretario del partido tomarán parte el secretario de Estado del ministerio del Interior; el secretario de Estado del ministerio de las Corporaciones y el jefe de Estado Mayor de la milicia. Las conclusiones aprobadas se publicarán en el boletín del partido…

Artículo 7.º: El secretario del partido dicta las líneas generales de actuación sobre las bases de las directrices del Gran Consejo, el máximo órgano surgido de la revolución de 1922, que coordina todas las actividades del régimen y las integra, por lo que tiene un derecho de control que puede ejercer directamente o por medio de delegados. Dirige la actividad del directorio nacional y del secretariado político y establece las normas para las diferentes secciones del partido, que por el momento quedan establecidas así: secretaría política, secretaría administrativa, Prensa y propaganda, sindicatos, inspección y control, ayuda a los miembros del partido, grupos universitarios fascistas, fascios femeninos, profesores universitarios y ayudantes, deportes, *dopolavoro*, honras a los fascistas caídos, sección histórica y archivo. Tiene la facultad de nombrar a los directorios provinciales a propuesta del secretario de las provincias. Posee, asimismo, la capacidad para disolver estos directorios, cuando a su propuesta sea depuesto el secretario provincial y nombrar a un comisario extraordinario…

Artículo 13.º: Los carnets del partido se entregarán a los jóvenes procedentes del relevo fascista en la sede de cada fascio, mediante una ceremonia solemne, el 21 de abril. Los nuevos miembros prestarán su juramento ante el secretario con las siguientes palabras: «Juro cumplimentar las órdenes del *Duce* sin discusión alguna y servir con todas mis fuerzas y si es necesario hasta con mi sangre, la causa de la revolución fascista». Aquel mismo día pasarán a ser automáticamente miembros de la milicia…

Artículo 18.º: (De las sanciones)…el fascista expulsado será excluido de la vida pública. Su posición no podrá ser reivindicada, excepto que hayan aparecido hechos nuevos o pruebas de una equivocación y sólo por orden del *Duce*»[7].



Jefe del partido y del Estado: Mussolini en «pose».



El núcleo más fuerte del poder fascista: camisas negras de la milicia bajo el símbolo de la calavera.



Relevo fascista (leva fascista) de las muchachas.



«Giovane Italiane» bajo las monumentales estatuas del Foro Mussolini.



Achille Starace: secretario y «regidor» del partido desde 1931 a 1939.

Especialmente con la toma de posesión del secretario del partido Achille Starace, en el año 1931, adquirió éste, y sus innumerables secciones, un lugar más amplio en la vida italiana. Organizó la mayor parte de las grandes concentraciones públicas, hizo que se escuchara su voz en todo nombramiento de nuevos cargos y tuvo prácticamente el poder de enviar a sus adversarios, sin juicio previo y sin posibilidad de apelación, a los campos de concentración (las «islas»). A finales de los años 20, el partido contaba aproximadamente con un millón de miembros. Pero su parte más importante era la milicia. La revolución bolchevique había creado, con la guerra civil y contra todos los representantes del viejo orden, su propio «ejército rojo»; la milicia fascista, en unión secreta con la Policía y el Ejército, había desbaratado las intentonas revolucionarias de las izquierdas. Incluso entre los mandos del partido

sonaron tras la marcha sobre Roma, voces que consideraron por finiquitada la actuación de las unidades de combate. Fue de grandes y decisivas consecuencias que las escuadras no se disolvieran, sino que quedaran agrupadas en la milicia. Por medio de ésta, la contrarrevolución fascista consiguió mantener una amenaza revolucionaria permanente contra el viejo orden, del que había sido única auxiliar válida. Se derivaron de esta situación, al principio, grandes tensiones entre el ejército del partido y el ejército del Estado y aunque no se llegara en ningún momento al enfrentamiento sangriento, sí se produjo un conflicto que se agudizó a raíz del asesinato de Matteotti y que solamente fue posible solventar mediante la designación de un general del Ejército para el mando de la milicia; mando que ocupó durante un largo período. Pero la milicia no se conformaba con la prolongación de un papel de policía auxiliar: con el tiempo fueron asimismo armadas y acuarteladas «grandes unidades» y ya en los postreros años 20 estuvieron las operaciones contra los rebeldes árabes de Libia a cargo de importantes destacamentos legionarios mandados por Attilio Teruzzi. En estado embrionario permaneció, empero, la guardia de corps de Mussolini, los «Moschetieri del *Duce*». En total, la milicia constaba en 1934 de unos 500.000 hombres, de los cuales no llegaban, empero, 10.000 a soldados profesionales. El espíritu que animaba a aquellas tropas queda expresado por sus canciones, en buena parte compuestas durante los «tiempos de lucha». La influencia de D’Annunzio aparece muchas veces patente en sus estrofas:

Poco me importa (me ne fregó) *es nuestro lema*
Poco me importa la muerte
Poco me importa Bombacci
Y también el «sol del futuro» (igual a socialismo).
Con una bandera, bandera negra,
que ondea alegre al viento
Poco me importa Dronero (igual a Giolitti).
Y poco me importas también tú.

Pero no solamente se prometían golpes y palizas a los comunistas:

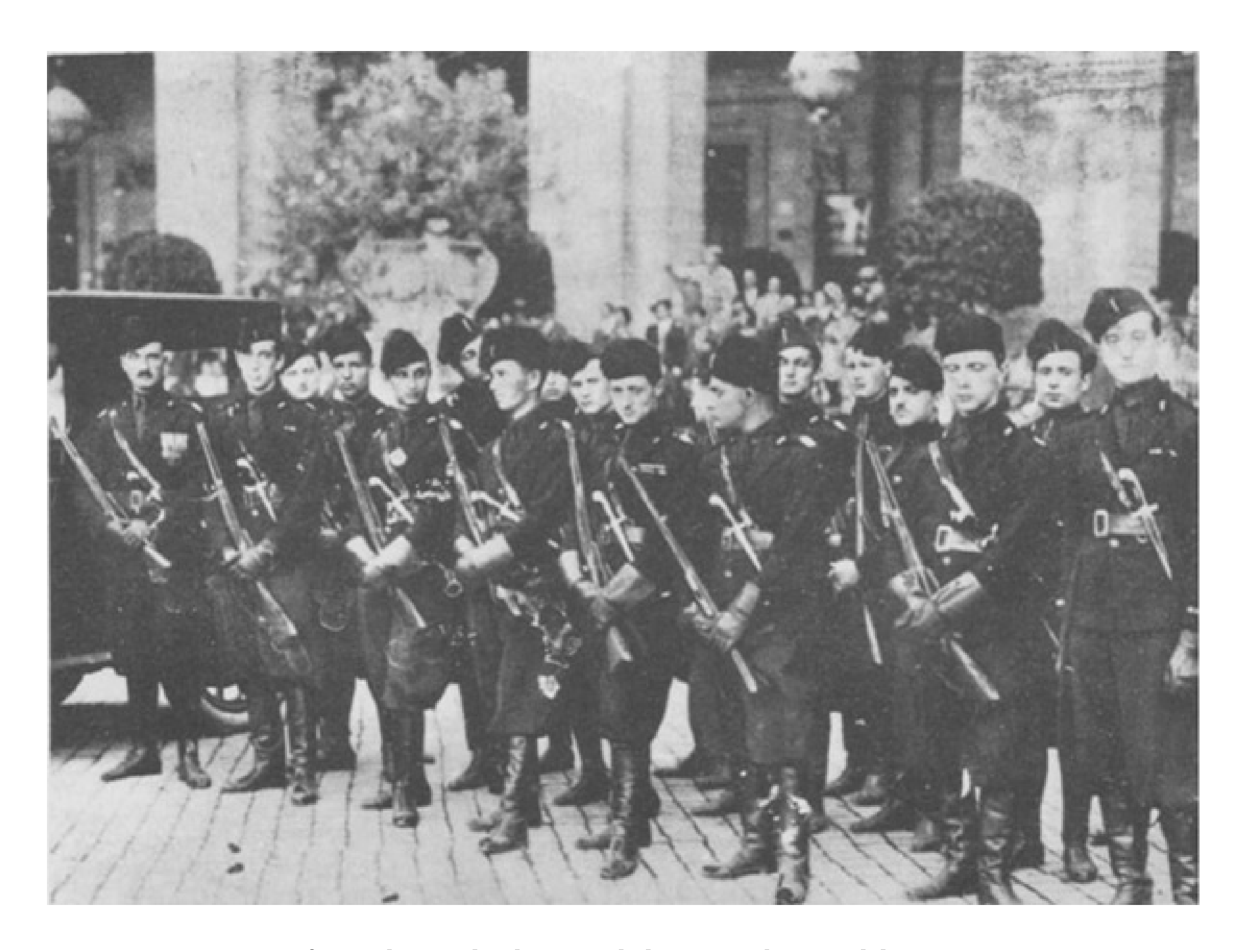
¡A las armas! Somos los fascistas
Golpe tras golpe a los comunistas
Y luego, golpes a pares
contra los populares,
Y luego, como cumplimiento,
Golpes contra el Parlamento.



Miembros de la milicia en guardia bajo el símbolo «Libro y fusil», durante la «Mostra della Rivoluzione Fascista».

Algunas veces era tan grande esta afición a pegar golpes que no se detenía, inclusive, ante la blasfemia:

Somos fascistas
Y venimos del infierno
Y arrancaremos incluso
la barba al Padre Eterno.
Golpes
Golpes y siempre golpes,
Golpes, golpes y golpes,
Golpes sin cuento.



La frustrada guardia de corps de los «Moschettieri del *Duce*».



Como los legionarios de D’Annunzio, los soldados de la milicia saludan con el puñal desenvainado.

Y el recuerdo de los oscuros episodios de la desigual guerra civil eran evocados cuando en las columnas y los camiones se entonaba la siguiente canción:

Mamma, no llores
porque me han azotado
al gritar yo
¡Viva Lenin!
La próxima vez
gritaré más alto:
¡Viva el fascio!
¡Abajo Lenin![8]



El emblema de los «Moschettieri del *Duce*».



Mussolini habla a los camisas negras.

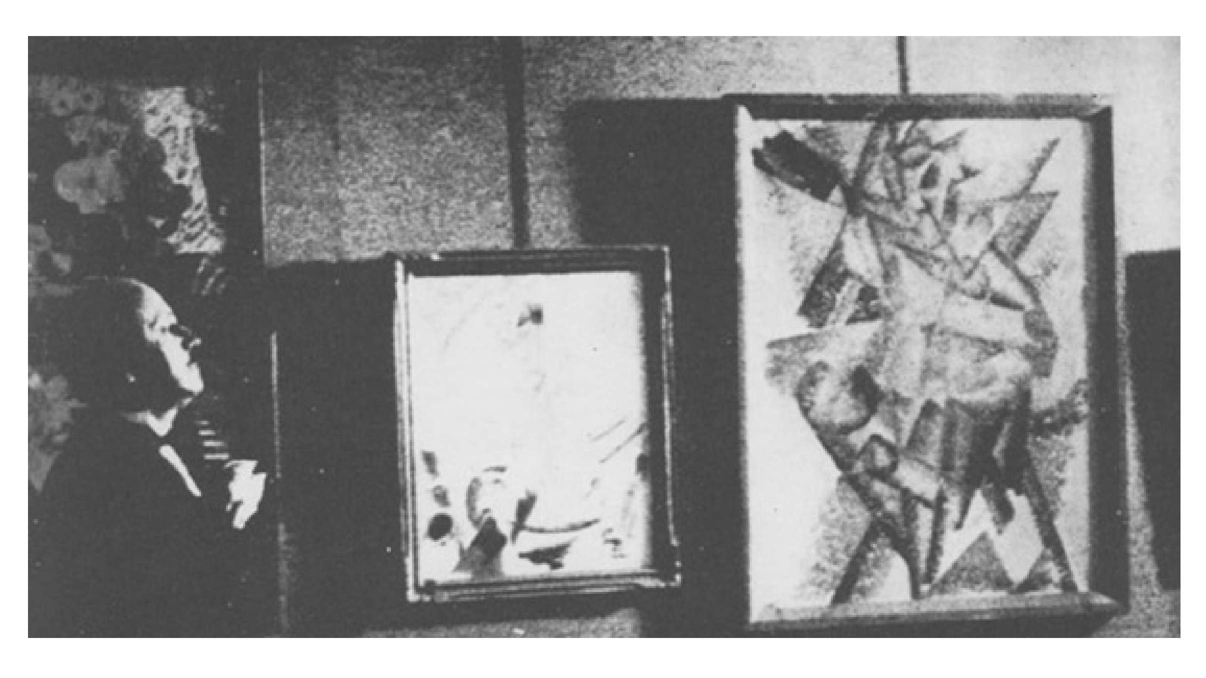
Así aparece el fascismo, ante todo, como sublimación de la acción propia, de sus propias grandezas y sólo en segundo término como expresión de la historia nacional cortada según los patrones propios o aquella otra evocada para la ocasión (¡Roma!). Pero todas las líneas ideológicas o de agitación iban a converger en el *Duce*, el hombre providencial, que había salvado a Italia del bolchevismo y conseguido que su papel en el mundo resultara decisivo. La propaganda gustaba escenificar delirantes manifestaciones masivas y no es dudoso suponer que tanto el partido como la gran masa popular se entregaba con entusiasmo al espectacular juego. La monotonía de una existencia reglamentada hasta en sus mínimos detalles era bien patente, por otra parte, en numerosos aspectos de la vida pública, como era el caso de la Prensa, cuya impetuosa corriente de elogios y loas, pronto anegó toda la verdad hasta en

sus detalles más leves. La fascistización de las escuelas y las universidades hacía, pese a todo, progresos mucho más lentos: de todos modos, la declaración de adhesión al régimen solicitada en 1931 fue suscrita por los catedráticos, casi sin excepción, y desde 1934, el partido hizo saber a los maestros que esperaba de ellos que impartieran sus enseñanzas vestidos de uniforme.



EL DECÁLOGO DEL SOLDADO DE LAS MILICIAS
Has de saber que el fascista, y especialmente el Soldado de la Milicia, no debe creer en la paz perpetua. Los días de arresto siempre son merecidos. Se sirve a la patria incluso haciendo de centinela ante un bidón de bencina. Un camarada debe ser un hermano: 1.º Porque vive como tú; 2.º Porque piensa como tú. El mosquetón, las cartucheras, etc., te han sido confiados, no para dejar que se estropeen en el ocio, sino para conservarlos para la guerra. No diré nunca: «¡Ya que paga el Gobierno!» porque eres tú mismo el que paga, y el Gobierno es el que tú has querido y por quien tú llevas el uniforme. La disciplina es el sol del ejército. Sin ella no hay soldados, sino confusión y derrota. MUSSOLINI tiene siempre razón. El voluntario no tendrá atenuantes si desobedece. Hay una cosa que debe serte sobremanera valiosa: la vida del *Duce*.

En el campo del arte, la situación resultaba bastante más compleja. Como ya había demostrado la influencia del futurismo, gustaba el fascismo primitivo demostrar tendencias vanguardistas y durante largos años fue posible, bajo patrocinio fascista, pintar cuadros, elevar edificios y llevar a efecto discusiones en las que estaban bien patentes las influencias del arte moderno. Pero no se trataba, en rigor estricto, de arte fascista, es decir, de una expresión propia y unas formas de propaganda singularizadas. Este carácter híbrido aparecía con claridad en las poblaciones erigidas por la obra de colonización, como Sabaudia y Littoria, en zonas antes pantanosas e incluso, hasta un determinado grado, en la «Mostra della Rivoluzione Fascista» del año 1932. Hubo que esperar a los años 30 para que aparecieran expresiones propias del fascismo y surgieran algunas de sus muestras, como la monumentalidad de las musculosas y marmóreas figuras del Foro Mussolini. En el campo de la cinematografía se registró un aumento de la influencia estatal, que culminó en 1935 con la construcción de las instalaciones de «Cinecittá». Con todo, los efectos directos de la propaganda sobre la producción cinematográfica fueron menores que en Alemania: al lado de unos cuantos filmes de propaganda, predominó la musa ligera de unos géneros sin problemas. Es discutible hasta qué punto puede considerarse específicamente fascista la obra de Giovanni Gentile y la escuela del «idealismo actual». Cierto que la redacción de la Enciclopedia Italiana fue una obra de gran peso internacional; pero no menos cierto que en su plantel de colaboradores encontraron cobijo innumerables opositores del régimen y que no tuvieron para ello que hacer traición a sus conciencias.



F. T. Marinetti ante unas muestras de arte futurista.

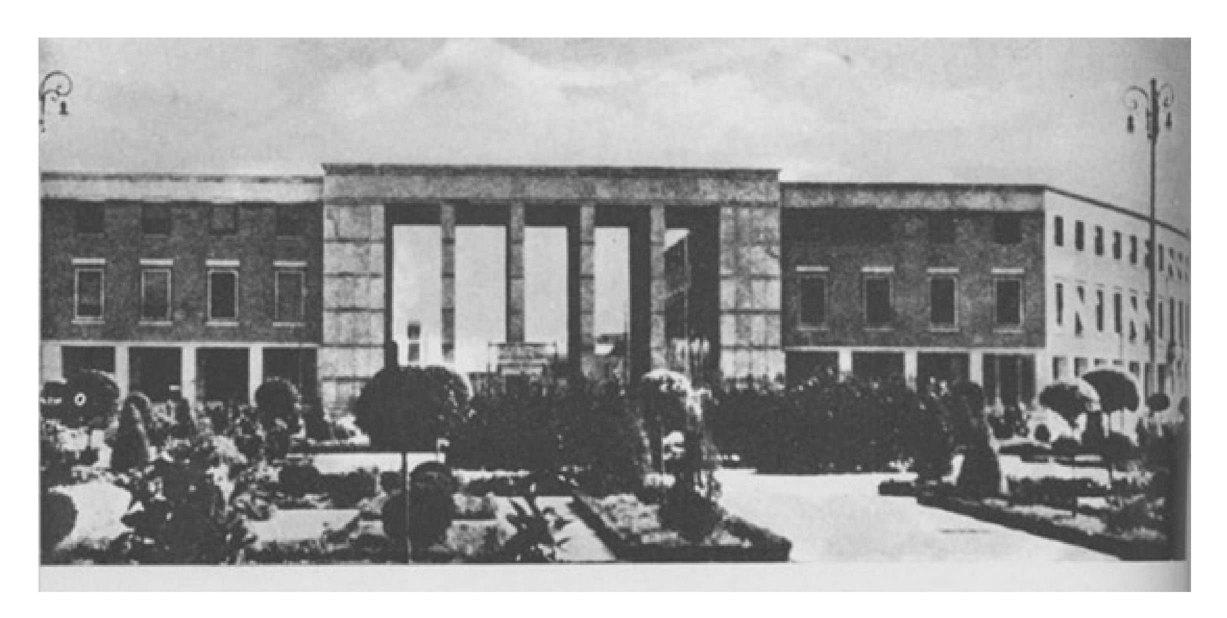


La «Mostra della Rivoluzione Fascista» en el año 1932. Vestíbulo de entrada.

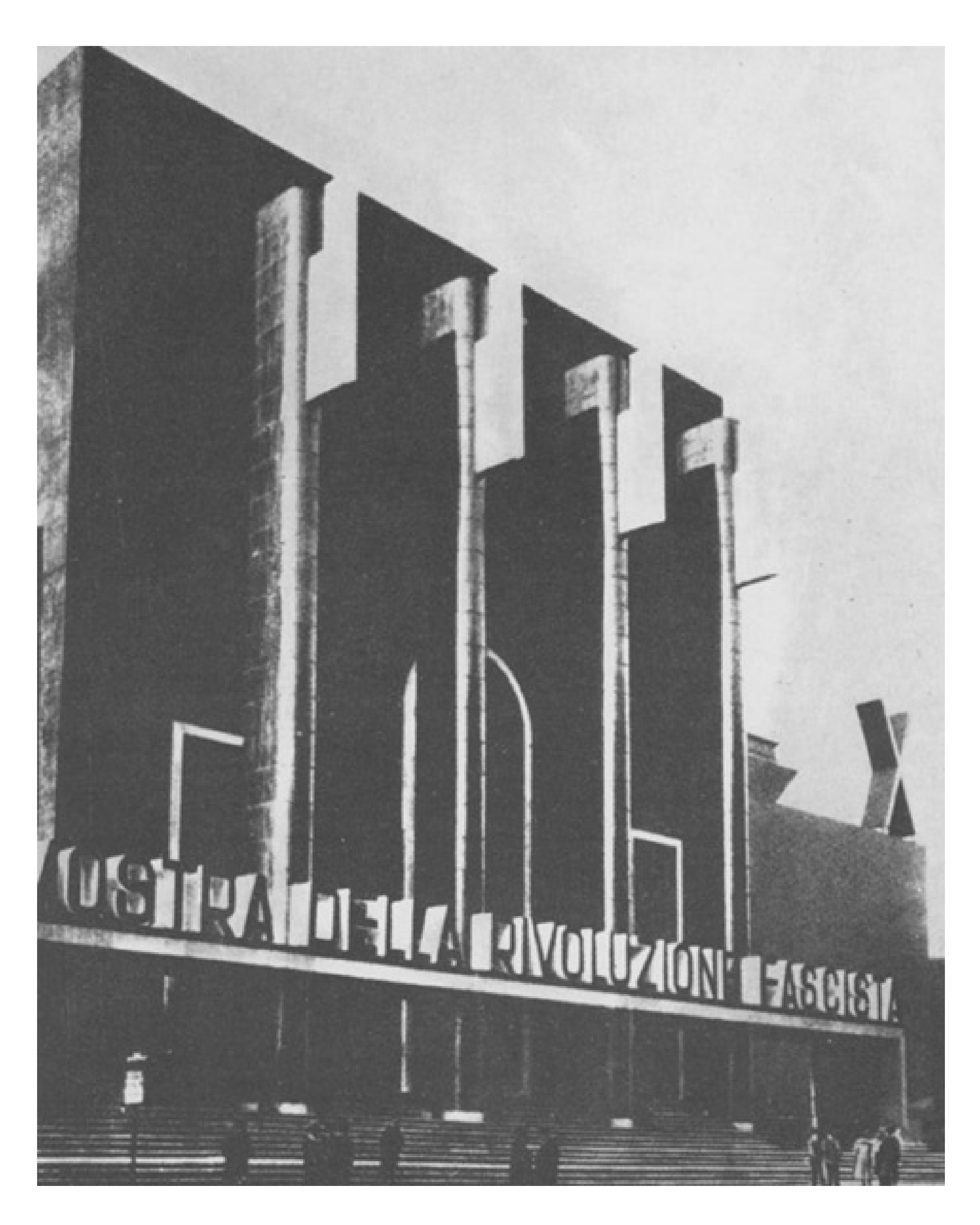
Así, la entera perspectiva de la cultura del Estado fascista aparece como una especie de círculo pintado de diversos colores. Sólo en el centro, aparecía un punto negro, donde cultura y propaganda eran idénticos, es decir, fascistas: organización de masas y literatura política. En los bordes (la investigación personal científica) se atenuaba considerablemente el negro del régimen, aunque seguía siendo el elemento activo que procuraba extenderse cada vez más. La respuesta a la pregunta sobre si hubiera podido llenar enteramente la circunferencia, quedó en el aire a causa del curso de la historia, pero está fuera de toda duda que la vida cultural italiana, bien de acuerdo o en divergencia con los principios propagandísticos del partido, se diferenciaba de una manera característica de la existencia cultural de las demás naciones.

LA «ESTATIFICACIÓN» DEL MOVIMIENTO OBRERO

Idénticamente ocurrió con la situación del elemento obrero, que era una de las clases numéricamente más poderosas del país. En este caso no se echó mano de la propaganda. La aniquilación de las formas político-ideológicas más características del movimiento obrero, del socialismo y el comunismo, había sido uno de los orígenes vitales del fascismo; pero a pesar de ello no habían desaparecido las organizaciones obreras. Tanto la Confederazione Generale del Lavoro (C. G. L). como la católica Confederazione Italiana del Lavoro (CIL) estaban inicialmente dispuestas a la colaboración con el nuevo régimen. Muy pronto quedó de manifiesto, sin embargo, que un movimiento obrero independiente no era compatible con los principios de la «jerarquía» y el partido único; el Estado impulsó por ello con todos sus medios los sindicatos fascistas, prestándoles en exclusiva su «reconocimiento legal» y el derecho de representación (!) de los trabajadores de todas las categorías.



Arquitectura fascista: el Ayuntamiento de Littoria.

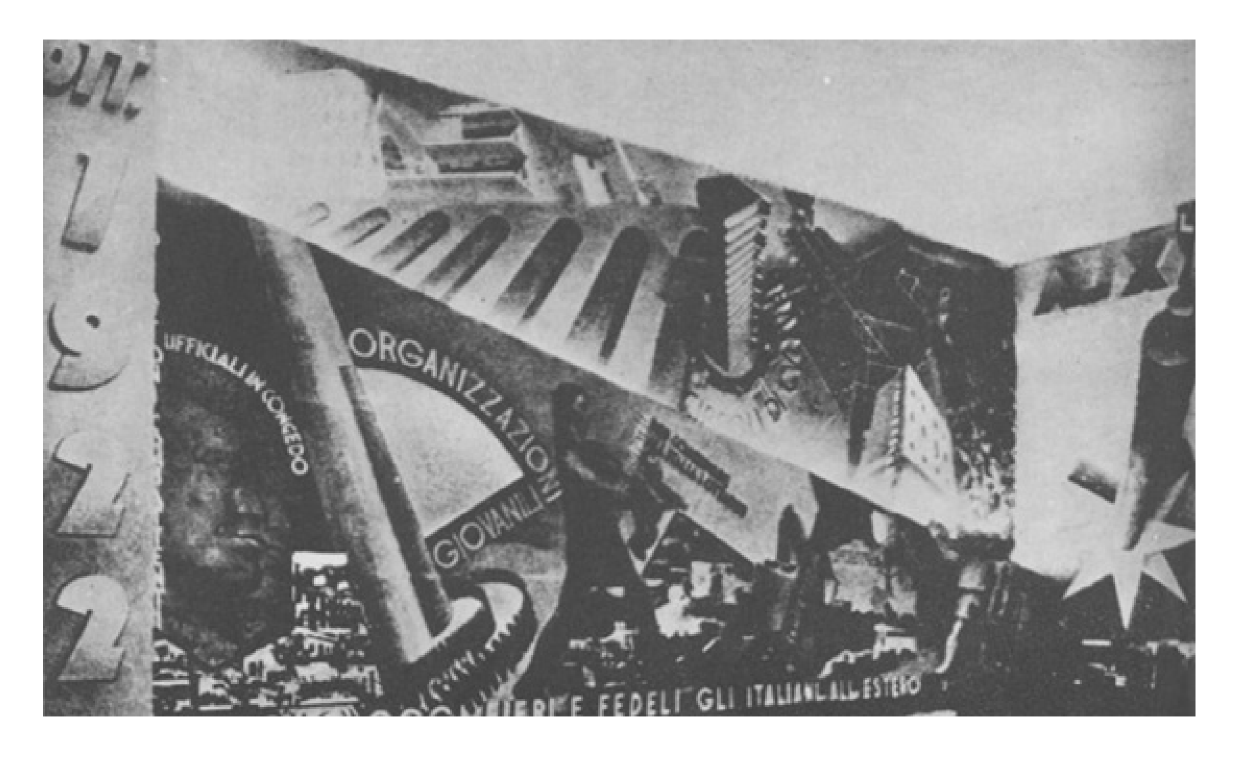


La fachada de la «Mostra».





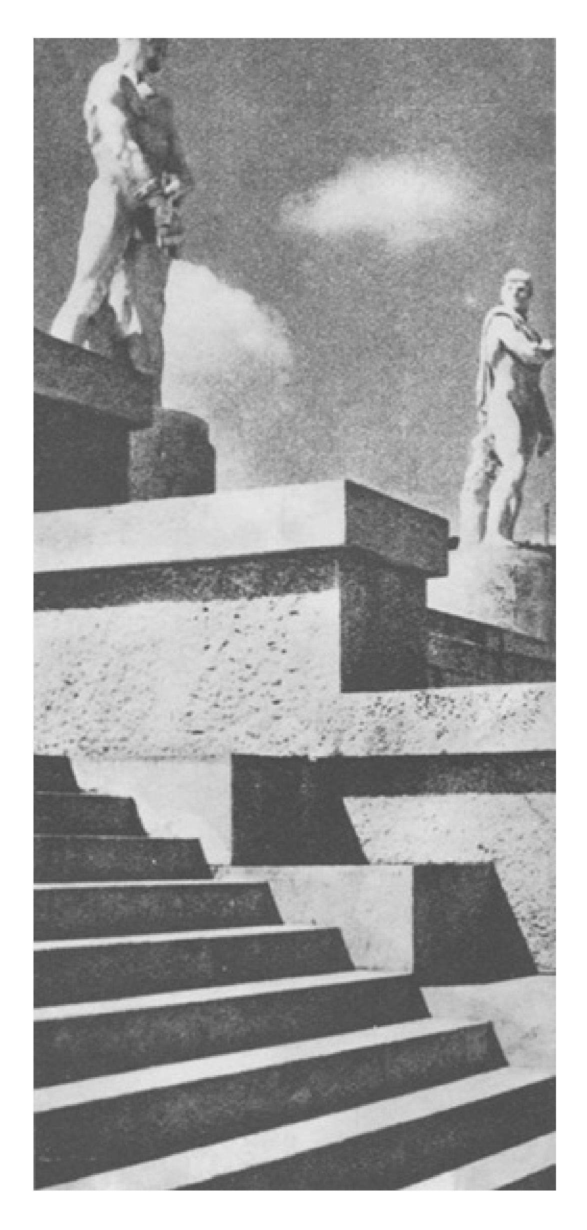
Figuras monumentales de la primera exposición nacional del Dopolavoro.



La «Mostra della Rivoluzione Fascista» de 1932. Sala de los italianos del extranjero.



Recuerdos de la guerra y el bolchevismo. («Mostra della Rivoluzione Fascista»).



¿La Antigüedad rediviva? El Foro Mussolini.

Pese a ello significó, empero, la llamada «Carta del Trabajo» promulgada en 1927 un evidente progreso social, ya que establecía, entre otras cosas, los contratos colectivos y consagraba el derecho al descanso.

«I. La Nación italiana es un organismo con una vida, finalidades y posibilidades de acción superiores a aquellas de los individuos solos o grupos de individuos, de los que se compone. Es una unidad moral, política y económica que se concreta plenamente en el Estado fascista.

II. El trabajo es en todas sus formas, intelectuales, técnicas o manuales, un deber social. En cuanto a tal, es protegido por el Estado. El conjunto de la producción es también común desde el punto de vista nacional; sus objetivos son comunes y tienden al bienestar de los productores y el desarrollo del poder nacional.

III. La organización profesional u obrera es libre. Pero solamente aquellos sindicatos reconocidos legalmente y bajo control del Estado (igual a fascista) tienen asimismo legalmente la representación de todas las categorías de empleados y trabajadores para los que han sido creados, defender sus intereses, concertar contratos colectivos obligatorios para sus miembros, hacer efectivas sus cotizaciones sociales y ostentar su función pública en todos los grados.

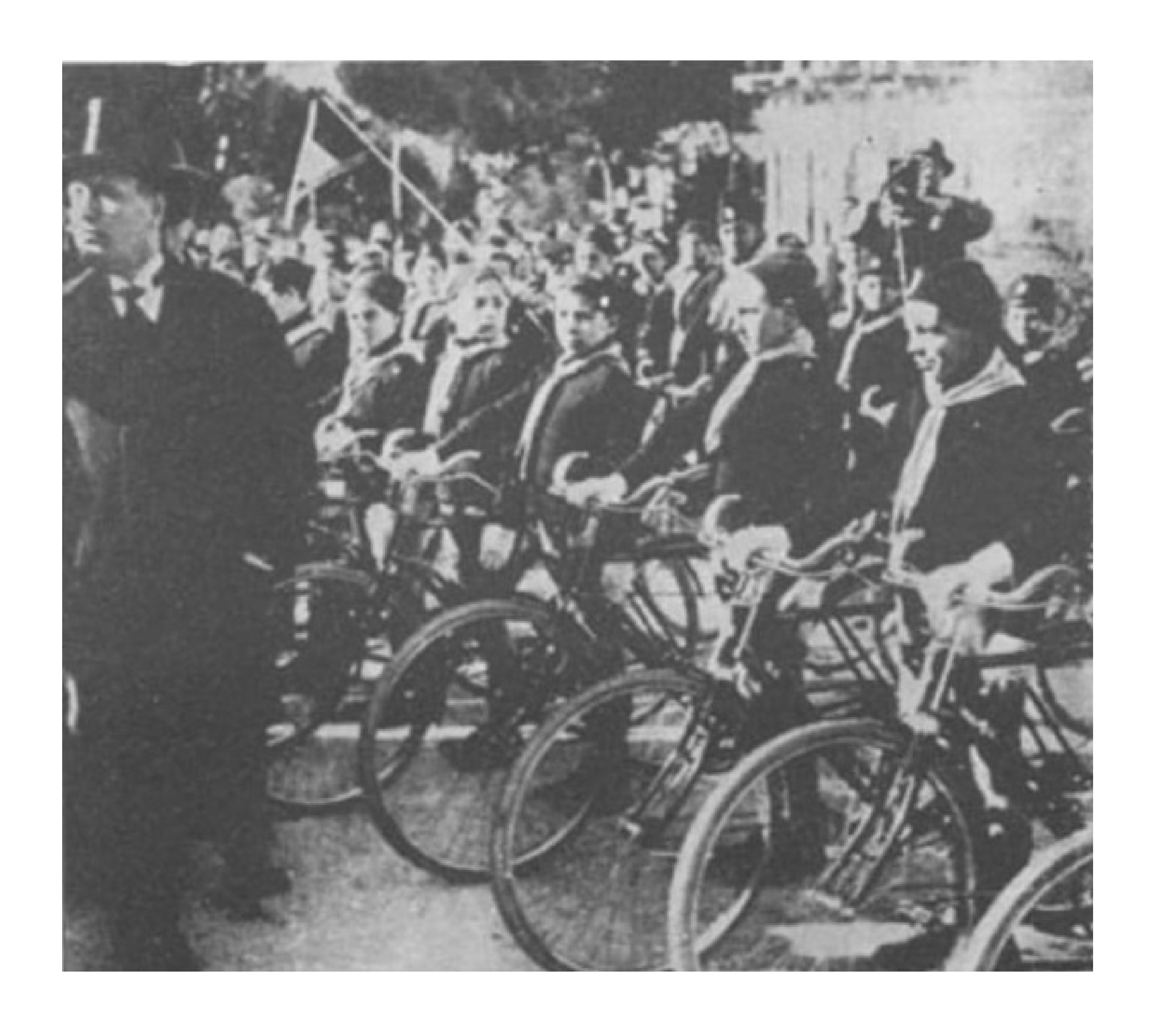
V. La Fiscalía del Trabajo será el órgano por el que intervendrá el Estado para la regulación de los conflictos laborales, bien para el mantenimiento de los contratos existentes y otras normas como para el establecimiento de nuevas condiciones de trabajo.

VII. El Estado corporativo considera la iniciativa privada en el campo de la producción como el más eficaz y provechoso instrumento para el interés de la nación. Por ser la organización privada de la producción una función de interés nacional, es la organización de los empresarios responsable ante el Estado en la orientación de la producción. Del trabajo común de las fuerzas productivas deriva la correlación de los derechos y los deberes. El productor, sea técnico, empleado u obrero, es un activo colaborador de la empresa económica, cuya dirección recae con plena responsabilidad sobre el empresario…

XVI. Tras un año de ininterrumpido trabajo tiene el productor, que efectúe una labor plena en la empresa, derecho a unas vacaciones pagadas anuales…



Dos escenas de la película propagandística *Camisas negras*, realizada por expreso encargo de Mussolini.





Propaganda fascista entre los obreros. La inscripción dice así: «El Gobierno fascista me ha devuelto mi dignidad de obrero y de italiano».

Los emigrados podían oponer a todo ello, con sus buenos fundamentos, que la «Carta del Trabajo» constaba en su mayor parte de palabras tan bien sonantes como imprecisas, que sus promesas concretas no se llevaban casi nunca a la práctica, que las «corporaciones» de las grandes ramas de producción en las que empresarios, trabajadores y representantes del Estado tenían que «reglamentar conjuntamente la producción», surgían muy lentamente y que los representantes obreros carecían de una verdadera influencia; pese a ello, hay que convenir en que el fascismo no era un «fenómeno social reaccionario», entendido en el sentido corriente. Limitó asimismo el poder de los empresarios y, sobre todo, tuvo con la «Opera Nazionale Dopolavoro» una iniciativa genial, puesto que esta polifacética

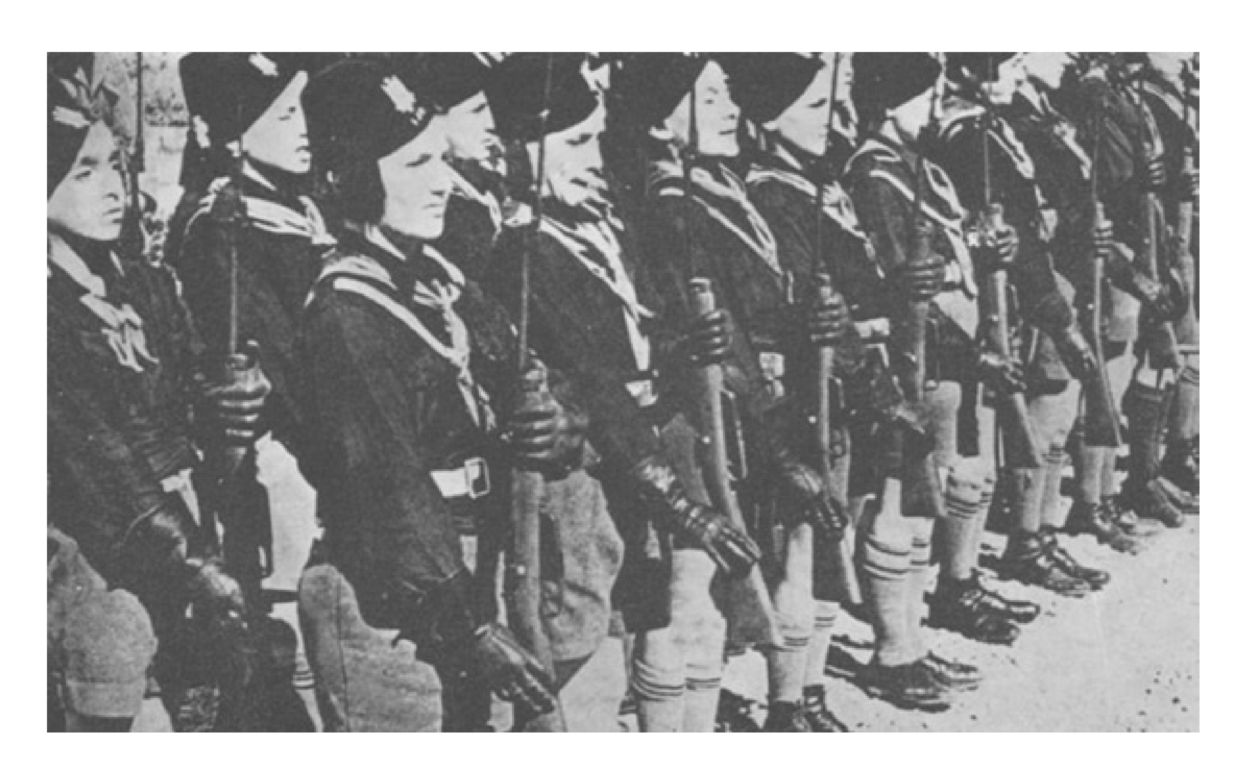
organización del tiempo libre, que fue el modelo de la nacionalsocialista «Fuerza por la alegría», trató de aminorar la distancia de los trabajadores entre la sociedad y la «nación». Esto mismo, en su sustancia, había sido propugnado también por los movimientos obreros autónomos. Aunque su sustancia fuera, naturalmente, otra cosa.

LA MILITARIZACIÓN TOTAL

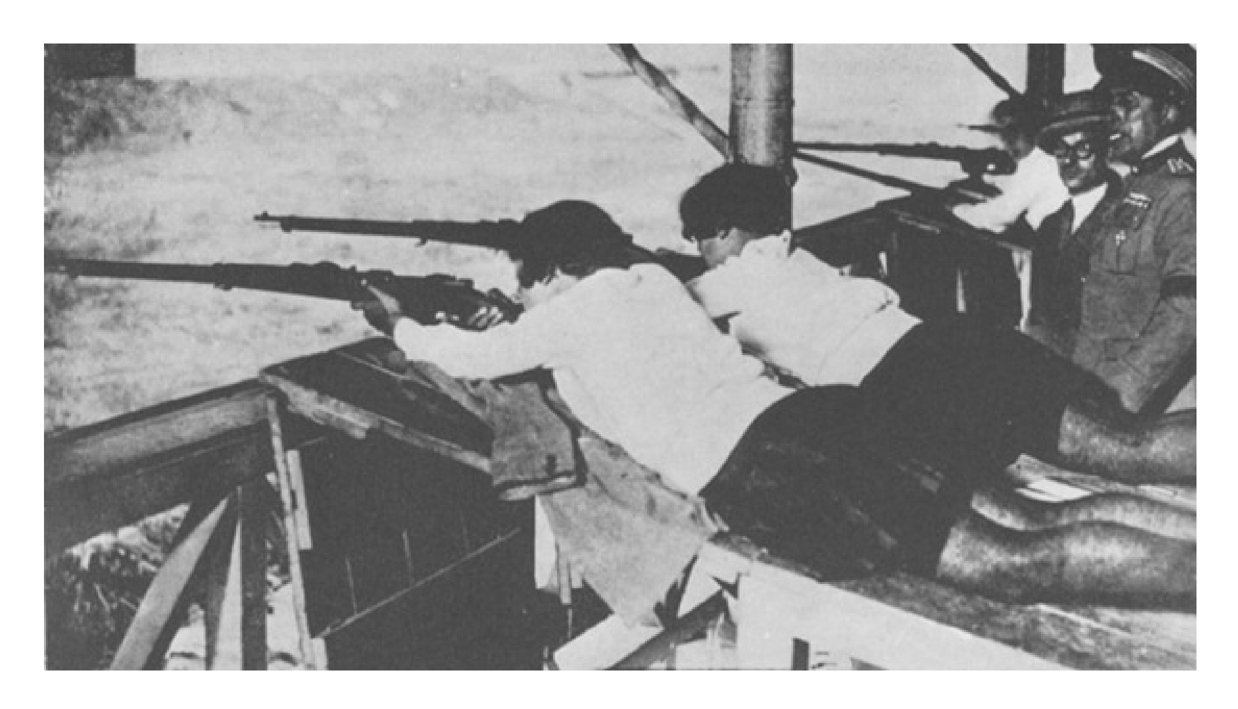
También la Unión Soviética había destruido el movimiento obrero independiente y proseguía su represión en tal sentido. Pero había hecho de su espíritu, el espíritu del Estado: un Estado cuya diosa era la producción y cuya imagen más destacada, el productor. En Italia, por contra, se presentó desde el principio el rasgo principal de la dictadura del desarrollo bajo el espíritu de los orígenes fascistas: el espíritu de la guerra. Fueran niños de ocho años los que presentaran el fusil con la bayoneta calada, fueran muchachas de las «Giovane Italiane» las que se ejercitaran al tiro; avanguardistas vestidos de marinero los que transportaran elementos artilleros o muchachos «balillas» formaran, de uniforme, en las ceremonias solemnes, la total militarización, penetró cada vez más en la vida y si el carácter italiano le quitó bastante de su gravedad, sus proporciones y dimensiones no se alcanzaron siquiera en Alemania por el propio Hitler.



Los niños se hacen soldados: se viste a los balillas.



Balillas presentando armas.



Muchachas italianas durante unos ejercicios de tiro.

Pero no bastaba tampoco el término «militarización» para definir el meollo del régimen fascista. Una formación premilitar se daba igualmente y en grado bastante considerable en Francia y Checoslovaquia. En Italia *dominaba* el soldado (del partido) y su objetivo era, por voluntad de Mussolini y el partido, reprimir en el interior cualquier actitud crítica y espontánea, y de cara al exterior, la conquista de un espacio para conseguir un

«puesto al sol». El cauce hacia ambos objetivos era la *política de población*, que constituía para Mussolini un punto central programático de gran importancia.

Modernos eran los conceptos de Mussolini en los problemas de la técnica de motores, por ejemplo, pero resultaba para él incomprensible que la industrialización tuviera como consecuencia un descenso en la natalidad. Incansablemente y con la máxima energía premiaba a las mujeres prolíficas, imponía impuestos de castigo a la soltería, alababa abiertamente los lugares del país que permanecían más atrasados y menospreciaba ante todo el mundo las más importantes ciudades del norte de Italia. No eran solamente las dificultades de la crisis económica las que le hacían excluir los recorridos por las ciudades, sino el concepto que le era tan caro de una «recampesinización» de Italia que garantizara por sí sola las suficientes cifras de natalidad. Existen, pues, fundamentos para admitir que el éxito de la política de población nacional-socialista fue para Mussolini un decisivo factor que le llevó a orientar su política exterior. Como prueba, aparece lo escrito en febrero de 1935:

> «Los buenos resultados de la lucha de población llevada a efecto por Hitler son evidentes. No puede dudarse de ello. Si ese desarrollo se interrumpirá en años venideros, es de esperar, pero nada impide creer tampoco lo contrario. Lo fundamental es que la nación alemana ha respondido a la llamada. Los matrimonios y los nacimientos son innumerables y el índice de fallecimientos ha disminuido. Especialmente interesantes resultan al respecto las comparaciones con los nueve años de la lucha de población llevada a efecto por los fascistas… Por hoy me limito a subrayar ese éxito de Alemania en la política de población; un éxito que el régimen nazi puede anotar con orgullo considerable, porque demuestra la salud de la raza, la existencia de profundas fuerzas que solamente aguardaban el momento de su despertar y porque ofrece la prueba de que Alemania no solamente desea un bienestar inmediato, como los caducos pueblos de Occidente, sino que está pletórica de fe en su futuro…»[9].

Todos estos deseados niños de su nación eran presentados por Mussolini como «futuros soldados», destinados a abrir a su país aquel espacio en el mundo sin el cual no resultarían necesarios. Así es como la *política colonial* se convirtió en eje central de la voluntad fascista; no ya la política colonial de carácter comercial tendente a la explotación de las zonas productoras de materias primas, sino la política colonial de población, es decir, de la creación de zonas ultramarinas que estuvieran indestructiblemente unidas con la metrópoli. Que existiera allá una población originaria, auténtica propietaria del suelo, no suscitaba grandes reflexiones: ya durante la reconquista de Libia, perdida en la guerra mundial, habían aparecido una serie de distintivos característicos, que solamente disimularon superficialmente las blancas casas

de Trípoli y las conocidas procedencias de la historia colonial europea. Un escritor comunista informó en el año 1931 sobre lo siguiente:

> «Así es que se encontró otra solución (para limpiar el país de los sublevados). Los buenos católicos y aliados del Papa descubrieron el Corán. En el mismo encontraron una sura en la que se afirma que la propiedad no es solamente un derecho, sino un deber y aquel que no trabaja la tierra que le ha regalado Alá, tal como corresponde, tiene que hacer cesión de ella. Sobre este "tal como corresponde" hay distintas opiniones. Los italianos tienen en su país grandes fábricas, de las que salen bombas para la extracción de agua, cemento armado, camiones, conducciones de riego y abonos. Tienen institutos agronómicos, en los que se estudia, con gran abundancia de dotación económica, los métodos de la lucha contra la sequía. Tienen grandes instituciones bancarias, que no desean otra cosa que conceder créditos a esta intensificación de los cultivos. Así es que puede decir a los beduinos con todo derecho: no trabajáis el país tal como corresponde. Si en vez de tener bombas de agua sólo poseéis unas escasas fuentes, si en vez de cemento armado solamente disponéis de estiércol, si en vez de tractores sólo tenéis búfalos… peor para vosotros.
>
> Y así es como, en nombre del Corán, pasó la tierra de Trípoli a los nuevos dueños italianos»[10].



Preparativos del futuro: ejercicios premilitares como asignatura escolar.

El *Duce* y su familia como ejemplo.



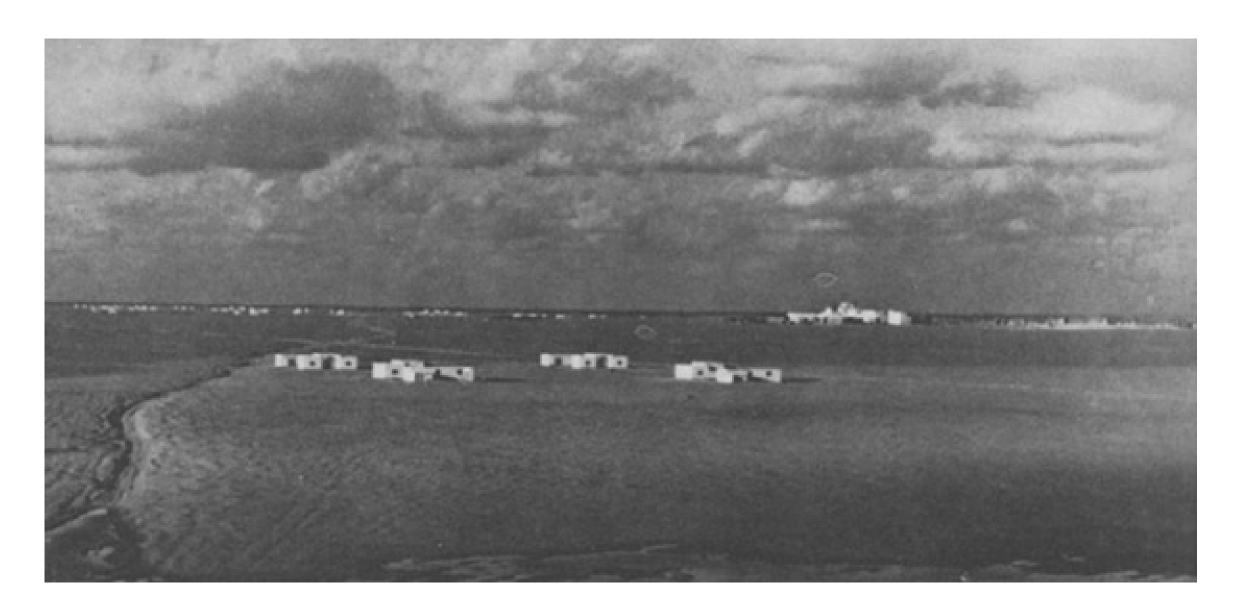
Boda fascista en masa.

El texto de Alfred Kurella no resulta, empero, enteramente convincente, pues destaca, sin desearlo, que en aquel caso, como en el de toda la historia colonial europea, había algo más que «mala voluntad» y «rapiña». Ello no altera lo ya sabido: que fue la toma del poder por parte de Hitler la circunstancia que facilitó el ataque a Etiopía, pero de todos modos, el fascismo siguió la ley interna de su movimiento.

Y aquí llega el momento de plantear la pregunta de si el fascismo debe considerarse como un fenómeno histórico de carácter propio. Se objeta con frecuencia que no aportó ninguna variación verdadera de las estructuras sociológicas y por ello debe considerarse tan sólo como una especie de disfraz del «capitalismo tardío». Este concepto es aceptable, en tanto el fascismo no fue en realidad la resultante de una revolución social. Pero ello es tanto como sustraer en la regla el problema sobre la naturaleza de las «verdaderas» revoluciones, porque esta dignidad solamente aparece en las utópicas especulaciones sobre una sociedad sin estructuras. Existe, empero, toda una serie de formas intermedias entre un capitalismo «puro» y un «puro» socialismo que no dejan por ello de tener su autenticidad propia. Si se parte del criterio histórico y político de que las formas de Estado y sociedad son diferenciables, es evidente entonces que el fascismo fue un fenómeno propio e inconfundible, a pesar de que la Bolsa de Milán seguía funcionando y las princesas romanas acudían, como antes, a la ópera con sus joyas y su magnificencia.



La imagen ideal de la familia fascista.



Una Italia mayor al otro lado del mar: casas de colonos en Libia.

Fue precisamente esta naturaleza difícilmente clasificable —a un tiempo progresiva y reaccionaria, minoritaria y encandiladora de las masas, favorable a los empresarios y capitalistas de Estado, piadosa y blasfema— que llevó en 1930 nada menos que a Thomas Mann a representar al fascismo bajo la figura del hipnotizador Cipolla en su relato *Mario und der Zauber (Mario y el mago)* y otros muchos poetas y escritores le secundaron en uno u otro aspecto. Y por ello confirmaría la excepcional naturaleza del fascismo que era por sí mismo

incapaz (por demasiado poderoso o haber triunfado con tanta rapidez) de generar una obra literaria específica, pero paradójicamente sí las inspiraba en sus enemigos más o menos declarados.

> «Grave y esponjado, regresó el caballero al estrado bajo la ovación que había provocado su pletórico discurso. En particular mediante una victoria, si no me equivoco, había aumentado su autoridad en un grado tal que podía ya dejar bailar a su público. Sí… bailar. Hay que entender esto en su sentido más lato y tocado de una cierta degeneración, de una determinada subida y bajada de la conciencia, de una embriagadora solución de las contradicciones críticas que durante tanto tiempo se habían opuesto al incómodo personaje. Tenía que luchar, ciertamente, por la consumación de su dominio, contra la rebeldía del joven señor romano, cuyo apoyo moral amenazaba dar un mal ejemplo público. Precisamente comprendió el caballero la importancia del ejemplo y fue lo bastante listo en buscar para su ataque el punto de menor resistencia, dejó iniciar la orgía de la danza por aquel joven más débil y propicio a despojarse del principio vital del alma, a quien previamente había tocado de una gran rigidez. Apenas su maestro le dirigía con la mirada, tenía una manera de erguir el cuerpo, de colocar sus manos en la costura de los pantalones y caer en una especie de sonambulismo militar, que saltaba a los ojos su predisposición a todos los disparates que pudieran ordenársele. También parecía complacerse en aquella servidumbre y estar muy satisfecho de su miserable condición, puesto que se ofrecía siempre como objeto de investigación y ponía su empeño en solicitar convertirse en ejemplo del despojo de la conciencia y la falta de voluntad. También en esta ocasión subió al estrado y un volteo del látigo en el aire le obligó, de acuerdo con la voluntad del caballero, a bailar allá arriba el *step*, es decir, una especie de éxtasis con los ojos cerrados y cabeza tambaleante, que hacía oscilar todos sus miembros»[11].



Portada de la primera edición de la narración de Thomas Mann, *Mario y el mago*.

ÍNDICE BIBLIOGRÁFICO DEL CUARTO CAPÍTULO

Ernst Nolte, «Der Faschismus in seiner Epoche» («El fascismo en su época»), Munich 1963.

Ernst Nolte, «Die faschistischen Bewengungen» («Los Movimientos fascistas»), Munich 1966.

Ernst Nolte, «Theorien über den Faschismus» («Teoría sobre los fascismos»), Colonia 1967.

«Storia d'Italia, coordinata da Nino Valeri. Vol. V. Dalla crisi del primo dopoguerra alia fundazione della Reppublica». Turín 1965.

Franco Catalano, «L'Italia dalla dittatura alla democrazia», Milán 1962.

Federico Chabod, «L'Italia Contemporánea (1918-1948)», Turín 1961.

Luigi Salvatorelli-Giovanni Mira, «Storia d'Italia nel periodo fascista», Turín 1957.

Herman Finer, «Mussolini's Italy», Londres 1935.

«Fascismo e antifascismo. Lezione e testimonianze», 2 tomos, Milán 1962.

Paolo Alatri, «L'antifascismo italiano», 2 tomos, 1961."

«Opera Omnia di Benito Mussolini», Florencia 1951-1965, 36 tomos.

Laura Fermi, «Mussolini», Chicago 1961.

Ivone Kirkpatrick, «Mussolini», Chicago 1961.

Giorgio Pini-Duilio Susmel, «Benito Mussolini, l'uomo e l'opera», Florencia 1953.

Antonio Gambino, «Storia del PNF», Milán, s/a.

EFEMÉRIDES DEL CAPÍTULO QUINTO

A. ALEMANIA

1923

30 de noviembre: tras el final del Gobierno Stresemann como consecuencia de la salida de los socialdemócratas, principio del «Gobierno del bloque burgués» bajo los cancilleres Marx y Luther, unas veces con los alemanes nacionales y otras sin ellos, Stresemann permanece ininterrumpidamente en el puesto de ministro del Exterior.

1924

29 de agosto: Con la aceptación del plan Dawes comienza la reconstrucción, que como consecuencia de los desmesurados créditos exteriores, se asienta sobre un terreno movedizo.

1925

26 de abril: Hindenburg es elegido por escasa mayoría presidente del Reich, con el apoyo del Partido Popular Bávaro y los comunistas contra el centrista Marx No decepciona con frecuencia a sus partidarios de la «derecha nacional», pero tampoco traspasa los límites de una formal lealtad a la República.

Octubre: Tratado de Locarno. Alemania reconoce sus fronteras occidentales y la desmilitarización de Renania bajo la garantía de Inglaterra e Italia. No hay ningún «Locarno oriental».

1926

24 de abril: tratado de Berlín entre Alemania y la Unión Soviética.

20 de junio: la propuesta hecha por el partido comunista y el socialdemócrata para expropiación total de los bienes de los príncipes no encuentra mayoría.

1928

20 de mayo: elecciones para el Reichstag. Éxito del SPD (socialdemócratas) y del KPD (comunistas). Formación^ del Gabinete de la gran coalición bajo la presidencia del socialdemócrata Hermann Müller.

20 de octubre: Alfred Hugenberg ocupa la presidencia del Partido Popular Nacional Alemán (Deutschnationalen Volkspartei) y lo dirige hacia una

trayectoria enteramente antiparlamentaria.

1929

3 de octubre: muerte de Gustav Stresemann, que había conseguido una modificación oportuna del plan Dawes (plan Young) y una evacuación de la región renana.

24 de octubre: comienzo de la «crisis económica mundial», el llamado «viernes negro», con la caída de las cotizaciones en la Bolsa de Nueva York.

1930

27 de marzo: final del Gabinete de la «gran coalición» como consecuencia de unas discrepancias relativamente interesantes entre productores y empresarios (SPD y DVP). A partir de este momento, se observa la irrupción de una poderosa corriente derechista en la política alemana.

14 de setiembre: elecciones para el 5.º Reichstag que elevan los puestos del NSDAP (Partido Nacional Socialista Obrero Alemán) de doce a 107, haciendo del mismo el segundo partido en importancia.

1932

10 de abril: Hindenburg es reelegido por una coalición del centro y la izquierda y no sin algunas diferencias internas, para el puesto de presidente del Reich. Hitler obtiene el 37 por ciento de los votos.

1 de junio-17 de noviembre: Gabinete presidido por Von Papen, unas veces favorable al nacionalsocialismo y otras en contra.

20 de julio: Von Papen excluye el último bastión del SPD: el Gobierno (solamente de gestión) que ejercían en Prusia, Braun-Severing.

31 de julio: elecciones para el Reichstag. El NSDAP, con el 37 % de los votos y 230 puestos, es con mucho el partido más fuerte.

6 de noviembre: nuevas elecciones para el Reichstag. El NSDAP pierde dos millones de votos. Progreso de los comunistas. A partir del 3 de diciembre: Gabinete presidencial de Von Schleicher.

1933

30 de enero: Hindenburg nombra a Hitler canciller del Reich, formando éste un «Gabinete de concentración nacional».

B. NSDAP

1924

Febrero: comienza el proceso contra Hitler y Ludendorff ante el tribunal popular I de Munich, cuyos jurados simpatizan con los acusados. Hitler, así como Kriebel y el antiguo presidente de la Policía Pohner, son acusados de alta traición y condenados a cinco años de reclusión en una fortaleza, aunque en realidad purgaran tan sólo seis meses de cárcel. En el seno del NSDAP se forman dos grupos rivales. Hitler escribe en la fortaleza de Landsberg el primer volumen de Mi lucha.

20 de diciembre: Hitler es liberado de su reclusión.

1925

27 de febrero: Nueva fundación del NSDAP. Se rompen los vínculos transitorios con los «alemanes populares». Hitler se separa de Hugenberg y Rohm. 18 de julio: publicación del primer volumen del *Mein Kampf* en la editorial Eher.

22 de noviembre: Gregor Strasser funda una «Asociación Obrera» en las provincias del norte y el oeste de Alemania. Es casi independiente de Munich y representa una vuelta a las anteriores concepciones socialistas.

1926

14 de febrero: reunión de dirigentes en Bamberg. Hitler se impone y atrae a su favor y entre otros, al jefe de la provincia (Gau) Renania-Norte, Paul Joseph Goebbels.

Marzo: Fundación de la editorial «Lucha» (Kampf-Verlages) en Berlín por los hermanos Strasser, que seguían representando un papel primordial y encarnaban al ala izquierda del partido.

3-4 de julio: Segunda asamblea del Partido para la totalidad del Reich, en Weimar. Fundación de las Juventudes Hitlerianas.

1 de noviembre: Goebbels acude a Berlín como «Gauleiter».

10 de diciembre: aparición del segundo volumen de Mi Lucha.

1927

11 de febrero: demostración de los nacionalsocialistas en el barrio comunista berlinés de Wedding. Lucha en las calles.

5 de mayo: Prohibición del NSDAP en Berlín (hasta el 31 de marzo de 1928).

4 de julio: Primera aparición del periódico de Goebbels Der Angriff (El ataque).

1928

2 de enero: Gregor Strasser es nombrado presidente de la organización administrativa del NSDAP. Goebbels se convierte en jefe de propaganda para todo el territorio del Reich.

Julio: Reinhold Muchow esboza el plan de organización para el «Gau» de Berlín (células, células de manzana, células de calle, circunscripción y «Gau» o provincia), más tarde adoptada en la totalidad del Reich. Durante el año 1928, el NSDAP permanece en numerosas elecciones para las asambleas de los «Land» entre el 1 por ciento (Prusia) y el 7 por ciento (Baviera); en las elecciones generales del Reich alcanza el 2,63 por ciento.

1929

23 de junio: primer éxito electoral del NSDAP en las elecciones municipales de Coburgo (mayoría absoluta).

9 de julio: «Comité del Reich para las demandas populares» contra el Plan Young, fundado por los alemanes nacionales, los cascos de acero, los «alemanes genuinos» y los nacionalsocialistas. A pesar de la grave derrota a raíz del plebiscito del 22 de diciembre (tan sólo el 13,81 por ciento de los votos, un tercio de los socialdemócratas y comunistas de la demanda plebiscitaria de 1926) representa una importante etapa en la trayectoria de Hitler.

1 al 4 de agosto: 4.a Asamblea del Partido para todo el Reich, en Nuremberg. «Proclamación» de Hitler. Culto a los muertos en Luitpoldhein y fundación de las asociaciones de médicos y maestros nacionalsocialistas.

8 de diciembre: en las elecciones para la asamblea del «Land» de Turingia obtiene el 11,31 por ciento de los votos y 6 de los 53 mandatos.

1930

23 de enero: primer ministro nacionalsocialista en un «Land» alemán (Dr. Frick, ministro del Interior de Turingia). Conflicto con el Gobierno del Reich. Llamamiento del investigador racial, Hans F. K. Günther a la Universidad de Jena contra los deseos de la facultad.

23 de febrero: El estudiante y «Sturmführer» de las SA Horst Wessel, es asesinado en circunstancias no aclaradas en el domicilio de una prostituta y glorificado por Goebbels como víctima de un crimen político.

1 de junio: es llamado Walter Darré a la jefatura del NSDAP en Munich, para la formación de un «Aparato agrariopolítico». La jefatura nacional se convierte así en una organización paraestatal…

18 de junio: en la editorial Hoheneichen, de Munich (la editorial de Dietrich Eckart, muerto en diciembre de 1923), aparece el libro de Alfred

Rosenberg *El mito del siglo XX*.

22 de junio: en las elecciones para la asamblea del «Land» de Sajonia obtiene el NSDAP el 14,4 por ciento de los votos.

4 de julio: Otto Strasser abandona el NSDAP tras graves divergencias con Ilitler.

5 de julio: Hitler adquiere por un millón y medio de marcos el antiguo palacio Barlow, en Munich, como sede de la jefatura del partido para el Reich (Casa Parda).

14 de setiembre: Éxito sin precedentes en las elecciones para el Reichstag.

25 de setiembre: juramento de legalidad de Hitler en el proceso de Ulm contra los oficiales de la Reichswehr, Ludin, Scheringer y Wendt; advierte, empero, que tras la toma del poder «rodarán cabezas».

2 de octubre: Hitler asume personalmente la jefatura suprema de las SA y las SS (unos 100.000 hombres), tras apartar por razones políticas al hasta entonces relativamente independiente jefe de las SA, Pfefter von Salomon. A partir de enero de 1931, Ernst Roehm «jefe del Estado Mayor».

1931

Mayo: visita de Goering, comisionado de Hitler, a Roma, donde estuvo con Mussolini y en el Vaticano.

9 de agosto: fracasa una petición de los nacionalistas alemanes, los nacionalsocialistas y los comunistas (!) para la disolución de la asamblea del «Land» de Prusia.

12 de setiembre: manifestaciones antisemitas de las SA en la Kurfürstendamm berlinesa.

11 de octubre: asamblea de la «oposición nacional» en Bad Harzburg entre una considerable tensión. Hugenberg escribe a Hitler que no debe pretender una dimensión del poder «como no la han tenido anteriormente reyes o emperadores en los países germánicos».

23 de diciembre: fundación del «Frente de Hierro contra el Fascismo». Su distintivo: tres flechas dirigidas hacia abajo.

1932

27 de enero: discurso de Hitler ante los industriales occidentales alemanes en Düsseldorf.

Abril: «Recorrido alemán» de Hitler antes de la segunda campaña para las elecciones presidenciales.

13 de abril: prohibición de las SA y SS. Irritación por cálculos políticos en casi todos los círculos «nacionales». El jefe del Gabinete ministerial en el

ministerio de la Reichswehr, Von Schleicher, trabaja contra su amigo y superior, el general Groener.

24 de abril: elecciones para los parlamentos regionales en Prusia. Baviera, Württemberg, Anhalt y Hamburgo. El NSDAP se convierte fuera de Baviera en el más poderoso.

Junio-julio: Von Papen hace volar el dique contra el nacionalsocialismo al disolver el Reichstag y levantar la prohibición de las SA.

17 de julio: domingo sangriento en Aliona: 18 muertos durante una marcha de propaganda nacionalsocialista.

13 de agosto: Hindenburg deniega a Hitler la cancillería del Reich, a pesar del resultado de las elecciones, al exigir, como Mussolini, el poder absoluto.

22 de agosto: condena a muerte pronunciada contra 5 miembros de las SA a causa de los asesinatos de Potempa. Hitler se declara por telegrama solidario con los asesinos.

3-8 de noviembre: participación de los nacionalsocialistas en la «huelga de transportes» escenificada por los comunistas en Berlín.

Diciembre: tras el repudio de los planes de resistencia, Von Papen, nuevo canciller del Reich, .trata de alcanzar una solución por medio de una fragmentación del NSDAP. Grave crisis en el partido en torno a la figura de Gregor Strasser. Hitler se impone.

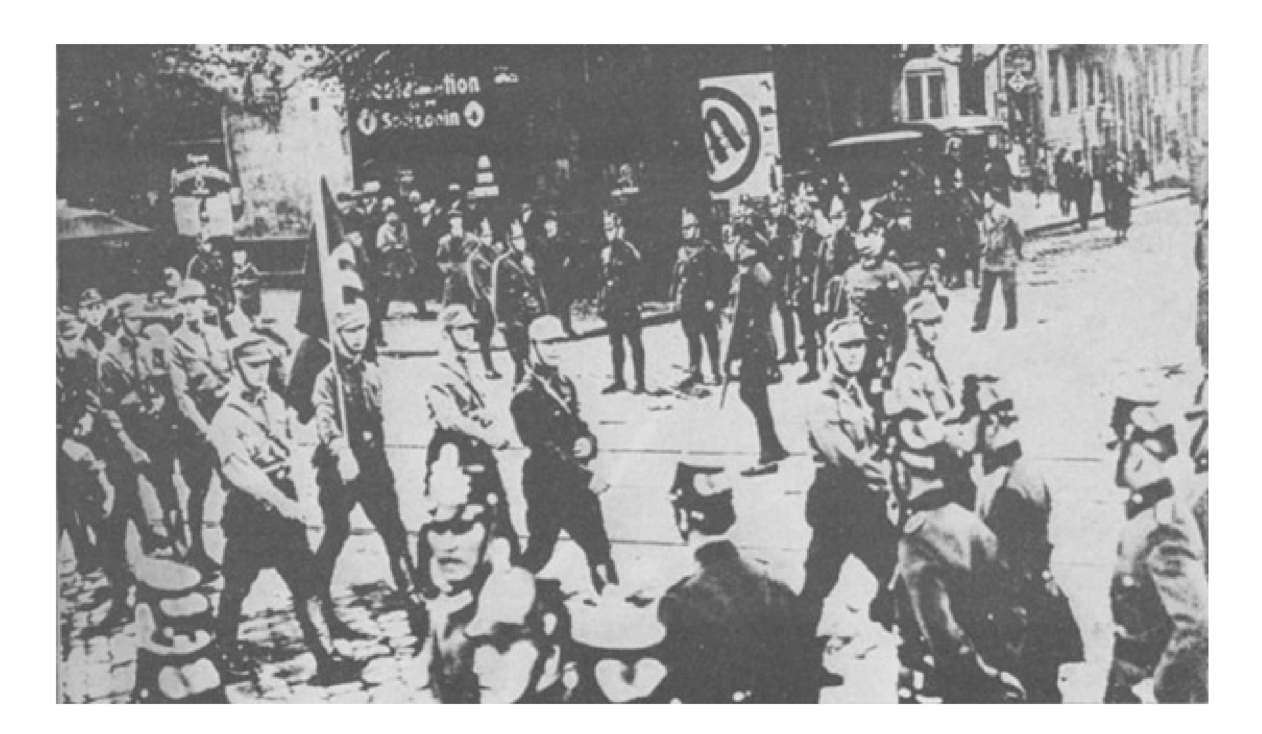
1933

4 de enero: conversación de Von Papen con Hitler en casa del banquero de Colonia, Von Schróder. Intrigas de las derechas que especulan con el temor de Hindenburg a una guerra civil allanan a Hitler el camino hacia el poder.

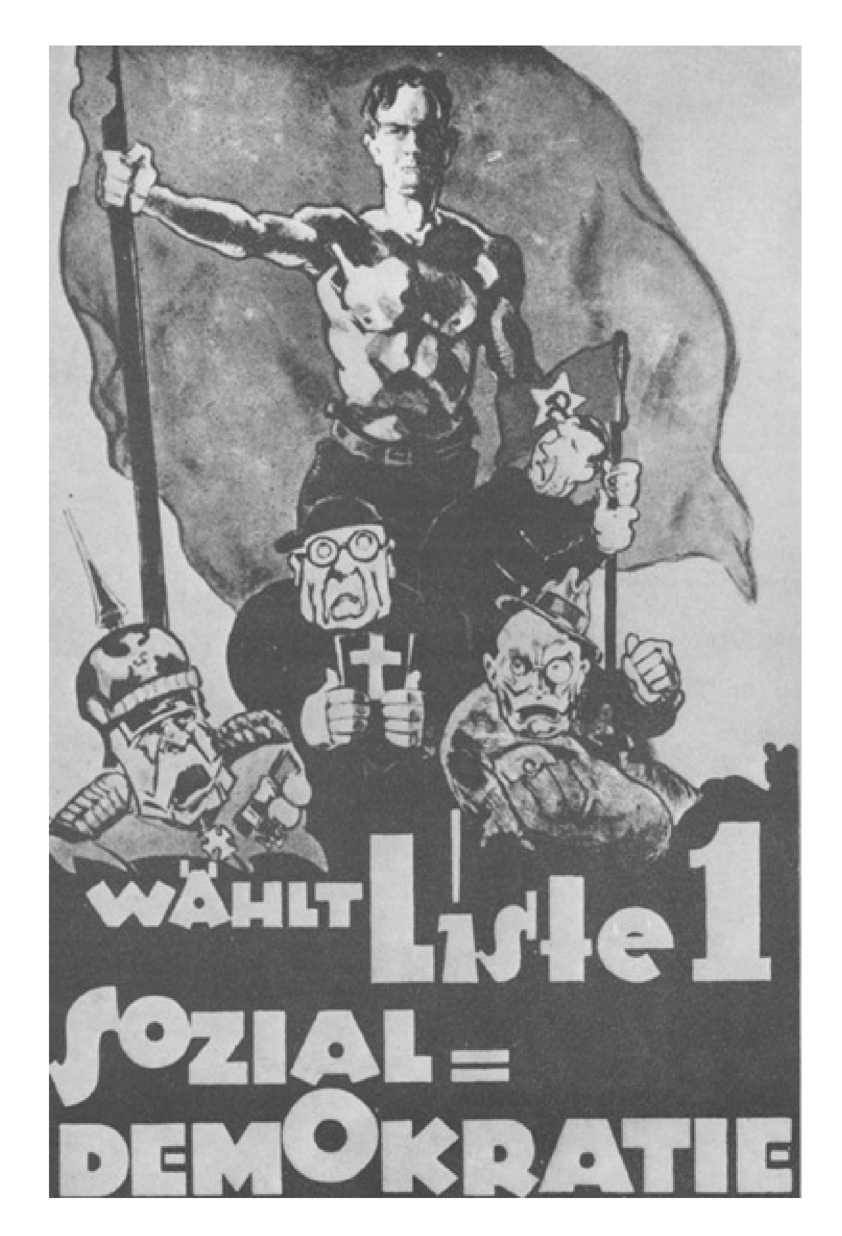
22 de enero: marcha de las SA y las SS de Berlín ante la Casa Karl Liebknecht.

CAPÍTULO QUINTO
ALEMANIA DE 1924 A 1933:
RENACIMIENTO Y TRIUNFO DEL NACIONALSOCIALISMO

Tan pronto como la República de Weimar hubo superado el peligro mortal del año 1923, emprendió el camino de una sorprendente ascensión. Francia había tenido que suplicar, en el año 1875 y por causa de un mero fruncimiento de cejas de Bismarck, que toda Europa acudiera en su ayuda: las fronteras alemanas estaban seguras en 1926, de tal manera que se había hecho prácticamente imposible un ataque de Francia o incluso de Polonia. Bismarck había evacuado las provincias francesas ocupadas tan sólo cuando las reparaciones de guerra se hicieron efectivas hasta el último penique: las tropas inglesas y francesas abandonaron Alemania cuando solamente se había pagado un pequeño plazo de las cifras establecidas inicialmente como reparación. Francia permaneció hasta 1890 aislada en Europa; Alemania obtuvo en 1926 uno de los puestos en el Consejo de la Liga de Naciones y con ello el derecho de diálogo como gran potencia en todos los problemas internacionales. Fue vecina de Francia, por espacio de medio siglo, la monarquía de los Hohenzollern, con la continuidad de sus tradiciones. Al oeste de Alemania aparecía por vez primera desde 1924 una izquierda dispuesta a la comprensión y en parte decididamente amiga de los alemanes. En el interior se operaba un crecimiento extraordinario de las cifras de producción, de tal manera que en 1929 se habían superado los índices de preguerra. La industria alemana aparecía empeñada en un proceso de racionalización de gran aliento, como no podía encontrarse nada análogo en Inglaterra y mucho menos en Francia. Y esta segunda encarnación del Estado nacional alemán no solamente salvaguardó su unidad, sino que evitó igualmente la gran debilidad del Reich imperial: la falta de patriotismo de los católicos y socialistas.



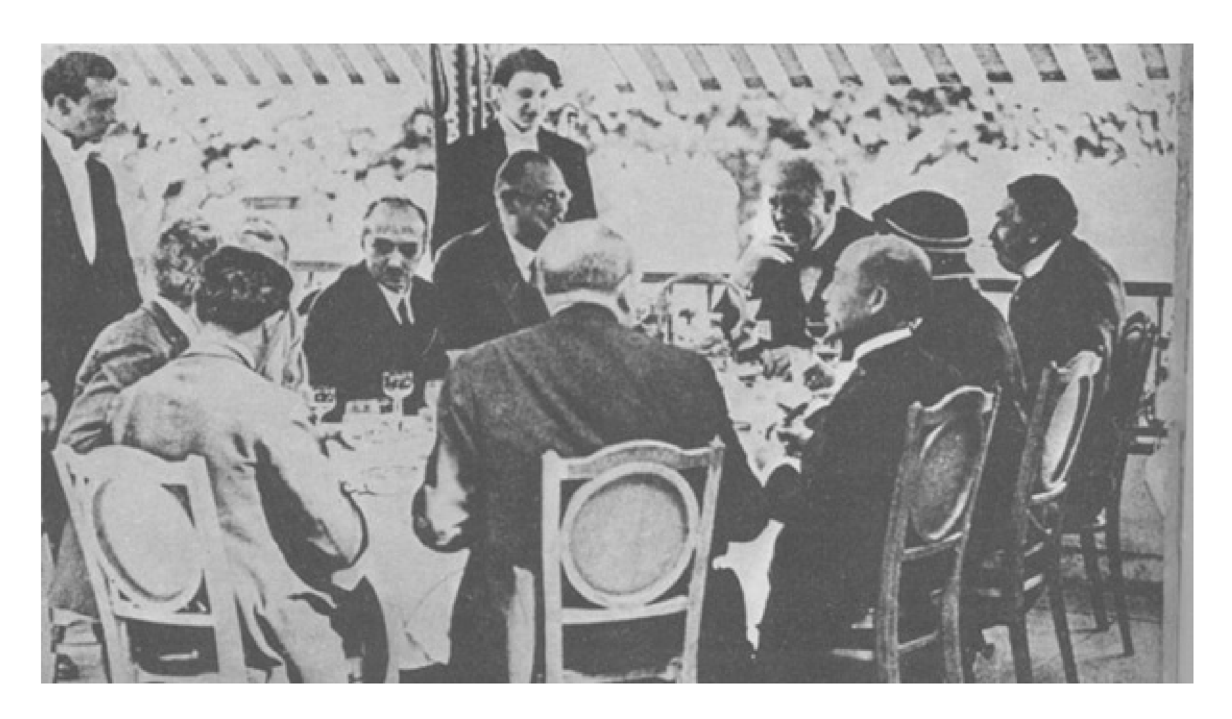
Al principio, sin que apenas nadie fije en ellas su atención, las columnas pardas de las SA se fueron convirtiendo poco a poco en una imagen cotidiana en las calles de toda Alemania (La imagen muestra una escena del «Markertag der NSDAP» el 30 de setiembre de 1928 en Teltow, cerca de Berlín).



El problema vital de la República de Weimar: ¿podría ser algo más que un Estado de partidos animados por unas diferentes y opuestas concepciones ideológicas?



Regreso de Alemania al círculo de las naciones: Stresemann recibe las felicitaciones de los delegados tras la admisión de Alemania en la Liga de Naciones.



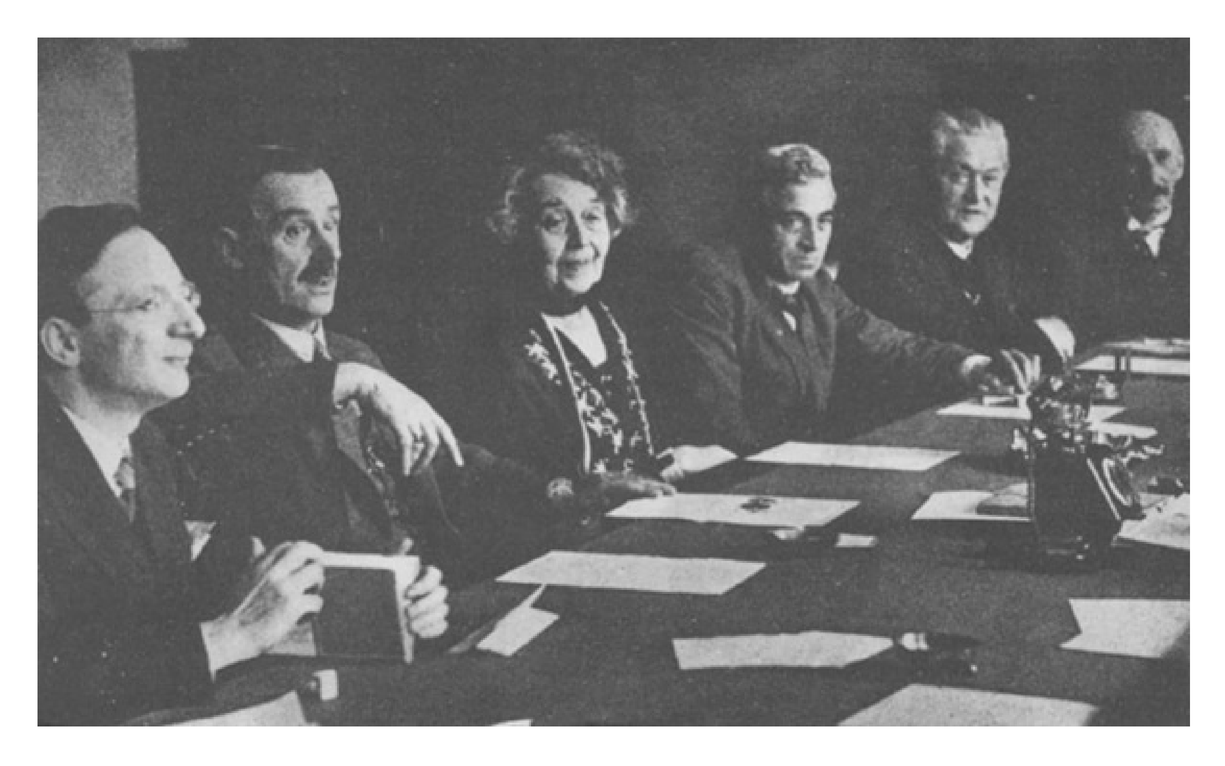
El despreocupado mundo de las buenas voluntades en 1928 (detrás, a la izquierda, con gafas, el canciller del Reich, Hermann Müller. A la derecha, a su lado, Briand).

A pesar de ello, ninguna de las capas del pueblo alemán aparecían satisfechas con aquel momento y presumiblemente porque existían otras razones que impedían semejante satisfacción. Los supuestos de la política, que iba sobre todo unida al nombre de Stresemann, eran aquellos que no ponían en duda los principales resultados de la guerra, con sus cambios territoriales y la pérdida de la posición hegemónica alemana. Aquello era, precisamente, lo que parecía insoportable a una gran parte de las derechas y pasaba por ser culpa de los socialdemócratas, a pesar de que hubiera que agradecer a aquellos socialdemócratas haber salido con vida y fortuna en 1918 y 1919. Por otra parte, un fuerte sector de esos mismos socialdemócratas reprochaba a los moderados haber acudido en auxilio «del capitalismo» y no aceptaba por entero el Estado de Weimar. Entre los católicos había unos grupos altamente conservadores que acusaban a la revolución de «perjurio y alta traición» y rechazaban con energía las tendencias laicas de la socialdemocracia. En realidad, tan sólo el Partido Democrático Alemán (Deutsche Demokratische Partei) se sentía incondicionalmente unido al Estado, pero iba decayendo de elección en elección y tampoco podía discutirse el hecho de que muchos judíos formaran principalmente en sus filas. También era un hecho que la reconstrucción alemana se sostuviera sobre unos frágiles fundamentos, es decir, sobre una gran cantidad de créditos extranjeros. Ello hacía que la otra parte creyera que en una situación de necesidad, las reparaciones subsistentes podrían recaer sobre los acreedores privados. Y finalmente la política exterior de Stresemann se basaba en una doble evidencia que atizaba el fuego interno: por un lado parecía temer un ataque polaco sobre las fronteras orientales alemanas y, a pesar de todo, no tenía una fuerte voluntad en alterar dichas fronteras en provecho de Alemania.

En esta situación, Hitler efectuó la fundación de un partido, que apareció como un típico producto de los tiempos de inmediata posguerra. De hecho fue tan sólo, visto desde fuera y durante cuatro años, el jefe de un pequeñísimo partido, cuyo porcentaje electoral estaba muy por debajo del cinco por ciento y del que se hablaba muy poco en los grandes órganos de la Prensa y los extensos círculos políticos. Pero por medio de su «putsch» y sobre todo, por su comportamiento ante el tribunal popular, llegó a convertirse en una figura nacional y cuando aparecieron en los años 1925 y 1926 los dos tomos de su libro, todos pudieron hacerse una idea de su programa y la naturaleza de su partido. Tres causas destacan sobre cualesquiera otras y dan ya a Hitler, en el año 1926, una posición que sobrepasa en mucho la importancia numérica de su partido.

1. Lo que en el léxico fascista se denominaba «expansionismo» y que en su estadio supremo se había caracterizado por la voluntad de conquista de un imperio colonial, era aquí desde el principio y en el espíritu de aquel escrito de 1915, el programa inequívoco de una guerra de aniquilación en el Este con la finalidad de conseguir un imperio mundial autárquico por sí mismo y asegurado durante siglos. Pero el lenguaje de los catedráticos del imperio victorioso sonaba mansamente comparado con las expresiones del dirigente de un pequeño partido, pocos años después de la derrota en una guerra a escala mundial. Formuló su «testamento político» ante todo el mundo de la manera siguiente:

> «No hay que permitir jamás la formación de dos potencias continentales en Europa. Ante todo intento de organizar en las fronteras alemanas una segunda potencia militar, aunque sea solamente en la forma de un Estado susceptible de alcanzar ese potencial, no sólo se tendrá el derecho, sino el deber de impedirlo por todos los medios, incluido el de la acción militar.
>
> La fortaleza de nuestro Estado no deberá fundamentarse en colonias, sino en el territorio patrio de Europa. No deberá considerarse asegurado el Reich hasta que cada vástago de nuestro pueblo tenga su propio suelo. No hay que olvidar nunca que el derecho más sagrado de este mundo es el derecho a la tierra que se quiere trabajar por sí mismo y el más sagrado sacrificio, la sangre que se vierte por dicha tierra»[1].



La República de Weimar: un lugar para el espíritu dentro de su diversidad. (De izquierda a derecha, A. Doblin, Thomas Mann, R. Huch, B. Kellermann, H. Stehr y A. Mombert durante una sesión de la Academia Prusiana de Poetas).



La sombra de los pasados esplendores: «¿Es posible imaginar… a Fritz Ebert, de Berlín, como comandante en jefe de las fuerzas militares alemanas?» (Adolfo Hitler, 12 de setiembre de 1923). Y no era solamente Hitler quien no podía imaginarse aquello.

Hitler no se cansó hasta 1933 de repetir este íntimo pensamiento suyo en discursos públicos, hasta tal punto que sólo los ingenuos podían clasificarlo como «una tesis propagandística» (¿pero qué quería significar esto?) y considerarlo como tal.

«Nos derrumbaremos si no poseemos la fuerza suficiente para conseguir el suelo y la tierra que necesitamos»[2].

«Nuestros antepasados, que no estaban infestados de pacifismo, resolvieron este problema mediante el envío de colonos a la antigua marca oriental y la conquista de territorios para el pueblo alemán… Este proceso tuvo un brusco final porque el pueblo alemán perdió la fortaleza para conseguir semejante política colonizadora. Y para conquistar terreno y suelo se necesita fortaleza. Ésta reside en la unidad. Ello significa que un pueblo debe tener solamente una meta en su mirada y no verse estorbado por otros problemas… Puede la burguesía vitorear mil veces a su soberano y el proletariado releer su manifiesto, que no por ello se obtendrá el suelo y la tierra y no quedará por ello el hambre satisfecha»[3].

«El deseo del espacio era el íntimo sentido de las migraciones de pueblos. Un concepto que nos ha hecho emigrar por millones a las selvas americanas y brasileñas. Lucharon allá los alemanes con los indios y los derrotaron; explanaron la selva e hicieron fructificar el desierto. Nuestro pueblo, al igual que los anglosajones, es un sano pueblo labrador que sólo conoce dos principios: tierra y pueblo. De esta convicción se desprende un ilimitado convencimiento de su derecho. Ganar tierra y dejar que los otros la trabajen, es indecoroso. Pero ganar tierra y trabajarla por nosotros mismos y labrarla, es nuestro derecho»[4].

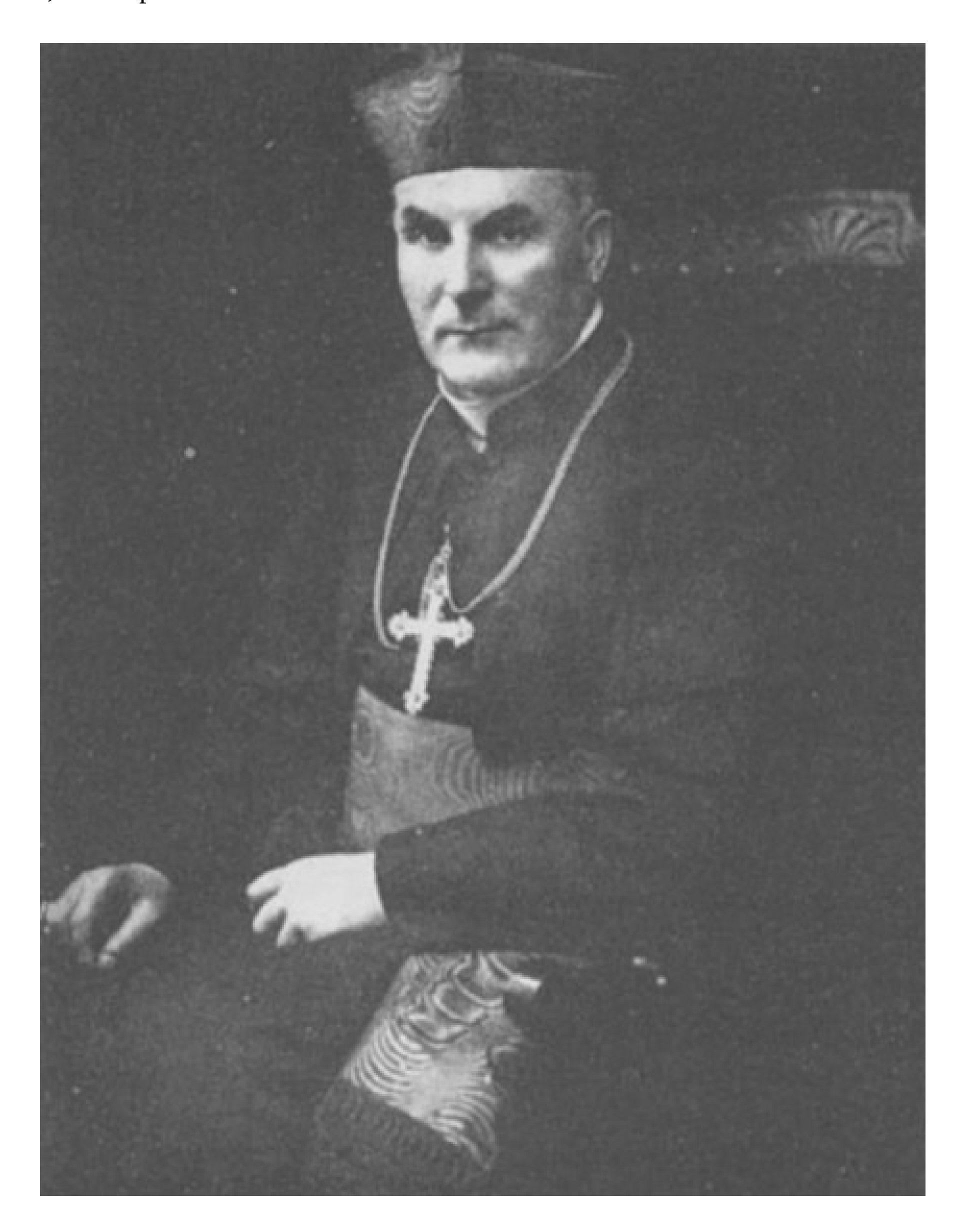


La leyenda de la «puñalada por la espalda» difundida por las derechas. Un elemento de descomposición en las raíces mismas de la República.

2. Esta conquista del espacio es sólo posible cuando el pueblo está decidido a una inquebrantable voluntad unitaria. El debilitamiento del Estado resultante de la existencia de los partidos, de una Prensa ideológicamente múltiple y corrientes de opinión de signo internacional, tenía que eliminarse, de tal manera que el nuevo Estado adquiriera una superioridad hasta entonces desconocida sobre el vecino que seguía «desgarrado». La destrucción del sistema liberal, que el fascismo sólo había admitido al principio de una manera pragmática y que Mussolini había comprobado más que exigido en sus artículos, se convirtió para Hitler en un problema de vida o muerte y todos los elementos «desintegradores»: partidos, confesiones, parlamento, métodos científicos progresivos se hicieron mitificada imagen en aquella «horrenda

simplificación» que fue el temor de «los judíos» y no fue solamente Dietrich Eckart quien insinuó una solución final con la cremación o el gas venenoso (*Mi lucha*, pág. 72) o expresó su temor ante la destrucción de la Humanidad por «los judíos».

> «Ahora comienza la mayor y última revolución. En cuanto el judío entre en posesión del poder político, arrojará fuera de sí los últimos velos con que se cubre. Del democrático judío popular se convertirá en judío de sangre y tirano popular. En pocos años intenta aniquilar a los portadores nacionales de la inteligencia y madura a los pueblos, en tanto les sustrae a sus naturales dirigentes espirituales, maduros para llevar un perdurable yugo de esclavos.
>
> El más terrible ejemplo de esta especie lo ofrece Rusia, donde llevó a la muerte a treinta millones de personas en una explosión de fanatismo, bien en parte tras inhumanas torturas, bien de hambre, para asegurar el poder a un puñado de literatos judíos y salteadores de caminos.
>
> El final no es solamente el final de la libertad de estos pueblos oprimidos por los judíos, sino el fin de estos mismos parásitos de los pueblos. Tras la muerte de la víctima muere también, tarde o temprano, el vampiro»[5].



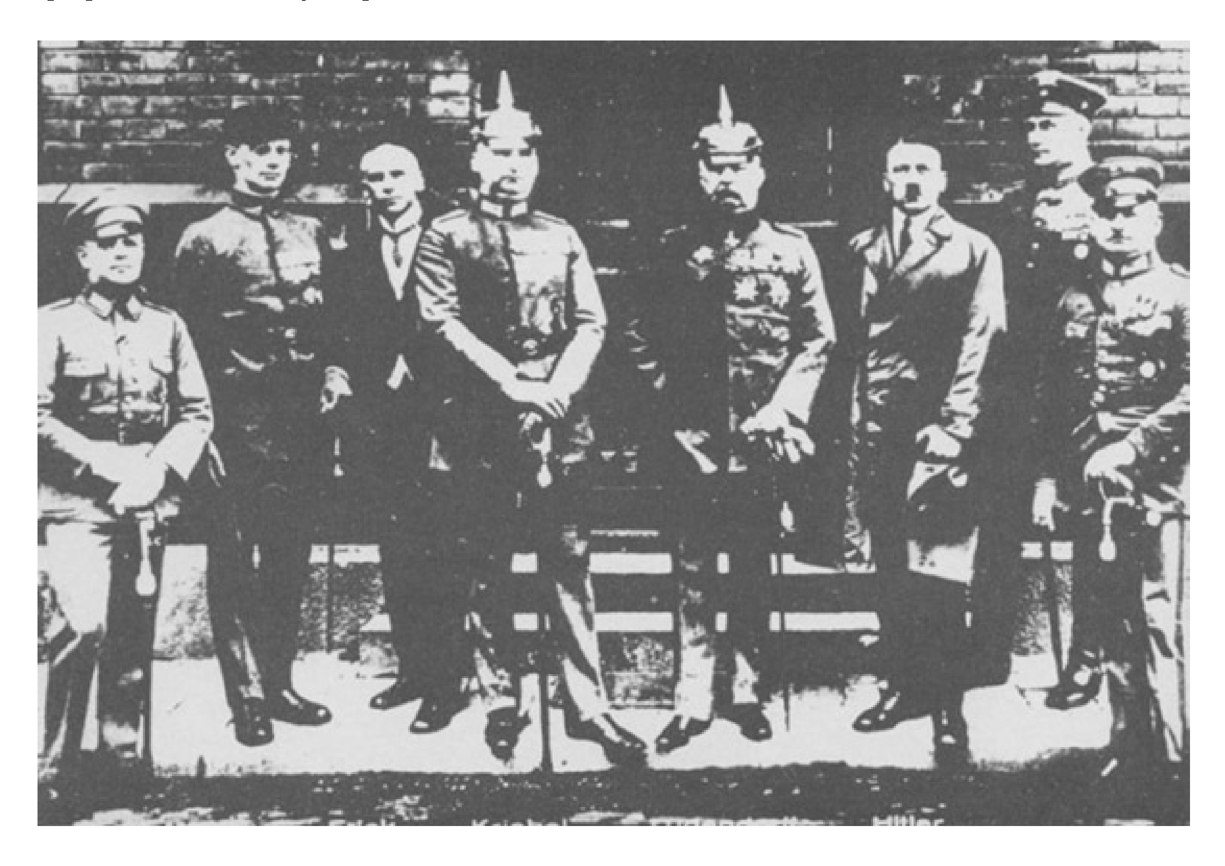
3. Mientras una gran parte de los alemanes nacionales no recataba su rencor a Mussolini por la desgermanización del Tirol meridional, y a su vez los populistas se empeñaban en descubrir a los judíos y masones que habían manejado los hilos de la marcha sobre Roma, no vaciló Hitler un solo instante en aceptar a Mussolini y el partido fascista como ejemplo. La camisa parda ocupó el lugar de la chaqueta de cuero y el denominado «saludo alemán» suplió el saludo de carácter militar. La SA perdió igualmente su carácter de organización de defensa, el partido fue reorganizado jerárquicamente y unificado con innumerables organizaciones paralelas, como el PNF, mientras la palabra «el Führer» suscitó bien pronto una magia no menor al vocablo «Il Duce».

Así es como en el año 1926, el NSDAP era efectivamente un pequeño partido, pero la única genuina organización paralela del victorioso partido fascista y el programa de Hitler no era una ocurrencia absurda, sino en cierta manera el vértice del programa de la totalidad derechas nacionales. Pero mientras la derecha nacional aspiraba a sustituir la ambigüedad de la política exterior oficial por un radical revisionismo, es decir, con el objetivo del restablecimiento de las fronteras de 1914, representaba Hitler un revisionismo revolucionario destinado a alterar fundamentalmente toda la situación mundial en provecho de Alemania. Y mientras los alemanes nacionales soñaban en una dictadura que amansara a los obreros y contrarrestara las influencias judías, para Hitler surgía un «Estado de caudillaje» *(Führerstaat)* destructor del «marxismo», así como de las premisas que lo hacían posible y todos aquellos que le entonaban sus alabanzas.

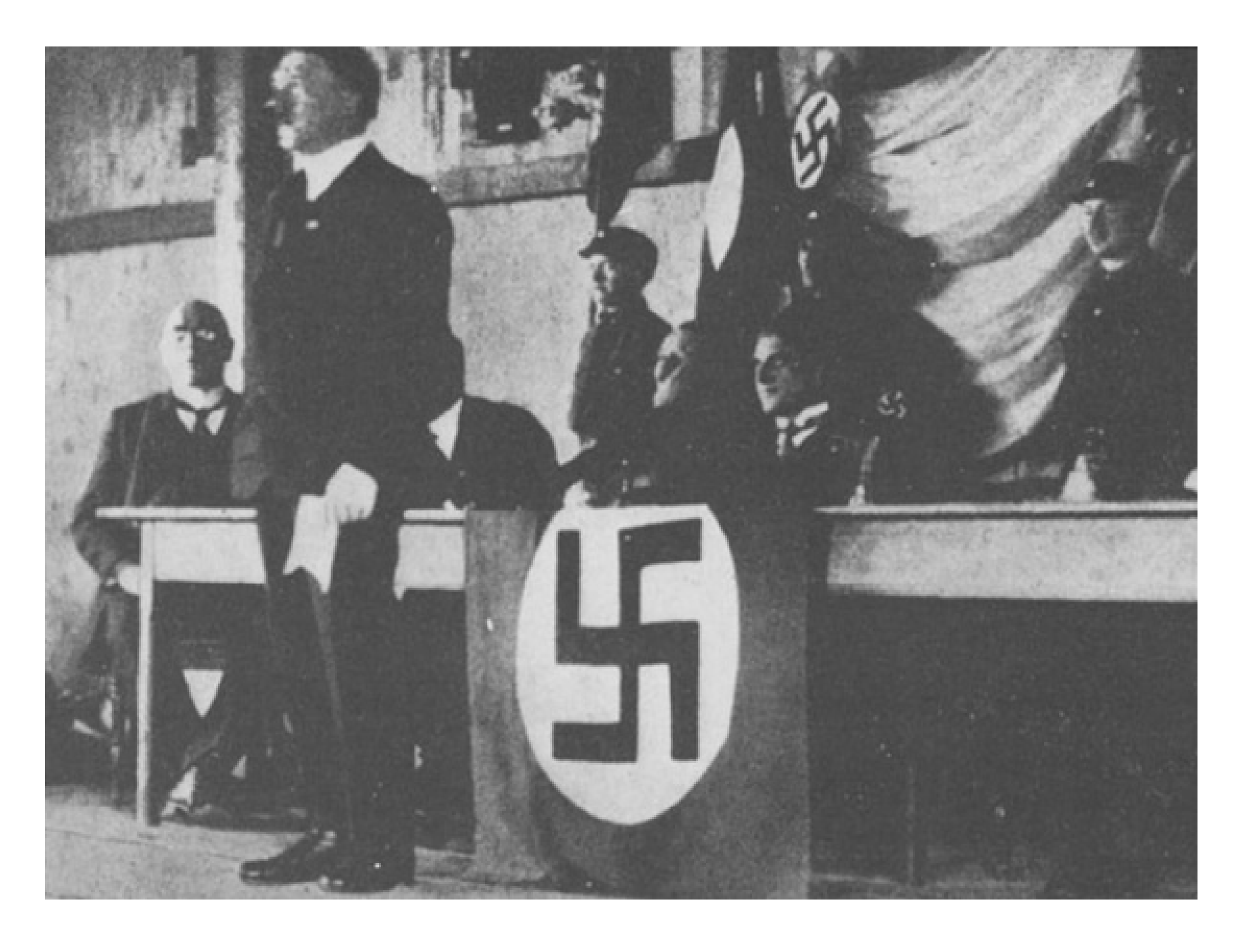
A primera vista, semejante programa parecía un desvarío. Pero, en realidad, resultaba bastante más realista que su versión moderada. Hitler vio o presintió con justeza que en normales circunstancias, Alemania era demasiado débil, y Francia, con sus aliados, demasiado fuerte como para exigir la mínima de las reivindicaciones, pero que precisamente por debajo de esta normalidad del mundo —sobre todo, por la existencia de la todavía amenazadoramente débil Unión Soviética y el nuevo aislacionismo de los Estados Unidos— las circunstancias habían experimentado un cambio radical y Alemania era potencialmente tan fuerte que la conquista de un imperio mundial en un sentido muy preciso, resultaba más fácil que la reconquista aislada de Bromberg o Königshutte. La premisa para ello no era otra que el sometimiento de los sectores conservadores bajo su *voluntad* y la desmembración de todos los enemigos según el ejemplo dado por Mussolini e

inclusive más allá de dicho ejemplo, puesto que la personificación de todos los adversarios en la figura de los judíos proporcionaba unas posibilidades demagógicas que Mussolini no había tenido. Y como poderoso medio auxiliar en el camino de aquel gran objetivo podía contar con el retrasado anhelo de unidad de las víctimas de 1866, con los muchos millones de alemanes de Austria y Checoslovaquia y también, aunque algo menos, con la poderosa corriente anticomunista existente en todos los países occidentales, más favorable al luchador contra el comunismo que lo que había sido al *Duce* de Italia. De esta manera, no le faltaban a Hitler buenas razones para adquirir conciencia de una situación enteramente inigualable y desde su punto de vista no le faltaba razón cuando cerraba su libro *Mi lucha* con estas palabras:

> «Un Estado, que en la época del emponzoñamiento racial se dedica al cuidado de sus mejores elementos raciales, tiene que llegar a ser un día dueño del mundo.
>
> Los partidarios de nuestro movimiento no deben olvidar nunca esto, cuando cada cual mida la proporción de la obra y las posibilidades de triunfo con las dimensiones de su sacrificio».



Los acusados, a los que permitió el tribunal aparecer como jueces ante la nación.

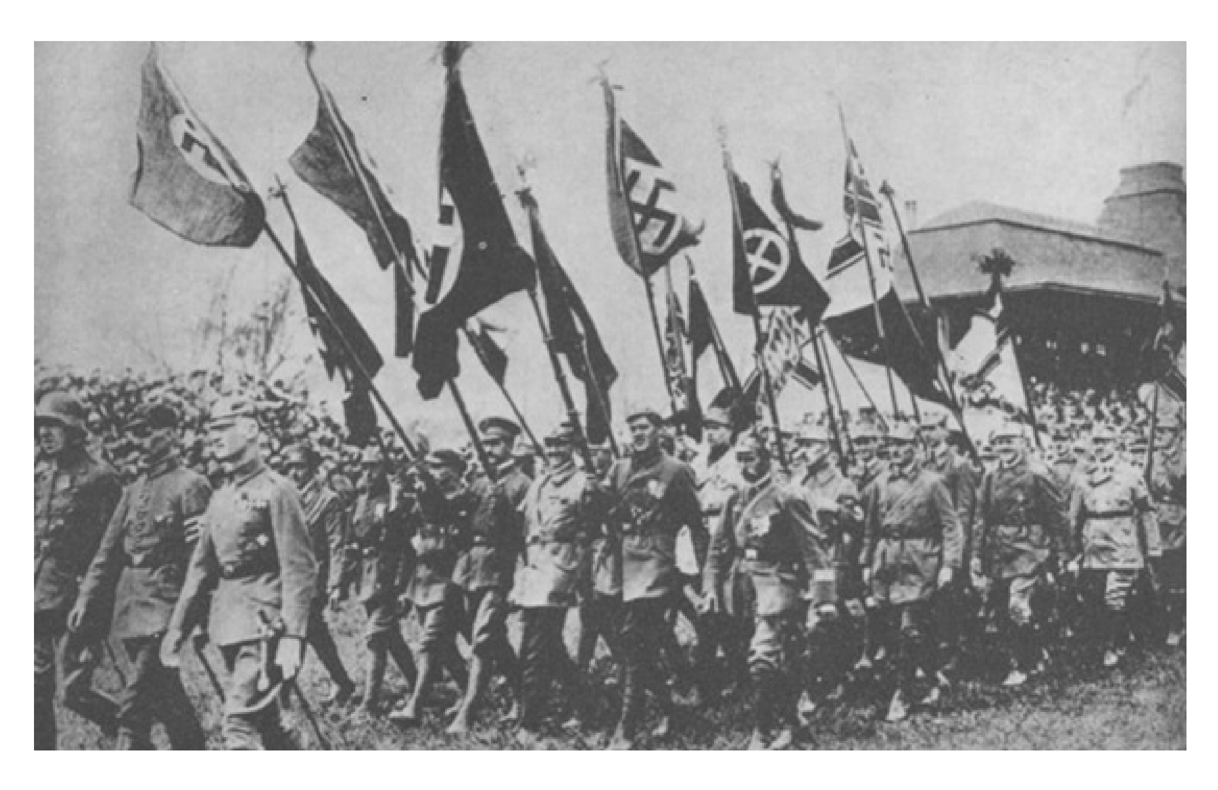


Transformación del estilo liberal de asambleas al fascista de concentraciones. Hitler, poco después de levantarse la prohibición de pronunciar discursos (¿1927?).

La exclusividad con que Hitler se fundamentaba en esta convicción fue el más importante impulso para el éxito del nacionalsocialismo. El núcleo de aquella «fe» arrastró primeramente a decenas y luego a centenares de millares de sus partidarios. Pero aunque pareciera poco realista, no era ni mucho menos una convicción individual, como se comprueba. Resultaba enteramente comunicable, bien fuera por medio de la irritación hacia el tratado de Versalles; bien por medio de la conciencia de la grandeza nacional alemana o solamente por medio del sentimiento anticomunista. Lo que el NSDAP era en Alemania, era Hitler en el NSDAP: punto de convergencia y punta de lanza. Y así es como podía ser, más que cualquier otro político de la extrema derecha, al mismo tiempo oportunista y enérgico: conocía sus objetivos y deseaba los medios para conseguirlos.



Una imagen del judío que inspira a un tiempo temor y odio.



Todavía no aparecen muy personalizados: los nacionalsocialistas en la Asamblea Alemana celebrada en Halle, en 1924.



El odio al sistema en su expresión espartaquista.



El odio al sistema en su expresión nacionalsocialista.



La voluntad para el aniquilamiento del marxismo.

Sobre este esquema elemental, pero sin cuyo conocimiento resulta imposible cualquier observación, se efectuó el desarrollo del nacionalsocialismo en los años que van hasta 1930, acrecentándose cada vez más las similitudes en su aspecto exterior con el fascismo italiano, triunfante y en el poder. Las ceremonias del pequeño partido a raíz de su cuarto congreso nacional celebrado en Nuremberg, semejaban en todo unos actos estatales y precisamente poco antes de las elecciones de setiembre de 1930 adquirió la jefatura del partido, que apenas consiguió el dos por ciento de los puestos del Reichstag, un palacio que interior y exteriormente tenía mucha semejanza con la sede de un Gobierno. La gran diferencia era que Hitler tenía que conquistar con discursos aquello de lo que se había apoderado Mussolini gracias a la acción previa de sus escuadras. Tanto las relaciones con las izquierdas en el propio partido como los vínculos con los aliados conservadores tenían otro aspecto que en Italia y en vez del carácter favorable del Estado y sus órganos, en Alemania se daba en gran parte una tenue enemistad. Tampoco se ofrecían, a pesar de todas las manifestaciones y choques de 1932, sucesos similares a un principio de guerra civil. Pero tales diferencias no alteraban, en definitiva, la típica similitud.



Dos años y medio tras el fracasado «putsch»: marcha de las SA de Hitler en Weimar, el año 1926.



Marcha provocadora de los camisas pardas.



Confección de carteles.



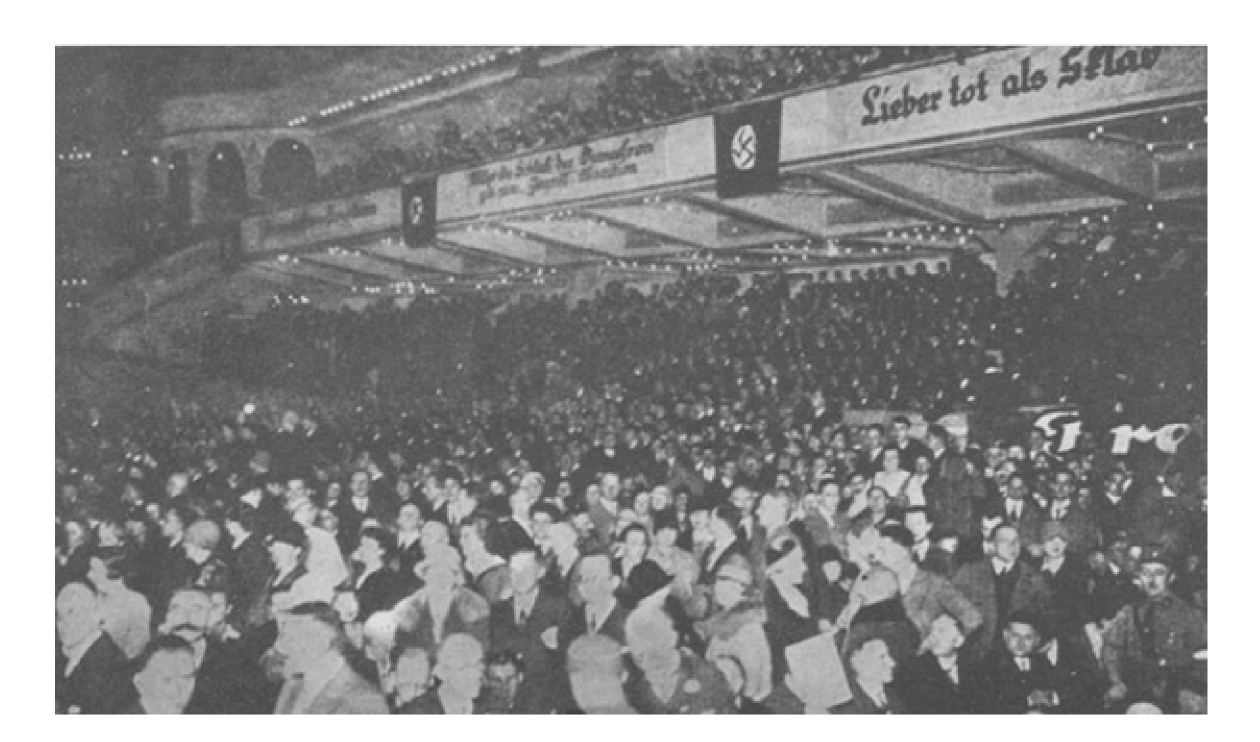
Convoyes de camiones.



Métodos y etapas de «la conquista de Alemania» por el partido de los camisas pardas: la gravedad de la lucha a vida o muerte. Hitler en el entierro de un nacionalsocialista caído en 1929.



La propaganda sobre la base de la propia glorificación: marcha de las SA en Weimar, en 1930.



Las concentraciones de masas: primer discurso de Hitler en Berlín, el año 1927.

Durante el «tiempo de lucha» mucho más dilatado surgieron con más intensidad que en Italia dos criterios fundamentales que se manifiestan en unos cuantos documentos.

La propuesta de ley presentada por el SPD (socialdemócratas) y KPD (comunistas) sobre la expropiación de los príncipes, el 19 de enero de 1926, decía textualmente así:

«El Reichstag ha redactado la siguiente ley a propuesta popular y que con la aquiescencia del Consejo del Reich, se promulga seguidamente:

Con base al artículo número 153 de la Constitución del Reich, se establece:

Artículo I: la fortuna conjunta de los príncipes que hasta el cambio de régimen de 1918 gobernaron en los países alemanes, así como los bienes conjuntos de las casas principescas, sus familias y los miembros de sus familias, son expropiados en provecho de la comunidad y sin indemnización alguna.

Los bienes expropiados pasarán a ser patrimonio del país en el que hubiera reinado la casa principesca hasta su destronamiento o abdicación.

Artículo II: los bienes expropiados serán aplicados en beneficio:

a) de los que carezcan de propiedad alguna.

b) de los afectados por la guerra y los disminuidos físicamente por su causa.

c) de los pequeños rentistas y rentistas sociales.

d) de las víctimas de la inflación que se hallen necesitadas.

e) de los obreros agrícolas, pequeños arrendatarios y pequeños campesinos para la creación de explotaciones agrarias en los terrenos expropiados. Los castillos, viviendas y demás propiedades inmobiliarias se dedicarán a fines de bienestar, cultura y educación, así como a la instalación de casas de cura y recuperación para los disminuidos físicos como consecuencia de la guerra, así como a hogares infantiles.

Artículo III: Todas las disposiciones —en especial los gravámenes hipotecarios e inscripciones— en relación con los bienes objeto de esta expropiación, así como los contratos

referentes a los mismos que tengan fecha posterior al 1 de noviembre de 1918, se considerarán nulos.

Artículo IV. Las medidas complementarias a la presente ley se establecerán mediante otra ley votada por el Reichstag y de alcance general que contendrá las particularidades y detalles para el cumplimiento del artículo II y el disfrute de los bienes expropiados por los respectivos Länder»[6].


Bayernausgabe

München, Donnerstag, 11. Februar 1932

VÖLKISCHER BEOBACHTER

Herausgeber Adolf Hitler

Kampfblatt der national-sozialistischen Bewegung Großdeutschlands

Hilflose pazifistische Beschwörungen

Brünings als Antwort auf die französische Herausforderung

Ein müder Dialektiker als Wortführer der deutschen Forderung auf Gleichberechtigung und Sicherheit — Wieder eine deutsche Niederlage

Brünings neuester Versager

S.A.-Mann Arno Kallweit †

Königsberg, 10. Februar

Der am 28. Januar von Marxisten überfallene und zusammengeschlagene 21jährige S.A.-Mann Arno Kallweit aus Rauschen ist am 8. Februar an den Folgen eines schweren Oberkieferbruches und Schädelbruches verstorben. Seine letzten Worte waren: „Ich weiß, wofür ich sterbe.“

Deutschland erwache!

Adolf Hitler bei der Berliner S.A.:

„Wir haben an Stelle der eisernen Front die lebendige Front“

Generalappell der 15000 Berliner S.A.-Männer vor dem Führer

El periódico como arma: el *Volkischer Beobachter*.



La Policía de la República de Weimar se mostraba hacia los nacionalsocialistas menos amistosa que los «carabinieri» hacia los fascistas, y sin embargo, tenía que actuar con frecuencia en primera línea contra

los comunistas. En el suelo aparece un comunista derribado por los agentes.

El día 28 de abril, el doctor Frick y algunos de sus camaradas presentaron el siguiente proyecto de ley:

> «El Reichstag ha decidido la siguiente ley, que con la aprobación del Consejo del Reich, se promulga.
>
> Artículo I: los bienes totales de los príncipes de la Banca y la Bolsa, que desde el 1 de agosto y por causa de guerra, revolución, inflación y deflación, se han acrecentado considerablemente, en especial aquellos de los judíos procedentes del Este, sus allegados y familiares, son expropiados en beneficio del país. Los bienes pasarán a beneficiar y ser patrimonio del país donde residan quienes son objeto de la medida.
>
> Artículo II: los bienes expropiados serán aplicados en beneficio:
>
> *a)* de los que carecen de fortuna alguna.
>
> *b)* de los afectados por la guerra y los disminuidos físicamente por su causa.
>
> *c)* de los pequeños rentistas y rentistas sociales.
>
> *d)* de las víctimas de la inflación que se hallen necesitadas.
>
> *e)* de los obreros agrícolas, pequeños arrendatarios y pequeños campesinos para la creación de explotaciones agrarias en los terrenos expropiados.
>
> Los castillos, viviendas y demás propiedades inmobiliarias se dedicarán a fines de bienestar, culturá y educación, así como a la instalación de casas de cura y recuperación para los disminuidos físicos, como consecuencia de la guerra, así como a la instalación de hogares infantiles.
>
> Artículo III. Todas las disposiciones y en especial los gravámenes hipotecarios e inscripciones en relación con los bienes objeto de esta expropiación y que tengan fecha posterior al 1 de enero de 1926, se considerarán nulos.
>
> Artículo IV. Las medidas complementarias referentes a la presente ley se establecerán mediante una ley votada por el Reichstag y de alcance general, que contendrá las particularidades y detalles para el cumplimiento del artículo II y el disfrute de los bienes expropiados por los respectivos países»[7].

Ambas propuestas de ley eran burdamente antagónicas, como se comprueba. Las dos eran, empero, idénticas por su carácter contrario a un Estado de derecho, ya que aspiraban a la expropiación sin indemnización de un determinado grupo. También en este caso, el nacionalsocialismo se revelaba como enemigo mortal y al mismo tiempo imitador del socialismo marxista; como espejo y contrafigura a un mismo tiempo.

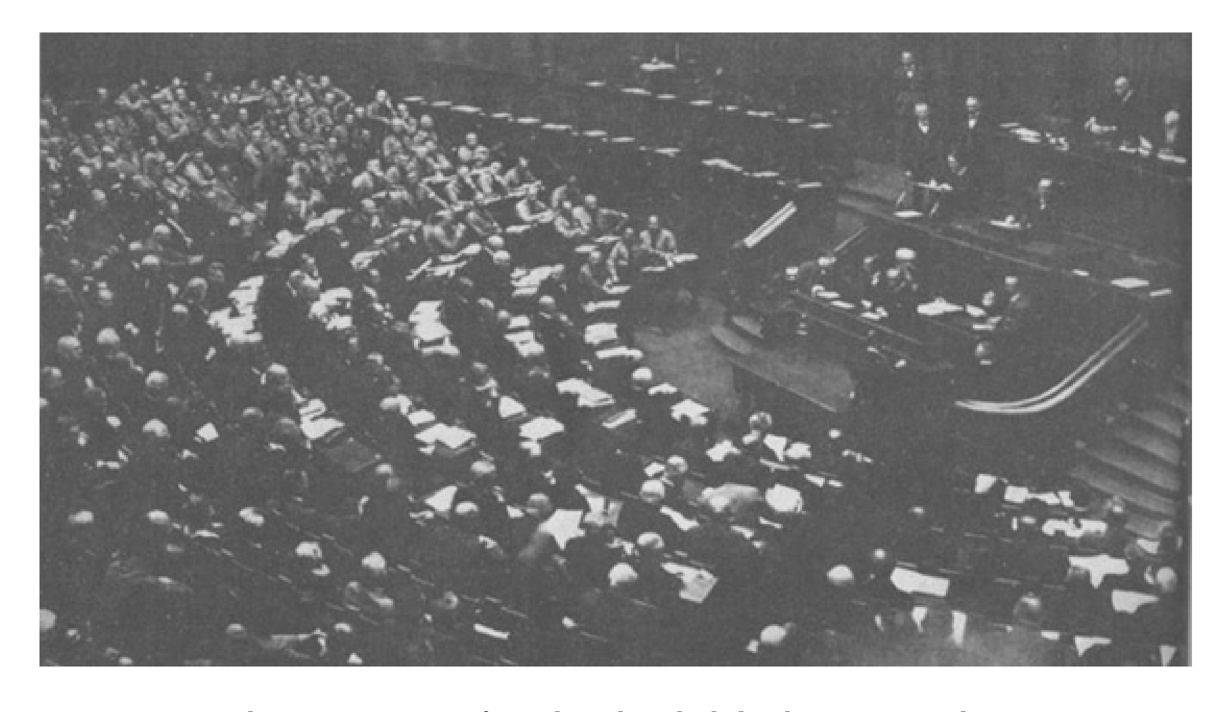


La lucha por Berlín. El demagogo intelectual, doctor Toseph Goebbels.



Miembros de los primeros destacamentos berlineses de las SA. A la derecha, el último de pie: Horst Wessel, luego asesinado y cuya muerte dio lugar a su glorificación.

El viento de la gran crisis hinchó las velas del nuevo partido. Tras las elecciones de setiembre de 1930, un grupo de choque entra en el Parlamento.



El cuerpo extraño uniformado en la sede de las discusiones civiles.

El 30 de abril de 1928, escribió Joseph Goebbels en su publicación *Angriff*:

> «Somos un partido antiparlamentario, que rechazamos con buenos fundamentos la Constitución de Weimar y las instituciones republicanas por ella creadas; somos enemigos de una democracia falsificada, que incluye en una misma lista a los inteligentes y los tontos, los aplicados y los perezosos; vemos en el actual sistema de mayoría de votos y en la organizada irresponsabilidad, la causa principal de nuestra creciente ruina. ¿Qué vamos a hacer, por tanto, en el Reichstag?
>
> Vamos al Reichstag para procurarnos armas en el mismo arsenal de la democracia. Nos hacemos diputados para debilitar y eliminar el credo de Weimar con su propio apoyo. Si la democracia es tan estúpida que para este menester nos facilita dietas y pases de libre circulación, es asunto suyo. No pensamos tener quebraderos de cabeza por ello. Para nosotros es bueno todo medio legal que revolucione la situación actual. Si conseguimos mediante estas elecciones situar de sesenta a setenta agitadores y organizadores de nuestro partido en los diferentes parlamentos, el propio Estado autorizará e incluso subvencionará en el futuro nuestro aparato de lucha. Es una oportunidad, suficientemente madura y enteramente irónica, para experimentar sus efectos. ¿Que corremos el riesgo de parlamentarizarnos en el Parlamento? ¡Ya lo veremos! ¿Cree alguno de vosotros que cuando acudamos a un pleno de la alta casa significará beber unas copas en hermandad con Philipp Scheidemann? ¿Nos tenéis por unos revolucionarios tan tibios que vamos a olvidar, por razón de una gruesa alfombra roja y un lugar bien temperado, nuestra misión espiritual?
>
> ¡Quien va al Parlamento se convierte en uno de ellos! Efectivamente: quien va al Parlamento para ser uno de los suyos. Pero si se acude allá con la voluntad entera y firme de combatir la degradación de nuestra vida pública, no se corre el riesgo de convertirse en un parlamentario, sino que se sigue siendo quien uno es: un revolucionario.
>
> También Mussolini fue al Parlamento. Y a pesar de ello, no tardó en marchar con sus camisas negras sobre Roma»**[8]**.

No queda duda alguna de que Goebbels, con su invocación de la opinión pública y su virtuosismo en los titulares era, al igual que Hitler, típico producto de una época democrática. De una manera mucho más patente que el fascismo, el nacionalsocialismo era hijo y asesino de una democracia, que quería tener en cuenta que solamente podía ser «gobierno del pueblo» en tanto se respetara el propio ser de este mismo pueblo.

Gran marcha ante el palacio de Braunschweig, en octubre de 1931.



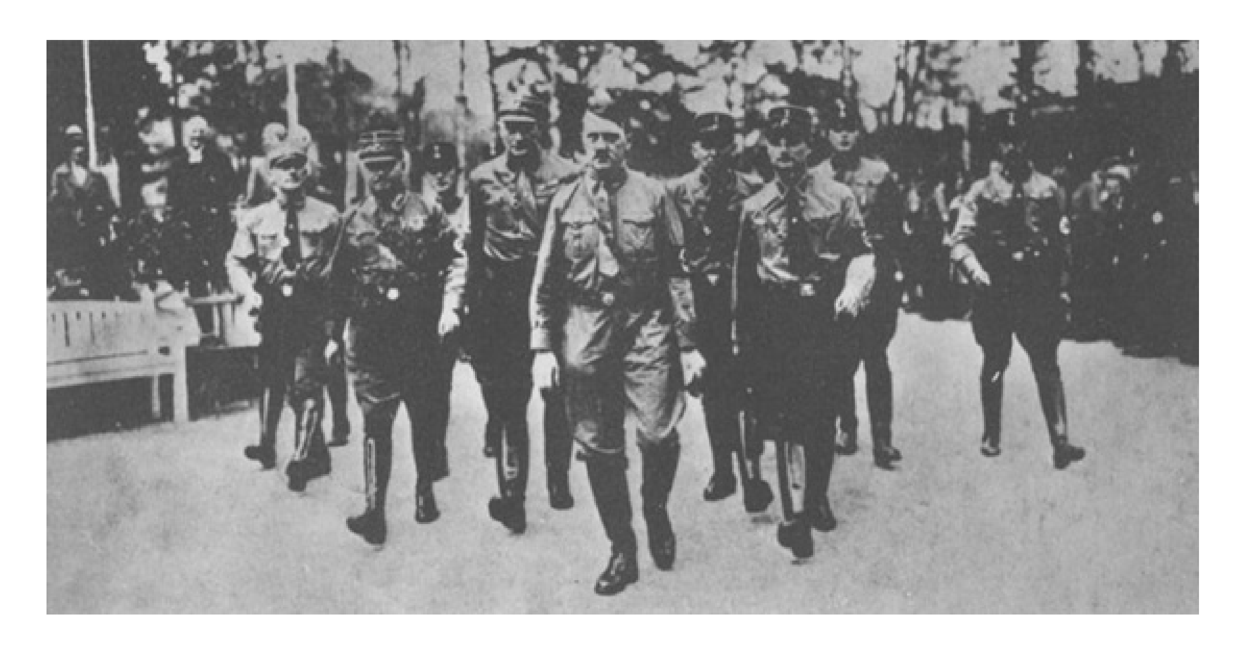
Los estandartes de la nueva guardia en espera del emperador plebeyo (Braunschweig, octubre de 1931).



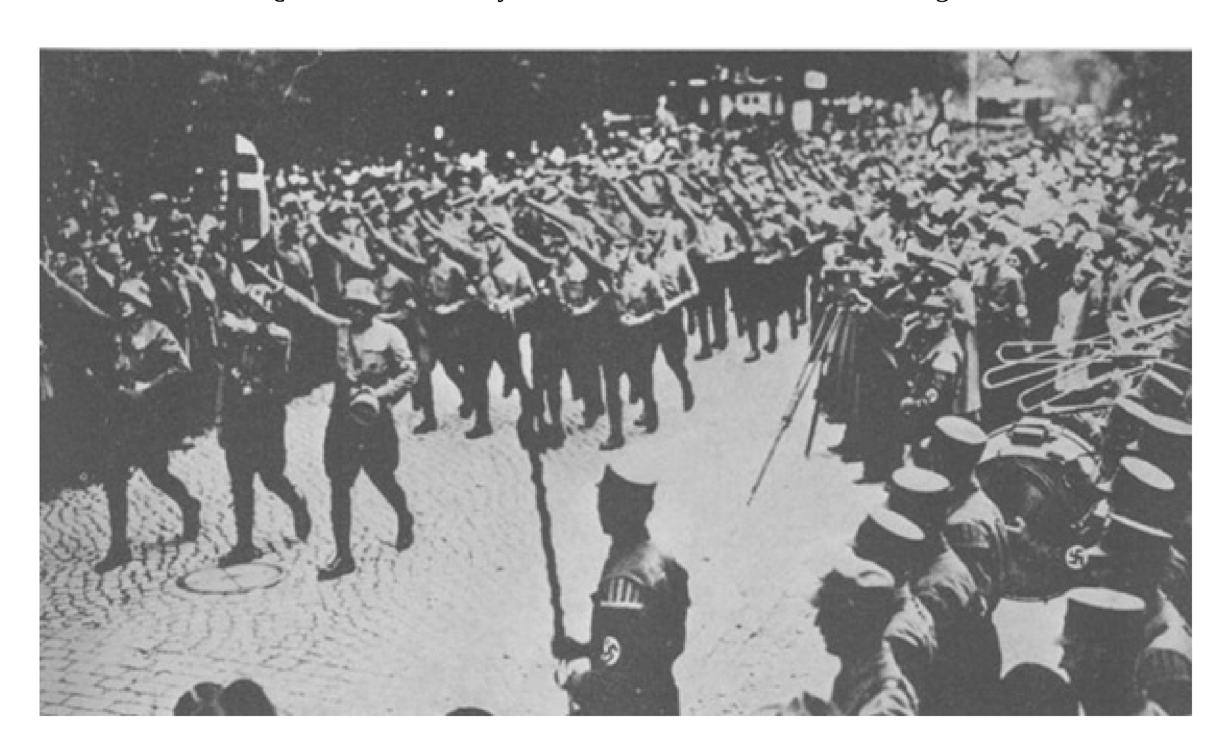
El símbolo internacional de los fascistas nacionales: uniforme bajo la calavera y las tibias (octubre de 1931).

Porque, como hemos visto, el NSDAP era mucho antes del principio de la crisis económica tan sólo un pequeño partido en un sentido cuantitativo, pero en el fondo representaba la encarnación decidida y moderna de la «vieja Alemania». Que esta opinión, extensa y difusa, que penetraba profundamente en el «Deutsche Volkspartei» (Partido Popular Alemán) e incluso en el «Zentrum» y que les restaría cada vez mayor número de votos conforme se fuera estabilizando la situación, era algo que no podía ponerse en duda: la cifra de los miembros inscritos ascendió de 1925 a 1929 desde unos 25.000 a cerca de 175.000. Pero que a finales de 1930 llegara casi a los 400.000, que un año más tarde doblara esta cifra y que en abril de 1932 alcanzara limpiamente un millón de miembros y multiplicara por diez los resultados

electorales, resulta tan excepcional en la historia parlamentaria del mundo, que necesariamente debía tener también una causa de excepción. Que haya que buscar semejante causa en la crisis mundial es una justificación accesoria puesto que la insatisfacción y desencanto apenas podían obrar en favor del NSDAP hasta en el interior de las filas obreras. Que el meollo de la doctrina de Hitler fuera decisivo en tal aspecto resulta sencillamente indemostrable; pero en rigor, aquella resolución, aquella «creencia» surgía, en última instancia, del mismo meollo. Toda insatisfacción intensiva busca una alternativa del sistema constituido y mucho más, si procede esta alternativa de la juventud; pero el SPD formaba parte del sistema y se demostraba que el KPD (comunistas) no podía considerarse como una alternativa. Precisamente porque la crisis económica creó una analogía con la situación revolucionaria de los inmediatos tiempos de posguerra y el KPD se lanzó a la liza con terminología revolucionaria que buscaba, sobre todo, los votos de los desposeídos, despertó en la mayor parte del pueblo alemán una profunda aversión. Quedó demostrado que el antiguo concepto del «proletariado», que era su fundamento programático, no correspondía desde hacía tiempo con las realidades sociales; su estrecha vinculación, por otra parte, con la Unión Soviética, provocaba elementales reacciones nacionales contrarias y su encarnizada lucha contra el «socialfascismo» del SPD imposibilitaba la creación de un frente defensivo común de la clase obrera. Así es que el partido no fue hasta 1933 en ningún instante lo suficientemente fuerte para emprender un levantamiento armado con la menor sombra de probabilidades de éxito; pero dentro de su debilidad iba haciéndose cada vez más fuerte, así como un ojeador que llevara la empavorecida fiera, que a pesar de todo era la «burguesía», ante los tranquilizadores fusiles del cazador nacionalsocialista. En el nacionalsocialismo se aprovechaba esta circunstancia y se trataba de fortalecerla con las acusaciones contra los judíos. Ello hacía que fuera ganando las simpatías de los alemanes, deseosos de un cambio pero amantes, a un tiempo del orden. Si a ello se unía la estrecha vinculación con las tradiciones militares alemanas, hizo que por lo menos algunos de los industriales, en general bastante desconfiados hacia aquel socialismo de nueva especie, comenzaran a apoyarlo con aportaciones económicas. No menos evidente resultaba que el nacionalsocialismo era el vértice de una incontenible ola nacional, que se impacientaba y exigía el final de aquella «era de Versalles», en la práctica superada por la inteligente labor de Stresemann y la propia situación internacional.



¿Todavía tambor o ya señor? Hitler entra en Bad Harzburg.



¿Las SA como tropas auxiliares de los conservadores? La «Alemania nacional» concentrada en Bad Harzburg, el año 1931.

El redoble de las concentraciones de masas (en el «Sportpalast» de Berlín, en 1932).



Las solicitaciones a los obreros (a raíz de las elecciones de setiembre de 1930).

der Angriff

Herausgeber: Dr. Goebbels Berlin

Das deutsche Abendblatt in Berlin

Für die Unterdrückten Gegen die Ausbeuter

Dienstag, den 23. August

Einzelpreis 10 Pf.

Röhm unterwegs nach Berli

Vollstreckung der Todesurteile

Ganz Deutschland ruft: Niemals!

Unfaßliches ist geschehen!

Ein Aufruf des Führers

Nationalsozialisten! Deutsche!

In Kameradsch und Treue verbu

Disculpa del asesinato «por Alemania» (*Der Angriff* del 23 de agosto de 1932, tras el proceso Potempa).





El orador que supo ganar a un tercio de los alemanes.

A la vista de todos estos hechos y la gravedad de la crisis, no deja de sorprender que el nacionalsocialismo no hubiera obtenido en las elecciones del Reich de 1932 menos de un tercio de los votos: las masas socialdemócratas y católicas demostraron la fortaleza de sus lazos ideológicos en Alemania. Pero que el viento soplaba violentamente quedó demostrado por la circunstancia de que se vieran obligados a adoptar los métodos de sus enemigos, sin poder alcanzar de lejos su eficiencia; incluso si sus partidarios se recibían con el brazo levantado, el ascético intelectual Brüning no se convirtió en «Führer» de unas masas estáticas y las tres flechas del Frente de Hierro se estrellaron ante la cruz gamada que tenían que atravesar. (¿Acaso no habían organizado inclusive los liberales italianos en el año 1923 sus propias «escuadras»?). El único método viable para contener la corriente hasta que hubiera ésta desaguado, no se utilizó porque la asamblea constituyente había tendido, incluso en el año 1919, hacia el estado normal de una época democrática. Hubiera obtenido el artículo número 48 del estado de excepción la aceptación correspondiente, los partidos formal y materialmente fieles a la Constitución se hubieran visto *obligados* a formar coalición en el caso de que sus mandatos hubieran descendido por debajo del cincuenta por ciento y no hubieran *debido* soltar el poder de las manos antes de que *uno* de los partidos adversarios hubiera alcanzado la mayoría del 66 por ciento precisa para alterar la Constitución. Pero Hugo Preuss era un hombre del optimista siglo XIX, que creía en el predominio de la razón y la moderación en todos los hombres. Así es que el futuro de la democracia liberal en Alemania quedó al albur de la sagacidad de las derechas que no eran nacionalsocialistas y especialmente del propio Hindenburg. No le faltaba al presidente del Reich decisión ante la acometividad del partido nacionalsocialista y así rechazó el 13 de agosto de 1932 la solicitud del poder que le hizo Hitler en términos perentorios y según el ejemplo del propio Mussolini. Pero no todas las personas de su círculo pensaban igual. Y Hitler había revelado en la práctica que estaba lleno de sentimientos conservadores, al tiempo que se esforzaba, por otra parte, en pasar por un revolucionario. En su discurso a los industriales del occidente alemán, el 27 de enero de 1932, había dicho:

«Vemos como consecuencia última y más grave, el que paralelamente al lento confusionismo y perturbación del pensamiento europeo, aparece una concepción del mundo en una parte de Europa y una gran parte de Asia, que amenaza con fragmentar este continente del conjunto de las relaciones económicas internacionales… un fenómeno que hoy consideran todavía los estadistas alemanes con una ligereza que es causa de asombro. Cuando escucho, por ejemplo, un discurso en el que se dice: «Es necesario que el pueblo alemán permanezca unido», tengo que preguntar:

¿Se cree acaso que esa unidad no es actualmente más que un problema de buena voluntad política? ¿No se observa que se ha operado en nosotros un desgarrón, una fragmentación que no es producto de algunas mentes, sino cuyo exponente ideológico constituye hoy el fundamento de una de las grandes potencias mundiales? ¿No se dan cuenta de que el bolchevismo no es el color rojo que llena algunas calles de Alemania, sino un concepto que está dispuesto a la conquista de todo el continente asiático y que hoy rige estatalmente casi desde nuestras fronteras orientales hasta Vladivostok?



La palabra mortal en la propaganda comunista: soviet.
(Una calle de Hamburgo en 1920).



La autoparálisis de los partidos obreros: propaganda de los comunistas contra el SPD (socialdemócratas).



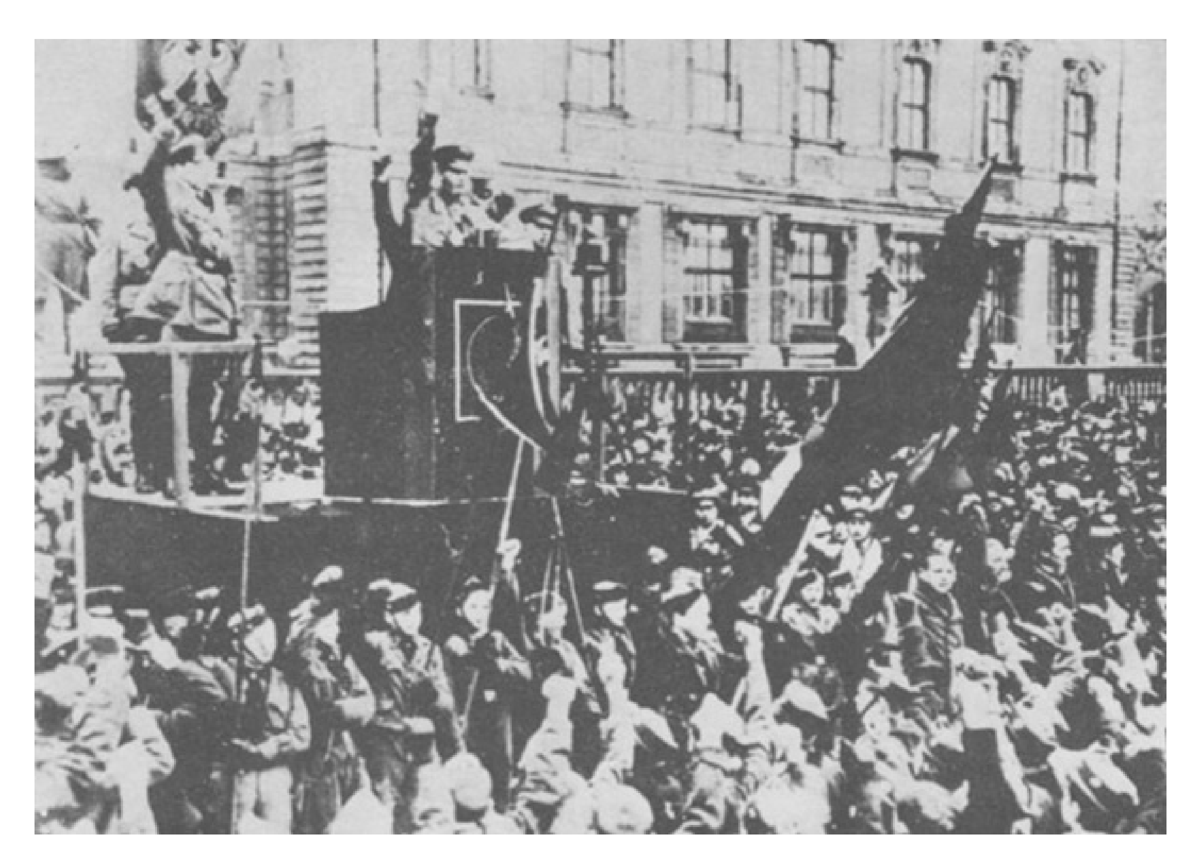
Circunstancial aproximación de los enemigos mortales, como en 1923 y luego durante la huelga de transportes berlinesa (1932). Discusión entre Walter Ulbricht (de pie) y Joseph Goebbels (el primero de la izquierda) en la «Saalbau» de Friedrischain, en 1931.



La interpretación más cargada de consecuencias: socialdemócratas igual a socialfascistas.



Los enemigos del nacionalsocialismo tratan de reagruparse: las tres flechas del «Frente de Hierro» para la defensa contra el fascismo.



Holtermann durante un acto celebrado en Berlín.

Se nos presenta el problema como si fuera producto o fruto de unas cuantas mentes fantásticas. No; una concepción del mundo ha conquistado un Estado y a partir de esta base se dispone a sacudir el mundo entero y llevarle al derrumbamiento. Si no se obstaculiza su camino, el bolchevismo operará en el mundo una alteración tan profunda como antes el cristianismo. Dentro de 300 años será imposible decir: se trata de una idea económica. Dentro de 300 años será posible saber que se trata de una nueva religión, aunque fundada sobre otras bases. Dentro de 300 años y si este movimiento sigue desarrollándose, no se verá en Lenin tan sólo a un revolucionario del año 1917, sino el fundador de una nueva doctrina mundial, con un culto semejante al que ahora se da a Buda. No es así como se considera esta gigantesca aparición por parte del mundo actual. Es una realidad y tiene que cumplimentar sus objetivos, que no son otros que la suplantación de nuestra raza blanca al frente de los destinos mundiales. Veamos las etapas de dicho proceso: primeramente, descenso del nivel cultural y con ello, la sensibilidad; descenso del nivel económico general y con ello, ruptura de las relaciones con todas las demás naciones; luego, estructuración de la propia producción, con ayuda de las muletas de la economía capitalista. Como último estadio, la producción propia con desconexión de los otros países, que con toda seguridad se encontrarán en sus propias fronteras con uno de los más duros y enconados competidores…

Si el comunismo se extiende actualmente en Rusia, este bolchevismo es en definitiva tan lógico para Rusia como anteriormente el zarismo. Es un régimen brutal ejercido sobre un pueblo que sin ser gobernado brutalmente no podría acaso mantenerse como Estado. Pero si esta ideología hace presa en nosotros, no tenemos que olvidar que nuestro pueblo está racialmente asentado sobre elementos diversos y que no tenemos que ver en el lema “Proletarios de todos los países, uníos” tan sólo un lema político. En realidad, es la muestra de la voluntad de gentes que en su ser poseen un cierto parentesco con análogos pueblos de un más bajo escalafón cultural. Nuestro pueblo y nuestro Estado fueron creados por el ejercicio del absoluto derecho señorial de los llamados hombres nórdicos, los componentes raciales arios, que poseemos aún hoy en nuestro pueblo. Por ello y en contraposición con nuestro Gobierno oficial, no está en la primacía de la

política exterior alemana el camino, sino que estas primacías deben ser la restauración de un sano cuerpo nacional y lleno de vigor. Para llevar a cabo esta labor fundé hace trece años el movimiento nacionalsocialista, que dirijo desde hace doce y mi deseo es que los frutos de este movimiento sean el restablecimiento de un cuerpo popular alemán regenerado, que sepa reaccionar tanto contra quienes desde dentro intenten corromperlo como contra los que desde fuera quieran atacarlo. Y que esté dispuesto a vivir en paz y amistad con todos aquellos que deseen esta misma paz y amistad»[9].



Un cartel del Partido Popular Bávaro en el que se ironiza sobre el concepto de «hombre nórdico» puesto en vigencia, con alusiones caricaturescas al doctor Goebbels.



Un cartel nacionalsocialista en el que se acusa a Von Papen de hacer el juego al bolchevismo.



La etapa final: coincidencia con Von Papen en 1933.

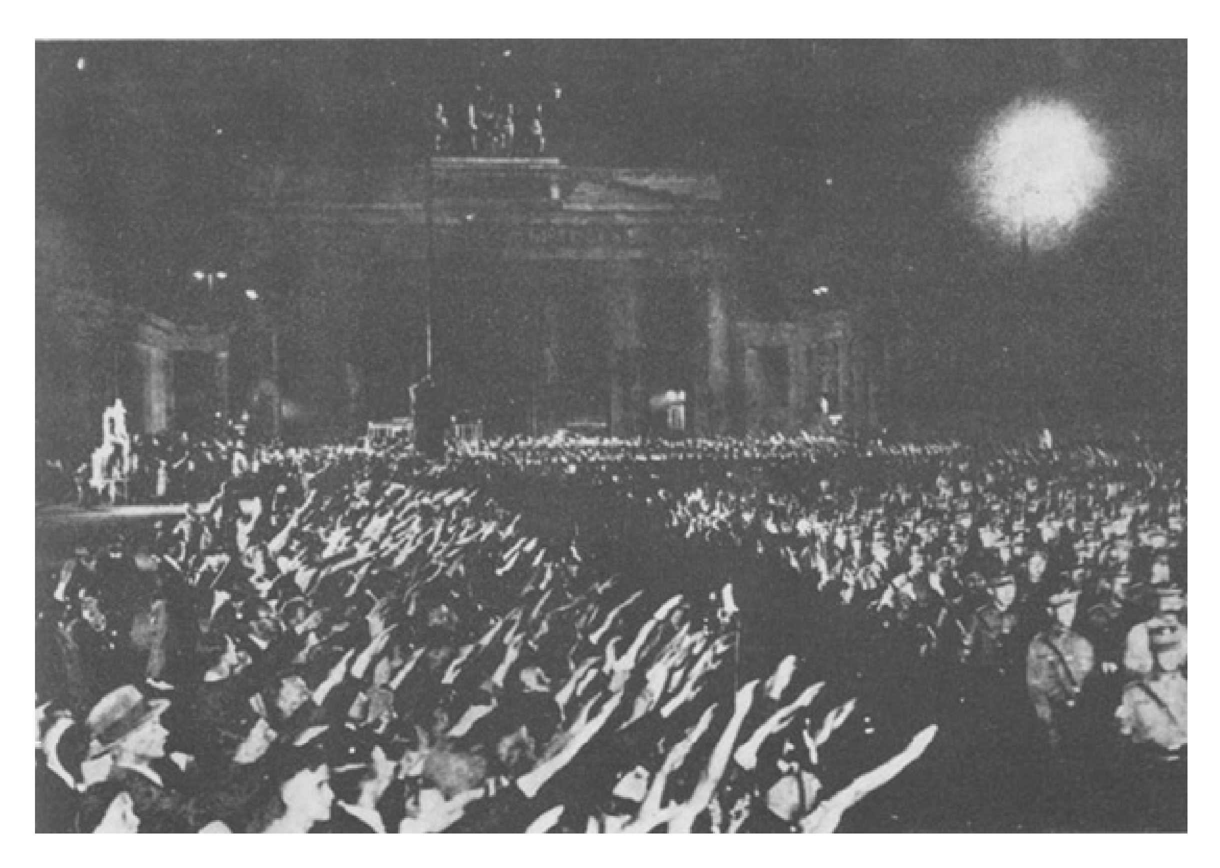


El cuartel general de Hitler, en el «Hotel Kaiserhof».

Si el nacionalsocialismo, fuera de toda demagogia y toda formal semejanza con el comunismo, demostraba unos sentimientos de índole tan conservadora, ¿por qué no aceptarlo y buscar una alianza mejor que con los socialdemócratas, sobre todo cuando ofrecía los cuadros precisos para el rearme y tenía abierto el camino para la formación de una normal mayoría parlamentaria? El ejemplo italiano no provocaba un temor demasiado intenso o no se creía en una repetición de las circunstancias de 1922 a 1926 en un contexto que resultaba por completo diferente.

A pesar de ello, Von Papen y Von Schleicher estaban tan llenos de dudas y escrúpulos que cada uno de ellos llegó a prever, como canciller del Reich, el difícil camino de la dictadura militar. Pero como no consiguieron ponerse de acuerdo entre sí, allanaron las intrigas el camino hacia el poder a un hombre que como jefe del partido más poderoso tenía desde hacía tiempo el derecho a la jefatura del Gobierno y que como caudillo de un grupo contrario a la forma constitucional, con una Constitución que no hubiera sido tan sólo formalmente democrática, solamente habría podido alcanzar el puesto de canciller del Reich mediante la violencia revolucionaria. Pero cuando la

noche del 30 de enero de 1933, el partido desfiló ante el mariscal de campo y el cabo de la Gran Guerra, en Alemania se había alterado el equilibrio bastante más intensamente que con anterioridad en la Italia de la marcha sobre Roma. Y aunque aquel régimen permaneciera aislado por espacio de aún más de tres años, emergió entonces como real posibilidad aquello que Mussolini había anticipado en palabras que fueron consideradas por todos como una auténtica jactancia: el esbozo de una Europa fascista.



La etapa final: comienza el «alzamiento nacional».

ÍNDICE BIBLIOGRÁFICO DEL CAPÍTULO QUINTO

Sobre la fase final y la historia de los partidos de la República de Weimar:

Karl Dietrich Bracher, «La disolución de la República de Weimar» («Die Auflósung der Weimarer Republik»), Villingen 1960.3

Francis L. Carsten, «La Reichswehr y la política» («Reichswehr und Politik 1918-1933»), Colonia-Berlín 1964.

Theodor Eschenburg, «La democracia improvisada» («Die improvisierte Demokratie»), Munich 1963.

Ossip K. Flechtheim, «El Partido Comunista Alemán en la República de Weimar» («Die KPD in der Weimarer Republik»), Hamburgo 1946.

Ludwig Bergstrasser, «Historia de los partidos alemanes» («Geschichte der deutschen Parteien»), Munich 1960.10

«El final de los partidos, 1933», por Erich Matthias y Rudolf Morsey («Das Ende der Parteien 1933»), Dusseldorf 1960.

Karl Rohe, «La bandera del Reich negra-rojo y oro», Düsseldorf 1967.

Franz von Papen, «La verdad de una separación», Munich 1952.

NSDAP

Wemer Maser, «Mi Lucha», de Hitler. Origen, disposición, estilo, correcciones, fuentes y valor de dichas fuentes. Extractos comentados. Munich 1966.

Dr. Joseph Goebbels, «Der Angriff». Escritos de los tiempos de lucha, Munich 1935.

«Relampagueos». Segundo tomo de «Der Angriff», Munich 1939.

Joseph Goebbels, «Del Kaiserhof a la Cancillería del Reich», Munich 1934.

Max Domaras, «Hitler. Discursos y proclamas», Tomo I, Triunfo (1932-1938), Wurzburgo 1962.

Otto Strasser, «Exilio», Munich 1958

EFEMÉRIDES DEL CAPÍTULO SEXTO

Rumanía

1919

Rumanía obtiene, como Estado vencedor y mediante los tratados de paz, un sustancial aumento territorial: se convierte en la «Gran Rumanía» y Estado de diferentes nacionalidades. Los disturbios comunistas en los primeros momentos de la posguerra son reprimidos con rapidez y de una manera radical. Quedan sin solución los problemas de las fuertes minorías húngara y judía. Lucha interna entre la oligarquía altoburguesa de los «liberales» y los nuevos partidos Campesino y Popular.

1922

Mayo: el estudiante Corneliu Zelea Codreanu funda en la Universidad de Jassy y bajo la protección del dirigente anticomunista, profesor Alexander Cuza, y unos cuantos correligionarios, la «Unión de los estudiantes cristianos».

Diciembre: Como consecuencia de los procesos de Klausenburg tienen efecto en todas las universidades rumanas graves disturbios antisemitas.

1923

Marzo: Cuza y Codreanu fundan la «Liga para la Defensa Cristiana y Nacional», cuyo emblema es la cruz gamada en un círculo blanco sobre una bandera negra. El mismo mes se producen desórdenes internos como consecuencia del reconocimiento de los derechos políticos a los judíos.

1924

Octubre: Codreanu mata durante las sesiones de un juicio al prefecto de Policía Manciu. Algún tiempo después, es absuelto por un jurado cuyas simpatías hacia él resultan innegables.

1927

Junio: Tras su separación del profesor Cuza, funda Codreanu su propia «Legión del Arcángel San Miguel», que a partir de 1930 constituye el núcleo más firme de la Guardia de Hierro.

1930

Enero: Grandes actos de propaganda de destacamentos legionarios en Besarabia, la provincia reivindicada por la Unión Soviética y con una fuerte minoría judía.

1932

Julio: en las elecciones parlamentarias, la Guardia de Hierro obtiene cinco puestos.

Finlandia

1918

Enero-abril: tras la declaración de independencia de Finlandia y la revolución rusa, guerra civil entre «rojos» y «blancos», apoyados éstos por rusos de la misma ideología y fuerzas alemanas. Triunfo de los blancos y desencadenamiento de un «terror blanco» de carácter intensivo. A pesar de ello, la izquierda, en la figura de la socialdemocracia, sigue siendo fuerte tras la pacificación interna y el partido comunista se reconstituye en 1925 bajo un nombre ficticio.

1930

Acrece el enérgico movimiento anticomunista Lappo, que ejerce acciones violentas contra periódicos comunistas y personalidades malquistas.

7 de julio: marcha del movimiento Lappo a Helsingfors. El Gabinete Kallio dimite, es disuelto el partido comunista y el político conservador Svinhufvud se coloca al frente del Gobierno.

1932

Febrero: el llamado «putsch» Mántsálá del movimiento Lappo bajo el mando del antiguo general de Estado mayor, Walenius; es disuelto el movimiento, pero inmediatamente fundado de nuevo con el nombre IKL (Movimiento Popular Patriótico), aunque no deja de ejercer el papel de partido paralelo de los conservadores.

Austria

1919

Tras la caída de la dinastía, se rechaza por los aliados el «Anschluss» al Reich alemán solicitado a la sazón por los socialistas; intensas luchas de la «Heimatwehr» (organización paramilitar) en las fronteras contra húngaros y yugoslavos. Fortalecimiento de las «Heimatwehren» por parte del Gobierno

del canciller cristianosocial, prelado Seipel, como contrapeso a la fuerte posición adquirida en Viena y aún en el seno del ejército federal por los socialdemócratas. Surgen diversas tendencias en las regiones federales, tanto pangermanistas como catolicotradicionales.

23 de enero: Lucha entre los miembros de la «Liga de Defensa» («Schutzbund») socialdemócrata y una asociación de ex combatientes en Schattendorf, en el curso de la cual resultan muertos por los ex combatientes un inválido de guerra y un niño.

15 de julio: Grandes manifestaciones de protesta en Viena contra la absolución de los inculpados de Schattendorf. Se escapan del control de los dirigentes socialdemócratas y se prende fuego al palacio de justicia, causando numerosas víctimas. Una huelga socialista de transportes fracasa en las provincias por la acción de los miembros de la «Heimwehr» como policías auxiliares. Como consecuencia, se opera una intensa politización de las «Heimwehren», que cada vez se inclinan mayormente hacia un «antimarxismo».

1928

7 de octubre: gran marcha de la «Heimwehr» de Estiria en la zona industrial «roja» de Wiener Neustadt. Las fuerzas públicas impiden la activa resistencia de la «Liga de Defensa» (socialdemócrata).

1930

18 de mayo: En el llamado «Korneuburger Programm» (Programa de Korneoburgo) se acentúa la tendencia fascista de la «Heimwehr».

2 de setiembre: El príncipe Rüdiger von Starhemberg es elegido, en lugar del tirolés doctor Richard Steidle, como jefe federal de las «Heimwehren»; tanto él como el jefe de la «Heimwehr» de Estiria, Dr. Pfrimer, plantean un asalto revolucionario del poder.

1931

13 de setiembre: fracasa el intento de «putsch» de la «Heimwehr» de Estiria, bajo el mando del Dr. Pfrimer.

1932

Gobierno de coalición de Dollfuss bajo la dirección socialcristiana.

Verano: Levantamiento de los nacionalsocialistas que casi desintegran la hasta entonces «formación nacional». Toma de contacto de Starhemberg con

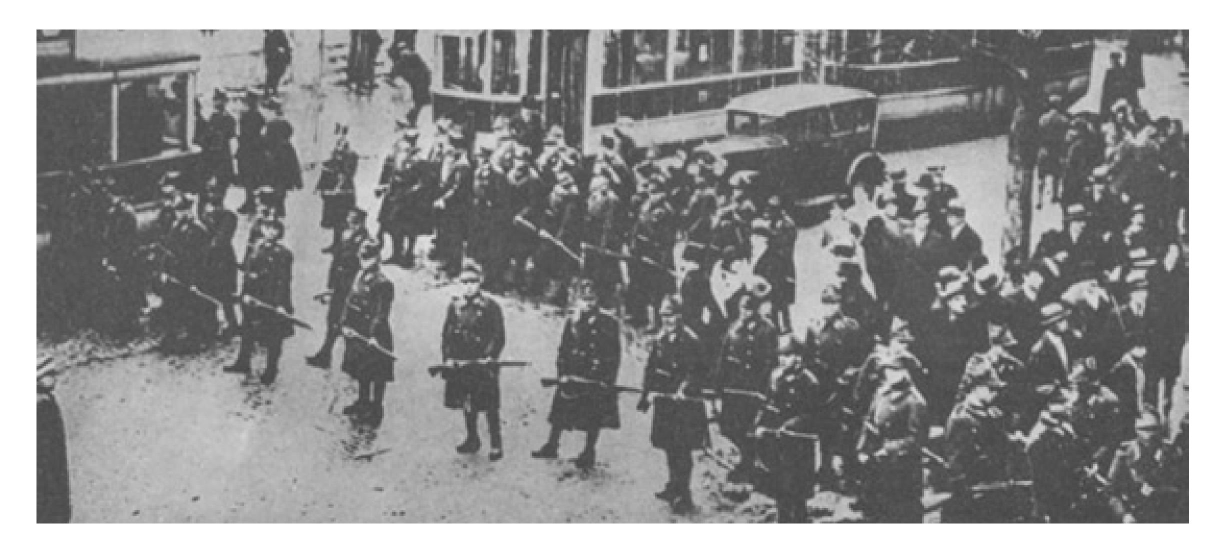
Mussolini, que pone a su disposición dinero y armas. Descubrimiento del llamado «alijo de Hirtemberg».

1933

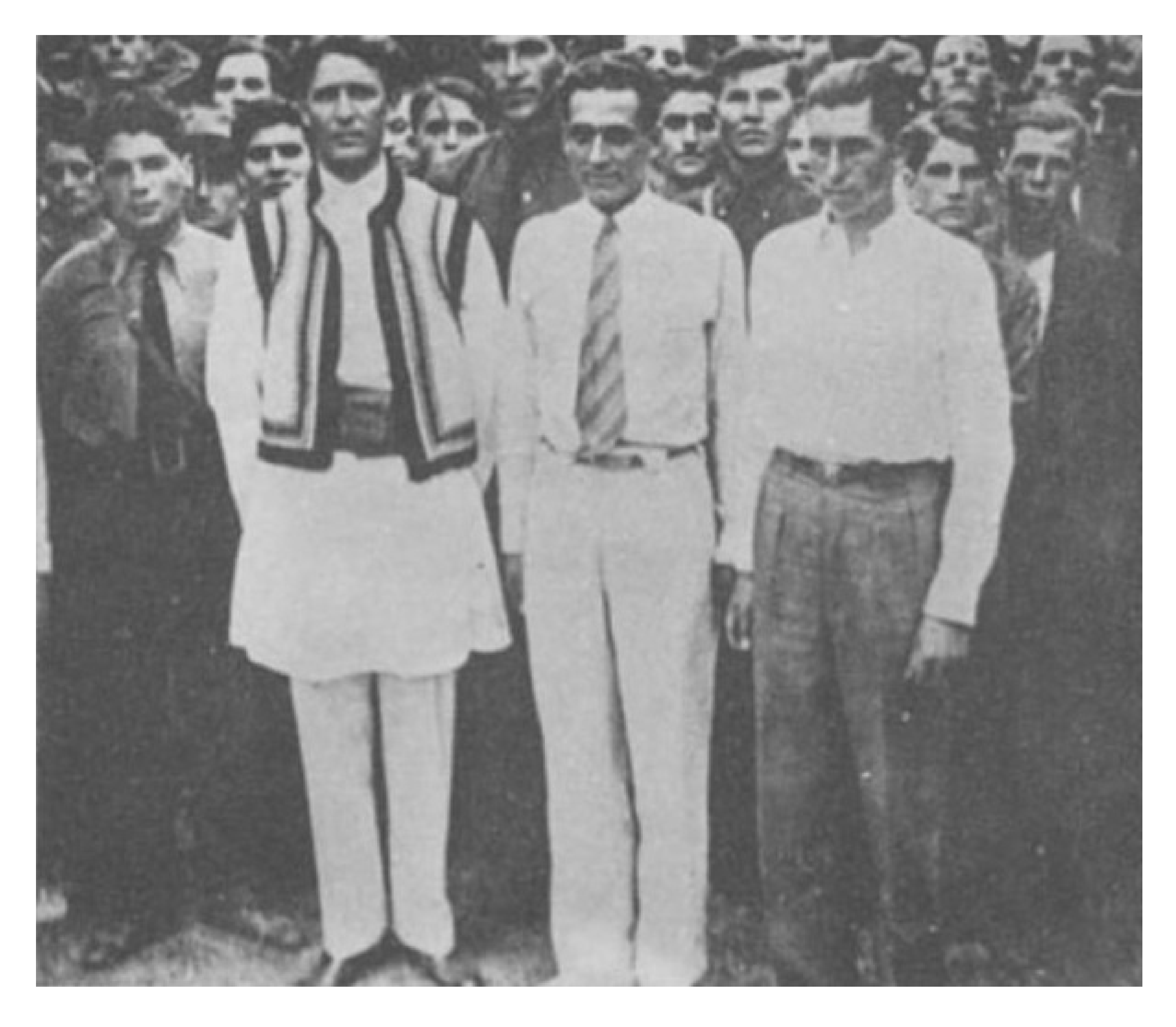
15 de marzo: autodisolución del Parlamento (cuyos tres presidentes dimiten) y que da a Dollfuss la oportunidad de establecer un Gobierno autoritario, que se apoya en la «Heimwehr», disuelve la Liga de Defensa republicana y emprende asimismo la lucha contra los nacionalsocialistas.

CAPÍTULO SEXTO
PEQUEÑOS MOVIMIENTOS FASCISTAS HASTA 1933

Si se refiere a sus más simples atributos y distintivos, pueden ser calificados de fascistas todos aquellos movimientos de la época que media entre 1922 y 1945, independientemente de la simpatía experimentada primeramente hacia Mussolini y luego hacia Hitler. Pero tampoco aparece como imperativo que semejante simpatía se basara en principios doctrinales. Podía ser resultado tan sólo de un simple mimetismo. Aunque ello no le impedía ser práctica; es decir, tener consecuencias de organización e ideología. Se encuentran huellas del filofascismo en muchas afirmaciones programáticas; también la voluntad de una camisa de color considerada como expresión de unidad en la lucha viene a ser un distintivo inequívoco del fascismo. Voluntad que debía llevar también en sí misma el impulso independiente: una sola partida de la porra al servicio de otros poderes no era todavía fascista, aunque persistiera el confusionismo en cuanto a sus objetivos y, sobre todo, en lo concerniente a sus fines doctrinales. «Fascismo» no significa en este aspecto, un conjunto estricto de normativas o afirmaciones doctrinales, aunque sí pueden destacarse algunas como el nacionalismo en algunos momentos exasperado. Sin embargo, el índice idóneo para la adecuada orientación es la «práctica simpatía hacia los movimientos de Mussolini y Hitler».



Barreras de policía en las proximidades de la Universidad de Bucarest: los disturbios antisemitas constituían desde 1922 el pan cotidiano de Rumanía.



Tradición ortodoxa, «despertar nacional» y lucha de clases académica: Corneliu Codreanu (segundo de la izquierda) entre sus partidarios.

Existían numerosos grupos de esta índole a mediados de los años 20 en muchos países de Europa. En Francia se habían fragmentado los camisas azules del «Faisceau» bajo el mando de Georges Valois, del conjunto de la «Action Française»; en Bélgica podía encontrarse a la «Action Nationale», enconadamente enemiga de Alemania; en Inglaterra alcanzaron los «British Fascisti» un número bastante aceptable de prosélitos. Pero fueron tan sólo tres de estos movimientos los que alcanzaron antes de 1933 importancia nacional y —por este orden— recogían el interés de la Prensa mundial: la «Guardia de Hierro» rumana; el Movimiento Lappo finlandés y las «Heimwehren» austríacas.

La «Guardia de Hierro» tenía unas raíces muy antiguas y era, sin embargo, obra de un solo hombre. Corneliu Zelea Codreanu. En sus principios como Estado, Rumanía conoció un genuino «problema judío», ya que los sectores judíos de la población se asimilaban con mucha lentitud y, por otra parte, tenían un aumento vegetativo de importancia que agravaba la

cuestión. No fue el azar lo que hizo que el primer congreso antisemita se celebrara en Bucarest. Tras la guerra mundial se agravaron las tensiones por imperativos en los que se mezclaban motivaciones de índole nacional y social. Una parte de los innumerables judíos de la anexionada Besarabia simpatizaban de una manera abierta con la Unión Soviética y una gran masa de los rumanos consideraba al vecino soviético como «judío». A ello hay que añadir que en extensas zonas del país habían ocupado los judíos el lugar de la burguesía comercial, de tal manera que la lucha de clases de la juventud universitaria rumana era portadora, tanto de acentos nacionales como antibolcheviques, y se unía a un descontento profundo entre las masas campesinas. Codreanu fue el hombre que acometió la síntesis de aquellos dos movimientos con mayores probabilidades de éxito que sus antecesores. El papel primordial que para él representaba la tradición cristiano-ortodoxa y lo mucho que vinculaba —como Hitler, pero en otra esfera— el problema judío con el criterio valorativo de un conjunto de procesos históricos, llegando con ello a su práctica mitificación, queda demostrado por un pasaje de su libro de memorias.

> «La apertura de la Universidad de Jassy en el otoño de 1920, fue causa de que mientras en los otros establecimientos de enseñanza superior reinaba la paz y tranquilidad, nos viéramos obligados a emprender una lucha sin descanso.
>
> Por vez primera en la historia de la Universidad de Jassy, ordenó el senado el principio de las clases sin el previo servicio divino. Para comprender nuestro dolor hay que saber que aquella solemnidad era, sin interrupción desde hacía medio siglo, la más hermosa fiesta de la Universidad. En tal solemnidad hacían su aparición el senado entero de la Universidad, todos los profesores, los estudiantes y también los recién llegados a los estudios. El arzobispo de Moldavia o su vicario celebraba en el aula universitaria la misa y bendecía el principio de la labor en pro de la cultura del pueblo rumano. Y de pronto, por decisión de su senado, nuestra Universidad había renunciado a aquella práctica.
>
> Pero había algo peor aún: la Universidad de la cristiana Jassy, la más importante de todas las instituciones de la alta cultura rumana, proclamaba con su gesto y en aquellas horas graves, la lucha contra Dios y exigía la exclusión de Dios en todas las escuelas e institutos de todo el país.
>
> Con excepción de unos cuantos, los profesores de Jassy acogieron la decisión del Senado con satisfacción. La saludaron como un progreso, susceptible de liberar a la ciencia rumana de la “barbarie” y los “prejuicios medievales”. En cuanto a los estudiantes comunistas, no cabían en sí de júbilo. La judería de Jassy triunfaba. Sólo nosotros, unos pocos, nos preguntábamos llenos de dolor: ¿Cuánto se tardaría hasta que destruyeran nuestras iglesias y crucificaran en sus altares a los sacerdotes con sus revestimientos? Los ocho estudiantes que quedábamos en Jassy poseídos de un auténtico sentimiento nacional, llamamos a las puertas de numerosos profesores para intentar que quedara sin efecto la decisión tomada. Nuestras repetidas gestiones no tuvieron éxito. Así es que tomamos el último día la decisión de oponernos con violencia a la apertura de la Universidad.»[1]



El Gobierno y sus tropas auxiliares, no enteramente fieles. El canciller federal Vaugoin (de paisano) en una manifestación de la «Heimwehr» en Viena, en 1930.

La violencia siguió siendo lema de aquel cristiano que era, sobre todo, jefe de un movimiento fascista, bien se tratara de destruir las redacciones de periódicos «judíos», bien de organizar manifestaciones estudiantiles o abatir a un enemigo político ante las propias gradas del tribunal. Pero cuando fundó en el año 1927 su «Legión del Arcángel Miguel» nada había en la Rumanía indolente de aquellos tiempos que pudiera igualarse a su organización, que unía a los rasgos de los movimientos renovadores modernos las características de una secta fanática:

«Nuestro entero sistema se apoya en la organización en "nidos". Un "nido" abarca de 3 a 13 personas. No hay entre nosotros "miembros", es decir, individualidades. Entre nosotros existe el "nido". La individualidad se funde en la comunidad del "nido". La organización de los legionarios no se compone de un número de miembros individualizados, sino de un conjunto de "nidos". Esta organización es la que hemos mantenido, con escasas alteraciones, hasta la fecha. Un pobre labrador que sufre en su pueblo la mayor miseria; un obrero desgraciado y enfermo; un intelectual que busca sin hallar una satisfacción espiritual: tales son mis gentes. He dado a cada uno de ellos oportunidad para reunirse con unas gentes cuyo jefe pronto se destaca entre los demás. Se siente tan unido a ellos que les transmite su fuerza espiritual. Su propio vigor e ímpetu le sitúa en el lugar más destacado. No era jefe porque así lo deseaba, sino que llegaba a ser jefe porque tenía en sí mismo la fuerza suficiente para reunir a su alrededor a un grupo de gente, para convencerles y dirigirles.

Con el tiempo conseguí disponer de una serie de jefes inferiores, que no habían sido formados, sino que habían nacido así y tenían en su propia personalidad unas dotes de mando que solamente me encargué de despertar. Por ello, el jefe de "nido" es en nuestra Legión un factor en el que es posible confiar. La tupida red de estos jefes de "nido" constituyen conjuntamente el más fuerte armazón de la entera organización legionaria. Las columnas básicas sobre las que descansa todo el edificio de la Legión es y seguirá siendo el jefe de "nido": cuando estos "nidos" se

acrecienten, se colocarán bajo un mando más alto: comunidades, circunscripciones y provincias»[2].

Así dispuso Codreanu en el año 1930, cuando amplió la Legión al transformarla en Guardia de Hierro, de una organización muy peculiar y enteramente cerrada, que podía emplear según su discreción y antojo, tanto en atentados como en espectaculares actos de propaganda. En el año 1932 obtuvo el movimiento en las elecciones para la Cámara cinco puestos parlamentarios y a partir de aquel momento no fue posible desdeñarla como factor político.



¿Tradición «aria» o balcánica? La cruz gamada como símbolo antisemita.



¿Grandes terratenientes o pietistas? Miembros del Movimiento Lappo en «la marcha sobre Helsinki» (julio de 1930).

En *Finlandia* no había problema judío alguno, pero el Movimiento Lappo, que en 1930 y por breve espacio de tiempo suministró a la Prensa mundial materia para bastantes titulares, semejaba a la Guardia de Hierro por el hecho de haber surgido fundamentalmente por motivos religiosos. Pero no era tanto un movimiento estudiantil como campesino y la máxima provocación era, en su concepto, el partido comunista, que tras la catástrofe de 1918 volvía a adquirir cuerpo, asumiendo el papel de instrumento político de la masa obrera. El movimiento se sentía con suficiente fuerza como para afirmarse, en julio de 1930, por medio de una «marcha sobre Helsinki»; a pesar de todo, no tenía la suficiente consistencia y confianza en sí mismo para apoderarse del poder por sus propias fuerzas. Unas semanas antes, la publicación *Vorwarts* había escrito lo siguiente sobre la situación en Finlandia:

> «La destrucción de imprentas, los raptos violentos, las luchas callejeras y las manifestaciones; todas esas heroicidades están en el haber de un movimiento radical y nacionalista que persigue sus propios objetivos bajo el encubrimiento de "la lucha contra el comunismo". Hoy contra los comunistas, mañana contra los socialdemócratas, pasado mañana contra las libertades democráticas de la república burguesa. Se conoce la fórmula y se está prevenido contra ella. Militares, estudiantes, grandes burgueses y grandes propietarios rurales constituyen los apoyos de este movimiento nacionalista y reaccionario, que bajo el encubrimiento de la "lucha contra el comunismo" persigue objetivos netamente políticos y, en particular, el establecimiento de una dictadura fascista»[3].

Lo mucho que los socialdemócratas recordaban el ejemplo italiano, se puso de manifiesto poco después en una información del *Frankfurte Zeitung*:

«En la gran marcha sobre Helsinglors que originariamente —quizá por analogía con la marcha sobre Roma de Mussolini— estaba dirigida contra el débil gobierno de Kallio, no llevaban los 12.000 campesinos ningún arma ni bandera, pero marchaban agrupados en 75 compañías y 31 batallones, en formación militar, a través de las calles de Helsingfors llenas de gente, donde eran a veces objeto de saludo a la manera fascista. Ostentaban brazales de color azul y negro. El gran terrateniente Kosola lanzó en su discurso un vítor a Mussolini. Tampoco sus métodos parecen diferenciarse gran cosa de los de éste»[4].

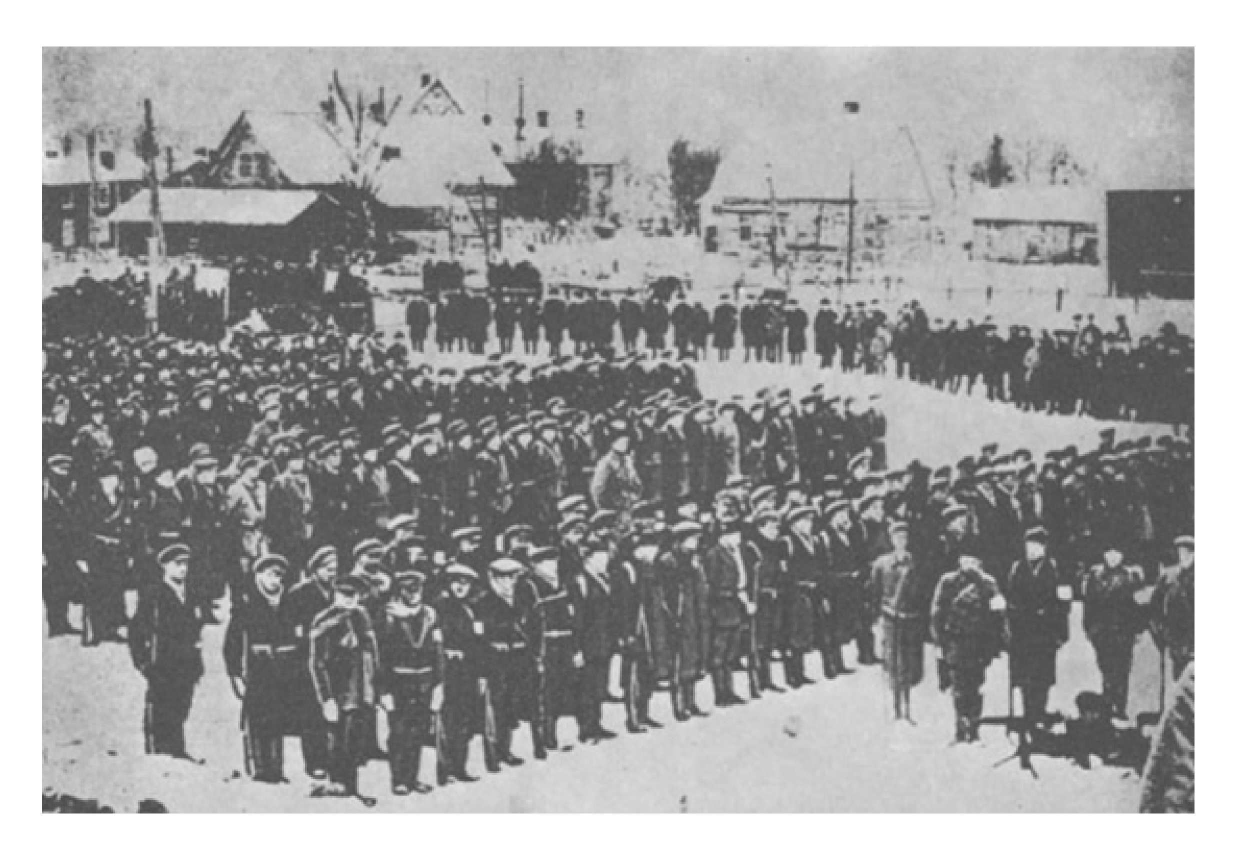
Pero cuando el Movimiento Lappo quiso apoderarse del poder en nombre propio, dos años más tarde, los mismos sectores de carácter conservador que había utilizado en julio de 1930 fueron aprovechados por el Gobierno, de enérgica manera y con pleno éxito, contra el movimiento. Vino a resultar así en suma que las relaciones entre los conservadores y (¿potenciales?) fascistas en Finlandia siguieron una orientación opuesta que en Italia: Víctor Manuel se dejó obligar por Mussolini a la entrega del poder; Vittori Kosola llevó, por contra, al conservador Svinhufvud al frente del Estado.



Alcanzado el objetivo, pero no el poder: Kosola habla el 7 de julio de 1930 ante el palacio del Gobierno en Helsinki.



Los jefes del Movimiento Lappo: el campesino (Kosola, a la izquierda) y el general (Walenius, a la derecha).



Los cuerpos de defensa del movimiento Lappo: a medias defensa de las propias poblaciones, a medias formaciones subversivas.



Primera ocupación de la roja Wiener Neustadt con ayuda del ejército federal, en 1928.



Marcha de las fuerzas de la «Heimwehr» a través de Wiener Neustadt, en 1930.



Tradición imperial y bendición espiritual: tropa montada de la «Heimwehr» ante las banderas del antiguo ejército en la Plaza de los Héroes (Heldenplatz) de Viena.

Bendición de las banderas de la «Heimwehr» en Gratz.



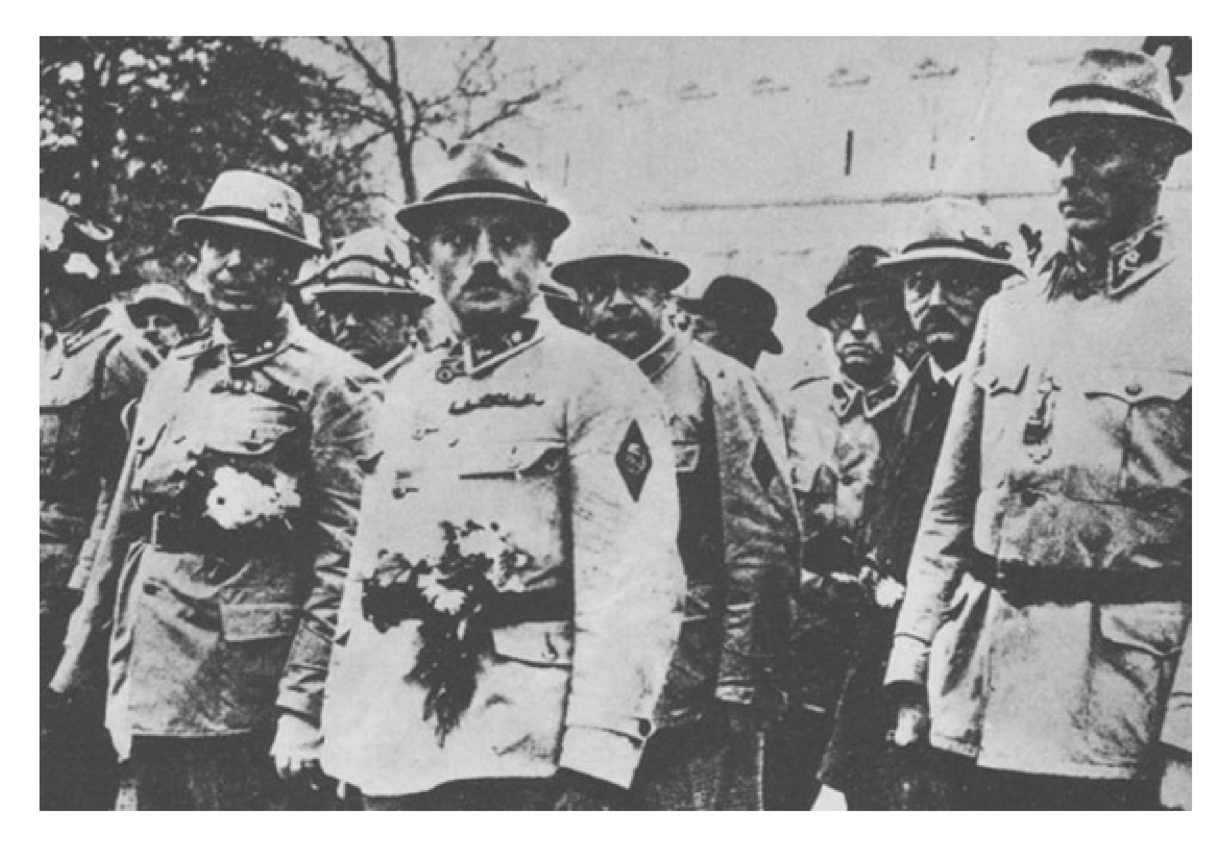
Juramento solemne de 10.000 miembros de la «Heimwehr» en la Plaza de los Héroes.



Marcha por las calles de Viena.



La antigua fuerza del Estado y la nueva tropa para la guerra civil marchan juntas y al mismo paso.



Los oficiales de la guerra mundial en una nueva función: jefes de la «Heimwehr» durante una parada.



Formaciones de la «Heimwehr» en la Plaza de los Héroes (Heldenplatz) de Viena.

En *Austria*, el esquema fundamental se presentó de una manera totalmente diversa y dotado de peculiaridades muy propias. Las «Heimwehren» (Defensas de la Patria) no estuvieron originariamente dirigidas contra los judíos ni contra los comunistas, sino que surgieron de una lucha nacional por las fronteras amenazadas. Pero dado que en Austria existía una vieja tradición antisemita y el partido socialista mantenía una postura oposicionista muy intensa, se politizaron las «Heimwehren», que aparecieron así como una especie de tropa auxiliar de los socialcristianos en el Gobierno, situadas cada vez más en la línea del «antimarxismo», aunque sin perder por ello sus características y peculiaridades de carácter regional. En la organización de la «Heimwehr» del Tirol representó un papel preeminente el capitán Waldemar Pabst, uno de los asesinos de Rosa Luxemburgo. Como consecuencia de los graves incidentes ocurridos en Viena, el 15 de julio de 1927, obtuvieron las «Heimwehren» una mayor autonomía y un poder de decisión propio. La «Heimwehr», con el apoyo de los órganos estatales, quebrantó el monopolio de la «calle», que los socialistas poseían en las zonas industriales con sus «ligas de defensa» (Schutzbund) de militantes. Algunas agrupaciones rurales de las «Heimwehren» se unieron entre sí, aunque no sin suscitarse prolongados problemas de mando. A pesar de la cuestión del Tirol del Sur, el fascismo italiano apareció cada vez más como modelo a seguir y el

«Korneuburger Programm» (Programa de Korneoburgo), enunciado en mayo de 1930, podía calificarse de fascista, por lo menos en sus implicaciones. Decía así:

> «Queremos emprender la renovación de Austria desde sus fundamentos.
>
> Queremos un Estado popular que sea garantía de la defensa de nuestra Patria.
>
> Exigimos de todo camarada la fe más absoluta en la Patria, la pasión en la labor común y el más apasionado amor a nuestra nación.
>
> Queremos conquistar el Estado con la fuerza y ordenar de nuevo, por voluntad popular, el Estado y la economía.
>
> Tenemos que olvidar el provecho propio, tenemos que supeditar todas las vinculaciones y exigencias de los partidos a nuestros objetivos de lucha, ya que nuestro deseo es servir a la comunidad del pueblo alemán.
>
> Rechazamos el parlamentarismo occidental y el Estado multipartidista.
>
> Queremos la potenciación de todas las clases y un Gobierno fuerte del Estado, que no esté en manos de los representantes de los partidos, sino en las de los dirigentes de los más amplios sectores y los hombres más capaces y preparados de nuestro movimiento popular.
>
> Luchamos contra la destrucción de nuestro pueblo por la lucha de clases marxista, así como el despilfarro económico liberal capitalista.
>
> Aspiramos a la superación de la lucha de clases mediante la armónica ordenación de la economía según los cuadros de producción y el establecimiento de la justicia y la dignidad social.
>
> Mediante el establecimiento de una economía sana levantaremos el bienestar de nuestro pueblo.
>
> El Estado es la encarnación de la totalidad del pueblo; su poder y su jefatura velarán por la satisfacción de las necesidades de toda la comunidad popular. Cada camarada tiene que sentirse y reconocerse portador de este nuevo credo estatal germano y estar dispuesto, asimismo, a verter su sangre y efectuar el máximo sacrificio; reconocerá, asimismo, los tres poderes: la fe en Dios, su propia y poderosa voluntad y la palabra de su jefe»[5].

Pero la «Marcha sobre Viena» no se previo, en definitiva, más que de una manera bastante vacilante. Cuando el jefe regional de Estiria, doctor Pfrimer, se lanzó a la acción en setiembre de 1931, quedó aislado y el «putsch» fue pronto dominado. El Gobierno federal anunció las más severas medidas de represión:

> «Ciudadanos:
>
> En una hora del mayor apuro para nuestra Patria, un pequeño sector ha olvidado sus responsabilidades y llevado al país a una situación de la que hubieran podido resultar considerables riesgos tanto en el aspecto de la política interior como en el conjunto de las relaciones exteriores. Es imperativo de todo el pueblo y, sobre todo, de sus dirigentes y del Gobierno constitucional, superar estos riesgos con la máxima decisión, no para volver a la situación anterior, sino para evitar que se repitan en el futuro.
>
> En esta hora decisiva, es una satisfacción para el Gobierno poder proclamar que ha contado en todo momento con la fidelidad de los instrumentos de su poder; el Ejército federal, la Policía y la gendarmería, que tanto han contribuido a mantener la situación en las manos gubernamentales. También los ferrocarriles federales, los servicios postales, telegráficos y telefónicos han cumplido enteramente su deber. Con satisfacción se subraya asimismo el comportamiento del sector mayoritario de la población, que ha rechazado la aventura. El Gobierno federal, al hacer pública esta declaración, anuncia que está dispuesto a hacer recaer sobre los culpables todo el peso de la ley y exigir las responsabilidades a que haya lugar.

El Gobierno federal»[6].



Columnas de la «Heimwehr» y de la «Liga de Defensa socialdemóerata» ocupan las calles de las ciudades austríacas. No tardaría en imponerse la «Heimwehr» con ayuda de los poderes del Estado. — El desafortunado jefe de la fracasada marcha sobre Viena, Dr. Walter Pfrimer.



El desafortunado jefe de la fracasada marcha sobre Viena, Dr. Walter Pfrimer.

A pesar de estas seguridades la actitud de las autoridades fue muy poco enérgica, acaso por debilidad o acaso por razones tácticas. Puesto que las «formaciones» socialcristiana y la socialdemócrata eran casi idénticas en efectivos y estaban tradicionalmente enemistadas; como la «formación» nacionalista, mucho más débil, se radicalizaba al inclinarse cada vez más hacia el nacionalsocialismo, las «Heimwehren» seguían siendo un factor muy poderoso en la política interior y también, muy pronto, en la externa. Cuando el canciller federal Dollfuss trocó casi contemporáneamente a la toma del poder por Hitler, el régimen parlamentario por el «Estado autoritario», no podía preverse en realidad si se daba a sí mismo unas mayores posibilidades o facilitaba las de Starhemberg.



El primer jefe federal de las «Heimwehren», Richard Steidle. (En el centro, el barón von Bachofen-Esch, y a la derecha, el barón Pranckh. Foto del año 1930).

INDICE BIBLIOGRÁFICO DEL CAPÍTULO SEXTO

Klaus Charlé, «La Guardia de Hierro. Una muestra del movimiento de renovación popular en Rumanía» («Die Eiserne Garde. Eine Darstellung der volkische Erneurungsbewgung in Rumänien»), BerlínViena 1939.

Eugen Weber, Capítulo «Rumanía» en «The European Right», California Univ. Press 1965.

Eugen Weber, «The Men of the Archangel» en «Internationaler Faschismus», Munich 1966.

Codreanu, «Guardia de Hierro» («Eiserne Garde»), Berlín 1939.

Marvin Rintala, Capítulo «Finlandia» en «The European Right», California Univ. Press 1965.

Heinrich Benedikt, «Historia de la República austríaca» («Geschichte der Republik Osterreich»), Viena 1954.

Walter Goldinger, «Historia de la República austríaca» («Geschichte der Republik Osterreich»), Munich-Viena 1962.

Ludwig Jedlicka, La «Heimwehr» austríaca en «Internationaler Faschismus», Munich 1966.

Hans Leo Mikoletzky, «Crónica austríaca» («Osterreichische Zeitgeschichte»), Viena 1962.

EFEMÉRIDES DEL CAPÍTULO SÉPTIMO

EUROPA Y EL MUNDO

1933

Enero: toma de posesión del nuevo presidente norteamericano, Franklin Delano Roosevelt. Medidas para combatir el paro obrero. New Deal.

27 de marzo: Japón se separa de la Liga de Naciones, mientras su expansión en Manchuria (desde setiembre de 1931) es condenada de una manera enteramente platónica.

12 de octubre: Alemania sale de la Liga de Naciones.

16 de noviembre: la Unión Soviética es reconocida por Estados Unidos. Tras el final de la colectivización y la gran plaga de hambre, comienza una gran depuración del partido y se abre el segundo plan quinquenal.

1934

26 de enero: pacto de no agresión entre Alemania y Polonia.

19 de setiembre: ingreso de la Unión Soviética en la Liga de Naciones.

1935

16 de marzo: reintroducción en Alemania del servicio militar obligatorio.

11 de abril: conferencia de Stresa entre Inglaterra, Francia e Italia. Pocos días más tarde, condena de la ruptura del tratado por Alemania, en la Liga de Naciones.

2 de mayo: pacto defensivo entre franceses y soviéticos.

18 de junio: acuerdo naval anglo-germano.

Agosto: séptimo congreso mundial del *Komintern* en Moscú, que abre paso de una manera oficial a la política del Frente Popular.

1936

7 de marzo: reocupación de Renania y ruptura, con ello, del Pacto de Locarno por parte de Alemania. Culmina el aislamiento alemán, que tras la conquista de Etiopía por parte de Italia

(9 de mayo) trata de contrarrestarse rápidamente con una colaboración germano-italiana.

ALEMANIA

1933

1933

31 de enero: Hitler confirma por radio el carácter muy conservador del gabinete del «alzamiento nacional».

4 de febrero: el decreto de presidencia del Reich para la defensa del pueblo alemán pone en manos del Gobierno unas armas muy efectivas contra sus enemigos.

27 de febrero: incendio del Reichstag.

28 de febrero: el decreto del presidente del Reich para la defensa del pueblo y el Estado fundamenta el estado de excepción que persiste luego como base legal del régimen nacionalsocialista.

5 de marzo: elecciones para el Reichstag. El NSDAP alcanza el cuarenta y cuatro por ciento de los votos y obtiene, con ayuda de los nacionales alemanes, una mayoría parlamentaria muy exigua.

23 de marzo: aceptación de las leyes de excepción… por el Reichstag. Rápida evolución del «alzamiento nacional», que pasa así a convertirse en la «revolución nacionalsocialista». Se procede en el período comprendido hasta el mes de julio a la integración de los «Land» y la disolución de los partidos.

1 de abril: boicot contra los comercios judíos.

9 de abril: quema de libros «antialemanes» ante la Universidad de Berlín.

12 de abril: visita de Goering y Von Papen a Roma.

1 de mayo: celebración del «Día del Trabajo Nacional».

6 de mayo: creación del Frente del Trabajo Alemán.

10 de mayo: gran «discurso de paz» de Hitler. El Reichstag aprueba de una manera unánime, es decir, con los votos de los socialdemócratas, el programa de política exterior del Gobierno.

14 de julio: ley contra la constitución de partidos políticos. Ley básica del nuevo campesinado alemán.

20 de julio: firma del Concordato del Reich.

13 de setiembre: apertura por parte de Goebbels de la campaña para la obra de Auxilio de Invierno.

7 de noviembre: visita de Goering a Mussolini.

12 de noviembre: elecciones del Reichstag y referéndum sobre la salida de la Sociedad de Naciones. El noventa y dos por ciento de los votos a la lista única del NSDAP.

1 de diciembre: ley sobre la protección de la unidad del Partido y el Estado.

23 de diciembre: en el proceso por el incendio del Reichstag se condena a muerte a Marinus van der Lubbe, como único culpable y en contradicción con

el principio «Nulla pcena sine lege». Los comunistas Torgler y Dimitrov son absueltos.

1934

24 de enero: Alfred Rosenberg es nombrado encargado del *Führer* para las cuestiones referentes a la ideología y la difusión doctrinal del NSDAP.

14 de junio: encuentro de Hitler y Mussolini en Venecia. Junio: discurso pronunciado en Marburgo por el vicecanciller Von Papen.

30 de junio: represión de la denominada «revuelta de Rohm», la «noche alemana de San Bartolomé» (Otto Strasser). Asesinato de Rohm, Schleicher, Von Kahr, etcétera.

20 de julio: las SS se convierten en una organización incondicionalmente sometida a Hitler.

26 de julio: tras el asesinato de Dollfuss, Von Papen es enviado a Viena como embajador.

2 de agosto: fallecimiento del presidente del Reich, Von Hindenburg. Se concentran los cargos de presidente y canciller del Reicn en la persona de Hitler. Juramento de la Reichswehr a su persona.

19 de agosto: un referéndum popular da (¡sólo!) el noventa por ciento de los votos afirmativos.

1935

18 de enero: plebiscito en el Sarre, donde obtiene la mayoría el «Frente Alemán».

16 y 17 de marzo: se restablece el servicio militar obligatorio con ocasión de la solemnidad del Día del Recuerdo de los Héroes.

24 de marzo: Simón y Edén visitan a Hitler

7 de abril: mayoría absoluta de los nacionalsocialistas en las nuevas elecciones de Danzig (44 de los 77 mandatos).

19 de mayo: se abre al tránsito el primer tramo terminado de las autopistas. Éxito electoral del partido de los alemanes sudetes: telegrama de Henlein a Masaryk expresándole su fidelidad.

10 al 16 de setiembre: congreso nacional del Partido, llamado «de la libertad».

15 de setiembre: promulgación de las llamadas «leyes de Nuremberg» (Ley sobre la bandera del Reich, ley sobre la ciudadanía del Reich y «ley sobre la defensa del honor y la sangre alemanes»).

30 de setiembre: gran éxito electoral alemán en las elecciones de la región de Memel.

9 de noviembre: Día del Recuerdo a los Caídos del NSDAP. Las diez víctimas de 1923 son conducidas al templo de honor en la Plaza Real de Munich.

1936

7 de marzo: en coincidencia con la remilitarización de Renania, decreto de disolución del Reichstag y convocatoria de nuevas elecciones.

29 de marzo: las elecciones ciudadosamente preparadas, dan el 98,8 por ciento de los votos a los nacionalsocialistas.

17 de junio: Heinrich Himmler es jefe de la Policía alemana.

CAPITULO SÉPTIMO
LA ALEMANIA NACIONALISTA EN EL AISLAMIENTO

En la década que media entre la Marcha sobre Roma y la llegada al poder del nacionalsocialismo había derivado el mundo a grandes pasos por un camino que favorecía la oportunidad de Hitler. Estados Unidos era víctima de la crisis en parecido grado que Alemania y en extensos núcleos del país la miseria y la desesperación no resultaban menores a las de cualquier lugar de Europa. Y lo que en Alemania aparecía marcado con el estigma de la traición a la patria, es decir, la crítica a los culpables de la guerra, adquiría en América un sesgo contrario a los grandes poderes económicos, cada vez más patente y cada vez más peligroso. Por ello, el presidente recién elegido, Franklin Delano Roosevelt, se vio situado ante una doble tarea. Por un lado, sanear la economía norteamericana mediante el *New Deal*, y contra todos los tradicionales artículos de fe de quienes dominaban aquella economía, y por el otro, romper los tradicionales principios del aislamiento que inspiraban la política exterior para hacer mucho más maniobrable esta misma política y evitar los riesgos que implicaba la postura que había impedido la presencia de Norteamérica en la Liga de Naciones. Pero ninguno de estos dos empeños era ejecutable a breve plazo. Por otra parte, ninguno de estos objetivos despertaba un excesivo entusiasmo y el presidente carecía tanto de poder militar como policial para imponerlos a corto término.

La Unión Soviética, por su parte, se había impuesto, tras la victoria de Stalin sobre sus adversarios y la cancelación de las esperanzas de aquellos que propugnaban la revolución mundial, el objetivo de alcanzar y sobrepasar a Estados Unidos. Tal meta se había convertido en paradigma de la dictadura del desarrollo, pero a pesar de todos los resultados del primer plan quinquenal y precisamente a causa de ellos, quedó bien claro que no se alcanzaría más que en el transcurso de unas cuantas generaciones. Se siguió así en el empeño ya marcado por Lenin, aunque sin querer hacer caso de la prudente expresión de éste sobre la debilidad «cien veces mayor» que la del mundo capitalista y mucho menos prestar atención a las palabras pronunciadas por Trotski en el año 1921 sobre el grado de miseria que sufría Rusia, mayor a la miseria anterior. Como existía, sin embargo, de hecho tal situación, la Unión Soviética mantuvo un precario equilibrio interno a cuya consolidación se dedicó por entero. De esta manera se excluyó voluntariamente del contexto

internacional y aparentó no prestar oídos al chisporroteo del fuego donde se forjaban precisamente las armas que aspiraban a emplearse contra ella.



En el primer congreso del partido celebrado tras el advenimiento al poder, las banderas de la cruz gamada se rinden en homenaje a los «caídos del movimiento».

La Liga de Naciones era demasiado pequeña para el mundo, sin EE. UU. y la Unión Soviética y excesivamente grande, con la presencia del Japón para Europa tan sólo. La agresión nipona a China contribuyó a sacudir sus fundamentos de una manera mucho más grave que la media guerra de Mussolini contra Grecia y la retirada de la Asamblea de la potencia extremooriental marcó un ejemplo que sería luego repetidamente seguido.

De esta manera, se desarrolló la «revolución nacional» en Alemania bajo unas circunstancias externas que no hubieran podido ser más favorables. Circunstancias que influyeron de la manera más positiva en el momento inicial de llevarse a la práctica una gigantesca concepción política de envergadura y alcance mundial. Esta gigantesca concepción no era ninguna ensoñación callada y solitaria del nuevo canciller del Reich: pretendía éste asegurar su vigencia por lo menos durante un siglo y había exteriorizado con repetida frecuencia la imagen de sus pensamientos: un Reich liberado de «las destructivas influencias» y con la hegemonía mundial. Claro que no todos tomaban con demasiada seriedad aquellas exteriorizaciones y consideraban que el nuevo político, una vez llegado a las alturas del poder, se contentaría con crear puestos de trabajo para los millones de parados y acaso conseguir la igualdad militar de Alemania con una mayor efectividad que la conseguida por los hombres de la República de Weimar. Pero al impugnar los principios wilsonianos, a su juicio expresión burda del utopismo liberal (y judaico),

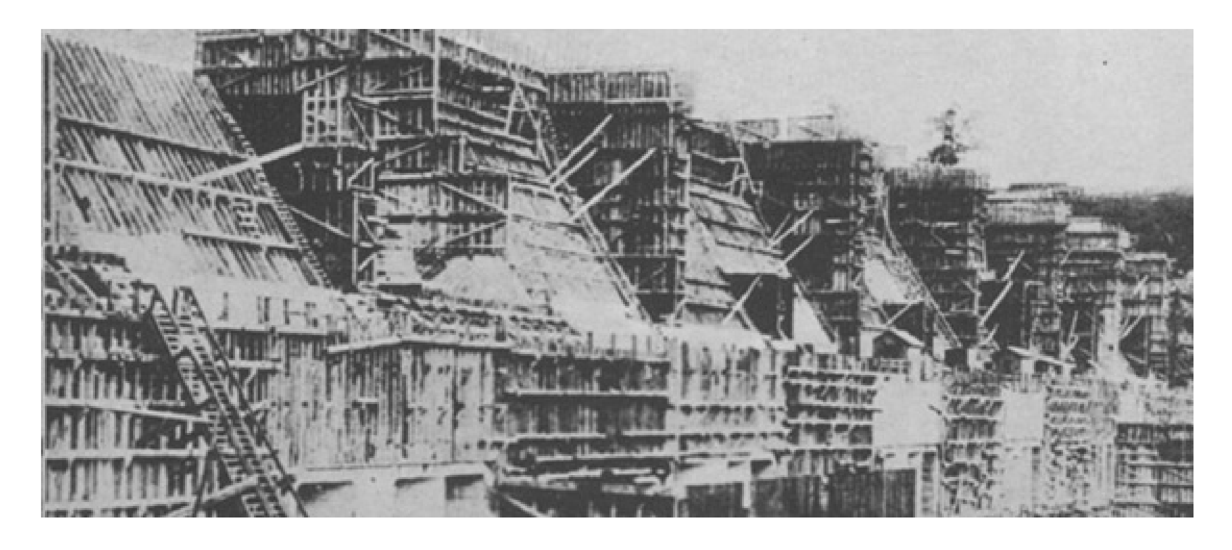
atacó las raíces de aquel mundo que no había visto con malos ojos su aparición.

Fue la conjunción de muchos factores los que hicieron decir a un hombre como Oswald Spengler, ante el espectáculo de la «revolución nacional» en Alemania, con sus banderas y sus desfiles, sus invocaciones y juramentos, su alegría de masas y su entusiasmo unitario teñido de conservadurismo:

> «No es tiempo ni ocasión para la embriaguez y el sentimiento triunfal. Líbrenos de aquellos que confunden la movilización con el triunfo… El peligro de los entusiastas es ver con demasiada sencillez la situación. El entusiasmo no se aviene con los objetivos que desde hace generaciones están ahí fuera, bien marcados. Con éstos comienzan, empero, las verdaderas decisiones de la Historia. Esta toma del poder se ha consumado como un torbellino de fortaleza, pero tiene su debilidad. Veo con reparo que se festeja diariamente con mucho estrépito. Seria justo que ahorrábamos este entusiasmo hasta el día de los triunfos verdaderos y decisivos, es decir, los de política exterior. No hay otros…».[1]

Lo que Spengler no vio es que la embriaguez era precisamente la condición preliminar para el éxito, porque solamente mediante esta embriaguez podían ponerse de relieve y disimularse a un tiempo la multiplicidad de las motivaciones y objetivos que tenía aquella «revolución nacional».

Franklin Delano Roosevelt (presidente de EE. UU. de 1933 a 1945). El adversario más encarnizado de Hitler, aunque con las manos mucho más atadas.



Iniciativas socialistas en el paraíso del capitalismo. Construcción de los pantanos del Tennessee Valley en el marco del «New Deal».



La revolución mundial aislada en vísperas de la gran depuración: Stalin con sus más íntimos colaboradores. A su izquierda aparece Jenukidse, luego ejecutado.

Redescubrimiento de la economía de producción en la Unión Soviética: gratificaciones y primas constan en el tablero de la competencia socialista.



Un cartelón explícito: el aumento de producción lo es todo.



Dimitrov, Thorez y Pieck en el VII Congreso Mundial del *Komintern*, que determinó la política unitaria del trente Popular y dio el carpetazo a la teoría del «socialfascismo».



Unas bofetadas asestadas a la Liga de Naciones Tras el Japón, Alemania abandona también el «Palacio de las Naciones». (Ginebra, 19 de octubre de 1933. A la izquierda, Joseph Goebbels y a la derecha, el barón Von Neurath).

Era evidente que la motivación de la restitución predominaba en primer término, pero no era el único y en sí mismo podía ofrecer diversas exteriorizaciones. Se podía enfocar, efectivamente, como un factor motivado por el mismo «hecho negativo» de la guerra e invocar a la comprensión entre los pueblos para su consecución, tal como efectivamente hizo el propio Hitler el 10 de noviembre de 1933 en un discurso pronunciado ante los obreros de las fábricas Siemens:

«No sé cuántos estadistas extranjeros habrán hecho la guerra como soldados. Pero yo la hice. La conozco. En cambio, estoy seguro de que cuantos hoy se agitan contra Alemania, ninguno de ellos ha oído jamás el silbido de una bala.

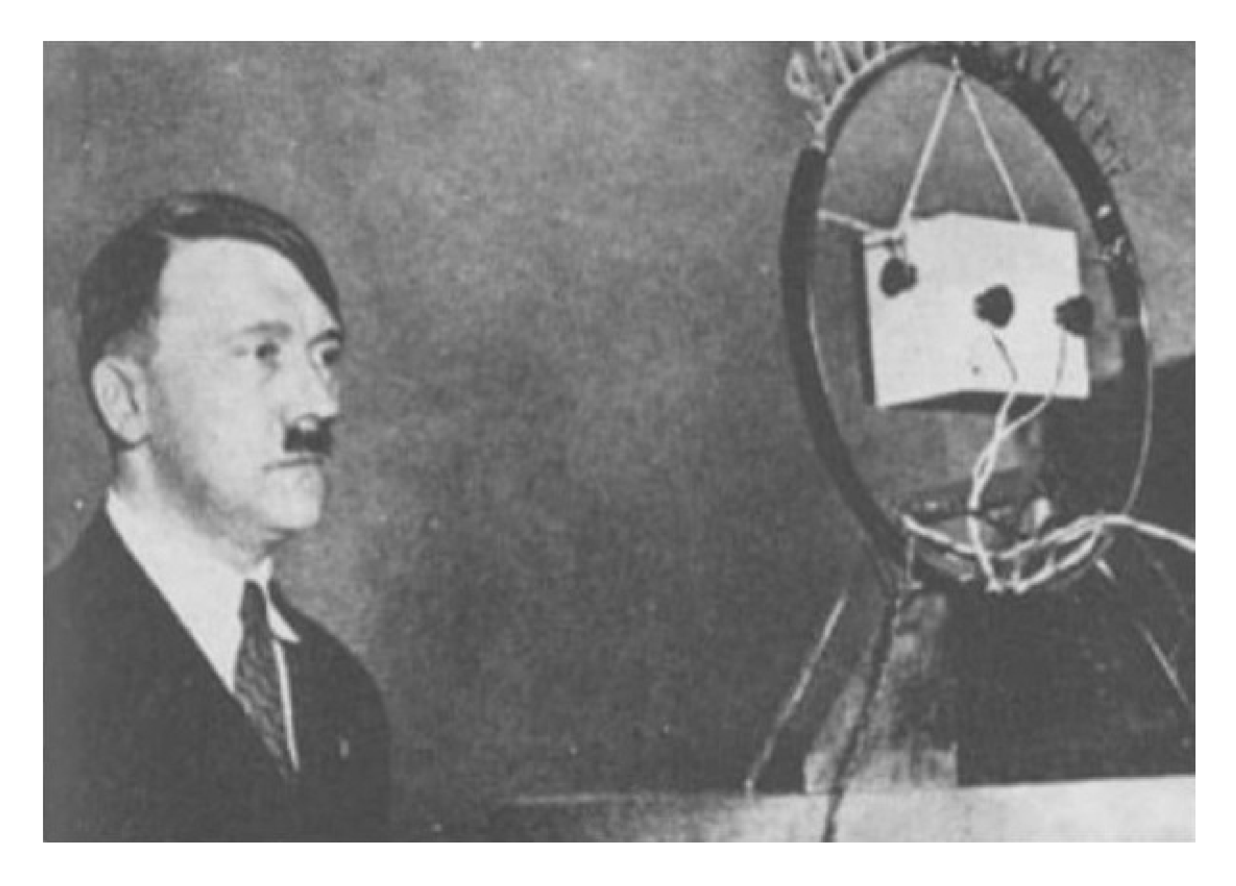
En estos nueve meses nos hemos ocupado por entero de nuestro pueblo, estudiado nuestras tareas y nuestros deberes y expresado el deseo de solucionar los problemas que tiene planteados. Soy de la opinión de que otros estadistas hacen perfectamente cuando se quieren dedicar por entero al cumplimiento de sus propias tareas. En el transcurso de estos nueve meses no he tomado una sola medida ni adoptado decisión alguna susceptible de herir a cualquier nación o afectar a cualquier estadista extranjero; he expresado, por contra, el deseo de que los pueblos vuelvan a ser prudentes y razonables y no se dejen incitar unos contra otros por una pandilla de gentes internacionales. He declarado que el pueblo alemán tiene tan sólo un deseo: ser feliz a su manera. Si se nos deja en paz no pretendemos mezclarnos en las cosas de los demás, como tampoco deseamos que los demás se mezclen en las nuestras: si alguien puede sentirse amenazado en el mundo, somos solamente nosotros. Queremos paz y comprensión; nada más. Queremos dar la mano a nuestros antiguos enemigos y debe trazarse una tachadura sobre la época más triste de toda la Historia mundial.

Nunca me he mezclado, como persona privada, en una colectividad o un grupo humano que no quería saber de mí o no me consideraba como igual. El pueblo alemán tiene idéntico carácter. No queremos que nos consideren como unos infravalorados o como unos domésticos de

cualquiera. Nada de eso. O bien nos reconocen iguales derechos o el mundo no volverá a vernos en conferencia alguna»[2].

Como se comprueba, el tono resultaba moderado y podía entenderse su comedido revisionismo en un sentido que no había desdeñado tampoco le República de Weimar y que tampoco había tenido sus exclusivos preconizadores en los sectores más conservadores. La razón de este tono quedó patente bien pronto. No fue Hitler, sino el ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Von Neurath, quien trazó en una sesión del gabinete celebrada el 7 de abril de 1933 los objetivos de la política extranjera de Alemania:

> «Las revisiones fronterizas de carácter territorial podrán plantearse cuando Alemania aparezca reforzada en los aspectos militar, político y financiero. Hasta entonces tendremos que soportar la vigencia de los puntos wilsonianos. De gran importancia es el mantenimiento de la “germanidad” en las regiones separadas. Nuestro objetivo principal sigue siendo la alteración de la frontera oriental. Tan sólo puede admitirse una solución total. Las soluciones intermedias y parciales deben ser rechazadas»[3].



El aspecto conservador del «alzamiento nacional». Adolfo Hitler pronuncia la primera alocución en nombre del nuevo Gobierno. — Gobierno de «personalidades nacionales»: Hitler, Von Blomberg, Von Papen y Hugenberg (de izquierda a derecha).



Gobierno de «personalidades nacionales»: Hitler, Von Blomberg, Von Papen y Hugenberg (de izquierda a derecha).



Miembros de la Liga Bismarck izan la bandera negra, blanca y roja en el Ayuntamiento berlinés.



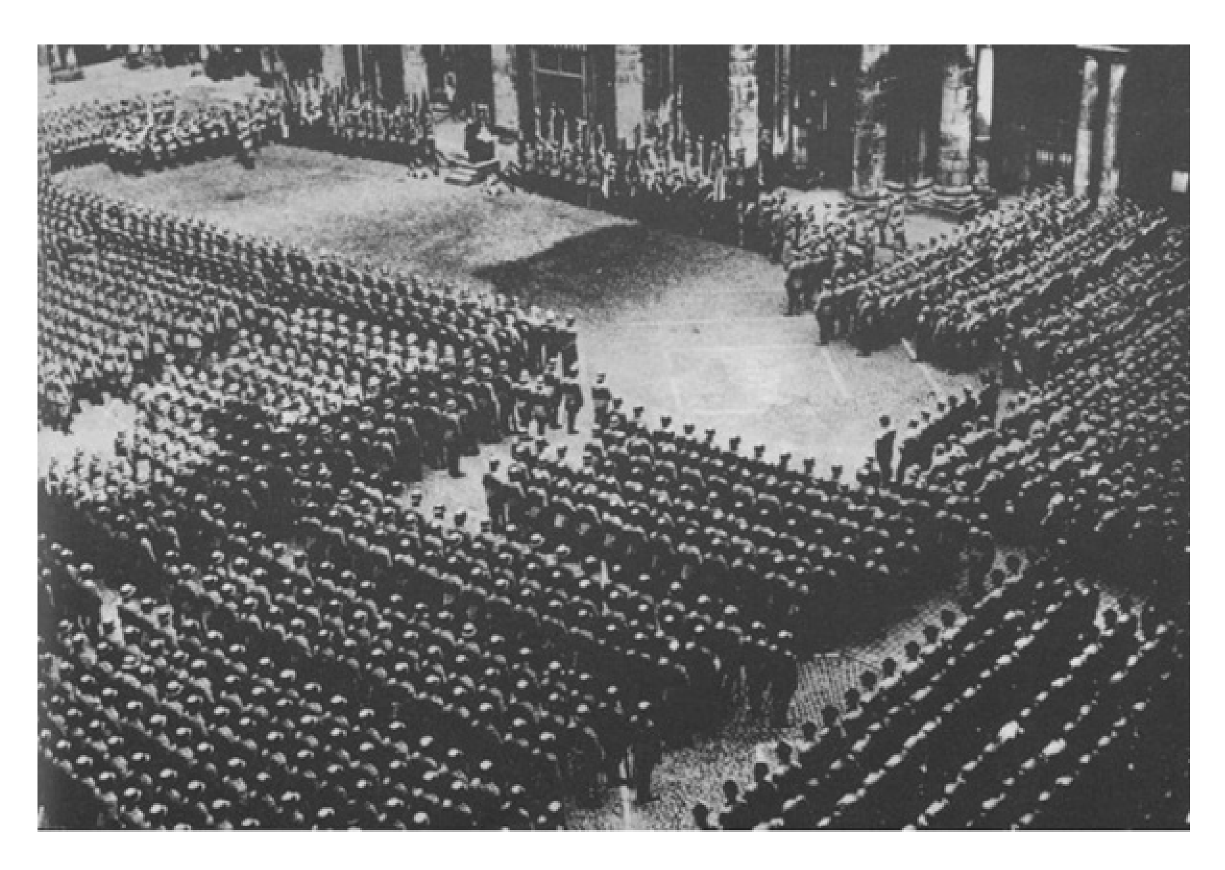
Esperanza, unidad, brazos en alto.



La vieja Alemania y sus nuevos hijos, el 21 de marzo de 1933 en la iglesia de la Guarnición, en Potsdam.



Los obreros, «vueltos a ganar para la nación», durante la celebración del Día del Trabajo Nacional, el 1 de mayo de 1934. En el centro puede verse a Goering.



Ejército, SA e Iglesia: el día de Postdam se celebra en el Palacio imperial de Berlín.

Bastaba dar un paso más para penetrar de lleno en la doctrina del espacio vital, tantas veces expresada y con tanto fervor defendida por Hitler con anterioridad. Claro que de haber proclamado ante el mundo, recién nombrado

canciller, lo que había predicado a sus fieles como jefe del Partido, habría significado un conjunto de dificultades para el Reich alemán. Pero ya en su primer discurso ante los jefes del Estado Mayor del Ejército y la Marina, se expresó Hitler, en opinión de uno de los presentes, solamente un poco más cauto que en los anteriores congresos del Partido:

> «¿Cómo se puede utilizar la fuerza política cuando se ha ganado? Todavía no ha llegado el momento de decirlo. Acaso en activar la lucha por nuevas posibilidades exportadoras, quizá —y esto es mejor— en la conquista de un espacio vital en el Este y su posterior germanización. Lo seguro es que con el poder y la lucha política se podrán alterar las situaciones económicas presentes.
>
> Queremos un más importante Ejército y una orientación socialista del Estado. Las fuerzas armadas deberán seguir siendo apolíticas y estar situadas sobre el partidismo. La lucha en el interior no les atañe, sino que es misión de las organizaciones nazis. Al contrario que en Italia, no se procederá a amalgamar el Ejército y las SA. Será un período peligroso aquel que dure la formación de la Wehrmacht. Se demostrará entonces si Francia tiene estadistas: en caso afirmativo, no nos dará tiempo y caerá sobre nosotros (presuntamente, apoyada por sus aliados orientales)»[4].

En el aspecto interno, el motivo de la recuperación nacional adquiría una tonalidad anticomunista.

> «El programa de la reconstrucción del pueblo y el Reich atrae, con mucho, la preocupación de nuestra vida política, moral y económica. Convencido de que los males que afligieron a nuestro pueblo tenían una causa bien concreta, es objetivo principal del Gobierno de la revolución nacional, eliminar las taras e imperfecciones susceptibles de alterar en el futuro su resurgimiento. La caída en contradicciones internas provocada por la doctrina sistemáticamente errónea del marxismo, significa la destrucción de una base para la convivencia normal.
>
> El atentado que esta doctrina significa se extiende a todos los órdenes de la sociedad. Altera los conceptos de Estado, sociedad, religión, moral, familia y economía y lleva a unas diferencias susceptibles de desembocar en la lucha de todos contra todos.
>
> Provocada por el liberalismo del pasado siglo, la ideología comunista viene a ser su lógica culminación. Esta ideología solamente puede imponerse por medio de un caos fomentado, del que son expresión los asaltos, los incendios, los atentados y los descarrilamientos de trenes. Estos métodos provocadores del terror de las masas costaron en el transcurso de pocos años nada menos que trescientos cincuenta muertos y unos diez mil heridos al movimiento nacionalsocialista.
>
> El incendio del Reichstag como intento fracasado de una acción más extendida es sólo una muestra de lo que le esperaría a Europa en caso de triunfo de esta ideología. Cuando cierta Prensa trata hoy, en especial fuera de Alemania, de atribuir al alzamiento nacional este acto vergonzoso, siguiendo con ello los métodos comunistas de la mentira y la calumnia, solamente puedo ratificarme en mi decisión de no dejar nada inactivo para que en el más breve espacio de tiempo puedan comparecer en juicio público los incendiarios y sus cómplices y recibir su adecuado castigo.
>
> La entera envergadura de la conjura ha sido puesta al descubierto, tanto ante el pueblo alemán como ante el mundo entero. Tan sólo mediante su acción inmediata impidió el Gobierno un desarrollo de la acción que habría adquirido un sesgo catastrófico para toda Europa. Algunos de aquellos que por odio al alzamiento nacional, hacen el juego, tanto en el interior como en el exterior de Alemania, al comunismo internacional, hubieran sido precisamente sus primeras víctimas.

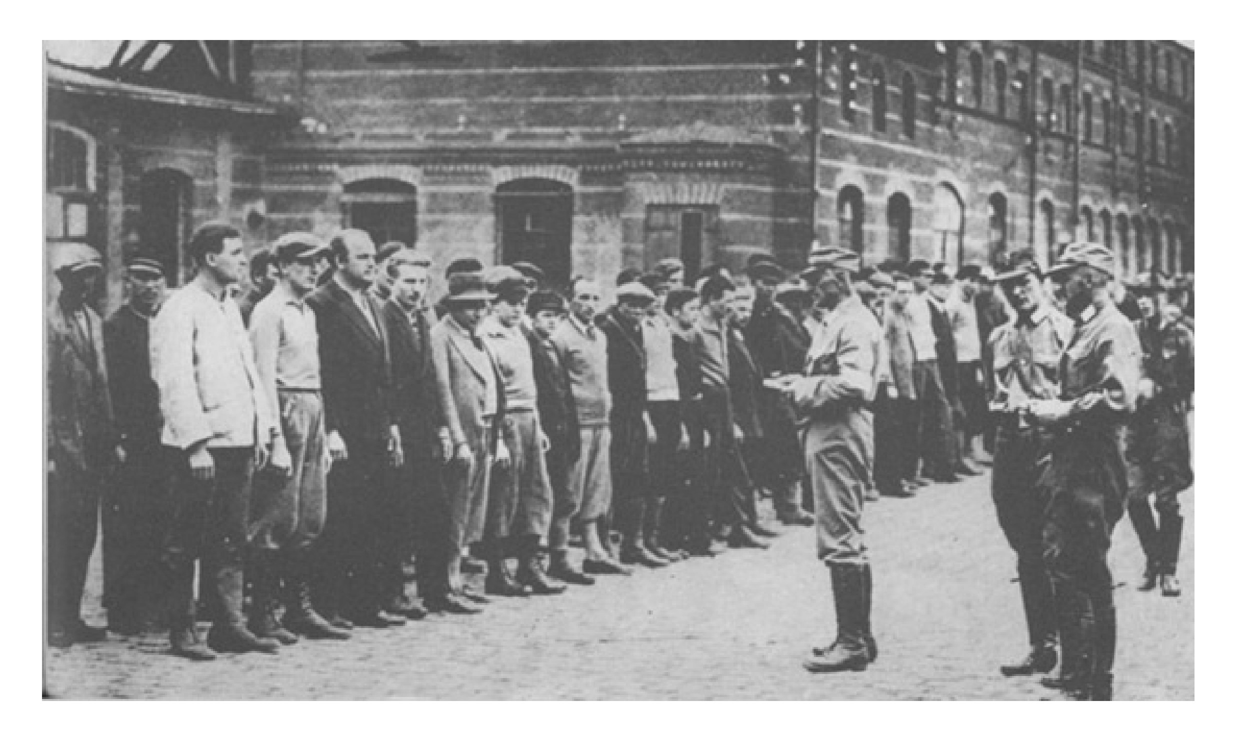
La tarea más alta y considerable del Gobierno nacional es precisamente conjurar el peligro comunista, no sólo por interés de Alemania, sino en interés de toda Europa»[5].



La vertiente revolucionaria del «alzamiento nacional»: el boicot de los comercios judíos es el aspecto de una nueva lucha de clases.



Las SS se convierten en Policía auxiliar.



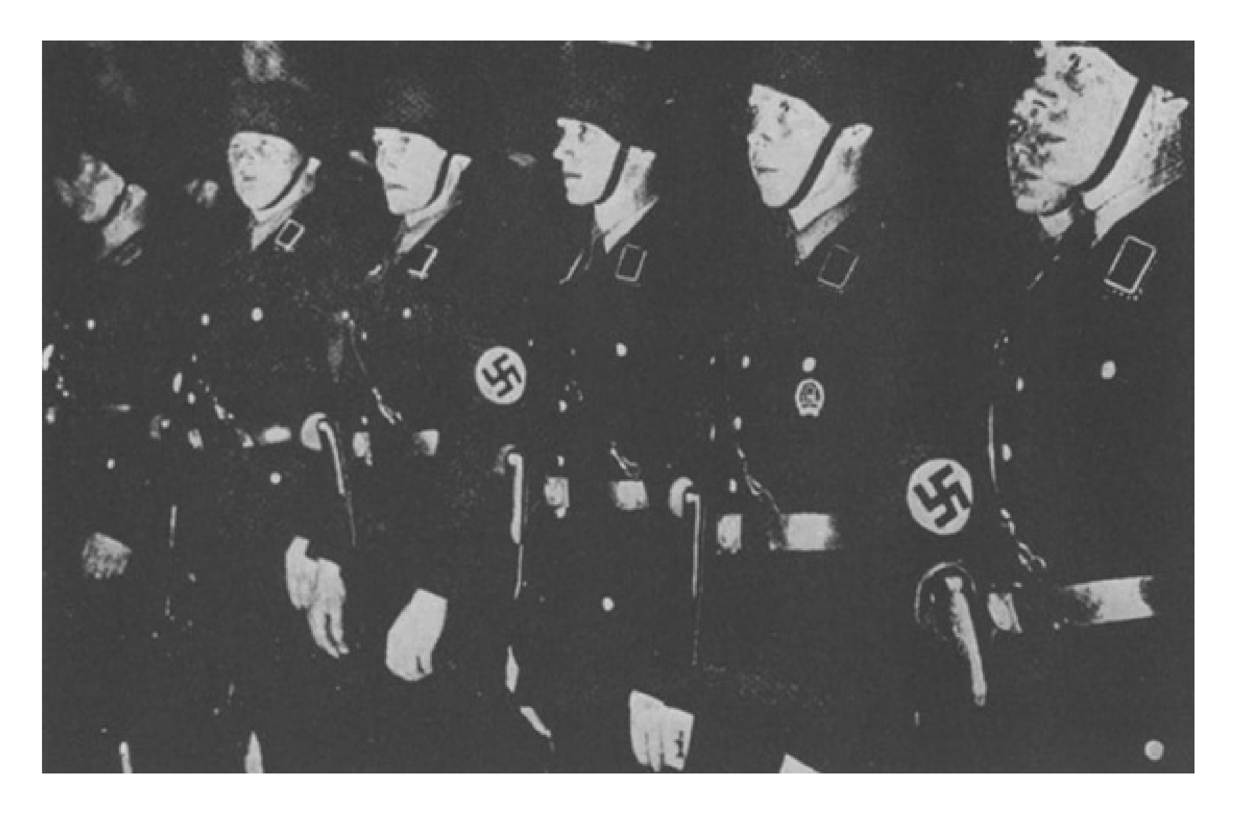
El momento de pasar lista en el campo de concentración de Oranienburgo.



El Reichstag después del incendio. «Así estaba planeado que terminaran todos los palacios, museos e iglesias de Alemania», aseguraba el pie puesto a la fotografía en una publicación del momento.



Hitler en el «Sportpalast» de Berlín, el 10 de febrero de 1933: «Durante catorce años, los partidos de la derrota, de la revolución de noviembre, han dirigido y engañado al pueblo alemán».



La SS con cascos de acero en abril de 1933. Hitler diría en su «discurso de paz» del 17 de mayo, lo siguiente: «Si en Ginebra tratan ahora de añadir al cálculo de nuestros efectivos militares esta organización que sirve únicamente a objetivos internos bien concretos, igual podrían considerarse partes integrantes de la Wehrmacht los bomberos, las entidades gimnásticas, las sociedades de tiro, los clubs de remo y otras ligas deportivas».

A estas constantes presentes en la exposición ideológica del nacionalsocialismo recién llegado al poder hay que añadir otra, que ocupaba uno de los órdenes primordiales. Se trataba del antisemitismo, que en aquellos tiempos iniciales del poder quedó algo disimulado por imperativos tácticos. El presidente del Reich, Von Hindenburg, era suficientemente inteligente, a pesar de su avanzada edad, para comprender las consecuencias que aquella doctrina podía tener sobre la nación y exigir categóricamente de Hitler el respeto a los antiguos combatientes judíos. A Hitler le fue posible acceder a aquella exigencia, porque el antisemitismo tenía también diversos aspectos y en su capa superior no venía a ser más que la exigencia de una proporcionalidad de los grupos sociales, ya que la minoría judía estaba mayormente representada en los estratos de las profesiones libres y algunos sectores económicos. El aspecto del «alzamiento nacional» adquiría así en Alemania una neta diferenciación con los primeros tiempos siguientes a la Marcha sobre Roma. Hitler no había llegado al poder por la fuerza, sino como resultado de unas elecciones. Por otra parte, la oleada nacionalista no había alcanzado en Italia una altura tan considerable, ni el anticomunismo llegado a extremos de una histeria que parecía aguardar a cada momento la quema de cada teatro y el envenenamiento de todas las fuentes públicas.

Al mismo tiempo, al lado de las sutiles expresiones de Mussolini sobre «Poder y moderación», las exteriorizaciones de Hermann Goering adquirían una brutalidad lineal:

> «Camaradas: mis medidas no se verán coartadas por preocupaciones ni escrúpulos de carácter jurídico. Mis medidas no serán obstaculizadas por ninguna clase de trámites burocráticos. No tenemos tiempo para pararnos en legalismos, sino para aniquilar y destruir. Para nada más. Esta lucha, camaradas, será una lucha contra el caos y tiene que llevarse a cabo con métodos policíacos. Sí, señores comunistas: voy a utilizar al máximo los resortes de poder policiales y del Estado, para que no hagan ustedes llaves falsas, pero la definitiva lucha a muerte, que os obligará a doblar la cerviz, la llevaré a efecto con esos de ahí abajo. Es decir, con los camisas pardas. Demostraré al pueblo que debe movilizar sus propias fuerzas vitales. Ya lo he declarado con todo el rigor y la absoluta franqueza: en el futuro, señores míos, no entrará en el Estado más que aquel que proceda de las fuerzas nacionales y no el que quiera infiltrarse, incluso si aparenta para ello verter lágrimas de cocodrilo. No me importa que determinados “críticos” se agiten y exciten ante estas medidas y clamen por una “justicia”. No me importa decir que utilizo dos medidas en la aplicación de esta justicia. No tendría paz y tranquilidad si no enviara definitivamente al diablo a los bonzos rojos. Han ocupado demasiado tiempo sus puestos, financiados por nuestro propio dinero. Por espacio de catorce años han oprimido a esta Alemania nacional; durante catorce años no podía ser nacionalsocialista ni un simple portero de Ministerio. Ése ha sido el concepto que ellos han tenido de la justicia. Durante catorce años nos habéis oprimido vosotros. Pero ahora decimos basta: quien se identifica con el Estado, es identificado a su vez por el propio Estado, que ve en él su prolongación. Pero quien quiere destruir el Estado tiene que ser objeto de aniquilamiento por parte del propio Estado»[6].



El corto camino hacia el Estado de partido único. El débil rey de la Prensa y «dictador económico» Alfred Hugenberg (cuya retirada tuvo efecto el 26 de junio de 1933).



Los aliados de ayer son detenidos (conducción de miembros de las secciones de lucha de los Alemanes Nacionales, a finales de junio de 1933, en Berlín).

Gesetz gegen die Neubildung von Parteien.

Vom 14. Juli 1933.

Die Reichsregierung hat das folgende Gesetz beschlossen, das hiermit verkündet wird:

§ 1

In Deutschland besteht als einzige politische Partei die Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei.

§ 2

Wer es unternimmt, den organisatorischen Zusammenhalt einer anderen politischen Partei aufrecht zu erhalten oder eine neue politische Partei zu bilden, wird, sofern nicht die Tat nach anderen Vorschriften mit einer höheren Strafe bedroht ist, mit Zuchthaus bis zu drei Jahren oder mit Gefängnis von sechs Monaten bis zu drei Jahren bestraft.

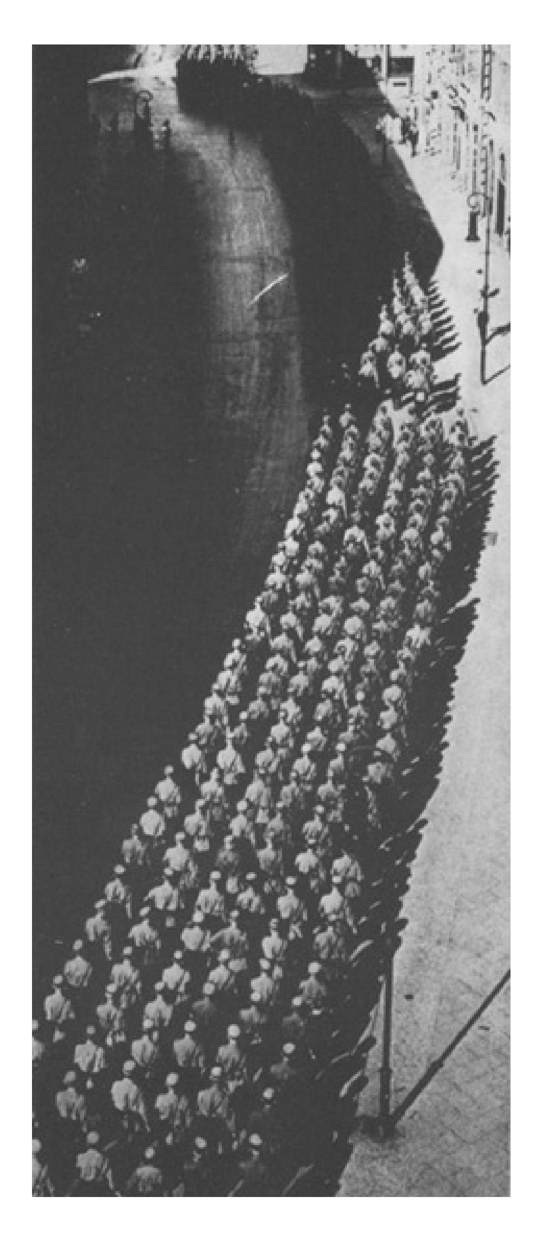
Berlin, den 14. Juli 1933.

Der Reichskanzler

Der Reichsminister des Innern

Der Reichsminister der Justiz

La ley contra la formación de nuevos partidos, promulgada el 14 de julio de 1933.



Las SA marchan (concentración del grupo Berlín-Brandeburgo en el aeropuerto de Tempelhof, a principios de agosto de 1933).

Ningún diputado socialdemócrata tuvo oportunidad de protestar, como lo había hecho Matteotti, hasta el punto de poner a sus enemigos al rojo vivo. El discurso del diputado Wels, con el que el SPD denegó la aprobación de los plenos poderes, fue honroso y preciso: la respuesta de Hitler no fue una cosa ni otra y a pesar de ello provocó un conjunto de encontradas emociones entre sus adversarios.

«Aseguran ustedes que la revolución nacionalsocialista no tiene nada que ver con el socialismo, sino que el socialismo está presente tan sólo en el SPD, que es objeto de persecución. ¿Cómo pueden hablar ustedes de persecución? Están aquí presentes y se escucha pacientemente a su oradores. Hablan ustedes de persecución. ¿Quién les ha perseguido hasta ahora? Aseguran, por otra parte, que son los únicos depositarios del socialismo. Sin duda, son portadores de aquel socialismo misterioso y secreto que el pueblo alemán no acertó a ver jamás. Hablan hoy de sus

acciones y sus logros. No cabe duda de que cuentan lo que mayormente les conviene. Hay que conocerles por sus frutos. Y los frutos se vuelven contra ustedes. Si esa Alemania que nos han mostrado durante catorce años es el espejo de la voluntad socialista de ustedes, les ruego, señores, que nos den cuatro años para mostrarles por nuestra parte el espejo de nuestra voluntad»[7].

Las diferencias entre la postura expresada por estas palabras y la adoptada por el fascismo italiano respecto al socialismo eran notorias. Pero no había que extraer conclusiones demasiado prontas. Porque escondían, en rigor, una mayor rotundidad y un firme deseo de llevar adelante las cosas en el menor plazo de tiempo. Aquello que en Italia había requerido un período más dilatado y que incluso en ocasiones se había llevado a efecto contra los deseos del propio Mussolini, adquirió en Alemania el carácter de un proceso perfectamente planificado y medido.



El ejemplo de la Italia fascista: Joseph Goebbels en Roma. A su lado aparecen Starace y Balbo.



Firma del Concordato, el 20 de julio de 1933. En el centro, el cardenal secretario de Estado, Pacelli, y a la izquierda, el vicecanciller Von Papen.

Como en el caso de Mussolini, formó Hitler un gabinete coaligado de concentración nacional pero apenas transcurridos unos meses, el marco conservador en que había querido encuadrarse se desprendió como un elemento decorativo que resultara ya innecesario. Por su parte, los partidos adversarios no tuvieron tiempo ni oportunidad de retirarse al Aventino, puesto que bastó un corto plazo de tiempo para quedar excluidos del panorama político o bien obligados a una disolución por «propia voluntad». Los sindicatos trataron de alcanzar un compromiso en el régimen; no se les trató con finezas jurídicas, sino que se les quitó la vida mediante una acción del Partido, protegido por la Policía, que recordaba el ejemplo seguido por los escuadristas. La fecha del primero de mayo no fue relegada al nivel de un día cualquiera, sino que se transformó en la fiesta del trabajo nacional. Las ligas nacionales, como los «Cascos de Acero», se unificaron al grueso del partido, con carácter obligatorio y, por supuesto, sin escuchar cumplidos como los expresados diez años antes por Mussolini al producirse el ingreso en sus filas de los nacionalistas italianos. El concordato suscrito por Hitler con el Vaticano contribuyó, sin duda, a acrecentar su prestigio entre los católicos de Alemania y el mundo, pero apareció desde el primer momento como una medida táctica por ambos lados, que no excluía una enemistad que en Italia había atravesado diversas alternativas y que había terminado por provocar considerables tensiones. Finalmente, la «ley para la seguridad de la unidad del

Partido y el Estado» significó, el 1 de diciembre de 1933, la iniciación de un período que en Italia había requerido por lo menos tres años:

«1.º (1) Tras la victoria de la revolución nacionalsocialista, es el Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán depositario del concepto estatal alemán y queda indestructiblemente unido al Estado.

(2) Es una corporación de derecho público. El *Führer* es garante de su disciplina.

2.º Para la mejor eficacia de la colaboración del partido y las SA con las autoridades públicas, el lugarteniente del *Führer* y el jefe del Estado Mayor de las SA pasan a ser miembros del Gobierno del Reich.

3.º (1) Los miembros del Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán y de las SA (así como de las organizaciones unificadas a éstos) tienen, en su calidad de fuerza impulsora del Estado nacionalsocialista, un constante deber hacia el *Führer*, el pueblo y el Estado.

(2) Caso de quebrantar o desoír estos deberes, serán juzgados mediante un procedimiento especial.

(3) El *Führer* podrá extender esta determinación a los miembros de otras organizaciones.

4.º Como conculcación de los deberes se considerará toda acción o falta que ponga en peligro o afecte a la existencia, la organización, la acción o el prestigio del Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán y en el caso de los miembros de las SA y (organizaciones asimiladas), toda falta contra la disciplina y eh orden.

5.º Además de los castigos y penalizaciones calificadas como de servicio, podrán imponerse las de arresto y encarcelamiento.

6.º Los funcionarios y autoridades públicas adquieren el deber de facilitar por todos los medios las acciones de justicia que se refieran a la jurisdicción del Partido y las SA.

7.º Queda sin efecto la reglamentación de los castigos y penalizaciones de los miembros de las SA y SS, de abril de 1933.

8.º El canciller del Reich, como *Führer* del Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán y jefe supremo de las SA dictará las normas oportunas para la entrada en vigor de esta ley, especialmente en lo que se refiere a la delimitación de la oportuna jurisdicción del Partido y las SA. De él emana la fuerza de la obligación de los preceptos sobre dicha jurisdicción»[8].



El ejemplo de la Italia fascista: Herman Goering a su llegada a Roma, en abril de 1933.



El ministro italiano de Corporaciones, Bottai, a la salida del Ayuntamiento de Hamburgo en unión del ministro de Organización del Reich, doctor Ley.

A pesar de cuanto ha quedado expuesto, desempeñaron en este proceso un gran papel tanto la casualidad como el ejemplo: la casualidad, en un tono menor, y el ejemplo, en una dimensión mayor, de lo ocurrido anteriormente en Italia. Una casualidad fue, sin duda alguna, el incendio del Reichstag, que como la muerte de Matteotti no se ajustaba, indiscutiblemente, a un plan. Pero el acto casual se convirtió, gracias a la habilidad de Hitler, en el punto inicial de todo un proceso que al parecer había estado aguardando el momento propicio de desencadenar. En cuanto al ejemplo, ahí estaba la Italia fascista que lo ofrecía. Casi inmediatamente después de la toma del poder, Goering y Goebbels viajaron a Roma. A principio de 1934, Goebbels hizo públicos unos

juicios entusiastas sobre el carácter ejemplar de la Italia fascista y Goering escribió en la edición alemana del *Diario* de Balbo el prólogo siguiente:

> «Con toda seguridad no es posible identificar, sin más, el nacionalsocialismo con el fascismo. Y sin embargo, ambos tienen, y no solamente en su forma de apariencia externa, mucho en común porque los dos han surgido del mismo terreno de cultivo: del sentimiento de pueblo y de patria. La revolución, tanto fascista como nacionalsocialista, han adoptado la divisa de Leopold von Ranke, según la cual los pueblos no deben ser regidos con reflexiones, sino colmados por grandes sentimientos.
>
> Puede así decirse que el nacionalsocialismo y el fascismo son hermanos, cuyo grado de desarrollo no tiene que ser necesariamente el mismo, pero que no pueden renegar de la sangre de una idéntica familia. En Alemania e Italia se han derribado los altares podridos de la política democrática, vacíos de espíritu y de sangre, por voluntad férrea de unos pueblos y anhelo de una disciplina, voluntariamente aceptada y que es la única apta para ordenar el inmenso sentimiento nacional en la forma de Estado»[9].

El mayor radicalismo del nacionalsocialismo quedó demostrado por la salida de la Liga de Naciones, en octubre de 1933. El motivo fue la desconfianza de los gobiernos francés e inglés a hacer efectiva aquella «igualdad de derechos» en el problema del rearme, ya inicialmente planteado por el propio Schleicher. La indignación alemana habría resultado más justificada de haber sido Hitler un hombre como Schleicher y el Estado nacionalsocialista un Estado como la República de Weimar. Pero la cuestión de la igualdad de derechos era en aquellas nuevas circunstancias el punto de arranque hacia un objetivo mucho más oculto y a la vez fundamental. Es decir, «mandar a dormir» a la Liga de Naciones, (Hitler en el Consejo de ministros del 13 de octubre), que era tanto como dar a un lado el principio de la seguridad colectiva. Sin embargo, es muy posible que Hitler no se hubiera atrevido a dar el siguiente paso de no haber tenido conciencia de que Italia cubría sus espaldas.

El llamamiento a la «segunda revolución» hecho por las SA bajo el mando de su jefe Rohm, tuvo tan sólo una importancia interna. Correspondió en cierta manera a las exigencias de una «tercera ola», hechas por los extremistas fascistas. Hitler pareció situarse, en principio, al igual que Mussolini, al lado de los elementos moderados. Pero la manera con que procedió a la represión de una conjura que no había pasado, en rigor, del amago y su aprovechamiento de las circunstancias para librarse de elementos conservadores, demostró casi inmediatamente que no había vacilado en cambiar de postura. De haber sido la Alemania de junio de 1934 un Estado normal, el fusilamiento de hombres encarcelados se habría considerado como un crimen. Pero Alemania no era un Estado normal, y por ello se juzgó la actitud de Rohm como un sino que se consideraba una nación en guerra «motín» y de acuerdo con las más rígidas leyes de la guerra, el castigo fue

una especie de acción de diezmado. El propio Hitler dio esta misma interpretación en su discurso ante el Reichstag el 13 de julio de 1934, acaso sin que él mismo se diera cuenta de las consecuencias que la propia tesis implicaba:

> «De haber estado dispuesto unos días antes a la tolerancia, no podría dar en este momento el presente informe. Las rebeliones se aplastan desde hace siglos con idénticas leyes férreas. Si alguien me hiciera el reproche de no haber actuado conforme los procedimientos ordinarios de justicia, podría responderle lo siguiente: en aquel momento era el responsable del destino de la nación alemana y, por ello, juez supremo del pueblo alemán. Las divisiones amotinadas se han castigado desde siempre con el diezmado. Tan sólo un Estado no hizo uso de sus derechos de guerra y por ello se precipitó muy pronto por la pendiente de la derrota: Alemania. No quisiera que el joven Reich tuviera idéntico destino que el anterior. Un diplomático extranjero ha llegado a decir que los contactos entre Schleicher y Rohm habían sido de naturaleza inofensiva. No es mi intención entrar en controversia sobre ello. En política resulta muy aventurado definir lo que es inofensivo y lo que no. Pero si tres acusados de alta traición han estado en tratos con el extranjero y han planeado la destrucción de cuanto hasta ahora se lleva hecho en Alemania; si han planeado el aniquilamiento de los sectores más sanos y enérgicos de nuestro partido, llegando incluso a prever la eliminación de mi propia persona, no tuve en tal caso que experimentar vacilación alguna en ordenar su muerte, aunque ello representara para mí una decisión difícil de adoptar y aunque ello pueda significar un pretexto para que nuestros enemigos levanten la voz. No pude hacer otra cosa que dar la orden»[10].



Un conflicto sangriento en el nuevo Estado. Ernst Rohm, «hijo del caos». Goebbels.



Röhm verhaftet und abgesetzt

Röhm aus Partei und S.A. ausgeschlossen

Aufruf des neuen Stabs

Der Führer an den neuen Stabschef

Befehl des Oberster S.A.-Führers Adolf Hi

Folgende sieben Verräter wurden bereits erschossen:

Crimen de Estado en masa: titulares del *Volkischer Beobachter* del 30 de junio de 1934.

Unas semanas después tuvo efecto un «putsch» de las SA y SS, pero no en Berlín, sino en Viena, y en el transcurso del mismo no se planteó tan sólo el asesinato de un jefe de Gobierno, sino que se llevó a efecto. No es seguro que Hitler estuviera informado de la acción del 25 de julio, pero era en realidad el último eslabón de una larga cadena que abarcaba todo el nacionalsocialismo, incluido el austríaco. En Austria, representaba éste un grupo fuerte y poderoso, que la opinión general no consideraba de una manera benévola, ni mucho menos. En un sentido jurídico eran tan culpables de alta traición al país como podían haberlo sido anteriormente los comunistas. Y como los comunistas, solamente podían basarse en un principio para su acción. En este caso era el principio dé la unidad de sangre, Mussolini proclamaba la universidad del fascismo, pero no basaba su Estado nacional sobre concepto

alguno que tuviera un fundamento generalizado, como el comunista de «proletariado». Tan sólo el antimarxismo *alemán* aparecía dispuesto a la creación de una contraimagen del comunismo y por ello era más alto su grado de radicalismo que el que podía alcanzar el italiano. La política de Hitler respecto a Austria correspondía así de una manera casi exacta a la política del *Komintern* hacia Alemania, con tanta frecuencia denunciada por el propio Hitler: era una subversión concebida y preparada con la ayuda de un poderoso partido extranjero. Así es como Hitler preceptuaba, al igual que Stalin y a diferencia de Mussolini, un nuevo concepto de lealtad que alteraba radicalmente los conceptos hasta entonces vigentes de la alta traición y la traición al país. Sin embargo, este concepto de lealtad quedaba necesariamente situado en plano de inferioridad respecto a los comunistas, por cuanto obraba tan sólo sobre los nacionalsocialistas. Había que tratar de extenderlo a todas las gentes de habla alemana y para ello tenía la Alemania nacionalsocialista tantos aliados naturales en Europa como la propia Unión Soviética creía, por su parte, poseer. El concepto de la «unidad de sangre» llegaba a adquirir así un alcance considerable, tanto más cuanto no enfrentaba a las naciones de los alemanes, polacos y franceses, sino a la raza «aria», a la de color, a la «judía» y otras. Para poner de manifiesto ante el mundo el paso dado en este sentido, se promulgaron en setiembre de 1935 las llamadas «leyes de Nuremberg». La «ley de ciudadanía del Reich» no hacía de los judíos una «minoría», que según las circunstancias podía ser objeto de mejor o peor trato, sino que les reducía a la categoría de simples «súbditos de un Estado», es decir, a gentes sustancialmente de menor derecho. La «ley para la defensa de la sangre y el honor alemanes» ponía de manifiesto, asimismo, el repudio absoluto por parte de Alemania del liberalismo y todos sus precedentes.

> «Convencidos de que la pureza de la sangre alemana es condición para el progreso del pueblo alemán y poseídos de la voluntad inquebrantable de otorgar a la nación alemana la necesaria seguridad para el futuro, el Reichstag ha aprobado por unanimidad la ley que se detalla seguidamente.
>
> Primero (1): Quedan prohibidos los matrimonios entre judíos y ciudadanos de sangre alemana. Los matrimonios celebrados a pesar de ello se considerarán nulos, aunque se efectúen en el extranjero con la finalidad de soslayar la presente ley.
>
> (2): Tan sólo el fiscal podrá levantar esta nulidad. Segundo: Queda prohibido el trato extraconyugal entre judíos y ciudadanos de sangre alemana.
>
> Tercero: Los judíos no podrán tener a su servicio doméstico ciudadanos de sexo femenino de sangre alemana, menores de cuarenta y cinco años.
>
> Cuarto (1): Queda prohibido a los judíos izar la bandera nacional y la utilización de los colores del Reich.
>
> (2): Se les permite, por contra, la exhibición de las banderas judías.

Quinto (1): Quienes desobedezcan la prohibición contenida en el párrafo primero serán castigados con pena de cárcel o prisión correccional.

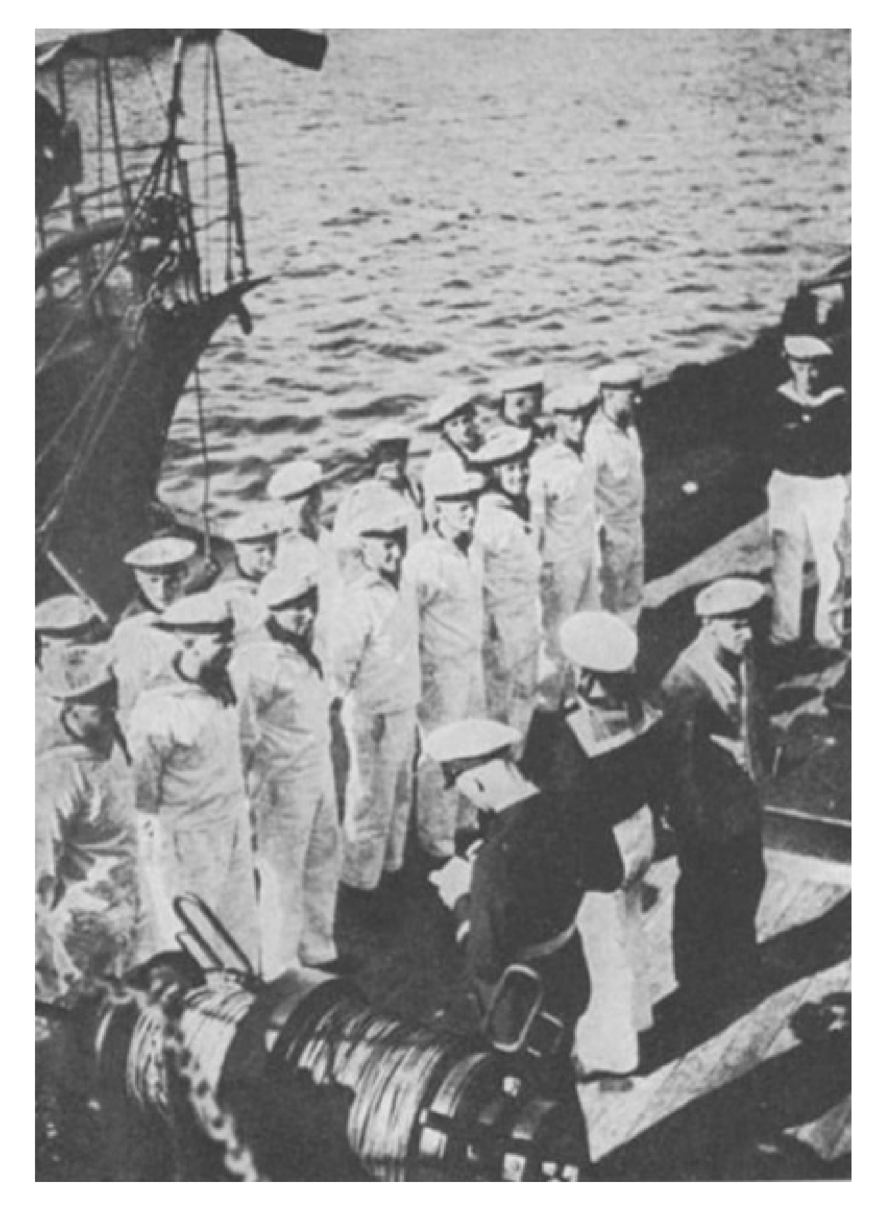
(2): El hombre que quebrante la prohibición contenida en el párrafo segundo, será castigado con pena de cárcel o prisión correccional.

(3): Quien desobedezca los párrafos tercero y cuarto será castigado con pena de cárcel hasta un año y con multa en metálico.

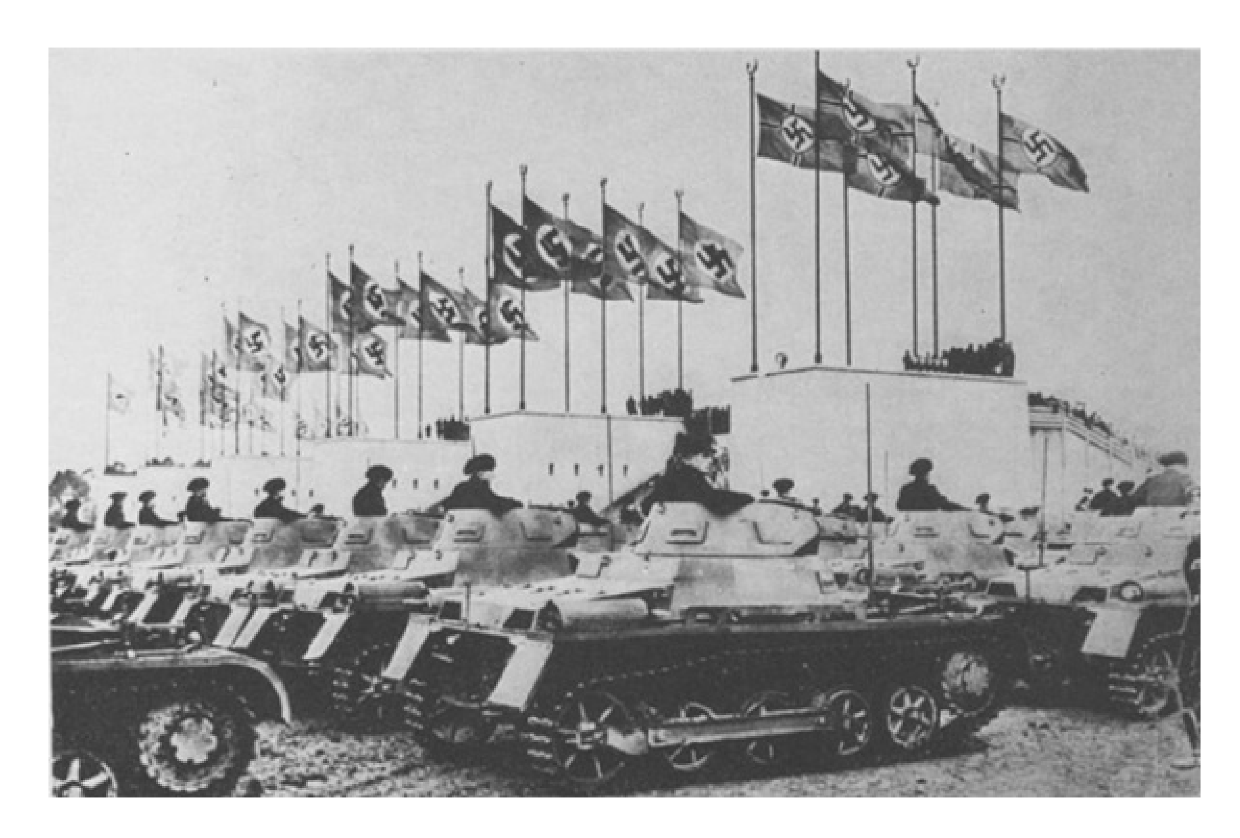
Sexto: El ministro del Reich del Interior, de acuerdo con el lugarteniente del *Führer* y el ministro del Reich de Justicia, dictará las providencias oportunas para el exacto cumplimiento de esta ley.

Séptimo: la ley entrará en vigor el día de su publicación.

Octavo: Es decir, el 1 de enero de 1936»**[11]**.



Vencedores provisionales: las fuerzas armadas. A bordo de un rastreador de minas en el puerto de Kiel.



Vencedores provisionales: las fuerzas armadas. Desfile de blindados durante el Congreso del Partido, en 1935.

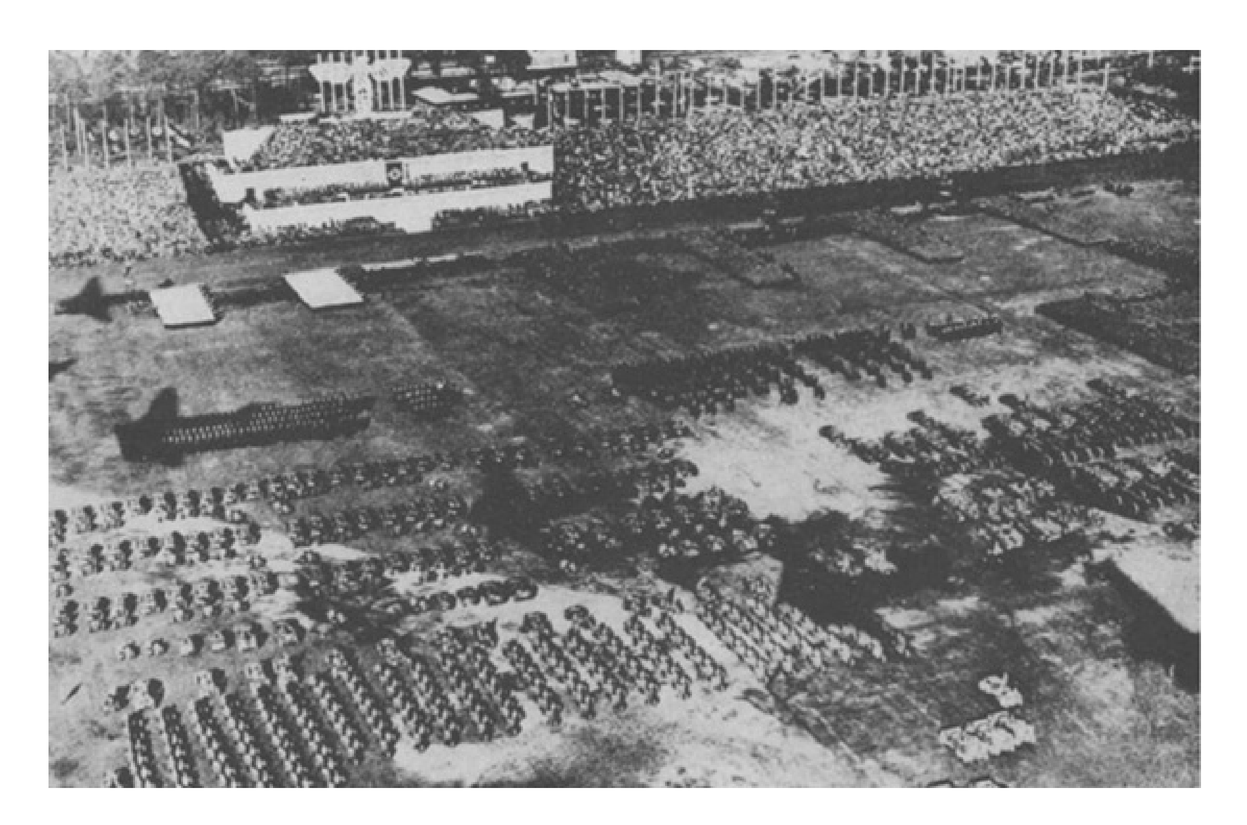
La Alemania nacionalsocialista era así, a finales de 1935, un Estado que si por una parte se sentía discriminado, por la otra aparecía en posesión de una concepción del mundo organizado estatalmente, que trataba de hacer trascender sobre sus fronteras e intentaba igualar en su tendencia de proyección a la ideología comunista.

Precisamente en esta mezcla de las más diversas tendencias estriba el misterio de la existencia y persistencia del nacionalsocialismo alemán. De haber sido Hitler tan sólo un preconizador de la igualdad de derechos como Stresemann, no habría podido llegar a ser el jefe venerado y casi divinizado de un partido estatal. De haberse presentado como un campeón de la unidad de todos los alemanes, como Alfred Hugenberg, habría concitado sobre sí a Europa en un solo bloque. De no haber sido más que un anticomunista como Von Papen, tampoco hubiera podido sentir odio contra el sistema de Versalles, cuyo carácter anticomunista era evidente. De haber exteriorizado públicamente sus anhelos de espacio vital en el Este, habría conseguido que incluso Pilsudski se hubiera aliado con Stalin. De haber sido tan sólo un feroz y enconado antisemita como Streicher, no hubiera sobrepasado jamás el destino de un jefe de secta. Pero como todas estas constantes aparecían en el nacionalsocialismo y como Hitler tuvo la habilidad para hacer que unas destacaran sobre otras según las oportunidades, dividió a sus adversarios sin

traicionarse una sola vez a sí mismo e incluso llegó a despertar entre ellos esperanzas de una eventual y futura alianza con unos y con otros.



El arma más reciente de la Wehrmacht: la aviación. Aparatos en vuelo sobre las banderas del Partido, en el Congreso de 1936.



La sombra de los aviones proyectada sobre las formaciones militares (1935).



¿Injuria o profecía? Una falsificación antinacionalsocialista del año 1935.



¿Principio de un nuevo concepto de la lealtad? Camisas negras británicos como invitados de honor en el congreso del Partido celebrado en 1933.

La fórmula resultaba genial, precisamente porque no se trataba de un plan preestablecido y porque ninguno de aquellos conceptos era incompatible con el otro. Pero también venía a ser a la postre peligrosa porque los conceptos podían entrar en contradicción unos con los otros: el anticomunismo con el de la consecución del espacio vital, con el de los derechos de las minorías o el de la «defensa de Europa» y el de la conjunción de todos los alemanes con el de la reivindicación de la plena igualdad de derechos para el Estado. La entera historia del nacionalsocialismo es poca cosa más que la historia del desarrollo de estos conflictos. Nada sorprende menos que el hecho de que la Alemania nacionalsocialista permaneciera aislada durante sus primeros años y de haberse debido tal aislamiento, como aseguraba la propaganda oficial, a una «campaña de Prensa judía», se hubieran revelado invalidadas todas las reglas de la política. Incluso la Italia fascista se alineaba entre los adversarios, porque se sentía amenazada por el riesgo de anexión que pesaba sobre Austria y por espacio de algún tiempo pareció que los dos Estados nacionales, similares en su aspecto externo de organización y semejantes inclusive en alguna forma de pensamiento, iban a entrar en abierto conflicto.

Mucho más sorprendente resulta que las acciones de una moderada política revisionista, adoptada por Hitler hasta el año 1936 y que se hallaba en la misma línea de la trayectoria externa seguida por la República de Weimar,

encontrara una resistencia bastante menor a la hallada por Briining cuando puso manos a la obra sin una previa preparación. Así, cuando Alemania salió de la Sociedad de Naciones, suscribió Polonia un pacto de no agresión con ella, porque se consideraba abandonada por Francia y, no sin alguna razón, creía en una mayor comprensión de Hitler hacia el vecino oriental que la tenida anteriormente por Wirth y Stresemann. Tras la reinstauración del servicio militar obligatorio, en marzo de 1935, entró Inglaterra en tratos con Hitler para la firma de un pacto naval que en la práctica significaba la consagración de la ruptura unilateral del Tratado de Versalles. Cuando Hitler ocupó militarmente, en marzo de 1936, la Renania desmilitarizada y con ello derribó uno de los puntos de apoyo del orden constituido, se demostraron las ventajas de la «unanimidad nacional», puesto que Francia se hallaba en vísperas de elecciones y las derechas se pronunciaron, sin apenas excepciones y por razones de una política interna contraria al Frente Popular, en favor de las tesis de Hitler contra el pacto francosoviético.

Así es que tuvo Goebbels, en enero de 1936, sus buenas razones para elogiar las ventajas del sistema nacionalsocialista cuando proclamó en un discurso público:

> «No saben ustedes las preocupaciones que hemos tenido para hacer posible lo que hoy es realidad. Y a la vista de lo que se ha alcanzado, debo decir que si hubiera sido enemigo del presente régimen, me habría dejado convencer. Cuando media docena de hombres, sin pestañear siquiera y sin pronunciar una palabra de más, se dejan hacer reproches por muchos millones de camaradas y a pesar de ello toman sobre sí una responsabilidad que sabían que podía llevar, a la menor dificultad, hasta una guerra, me avergonzaría no haber aceptado como propio su empeño y no haber expresado mi agradecimiento a los hombres que habían hecho aquello posible…».
>
> «Es muy fácil la réplica de que nuestro programa no se ha cumplido. Si nuestro programa se hubiera realizado, podíamos descender todos de la tribuna, puesto que nuestros ideales se habrían cumplimentado. Pero nuestro programa no se compone tan sólo de unos puntos programáticos de carácter material, sino de una postura espiritual que debe ratificarse de día en día. Incluso si hubiéramos conseguido convencer a los hombres vivientes hasta el último de ellos, cada minuto vienen nuevos hombres al mundo. Cada minuto se nos pone al alcance de un nuevo material humano, de cuya formación somos responsables. Por ello y gracias a Dios no podemos dar nunca por terminada nuestra tarea y tenemos a cada instante que comenzar de nuevo, sin desmayos ni resistencias, para hacer realidad nuestros máximos ideales. Nuestro programa seguirá adelante, cuando lo consideremos oportuno. Porque no se trata solamente de hacer lo que se debe, sino de efectuarlo en el momento más adecuado. Si por ejemplo, el 2 de febrero de 1933, se hubiera acercado alguien a nosotros para decirnos: “¿Cómo está el asunto de la libertad de rearme?”, es bastante seguro de que hubiéramos apartado a aquel inoportuno de nuestro lado. Porque el momento no estaba maduro. Pero en cuanto ha madurado, hemos ocupado con nuestras fuerzas el Ruhr, precisamente cuando el riesgo era mínimo. Quizás algunos digan: “Sois unos cobardes porque teméis el riesgo”. Nosotros no tememos riesgo alguno en lo que atañe a nuestras personas y así lo hemos demostrado repetidamente. Pero sí tememos un riesgo para nuestro pueblo. Sería frívolamente criminal que asumiéramos riesgos que no estuviéramos luego dispuestos a afrontar. Para saber hasta qué punto pueden afrontarse y en qué momento resultan mínimos, ahí está el caudillaje. Otros pueblos son mucho más frívolos en esto. Nosotros no miramos el mañana, sino

el pasado mañana y tratamos de superar todos los obstáculos, no solamente con la fuerza de los leones, sino también con la astucia de las serpientes…

Precisamente por ello, hemos llegado al poder. Los comunistas hicieron radicalmente lo contrario y ya hemos visto cómo les han ido las cosas. ¡Quién sabe lo que hubiera ocurrido de haberse mostrado más cautos, más astutos, más precavidos…!

Para tener una idea de los extremos conseguidos, es de destacar que a nuestro advenimiento al poder importábamos alimentos por valor de dos mil quinientos millones y hoy solamente necesitamos por valor de mil millones. Este ahorro de mil quinientos millones en divisas hemos podido invertirlo en materias primas para nuestro programa de rearme. El resultado no puede ser más halagüeño»[12].



Núcleo de la «Orden aria»: Himmler en compañía de los mandos de las SS en 1933.



¿Culminación o principio? La reocupación militar de Renania en marzo de 1936.



Ningún adversario se opone a Hitler: el presidente del Consejo de ministros francés, Albert Sarraut, en marzo de 1936.

Pero llegados a determinado momento hubo que preguntarse hasta dónde podría seguirse adelante; pregunta que se identificaba con esta otra: ¿cuándo

podría romperse el aislamiento? ¿De qué servía el gigantesco rearme si solamente se lograba lo que la República de Weimar también hubiera podido conseguir? Si Alemania permanece aislada, el rearme resultaría semejante a una piedra de molino colgada de su cuello, puesto que concitaría a toda Europa contra sí. Todas las dificultades internas de los gobernantes franceses del Frente Popular y todas las tendencias anticomunistas de los conservadores británicos no podían contrapesar la ley elemental que suscita en el interior de un sistema una grave crisis cuando éste no alcanza los objetivos que se ha propuesto. Fue así decisivo para el destino del Estado nacionalsocialista que existiera un país capaz de relegar el temor a Alemania a un segundo término. El parentesco ideológico fue solamente una de las motivaciones originarias que provocaron la unión entre Italia y Alemania y llevaron a la era del Eje, pero también tuvo sus razones y su importancia cada vez mayor el cálculo de fuerzas políticas. Cómo fue posible llegar a todo ello se comprende mucho mejor si se considera con anterioridad al desarrollo de los pequeños movimientos fascistas. Es decir, la formación de aquel clima fascista que fue decisivo para las acciones y reacciones producidas en el mundo a lo largo de la segunda mitad de los años treinta.



Catorce días antes de la entrada de Badoglio en Addis Abeba: el arma blindada alemana rinde homenaje a su fundador (20 de abril de 1936).

INDICE BIBLIOGRÁFICO DEL CAPÍTULO SÉPTIMO

Karl Dietrich Erdman, «Die Zeit der Weltkriege» (La época de la guerra mundial) en el «Manual de la historia alemana», de Bruno Gebhardt, 4 volúmenes, Stuttgart 1960.

Walter Hofer, «Die Diktatur Hitlers bis zum Beginn des Zweiten Weltkrieges» («La dictadura de Hitler hasta el principio de la Segunda Guerra Mundial»), Constanza 1960.

Hans Buchheim, «Das Dritte Reich. Grundlagen und politische Entwicklung» («El Tercer Reich. Fundamentos y desarrollo político»), Munich 1960.

Helmut Sundermann, «Das Dritte Reich» («El Tercer Reich»), Leoni 1964. Segunda edición.

Hermann Mau y Helmut Krausnick, «Deustche Geschichte der jüngsten Vergangenheit», 1933-1945 («Historia alemana del pasado reciente», 1933-1945), Stuttgart 1953.

Karl Dietrich Bracher, Wolfgang Sauer y Gerhard Schultz, «Die nationalsozialistische Machtergreifung» («La conquista nacionalsocialista del poder»), Colonia y Opladen 1960.

Alan Bullock, «Hitler. Eine Studie über Tyrannei» («Hitler. Un estudio sobre la tiranía»), Düsseldorf 1960.

William Shirer, «Auge y caída del Tercer Reich», Luis de Caralt, editor.

Helmut Heiber, «Joseph Goebbels», Berlín 1962. «Ursachen und Folgen», Berlín, sin fecha, Tomo IX.

Gerd Rühle, «Das Dritte Reich, Dokumentarische Darstellung des Aufbaues der Nation» («El Tercer Reich. Exposición documental de la construcción de la nación»). Tomos I-IV, 1933 a. 1937, Berlín, sin año.

«Dokumente der deutschen Politik» («Documentos de política alemana»), publicados por Karl MeierBeneckenstein, 7 tomos, Berlín 1935 hasta 1942.

Erich Czech-Jochberg, «Vom 30 Januar zum 21 März. Die Tage der nationalen Erhebung» («Del 30 de enero al 21 de marzo. Los días del alzamiento nacional»), Leipzig 1933.

«Das Dritte Reich. Seine Geschichte in Texten, Bildern und Dokumenten, 1933-1945» («El Tercer Reich. Su historia en textos, imágenes y documentos»), 2 tomos, Munich 1964. Edición española, Plaza & Janés, Barcelona.

Kurt Zentner, «Illustrierte Geschichte des Dritten Reiches», Munich 1965.

«Deutschland erwacht. Werden, Kampf und Sieg der NSDAP» (Alemania despierta. Nacimiento, lucha y victoria del P. Nacionalsocialista Obrero Alemán).

EFEMÉRIDES DEL CAPÍTULO OCTAVO

INGLATERRA

1926

Mayo: graves alteraciones sociales en Inglaterra por causa de una huelga general.

1929

Verano: el «Labour Party» consigue la mayoría relativa en las elecciones; su jefe, Ramsay McDonald, se hace cargo por segunda vez del Gobierno; el ministro más joven del Gabinete es Sir Oswald Mosley, como «Chancellor of the Duchy of Lancaster». Encargado especial de la lucha contra la crisis económica y el paro, desarrolla Mosley ideas muy poco convencionales, pero que aparecen llenas de posibilidades futuras.

1930

Mayo: Mosley abandona el Gabinete laborista como protesta contra la labor de puro trámite y falta de ideales del mismo.

Octubre: Mosley defiende su postura ante el congreso del partido y es derrotado.

Diciembre: Mosley hace público su «Manifiesto», con propuestas para una planificación económica autárquica e incremento del consumo. Es suscrita por quince parlamentarios del «Labour Party», entre los que se cuenta Aneurin Bevan.

1932

Enero: Mosley visita Munich y Roma: se orienta cada vez más hacia el ejemplo del fascismo.

Octubre: Mosley funda la «British Union of Fascists» y publica su libro programático The Greater Britain. El partido atrae cada vez más la atención pública sobre sí. Mosley construye su imponente cuartel general, la «Black House» de Chelsea, que es una especie de cuartel de la «Fascist Dcfence Forcé» uniformada.

1934

Junio: la concentración de masas en el «Olympia Theatre» provoca, así como la violencia manifestada por la «Defence Forcé», una gran sensación en

todo el país.

1936

La BUF aparece cada vez más como fuerza antisemita y favorable a Hitler: provoca desórdenes callejeros con caracteres de «progrom» en el East End londinense. Una ««Public Order Act» limita su actividad, entre otras cosas, mediante una prohibición de llevar uniformes.

1938-1939

Mosley propugna una política exterior inglesa de carácter prohitleriano, pero su influencia es nula por no haber podido su partido insertarse en el cuadro legal del sistema electoral británico.

1940

Mayo: Mosley es encarcelado, en unión de la mayor parte de sus partidarios.

FRANCIA

1924

Mayo: el triunfo electoral de la coalición de izquierdas sacude la conciencia de la «Francia nacional».

Noviembre: traslado solemne del cuerpo de Jean Jaurés al Panteón. Los comunistas aprovechan esta oportunidad para efectuar grandes manifestaciones. Temor y agitación entre la burguesía. En los meses siguientes se procede a la fundación de los «Jeunes Patriotes» por parte de Pierre Taitinger y el «Faisceau» por Georges Valois.

1927

Noviembre: fundación de los «Cruces de Fuego», que muy pronto quedan bajo el liderato del coronel La Rocque.

1932

Mayo: nuevo triunfo electoral de las izquierdas, poderosa oposición de las derechas hacia una política de concesiones hacia Alemania.

1933

A principios: fundación de la «Solidarité Frangaise» por el antiguo comandante Jean Renaud (camisas azules). Noviembre: Marcel Bucard,

antiguo oficial y posteriormente miembro del «Faisceau» funda el «Parti franciste», con intensa simpatía hacia Mussolini y Hitler.

1934

6 de febrero: grandes desórdenes en París, provocados por el escándalo Stavisky. Grupos de extrema derecha intentan el asalto al Parlamento. Dimisión del Gobierno Daladier. Formación de un Gobierno de concentración nacional bajo la jefatura de Gastón Doumergue.

12 de febrero: grandes manifestaciones socialistas y comunistas «contra el fascismo». Da principio el movimiento favorable al Frente Popular.

1935

16 de mayo: la declaración de Stalin al firmarse el pacto francosoviético desautoriza el «derrotismo revolucionario» de los comunistas franceses y deja el camino libre para un «Frente Popular». Grandes manifestaciones de las izquierdas y las derechas con motivo de la fiesta nacional del 14 de julio.

1936

Mayo: triunfo del Frente Popular en las elecciones parlamentarias. Léon Blum (SFIO) se hace cargo del Gobierno a principios de junio. En extensas zonas de Francia, huelgas y ocupaciones de fábricas por parte de los obreros. Bajo la presión de estas circunstancias la industria francesa hace las concesiones contenidas en los «acuerdos de Matignon». Virulentas campañas de las derechas contra «el Gobierno de los judíos». El 14 de julio tienen efecto gigantescas celebraciones de la victoria por parte de los elementos del Frente Popular.

Junio: disolución de las Ligas Patrióticas. Los «Cruces de Fuego» se reconstituyen como Partido Social Francés. Finales de junio: fundación del «Parti Populaire Fran^ais» por Jacques Doriot.

1937

Marzo: Doriot propone, sin mucho éxito, la formación de un extenso «Front de la Liberté» para la lucha contra el comunismo.

Junio: como consecuencia de grandes dificultades y considerables fracasos, Blum dimite de su puesto.

1938

Otoño: casi toda la derecha francesa se muestra unánime en las concesiones respecto al caso checoslovaco. Pero después de Munich, también

se producen en el interior de la derecha fuertes oposiciones entre los «municheois» y los «antimunicheois».

1939

Verano: las derechas francesas se pronuncian también contra el cumplimiento de las obligaciones impuestas por la Entente. Marcel Déat, líder en 1933 de los rebeldes anticomunistas en la SFIO, lanza el lema «Mourir pour Danzig?».

BÉLGICA

1931

Joris van Severen funda el «Verbond van dietsche Nationaalsolidaristen» (Dinaso).

1935

Léon Degrelle (nacido en 1906) transforma al grupo de jóvenes católicos aglutinado en torno a la casa de edición «Rex» en Lovaina, en partido político que inicia una violenta campaña contra la corrupción parlamentaria.

1936

Mayo: gran triunfo de los rexistas en las elecciones legislativas: 21 mandatos de 200.

Octubre: Degrelle concierta un pacto con los nacionalistas flamencos.

1937

Enero: gigantescas concentraciones de masas de los rexistas en el «Palais des Sports» dan una nueva nota en la vida política de Bélgica.

11 de abril: Degrelle presenta su candidatura para una elección parcial en Bruselas y trata de convertirla en un plebiscito. El jefe de Gobierno, Paul van Zeeland, se presenta como candidato conjunto de todos los otros partidos y obtiene una considerable mayoría de votos.

1939

Abril: en las elecciones parlamentarias, los puestos rexistas descienden de 21 a 4.

ESPAÑA

1923

Setiembre: comienza la Dictadura del general Primo de Rivera. Sus objetivos: lucha contra los anarquistas, contra el movimiento autonomista catalán y contra los marroquíes alzados en armas.

1930

Enero: retirada de Primo de Rivera.

1931

14 de abril: proclamación de la segunda República española.

Primavera: Ramiro Ledesma Ramos funda un «movimiento nacionalsindicalista» y comienza la publicación de la revista *La Conquista del Estado*. Junio: una considerable mayoría republicano-socialista en las elecciones parlamentarias.

1933

29 de octubre: fundación de Falange Española por José Antonio Primo de Rivera (nacido en 1903).

19 de noviembre: triunfo de las derechas en las nuevas elecciones.

1934

13 de febrero: unión de Falange con el movimiento nacionalsindicalista.

Octubre: tras la entrada del partido católico de Gil Robles en el Gobierno, se produce un levantamiento de los mineros en Asturias y se proclama una casi independencia de Cataluña. El Gobierno logra dominarlas, tras encarnizadas luchas en Asturias.

1936

Febrero: triunfo del Frente Popular, considerable si se tiene en cuenta los votos emitidos, pero menor dado el censo electoral. El liberal de izquierdas Manuel Azaña es jefe del Gobierno y, en mayo, presidente de la República. Graves disturbios sociales. Crecimiento considerable de la Falange.

Marzo: es prohibida la Falange. Detención de José Antonio.

17-18 de julio: comienza el Alzamiento del Ejército, la Falange y los carlistas.

AUSTRIA

1933

21 de mayo: llamamiento para la formación del «Frente Patriótico», en el que la «Heimwehr» asume el papel de fuerza defensiva.

19 de junio: prohibición del Partido nacionalsocialista.

1934

11-16 de febrero: tras diversas provocaciones de la Policía y la «Heimwehr» se produce en Viena un levantamiento de la Liga de Defensa Republicana, sólo sofocado tras duras luchas y con la cooperación de la «Heimwehr». Se promulga la prohibición de todos los partidos políticos con excepción del Frente Patriótico.

17 de marzo: se suscriben los llamados «protocolos de Roma», que anticipan una estrecha colaboración entre Austria, Italia y Hungría.

30 de abril: entra en vigor un nuevo texto constitucional redactado de acuerdo con unos principios intensamente católicos.

25 de julio: intento de «putsch» nacionalsocialista. Asesinato del canciller Dollfuss y demostraciones militares italianas en la frontera del Brennero.

1936

Mayo: Dimisión de Starhemberg como vicecanciller (desde el 1 de mayo de 1934) y en su lugar asume el canciller Schuschnigg la jefatura del Frente Patriótico.

Octubre: La «Heimwehr» es colocada, en calidad de «milicia de primera línea», bajo el control del Ejército federal y de esta manera queda políticamente neutralizada. Predominio autoritario del catolicismo austríaco.

RUMANÍA

1933

Diciembre: la «Guardia de Hierro» es disuelta por el Gobierno del liberal Duca: el presidente del Consejo cae asesinado a final de mes en Sinaia, por tres legionarios. Política externa de amistad con Francia y la Liga de Naciones bajo el Gobierno de Tatarescu y el ministro del Exterior, Titulescu.

1935

Alianza de la Liga Nacional Cristiana, de Alexander Cuzas con el Partido Campesino nacional de Oktavian Gogas, con tendencias antisemitas y filofascistas.

1937

Febrero: solemne entierro de los jefes legionarios caídos en España, Ion Motza y Vasile Marín.

Diciembre: la «Guardia de Hierro» obtiene bajo el lema de «Totul pentru patras» (Todo por la Patria) casi 500.000 votos para el Parlamento (un quince por ciento), es decir, sesenta y seis de trescientos noventa diputados. Sigue a los nacionalzaranistas y los liberales y es más fuerte que el Partido Nacional Cristiano. A pesar de ello, el rey Carol encarga la formación de Gobierno a este último partido, que inaugura su gestión con la promulgación de unas leyes antisemitas.

1938

10 de febrero: el rey asume todos los poderes. Prohibición de los partidos. Gabinete de concentración bajo la presidencia del patriarca Mirón Christea. Represión muy severa contra la «Guardia de Hierro». Encarcelamiento de Codreanu, con intensos actos terroristas de los legionarios como reacción.

HUNGRÍA

1922 a 1931

El Gabinete «liberal» del conde Bethlen restaura el predominio político de la aristocracia rural, apoyado en la segura mayoría de su partido. En política exterior busca el acercamiento a Italia.

1932

Principios: Se funda el «Partido Nació nalsocialista Obrero Húngaro» por Zoltan Bószormeny. Se producen luego fraccionamientos diversos y surgen otros innumerables grupos «nacionalsocialistas». Tras la prohibición de la cruz gamada se instaura como símbolo la cruz de flechas.

Octubre: se hace cargo del Gobierno Julius Gómbós, procedente del ala extrema derecha y antisemita. Trata de llevar a efecto una «revolución nacional».

1935

El comandante general del Estado Mayor Ferenc Szálasi se separa del servicio militar y funda el «Partido de la Voluntad Nacional», que atrae la mayor parte de la dividida extrema derecha y es conocido con el nombre de «Cruces de Flechas».

1936

Octubre: muerte de Gómbós.

1938

Verano: Szálasi es condenado a tres años de cárcel por alteración grave del orden público.

1939

Mayo: moderado triunfo electoral de las extremas derechas: los «Cruces de Flechas», que en ausencia de Szálasi ha dirigido por Koloman Hubay alcanzan treinta y un mandatos.

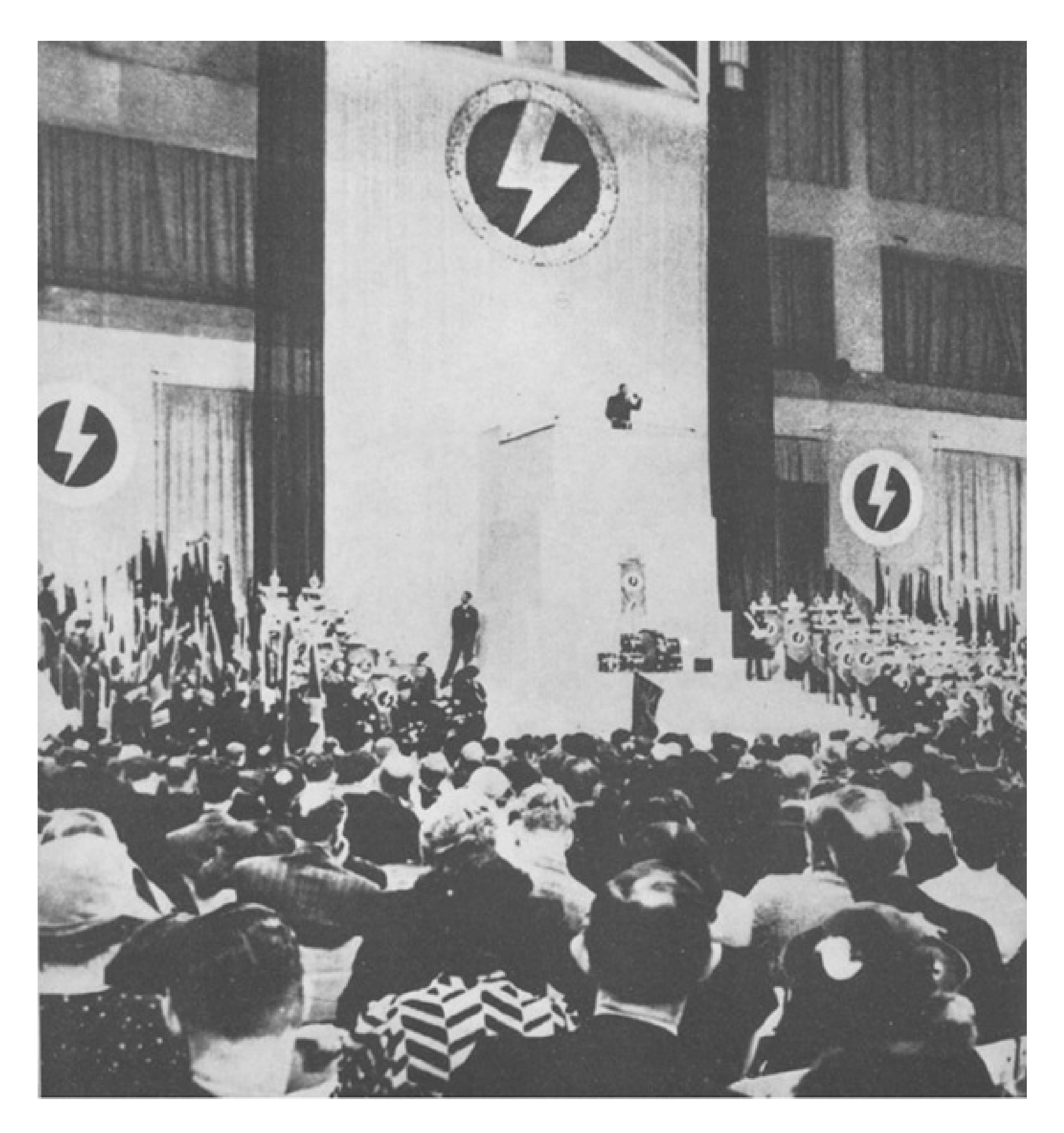
CAPÍTULO OCTAVO
LOS PEQUEÑOS MOVIMIENTOS FASCISTAS DE 1933 A 1939

La llegada de Hitler al poder constituyó, en 1933, para los pequeños grupos fascistas idéntico aliento al que había representado para Hitler la marcha sobre Roma un decenio antes. En casi ninguna parte se encontraban rodeados por el vacío, sino envueltos en aquella atmósfera de simpatía que el nacionalsocialismo provocaba en extensos sectores conservadores. Las razones de esta simpatía eran conocidas: el nacionalsocialismo había hecho realidad lo que ellos apenas se habían atrevido a considerar posible. Es decir, que en los Estados altamente industrializados resultara posible no sólo eliminar los movimientos obreros de su mordiente socialista, sino privarles de su autonomía y su propio impulso. Pero de todos modos, la conciencia de este hecho no llevó en todos los casos a una política amistosa hacia Hitler, sino que provocó en general en los distintos países la aparición de movimientos dotados de características propias y adecuadas a las diferentes condiciones imperantes en los mismos. Hay que destacar al efecto que en aquellos lugares donde la relación con las causas determinantes en Alemania e Italia, tal como fue el caso de la guardia eslovaca de Hinkla y los «ustachas» croatas, tuvo que ver estrechamente con la aparición de las variantes nacionales, éstas surgieron como consecuencia de unas motivaciones circunstanciales.

El máximo interés aparece centrado en aquella época en los movimientos fascistas de Inglaterra y Francia. Eran suficientemente fuertes para intentar, en opinión de muchos observadores, la conquista del poder y presentaban la singularidad de que sus grupos más importantes estaban mandados por políticos que se habían caracterizado en su país como destacados militantes de izquierdas y enemigos del fascismo. Quedó así probado con bastante evidencia que ni siquiera en las «viejas democracias» occidentales todos los políticos de las izquierdas estaban inmunes contra las tendencias fascistas.

Sin embargo, respecto a Italia y Alemania, estas tendencias fascistas presentaban en Inglaterra y Francia una diferenciación característica. Habían surgido como consecuencia de una «vivencia negativa de la guerra» y carecían de objetivos expansionistas. En Oswald Mosley, por ejemplo, aparecía patente la convicción de que la catástrofe de la Primera Guerra Mundial era achacable a la incompetencia de los viejos políticos y de que la joven generación de los que habían luchado en el frente tenía que echar sobre sí la tarea de forjar un mundo mejor y más apacible. Por ello, el joven

diputado, primeramente adscrito a los conservadores y luego a los laboristas, fue durante largo tiempo un decidido defensor de la idea de la Liga de Naciones y todavía en el año 1927 acusaba al fascismo de representar un peligro para la paz de Europa. El concepto de paz estaba implícito en los planes con los que en su calidad de ministro más joven del gabinete Macdonald, emprendió, en 1929, la lucha contra el paro: mediante una autarquía extensa y planeada, que abarcara la totalidad del Imperio, debería excluirse Gran Bretaña de la lucha competitiva internacional y, con ello, restar oportunidades a cualquier clase de complicación bélica que pudiera producirse. Pero como dudara luego de que el sistema parlamentario inglés pudiera dar lugar a un Gobierno suficientemente fuerte y como sus conceptos de autarquía solamente eran posibles si se oponía una rotunda negativa a los movimientos emancipadores de las colonias, se vio empujado a un camino, tanto en lo que atañe a la política interna como a la exterior, que estaba muy alejado de su punto de partida aunque sin llegar a una completa oposición con el mismo.



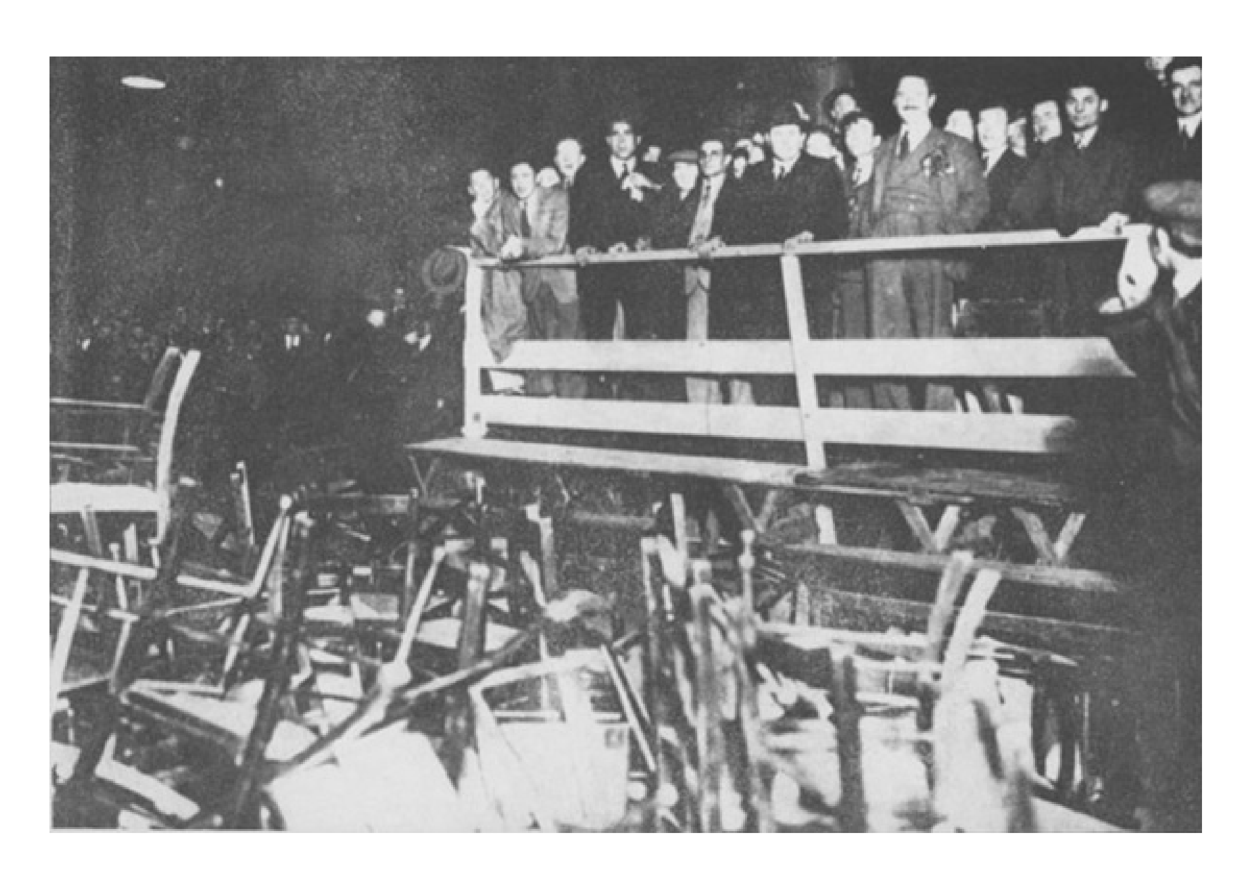
La «British Union of Fascists» en su momento culminante: Oswald Mosley habla bajo el signo del rayo, que es emblema de su movimiento, rodeado de banderas y estandartes, el 16 de julio de 1939 ante 30.000 partidarios. En su discurso se pronuncia una vez más contra los «provocadores de la guerra».



Mosley (segundo de la izquierda) en su cuartel general de la Great George Street, con ejemplares de su libro *The Greater Britain*, recién aparecido.



Mosley pasa revista a sus camisas negras.



Tumultos y luchas desde el primer momento: Mosley, tras una tempestuosa reunión electoral del «New Party», en Birmingham. (A la izquierda puede verse, con sombrero, al entonces jefe de su guardia personal, el boxeador judío Kid Lewis).



The Duce and the Deuce!

What Counts in Italy

Mussolini Abandons Italian Fascism
for Jewish Gangsterism.

HERE are the secrets (some of them) of Italy:—The chief financier Mussolini's revolution was the Jew Goldmann, industrialist of Milan. [illegible] wife's two sisters, Jewesses, married the Director of the Commercial Ba[nk] of Milan, and the editor of "Secolo," respectively. An intimate of the three sist[ers] was Signora Sarfatti, another Jewess, Mussolini's biographer and private secreta[ry]. Signor Ucelli (actually the Jew Vogel) is Director of United Co. of Itali[an] Navigation which received concessions from the Jewish Soviet for transport in [the] Black Sea.

Mussolini's closest friend is Count Volpi, the Jew financier.

Mussolini's son-in-law, Count Ciano, Minister of Press and Propaganda, is an intimate friend of the Rothschilds.

Mussolini's Finance Minister is the Jew Signor Yung.

Signor Balbo's right-hand man is the Jew Major L. Levi.

"The Fascist" has frequently published instances of Jews in prominent public positions in Italy; for instance the Rector of Rome University, the Commandant at Turin, the Principal of the School of Economics at Milan and Expert on Financial Questions at Geneva, the Mayor of Trieste, and many Senators, Members of the Industrial Lower House, and Members of the Fascist Party and its Directorate.

But what counts, and what is drivi[ng] Italy to war against Abyssinia in [the] hope that the Negro in Africa will [be] stirred up to rebellion against [the] Whites, is Jewish propaganda, and [we] have been in Fascism long enough [to] know that it is money which dicta[tes] policy with any political creed which [is] not basically racial like ours.

And perhaps the three most striki[ng] facts of all are that Baron Franchet[ti] who was killed in the recent aeropla[ne] disaster on his way to Eritrea and [who] was Italy's chief authority on Abyssin[ia] was grandson of a Rothschild; that [the] General commanding in Italian Somali[land] is the Jew Graziani; and that [on] his return from Geneva on the [illegible] August, Mr. Eden flew straight to Sir [Philip] Sassoon's home at Hythe.

JOIN THE IMPERIAL FASCIST LEAGUE

30, CRAVEN STREET, LONDON, W.C.2

Founded in 1929. (A. S. Leese, Director-General).

No connection with Sir Oswald Mosley.

Subscribe to our Paper "THE FASCIST," 1d. monthly, 1½d. post free.
Annual Subscription 1/6 (post free).

El descubrimiento de Arnold Spencer Leese: también Mussolini era un agente de los judíos.

Cuando en 1932 decidió fundar un «moderno movimiento» de acuerdo con el patrón establecido por Mussolini, se convirtió inmediatamente en jefe reconocido del único grupo fascista de Inglaterra al que cabía conceder alguna importancia; tan sólo los sectarios de la radical antisemita «Imperial Fascist League» de Arnold Spencer Leese, significaban algo perceptible al lado de la BUF. Por razón de su decidida postura en pro del mantenimiento de la supremacía británica en el conjunto imperial, encontró un apoyo en el poderoso lord de la Prensa, Beaverbrook, así como en Rothermere: en un artículo aparecido en el *Daily Mail* presentó Rothermere a Sir Oswald como la única alternativa a la amenazadora progresión «roja» hacia el poder de Sir Stafford Cripps y el radical «Independent Labour Party». Una buena muestra del pensamiento programático de Mosley la ofrecen algunos fragmentos de su

libro *Fascism. 100 Questions Asked and Answered*, en el que aparece asimismo su cauteloso giro hacia el antisemitismo adoptado desde 1934:

«85. ¿No significaría esto la agitación en la India? (su incondicional sujeción a la soberanía británica, la plena apertura del mercado indio a las mercancías británicas).

La agitación se da siempre. Los políticos extremistas indios se considerarían tan sólo satisfechos con la separación completa y absoluta. Existe en la actualidad el estado de agitación y se extenderá todavía más. Creemos que las agujas que se empaquetan pinchan menos que una aguja en una mano temblorosa *(fumbling)*. Hoy nos enfrentamos en la India tan sólo con una oposición verbal. En tiempos de las grandes subversiones, algunos de los indios que teníamos frente a nosotros aparecían dispuestos a la negociación. Desde entonces, hemos mejorado las carreteras y los ferrocarriles, los telégrafos y los teléfonos, hemos introducido técnicas de transmisión inalámbrica, automóviles y aviación. Todos ésos son factores de movilidad, susceptibles de ser utilizados por parte de un Gobierno deseoso de mantener el orden. Hay que tener en cuenta, además, que buena parte de la India está regida por príncipes leales, en cuyas particularidades de gobierno no tenemos razón para inmiscuirnos, con tal de que se ajusten a la legalidad y cumplimenten sus obligaciones respecto a la Corona. En rigor, apenas si tenemos que hacer frente a una décima parte de los problemas con que nuestros antecesores se enfrentaron y tenemos diez veces más medios que los suyos. Si no conseguimos mantener la India en nuestras manos, somos una milésima de hombres que lo que ellos fueron. La alternativa india significa: mantenerse allá o marcharse. Si nos mantenemos, es posible que los desórdenes sean menores que los que hasta ahora se han producido. Si nos marchamos, no sólo habremos perdido la India, sino que recibiremos al mismo tiempo el puntapié en el trasero que nos habremos merecido. En el transcurso de la Historia, muchos imperios han sido objeto de conquista por parte de otros. El partido conservador en Gran Bretaña formula por vez primera la propuesta de que un imperio tiene que regalarse.



¿Principios de un movimiento o imitación del extranjero? Jura de la bandera en un país sin servicio militar.



Trabajo de despacho ante un estandarte donado por Mussolini.

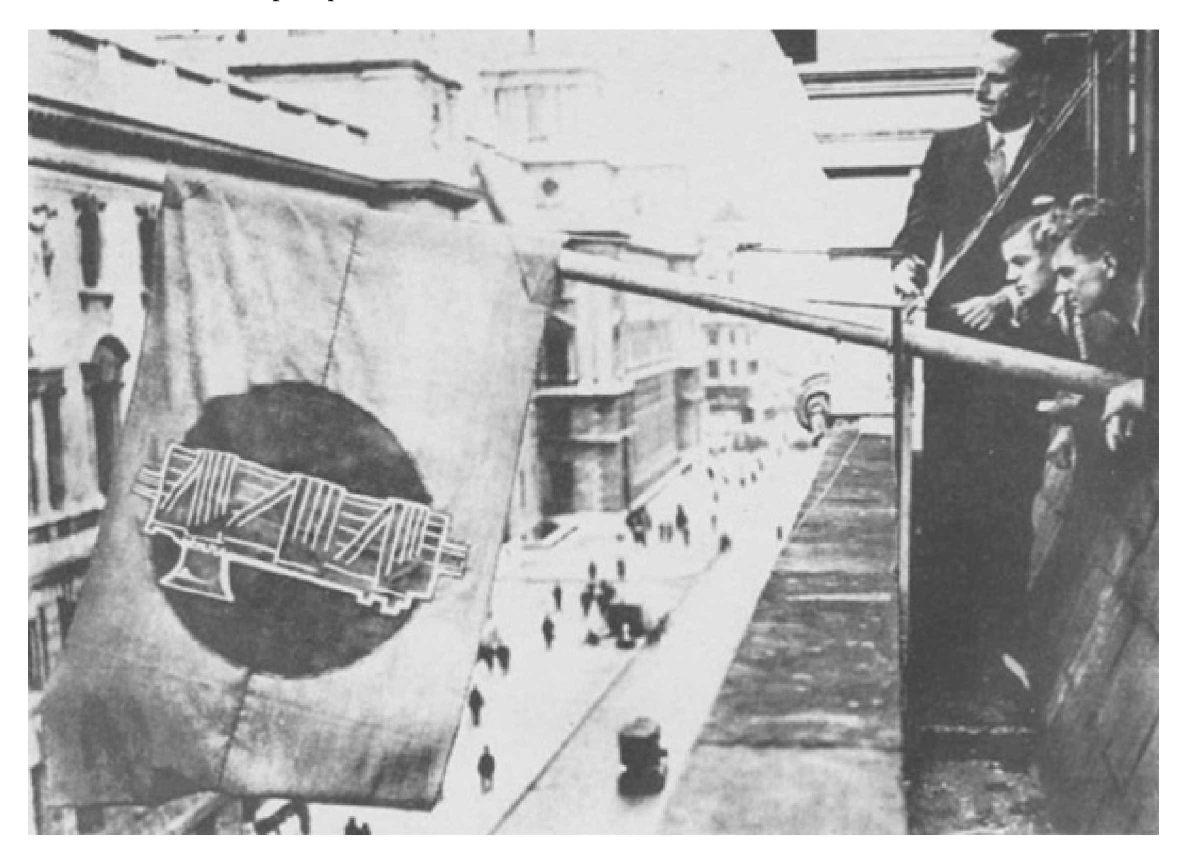


Camisas negras, cruces gamadas y retrato de Hitler.

87. Acostumbra a decirse que el fascismo significa guerra. ¿Qué contesta usted a esa acusación?

Sólo el fascismo puede preservar de la guerra, puesto que es el único que excluye las causas. La más importante de estas causas es la lucha por los mercados. Cada nación produce más de lo que puede consumir fronteras adentro, de tal manera que intenta vender el sobrante en el extranjero, en competencia desconsiderada *(cut-throat)* con las otras naciones. Tanto la diplomacia como las finanzas, los armamentos y, finalmente, la propia guerra, son otras tantas armas en la lucha por los mercados. Si conseguimos la creación de un sistema de autosuficiencia o autarquía, nos apartaremos de la lucha por los mercados y con ello excluiremos el riesgo de guerra. Ésta es la respuesta a la fantástica aseveración de que paz e imperio no son compatibles. Si las otras naciones siguen nuestro ejemplo, no quedará entonces nada sobrante por lo que luchar *(sic)*. Cierto que las pequeñas naciones tendrán que formar federaciones con estos fines. No menos cierto que tendríamos que facilitar a todas las naciones el acceso, en una u otra forma, a las materias primas. Pero ello no queda excluido en un mundo que produce más materias primas de las que precisa. El problema de los excedentes no es irresoluble. Esta tarea constructiva de un Gobierno fascista se llevará a la práctica cuando se haya difundido nuestra doctrina de que el

internacionalismo y no el nacionalismo significa la guerra. Si se eliminan las causas de los conflictos bélicos, la paz quedará asentada sobre unos sólidos fundamentos.



Mosley iza la bandera con lictor fascista en el edificio sede de su partido, situado en el corazón de Londres.

88. ¿Cree usted en la necesidad de mezclarse en rivalidades ajenas?

Nuestro lema es: “Los ingleses luchan solamente por los ingleses”. Jamás deberán volver a salir ejércitos de estas costas para tomar parte en pugnas de otros. Sólo lucharemos por la defensa del Imperio británico. La única amenaza contra este Imperio parte de la Unión Soviética. La unión de las grandes potencias europeas mediante un fascismo universal para la seguridad colectiva contra los soviéticos puede impedir la guerra. La división entre las grandes potencias fomentada por la política del presente Gobierno hace el juego de los soviéticos y nos amenaza con una hoguera de dimensiones mundiales, de la que sacará todo su provecho el enemigo soviético de la civilización.

94. ¿Quiere usted introducir reformas en las leyes de inmigración? ¿Cuáles?

Se cancelará toda inmigración. Inglaterra para los ingleses *(Britain for the British)* es nuestro lema. Y los ingleses necesitan toda Inglaterra. Serán, además deportados todos aquellos extranjeros que, aunque se hayan naturalizado, no tengan la actuación de unos plenos ciudadanos de Gran Bretaña.

95. ¿Cuál es la posición fascista respecto a los judíos?

Los judíos tendrán que situar los intereses de Inglaterra sobre los intereses de la judería o bien ser deportados fuera del país. No es éste un principio de persecución racial o religiosa. Toda nación bien gobernada tiene que cuidar de que sus ciudadanos mantengan plena fidelidad y no guarden ésta a sus compañeros de raza o religión que habitan fronteras afuera o aparezcan organizados como un Estado dentro del Estado. En general, los judíos han tendido siempre a organizarse como un Estado dentro del Estado y situar sus intereses por encima de los intereses de Gran Bretaña. Deberán aceptar, por tanto, como los demás, el “Inglaterra primero” o abandonar el país.

99. ¿Podrán llevarse su dinero los judíos deportados?
Podrán llevarse todo cuanto hayan ganado de una manera digna y decorosa…».

No dejaba de resultar curiosa esta mezcla peculiar y propia de principios socialistas, demagogia dirigida preferentemente contra los extranjeros, y orgullo británico, que por espacio de algún tiempo atrajo la atención de toda Inglaterra sobre el joven movimiento. También causaron impresión las columnas de camisas negras, el emblema de los fascios, los camiones blindados, la sede central organizada al estilo de un cuartel y, sobre todo, la brutalidad de que hacían gala los servicios de orden durante los actos públicos.



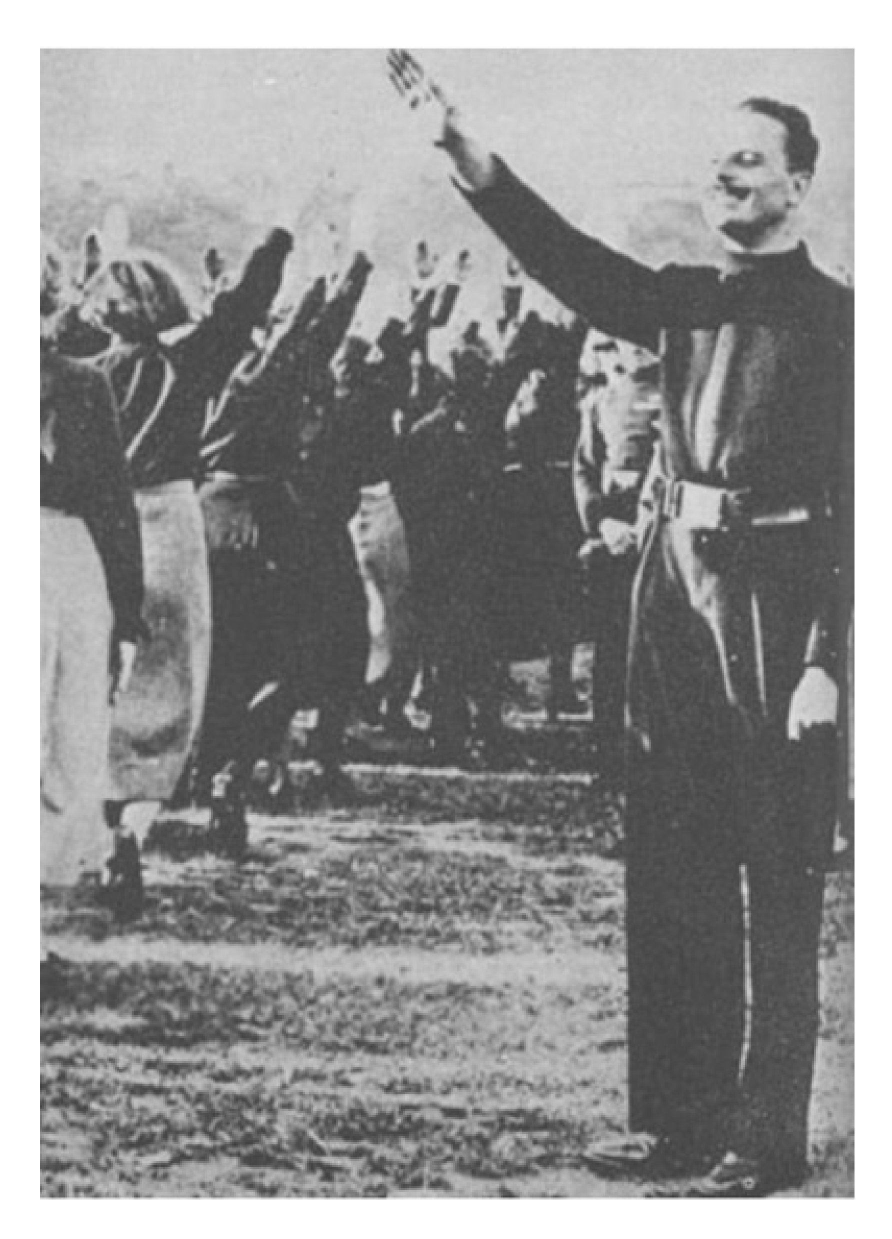
El cuartel general: la llamada «Black House» de Chelsea. Centro de propaganda, cuartel general y núcleo de la ofensiva contra el Estado.



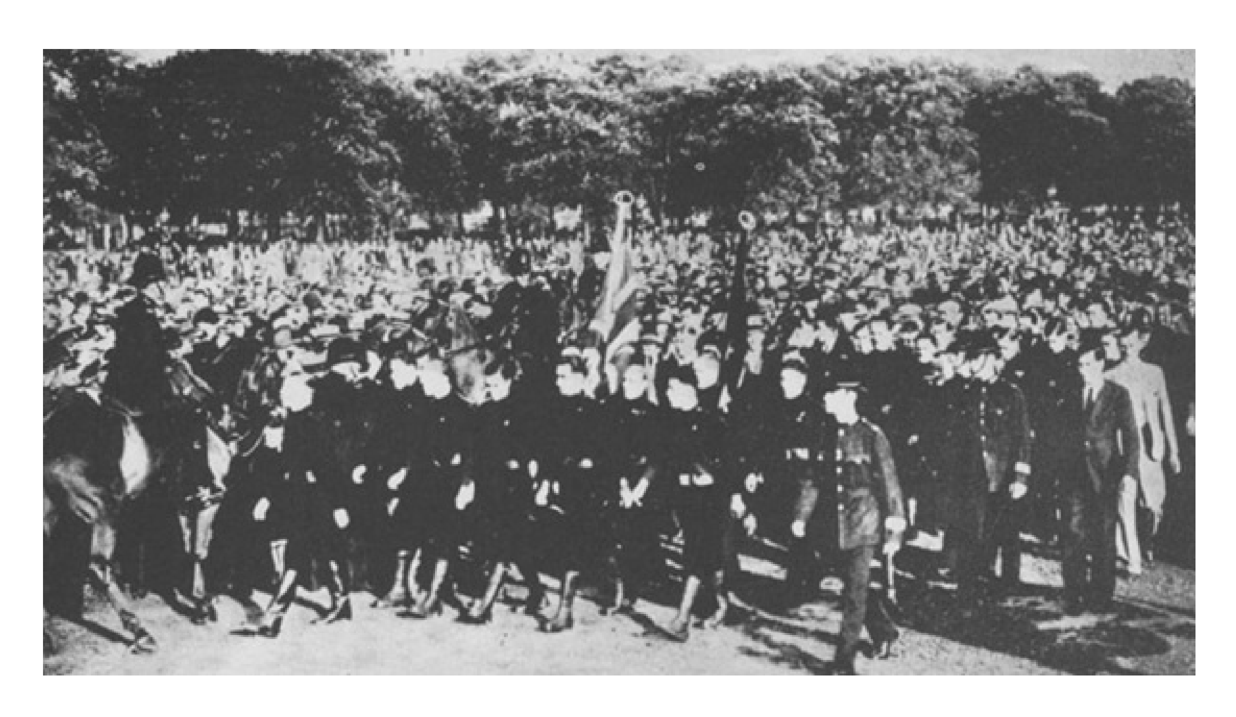
Obligado a la lucha contra los que se pronuncian contrarios a su existencia: el Parlamento, centro político de Inglaterra.



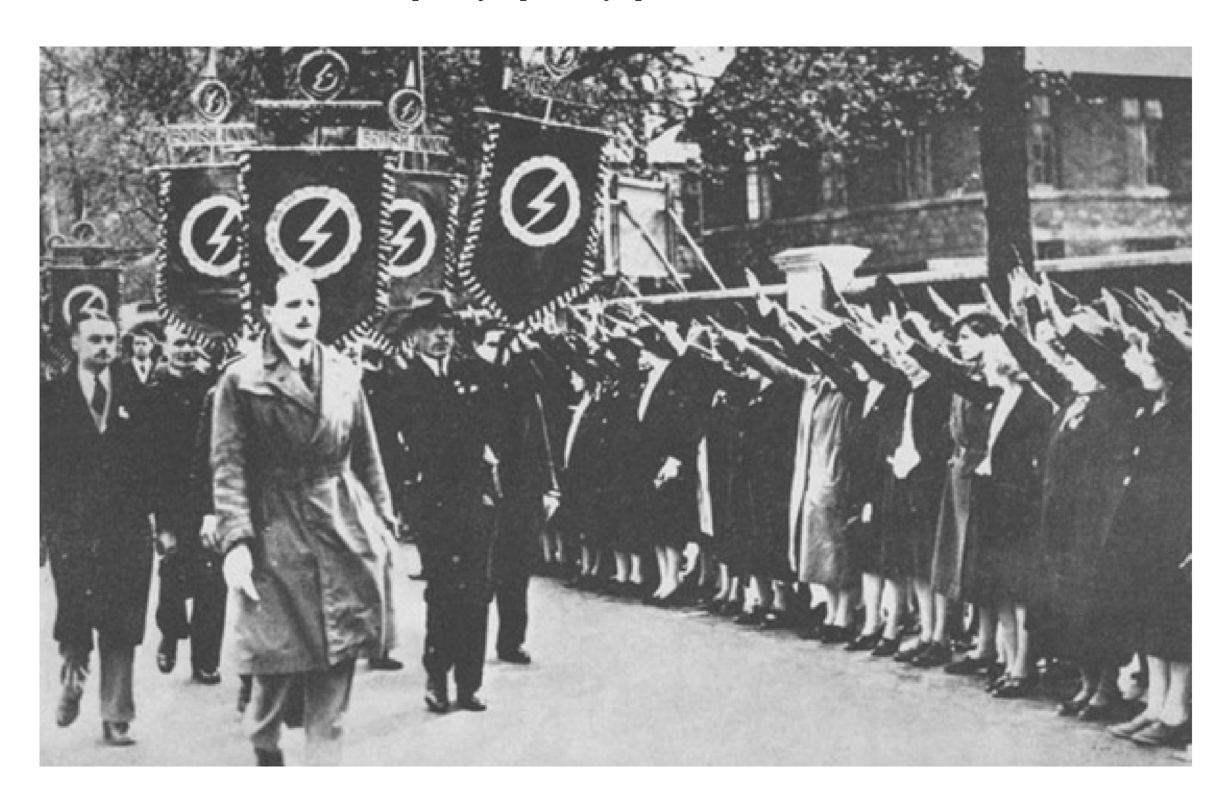
Camiones con la inscripción «Campesinos: no paguéis los impuestos», preparados para recorrer todo el país.



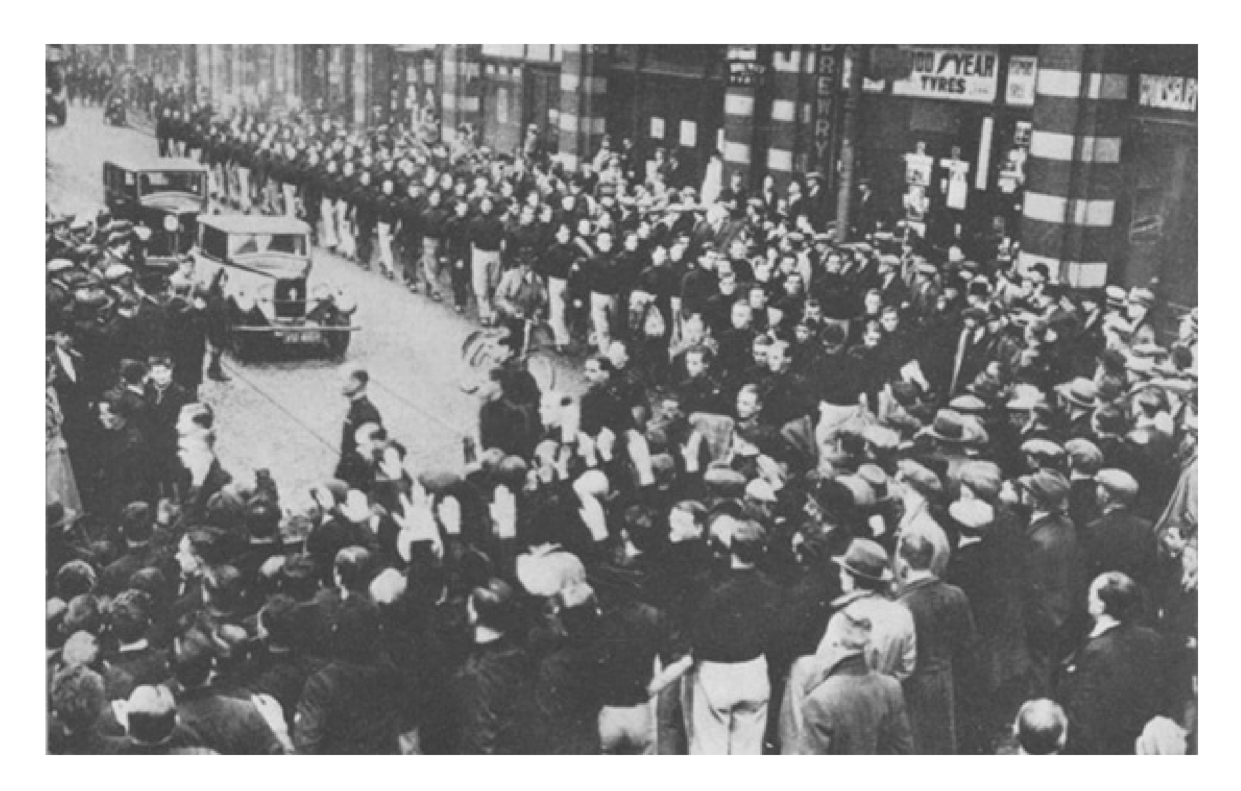
Mosley ante un desfile de mujeres.



Marcha por Hydepark bajo protección de la Policía.



¿Saludo inglés a estandartes británicos?



Marcha de propaganda de los camisas negras por Manchester.

A los pocos días de una concentración de masas en el «Teatro Olympia» —el mayor acto político celebrado en las islas británicas en local cerrado— se planteó un virulento debate en la Cámara Baja que demostró con claridad que Mosley tenía un considerable número de adversarios, pero asimismo un gran núcleo de amistades:

«Mr. Isaac Foot (Partido Laborista): el acto puso en evidencia un nuevo estilo en las reuniones públicas. Había bandas de música, uniformes, banderas, ceremonias de saludo, el grito masivo "jefe" y casi aquella magia *(incantation)* que uno se imagina siempre como producto de los brujos africanos. (Risas). Los cantos y los gritos ponían el contrapunto a los discursos. Unos discursos pronunciados a gritos, con abundantes invocaciones y juramentos… No se puede recordar todo ello sin un sentimiento de asco y de indignación…

Mr. Attle del Partido Laborista y en funciones de jefe de la oposición, consideró este asunto como algo que superaba los límites que hay que conceder a la normal rivalidad de los partidos. (Aplausos). Lo ocurrido en el «Teatro Olympia» había sido la expresión de la formal *(set)* política de un movimiento. El Partido Laborista es a un tiempo oponentfe de loá fascistas y los comunistas y sufre más que los restantes partidos de los incidentes provocados en el transcurso de los actos políticos. Por cada uno que los comunistas provocan en otras reuniones, desencadenan dos en las del Partido Laborista (aplausos entre el Partido Laborista).

Todos los métodos de Sir Oswald Mosley son absolutamente extraños en este país. (Aplausos). Llegan a rozar el sistema gángster, que aparece en la historia italiana de Catilina a Al Capone y de Marius a Mussolini. Hay bandas acuarteladas bajo el control de Sir Oswald Mosley y que son enviadas a su costa de reunión en reunión.

También se utilizan camiones blindados y se habla de la formación de escuadrillas aéreas. Según informaciones a las que cabe otorgar el máximo crédito, hay fundamentos para creer que se emplean agentes provocadores con traje de paisano, que son responsables de las incitaciones *(incitements)* que originan los desórdenes. Sustancialmente, los comunistas son gente pobre, pero

en el caso de Mosley el peligro estriba en que esté apoyado por grandes poderes financieros (¡Basta! ¡Basta!). Nadie sabe quién está detrás de Sir Oswald…

Mr. Beaumont (conservador)…es improcedente calificar a los partidarios del movimiento como una *band of hugs*. En el movimiento toman parte un gran número de gentes honorables e inteligentes… Una causa de la creciente popularidad de las fascistas estriba en que manifiestan su decisión de no permitir ningún incidente organizado. Es muy posible que el Gobierno haya dado a algunos aspectos de este movimiento mayor importancia que la que tienen en realidad. Llevar una camisa negra no tiene más importancia que hacer ondear una bandera roja o permanecer sentado o cubierto mientras se interpreta el himno nacional…

Mr. O'Connor (conservador): Los partidarios de Sir Oswald en la Prensa de Rothermere le han calificado a él (a O'Connor) como un afeminado sentimental. Asegura haber sido boxeador, haber tomado parte en una carrera de obstáculos como jinete y haber sido, asimismo, testigo involuntario de un progrom ruso. Pues bien: todas estas cosas es las que tenían mayor similitud con lo que había visto en el «Olympia». Se pregunta cuál es la razón de que la Cámara no haya expresado una absoluta condena de las escenas por él vividas. Ve la razón en el hecho de que en su sector parlamentario (el conservador) no han podido olvidar la propia y dilatada experiencia en reuniones públicas. Por ello no podían por menos que experimentar una cierta satisfacción al ver al perro mordedor a su vez mordido y tenían la sensación de que un viejo cazador furtivo como Sir Oswald Mosley era un probo y fiel guardabosque»[1].



Las otras columnas en marcha: manifestación comunista.


BLACKSHIRT R
AT OLYMPIA

FIVE HOURS FIGHTING LAST NIGHT

23 Arrests Including Two Women | 20 Injured: Seven Hospital Cases

INTERRUPTER'S CLOTHES TORN OFF

SCENES of violence and hysteria unparalleled in London occurred last night in and around Olympia where Sir Oswald Mosley addressed a Fascist demonstration, attended by many thousand people.

Twenty persons received injuries, seven being taken to hospital, while 23 arrests (including two women) were made.

Before the meeting there were pitched battles in the streets between Blackshirts and Communists. Repeated charges were made by mounted and foot police, who were constantly reinforced until they were 1,000 strong.

Inside Olympia Sir Oswald Mosley's speech was interrupted every few minutes by hand-to-hand fighting. Interruptors were overpowered and violently thrown into the street. Altogether the disturbance lasted five hours.

Informaciones sobre la reunión celebrada en el «Olympia»: varias columnas en el *News Chronicle* del 8 de junio de 1934.

El problema de la violencia y la contraviolencia entró en una nueva fase cuando la BUF, que entretanto se había ido apartando del modelo italiano para acercarse al alemán, convirtió en el año 1936 el East End de Londres en escenario de sus acciones. Marchas de provocación sobre el barrio adversario y una irrefrenable acción antisemita se resolvía con frecuencia en violentas luchas, en las que los camisas negras llevaban en bastantes ocasiones la peor parte. Una exposición y juicio muy prudente de la situación aparece contenida en una carta dirigida por un preeminente ciudadano de aquel barrio al *Manchester Guardian* en octubre de 1936.

«Las luchas callejeras en el Londres del Este son una reliquia de la guerra. Con su carácter más continental que cualquier otra parte de Inglaterra, no podía el Londres oriental sustraerse a la

influencia de los acontecimientos que desde hace veinte años sacuden Europa. Era *inevitable* que tanto el comunismo como el fascismo llegaran aquí. Desde el final de la guerra, los comunistas se hicieron mucho más activos. Representaban un tormento para el Partido Laborista, cuyas reuniones alteraban de una manera sistemática. Pero los comunistas no eran muy numerosos, por lo que sus marchas y contramarchas pasaban casi inadvertidas. La aparición de los fascistas alteró por completo la situación. Ambos movimientos políticos encontraron una ocupación placentera en hacerse mutuas acusaciones y pasar de las palabras a los hechos con un encarnizamiento considerable. Pero a pesar de ello, lo cierto es que solamente consiguieron llamar la atención en una mínima parte y ninguno de los dos movimientos logró adquirir un gran desarrollo. El bien meditado ataque a los judíos demostró la falta de efectividad de la propaganda fascista en sus primeras fases. Pero este ataque aportó consigo nuevas posibilidades de desorden y peligro. Existen buenas razones para afirmar que la campaña contra los judíos es solamente un medio para la consecución de un objetivo. Este objetivo no es otro que impulsar a los judíos a ingresar en las organizaciones comunistas, que por su parte buscan reclutas de cualquier creencia y cualquier nacionalidad. Un aumento considerable de los efectivos comunistas en el Londres oriental haría que el movimiento fascista pudiera hablar, con plausible veracidad, de una “amenaza comunista”. Es posible afirmar que sin esta “amenaza” carece de futuro. Pero tampoco hay que creer a la vista de todo ello que la campaña comporta necesariamente la violencia física por parte de los fascistas. La intención es mucho más sutil. Hay que hacer impopulares y odiosos a los judíos de tal manera que queden expuestos de esta manera a la violencia física de la población local, especialmente por sus elementos más burdos y de más bajo nivel cultural. Se incita así la población del Londres oriental a “aniquilar” a los judíos, calificados como elementos extraños a la comunidad y que se benefician desconsideradamente de ella.

Para la causa de la paz y el orden es fundamental que nadie emule a los comunistas y los fascistas, ni se una a ellos. Ambos movimientos progresan y fructifican en el desorden y mueren con el orden. La tarea, que es casi la única labor, de los buenos ciudadanos estriba en el boicot de las manifestaciones de ambos partidos.

Ésta es la tarea de los ciudadanos. ¿Cuál es la labor del Gobierno? El sector oriental de Londres bulle de uniformes, proclamas y banderas. Sería conveniente que se llegara a la prohibición de signos externos de la propaganda política. También sería deseable la regulación de los desfiles y marchas, de tal manera que no llegaran a producirse los choques entre los participantes en las mismas, tanto más cuanto no acostumbran a ser en la mayoría de los casos más que injustificadas provocaciones…

Tan sólo si se admite que los ingleses no pueden extraer lección alguna de las experiencias de otros países, cabe contemplar el futuro con preocupación. En Alemania, la actitud aturdida de sus adversarios ofreció al señor Hitler posibilidades que de otra manera no hubiera encontrado. Los gritos histéricos de algunas gentes parecen desear que se repitan en el Londres oriental las faltas cometidas en Alemania y que se opongan a las formaciones militares de los fascistas otras análogas formaciones. Precisamente reside ahí el error. El camino más seguro es el camino de la paz y el orden. El núcleo de nuestra postura debe ser éste: moderación. Si los ciudadanos del Londres oriental se mantienen en la postura preconizada por esta carta, el fermento cuya presencia lamentan todos los hombres de recta conciencia, habrá desaparecido en el transcurso de unas semanas.

J. J. Mallon, Warden of Toynbee Hall and Hon. Secretary of the Council of Citizens of East London».



Oswald Mosley, pasa revista a sus seguidores en el superpoblado suburbio londinense de Bermondsey


INSURANCE
FIRE! LIFE! & MOTOR
ALEXANDER & COX LTD.

FOR KING AND PEOPLE
Blackshirt
LARGEST CIRCULATION AMONG POLITICAL WEEKLIES
BRITAIN FIRST
THE ONLY FASCIST WEEKLY NEWSPAPER
No. 138. DECEMBER 13th, 1935. ONE PENNY

ADVERTISERS YOU DON'T KNOW! MISSING "BLACKSHIRT" ADVERTISEMENTS INCREASING! THERE'S A.... REASON

The Blackshirt
(The Only Fascist Weekly Newspaper)
NATIONAL HEADQUARTERS, SANCTUARY BUILDINGS, GREAT SMITH STREET, LONDON, S.W.1.

BRITAIN FIRST

NO LOAN TO RUSSIA

FINANCING A COMPETITOR

Peace in Sight

J. A. TILBY.

NEW LEADER

THE PAPER OF THE INDEPENDENT LABOUR PARTY
Vol. XXV, New Series No. 15 FRIDAY, APRIL 27, 1934 ONE PENNY

MAY DAY SEES CRISIS NEAR

Soviet Russia or Fascist Germany
Which Way Will Britain Go?

SEDITION BILL

Important Conference to Plan Resistance

MOSLEY AND THE JEWS

Nazi Newspaper Apologises to British Fascists

Cheated!

Workers Poorer

Wages Fall and Relief Cases Rise

THE CROWD

La Rusia soviética: «coco» y mito. En la parte superior, un titular de Blackshirt, de la BUF: «¡Ningún empréstito para Rusia!». Abajo: otro titular, éste del New Leader (Independent Labour Party): «Hacia el poder del proletariado como en la Rusia soviética».

FASCIST QUARTERLY

Vol. 1 No. 3 July, 1935

CONTENTS

The next issue of "The Fascist Quarterly" will appear in October. Letters intended for publication and other communications relating to the issue should be addressed to the Editor, "The Fascist Quarterly", 1, Sanctuary Buildings, Westminster, S.W.1, and received not later than September 9th.

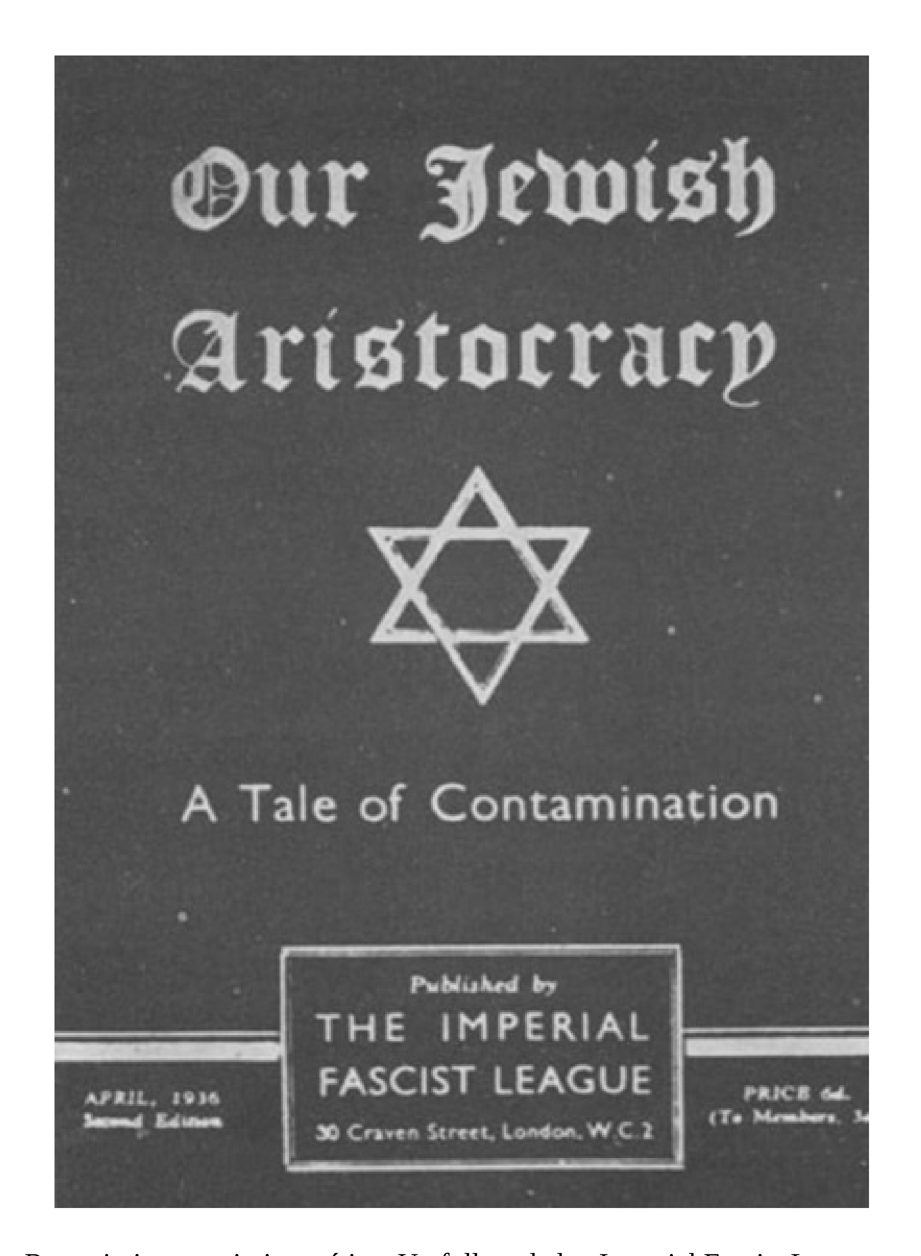
Internacionalismo fascista: un artículo de Goebbels en el *Fascist Quarterly*.



Triunfa la demagogia antisemita en el East End londinense: Mosley durante un discurso pronunciado en la Lime House, en octubre de 1936.



Propaganda antijudía. Portada de un folleto de A. K. Chesterton.



Resentimiento antiaristocrático. Un folleto de la «Imperial Fascist League».



Leyenda del dibujo: «Nuestros perros no deben hacer eso».

La actitud de los ciudadanos y el Gobierno correspondió a este llamamiento a la paz y el orden. Un *Public Order Bill* prohibió los uniformes de los partidos y los desfiles provocadores, de tal manera que Mosley no consiguió imponer su alternativa «Mosley o Moscú». En realidad, no sólo fue aquello una prueba de la experiencia y formación política de los ingleses, sino la demostración, asimismo, de que les resultaba, en definitiva, bastante, más fácil la conservación del bienestar burgués que a italianos y alemanes. Tenían un Gobierno conservador con una sólida mayoría parlamentaria, participaban plenamente en la expansión económica y disponían del cinturón de seguridad del Canal. Así es que no fue la violenta represión del comunismo la que dio un renovado impulso a Mosley, sino el pacifismo, que ya había sido una de sus anteriores constantes programáticas. Consiguió así reunir más de 30.000

personas, en julio de 1939, en el «Earl Court Hall», en una manifestación contra la «política de guerra». Pero había buenos fundamentos para creer que no conseguiría convencer al Gobierno ni a la mayoría de sus compatriotas. A los pocos meses de declararse la guerra fue encarcelado en unión de una buena parte de sus partidarios. Sin embargo, el sentido británico de la «normalidad» le beneficiaría una vez más. Al término de la contienda fue el único jefe de un movimiento fascista en Europa al que resultó posible reanudar su actividad, apenas estorbado y sin que tuviera que introducir grandes modificaciones en su propia línea ideológica.



Luchas callejeras en Londres. Antifascistas contra camisas negras que se concentraban el 4 de octubre de 1936, en la Great Mint Street para efectuar una manifestación por el East End.



La policía montada restablece el orden.



El gran temor de las derechas francesas: la izquierda conduce en 1924 el féretro de Jean Jaurés al Panteón.



Grupos de choque de los antiguos combatientes: los «Cruces de Fuego». El coronel La Rocque durante un desfile.



Se reaviva la llama bajo el Arco del Triunfo.

Francia había estado demasiado implicada desde hacía siglos en las luchas del continente para que alguien hubiera podido convertir la trayectoria de

declive en suficiencia imperial. El fascismo potencial que había en Francia tras la guerra mundial, era por ello intensamente antigermano y repudiaba el «pésimo tratado» de Versalles precisamente por su tibieza; en primera línea aparecía la «Action française» y un número indeterminado de asociaciones de combatientes. Pero todas las manifestaciones contra el «abandono de la victoria» y la actitud traidora de los socialistas, no podía llamar a engaño de que se trataba del nerviosismo de un pueblo profundamente agotado y desangrado, que se creía abandonado por los aliados y no conseguía consolidar el mejor fruto de la victoria: la «seguridad». Se perfiló un nuevo desarrollo de las cosas cuando la izquierda francesa obtuvo en mayo de 1924 su primer gran triunfo electoral y poco después se decidió el traslado del cuerpo de Jean Jaurés, el más famoso de todos los adversarios de la guerra, al Panteón, lugar de reposo de los restos de los hombres ilustres. Los comunistas aprovecharon la circunstancia para organizar espectaculares manifestaciones y la burguesía nacional pasó así a considerar, por lo menos momentáneamente, al «enemigo interno» como primer objetivo de su aversión. La constitución de las «Jeunesses Patriotes» fue un fruto tardío de este temor. El grupo se hallaba incluido todavía en la tradición peculiar de las «Ligas» francesas y no quería ser más que una especie de escudo defensivo de todos los partidos de derechas. Más interesante fue el «Faisceau» de Georges Valois, que ya en su mismo nombre evidenciaba la influencia del modelo italiano, tanto más patente cuanto el propio Valois había efectuado en 1923 una visita de homenaje a Mussolini. Pero ambas organizaciones no consiguieron la unificación, ya que la izquierda francesa perdió pronto la ventaja conseguida por causa de la negativa de los socialistas a colaborar en un «Gobierno burgués». La situación cambió tras el nuevo triunfo electoral de la izquierda, en mayo de 1932. En el intervalo, los comunistas habían perdido, ciertamente, su importancia, pero las derechas tenían buenos fundamentos para temer las consecuencias de la tradicional política de entendimiento con Alemania, cuya propia izquierda se mostraba cada vez más enérgica. Apareció así en primer plano la organización de ex combatientes «Cruces de Fuego», calificada por parte de las izquierdas como «fascistas». De esa manera comenzaron a robustecerse también en Francia —no sin influencia de la crisis económica mundial— las posiciones más extremas. Fueron apareciendo, al margen de las grandes agrupaciones de ex combatientes, organizaciones que podían calificarse con el mejor derecho de fascistas, porque tenían como puntos de referencia, siquiera fuera indirectamente, a Hitler y Mussolini, y en ciertos aspectos aparecían situadas más a la izquierda

que el nacionalismo de los «Croix de Feu» y de la «Union nationale des combattents». En primer término es de citar el «francismo» de Marcel Bucard, que no sólo semejaba a los modelos italiano y alemán en sus uniformes y emblemas, sino igualmente en su postura contraria a las tradiciones de la Revolución Francesa:

> «Nuestra filosofía se opone esencialmente a la filosofía de nuestros antepasados. Nuestros padres quisieron la libertad; nosotros exigimos el orden… Ellos predicaron la fraternidad, nosotros pedimos la disciplina. Por su parte, hicieron de la igualdad el norte de sus creencias y nosotros afirmamos *(affirmons)* la jerarquía de los valores. Para ellos era el individuo una entidad santificada, el fundamento natural del Estado. Para nosotros existe solamente el individuo en función de su familia y su patria»**[2]**.



Grupos radicalistas entre los antiguos combatientes: los «francistas». (En el centro, sentado, Marcel Bucard).



E FRANCISTE

Das neue
»CABINET«

»100«

FRANZÖSISCHE FASCISTISCHE PARTEI

FRIEDE · GERECHTIGKEIT · ORDNUNG

Vertrieb durch „Messageries Hachette"
Strasbourg - Rue de la Course, Nº 37

e sollen uns nicht haben!

r die Linke

Hoch die Rechte

Der Francisme wird die Macht der judeo-marxistischen Internationalen und des Kapitalismus' zertrümmern.

e neue Konstitution der Francistischen Partei.

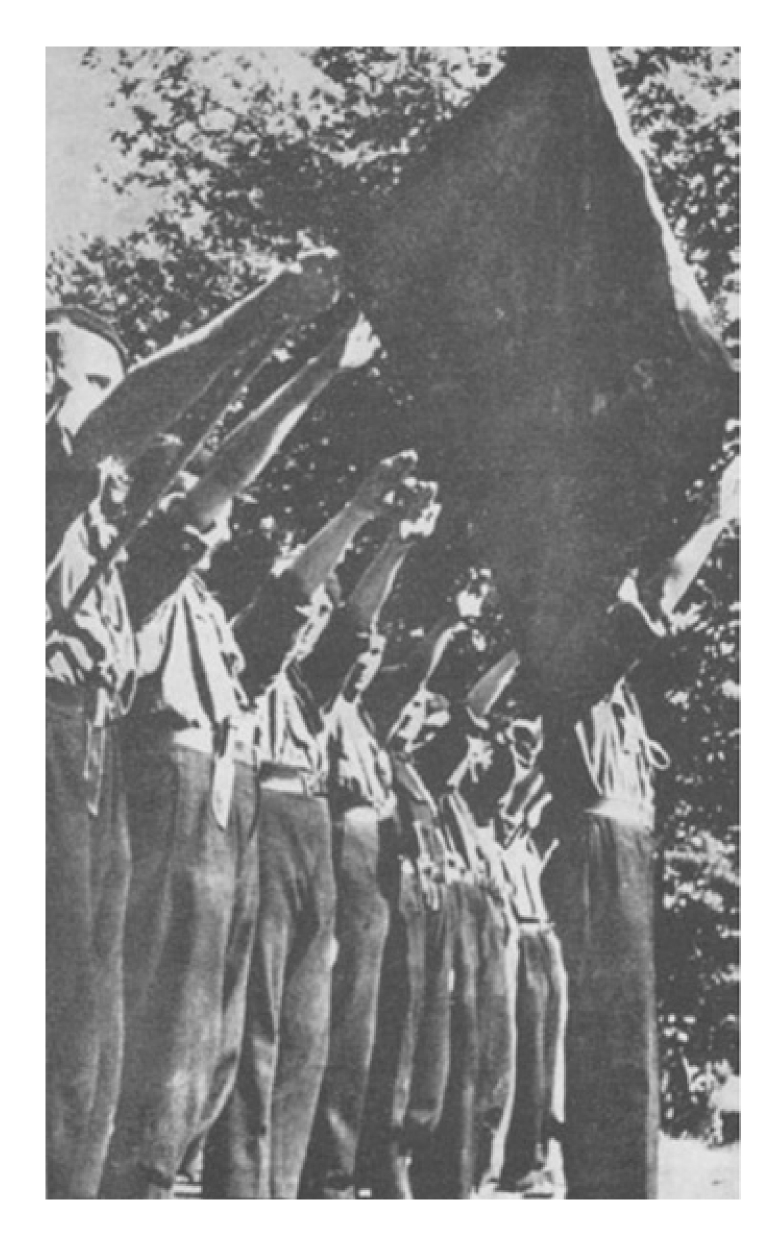
Edición alemana de *Le Franciste*. Contra derechas e izquierdas.



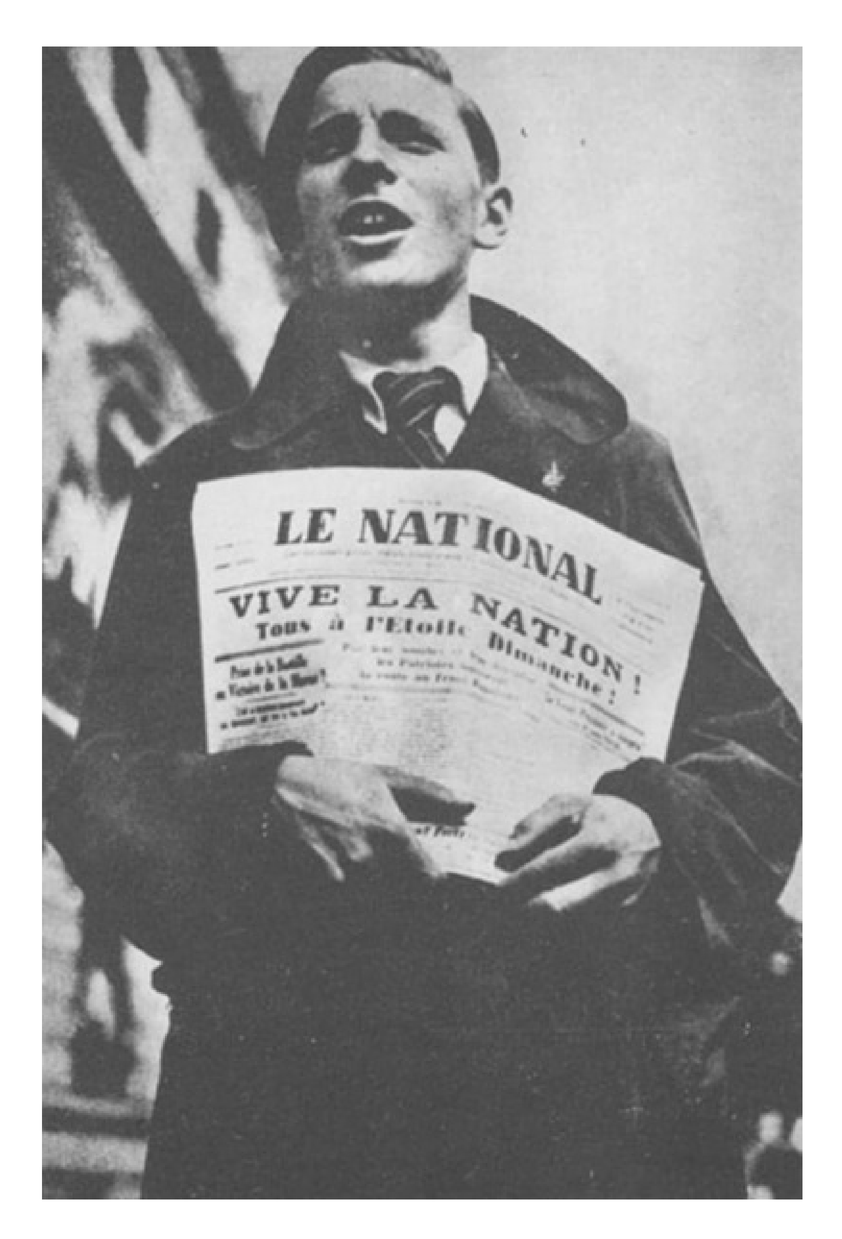
Estandartes de los francistas salen de Notre-Dame tras las honras fúnebres por los caídos del 6 de febrero de 1934.



Entierro de un militante francista muerto el 6 de febrero de 1934.



Los francistas hacen el saludo fascista.



Un vendedor del periódico de las Jeunesses Patriotes el 14 de julio de 1935, en París.

La hora decisiva para todas estas asociaciones y ligas llegó el 6 de febrero de 1934. El «affaire» de corrupción del judío ruso Alexander Stavisky, descubierto y explotado por la «Action Française», dio un renovado impulso al antiparlamentarismo latente en Francia desde mucho antes y a finales de enero se procedió a la sustitución del comprometido presidente del Consejo, Chautemps, por parte de Daladier. Masas agitadas y febriles llenaron día tras día las calles de París, y en la mañana del 6 de febrero casi todos los periódicos de las derechas, y en primer lugar la «Action Française», hicieron llamamientos a la acción:

> «Llamados al poder para velar por la legalidad y el orden, los señores Daladier y Frot han procedido, inmediatamente después de haber tomado posesión de sus cargos, a retirar la Policía para dar así paso franco a la anarquía socialista y salvar a los ladrones francmasones.

Para hacernos admisible esta vuelta al régimen repudiado, para acallar la voz de la opinión pública, dirigen los señores Daladier y Frot a las personas honradas las máximas amenazas capaces de dictarles su mala conciencia y su miedo. Amenazan con su “poned a Francia en marcha”.

¿Por quién se pronuncian los franceses?

Los franceses aceptan este desafío y ejercen el derecho que les otorga el fracaso del corrompido poder estatal.

Esta noche, a la salida del trabajo, se reunirán ante la Cámara al grito de “¡Abajo los ladrones!” para evidenciar ante el Ministerio y sus protectores parlamentarios que están enteramente hartos del régimen»[3].



Sección femenina de la «Solidarité Française».



Disturbios en París, 1934. La Policía persigue a los comunistas que se habían pronunciado contra una manifestación de la «Action Française».



6 de febrero de 1934: un autobús incendiado.

Y efectivamente, día y noche se situaron grandes masas ante el Palais Bourbon, donde el Parlamento se había reunido en una apresurada sesión de urgencia. Fueron volcados e incendiados autobuses y unos cuantos muertos cayeron sobre el asfalto. Pero resultó ser una muy mal organizada «Marcha sobre París»; sin jefe visible, sin planes preestablecidos y sin cooperación entre las diversas ligas. De todos modos, Daladier cayó y le sucedió un Gobierno de concentración nacional bajo la jefatura del antiguo jefe del Estado Gastón Doumergue. El citado Gobierno mostró alguna dureza, pero las ligas disueltas se reconstituyeron con otros nombres y aprovecharon aquel momento para formar, con principios y conceptos originariamente procedentes de la izquierda, nuevas formaciones y tendencias que podían, con el mayor derecho, ostentar la clasificación de fascistas. En primer lugar cabe nombrar al «Parti Populaire Français», fundado en las primeras semanas del Gobierno frentepopulista, cuando Francia se encontraba abocada a una situación que podía parangonarse a la vivida por Italia en 1920, con las turbulencias de las ocupaciones de fábricas. Como Mosley, Jacques Doriot había sido un hombre de la «vivencia bélica negativa», pero en vez de inclinarse luego hacia el lado de Wilson, lo había hecho del de Lenin. A los veinticuatro años era uno de los más activos dirigentes de la Internacional de las Juventudes Comunistas; fue asimismo colaborador de Trotski durante una época, en la «Comisión para los países latinos» del *Komintern*; enviado de Stalin en China; virulento enemigo de la política colonial francesa en el Parlamento, era alrededor de 1930 el dirigente comunista más apreciado por los núcleos obreros y más odiado por las derechas. Pero no tardó en producirse su metamorfosis, provocada especialmente por la experiencia de la labor cotidiana en su puesto de la alcaldía de St. Denis. Pierre Drieu La Rochelle, uno de los intelectuales que se unieron al nuevo partido, informó sobre ello en el libro *Doriot ou la vie d'un ouvrier français*:

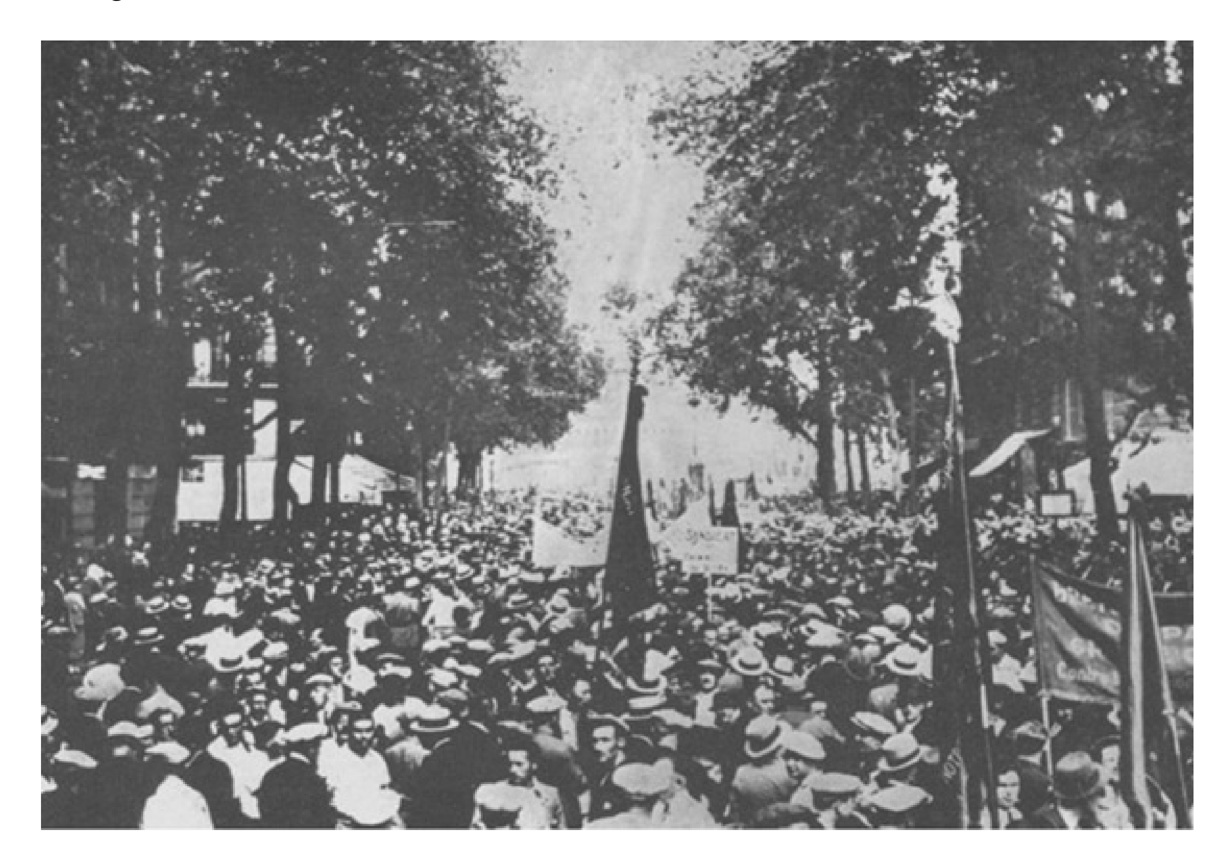
> «En 1930 entró Doriot a formar parte del Consejo municipal de St. Denis. En el año 1931 ocupó el puesto de alcalde.
>
> Había viajado mucho, había sido testigo directo de acontecimientos extraordinarios y había trabajado intensamente en la comisión de Asuntos Exteriores del Parlamento, pero fue en St. Denis donde completó su periodo formativo de hombre de Estado. Durante muchos años iba a regir una gran ciudad obrera.
>
> La transformaría y en el empeño se transformaría igualmente a sí mismo.
>
> Doriot tiene una gran capacidad de asimilación, a un tiempo lenta y segura.
>
> Comprendió los beneficios que reportaba la administración directa, que tenía en cuenta las necesidades del pueblo y lo satisfacía mediante medios sencillos, económicos y rápidos. Y así, por ejemplo, hizo construir en un breve espacio de tiempo una piscina que los políticos socialistas habían prometido desde 1880. Estudió de cerca la complejidad de las clases y los estratos sociales y midió la vaciedad *(inanité)* de la doctrina marxista, que con burda abstracción contrapone dos mitos: la burguesía y el proletariado.

Comprendió asimismo la necesidad de una autoridad fuerte y duradera, que dispusiera del suficiente tiempo para madurar y llevar a la práctica los más atrevidos planes. En esta labor práctica experimentó repugnancia hacia la agitación, tan verbalmente profusa, de los políticos del comité y del congreso.

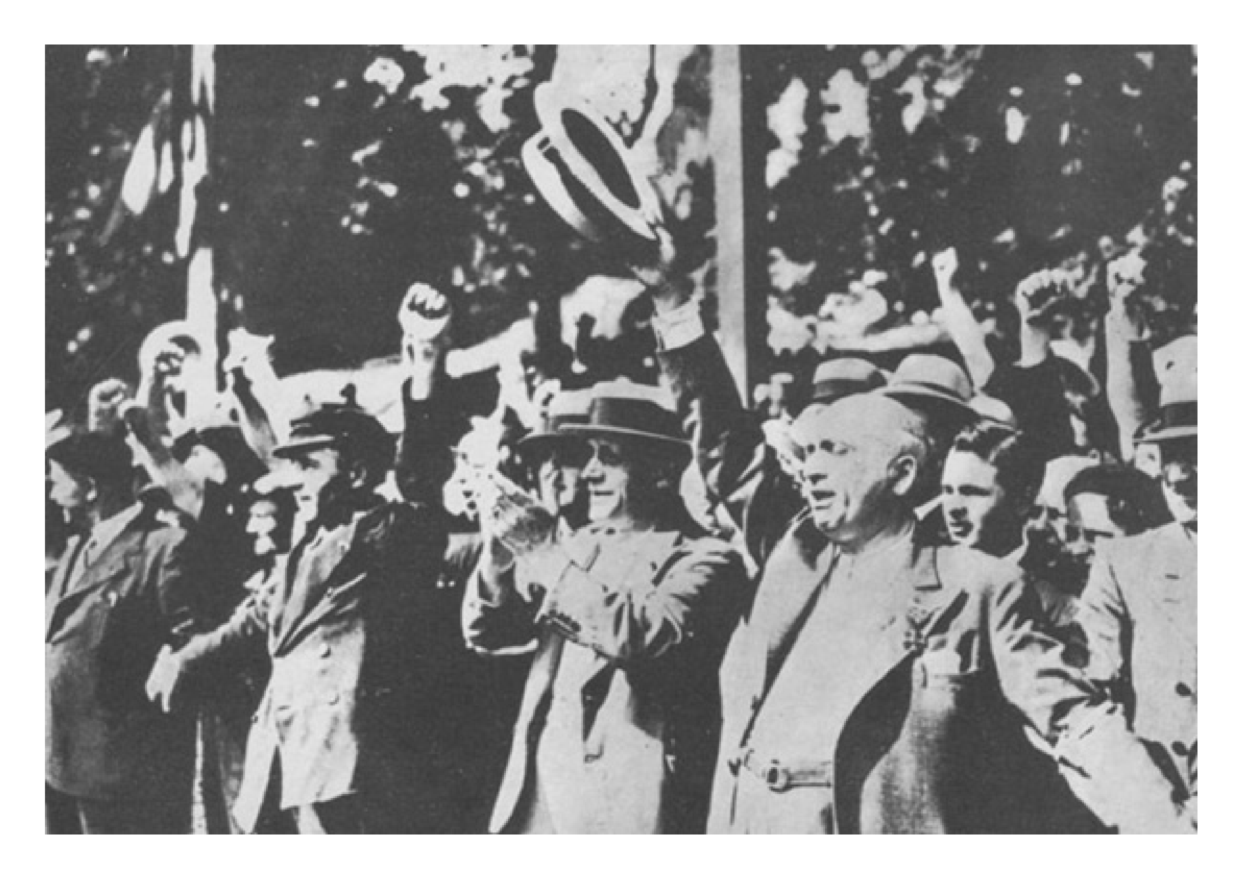
Al mismo tiempo seguía con atención los acontecimientos en Europa y Francia.

Impelido cada vez más por profundos anhelos de unidad, que pronto se revelarían como tendentes a una síntesis nacional, se hizo Doriot preconizador de la unidad de los comunistas con los socialistas y la clase media.

En su concepción, aquel movimiento unificador no tenía que ser una maniobra comunista tendente a aprovechar en favor de Moscú el anhelo del pueblo francés de articular una política amplia y positiva, sino que debería de ser, por contra, la manera de liberar las fuerzas francesas, por un lado de la hipoteca rusa y por el otro de las pequeñas mezquindades a que las llevaba la discordia de los partidos. Moscú comprendió muy bien su propósito y emprendió una dura lucha contra aquel que primeramente había propugnado el Frente Popular. Doriot, a quien nunca se había querido nombrar secretario general del Partido, fue atacado sin ninguna clase de indulgencia».



La reacción de la izquierda: manifestación de masas en la Bastilla, el 14 de julio de 1935.



También ellos habían sido antiguos combatientes: un acto de los socialistas.

Aunque la evolución de Jacques Doriot tenía causas personales —sobre todo, la rivalidad con Maurice Thorez—, resultaba también consecuencia del desarrollo del movimiento comunista desde el fracaso de las grandes esperanzas de la inmediata posguerra. La dependencia de la Internacional, de los intereses de Rusia como gran potencia y la parálisis de los movimientos obreros europeos tenían que provocar necesariamente un gran movimiento de disidencia y fragmentación, y en su contexto, el caso de Doriot resulta especialmente sintomático. Pero su perfil individual destacó intensamente a raíz del contraste entre el pacifismo férreamente mantenido y la nueva «política belicista» de los comunistas franceses inaugurada por Stalin. Aquello hizo que Doriot derivara cada vez más a la derecha y se viera impulsado hacia un «derrotismo» que era, en rigor, su capitulación ante Hitler. Ocurrió que a su partido, que disponía de un elevado número de antiguos comunistas y en determinados aspectos unía las tendencias de organización de comunistas y fascistas, le quedó vedado un completo desarrollo. Tan sólo cuando la «política de guerra» de las izquierdas y la «política de paz» de las derechas, vacilantes y dubitativas ambas, fue aproximando a Francia al abismo de la catástrofe, comenzó para el PPF, como

para todas las restantes organizaciones fascistas o de tendencias fascistas, existentes en Francia, una nueva fase.



Socialista, idealista, abogado y judío: Léon Blum, cabeza visible de un gigantesco movimiento.

Jacques Doriot, pacifista militante, antiguo promotor del Frente Popular de signo antifascista, adversario de Stalin y, finalmente, partidario de Hitler.



Doriot, jefe del PPF, durante su discurso en el acto fundacional del «Front de la Liberté», en la sala Wagram de París.



L'Emancipation nationale

Direction politique : Jacques DORIOT

HEBDOMADAIRE DU PARTI POPULAIRE FRANÇAIS

Il y a en France un **PARTI DE LA GUERRE**
Dressons contre lui le **PARTI DE LA PAIX**

Qui nous a évité, cette semaine, de mettre sac au dos et d'aller nous faire tuer hors de chez nous ?

C'est le ministre **anglais** ANTHONY EDEN.

Quand aurons-nous des ministres **français** *qui aient le respect du sang* **français**

AU Vel' d'Hiv'

DORIOT EXPLIQUE CE SOIR POURQUOI ET COMMENT ON POUSSE LA FRANCE À LA GUERRE

LA GUERRE OU LA PAIX ?

Une cascade d'avertissements

Pacifismo fascista: síntoma del agotamiento francés. Los titulares de la publicación de Doriot dicen así: «Hay en Francia un partido de la guerra. Levantemos contra él un partido de la paz».



L'ACTION FRANÇAISE

ORGANE DU NATIONALISME INTEGRAL

Fondateur : HENRI VAUGEOIS — Directeurs politiques : LEON DAUDET et CHARLES MAURRAS — Rédacteur en chef : MAURICE PUJO

En Mars 1936, lors de la remilitarisation de la Rhénanie, le gouvernement français a consulté ses alliés pour savoir ce qu'ils feraient dans le cas où l'armée française interviendrait.

La réponse du gouvernement de Prague fut qu'il ne saurait s'intéresser à cette affaire.

Et, pour son « affaire » à lui, nous allons peut-être perdre plus de Français que la Tchécoslovaquie ne perdrait d'Allemands des Sudètes.

A BAS LA GUERRE !

L'ÉVACUATION des grandes villes

Hitler, dans son discours de Berlin, reste sur ses positions

M. Chamberlain lui a envoyé un dernier message

Le président Roosevelt conjure les puissances de ne pas employer la force

Pas de troisième front !

NUMERO SPECIAL

JE SUIS PARTOUT

Le grand hebdomadaire de la vie mondiale

LES JUIFS

Les articles et les textes qui composent ce numéro ont été écrits ou rassemblés par Lucien REBATET

LA QUESTION JUIVE

VENDREDI SAINT

Ah ! Blum, tout augmente, où sont les 30 deniers de ton ancêtre ?

LES JUIFS ET L'ALLEMAGNE

Pacifismo del nacionalismo integral: titulares en *L'Action Française*. En la parte inferior: el antisemitismo como fórmula mágica, también en Francia. Una primera página de Je suis partout.



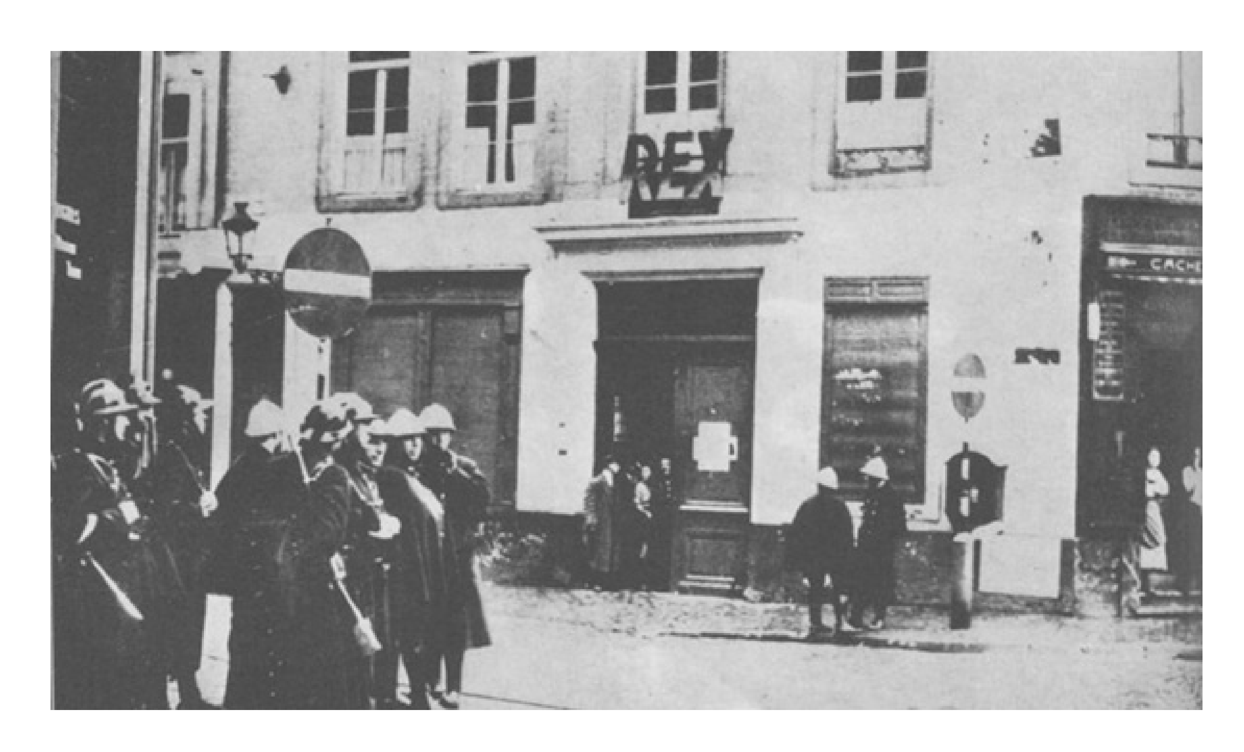
Ni calaveras ni puñales: Léon Degrelle en su mesa de trabajo, en el despacho de la Rué des Chartreux de Bruselas.



El cuartel general rexista durante la campaña electoral, en mayo de 1936.



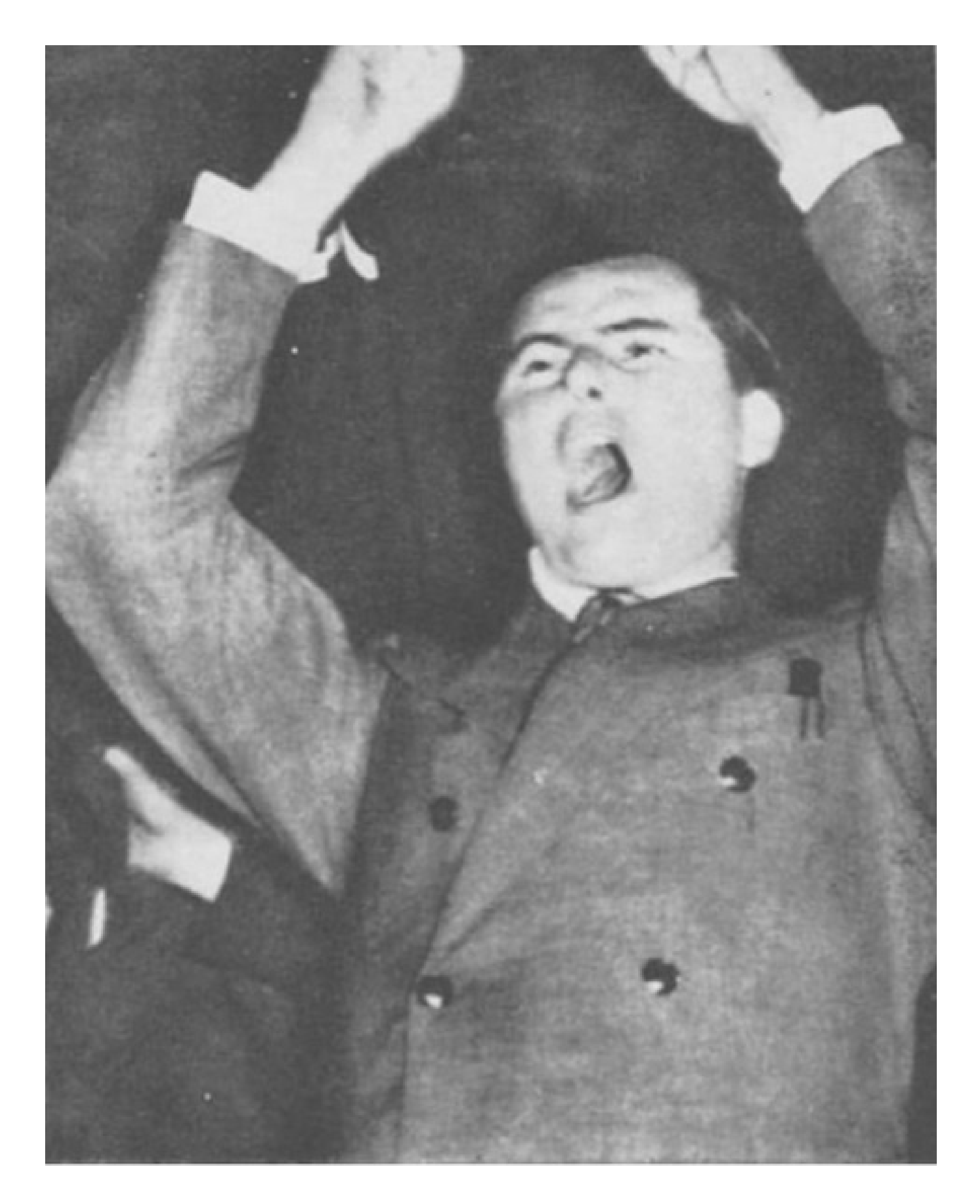
Rexistas en el cortejo de los ex combatientes ante el monumento al soldado desconocido, en 1936.



Policía ante el cuartel general rexista.

Si Doriot no surgió por puro azar de una determinada situación del comunismo francés, tampoco fue el movimiento rexista de Léon Degrelle el resultado casual de una crisis del catolicismo belga. Los católicos belgas habían provocado la reacción indignada de toda la Europa conservadora cuando se aliaron, en 1830, con los «rojos» liberales y separaron Bélgica de los Países Bajos: a partir de entonces y por espacio de cien años fueron una fuerza gobernante. Concertaron luego compromisos con los socialistas y después de tan largo periodo de tiempo y tantas transacciones, aparecieron algunos síntomas de cansancio y decadencia, que se hicieron tanto más patentes cuando Bélgica no permaneció insensible a la crisis mundial y los contrastes entre valones y flamencos sacudieron por otra parte los fundamentos mismos del Estado. Fue una demostración de fuerza vital que se manifestaran, precisamente entre la juventud católica, fuertes tendencias que exigían una básica renovación. Con el transcurso del tiempo cristalizaron más y más en torno a la casa editora «Christus Rex», en Lovaina, cuyo director era el joven Léon Degrelle. Pero no todo se resumió en la lucha entre jóvenes y viejos en el seno del partido católico. Degrelle, que había recibido durante su época estudiantil influencias de Maurras y era al mismo tiempo un atento observador de su época, denunció asimismo la lucha contra los políticos corrompidos del propio partido (los «pourris») con tanta energía y al mismo tiempo tanta habilidad, acompañados de un innegable talento de orador y de periodista que de aquellas tendencias surgió en el año 1935 un nuevo

movimiento, que puso unas tonalidades inéditas y unos colores nuevos en la vida política belga, tan monótona hasta aquellos momentos. En todo el país proliferaron los actos masivos y se sacudió a la opinión pública con palabras incisivas y drásticas alternativas *(Rex vaincra, Rex ou Moscou)*. Los temores políticos provocados por el pacto francosoviético se unieron a las preocupaciones de carácter económico, de tal manera que una buena parte de la clase media se hizo especialmente receptiva a la nueva propaganda. Los rexistas obtuvieron así en las elecciones parlamentarias de mayo de 1936 un sorprendente éxito y durante muchos meses, Léon Degrelle se convirtió en punto central de la atención, no solamente belga sino europea. Reveló cada vez más sus simpatías hacia Mussolini, se apartó con mayor insistencia de los conservadores y pareció tan sólo cuestión de tiempo que el movimiento del Rex pusiera de manifiesto todos los signos de los partidos fascistas (por ejemplo, las milicias uniformadas del partido). Pero en Bélgica no se había producido, como en Italia y Alemania, una ruptura en el sistema de los grandes partidos susceptibles de ser caldo de cultivo propicio para el nuevo grupo. Por otra parte, la Iglesia católica no abandonó tampoco a su partido. Así es cómo Degrelle sufrió una grave derrota cuando pretendía, en abril de 1937, provocar una especie de decisión plebiscitaria y a partir de aquel momento su movimiento entró en declive. Solamente la guerra perdida le dio, como a Doriot, oportunidad de comenzar de nuevo.



Degrelle como orador.



Detención de dos rexistas.

En Bélgica disponía de uniformes, milicias, estandartes y bandas de música, ya desde 1931, un movimiento de origen muy diverso: el «Verbond van dietsche Nationalsolidaristen» de Joris van Severens. Se trataba del ala radical del movimiento flamenco y sus objetivos estaban precisamente contrapuestos a los de Léon Degrelle: Bélgica no tema que ser objeto de una reforma, ni reforzarse su seguridad, sino resultar destruida en provecho de un gran imperio holandés. El principio de la comunidad de pueblo y raza que sobrepasaba las fronteras del Estado implicaba desde el principio un evidente acercamiento al nacionalsocialismo; por su parte, el programa del Estado corporativo, anticapitalista pero dotado de unas reminiscencias parlamentarias, se movía en unos indecisos límites entre conservadores y fascistas. De todos modos, no parecía acercamiento a Alemania. Su muerte

durante entrar en los planes de Joris van Severens el los acontecimientos bélicos de 1940 le ahorró la elección entre resistencia y colaboracionismo.



REX

Léon
GRELLE
irecteur

Rue des Chartreux,
33
Bruxelles

POUR LE PAIN, LA PAIX, LA LIBERTÉ

LE COMMUNISME
TRAHIT
LA REVOLUTION

réactionnaires luttent contre le communisme parce qu'ils ont peur.
lutte contre le communisme parce que le communisme compromet
raie révolution, spirituelle et morale, qui seule peut libérer l'homme.

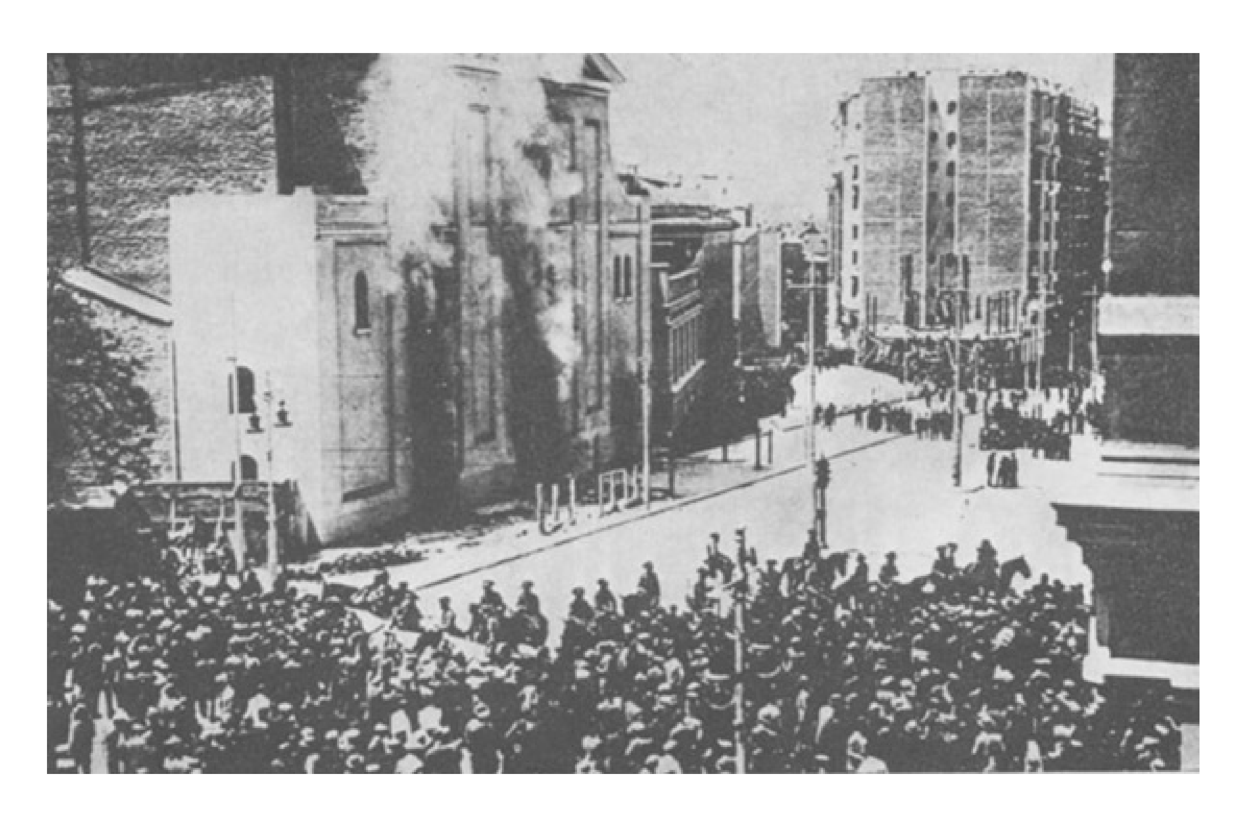
Las bases fascistas del movimiento rexista: «El comunismo traiciona la revolución».



Miembros de la «Dinaso» reparten octavillas en Amberes.



La izquierda se fascistiza: juventudes socialistas con camisas azul cielo en un desfile en Barcelona.



Quema de iglesias: signos precursores de la guerra civil.

Aquello por lo que Degrelle combatió, con lentitud e indecisión al principio, es decir, establecer la distancia con el conservadurismo católico, marcó por contra la fase inicial del movimiento fascista en España. Ramiro Ledesma Ramos aparecía como decidido partidario de esta distanciación, tanto más cuanto su estancia en Alemania le había permitido observar de cerca la actividad de Hitler. Las realidades sociales españolas eran, por su parte, objeto de un radical enfoque crítico, de tal manera que su programa hubiera podido inscribirse en la izquierda de no haber contenido una afirmación nacional en la que desempeñaba su papel el orgullo del pasado imperial de España. Combatió así su «movimiento nacionalsindicalista» contra la izquierda y la derecha, a pesar de haber procedido a la unión con un grupo de intenso tinte católico (formado en torno a Onésimo Redondo) y haber elegido los colores rojo y negro (que eran los de los anarquistas) como bandera. Como había ocurrido en otros países de Europa, el núcleo que podría denominarse «prefascista» adquirió un mayor peso específico cuando se unió con otro de carácter que inicialmente aparecía como más conservador. Éste fue: Falange Española, cuya jefatura ostentaba José Antonio Primo de Rivera, hijo del fallecido dictador. Ledesma Ramos fue durante una época el líder del ala izquierda en la nueva «Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacionalsindicalista», pero no tardó en separarse con algunos de sus seguidores. José Antonio era en el fondo un carácter liberal, que no

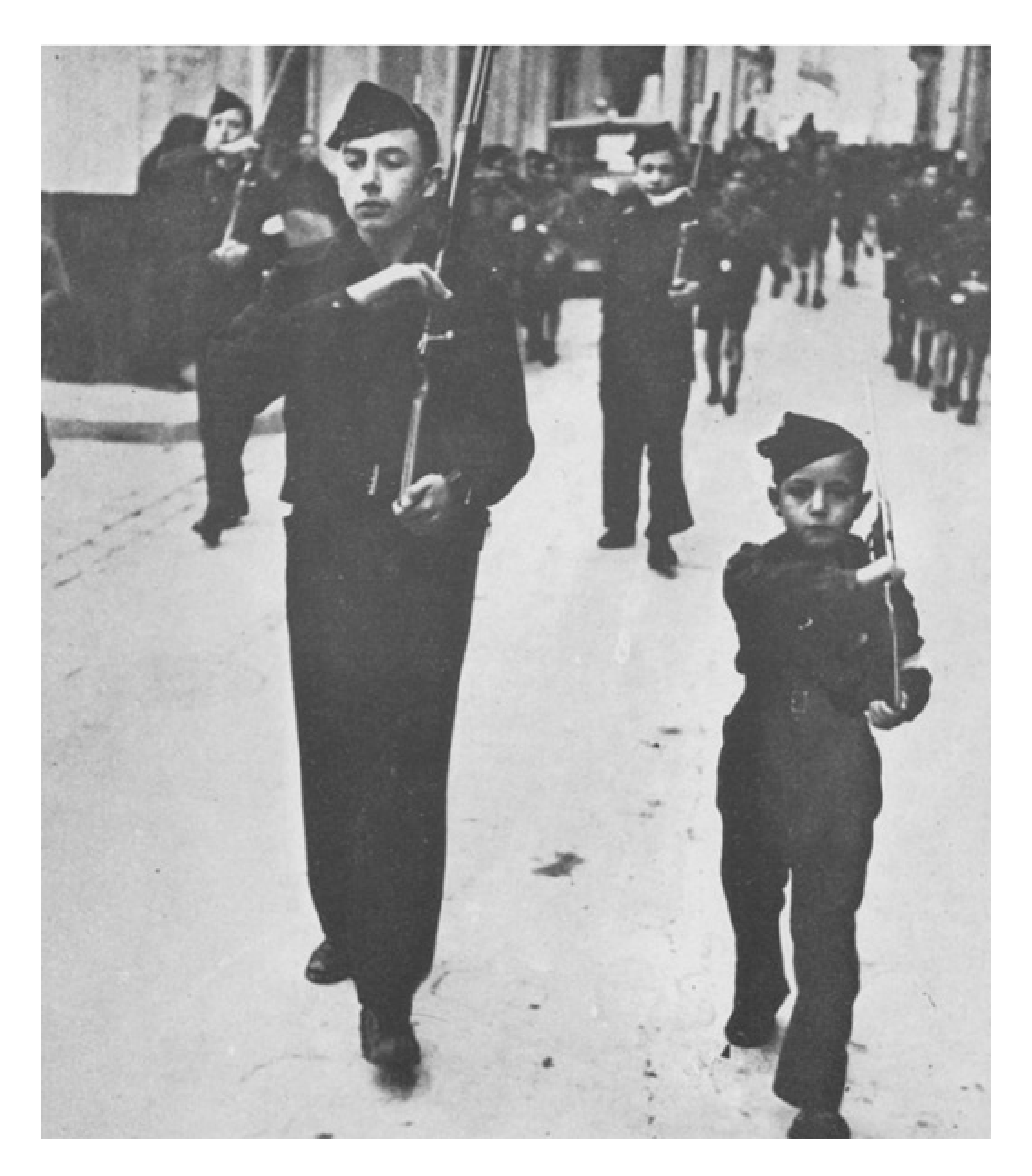
correspondía en absoluto al tipo de jefe fascista. Cuando en febrero de 1936 llegó al poder el Frente Popular de liberales, socialistas, anarquistas y comunistas, tras unas elecciones en las que llevaba en apariencia una gran ventaja, pero que en realidad su margen de victoria era muy estrecho con relación a la totalidad del censo electoral, estalló el radicalismo de los sectores situados más a la izquierda, con el desencadenamiento de una ola de incendios y asaltos en todo el país. Pero al contrario de Italia en 1922 y de Alemania en 1932, el Gobierno se había declarado beligerante contra la Falange, mientras que eran mucho mayores los excesos revolucionarios de las izquierdas. Así es como se llegó a la prohibición de la Falange y el encarcelamiento de José Antonio. Desde su celda, éste asistió con algunas reservas y grandes vacilaciones a la preparación del alzamiento. Pero estos acontecimientos aparecen ya situados dentro del engranaje de la historia europea y a la luz de esta relación hay que ver el posterior desarrollo de la Falange.



José Antonio Primo de Rivera, que fue detenido en marzo de 1936.

Como la Falange de España, la Heimwehr austríaca fue objeto de aprovechamiento por parte de las fuerzas conservadoras. Pero obraron, además, en el proceso o trayectoria de esta organización otros elementos, como fue la llegada al poder en Alemania de Adolf Hitler, que representó un fortalecimiento del nacionalsocialismo austríaco, que había hecho suyo el objetivo del «Anschluss», anteriormente no privativo de partido alguno. Pero a pesar de ello y de que el catolicismo bávaro incluso bajo el cancillerato de Hitler hubiera podido mantener durante algún tiempo sus propias posiciones políticas, no parecía probable que los nacionalsocialistas austríacos obtuvieran la mayoría por sus propias fuerzas. A tal efecto, el apoyo que recibían de Alemania hacía muy precaria su posición. Y así fue como la mayor parte de la Heimwehr, a pesar de la identidad de los orígenes y a pesar

de sus inclinaciones pangermanistas, se colocara contra el nacionalsocialismo y al lado de su Estado. Consecuencia de ello es que terminó por encontrarse así sometida a una especie de cautiverio como parte del recién fundado «Frente Patriótico». Por consejo de Mussolini, el canciller Dollfuss acentuó el carácter fascistizante de su Gobierno, cosa que le reportó una enemistad cada vez más acentuada del partido socialista. La represión sangrienta del alzamiento socialista de Viena, en febrero de 1934, derrumbó una de las columnas sobre las que descansaba el edificio entero, puesto que tanto el «Frente Patriótico» como los socialistas estaban amenazados por un peligro mayor. Pocos meses más tarde, solamente algunos hechos casuales y la postura de Mussolini consiguieron salvar la independencia de un Estado que quería ser cristiano, pero que aparecía apoyado tan sólo por una minoría de la población. La posición del vicecanciller Starhemberg se hizo muy fuerte respecto a la del nuevo canciller federal Schusnigg y pareció que el fascismo de la Heimwehr fuera a alcanzar la victoria. Cuando las tropas italianas conquistaron Addis Abeba, felicitó Starhemberg al *Duce* con un telegrama en el que se leía: «¡Viva el jefe de la victoriosa Italia! ¡Viva el triunfo mundial de la ideología fascista!» (Citado según Jedlicka, *Fascismo internacional*, pág. 199). Pero los políticos del partido socialcristiano de entonces pusieron la mayor habilidad, apoyados por el episcopado, en maniobrar para conseguir el desplazamiento de la Heimwehr. Consiguieron hacer así realidad el plan que Schleicher y Groener habían tratado con anterioridad de imponer a Hitler: encuadrar a la organización fascista como milicia del ejército federal y con ello estatificarla. De esta manera, lo que ocupó el poder en Austria desde octubre de 1936 no fue un llamado «fascismo clerical» (que no existe), sino un catolicismo totalitario y enemigo de la libertad al que tocó representar el papel de enterrador de su propia patria.



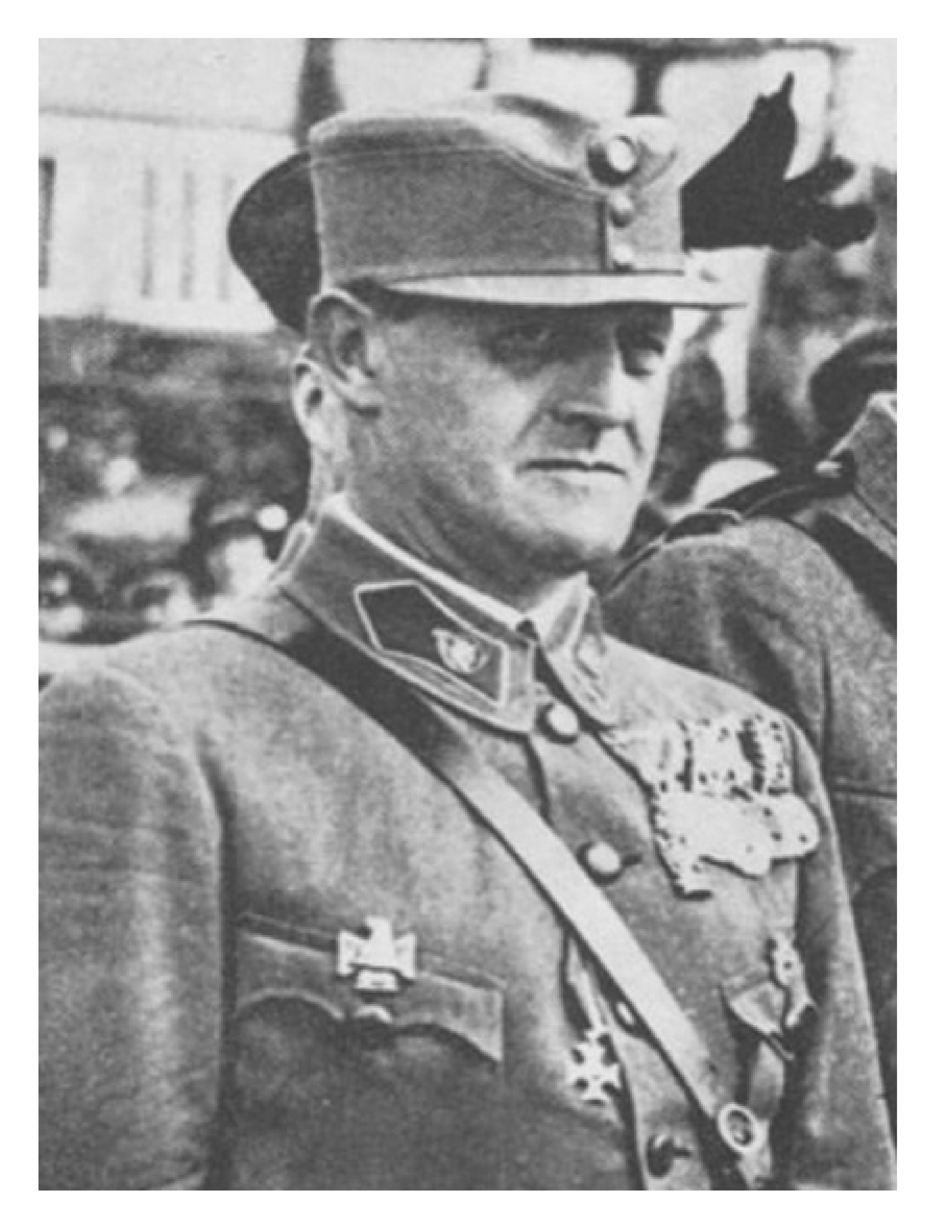
Día de la Victoria: desfile de cadetes. La fotografía data de los tiempos de la Segunda Guerra Mundial.



Falange tras la victoria: gimnasia matinal de las juventudes en El Escorial.

Considerado desde un punto de vista occidental europeo, el viejo poder sobre el que se apoyaba la «Guardia de Hierro» no era más que un sentimiento sectario antisemita. Pero en realidad, el antisemitismo estaba incluido en la más estricta tradición de la Iglesia rumana ortodoxa y era, en definitiva, una parte de la lucha por la afirmación nacional que ya había dado muestras de su carácter conservador y cristiano durante la época de la ocupación turca. El Estado liberal no recataba, por contra, su hostilidad contra la Guardia, y como el Estado era expresión de la alta burguesía de Bucarest, con orientaciones netamente francesas, el movimiento legionario no ahorró contra el mismo una serie de acciones abiertamente revolucionarias y, sin embargo, de innegable trascendencia popular. Ninguno de los otros movimientos fascistas era tan inequívocamente popular y ninguno estaba tampoco tan penetrado de inspiración cristiana. Esta motivación originaria y no secularizada como «Defensa de la civilización cristiana», aparece patente en cada párrafo de la carta escrita por Ion Motza, estrecho colaborador de Codreanu e hijo de un sacerdote ortodoxo, escrita antes de su viaje a España:

> «…la mano del diablo ha desencadenado la más sangrienta de las guerras contra la Iglesia fundada por el propio Nuestro Señor Jesucristo. Jamás, desde el advenimiento del Redentor, se había alzado como en nuestros días, con tanto odio y tanta maldad, una parte de la Humanidad con el objetivo de derribar el orden cristiano. Por miles de millares mueren hoy los hombres, en parte para destruir los altares de Cristo y en parte para defenderlos. El comunismo es el rojo monstruo del Apocalipsis que se alza para expulsar a Cristo del mundo»[4].



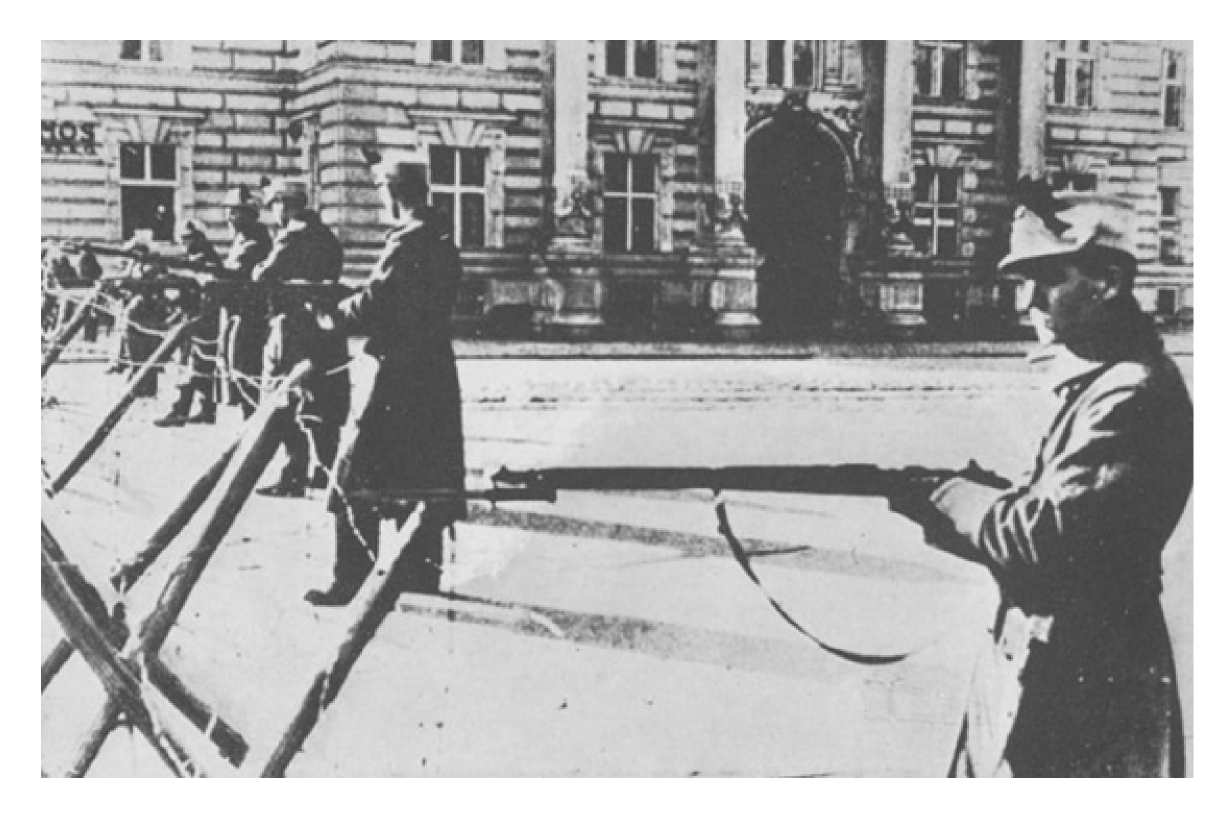
El hombre fuerte de la Heimwehr en el Gabinete Dollfuss de mayo de 1933: el ministro de Seguridad, comandante Emil Fey.



Maniobras militares de la Heimwehr en los alrededores de Viena.



Símbolos nacionalsocialistas en las montañas del Tirol tras la prohibición del partido a mediados de 1933.



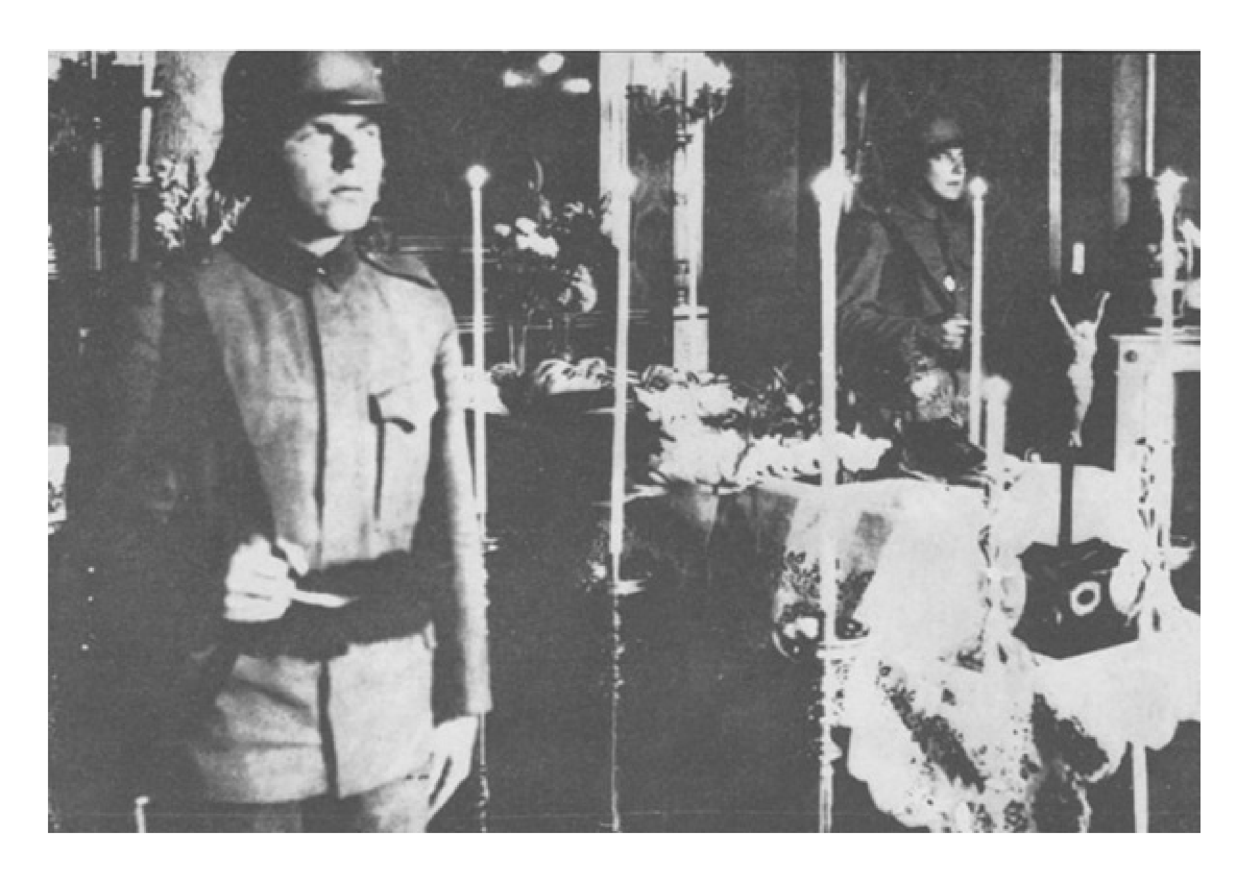
Las luchas de febrero del año 1934: destacamentos de la Heimwehr cierran las calles con alambradas.



Huellas de cañonazos en el grupo urbano vienés Carlos Marx.



Dos miembros de la Heimwehr muertos ante una de las puertas del grupo urbano Carlos Marx.



El segundo suceso grave del año 1934: el canciller asesinado en su lecho mortuorio.



Conducción del cadáver hasta la sala de asambleas del Ayuntamiento vienés, la tarde del 26 de julio.



La Heimwehr en su momento culminante. (A la izquierda, en primer término, Rüdiger von Starhemberg).



Tras el «putsch» de julio, miembros de la Heimwehr pisotean una bandera de la cruz gamada.



Kurt von Schuschnigg, el nuevo canciller federal.



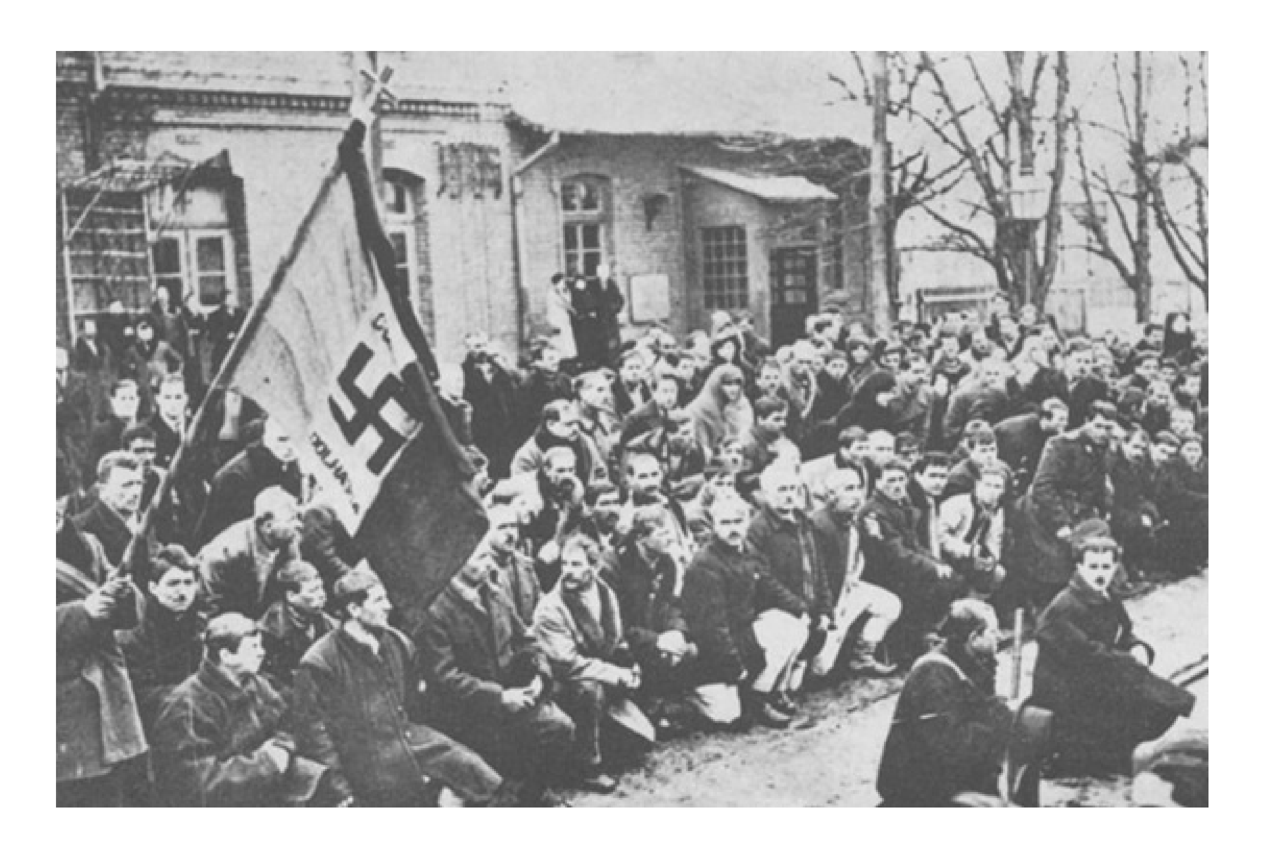
Desfile de la Heimwehr, tras unas maniobras, ante Starhemberg y Fey (a caballo).

Tanto el «Führerprinzip» o principio del caudillaje como la admiración experimentada hacia Hitler y Mussolini y, sobre todo, la naturaleza ideológicamente monógama de su antisemitismo, dejaron pocas dudas sobre las posibilidades de que aquel movimiento de carácter campesino, dirigido por una intelectualidad radicalista, se transformara en una variante del fascismo. Tras haber conseguido en las elecciones del año 1932 su primer éxito patente, la represión del Estado no pudo interrumpir su trayectoria. La disolución de la Guardia en diciembre de 1933 tuvo una respuesta tres semanas después con la muerte a tiros del presidente del Consejo de ministros Duca, y en los años siguientes el movimiento mantuvo una especial actividad a pesar de la nominal prohibición: los legionarios instalaban campos de trabajo, ayudaban a los campesinos en los lugares más abandonados, practicaban la más intensa autodisciplina e incluso llegaron a fundar una compañía mercantil con la finalidad de contrarrestar la influencia judía en el ámbito comercial. Cuando Ion Motza y su amigo Vasile Marín cayeron en el frente de la guerra civil española, millares de personas se concentraron con ocasión de su entierro. El triunfo electoral conseguido en las elecciones parlamentarias del año 1937 demostró hasta qué extremo había adquirido independencia y fortaleza la «Guardia de Hierro» desde el momento de su

separación del partido madre de Alexander Cuza. Goga y Cuza se manifestaron dispuestos a formar un Gobierno que promulgó leyes antisemitas, pero estaba en realidad dirigido contra la «Guardia de Hierro». El fracaso de esta experiencia hizo que el propio rey Carol centrara en su persona todos los poderes y el patriarca de la Iglesia rumana se puso al frente del gabinete de concentración que disolvió todos los partidos y creó artificialmente uno único, de carácter enteramente estatal. Aquella especie de fascismo gubernamental tenía como objetivo combatir al otro, al verdadero, surgido de la propia colectividad rumana. Codreanu fue condenado a una larga pena de cárcel bajo la acusación de haber preparado un derrocamiento del régimen por la violencia y estar de acuerdo para ello con una potencia extranjera. El día 1 de diciembre, un comunicado del Gobierno informó de que había sido muerto a tiros, en un intento de fuga, con trece de sus correligionarios. Pero este golpe no acabó con la existencia de la Legión. Tan pronto como la guerra cambió la situación internacional, consiguió asegurarse una nueva situación de poder, en estrecha alianza con el Ejército y la Iglesia. Esta situación tendría finalmente un trágico desenlace con la confrontación entre las fuerzas jóvenes y las representativas del viejo orden.



Entierro de los legionarios Ion Motza y Vasile Marín, caídos en España. El féretro sale de la iglesia.



Campesinos con banderas de la cruz gamada duran te la conducción de los cuerpos.



Base y protección de la Guardia de Hierro: la iglesia ortodoxa rumana.



El lugar de la carretera Bucarest-Ploesti donde Codreanu fue muerto a tiros, con trece de sus seguidores, el 30 de noviembre de 1938.



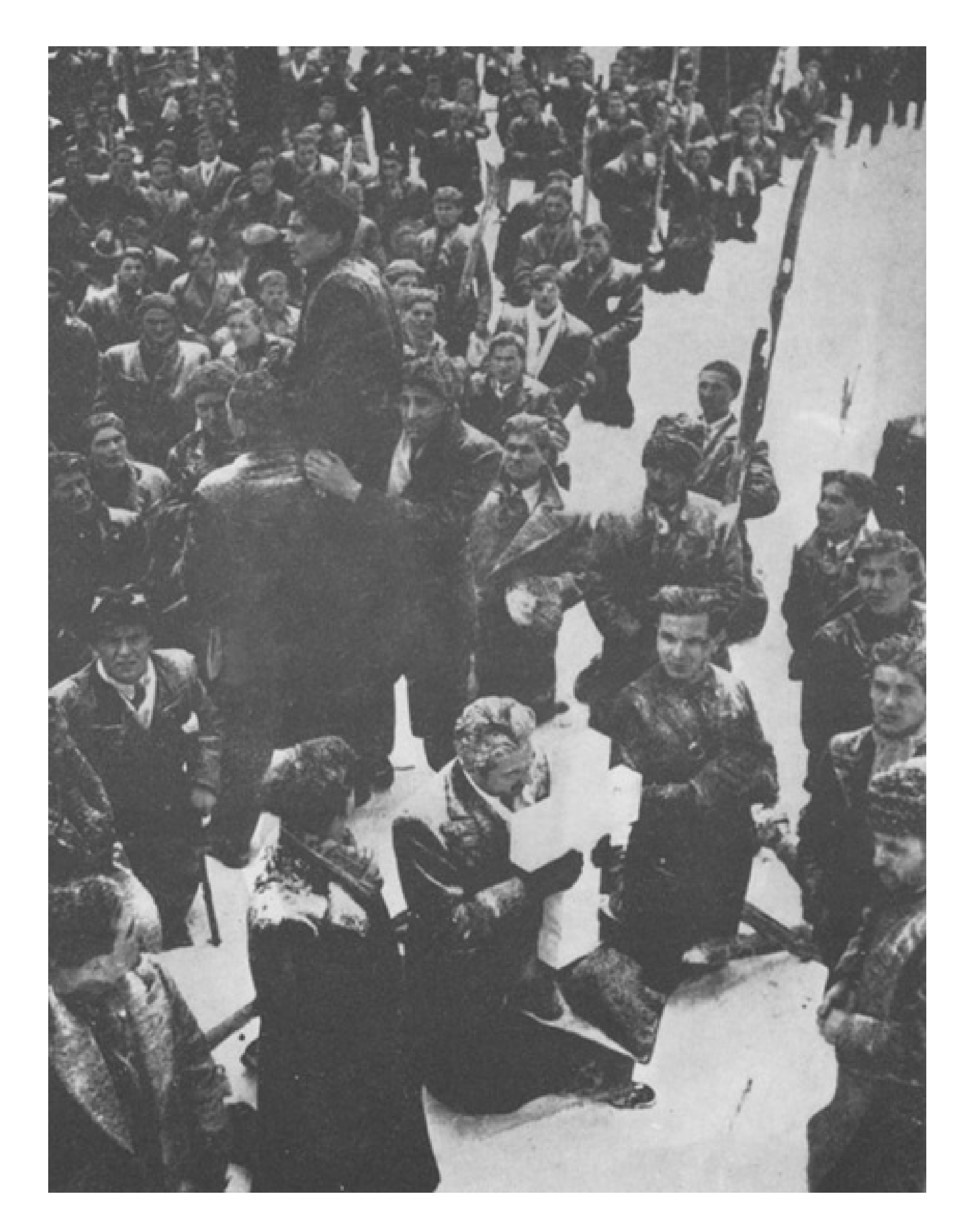
El rey Carol de Rumanía.

La Hungría de la época de posguerra podía definirse con lo dicho sobre Alemania: la revolución comunista no había permanecido allá en el estadio de la amenaza, sino que había dominado durante meses el país. Por otra parte, había suscrito el país un tratado de paz que significaba un verdadero deseo de aniquilamiento, pues había recortado del antiguo imperio de san Esteban dos tercios de su territorio y rodeado al restante con una cadena de naciones enemigas. Pero el mismo carácter extremo de la situación llevó a un apaciguamiento interior: tras su derrota militar, el partido comunista había sido aniquilado fundamentalmente e incluso los elementos nacionalistas más radicales carecían de motivos para hacer reproches al Gobierno por cualquier «política de entendimiento». Por ello, el «nacionalsocialismo» húngaro no surgió tanto del fermento anticomunista de los agitados momentos de la

inmediata posguerra como de la inquietud social de los campesinos sin tierra y los obreros de las concentraciones urbanas, afectados por una ley electoral reaccionaria y cuyos intereses no representaba partido socialista alguno. Tanto la «Cruz de guadañas», capitaneada por Zoltan Boszórmeyns, como posteriormente la «Cruz de flechas», cuya jefatura ostentaba Ferenc Szalasi, tenían mayor semejanza, por sus exigencias revolucionarias de expropiación de los grandes propietarios, con la «Guardia de Hierro» que con el NSDAP. Elemento común a los tres movimientos era el antisemitismo, en el que se unía el resentimiento de los estudiantes que competían con sus compañeros judíos, así como el enconado recuerdo que los burgueses tenían de Rosa Luxemburgo, Anna Pauker o Bela Kun, y que encontraba un eco en la irritación que obreros y campesinos experimentaban contra el capitalismo «judío». Existían, por tanto, en Hungría fuerzas sociales sobre las cuales podía apoyarse el movimiento fascista, aunque no fueran el Estado como en Italia y Baviera. El poder estatal, que en el antiguo reino de san Esteban tenía carácter conservador, se manifestó en ocasiones tan hostil como el liberal en Rumanía: en 1934, los grupos nacionalsocialistas tuvieron que renunciar a la cruz gamada, calificada de símbolo y distintivo extranjero; en 1938, Ferenc Szalasi, que había conseguido restablecer la unidad de la fragmentada extrema derecha, fue enviado unos cuantos días a la cárcel por «ataques al orden social». Pero al igual que en Rumanía, el nuevo movimiento obligó al Gobierno a adoptar su estilo y sus formas: el partido único gubernamental se orientó hacia el modelo de los partidos estatales de Italia y Alemania y una legislación antisemita trató de restar argumentos a los «Cruces de flechas». Los conservadores fracasaron virtualmente en su empeño y en las últimas elecciones anteriores a la guerra, la extrema derecha adquirió, con la obtención de unos cincuenta diputados, una fuerza debida en buena parte al apoyo de los obreros y los campesinos. Quizá fuera esta circunstancia la que hizo que los conservadores se opusieran a su marcha hacia el poder con una decisión mucho más firme que la tenida en su día por Hindenburg y Von Papen. De esta manera tuvieron que ocurrir hechos muy extraordinarios para que Szalasi alcanzara finalmente el Gobierno en los últimos meses de la contienda.

Una variación del esquema fundamental fascista se encuentra en Estonia. El movimiento anticomunista de los cuerpos francos, fue en el año 1919 encarnación a un tiempo de la lucha de liberación de una antigua provincia del imperio zarista, como expresión de la pugna social de los campesinos sin tierra contra el dominio secular de la aristocracia báltica. Su tradición

informó, por tanto, la existencia entera del Estado y no impidió que se desarrollara un juego moderadamente libre de los partidos. Pero una parte de los efectivos de los cuerpos francos se politizó bajo el nombre de «Liga de los combatientes francos» a partir del principio de los años 30 y propugnó bajo la jefatura del general Larka una reforma constitucional en un sentido autoritario. Durante los años 1934 y 1935 preparó la conquista del poder. Tanto sus «grupos de orden» como sus compañías abanderadas y la implícita adopción del «principio del caudillaje» respondían a un neto signo fascista. Su propaganda encontró mucho eco entre la población y pareció que la Liga iba a conseguir que su jefe ingresara en el recién creado «consejo de ancianos». El movimiento de liberación quedó así dividido en un ala democrática y otra fascista. Finalmente se impuso la primera y no solamente se cerró el camino a un régimen autoritario, sino que una medida unificadora estableció el carácter de «milicia» del movimiento de los cuerpos francos (Cuerpo de defensa), consiguiendo así su despolitización.



Manifestantes de la Guardia de Hierro arrodillados ante una cruz cuya colocación en el monumento al Soldado Desconocido fue prohibida por la Policía.





Portadas de una revista del movimiento «Hungría, despierta», perteneciente a los años 1919 y 1920.



La Cruz de Flechas, distintivo de la «Guardia Nacional Húngara».



Un revolucionario moderado al frente de la nación aristocrática: Julius Gómbós.

La colaboración entre Italia, Austria y Hungría: Gómbós visita a Mussolini.



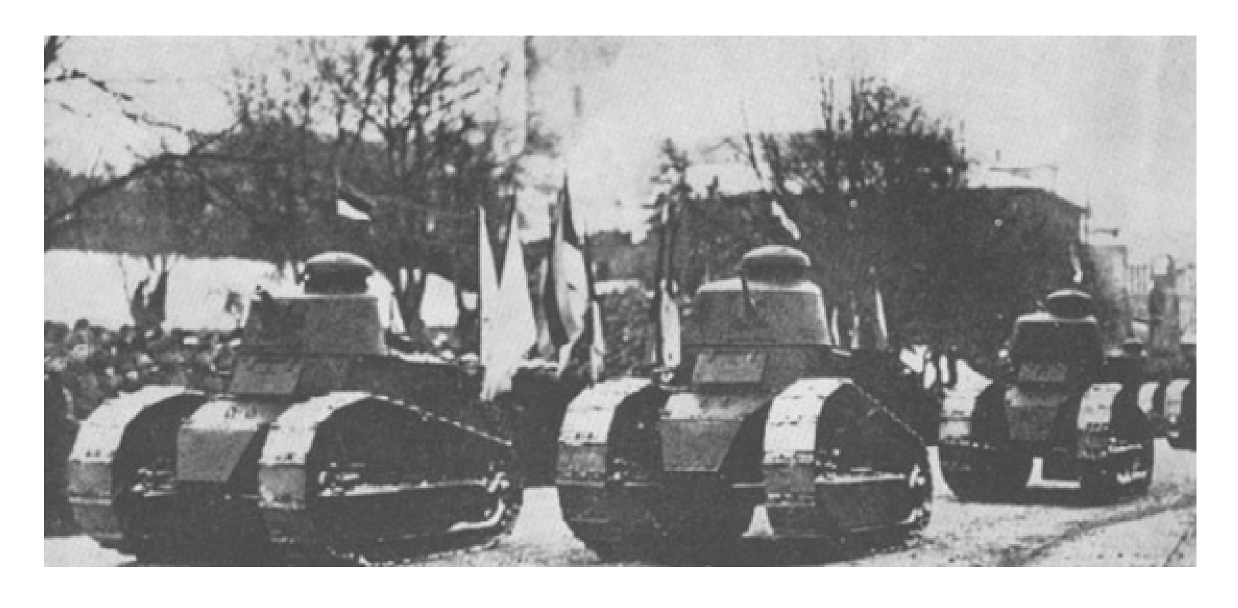


Efigies de Mussolini y Hitler en una manifestación celebrada en Budapest, en 1938.

Como último movimiento de carácter fascista, aunque no de signos tipificados, que consiguió una cierta importancia por sus propias fuerzas, hay que incluir el «Nationaal Socialistische Beweging» (NSB), de Holanda. Fundado en 1931 por Antón Adriaan Mussert, consiguió en las elecciones parlamentarias de 1937 cuatro puestos, adquiriendo así una fuerza idéntica a la obtenida por el nacionalsocialismo alemán en 1928. La diferencia estribaba en que no creció en el terreno propicio de una fuerte «oposición nacional», sino que encontró desde el primer momento la decisiva enemistad de los partidos derechistas. El ejemplo del NSB prueba que las consecuencias de la guerra y la crisis no eran condiciones esenciales para la existencia de los movimientos fascistas, sino solamente factores favorables a su crecimiento. Demuestra asimismo que las fronteras nacionales no eran precisamente unas murallas chinas.



El general Andrés Larka durante una revista celebrada en Tallin.



Blindados de los cuerpos de defensa a la vuelta de unas maniobras.



Antón Mussert a su llegada al congreso del NSB celebrado en 1935 en Amsterdam.



El estilo fascista tiene carácter internacional: desfile ante el «Führer» en el primer congreso, celebrado en Utrecht.

Los restantes movimientos fascistas de Europa no sobrepasaron el nivel de una existencia pintoresca o momentánea. Esto es igualmente válido para grupos que posteriormente y durante la guerra adquirirían, gracias a la influencia alemana, mucho poder. Entre ellos hay que incluir al «Nasjonal Semling», del antiguo ministro de la Guerra, Vidkum Quisling, en Noruega, o los «ustacha» croatas de Ante Pavelitsch. En otros lugares, los regímenes imperantes adquirían una apariencia fascista, pero cuyo origen y naturaleza no eran otra cosa que dictaduras conservadoras o democracias autoritarias.

Así ocurría en Portugal, donde las formaciones de la «Juventud Portuguesa» o de la «Legión» marchaban por las calles con idéntico uniforme y la misma falta de oposición que las Juventudes Hitlerianas en Alemania o la milicia en Italia. Pero este aspecto exterior no podía ocultar el hecho de que el partido único, la «Uniáo Nacional» fuera un elemento secundario, que el Ejército siguiera siendo la más firme base del régimen y que el presidente Salazar apareciera enraizado en unos estratos diferentes y más antiguos que Mussolini, Hitler o inclusive el propio Degrelle.



Propaganda de la «Legión Portuguesa» bajo el signo de la Cruz Flordelisada.

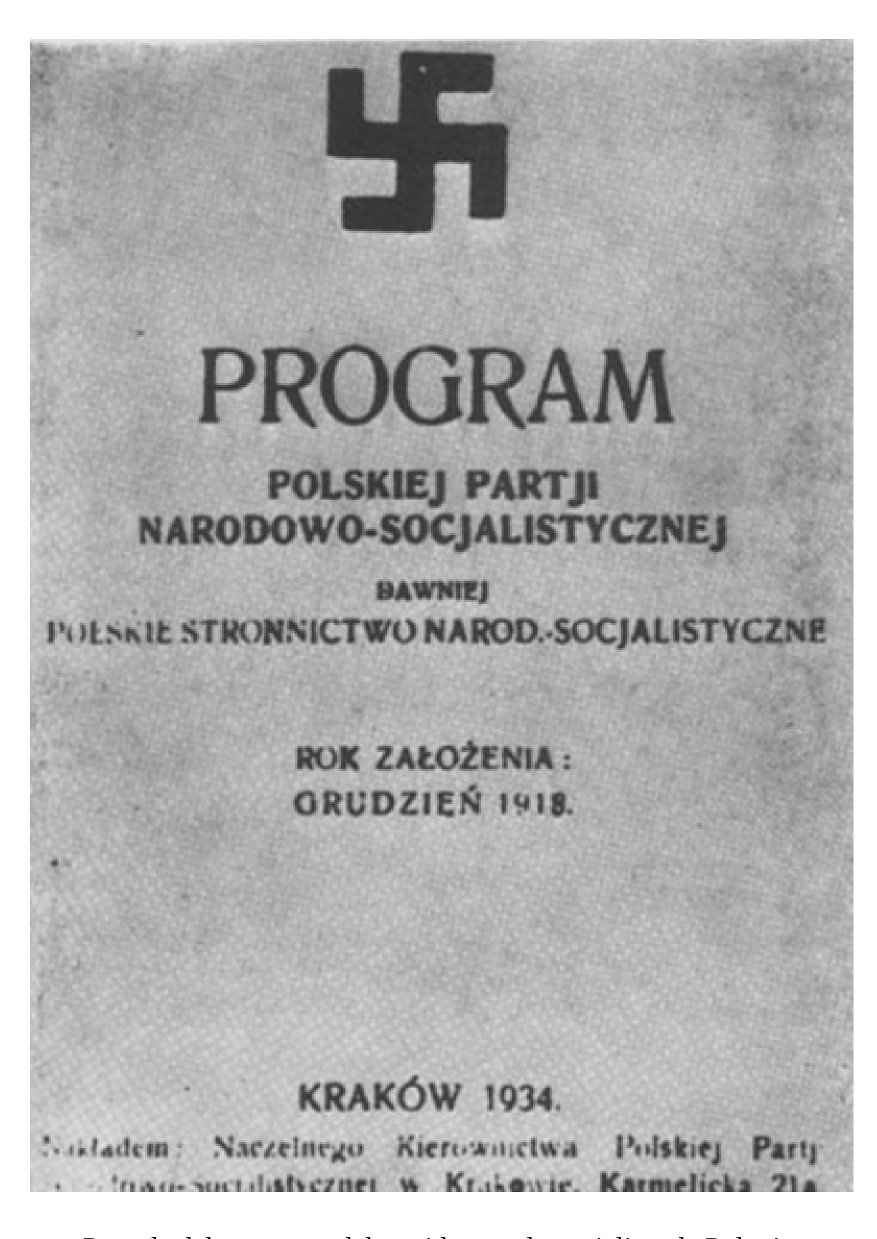


Un estadista y muchos oficiales: el régimen católico y conservador de Portugal. (A la izquierda, Antonio de Oliveira Salazar).

En Polonia, la «marcha sobre Varsovia» de Pilsudski, en el año 1926, había sido un acontecimiento bastante más serio y sangriento que la marcha de Mussolini sobre Roma. Pero aunque la dictadura militar del fundador del Estado tuvo su proyección especial sobre los hombres de los partidos, no afectó enteramente a la sustancia política de la nación. Hubo que esperar el advenimiento de los epígonos del mariscal para que Polonia derivara de una manera cada vez más definida hacia un Estado de carácter filofascista, con aspiraciones de gran potencia y nacionalismo exacerbado. Pese a ello, los intentos para la creación de un partido único de carácter estatal no pasaron de balbuceos, y partidos que ostentaban la cruz gamada constituyeron unos

hechos marginales sin importancia, pese al antisemitismo extraordinariamente difundido por todo el país.

Merece asimismo mención el «Frontenbewegung» o «Frente del Movimiento» de Suiza. De no haber sido el fascismo más que un partido militante de la clase media, habría podido presentarse como su paradigma. Pero no pasó de obtener algunos éxitos superficiales en los años 1933 y 1934. Los brotes supervivientes se fragmentaron bien pronto en partículas rivales y a la sombra del nacionalsocialismo alemán vegetaron en la Suiza germánica, mientras en la de lengua romance dirigían preferentemente sus miradas a Mussolini.



PROGRAM

POLSKIEJ PARTJI
NARODOWO-SOCJALISTYCZNEJ

DAWNIEJ
POLSKIE STRONNICTWO NAROD.-SOCJALISTYCZNE

ROK ZAŁOŻENIA:
GRUDZIEŃ 1918.

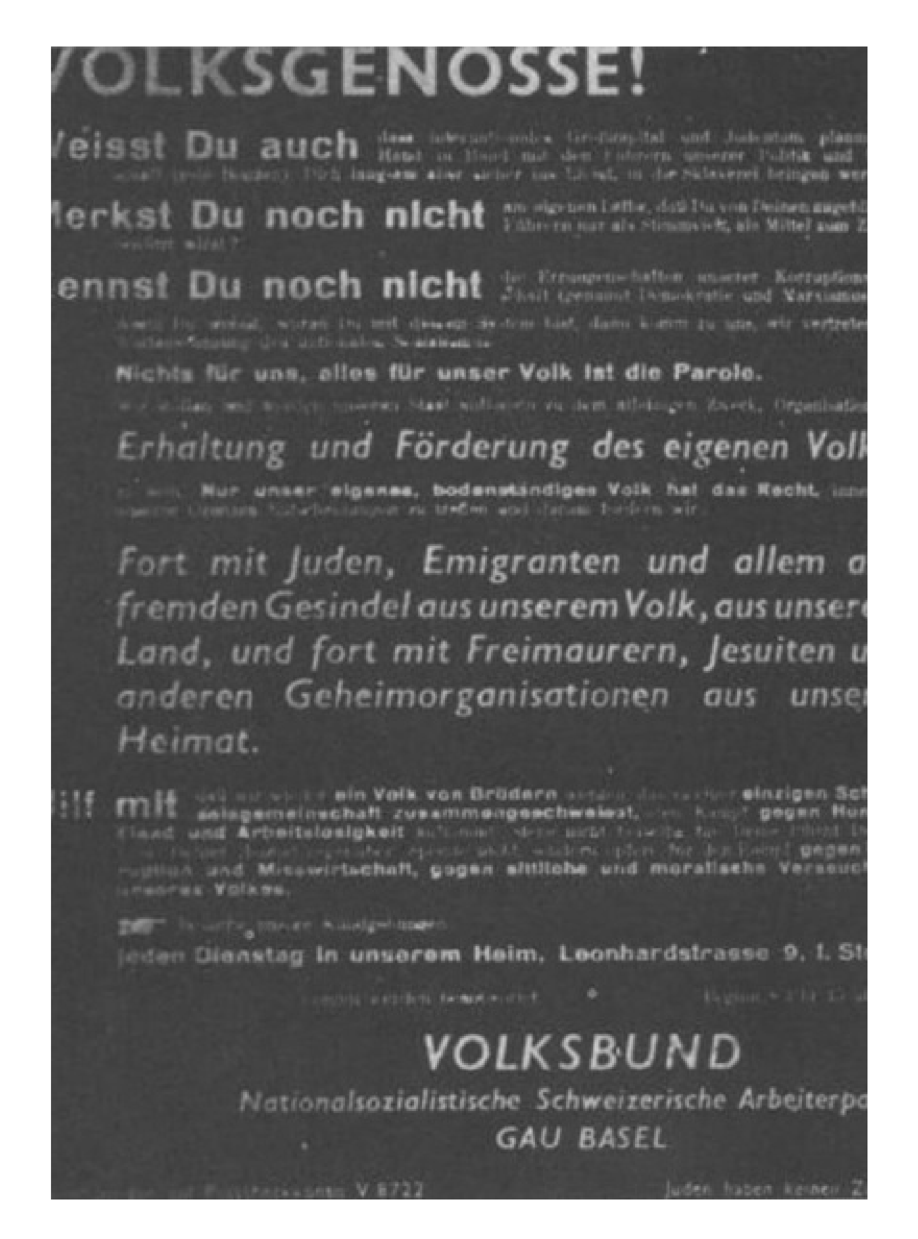
KRAKÓW 1934.

Nakładem: Naczelnego Kierownictwa Polskiej Partj
...owo-socjalistycznej w Krakowie, Karmelicka 21a

Portada del programa del partido popularsocialista de Polonia.



Una escena de la «marcha sobre Varsovia» de Pilsudski, en mayo de 1926.



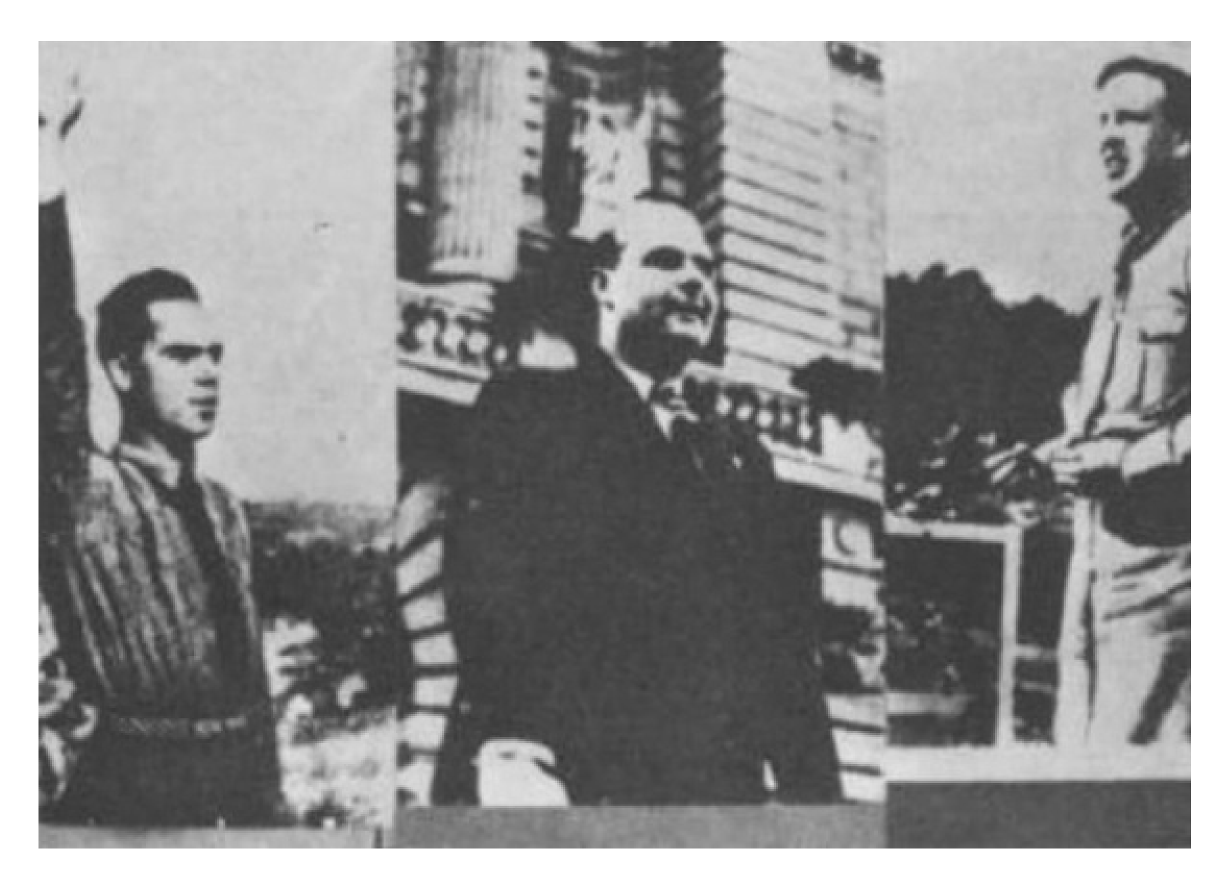
Léxico hitleriano en Suiza: un llamamiento del Partido Obrero Nacionalsocialista Suizo.

En general, los pequeños movimientos fascistas ofrecen de 1933 a 1939 un aspecto de gran diversidad. A pesar de ello, mantienen en el fondo unas semejanzas bastante más patentes que las características sociales y políticas de cada uno de los Estados donde habían aparecido. Los más importantes de ellos no pueden considerarse, empero, como simples imitaciones. En los propios «Estados vencedores» y en las antiguas democracias surgieron fuertes movimientos fascistas, de carácter original y propio.

También fueron muy variados y diversos en cuanto a eficacia, los métodos de defensa contra aquella proliferación de movimientos fascistas. Allá donde el sistema de partidos europeos reconoció el principal carácter del ataque, consiguió dominarlo; una derecha fuerte y decidida a la lucha, se impuso siempre; el antifascismo se reveló invencible donde adquirió la forma

de Frente Popular. Y sin embargo, ambas posturas no dependieron solamente de las circunstancias internas o de la diversa estratificación de las clases sociales, sino de una manera muy importante también de las casualidades, de los imponderables y del momento del desarrollo general. Una única decisión de Víctor Manuel y Hindenburg; quinientos manifestantes más ante el Palais Bourbon el 6 de febrero de 1934; medio millón de votos menos para el Frente Popular en las elecciones de 1936 en España, habrían dado otro curso a la historia de la época.

Pero ya en el año 1935 aparecía suficientemente claro que los movimientos fascistas eran el acontecimiento político más característico de la posguerra y que prestaban a la época uno de sus rasgos más específicos.



Jefes del movimiento «frentista» suizo: de izquierda a derecha, Rüeggsegger, Herne y Tobler.

INDICE BIBLIOGRÁFICO DEL OCTAVO CAPÍTULO

«La Derecha europea», Luis de Caralt, editor.

Eligen Weber, «Varieties of Fascism», Princeton 1964.

Ernst Nolte, «Los Movimientos fascistas» («Die faschistichen Bewegungen»), Munich 1966. Colin Cross, «The Fascists in Britain», Londres 1961.

A. K. Chesterlon, Mosley, «Historia y programa del fascismo británico» («Geschichte und Programm des britischen Faschismus»), Leipzig 1937.

J. Plumyéme y R. Lasierra, «Les fascismes français 1923-1963», París 1963.

Pierre Drieu La Rochelle, «Socialisme fasciste», París 1934.

Stanley Payne, «Falange», Stanford 1961.

Bernd Nellesen, «La revolución prohibida. Orto y ocaso de la Falange» («Die verbotene Revolution. Aufstieg und Niedergang der Falange»), Hamburgo 1963.

C. A. Macartney, «October Fifteenth. A History of Modern Hungary 1929-1945», 2 tomos, Edimburgo 1956.

Otto Forst de Battaglia, «Proceso de la dictadura» («Prozess der Diktatur»), Viena 1930.

Jean Denis, «Bases doctrinales de Rex», Bruselas 1936.

Jacques Doriot, «Refaire la France», París 1937.

Werner Haas, «Europa quiere vivir. Los movimientos de renovación nacional en la palabra y la imagen» («Europa will leben. Die nationalen Erneuerungsbewegung in Wort und Bild»), Berlín 1936.

Dieter Wolf, «El movimiento de Doriot. Aportación a la historia del fascismo francés» («Die DoriotBewegung. Ein Beitrag zur Geschichte des franzosischen Faschismus»), Stutggart 1967.

EFEMÉRIDES DEL CAPÍTULO NOVENO

1936

9 de mayo: Mussolini proclama el «Imperio».

4 de julio: la Liga de Naciones decide el levantamiento de las sanciones contra Italia.

17-18 de julio: alzamiento de las fuerzas armadas españolas contra el Gobierno frentepopulista. Comienza la guerra civil.

24 de octubre: tras unas conversaciones preparatorias entre el ministro del Exterior, Ciano, y el alemán Neurath, es reconocido de jure el Imperio italiano por Alemania.

I de noviembre: Mussolini emplea por vez primera el término «Eje Roma-Berlín».

18 de noviembre: Alemania e Italia reconocen el Gobierno del general Franco y aportan su ayuda material al bando nacional, en tanto que la Unión soviética lo hace al republicano, pese a la política oficial de no intervención de las grandes potencias.

23 de noviembre: firma del Pacto Antikomintern por parte de Alemania y Japón.

1937

25 de marzo: derrota de unidades de «camisas negras» en Guadalajara, en parte por destacamentos italianos encuadrados en las Brigadas internacionales.

29 de mayo: el acorazado Deutschland es bombardeado por aviones republicanos a la altura de Ibiza. Como represalia, el puerto de Almería es bombardeado por fuerzas navales de guerra alemanas.

9 de junio: asesinato de Carlo (y Nello) Rosselli, en Bagnoles-sur-Orne, por «cagoulards» franceses.

11 de junio: culminación de la «gran purga» en la Unión Soviética: el mariscal Tujashevski es condenado a muerte en unión de otros muchos oficiales y ejecutado. Les siguen, acusados de «trotskismo», los hombres más famosos de la revolución bolchevique y estrechos colaboradores de Lenin: Sinoviev, Kameniev, Bujarin, Radek, Piatakov y otros. Son también diezmados los cuadros intermedios e inferiores del Partido y el Ejército Rojo.

7 de julio: reanudación de la guerra chino-japonesa con el ataque japonés sobre Lukutschiau.

21 de agosto: ley italiana para el incremento de población.

6 al 13 de setiembre: neta tendencia antibolchevique del «Congreso del Trabajo» organizado en el seno del Partido.

25 al 29 de setiembre: visita de Mussolini a Alemania.

5 de octubre: discurso de Roosevelt en Chicago. El piesidente exige medidas contra la agresión japonesa y los restantes Estados totalitarios.

27 de octubre: unificación de todas las organizaciones juveniles fascistas en la GIL («Gioventü Italiana del Littorio»),

5 de noviembre: Hitler informa al Alto Estado Mayor y al ministro de Asuntos Exteriores sobre su decisión de llevar a cabo, en el transcurso del siguiente año, acciones decisivas en el marco de la política del espacio vital (Lebesraumpolitik).

6 de noviembre: Italia ingresa en el Pacto Antikomintern.

19 de noviembre: visita de Lord Halifax a Hitler.

21 de diciembre: se adopta el «plan Grün» por parte del Ministerio de la Guerra, con vistas a una guerra de agresión contra Checoslovaquia.

1938

4 de febrero: destitución del ministro de la Guerra del Reich, Von Blomberg, y el jefe del Estado Mayor, Von Fritsch. Hitler asume personalmente el mando de la Wehrmacht. Joachim von Ribbentrop ocupa el puesto de Neurath como ministro del Exterior.

12 de febrero: se conciertan los llamados «acuerdos de Berchtesgaden» entre Hitler y Schuschnigg.

12 de marzo: entrada de las tropas alemanas en Austria y en los días siguientes «reunificación» de Austria al Reich alemán. Telegrama de Hitler a Mussolini: «Nunca olvidaré esto, Mussolini». Finales de abril: preparativos para el ataque contra Checoslovaquia. El «Frente Patriótico» de los alemanes sudetes hace públicas las llamadas «Reivindicaciones de Karlsbad».

2 al 10 de mayo: visita oficial de Hitler a Italia.

14 de julio: publicación del «Manifiesto de la raza» y su principio de la política antisemita en Italia (exclusión de los judíos de los cargos públicos, prohibición de su ingreso en las escuelas públicas, etcétera). También se produce en Alemania una considerable agravación de las medidas antijudías.

21 de agosto: dimisión del jefe de Estado Mayor, Ludwig Beck, como protesta contra los preparativos de guerra de Hitler.

5 al 12 de setiembre: en el transcurso del Congreso del Partido, titulado con el nombre «Gran Alemania», dirige Hitler los más enconados ataques

contra Benes y exige una solución integral del problema de los alemanes sudetes.

15 de setiembre: visita de Chamberlain a Hitler en Obersalzberg.

22-24 de setiembre: segunda conversación entre Chamberlain y Hitler en Bad Godesberg.

26 de setiembre: discurso de Hitler en el «Sportpalast». Asegura que tras la solución del problema súdete se habrán terminado los problemas territoriales en Europa. «No queremos un solo checo».

29 de setiembre: conferencia de Munich como consecuencia de una gestión mediadora de Mussolini.

2 de noviembre: el fallo arbitral de las potencias del Eje en Viena que soluciona las reivindicaciones de Hungría respecto a Checoslovaquia.

9 de noviembre: un enorme «progrom» en Alemania como consecuencia del asesinato del diplomático alemán Ernst von Rath por parte de Herschel Grünspan (la llamada «noche de cristal» o «Kristallnacht»). Los judíos quedan excluidos de una manera definitiva de la vida económica. Se dicta una «contribución obligatoria» de mil millones de marcos.

1939

5 de enero: el ministro dtl Exterior polaco, Beck, visita a Hitler en Obersalzberg. Su intención es llegar a una solución amistosa en el problema de Danzig, así como la posible creación de una alianza antibolchevique.

10 de marzo: discurso de Stalin en el XVIII Congreso del PCUS. Se esboza en el mismo la posibilidad de que la URSS se aparte de la política de la Liga de Naciones y llegue a un acuerdo con Alemania.

15 de marzo: aniquilamiento de la Checoslovaquia restante tras la solución sudeta mediante la utilización de las corrientes independentistas eslovacas. El presidente Hacha es objeto de considerables presiones y sacrifica la independencia de su pueblo. Se crea el «Protectorado de Bohemia y Moravia».

11 de marzo: discurso de Chamberlain en Birmingham. La postura británica experimenta un cambio radical. Roosevelt propugna la revisión de la legislación que consagra la neutralidad.

22 de marzo: vuelta del territorio de Memel a Alemania.

28 de marzo: conquista de Madrid por las tropas de Franco. Final de la guerra civil.

31 de marzo: declaración de garantías francobritánicas a Polonia.

7 de abril: anexión de Albania por Italia.

28 de abril: Hitler rechaza violentamente un llamamiento a la paz hecho por Roosevelt. Denuncia del acuerdo naval germano-británico y del pacto de no agresión germano-polaco.

4 de mayo: Molotov sustituye a Litvinov en el puesto de ministro de Asuntos Exteriores de la URSS.

22 de mayo: firma del «Pacto de Acero» germano-italiano.

6 de junio: solemne recibimiento de la «Legión Cóndor» en Berlín por Hitler y la división «Littorio» en Nápoles por Víctor Manuel III.

CAPÍTULO NOVENO
LA ERA DEL EJE

La guerra etíope rompió los diques que dividían las aguas de los dos regímenes fascistas y la contienda civil española contribuyó a arrastrar el resto. En el transcurso del año 1936 experimentó la situación europea un cambio radical; por espacio de unos tres años, aproximadamente, la iniciativa pasó a manos de las dos «potencias del Eje», que alteraron el mapa político y geográfico de África y Europa. Pero ya en el mismo instante de concertar Hitler y Mussolini su alianza militar, se comprobó que no tenían ambas partes el mismo potencial ni idéntico grado de radicalismo. La figura de Hitler dominó los meses que precedieron al estallido de la guerra y la no beligerancia inicial de Italia fue una etapa en el camino de su transformación en Estado satélite, tanto como el ataque tardío a una Francia ya vencida.

Sería absurdo creer que Mussolini había deseado que las cosas siguieran aquel camino. Pero sí quería un imperio colonial, un «espacio vital», y aquel deseo no era circunstancial sino que se hallaba en el meollo mismo de la ideología fascista y venía a ser una expresión tardía y radicalizada del imperialismo europeo. No le faltaba parte de razón a Mussolini cuando clamaba contra la hipocresía de las potencias occidentales, que no habían conquistado sus posesiones coloniales con bonitas palabras tan sólo. Pero no acertaba a ver el cambio de los tiempos. Porque lo que se oponía en su camino no era el interés o la envidia de Francia e Inglaterra. Por el contrario: los intereses de las potencias occidentales tendían a satisfacer a Mussolini el precio requerido para poder así mantenerle en un frente común contra Hitler. Pero Etiopía no era una región marginada del mundo, que podía adquirirse o conquistarse con medios más o menos lícitos para mantener sobre ella un férreo dominio, como habían hecho los ingleses en la India y los franceses en Marruecos. Etiopía era un miembro de la Liga de Naciones y, por su parte, Italia no recató sus ambiciones en ningún momento, sino que las expresó apoyándolas con una concentración ideológica y militar. Que un Estado atacara a otro, miembro de la Liga de Naciones, sin otra justificación que satisfacer sus ansias apremiantes de espacio vital y su deseo de materias primas, significaba la negación total de los principios que habían inspirado la formación del máximo organismo internacional. La gravedad del hecho aparecía tan patente, que impulsó a los Gobiernos inglés y francés a oponer una resistencia al mismo; pero en realidad carecían de la potencialidad precisa

para llevar tal oposición hasta sus consecuencias precisas. Tanto en Londres como en París se contraponían dos orientaciones, una realista y otra ideológica. Si ésta consiguió la promulgación de las sanciones, aquélla impidió el embargo del petróleo y el cierre del canal de Suez.

Pese a ello, Mussolini no tan sólo tuvo como enemigo a Haile Selasie, sino prácticamente al mundo entero. El mundo entero con excepción de Alemania, que al obrar como un gigantesco «hinterland» extendido más allá de los Alpes, suministraba una buena parte de las materias que no podían llegar a través de los mares.



Realización del fascismo y principio de una nueva era en la política mundial: marcha sobre Etiopía bajo los retratos del *Duce*.

¿Agresión tolerada? Transportes italianos de tropas en el canal de Suez.



Nuevos métodos bélicos en la última guerra de conquista colonial de la historia mundial: bombas sobre chozas de barro.



Los métodos de siempre: horcas para los nativos.

Fue aquélla la primera guerra de la historia mundial sistemáticamente preparada, llevada a efecto con el acopio de todos los medios, en la que la victoria o la derrota dependían enteramente de la fuerza nerviosa de un hombre. Fue también fascista la represión de cualquier conato de resistencia en la retaguardia, la participación de las milicias del partido y el empleo concentrado de los más modernos medios bélicos (incluso el gas venenoso). El propio hijo de Mussolini, Vittorio, ofreció la siguiente información sobre las acciones de la fuerza aérea:

«Los aviadores se daban aquel día informaciones unos a otros, como si se tratara de una partida de caza.

En vez de decir “Ha aparecido una bonita bandada de palomas torcaces sobre Castell Porziano”, se comunicaban: “Te aconsejo que vueles hacia Samré; ya verás, está lleno de abisinios”.

Para comprobar la veracidad de aquellas informaciones, volé efectivamente en aquella dirección. A fin de cuentas, no se daban demasiadas ocasiones de ver debajo de nosotros a las fuerzas enemigas.

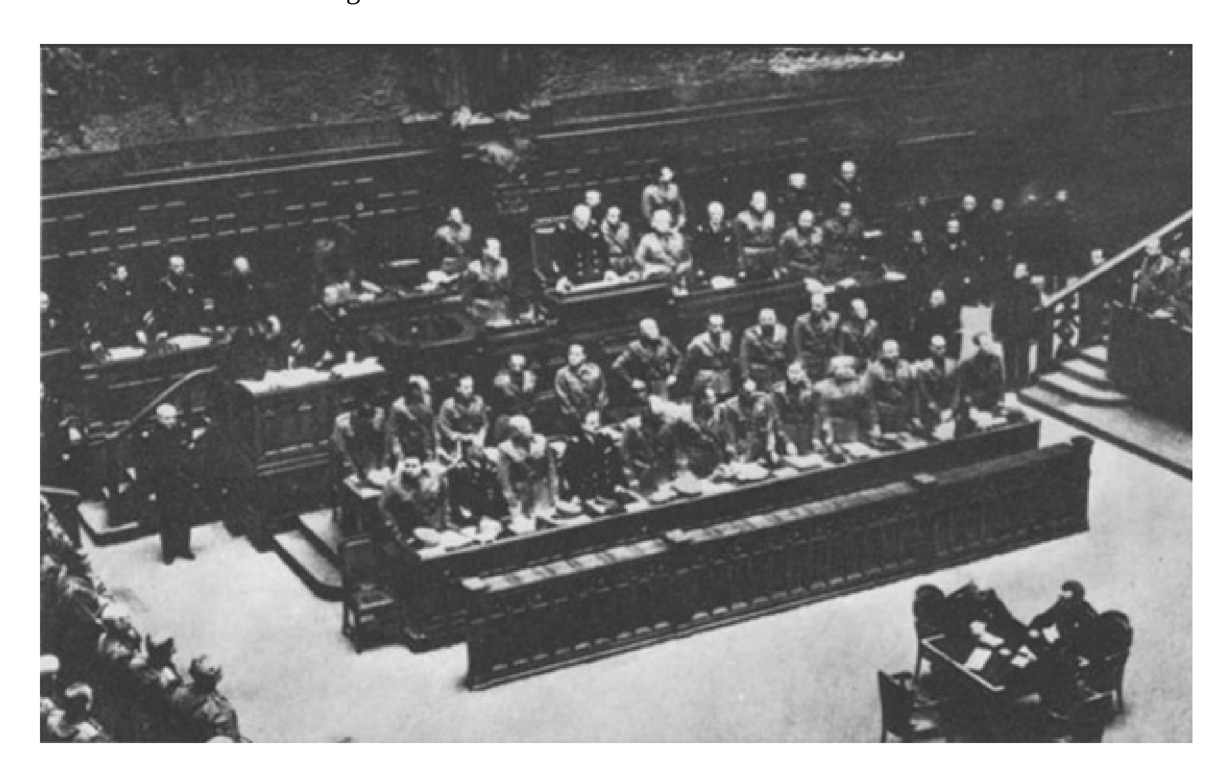
Su retirada se operaba, inicialmente, ordenada. Pero conforme iba adelantándose a la columna se comprobaba que el pánico había comenzado a cundir y que la retirada iba a acabar por convertirse en absolutamente desordenada. Algunos destacamentos habían conseguido despegarse del grueso de los efectivos y se dirigían, día y noche, en franca huida hacia el Sur, de tal manera que llegábamos a comentar en broma que pronto darían quehacer al general Graziani, el jefe de los efectivos que cubrían el frente meridional.

No había que esforzarse en afinar demasiado la puntería: cada una de las bombas caía sobre las numerosas aglomeraciones, sembrando muerte y destrucción. Fue una lección terrible para los obstinados abisinios y también para los europeos que se encuentran entre ellos: tristes representantes de la indignidad humana.

Entre Samré y Fenaroa resultó mucho más fácil la localización del enemigo. No le quedó escape posible. La carretera fue el final de su destino.

Desde hacía meses habíamos esperado que llegara aquel momento. Prevalecía, en general, la convicción de que aquello no era más que el principio. A partir de entonces las cosas se acelerarían bastante más. Aspirábamos ya la brisa montañera de Amba Alagi y nos regocijábamos de antemano con la perspectiva de un baño en el lago Aschangi.

La gran máquina de guerra se había puesto finalmente en movimiento; los preparativos habían terminado y ningún objetivo parecía inalcanzable para las tropas. ¿Qué acogida tuvieron los pobres abisinios en el *ghebbi* del Negus, fugitivos ante nuestros soldados, unos envueltos todavía en su viejo albornoz hecho jirones y otros vistiendo sus uniformes de color caqui, con sus botas altas de chófer? ¿Qué dijo el Rey de Reyes a su vista? Y qué amargo debió resultar el espectáculo a los informadores de la agencia Reuter![1]



Sesión solemne en la Cámara al principio del invierno de 1936: los diputados que habían tomado parte en la guerra llevan sus uniformes coloniales (como Ciano en segunda fila, al lado de Mussolini).

La indignación del mundo había alcanzado un grado superlativo y la situación militar de los italianos no siempre era satisfactoria, sobre todo a causa de las dificultades naturales. Pero Mussolini no dudó en sustituir el cuadrunviro De Bono y apremiar a su sucesor, el general Badoglio, para que acelerara la marcha de las operaciones. Cuando las tropas italianas entraron el 5 de mayo en Addis Abeba, precisamente antes del principio de la estación de las lluvias, consiguió Mussolini su objetivo y no es dudoso afirmar que el pueblo italiano en su totalidad, hasta las capas más inferiores, le escucharon con entusiasmo y fervor la noche del 9 de mayo cuando proclamó, desde el balcón del Palazzo Venecia, el anhelado «Imperio».

> «¡Oficiales, suboficiales, soldados de las fuerzas armadas del Estado en África y en Italia! ¡Camisas negras de la Revolución! ¡Italianos e italianas de la Patria y del mundo! ¡Escuchadme!
>
> Con las decisiones que voy a poner ahora en vuestro conocimiento y que han sido refrendadas por el Gran Consejo del Fascismo, culmina un gran acontecimiento: se decide el destino de Etiopía, hoy día 9 de mayo, en el decimocuarto año de la era fascista. Nuestra espada ha cortado todos los nudos y la victoria africana ha quedado inscrita en la historia de la patria, tal como los legionarios caídos y supervivientes deseaban. Por fin tiene Italia su imperio. Un imperio fascista, puesto que lleva el indestructible signo de la voluntad y el poder del lictor romano. Un imperio que ha sido meta y objetivo de las energías prodigadas a lo largo de catorce años por la valerosa generación italiana. Un imperio de paz, pues Italia desea la paz para sí misma y para todos y solamente se decide por la guerra cuando se ve obligada a ello por necesidades absolutamente vitales. Un imperio de civilización y de humanitarismo para todos los pueblos de Etiopía.
>
> Entra esto en la tradición de Roma, que tras sus victorias sobre los pueblos les daba su civilización. ¡Italianos! Escuchad la ley que pone punto final a un periodo de nuestra historia y abre otro repleto de inmensas posibilidades de futuro.
>
> 1.º Los territorios pertenecientes hasta el presente al imperio de Etiopía pasan bajo la soberanía absoluta e indeclinable del reino de Italia.
>
> 2.º El rey de Italia adopta para sí y sus herederos el título de emperador de Etiopía.
>
> ¡Oficiales! ¡Suboficiales! ¡Soldados de todas las fuerzas en África e Italia! ¡Camisas negras! ¡Italianos e italianas!
>
> El pueblo italiano ha creado el imperio con su sangre. Lo hará fructífero con su trabajo y lo defenderá con las armas contra sus adversarios.
>
> ¡Levantad, legionarios, vuestros corazones y vuestras banderas con esta convicción y saludad como se merece la reaparición del imperio, después de 1.500 años, sobre las colinas de Roma!
>
> ¿Queréis ser dignos de este imperio? (La masa prorrumpe en un estentóreo «sí»).
>
> Este grito es como un juramento sagrado que os obliga, ante Dios y los hombres, en la vida y la muerte. ¡Camisas negras! ¡Legionarios! ¡Viva el rey![2]

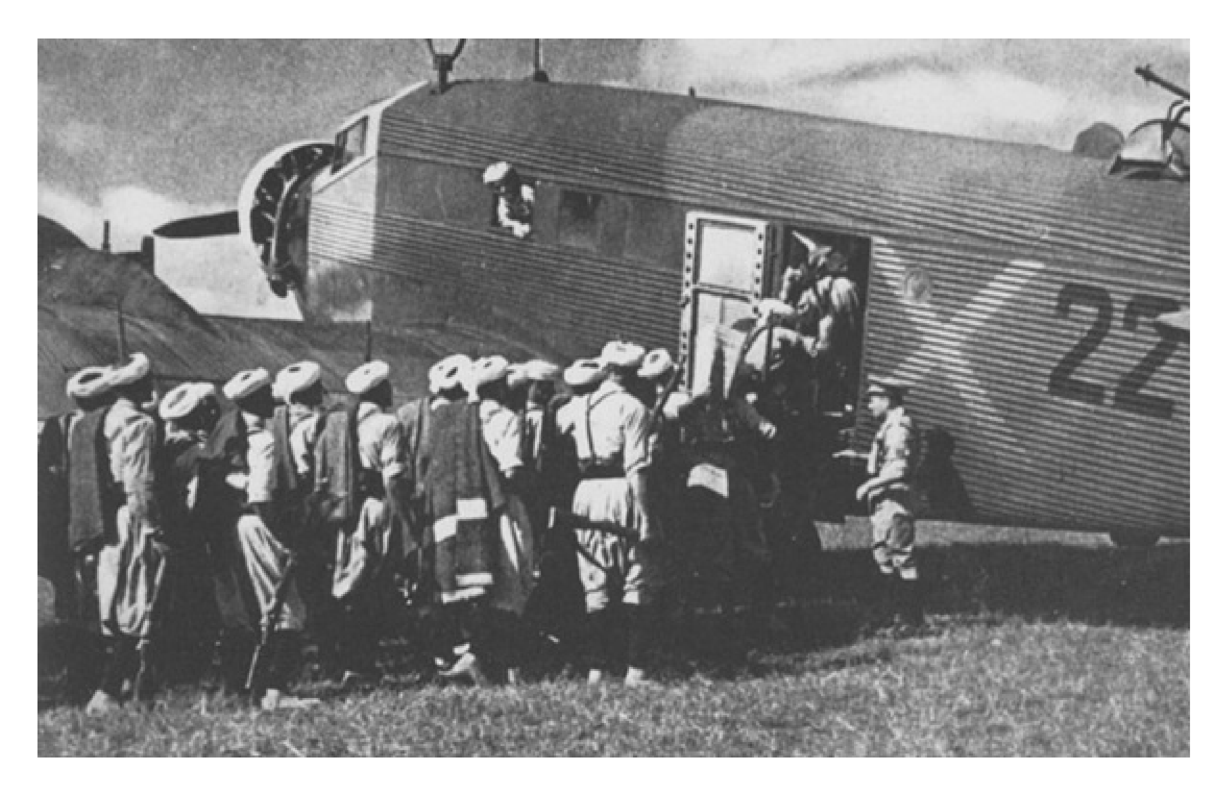
La oferta de paz implícitamente contenida en este discurso de Mussolini se diferenciaba de los ofrecimientos similares hechos por Hitler en que se producía precisamente *después* de la consecución de un objetivo largamente soñado. El *Duce* no ahorró, con otras manifestaciones, que estaba dispuesto a entenderse con las potencias que se habían opuesto, aunque de una manera

nada efectiva, a sus planes. Pero la opinión pública de Francia e Inglaterra había sido hipersensibilizada por campañas de Prensa y manifestaciones de toda índole, de tal manera que no les resultaba posible alterar de una manera inmediata la situación. Por otra parte, a las seis semanas de proclamarse el imperio italiano tuvieron efecto dos acontecimientos que contribuyeron en gran manera a alterar fundamentalmente la circunstancia internacional: la formación del Frente Popular en Francia y la iniciación de la guerra civil en España.

Los triunfos del Frente Popular francés fueron un resultado indirecto del propio fascismo y de aquello que la izquierda consideraba como fascismo. Si bien en 1919, una mayoría del partido socialista se había unido a la Tercera Internacional, en la década siguiente experimentó el comunismo —como en casi todos los lugares de Europa— un retroceso de bastante importancia hasta convertirse en un elemento político que no sobrepasaba en efectivos los minoritarios de una secta política. Pero la llegada de Hitler al poder y la actividad de los «Cruces de Fuego» propiciaron, en definitiva, su vitalización y cuando se iniciaron los contactos para la constitución de un frente de acción conjunta, del que paradójicamente había sido Doriot uno de sus más fervorosos propugnadores, se convirtió rápidamente en un factor decisivo en el conjunto del Frente Popular. Pero entonces se sintió la derecha francesa gravemente amenazada y su odio hacia Léon Blum y el pacto con los soviéticos (firmado, empero, por Laval) sobrepasó en intensidad su antigua y enraizada desconfianza hacia Alemania. La actitud de las derechas se convirtió en histeria cuando Léon Blum, ya instalado en el poder, dio a entender sus propósitos de ayudar al Gobierno del Frente Popular español en su lucha contra el alzamiento militar.

En sustancia, la guerra civil española era un hecho de carácter nacional y precisó de la agitación del *Komintern* y la influencia del fascismo para adquirir una definitiva proyección exterior. Estaba preparado el fulminante social: en ninguna parte de Europa tenían las condiciones sociales tanta semejanza como las existentes en la Rusia prerrevolucionaria, y tras la caída de la monarquía, en el año 1931, los partidos revolucionarios y conservadores quedaron frente a frente, con unos efectivos casi idénticos e irreconciliablemente adversarios. Levantamientos de los campesinos sin tierra, huelgas del proletariado industrial, fuertemente influenciado por las tendencias anarquistas, y la quema de iglesias constituyeron otros tantos signos de la tensión existente. No fue de extrañar, por tanto, la decisión de los

generales, tomada tras la creciente ola de desorden que sucedió al triunfo del Frente Popular.



El Alzamiento español: soldados marroquíes son transportados en aviones de procedencia alemana.



Voluntarios falangistas desfilan por las calles de Valladolid, camino del frente.

El alzamiento del Ejército no fue un mero «pronunciamiento»[*] más. Por doquier estuvieron (junto a los carlistas) los falangistas, que murieron o triunfaron en las calles al lado de los soldados.

Por su parte, el Gobierno no se limitó a utilizar los medios que habían quedado a su lado (en especial, las fuerzas aéreas y parte de la flota), sino que armaron las masas. Estalló así la revolución que justamente se había querido evitar con el alzamiento militar. La violencia y la serie de crueldades que la revolución trajo consigo conmovió al mundo y despertó los recuerdos de la revolución rusa y la guerra civil que la había seguido. No tardó en internacionalizarse la contienda. Las izquierdas de todo el mundo hicieron una gran propaganda contra la que denominaban «agresión del pueblo español» por parte de las fuerzas reaccionarias, pero no fue curiosamente el *Komintern* propulsor primero de la ayuda internacional a la España republicana, sino un representante de la emigración italiana burguesa, Carlo Rosselli. Sin embargo, no tardó en evidenciarse que tan sólo el partido comunista estaba en posesión de un dispositivo suficientemente amplio para organizar el envío de voluntarios de todos los países hacia España y organizarlos en «Brigadas Internacionales». Por su parte, aviones alemanes transportaron las fuerzas moras y legionarias del general Franco desde Marruecos a la España meridional y en las Baleares se establecieron las bases de la ayuda italiana.



La revolución desatada: conducción de un oficial hecho prisionero.



La revolución desatada: quema de iglesias y archivos.

Planteadas así las cosas, se llegó a la creación del comité de «no intervención», preconizado e impulsado por los británicos, que veían con recelo las ansias intervencionistas del Frente Popular francés. Se salvó la paz general, pero a costa de una debilitación de la posición de la «democracia» en un mundo que iba deslizándose cada vez con mayor aceleración hacia dos polos contrapuestos. La contienda española fue asimismo piedra de toque de muchas posiciones ideológicas, obligadas a enfrentarse con la realidad de unos hechos que contrastaban con los idealismos que hasta entonces habían inspirado sus posturas. Así ocurrió con Georges Bernanos, procedente de la «Action Frangaise», y cuyas simpatías hacia el fascismo italiano eran conocidas. En su libro *Los grandes cementerios bajo la luna*, en el que relata los hechos de que fue testigo presencial en Mallorca, su lugar de residencia, entró en conflicto con sus aliados de ayer e indirectamente consigo mismo. Otro intelectual, éste de signo contrario, Arthur Koestler, narró su separación del partido por el que había combatido y sufrido durante siete años, con estas palabras:

> «En la primavera de 1938 tuve que pronunciar una conferencia sobre España en la “Liga de Defensa de los Escritores Alemanes”, en París. Un representante del Partido me exigió que calificara en la conferencia a los miembros del POUM como agentes de Franco. Me negué a ello. Se encogió de hombros y me pidió que le sometiera el texto de mi conferencia para discutirlo “con camaradería”: también me negué.

La reunión se celebró en la sala de la “Société des Industries Françaises” en la plaza de St. Germaindes-Prés; el auditorio se componía de unos doscientos o trescientos intelectuales emigrados; la mayor parte eran comunistas. Era aquélla mi primera aparición en París desde mi regreso de España y tuve la convicción de que sería la última como miembro del partido. No tenía intención de atacar al partido mientras durara la guerra de España y la sola idea de censurar públicamente a la Unión Soviética me parecía una blasfemia. Pero por otra parte sentía la necesidad imperiosa de aclarar mi punto de vista y no seguir siendo cómplice pasivo de los verdugos de mis amigos. A pesar de que corrientemente hablo sin referencias, redacté el final de aquella conferencia y lo corregí repetidas veces. Me decidí finalmente por tres sencillas frases con las que cerraría mi parlamento; cada una tenía por sí misma su clave y tomadas en conjunto representaban un pecado para un estalinista. La primera decía así: “No hay infalibilidad para una persona, un movimiento o un partido”. La segunda era ésta: “La tolerancia hacia los enemigos es tan suicida como la tolerancia hacia los amigos que persiguen el mismo objetivo aunque sea por otro camino”. Y la tercera frase era una cita de Thomas Mann: “A la larga, una verdad perjudicial es preferible a una mentira beneficiosa”. El resultado fue como si en una concentración nazi alguien se hubiera atrevido a decir que todos los hombres han nacido con idénticos derechos independientemente de su raza y su religión. Cuando hube terminado, me aplaudió la mitad de los asistentes que no eran comunistas. Éstos, por contra, mantuvieron un silencio significativo.

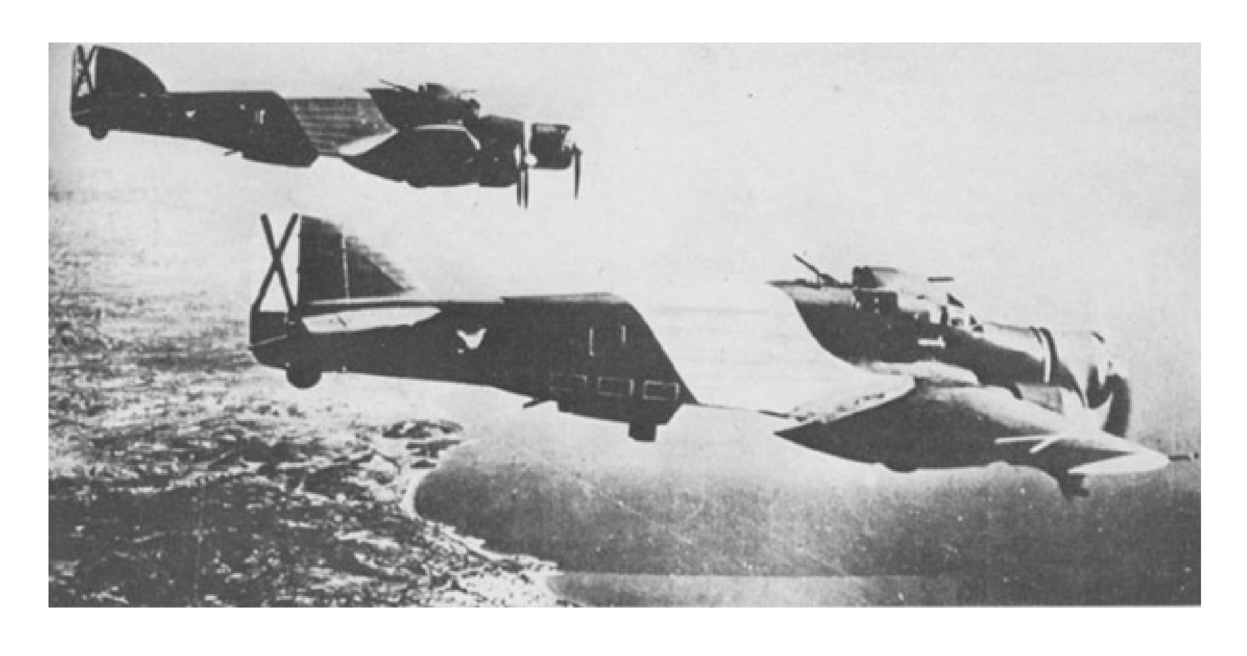
Regresé solo a casa. Cuando esperaba en la estación de «Metro» de Saint Germain-des-Prés que llegara el vagón, descendieron la escalera algunos de mis compañeros que habían estado presentes en la conferencia. Se alejaron de mí, situándose en el otro extremo del andén, sin mirarme siquiera, como si fuera un apestado».



Camisas negras italianos hechos prisioneros tras la batalla de Guadalajara, en marzo de 1937.



Carlo Rosselli en el frente de Huesca.



Bombarderos de procedencia italiana durante una acción de guerra.



En el cuartel general de la Legión Cóndor formada por voluntarios alemanes.



Confección de banderas en un taller de la Legión Cóndor.

Al término de la guerra española se constituyó el «Eje» entre la Alemania nacionalsocialista y la Italia fascista. No hay que considerar esto como una relación entre causa y efecto. Podría más bien decirse que la guerra civil española había sido un resultante (entre otros muchos factores) de la estrecha relación entre ambas potencias. Los discursos violentamente antibolcheviques de Rosenberg y Goebbels en el «Congreso del Honor», que así se denominó en aquella ocasión el del Partido, subrayaron de manera especial el carácter ideológico del nacionalsocialismo a la vez que se pronunciaban asimismo contra las «viejas potencias». Resultó así un hecho consecuente que el *Partido* nacionalsocialista toman el camino de Roma. En setiembre de 1936, el jefe de las Juventudes Hitlerianas, Von Schirach, visitó Italia al frente de 450 miembros de la organización y casi contemporáneamente hizo el mismo

viaje el presidente de la Liga Nacionalsocialista de Abogados, Hans Frank, para transmitir al *Duce* una invitación de Hitler para visitar Alemania. Que este encargo no significó para Frank una mera misión diplomática queda bien patente en el pasaje que le dedica en sus memorias. Tampoco Hitler hizo un mero cumplido de circunstancias cuando a raíz de la primera visita de Ciano a Alemania, que tuvo efecto un mes después, calificó la persona del *Duce* como la del mayor estadista del mundo. Por su parte, Mussolini no perdió tampoco el tiempo y en su discurso de Milán, el primero de noviembre de 1936, lanzó la expresión «eje Roma-Berlín», que sería en los años siguientes el termino más profusamente empleado del vocabulario político y adquirió pronto una importancia mucho mayor a la que sin duda había querido darle el propio Mussolini:

> «… un gran pueblo ha ganado en estos últimos tiempos (la época de las sanciones) una extensa simpatía entre las masas del pueblo italiano. Los contactos con Berlín han tenido como resultado una entente entre los dos países respecto a determinados problemas, algunos de los cuales resultan especialmente candentes estos días. Pero esta entente, que ha tenido su plasmación en diversos protocolos firmados, no quiere ser una muralla, sino un eje en torno al cual puedan laborar conjuntamente todos estos pueblos de Europa que estén poseídos del deseo de paz y colaboración… No hay que maravillarse de que levantemos hoy la bandera del antibolchevismo. Es nuestra vieja bandera común»[3].



Retrato de Stalin en Madrid.



El comunista alemán Hans Kahle (mitad de la foto) rodeado de voluntarios franceses en el centro de instrucción de las Brigadas Internacionales en Albacete.

A partir de entonces, los contactos no se interrumpieron. En enero de 1937, Goering visitó al *Duce* en Roma; en febrero, hizo Tullio Cianetti una visita a Robert Ley, y el jefe de las víctimas de la guerra, Carlo Delacroix, una a Rudolf Hess; en abril se desplazó Ley a Italia y Renato Ricci estuvo en Berlín con un grupo de mandos juveniles. En mayo se entrevistó el ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Von Neurath, con Mussolini en Roma y en junio viajó Von Blomberg hacia el Sur. Mil avanguardistas desfilaron ante Hitler y tanto Alemania como Italia hicieron pública la identidad de sus puntos de vista en la cuestión del control naval de las aguas españolas. En julio viajó por tercera vez un grupo de avanguardistas a Alemania y, a su vez, en el mes de agosto se desplazaron varios centenares de mandos juveniles a Italia.

Cierto que no fueron éstos los únicos contactos que tuvieron efecto en el transcurso de aquellos meses entre Alemania y el mundo exterior. Pero bien fueran reuniones de ex combatientes alemanes con grupos similares franceses e ingleses, bien se tratara de la visita del ministro de Economía Schacht o que atletas y espectadores de todo el mundo se dieran cita en Berlín con motivo de los Juegos Olímpicos, tales acontecimientos no se diferenciaban sustancialmente de otros similares ocurridos antes de la llegada del nacionalsocialismo al poder. En cambio, los uniformes alemanes del partido y

las ceremonias y ritual se ajustaban a las habituales de la organización fascista de una manera tan natural y poco forzada como ocurría a la inversa. También utilizaba la Prensa un lenguaje similar en ambos países, centrado principalmente en la denuncia del peligro mundial representado por el comunismo, el ataque a las democracias decadentes y en la exaltación del derecho a la existencia de los pueblos jóvenes. Si en el mundo hubieran subsistido algunas dudas de que no sólo dos Estados habían formado una alianza, sino de que dos regímenes similares se habían encontrado uno al otro, la visita oficial de Mussolini a Alemania, que se celebró en los días 25 al 29 de setiembre, hubiera contribuido a disiparlas.



Ernest Hemingway (a la izquierda) y Ludwig Renn (segundo de la derecha) en el Frente de Madrid, en el sector cercano a Brihuega, en 1937.

En el entusiasmo de las masas concentradas en los días declarados festivos para la ocasión, tanto en Berlín como en Munich; en la demostrativa visita a las «forjas de armas del Reich», a las fábricas «Krupp» de Essen; en la presencia de Mussolini en las grandes maniobras de la Wehrmacht, demostró Hitler al mundo que no consideraba al *Duce* un estadista extranjero, sino el gran modelo, el correligionario ideológico y el potencial compañero de

armas. Los discursos del *Führer* y del *Duce* en la concentración celebrada el 28 de setiembre subrayaron precisamente este aspecto: por vez primera en la historia del mundo, dos Estados habían concertado una acción conjunta bajo un aspecto primordialmente ideológico. Y contra todas las previsiones de Lenin, estos dos Estados no habían sido socialistas, sino fascistas. Hitler dijo:

> «Hombres y mujeres:
>
> Somos conjuntamente testigos de un acontecimiento histórico, que en esta forma y con esta magnitud no se había producido jamás hasta ahora.
>
> Más de un millón de personas se han concentrado aquí en representación de los 115 millones de ciudadanos de ambos pueblos y teniendo como espectadores más o menos interesados a centenares de millones de humanos del mundo entero.
>
> Lo que nos mueve primordialmente en este instante es la gran satisfacción de tener como huésped a uno de esos hombres extraordinarios que aparecen raramente en el transcurso de los tiempos y a quienes la historia no somete a pruebas, sino que son ellos mismos quienes hacen la historia.
>
> En segundo lugar tenemos la certidumbre de que esta concentración no es una asamblea o reunión como las que tienen efecto en otros lugares, sino expresión de un ideal y unos intereses comunes. Expresión de que lo que hablan dos hombres, escuchan aquí un millón de personas y ciento quince millones lo esperan y confirman. Y por ello no se celebra esta noche una asamblea o una reunión del pueblo, sino una concentración popular que es expresión plebiscitaria de ese mismo pueblo.
>
> Los ideales del liberalismo y la democracia en nuestro país no han salvado a la nación alemana de los peores acontecimientos históricamente imaginables.
>
> Así es que el nacionalsocialismo tenía que levantar la bandera de otro ideal para devolver a nuestro pueblo la dignidad que había perdido en el transcurso de unas décadas. En este tiempo de graves pruebas —quiero destacar esto ante el pueblo alemán y el mundo entero— Italia y en especial la Italia fascista no ha participado en las humillaciones a nuestro pueblo. Nos ha aportado en todos estos años el entendimiento preciso a las aspiraciones de una gran nación no solamente a una simple existencia, sino también a la recuperación y el restablecimiento de su honor.
>
> Esta comprensión caló hasta lo más profundo en todos nosotros, de tal manera que la identidad entre la revolución fascista y la revolución nacionalsocialista se ha constituido hoy en día en comunidad de opiniones e igualmente en un mayor aspecto material como puede ser el intercambio del comercio.
>
> Esto es tanto más satisfactorio cuanto se ha producido en una época y en un mundo donde aparecen patentes por doquier las tendencias a la destrucción y la deformación.
>
> La Italia fascista se ha convertido, por efecto de la genial creación de un hombre, en un nuevo imperio. Usted, Benito Mussolini, ha comprobado estos días con sus propios ojos la obra realizada por el Estado nacionalsocialista.
>
> También Alemania vuelve a ser una potencia mundial por expresa voluntad de su pueblo y su fortaleza militar.
>
> El poderío de estos dos imperios constituye hoy la más fuerte garantía para la supervivencia de Europa, que tiene una clara misión trazada, tanto en el aspecto político como en el cultural y que no desea ser presa de los elementos destructivos.
>
> Todos cuantos se encuentran aquí en esta hora presente o escuchan a lo largo y ancho del mundo, tienen que reconocer que dos regímenes de plena soberanía han encontrado su camino y aparecen juntos frente a las ideologías disolventes que la internacional democrática y marxista trata de difundir. Todo intento de quebrantar esta unidad, bien por medio de un ataque directo, bien mediante maniobras ocultas, métodos tortuosos y poco claros, equivaldrá a chocar con la firme voluntad de 115 millones de seres humanos que ofrecen en estos instantes su demostración

de inquebrantable unidad, así como con la voluntad de los dos hombres que se encuentran ante ustedes y les dirigen la palabra»[4].

Mussolini respondió con el siguiente discurso:

«Camaradas:

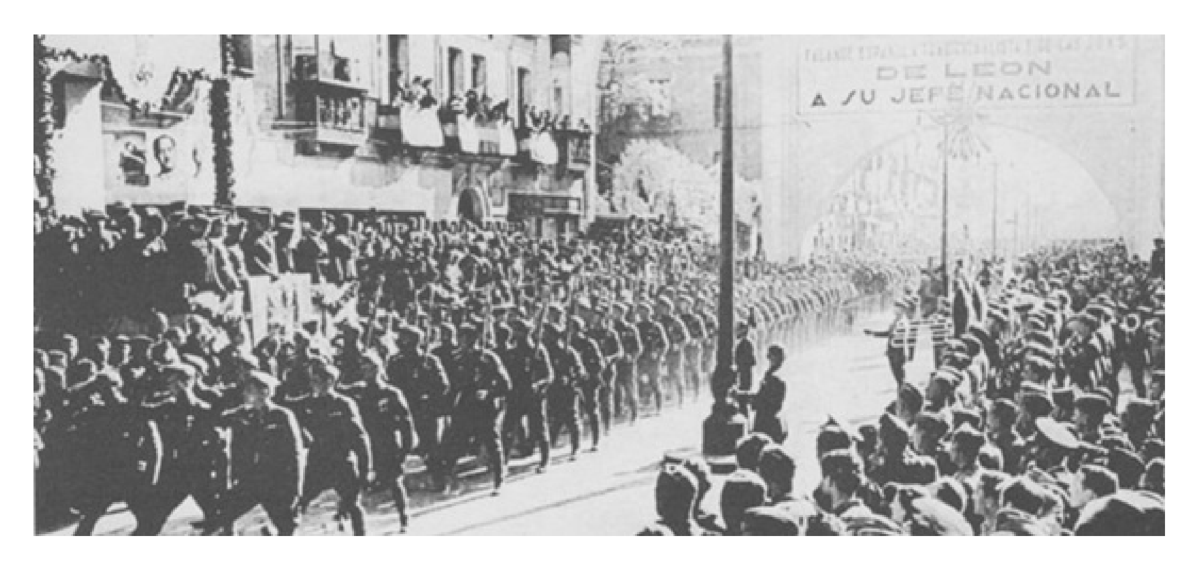
La visita que hago a Alemania y su *Führer*, el discurso que pronuncio ahora ante vosotros, significan un importante punto en la vida de nuestros dos pueblos y también en la mía propia. La concentración y la demostración con que se me ha recibido, me han conmovido profundamente. No tiene que medirse mi visita por el rasero de las habituales visitas diplomáticas y políticas. El hecho de que haya venido hoy a Alemania no significa que pueda ir mañana a cualquier otra parte. No sólo he venido hasta vosotros en mi calidad de jefe del Gobierno italiano, sino sobre cualquier otra cosa, en mi calidad de jefe de una revolución nacional, que ha querido con ello dar una muestra de su abierta vinculación con vuestra revolución. Aunque el desarrollo de ambas revoluciones haya sido diferente, aparece idéntica la meta que las dos han querido alcanzar y han alcanzado: la unidad y la grandeza de sus pueblos.



Manifestación de protesta de la «Liga contra la Guerra y el Fascismo» ante la Embajada alemana de Washington, en mayo de 1937.



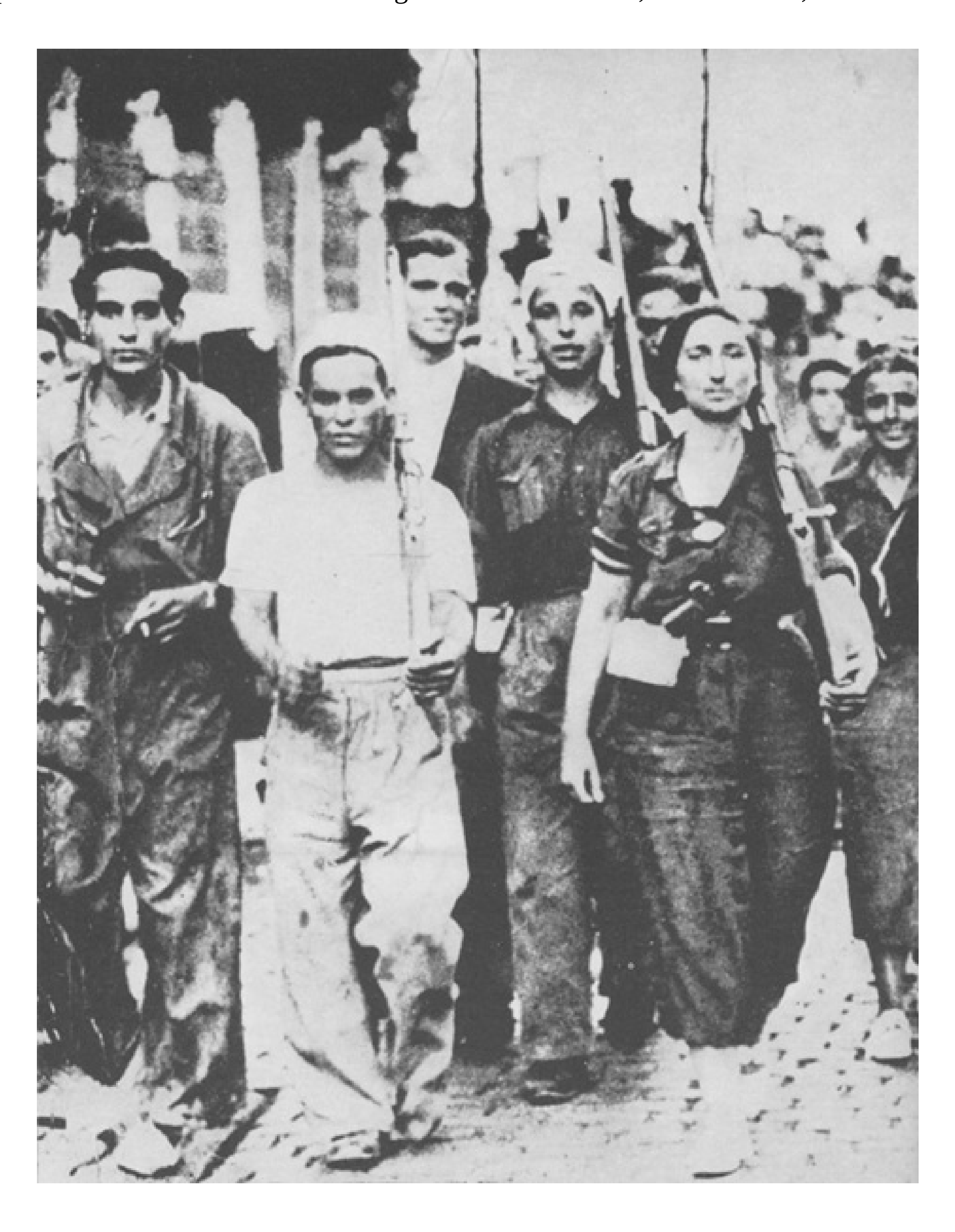
Manuel Hedilla, el último jefe de la Falange independiente, en su cuartel general de Salamanca, en 1937. A la derecha, el jefe de las milicias falangistas, Agustín Aznar.



Despedida de la Legión Cóndor, en mayo de 1939. León.



Despedida de los voluntarios de las Brigadas Internacionales, en Barcelona, octubre de 1938.



Milicianos y milicianas por las calles de Madrid.





El final de la guerra civil española: los vencidos en el campo de concentración francés de Luchon.



Los alemanes, con los generales Sperrle y Volkmann y el coronel Warlimont, en cabeza, durante su triunfal desfile en Berlín.



El camino hacia el Eje: oficiales de los «balillas» durante una concentración en el Lustgarten berlinés, el 1.º de mayo de 1937.



El ministro del Reich, Hans Frank, a su llegada a Roma en su primera visita oficial.

Fascismo y nacionalsocialismo son expresión de la similitud de nuestros destinos nacionales. Ambos pueblos alcanzaron, tras los mismos acontecimientos y en el mismo siglo, su unidad nacional. Como ya se ha dicho, tras este viaje mío a Alemania no se esconden propósitos secretos. No se trama nada susceptible de acentuar la fragmentación de una Europa ya dividida. El fortalecimiento del eje Roma-Berlín no se dirige contra otros Estados. Nosotros, nacionalsocialistas y fascistas, queremos la paz y estamos siempre dispuestos a trabajar por la paz, por una paz verdadera en la que no se silencien los problemas que plantea la convivencia entre los pueblos, sino que se llegue a su solución.

Cuando todo el mundo se pregunta con tensión los resultados que tendrá este encuentro de Berlín, si será la paz o la guerra, tanto el *Führer* como yo podemos responder con voz firme: paz.

Poseemos elementos comunes en nuestra concepción del mundo. No solamente tienen nacionalsocialismo y fascismo enemigos comunes que sirven a un mismo dueño: la Tercera Internacional, sino que les identifican asimismo muchos conceptos en la interpretación de la vida y el destino histórico. Ambos creen en la voluntad como fuerza determinante en la vida de los pueblos, como impulso de su historia y rechazan igualmente las doctrinas del llamado materialismo histórico y su productos filosóficos.



El camino del Eje: miembros de las Juventudes Hitlerianas en el Foro Mussolini.



Robert Ley y Tullio Cianetti pasan revista a las unidades del Frente del Trabajo ante el monumento al soldado en la Unter den Linden.



Las posiciones se endurecen: caricatura sobre la política hitleriana en una exposición celebrada en Praga, en el año 1937.



Cartel de la «Gran Exposición Antibolchevique» celebrada con ocasión del Congreso del Partido en 1937.



El general de la milicia, Melchieri, en el acto de inauguración de la exposición antibolchevique en el Reichstag, en noviembre de 1937.

Ambos elevan el trabajo —en todas sus formas— a la categoría de nobleza. Ambos forman a sus juventudes en los principios de la disciplina, el valor, de la dureza, el amor a la patria y el desprecio de una vida cómoda.

El restablecido imperio de Roma es obra de este nuevo espíritu de que está poseída Italia. El renacimiento alemán es obra, asimismo, de una fuerza espiritual, de la fe de un ideal que primero era patrimonio de uno solo, luego un grupo de precursores y mártires, más tarde una minoría y, finalmente, todo el pueblo.

Alemania e Italia persiguen también el mismo objetivo en el campo de una autarquía económica: sin independencia económica aparece igualmente en entredicho la independencia de una nación y un pueblo de gran poderío militar puede ser víctima de un bloqueo económico.

Podemos hablar de este peligro con toda autoridad, puesto que fuimos víctimas de las criminales sanciones dictadas en Ginebra por 52 países; aquellas sanciones que fueron aplicadas con toda dureza pero no alcanzaron su objetivo y que incluso dieron ocasión a Italia para que demostrara su poder de resistencia. A pesar de todas las presiones, Alemania no se unió a las sanciones. Nunca lo olvidaremos. Es éste el punto en que apareció lo que en todo el mundo se denomina «eje Roma-Berlín». Se formó en el otoño de 1935 y en el transcurso de los dos últimos años ha laborado intensamente, tanto para un acercamiento cada vez mayor de nuestros dos pueblos como para el fortalecimiento político de la paz europea.



Visita de Mussolini a Alemania: ni el visitante ni el anfitrión aparecen como estadistas rivales como tres años antes en Venecia.



Júbilo de las masas en Munich.

El fascismo tiene su ética, a la que trata de permanecer enteramente fiel y esta ética se complementa con mi moral personal: hablar claro y abiertamente, y cuando se tiene un amigo, marchar con él hasta el final.

Todos los argumentos que oponen nuestros enemigos son endebles y recusables: ni en Alemania ni en Italia existe una dictadura, sino fuerzas y organizaciones que sirven al pueblo. Ningún Gobierno tiene, en esta parte del mundo, la aquiescencia de las masas en el grado que la poseen los Gobiernos de Alemania e Italia. Las mayores y más auténticas democracias que el mundo conoce hoy son la alemana y la italiana.

En otras partes, la política está dominada por el poder del dinero bajo el manto de los «inalienables derechos del hombre»; esto provoca pugnas del capital entre sí, con el apoyo de sociedades secretas y grupos políticos movidos por intereses ocultos. En Alemania y en Italia está absolutamente excluido que las fuerzas privadas puedan influir en la política del Estado.

Semejante identidad de pensamientos entre Alemania e Italia ha hallado asimismo expresión en la lucha contra el bolchevismo, la forma moderna del tenebroso impulso de poder bizantino, la explotación de la credulidad de las bajas masas, el gobierno del hambre, la sangre y la esclavitud. Esta forma de degeneración humana, que vive de la falsedad y la mentira, ha sido combatida por el fascismo con la máxima energía después de la guerra: combatida con la palabra y con las armas. Puesto que cuando la palabra no basta y cuando lo exigen las graves circunstancias, hay que recurrir a las armas.

Así lo hemos hecho en España, donde millares de voluntarios fascistas caen por la salvación de la cultura europea, de la cultura que puede experimentar un renacimiento si se desentiende de los falsos y mentirosos dioses de Ginebra y Moscú y se vuelve hacia la verdad resplandeciente de nuestra revolución.

¡Camaradas! Llego al final. Vosotros y nosotros no hacemos fuera de nuestras fronteras ninguna propaganda, en el sentido habitual de la palabra, con la finalidad de obtener partidarios. Creemos que la verdad tiene suficiente fuerza para penetrar por doquier y que alcanzará finalmente la victoria. La Europa de mañana será fascista por el lógico impulso de los acontecimientos, pero no por efecto de nuestra propaganda. Veinte años han transcurrido desde

que vuestro gran *Führer* dio el grito para el alzamiento de las masas; ese grito que se convertiría en lema de combate de todo el pueblo alemán; "¡Despierta, Alemania!".

¡Alemania ha despertado! El Tercer Reich está aquí. Ignoro cuándo se operará el despertar de Europa. Como hemos dicho en Nuremberg, las fuerzas secretas, y sin embargo bien conocidas, están empeñadas en transformar una guerra civil en una hoguera mundial. Es primordial, por tanto, que nuestros dos grandes pueblos —que componen la masa humana y siempre creciente de ciento quince millones— permanezcan unidos. Y permanecerán, efectivamente.

Esta gigantesca concentración da al mundo la prueba de que será así»[5].

Pero todas estas palabras grandilocuentes y hermosas no significaban, en definitiva, una respuesta categórica a la posibilidad de solidez y pervivencia que podía tener una unión entre dos Estados nacionalfascistas, que solamente coincidían en un conjunto de negaciones y tenían como máxima meta positiva la consecución del mayor poderío posible y la autarquía de la propia nación. Galeazzo Ciano se mostraba escéptico al respecto y así lo expresó en su célebre *Diario*:

«¿Bastará la solidaridad de unos regímenes para mantener unidos dos pueblos que tanto por raza como por cultura, religión e idiosincrasia aparecen situados en polos opuestos? Nadie puede acusarme de haber obstaculizado la política de amistad con Alemania. Yo mismo la he dirigido y secundado. Pero me pregunto más bien si hay que considerar a Alemania como una meta o como un campo de maniobras. Los acontecimientos de estos días y, sobre todo, la lealtad política de Mussolini, parecen dar razón a la concordancia política de ambos pueblos. ¿Pero no llegarán los acontecimientos hasta algún punto susceptible de volver a separarlos de nuevo?»[6].



En Essen, la «forja de armas» del Reich.



Mussolini y Hitler presencian juntos el desarrollo de unas maniobras.

Las dudas de Ciano se habrían, sin duda, acrecentado de haber conocido las conversaciones tenidas por Hitler, el 5 de noviembre de 1937, con el jefe de Estado Mayor de la Wehrmacht y el ministro de Asuntos Exteriores. Fue una de aquellas conversaciones que, según expresión de Bismarck, tenían mayor importancia que lo que expresaban las actas tomadas sobre las mismas: tan sólo una serie de casualidades hizo que después de la guerra se hiciera pública una carta no autorizada que redactó el único participante de rango inferior, el ayudante militar de Hitler, comandante Hossbach, y en la que se ponía asimismo de manifiesto que Von Neurath sufrió un grave ataque cardíaco como consecuencia de aquellas conversaciones. No es que Hitler expresara algo que no pudiera dejar de intuirse tras cuatro años de rearme intensivo; pero sorprendió, sin duda, a un hombre como Von Neurath el hecho de que Hitler sobrepasara en sus planes la concepción de la Gran Alemania y expresara su deseo de iniciar una trayectoria política que le llevara a la consecución de un extensísimo «espacio vital»; para lograr dicho espacio, Austria y Checoslovaquia venían a resultar posiciones estratégicas de primer orden y bases principales de abastecimiento. Los militares Von Blomberg y Von Fritsch alentaban grandes dudas sobre la eficacia del rearme, llegado el momento decisivo y manifestaron su desconfianza sobre el papel que podía representar la dinámica del movimiento nacionalsocialista como sucedáneo de las armas que faltaban. En cuanto al antes citado Ciano, habría sido su sorpresa mucho mayor de haber comprobado que Hitler confiaba en

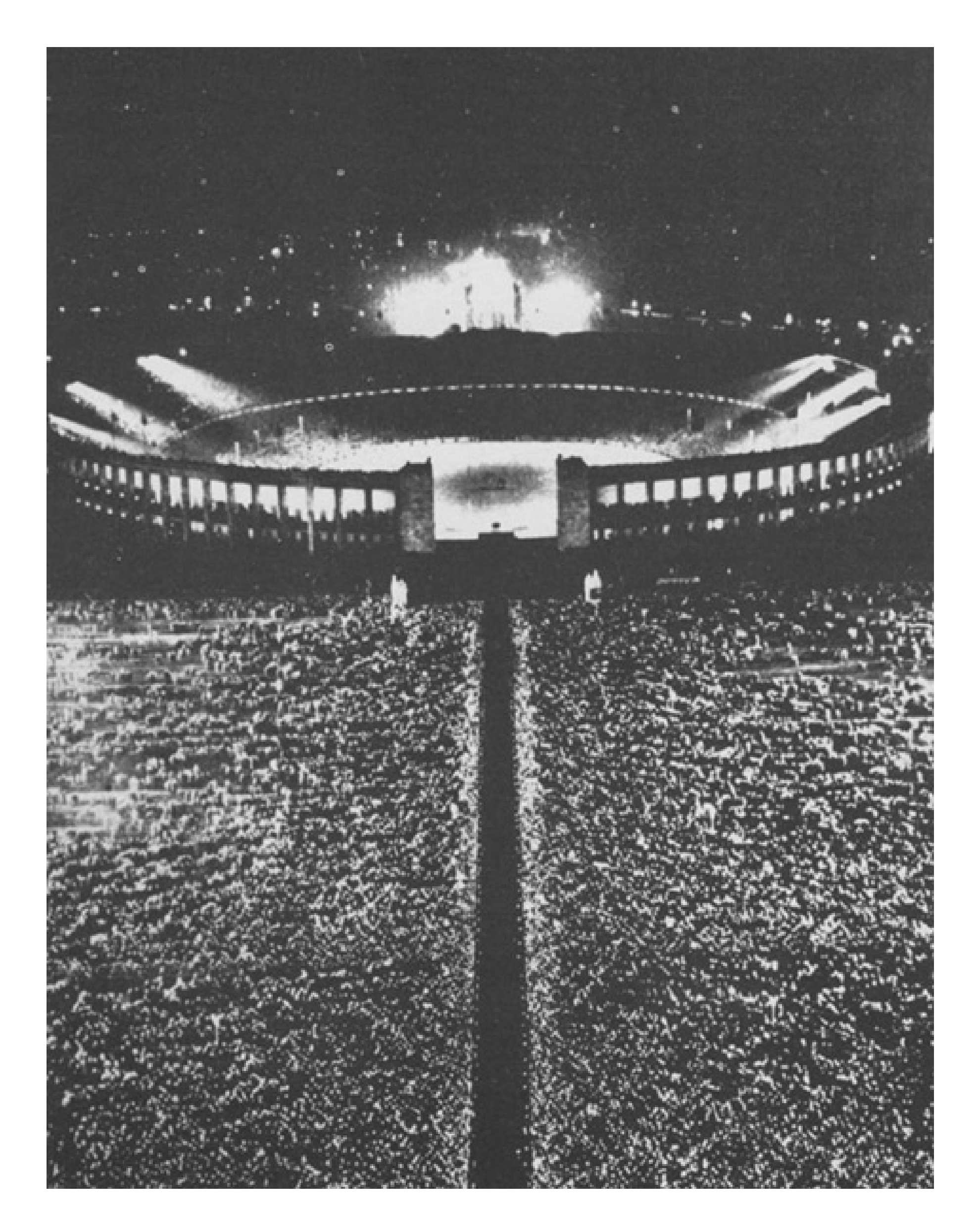
que una guerra particular de Italia con Francia e Inglaterra sería susceptible de dejarle las manos enteramente libres.

Cuatro meses más tarde, Von Neurath, Von Blomberg y Von Fritsch habían sido separados de sus cargos. De nuevo aprovechó Hitler, con su poderosa intuición, un hecho casual (la boda del ministro Von Blomberg con una antigua prostituta) para proceder a una reorganización de los altos cargos. Tomó el mando supremo de la Wehrmacht, completando de esta manera el «Führerstaat» o «Estado de caudillaje» y obtuvo en la paz un poder tan absoluto como solamente lo había tenido Napoleón tras sus victoriosas batallas. Con ello hizo también realidad el viejo sueño de Ludendorff de la unidad entre el estadista y el jefe militar.

En su posición como jefe de una nación, Hitler había sobrepasado enteramente a Mussolini, pero políticamente se encontró de pronto con una situación similar al punto de partida del propio dictador italiano. Es decir, aquella que había creado D'Annunzio. Austria se convirtió en un gigantesco Fiume y así como el comandante había silenciado, incluso mediante severas medidas, a los italianos «separatistas» con el fin de que solamente resonara el júbilo de sus partidarios, quebrantó Hitler con sus amenazas militares la resistencia de aquellos que hubieran deseado unirse voluntariamente a Alemania en 1919. No puede ponerse en duda de que el entusiasmo de la población austríaca fue verdadero y profundo, pero se tributó a un hombre a quien resultaba indiferente el destino nacional de Austria y solamente consideraba el «Anschluss» como palanca de una expansión que le llevara a alcanzar la absoluta hegemonía.

Esto quedó bastante patente cuando Hitler fue a Italia, en mayo de 1938, como devolución de la visita de Mussolini. El «Anschluss» con Austria había sido el primer gran triunfo que acababa de reportarle la existencia del Eje y no le era desconocido el profundo malestar que había provocado en Italia la nueva vecindad. Sin embargo, pagó sin vacilación alguna el precio ofrecido. Es decir, el Tirol del Sur. En el banquete celebrado en el Palazzo Venezia, el 7 de mayo, declaró solemnemente:

> «Aleccionados por la experiencia de dos milenios, queremos ambos, convertidos en vecinos, reconocer esas fronteras naturales que la historia ha trazado a nuestros dos pueblos. La clara delimitación de los espacios vitales respectivos de Alemania e Italia no solamente facilitarán una labor de colaboración conjunta, sino que será puente para un mutuo apoyo y ayuda.



Concentración de masas en el Campo de Mayo y el estadio olímpico, la noche del 28 de setiembre de 1937.

> Es mi inquebrantable voluntad y mi legado al pueblo alemán que la frontera alpina trazada por la Naturaleza entre nosotros sea considerada para siempre como intangible. Tengo la absoluta convicción de que para Roma y Germania se abrirá un enorme y esplendoroso futuro»[7].

También en esto era Hitler consecuente. Eran inconsecuentes por contra aquellos que consideraban al defensor del principio del espacio vital geográfico como respetuoso al mismo tiempo con los principios de la autodeterminación nacional. Otras dos consecuencias son de resaltar de la visita de Hitler a Italia: el maestro en la escenificación de masas y armamento resultó víctima de aquel que le había precedido en aquel camino y la brillantez de los desfiles le impidió darse cuenta de la debilidad del ejército italiano, desgastado por las guerras de Abisinia y de España. Por otra parte, la

fría actitud del rey acrecentó el sentimiento de aversión que experimentaba, al igual que Mussolini, hacia la aristocracia.

El deseo de Mussolini de no quedarse atrás en el radicalismo demostrado por Hitler hizo que a mediados del mes de julio diera la oportuna señal para la iniciación de una campaña antijudía. No llegó a alcanzar la virulencia de su modelo alemán, pero ni a Mussolini, ni a Farinacci, Preziosi o Interlandi, que fueron sus principales promotores, les detuvo el hecho de que las medidas discriminatorias se consideraran con el mayor recelo por algunos altos jerarcas como el propio Balbo y fueran severamente criticadas por el mismo Pontífice.

La verdadera iniciativa siguió estando, sin embargo, de la parte de Hitler. De nuevo tuvo un acontecimiento casual una gran importancia para sus decisiones: la movilización parcial de la llamada crisis de mayo con la que utilizó las aspiraciones de los alemanes sudetes como instrumento de unos objetivos mucho más ambiciosos. Entre Alemania y Bohemia había también levantado la Naturaleza una frontera y sin la cordillera de los montes Sudetes no era Checoslovaquia susceptible de defensa alguna. Por ello, un «Anschluss» de tres millones de alemanes sudetes contribuiría a alterar el equilibrio de fuerzas europeo de una manera mucho más decisiva que lo que lo había significado el de seis millones de austríacos. Una unificación con Austria estaba incluida en el campo de las posibilidades de la política revisionista de Weimar; la «devolución» al Reich de los alemanes sudetes era tanto como poner en tela de juicio los principales resultados de la guerra mundial.

Desde hacía siglos no se había operado una mutación de tal envergadura en el continente europeo sin que fuera acompañada de una guerra. Que Hitler consiguiera sus propósitos sin la fuerza de las armas es una prueba de los factores psicológicos que obraron en aquel caso, puesto que, según la prueba ofrecida por las estadísticas, Francia, Checoslovaquia, la Unión Soviética e Inglaterra tenían una absoluta superioridad sobre las potencias del Eje en soldados, tanques y aviones. Pero Francia estaba demasiado agotada y desgarrada por sus contradicciones internas y se manifestó dispuesta desde el primer momento a no cumplimentar las obligaciones impuestas por su alianza.



Der Stürme

Deutsches Wochenblatt zum Kampfe um die Wahrh

HERAUSGEBER: JULIUS STREICHER

40

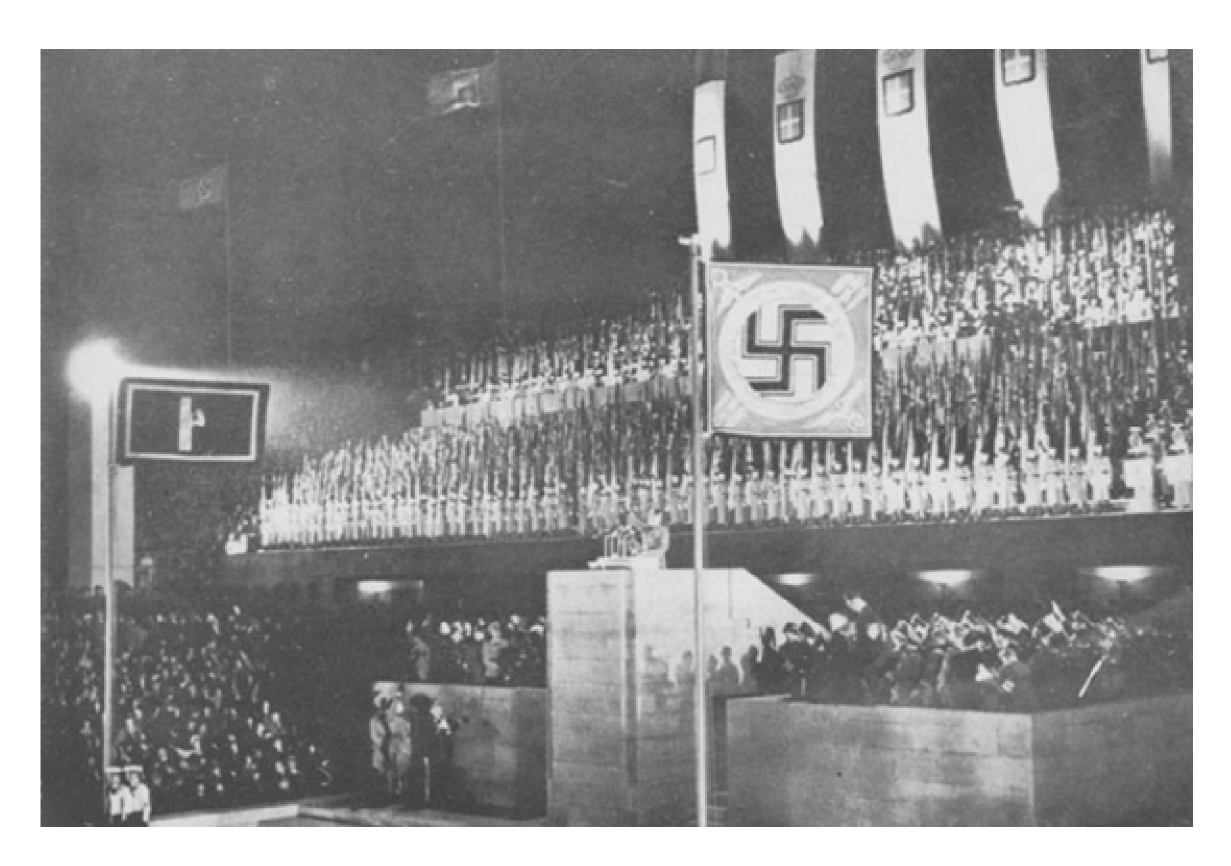
Der große Freun

Aus dem Inhalt

Die Juden sind unser Unglüc

Titulares del periódico *Der Stürmer*, el más violentamente antisemita.

Por su parte, la Unión Soviética se encontraba todavía sumida en la operación de la «gran purga» y los conservadores británicos experimentaban mayor repugnancia por Stalin que hacia el *Führer* y el *Duce*. Así es como se vio, contra todos los supuestos, recompensada con la paz la decisión de Hitler de ir a la guerra. Fue Mussolini quien hizo el papel de mediador y entre los «cuatro grandes» de Munich no ocupó el italiano, como anteriormente Orlando en Versalles, el último puesto. No solamente por la consecución de sus objetivos, sino por la exclusión de la Unión Soviética pareció Munich un triunfo de las potencias fascistas, que habían impuesto su voluntad en el campo internacional a las «democracias decadentes» como lo habían hecho con anterioridad en la propia esfera nacional.



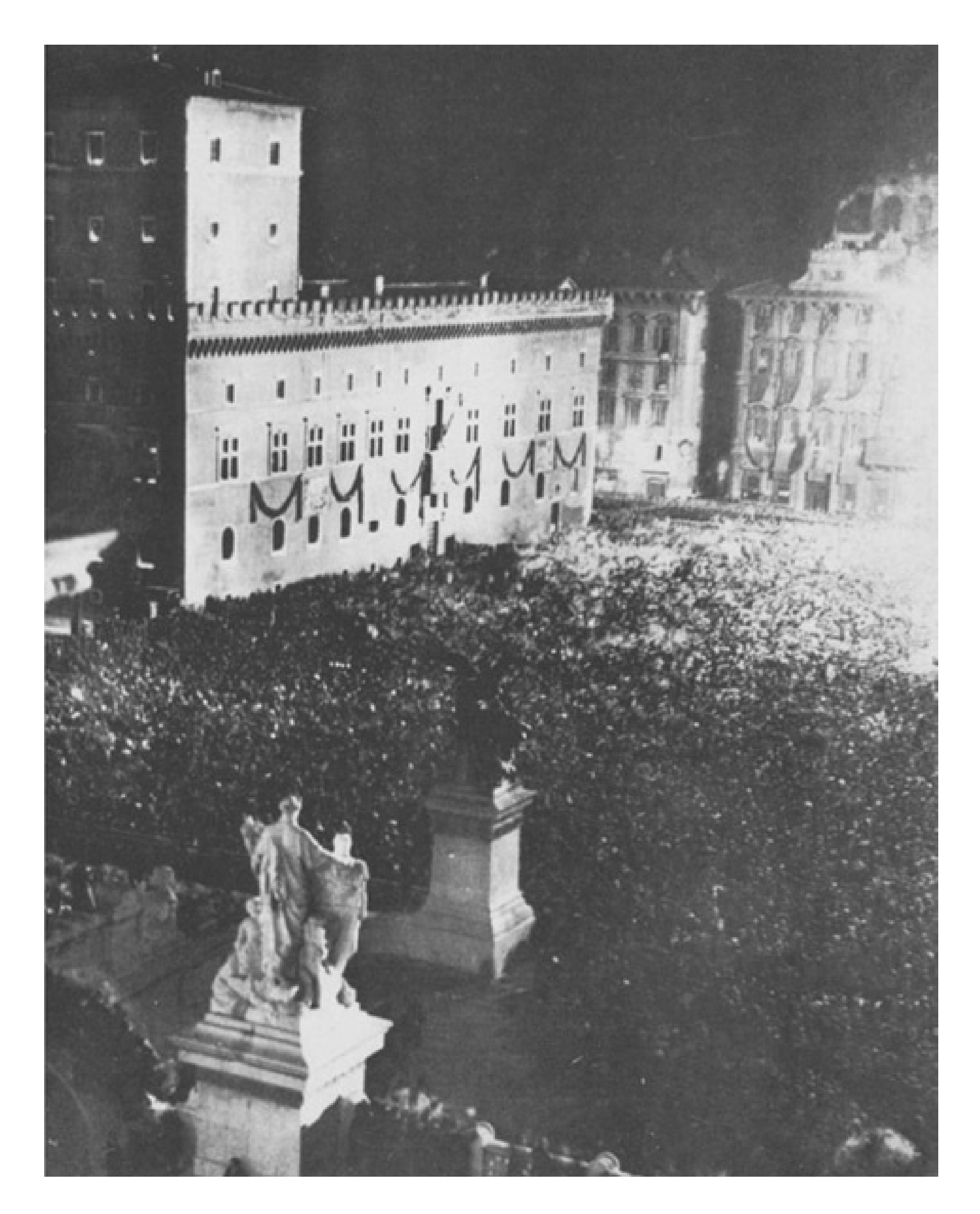
Mussolini en la tribuna de oradores en el Estadio Olímpico.

De todos modos, el acuerdo de Munich no aportó sustancialmente ningún elemento nuevo en la esfera de las relaciones internacionales y su misma consecución habría resultado inexplicable de no haber predominado sobre cualquier otro el elemento del antibolchevismo. Cuando el 9 de noviembre subió al cielo el resplandor de las sinagogas incendiadas en Alemania, la verdad se hizo patente: la culpabilidad de una posible guerra había sido embozada por los dirigentes del pueblo alemán con la mitológica culpa contra los judíos; los mismos hombres que se habían pronunciado con ardor contra las limitadas «reparaciones» de unos daños de guerra inconmensurables, impusieron por causa del asesinato de uno de los suyos una ingente contribución de castigo a un grupo minoritario de sus propios ciudadanos; los fanáticos defensores de las minorías alemanas hacían a su vez a una minoría objeto de un trato como no lo había sufrido nunca un grupo germano. Y finalmente, los «defensores de la cultura occidental» cometían actos ante los que palidecían los incendios de un Max Hölz. El crédito moral obtenido por Alemania durante la República de Weimar y de cuyas rentas se benefició todavía el régimen nacionalsocialista en sus primeros años, quedó completamente arruinado. Pero no había que creer, pese a ello, que se trataba de un proceso exclusivamente nacional. Una mirada a las publicaciones de los pequeños movimientos fascistas o las leyes italianas sobre la raza, o al horror

de la mayoría del pueblo alemán, bastaba para darse cuenta de que no se trataba de un asunto meramente nacional, sino de una responsabilidad conjunta.



Primer fruto del Eje: el «Anschluss» con Austria. En Viena, júbilo de los conquistados.



Visita de Hitler a Italia: las masas ante el Palazzo Venezia durante el banquete oficial celebrado el 7 de mayo de 1938.

Tampoco el aniquilamiento de los restos de Checoslovaquia, del que fue instrumento el ala fascista del Partido Popular eslovaco, agrupado en torno a Vojtech Tuka y Sano Mach, fue una simple decisión oportunista de Hitler. Mediante aquella acción penetró en el campo que siempre le había sugestionado y en el que Mussolini había hecho ya irrupción tres años antes: el de las grandes conquistas bélicas. Que los checos no opusieran a la maquinaria bélica que se les vino encima siquiera la desesperada resistencia de los etiópicos, no altera lo fundamental. En aquel momento, la realidad del régimen alemán se reveló tal como era: pletórico de poder, pero débil a fin de cuentas, puesto que correspondía a un momento históricamente sobrepasado y faltaban los factores que habían hecho posible, a lo largo del siglo XIX, las

alteraciones territoriales. Hitler no podía ser, al igual que Mussolini, un Mazzini del siglo XX, pese a la realidad del nacionalismo fascista expresada en las palabras dirigidas por Mussolini a Ribbentrop, a raíz de los primeros tratos sobre una alianza militar germanoitaliana:

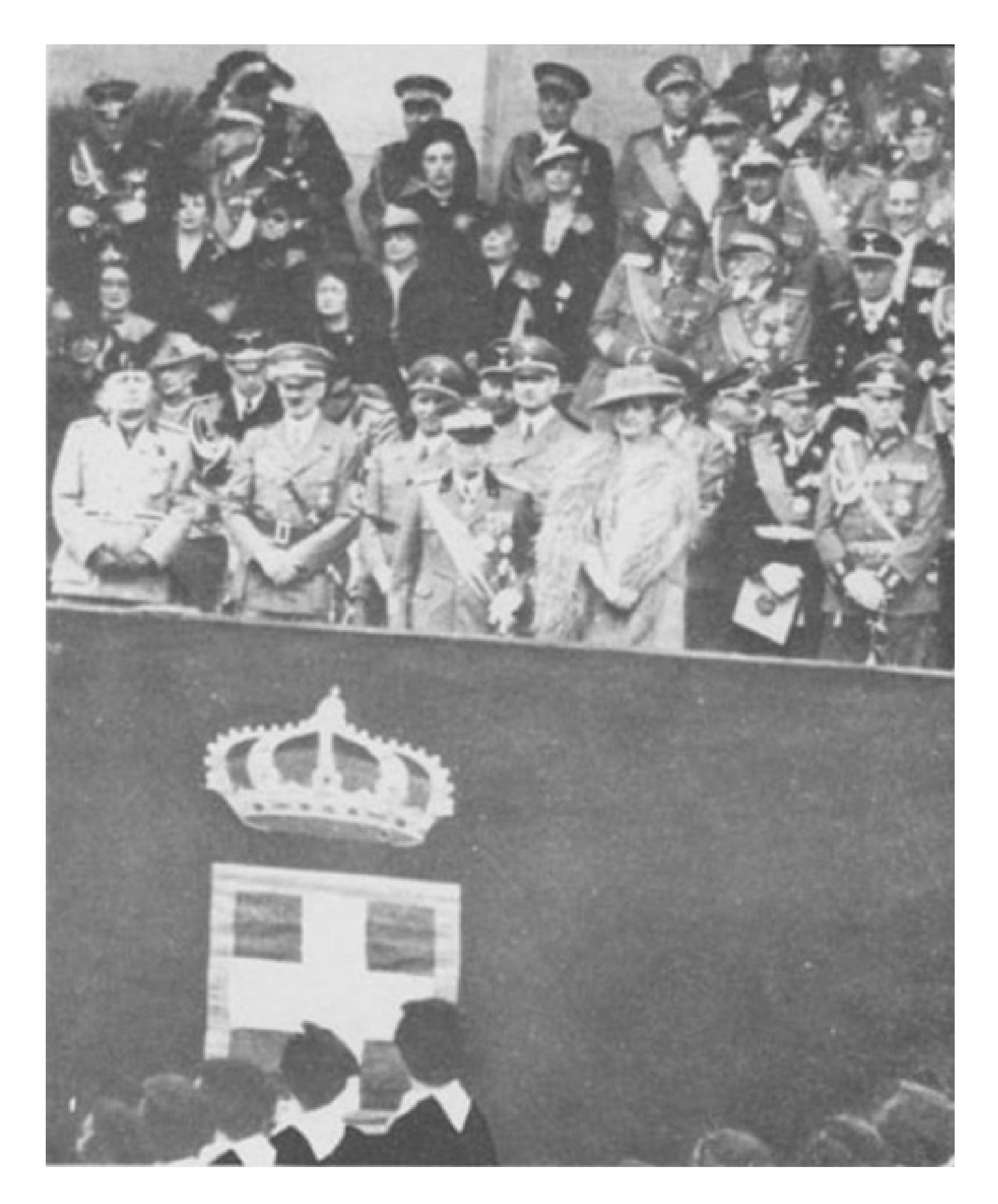
> «Tan pronto como estuviera madura la alianza entre nosotros y Alemania, habría que establecer los objetivos. No podemos concertar una pura alianza defensiva. Ésta no es necesaria porque nadie piensa en atacar a los Estados totalitarios. Queremos establecer, por contra, una alianza que altere el mapa geográfico del mundo. Por ello deberemos determinar los objetivos y las conquistas. Por nuestra parte nosotros sabemos bien dónde queremos llegar»[8].



Inscripciones de bienvenida en los escaparates de los comercios romanos.



Mussolini y Hitler, con sus ministros del Exterior, en el Palazzo Vecchio de Florencia.



Aliados pero desconfiados unos de los otros: los dictadores y la pareja real italiana. Jerarcas del partido y damas de corte en el desfile celebrado en Roma el 6 de mayo de 1938.



Satisfacción en Florencia, «la ciudad más hermosa del mundo», según Hitler.



Il Messaggero

IL FASCISMO E IL PROBLEMA RAZZIALE

Esplicite parole del Duce

“Anche nella questione della razza noi tireremo diritto„

FORLÌ, 30

Stamane alle ore otto il Duce è disceso dalla Rocca delle Caminate a Forlì per visitarvi il Campo dei graduati avanguardisti.

Erano ad attenderlo all'ingresso del campo il Ministro Segretario del P. N. F., il Prefetto ed il Federale di Forlì, il Comandante del campo, altre autorità cittadine ed un folto gruppo di Federali dell'Alta Italia. Dopo essersi intrattenuto coi Federali di Trieste, Gorizia, Udine, Modena e Bolzano, il Duce ha assistito allo sfilamento dei reparti al passo romano di parata, perfettamente eseguito.

Prima di lasciare il campo il Duce ha riunito attorno a sè il gruppo dei Federali ed ha detto loro queste testuali parole:

Mussolini tras las huellas de Hitler: se plantea el problema de la raza.



La Difesa della Razza, órgano del antisemitismo fascista.



«Comercios arios» también en Italia.


Der Stürmer

Deutsches Wochenblatt zum Kampfe um die Wahrheit

HERAUSGEBER: JULIUS STREICHER

Kriegserklärung des Faschismus

Der Schicksalsweg des italienischen Volkes

Aus dem Inhalt

La publicación *Der Stürmer* aplaude las medidas racistas italianas.

De hecho, no fue una alianza defensiva aquella firmada el 22 de mayo de 1939 en Berlín por Ribbentrop y Ciano, sino una coalición bélica de dos regímenes, en cuyo documento no aparece siquiera la flexible cláusula del «ataque no provocado»:

> «El canciller del Reich alemán y Su Majestad, el rey de Italia y Albania, emperador de Etiopía, consideran llegado el momento de que la estrecha amistad e identidad de puntos de vista existente entre la Alemania nacionalsocialista y la Italia fascista, sea reforzada con un pacto solemne:
>
> Artículo I: Las partes signatarias se mantendrán en estrecho contacto para concordar su postura en lo que atañe a sus intereses comunes y los problemas resultantes de la situación general europea.
>
> Artículo II: En el caso de que los intereses comunes de las partes signatarias se vean afectados por acontecimientos internacionales de cualquier índole, establecerán rápidamente contacto entre sí para la salvaguarda de estos intereses mediante las oportunas medidas.

Artículo III: Si contra los deseos y esperanzas de las partes signatarias ocurriera que una de ellas entrara en conflicto bélico con otra u otras potencias, la otra parte se pondrá intantáneamente a su lado como aliada y la apoyará con todas sus fuerzas militares por tierra, aire y mar.

Artículo IV. Con la finalidad de poner en pronta práctica las estipulaciones del artículo III, los Gobiernos de las dos partes signatarias intensificarán su colaboración en el campo militar y en el de la economía de guerra.

De igual manera, ambos Gobiernos se pondrán de acuerdo para la ejecución y práctica de las estipulaciones de este pacto mediante las medidas necesarias. Con el fin de conseguir los fines contenidos en los párrafos primero y segundo, se constituirán sendas comisiones que quedarán puestas bajo la dirección de los dos ministros del Exterior.

Artículo V: Las partes signatarias se comprometen desde ahora y en caso de una guerra efectuada conjuntamente, concertar el armisticio y la paz tan sólo en caso de común acuerdo.

Artículo VI: Ambas partes signatarias tienen conciencia de la importancia que sus relaciones tienen para las potencias amigas. Se manifiestan por ello dispuestas a que el mantenimiento de esta alianza tenga en cuenta los intereses que mantienen en común con estas otras potencias.

Artículo VII: Este pacto entrará en vigor inmediatamente después de su firma. Ambas partes signatarias están de acuerdo en establecer un primer período de diez años como vigencia del mismo. Al término de este plazo se establecerán negociaciones para una eventual prolongación de la validez del mismo.

A tal efecto, los plenipotenciarios proceden a la firma y sello del presente pacto»[9].

El pacto en cuestión fue la culminación de la amistad entre las potencias del Eje y, sin embargo, el principio de su final. Mussolini cometió al firmarlo el error más considerable. La existencia de la Alemania nacionalsocialista le había permitido conseguir su triunfo más rotundo: la conquista del imperio del Este africano. Con ello había logrado todo lo que podía conseguir: el interés del Estado italiano hubiera sido la consolidación de lo conquistado mediante un acuerdo con las potencias occidentales. Pero el fascista que había en él tenía que demostrar de una manera constante su propio impulso y dinámica juvenil frente a la senil decadencia de las democracias plutocráticas y su calidad de fundador del movimiento mundial fascista le impedía quedar rezagado respecto a su alumno Hitler. Sin embargo, todas las conquistas que a partir de aquel instante le estaban permitidas eran seudoconquistas, como la ocupación de Albania, o tropezaban con los intereses vitales de Francia e Inglaterra como las reivindicaciones de Córcega, Niza y Túnez, o incluso la expresión de «mare nostro». Hitler, por contra, tenía todavía su Etiopía por conquistar y Praga había sido solamente la primera etapa. Al firmar el pacto, Mussolini ligó sin contrapartida alguna su país a una potencia que era más poderosa y estaba más insatisfecha, con lo que se colocó potencialmente en una situación de Estado satélite.



Un «pogrom» organizado en el «bastión de la cultura europea»: una sinagoga en llamas.



Destrucción y saqueo de los comercios judíos.



Triunfo de los uniformes en Munich.



La liquidación del resto de Checoslovaquia: comercios judíos destruidos en Bratislava.

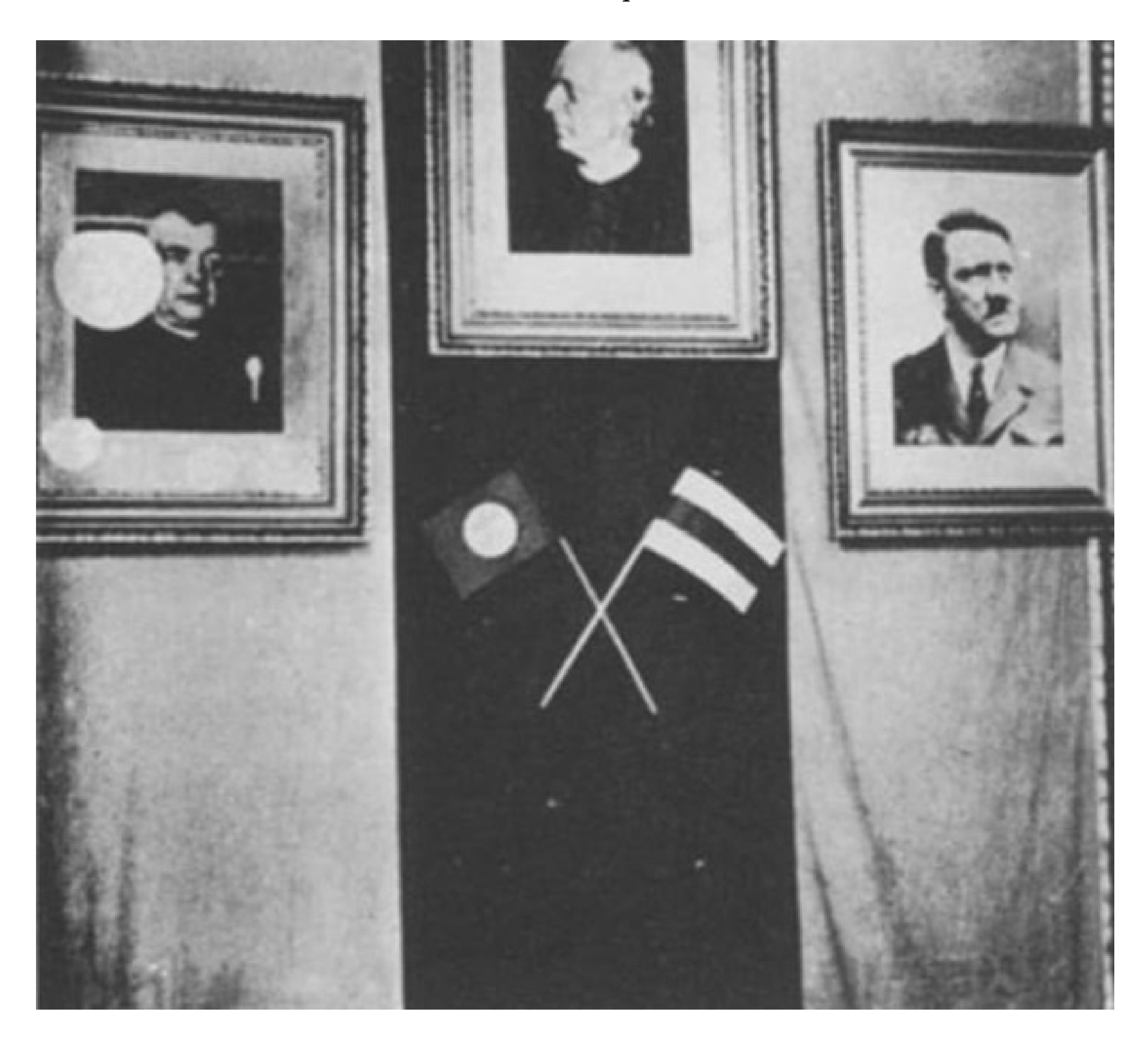


Solidaridad internacional fascista: en la publicación de las SA aparece el dibujo con la leyenda: «La Salomé rumana y la cabeza de la Guardia de Hierro».



Hoy lágrimas y mañana cadalsos: la población checa durante la entrada de las tropas.

Pero si como estadista cometió con ello un pecado mortal, obró como paladín del «dinamismo fascista» (Ciano, *Diario*), con una consecuencia inevitable. También Hitler cometió, con la firma del pacto, una falta semejante. Si deseaba alcanzar su objetivo supremo y conseguir de las potencias occidentales «manos libres en el Este», no tenía que haberse aliado con una potencia cuyos objetivos estaban enteramente dirigidos contra los intereses de aquellas potencias occidentales. Pero Hitler era en demasiado grado un ideólogo para dejarse llevar por el solo cálculo de los intereses alemanes. Una «concepción del mundo» sigue otras leyes que un Estado, incluso cuando no cree ser otra cosa que la incondicional representación de los intereses de ese mismo Estado. El verdadero resultado del «Pacto de Acero» fue que su liderazgo recayó mayormente sobre la Alemania nacionalsocialista y, por tanto, sobre Hitler; pero era un liderazgo que se movía en una dirección preestablecida y por unos cauces previstos con mucha anticipación. En general, hay que considerar así el nacionalsocialismo como una manifestación mucho más radicalista que el fascismo.



En la jefatura nacional de la guardia de Hlinka, en Bratislava.



Concentración de soldados eslovacos con banderines del Partido Popular Eslovaco, el 19 de marzo de 1939, en Bratislava.



Bajo el signo de la guerra próxima: miembros de la juventud «balilla» con máscaras anti-gas.



Falangistas en el Campo «Dux» de Roma.

Desfile de destacamentos femeninos con bayoneta calada ante Mussolini, a finales de mayo de 1939.



Bajo el signo de la guerra próxima: desfile del arma blindada con ocasión del cumpleaños de Hitler, el 20 de abril de 1939, en Berlín.



Adolf Hitler en su cincuenta cumpleaños.

INDICE BIBLIOGRÁFICO DEL CAPÍTULO NOVENO

Emilio De Bono, «Preparativos y primeras operaciones para la conquista de Abisinia».

Pietro Badoglio, «La guerra abisinia».

Hugh Thomas, «La guerra de España».

Fierre Broué et Émile Témine, «La Révolution et la Guerre d’Espagne», París 1961.

Elisabeth Wiskemann, «The Rome-Berlin Axis», 1949.

Galeazzo Ciano, «Diario 1937-38».

Gordon Brook-Shepherd, «Anschluss. The Rape of Austria», Londres 1963.

Gaetano Salvemini, «Prelude to World War II», Londres 1953.

Boris Celovsky, «Los acuerdos de Munich» («Die Münchener Abkommen 1938»), Stuttgart 1958.

Hermann Foertsch, «Culpa y destino. La crisis de Fritsch en la primavera de 1938» («Schuld und Verhangnis. Die Fritsch-Krise im Frühjahr 1938»), Stuttgart 1951.1

Keith Eubank, «Munich», Norman 1963.

Friedrich Hossbach, «Entre la Wehrmacht y Hitler 1934-1938» («Zwischen Wehrmacht und Hitler 1934-1938»), Wolfenbüttel 1949.

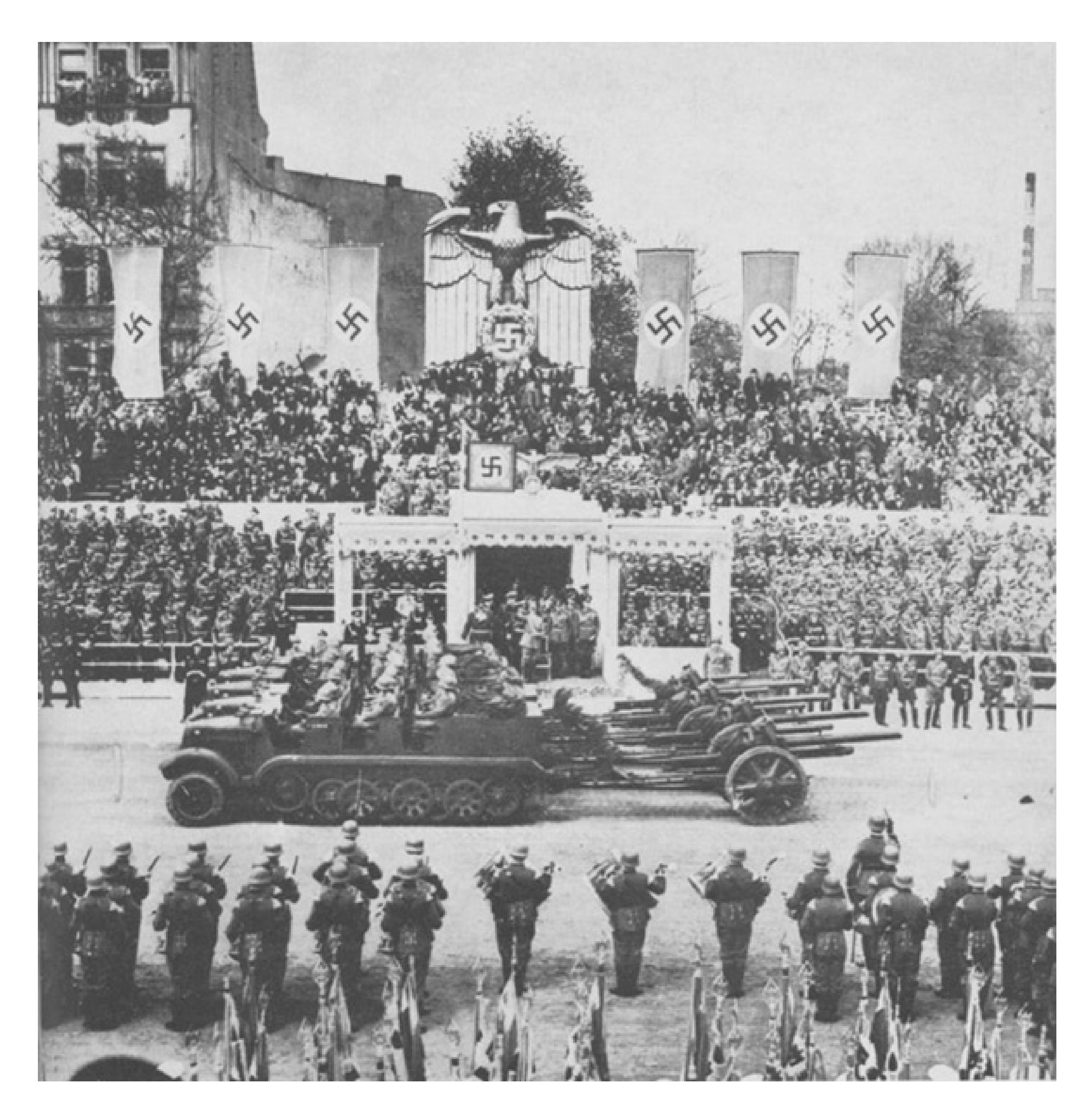
Jörg Hoensch, «Eslovaquia y la política de Hitler hacia el Este» («Die Slowakei und Hitlers Ostpolitik»), Colonia-Gratz 1965.

Lionel Rochan, «Pogrom», Londres 1957.

Hermann Graml, «El 9 de noviembre de 1938. La “noche de cristal” («Der 9 November 1938. Reichskristallnacht»). Documentos de la Central Federal de Servicios Patrióticos, Bonn s/a.

Ferdinand Siebert, «El camino de Italia hacia la Segunda Guerra Mundial» (Italiens Weg in den Zweiten Weltkrieg»), Frankfurt-Bonn 1962.

Mario Toscano, «Le origini diplomatiche del patto d’acciaio», Florencia 1956.



La «más poderosa fuerza militar del mundo» desfila ante su creador y jefe supremo (20 de abril de 1939).

EFEMÉRIDES DEL CAPÍTULO DÉCIMO

1933

10 de marzo; el jefe nacional de las SS Himmler en todo el Reich es nombrado comisario-presidente de la Policía de Munich.

18 de marzo: disposición por la que se establece la consideración de tropa acuartelada a la unidad de las SS «Adolfo Hitler».

3 de abril: Heinrich Himmler es nombrado jefe de la Policía política en Baviera.

27 de abril: Rudolf Hess es nombrado sustituto del *Führer* en el grado jerárquico del partido.

17 de junio: el jefe nacional de las juventudes del NSDAP, Baldur von Schirach, es designado «Jefe de las Juventudes hitlerianas del Reich Alemán».

27 de junio: ley sobre la construcción de una red de autopistas alemanas.

13 de setiembre: fundación de la obra «Auxilio de Invierno», con discursos de Hitler y Goebbels sobre la lucha contra el hambre y el frío.

1934

20 de enero: «Ley Ordenadora del Trabajo Nacional».

24 de enero: es nombrado Alfred Rosenberg encargado de la formación política y la educación ideológica del NSDAP y sus diferentes secciones.

21 de marzo: Hitler abre la «batalla del trabajo» en la inauguración de los trabajos de construcción de la autopista de Unterhaching, cerca de Munich.

16 de abril: creación de la «Comisión del Partido para la Defensa de la literatura nacionalsocialista» puesta bajo la jefatura del «Reichsleiter» Philipp Bouhler.

20 de abril: la totalidad de la Policía política de Alemania queda bajo las órdenes de Himmler.

24 de abril: creación de los «tribunales del pueblo».

4 de julio: el jefe de brigada de las SS, Theodor Eicke, es nombrado inspector de los campos de concentración y jefe de las «Secciones de la Calavera» de las SS.

24 de octubre: reorganización definitiva del «Frente Alemán del Trabajo».

1935

24 de julio: disolución de todas las ligas de los antiguos cuerpos francos.

2 de agosto: la ciudad de Munich obtiene el título honorífico de «Capital del Movimiento».

18 de octubre: ley sobre la protección de la «salud de la herencia» del pueblo alemán.

1936

11 de junio: Heinrich Himmler es nombrado jefe de la Policía alemana en el Ministerio del Interior. Quedan a sus órdenes directas el encargado de la Policía de orden («Obergruppenführer» de las SS, Daluege) y el encargado de la Policía de seguridad («Gruppenführer» de las SS, Heydrich).

8 al 14 de setiembre: promulgación del «segundo plan cuatrienal» en el «Congreso del Honor» celebrado por el Partido en Nuremberg.

7 de noviembre: nombramiento de Goering como encargado de la ejecución del citado plan cuatrienal.

1 de diciembre: ley sobre la Juventud Hitleriana (puesta bajo el mando estatal). Ley sobre sabotajes a la economía, con amenaza de penas de muerte por la exportación clandestina de capitales al extranjero.

1937

2 de febrero: el jefe de las organizaciones del NSDAP en el extranjero, «Gauleiter» Bohle, es elevado al rango de secretario de Estado, con autoridad sobre todos los ciudadanos del Reich residentes en el exterior.

14 de marzo: aparición de la encíclica *Mit brennender Sorge*.

30 de abril: el número de los parados desciende a menos de un millón.

18 de julio: se abre en Munich la «Casa del Arte Alemán».

20 de diciembre: muere el general Ludendorff. Se le tributan honras fúnebres oficiales.

1938

2 de marzo: condena de Martin Niemoller, que es conducido al día siguiente al campo de concentración de Sachsenhausen para cumplir allá siete meses de reclusión.

26 de abril: decreto estableciendo la obligatoriedad de la declaración de las rentas y propiedades por parte de los judíos.

21 de junio: en la fiesta del solsticio del M «Gau» de Berlín, Goebbels anuncia nuevas medidas legales para la exclusión de los judíos de la vida económica alemana.

3 de agosto: anulación de todos los títulos a los médicos judíos desde el 30 de setiembre de 1938.

13 de diciembre: apresamiento de los gitanos. Se establecen las normas para la investigación biológica de la raza.

CAPITULO DÉCIMO
EL RÉGIMEN NACIONALSOCIALISTA EN VISIÓN DE CONJUNTO

LA IMAGEN EXTERNA DEL PODER

Si el triunfo del fascismo, en 1922, fue considerado por gran parte de la población, especialmente de la Italia septentrional, como una derrota y se aceptó resignadamente, es indudable que en la Alemania de 1933 se acogió el «alzamiento nacional» con entusiasmo o, por lo menos, con esperanza Pero la «imagen» de un régimen se forma, preferentemente, por la reacción del extranjero ante el mismo. Y en este sentido, las cosas se presentaron para Alemania enteramente diversas a Italia. Italia tenía detrás de sí, en 1922, los disturbios de la posguerra y una especie de lucha civil; no es extraño que los observadores externos acogieran con favor el nuevo orden y la normalidad. Fueron principalmente obreros socialistas quienes emigraron al principio del dominio fascista y aquella emigración no se distinguía con facilidad de la habitual que efectuaban los trabajadores italianos a los países vecinos y más ricos. Pero de Alemania huyeron en el transcurso de las primeras semanas numerosos representantes de las clases dirigentes, tanto intelectuales como políticas y se llevaron consigo informaciones que no correspondían a la imagen de una Alemania amiga del orden y altamente cultivada, tal como el exterior había vuelto a trazarse después de la guerra. Si bien aparecieron en las columnas de la Prensa extranjera numerosas exageraciones, no menos cierto era que resultaba legítimo el supuesto de que reinaba una especie de terror, que si bien justificable sólo en parte por la anterior amenaza de guerra civil, perseguía asimismo el aniquilamiento del adversario indefenso. El *Libro Pardo sobre el incendio del Reichstag y el terror hitleriano* daba una versión fantástica por lo que se refería al incendio del Reichstag, pero su información era fundamentalmente exacta en lo que atañía a los campos de concentración de las SA, los malos tratos a los detenidos, las muertes a tiros «por causa de fuga», así como la feroz destrucción de libros y determinados institutos. Todo ello causó gran impresión en el mundo.

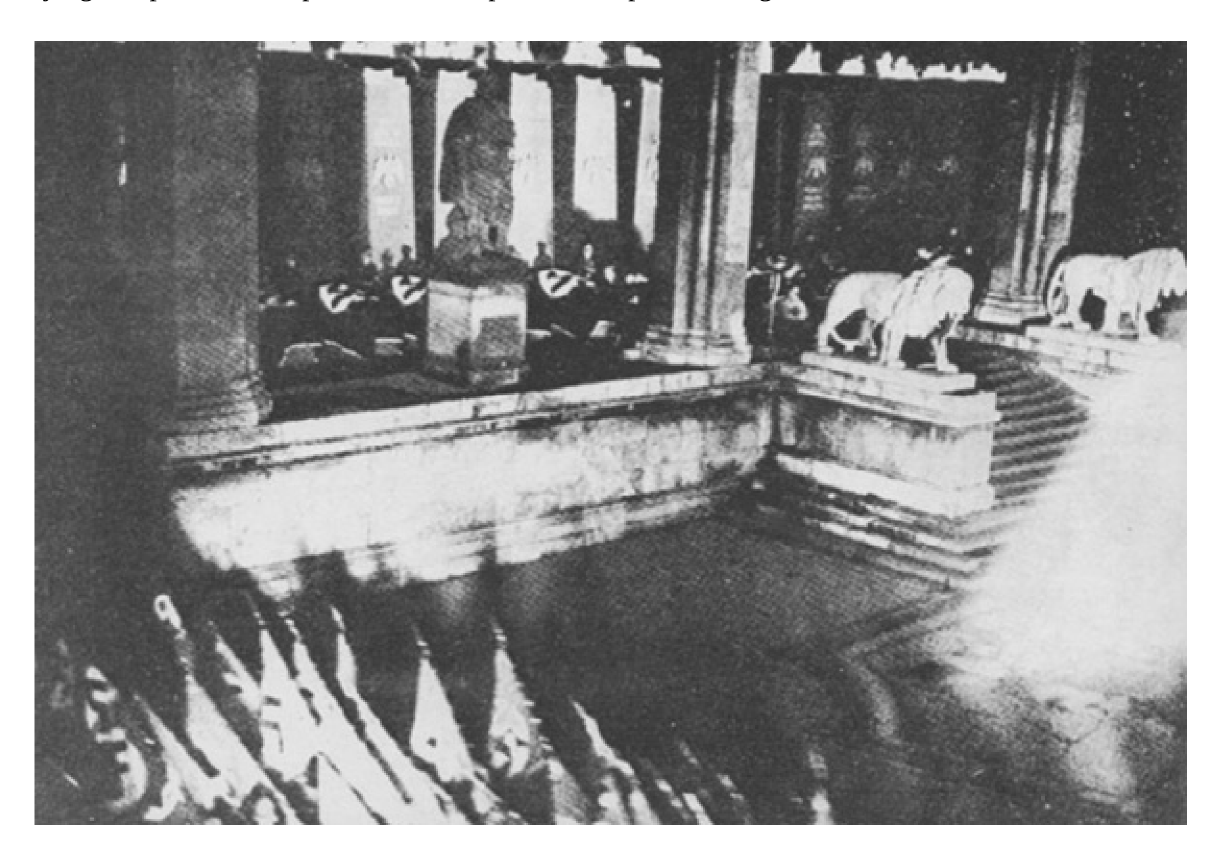
> «El montador telegráfico Grotehenne no tenía actividad política alguna y era miembro de los "Abanderados del Reich". El lunes, 27 de marzo, Grotehenne recibió la visita de dos miembros de las SA y fue invitado a acudir al local de la organización. Su mujer creyó que se trataba del habitual requerimiento para que ingresara en el NSDAP y aconsejó a su marido que llenara la papeleta de ingreso y no abandonara su domicilio.

Pero Grotehenne siguió a los nazis al local de las SA. Transcurrieron varias horas sin que regresara. Su mujer decidió ir a buscarle. Ante el local de las SA se hallaba un nazi llamado Meyer. La señora Grotehenne se arrodilló ante él, lloró y le rogó que pusieran en libertad a su marido. En aquel instante, arrojaron a la calle el cuerpo de Grotehenne. El hombre estaba convertido en un guiñapo sanguinolento.

Se quejaba de dolores internos. Como se sospechara que le habían dado un veneno, se le hizo ingerir leche. La devolvió. Su esposa, que le limpiaba la espuma de los labios, advirtió que el ácido que vomitaba reducía a girones su pañuelo. A pesar de su estado, Grotehenne conservó la lucidez suficiente para explicar su martirio. Le habían desnudado y golpeado por espacio de tres horas con varillas de acero. De vez en cuando le obligaban a limpiar la sangre del suelo con sus propias ropas.

Cuando perdió el sentido, los hombres de las SA trataron de hacerle ingerir ácido clorhídrico. Como tenía las mandíbulas apretadas, le abrieron la boca por la fuerza, arrancándole con ello una parte del labio superior.

Grotehenne murió, tras dolores terribles, la noche del 29 de abril. El forense dictaminó como causas de su muerte "colapso y quemaduras internas". Se cursó la oportuna denuncia ante el juzgado, pero hasta el presente no ha aparecido responsable alguno de los hechos»[1].



El nacionalsocialismo como seudorreligión: culto a los caídos del 9 de noviembre de 1923 en el Feldherrn halle, en Munich.



Tagesneuigkeiten

Dienstag, den 3. Juli 1934

Auf der Flucht erschossen

Hirschberg, 3. Juli. In der Nacht zum 2. Juli wurden auf dem Transport nach Görlitz vier Inhaftierte bei einem Fluchtversuch erschossen. Es handelt sich hierbei um den ehemaligen Rechtsanwalt Foerster, das Ehepaar Zweig und den Kaufmann Charig, sämtlich aus Hirschberg.

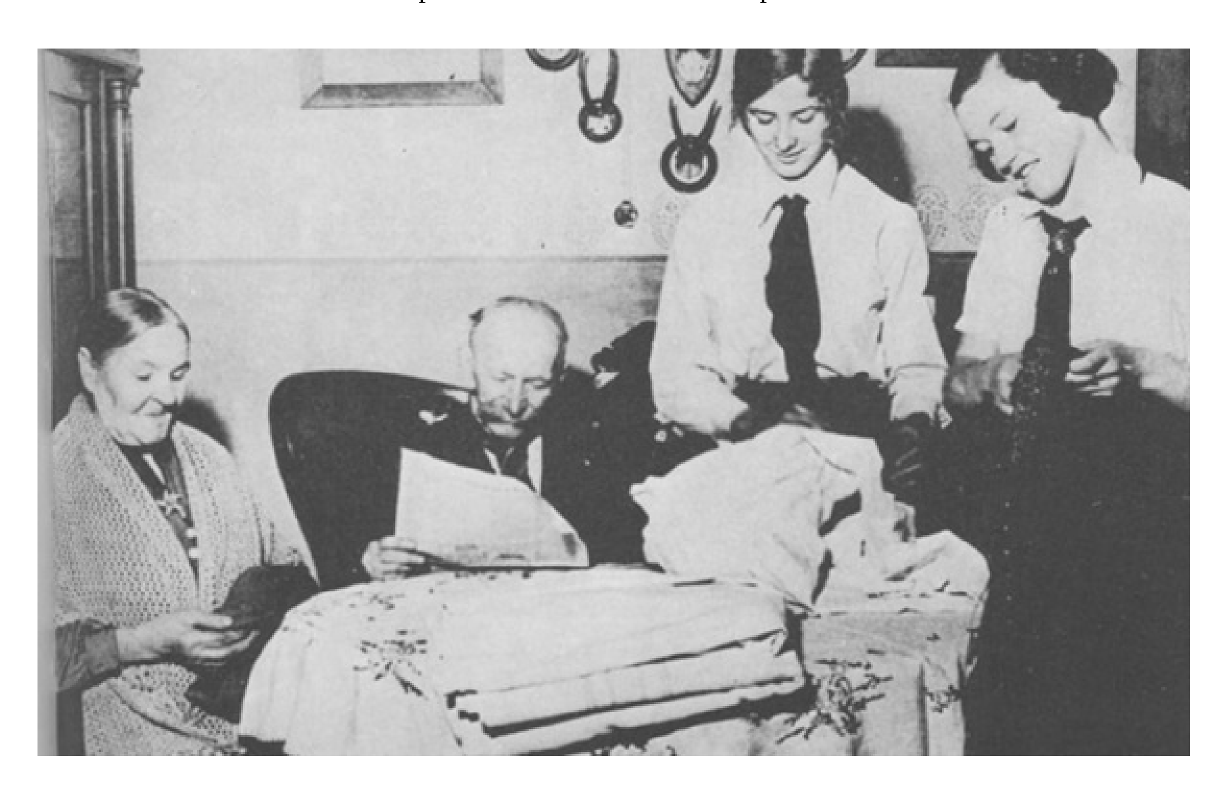
El terror permanente: una noticia breve informa sobre la muerte a tiros de un fugitivo de la justicia, durante un transporte hacia la población de Górlitz.



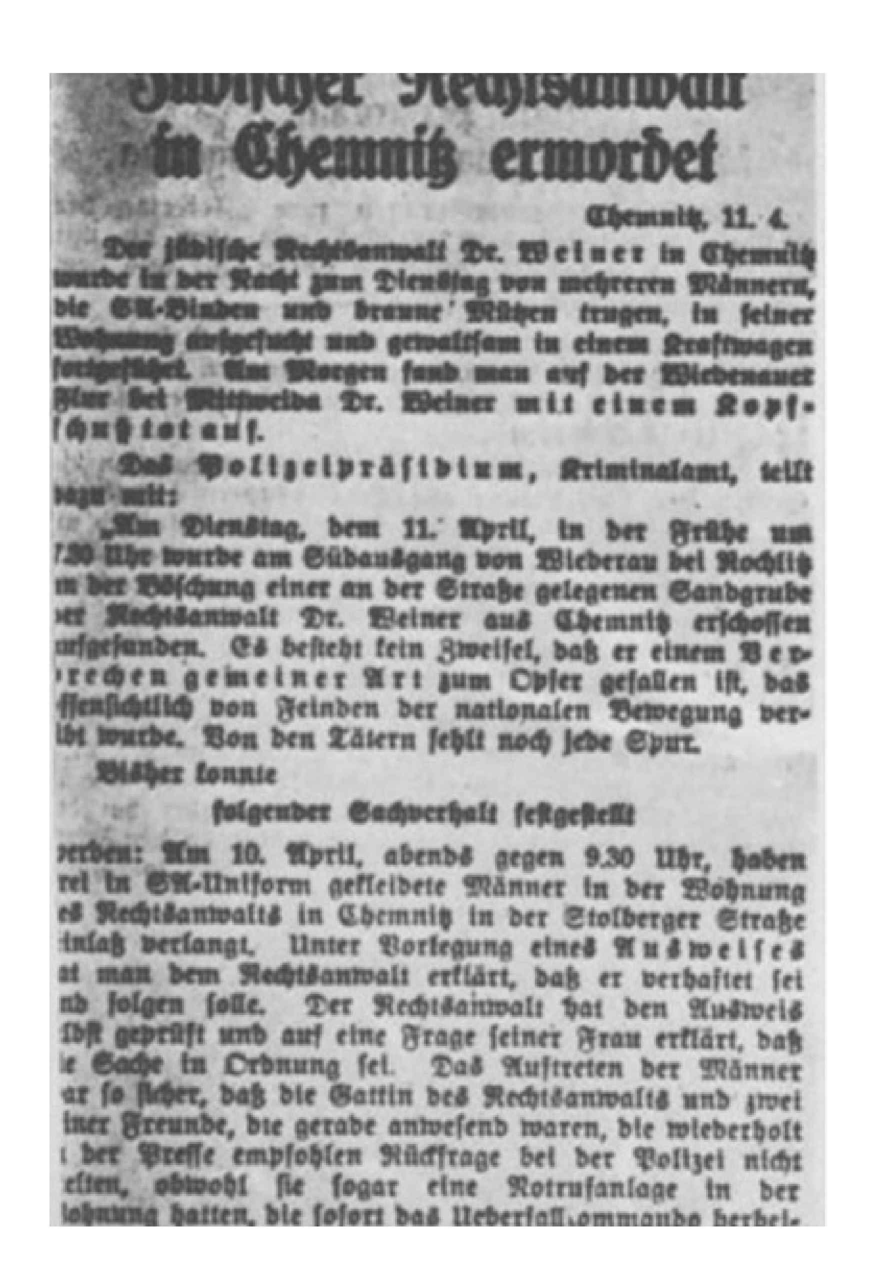
El terror permanente: ingreso de «infrahombres» en un campo de concentración.



El moderno «Abandonad toda esperanza» en la entrada al campo de concentración de Buchenwald.



El idilio de la «comunidad popular»: muchachas de las organizaciones del Partido como auxiliares de la familia.



Jüdischer Rechtsanwalt in Chemnitz ermordet

Chemnitz, 11. 4.

Der jüdische Rechtsanwalt Dr. Weiner in Chemnitz wurde in der Nacht zum Dienstag von mehreren Männern, die SA-Binden und braune Mützen trugen, in seiner Wohnung aufgesucht und gewaltsam in einem Kraftwagen fortgeführt. Am Morgen fand man auf der Wiederauer Flur bei Mittweida Dr. Weiner mit einem Kopfschuß tot auf.

Das Polizeipräsidium, Kriminalamt, teilt bazu mit:

„Am Dienstag, dem 11. April, in der Frühe um 7.30 Uhr wurde am Südausgang von Wiederau bei Rochlitz in der Böschung einer an der Straße gelegenen Sandgrube er Rechtsanwalt Dr. Weiner aus Chemnitz erschossen ufgefunden. Es besteht kein Zweifel, daß er einem Verrechen gemeiner Art zum Opfer gefallen ist, das ffensichtlich von Feinden der nationalen Bewegung veribt wurde. Von den Tätern fehlt noch jede Spur.

Bisher konnte

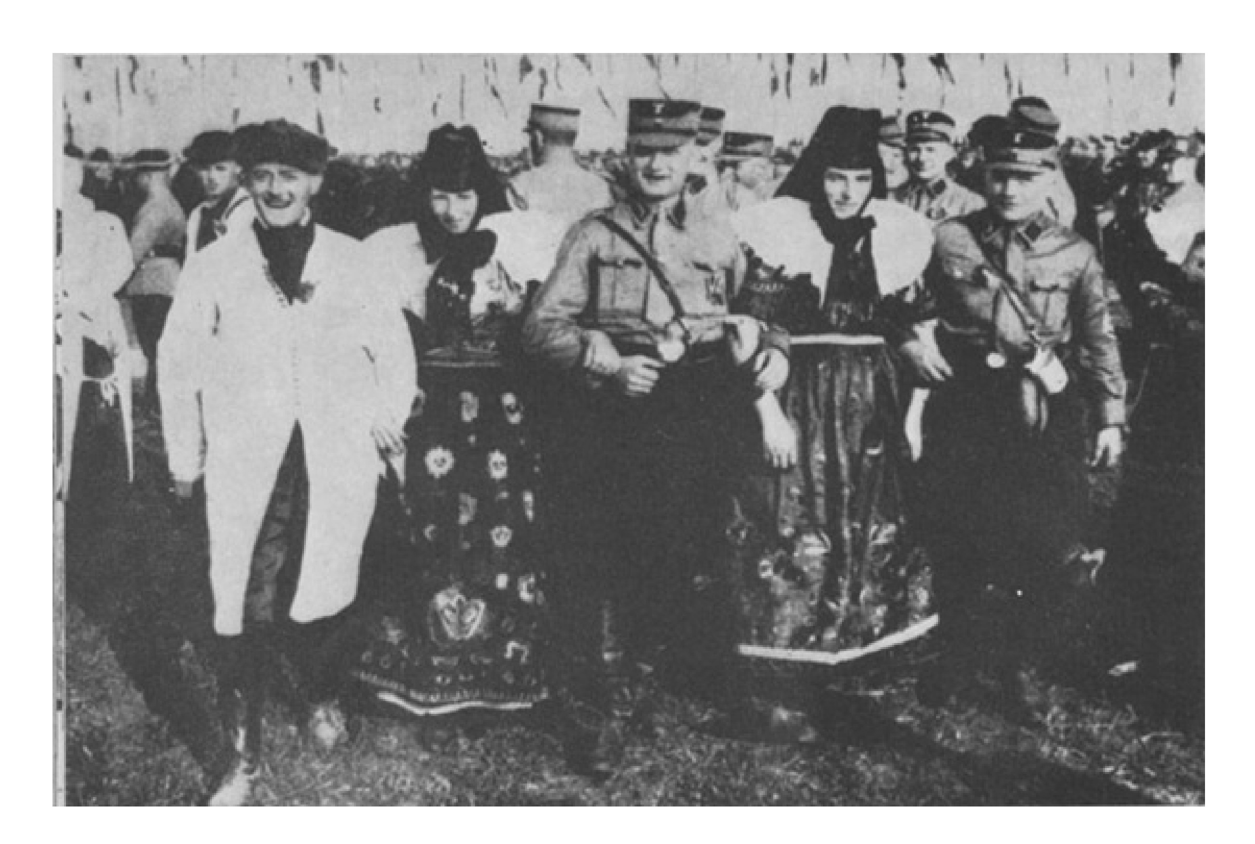
folgender Sachverhalt festgestellt

erden: Am 10. April, abends gegen 9.30 Uhr, haben rei in SA-Uniform gekleidete Männer in der Wohnung es Rechtsanwalts in Chemnitz in der Stolberger Straße inlaß verlangt. Unter Vorlegung eines Ausweises at man dem Rechtsanwalt erklärt, daß er verhaftet sei nd folgen solle. Der Rechtsanwalt hat den Ausweis lbst geprüft und auf eine Frage seiner Frau erklärt, daß e Sache in Ordnung sei. Das Auftreten der Männer ar so sicher, daß die Gattin des Rechtsanwalts und zwei iner Freunde, die gerade anwesend waren, die wiederholt der Presse empfohlen Rückfrage bei der Polizei nicht ten, obwohl sie sogar eine Notrufanlage in der ohnung hatten, die sofort das Ueberfallkommando herbei-

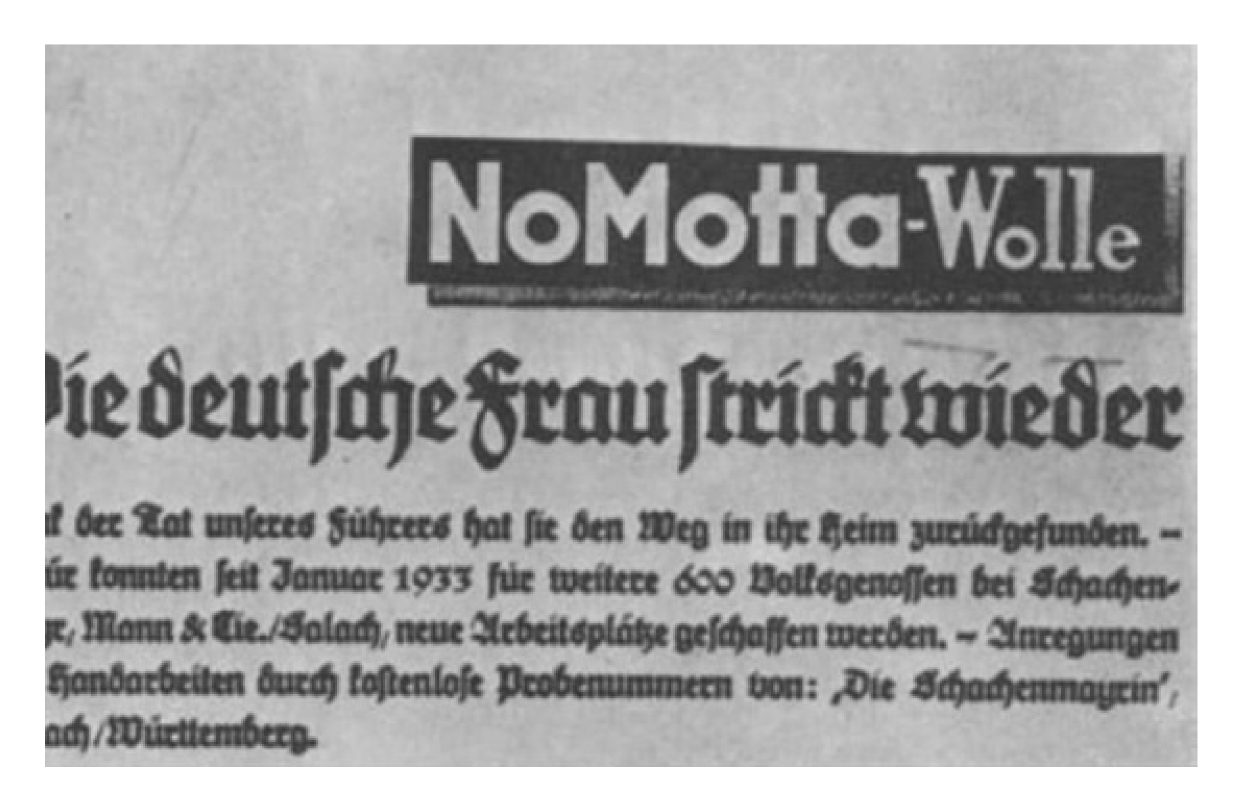
El terror: una información sobre el asesinato de un abogado judío en Ehemnitz.



El ministro de Economía efectúa una cuestación para el Auxilio de Invierno.



Idilio en la «comunidad popular»: trajes típicos y uniformes en la fiesta de la cosecha.



¿Vuelta a las costumbres de la abuela? Un titular revelador: la mujer alemana hace de nuevo calceta.

No tardaron en surgir informaciones sobre antiguos recluidos de los campos de concentración, que confirmaban las denuncias hechas en el *Libro Pardo*. Entre ellas, la descripción del actor Wolfgang Langhoff adquirió un

relieve especial, pues narraba las circunstancias en que se desarrollaba la existencia en el «campo del cenagal», en la región de Emsland.

«Al mediodía llegaron otros ocho hombres. Estaban en el exterior, ante el barracón de la Kommandantur, en actitud erguida.

—Ahí están Heilmann y Ebert y un par de cerdos judíos —informó el SS.

Salimos del barracón y nos quedamos parados ante los "bonzos". Colocaron a Ebert en el centro del círculo.

—¿Quién eres?

Ebert, un hombre rechoncho y fornido, calló y nos miró sin temor. Esbozó hacia mí un gesto silencioso de saludo.

—¿Quién eres? —gritó el SS al tiempo que le pegaba con la bota en la parte superior del muslo.

—Soy Friedrich Ebert, el hijo del traidor a la patria, Ebert —respondió maquinalmente y con un completo abandono. Le miré fijamente y me pareció que pensaba: "¡Ya está dicho!". Se adelantó Heilmann, que daba la sensación de un hombre quebrantado y acabado.

—Soy el gran bribón Heilmann.

—¡Sigue!

—He traicionado al pueblo alemán y enganado a los obreros.

Avergonzados y confusos por aquel procedimiento nos volvimos a medias y fijamos la mirada en el suelo.

Así fueron de barracón en barracón. Por doquier, la misma escena e idéntico teatro. Luego tuvieron que ponerse inmediatamente al trabajo. Había ante el campo una pequeña elevación del terreno. Los llevaron allá y los hombres de las SS comenzaron a perseguirles con carretillas mecánicas. Se veían obligados a correr si no querían caer entre las ruedas. Heilmann apenas tenía fuerzas y trató de enternecer a los SS con ruegos y llantos. Aquello tuvo un efecto radicalmente contrario, pues a partir de aquel instante le atormentaron con una intensidad cada vez mayor.

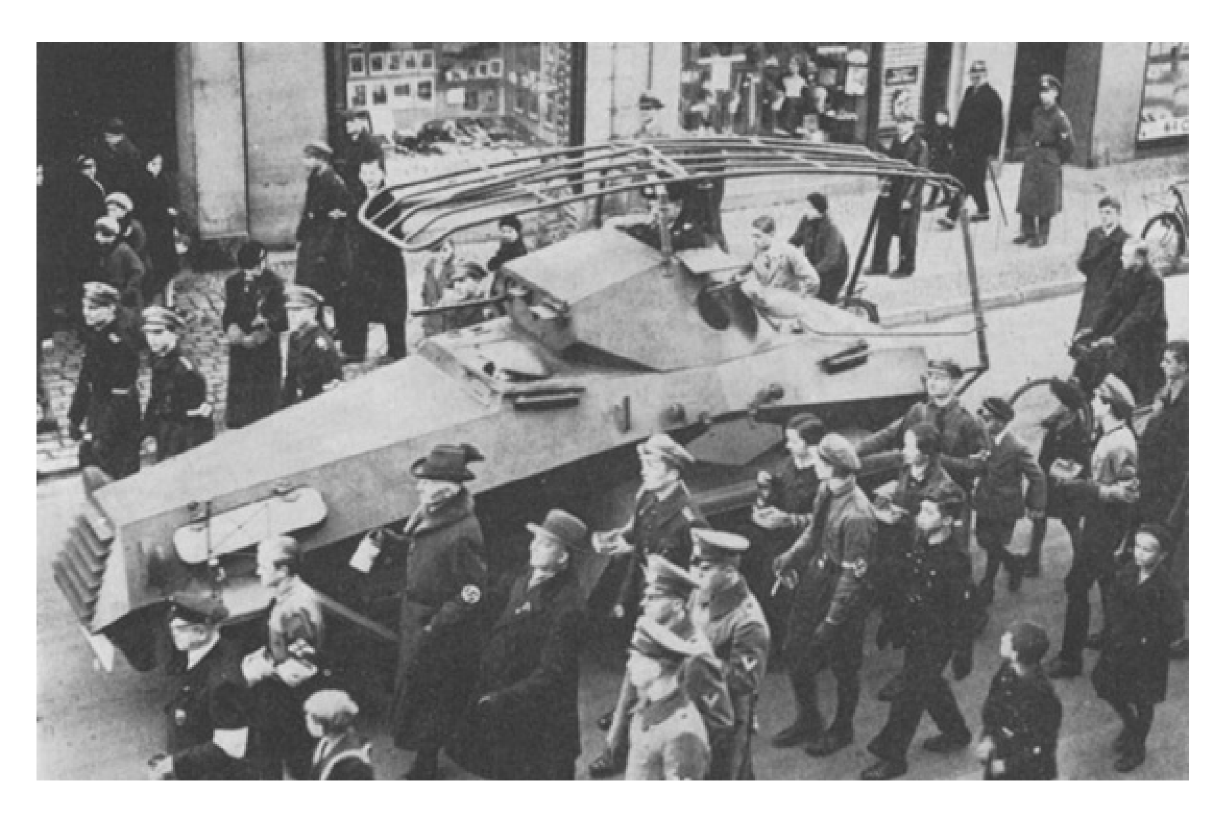
Sólo quiero narrar aquí las cosas de las que he sido testigo, ya que muchos camaradas, que salían por la mañana al trabajo, regresaban al anochecer a los barracones contando cosas que ponían los pelos de punta.

Volviendo a Heilmann, añadiré que apareció desde el primer día tan quebrantado que apenas podía andar con gran esfuerzo. Daba vueltas por la plaza, con la cabeza baja y la boca penosamente entreabierta. Al verle en aquel estado, le pusieron una carretilla en las manos y para solaz de los SS tuvo que pasear encima de ella a un abogado judío de Berlín, de muy baja estatura. Se advertía perfectamente el esfuerzo físico que aquello le costaba. El pequeño abogado, sentado en la carretilla aparecía tieso y serio como un ídolo.

Luego les llevaron a las letrinas, les entregaron unas palas y les obligaron a que se rociaran mutuamente con excrementos»[2].



Ejercicios para el futuro: destacamentos de asalto durante una demostración.



Carros blindados al servicio del bienestar.



Calaveras en un acto del Auxilio de Invierno.

Final de las gorras estudiantiles.



Casas para la vieja guardia. En la tribuna de oradores aparece el consejero de Estado, Gorlitzer.

Claro que si se consideraba la cantidad de los hechos y se admitía el «alzamiento nacional» como una revolución, cabía decir que se trataba de algunos excesos y de que en comparación con la revolución bolchevique se había vertido muy poca sangre. Por otra parte, se efectuaron moderadas gestiones de los órganos del Estado para cerrar los «campos particulares» de las SA y que la justicia ejerciera el control de los restantes como Oranienburg, Esterwegen y Lichtenburg. Pero como Heinrich Himmler y los SS consiguieron para sí la dirección y dominio de la Policía, el «encarcelamiento preventivo» no se suprimió, sino que se institucionalizó y extendió a todos los enemigos del régimen. Los campos de concentración quedaron, por otra parte, bajo un mando conjunto (el brigada de las SS, Eicke, fue quien lo ejerció) y disimulados en todo lo posible, de tal manera que se convirtieron más en

difusa amenaza que en una tangible realidad. Si se tiene en cuenta que en 1935 y en siete campos de concentración no había una cifra superior a los 10.000 reclusos, llega a comprenderse que la impresión causada en los primeros momentos en el extranjero se fuera atenuando y que incluso entre los anglosajones se fueran elevando un conjunto de voces que consideraban a la Alemania nacionalsocialista con no menor benevolencia que anteriormente la Italia fascista. Fue Lord Rothermere quien se anticipó, en el verano de 1933:

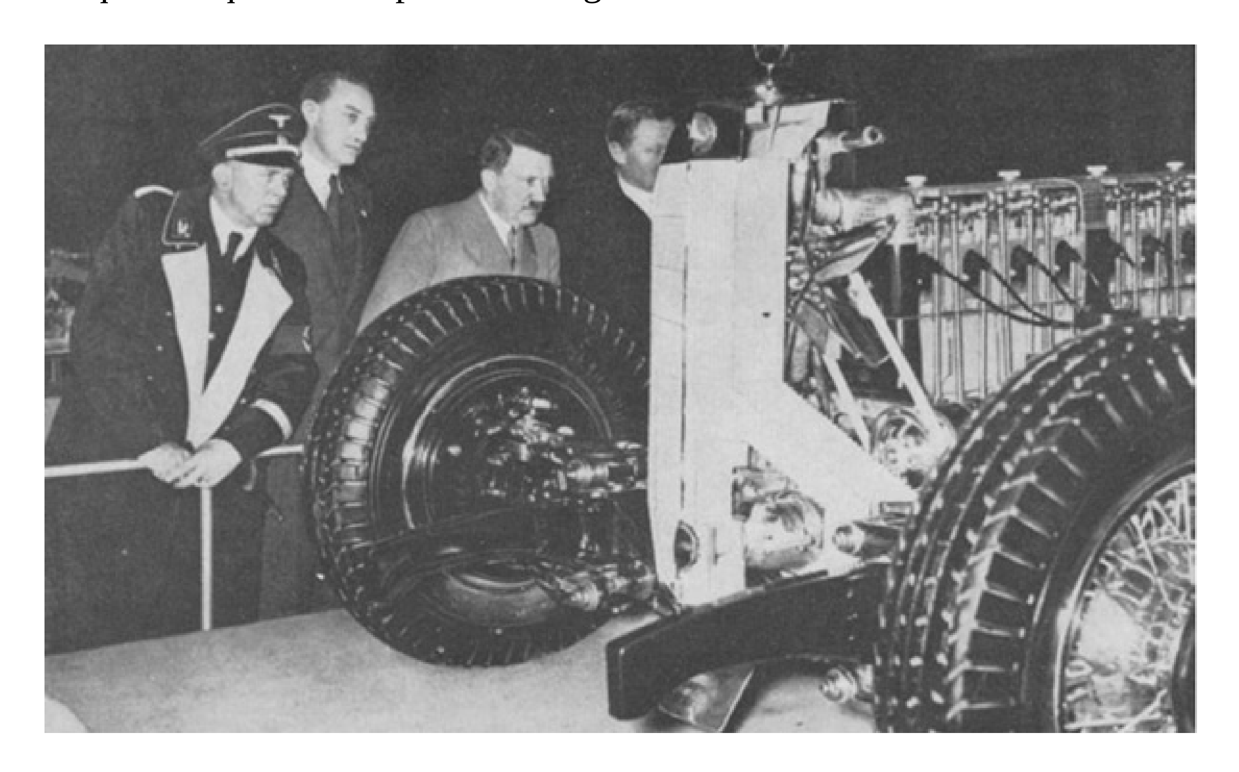
> «Esta nación de 65 millones de habitantes aparece formada detrás de Hitler con una unidad como antes nunca se ha tenido. Se trata de algo bastante más importante que la llegada al poder de un nuevo Gobierno. La juventud ha asumido el mando. Un torrente de sangre joven da al país nueva vida…
>
> El sencillo e indeclinable patriotismo de Hitler y sus seguidores siembra la máxima consternación entre nuestros comunistas de salón y comunistas culturales. Habían iniciado ya una campaña de acusaciones contra las "crueldades nacionalsocialistas", que, como puede comprobar todo visitante de Alemania, son menores a los actos de violencia que se cometen en cualquier otro país y que resultan inevitables en una gran nación que es una vez y media tan grande como la nuestra…»[3].

Otro aspecto, pero idéntico tono entusiasta, tuvieron las declaraciones de Lloyd George, que visitó a Hitler en Obersalzberg en setiembre de 1936. El doctor Paul Schmidt informa en sus memorias sobre aquella conversación:

> «De una manera algo brusca, abandonó Lloyd George los problemas políticos e hizo recaer la conversación sobre las medidas sociales "en las que Alemania se había destacado siempre". Precisamente el nacionalsocialismo había realizado en este terreno interesantes experiencias, en especial para Inglaterra.
>
> "No se trata de experiencias sino de planes bien meditados", objetó Hitler, que creyó encontrar en la palabra experimento un acento de crítica. Pero Lloyd George estaba bien lejos de querer hacer cualquier crítica. Con una locuacidad muy temperamental, que aparecía próxima al entusiasmo, habló de las medidas alemanas para la aminoración del paro obrero, del seguro de enfermedad, de las instituciones de asistencia social y del empleo del tiempo libre. Demostró tener una abundancia de información sobre el Frente del Trabajo y parecía profundamente impresionado por lo que había visto.
>
> Ribbentrop había permanecido en Obersalzberg, de tal manera que tuve que efectuar el viaje de regreso a Berchtesgaden en unión de Lloyd George. Mostró la faceta más amable de su carácter y se comportó en todo momento como un ser encantador…
>
> Su hija salió a la puerta a recibirle; saludó bromeando a su padre, brazo en alto y le dijo riendo "Heil Hitler!". El anciano Lord recobró su seriedad ante aquellas palabras y afirmó con la mayor convicción: "Sí; Heil Hitler; es lo que digo también porque se trata verdaderamente de un gran hombre"»[4].

No es difícil deducir de dónde procedía la fuerza de atracción que para una parte de la opinión pública francesa e inglesa tenía el nacionalsocialismo. Aparecía como un baluarte contra el comunismo y, a pesar de ello, no resultaba reaccionario. ¿No había sido acaso el Frente Popular francés una

prueba de que el sistema parlamentario no significaba una garantía contra las exorbitantes exigencias de los partidos obreros? ¿Y no aparecían las distintas dictaduras bastante inseguras sobre las bayonetas del Ejército? En Alemania, empero, un pueblo entero ofrecía su sacrificio para el «Auxilio de Invierno»; en Alemania había iniciado el *Führer* la gran batalla del trabajo, que conseguía incorporar cada vez más parados a los procesos productivos; en Alemania sacrificaban los alumnos superiores los antiguos signos distintivos de su privilegiada situación en aras de la comunidad popular. Cierto que el nivel de vida de extensas masas no había aumentado en proporción al gigantesco salto de la producción y los informes secretos de la SD dieron cuenta durante bastante tiempo de una extensa insatisfacción material entre la población. Pero tampoco cabe duda de que la sensación general de encumbramiento atenuaba los signos del posible descontento, y Hitler, al contrario de Stalin y posiblemente en mayor grado que Mussolini, gozaba de una popularidad casi ilimitada. No era Hitler, empero, un hombre del pueblo como Mussolini y nadie le había visto subido en una trilladora o bailando con una muchacha en la fiesta de la cosecha. Pero lo cierto es que mucho antes de que sus éxitos en política exterior le elevaran a la categoría de semidiós, era más querido que odiado por muchas gentes en Alemania.



Hitler, experto y conocedor de los motores, en la exposición del automóvil de 1937. A su lado, de uniforme, Julius Schaub.



Hitler entre los trabajadores agrícolas durante la celebración de uno de los congresos del Partido.

¿Se había convertido el país en una dictadura de desarrollo como la Rusia soviética? Precisamente la celeridad en el proceso de progresión, la inmensa popularidad de Hitler y el extendido sentido de unidad se pronuncian en contra de una afirmación en este sentido. Una verdadera dictadura de desarrollo tiene que establecer las bases de su fuerza de producción en lucha con poderosos intereses y enraizados prejuicios. En Alemania existía esta base desde hacía tiempo y la «comunidad popular» se había creado en realidad desde 1918, mediante el derrumbamiento del imperio y de su autoridad de carácter feudal. Pero una buena parte de esta base permanecía en 1932 inactiva y la nueva igualdad burguesa no había podido evidenciar, a causa de la pugna de los partidos, su aspecto positivo y sí, por el contrario, sus facetas más negativas. En grado bastante mayor que el fascista era el régimen nacionalsocialista una dictadura de realización y su fortaleza se basaba menos en los intereses particulares que en el instinto general de la necesidad de una concreta unidad (como la expresada en Inglaterra mediante la interpretación del himno nacional tras cada representación teatral o cinematográfica o en Francia con la bandera tricolor en los templos) y en las tradicionales exigencias de disciplina y subordinación de los alemanes. Por ello no podía decirse, como en el caso italiano, que la finalidad principal del régimen fuera (al menos durante largos años) la «estatificación» del movimiento obrero. Los sindicatos, que eran mucho más poderosos, opusieron una resistencia bastante menor que la CGL y la CIL en Italia: ya en la primera fiesta nacional del trabajo se comprobó que el desarrollo industrial no agravaba incesantemente la lucha de clases, sino que la neutralizaba a partir de determinado punto. No resulta posible establecer, por tanto, comparación entre la «Ley para la Ordenación del Trabajo Nacional» del 20 de febrero de 1934 con la «Carta del Lavoro», puesto que no codificaba ningún progreso social de aspecto fundamental, ya que la legislación alemana sobre el trabajo había sido siempre mucho más avanzad que la italiana. Determinaba mucho más una militarización conceptual, como así lo dio a entender poco después el propio Robert Ley, jefe del Frente del Trabajo, con sencillas palabras:

> «Nuestro ejemplo es el soldado. Materializa de la manera más patente todas estas virtudes. El pelotón sirve al verdadero socialismo mucho más que todos los discursos y manifiestos marxistas juntos. Y si queremos crear un orden social con idéntico concepto del honor, con verdadero decoro y honradez, tenemos que volver siempre al ejemplo del soldado. A este fin tienden todos los mecanismos que hemos constituido en el Frente del Trabajo. El bloque es nuestra unidad fundamental y los conceptos de "jefe" y "subordinado", tal como han quedado expresados legalmente en la Ley sobre la Ordenación del Trabajo Nacional, tienen solamente comprensión y sentido cuando la noción liberal del "empresario" se transforma en "oficial" de la economía y se

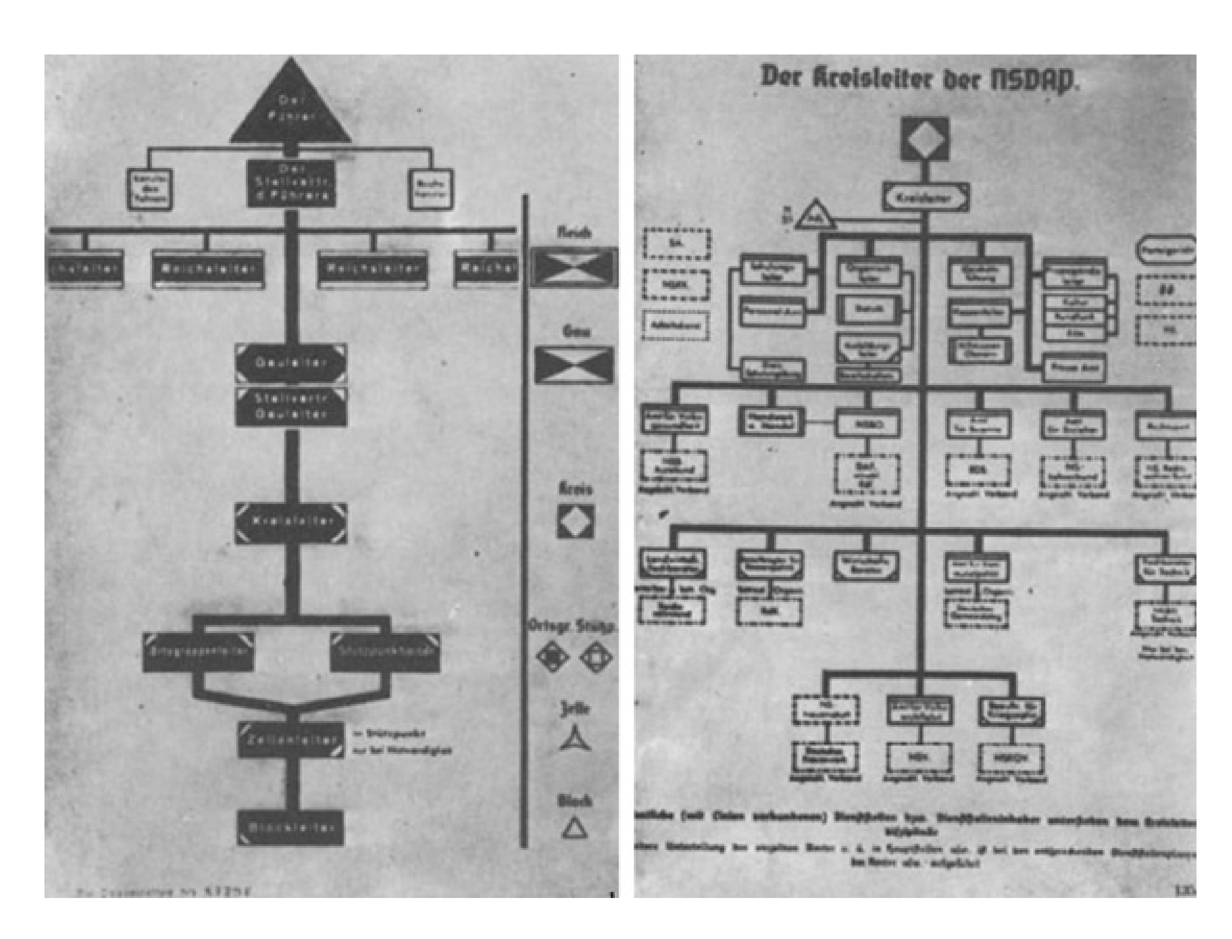
hace del “proletario” su subordinado y ambos representan el nuevo tipo del soldado del trabajo»[5].

Pero no se habría conseguido esta concreta unidad nacional que incluía sindicalistas socialdemócratas, católicos conservadores y miembros de la Liga del Reich de los ex combatientes, sin la disolución de los partidos. En su sentido último no resultaba comprensible tan sólo por sí misma y era lógico que se señalaran unos objetivos que alcanzar por parte de la comunidad nacional puesta en marcha. Igualmente, y como en el caso italiano, el partido se consideraba a sí mismo como «élite» y centro de la voluntad de esta nación movilizada.

EL PARTIDO NACIONALSOCIALISTA Y SUS ORGANIZACIONES

Si Mussolini puede definirse como una hechura del partido fascista, el NSDAP era sin ningún género de dudas obra de Hitler, pese a no haber sido éste, como en el caso de Mussolini, su fundador. Pero la organización dada por el *Führer* había sido tan temprana, los restos de los principios espontáneos habían quedado marginados tan fácil y fundamentalmente, que el lema «La ley suprema del Partido es la voluntad del *Führer*» no tenía como en Italia un sentido fuertemente polémico, sino que se trataba de la más categórica afirmación. Pese a todo ello, sería ingenuo considerar el NSDAP como una fórmula absolutamente original de Hitler. Compartía éste con su Partido los antecedentes de una determinada tradición espiritual, de la «vivencia positiva» de la guerra y del anticomunismo militante de los tiempos de posguerra; si estos orígenes habían sido en toda Europa lo suficientemente poderosos para hacer surgir partidos de tipo fascista, también hubieran creado en Alemania y sin Hitler un fuerte movimiento político de nuevo cuño. Sin embargo, al no llevarse a la práctica el plan de crear un «Senado» del Partido, al estilo del Gran Consejo fascista, quedó convertido Hitler no solamente en dueño y señor absoluto, como era respecto al Estado, sino como su verdadera y auténtica encarnación. En Hitler se concentraban, como *Führer* del Partido, aquello que un tratadista de derecho político definía en el año 1939 como las esencias del orden estatal nacionalsocialista:

«El *Führer* reúne en sí todos los poderes del Reich; todos los poderes públicos tanto del Estado como del Movimiento emanan del *Führer*. No cabe hablar, por tanto, de “poder del Estado” sino de “poder del *Führer*” cuando queremos definir el poder político en el Reich popular… El poder del *Führer* no está condicionado por ninguna clase de limitaciones, ni por derechos individuales, sino que es libre e independiente, definitivo e ilimitado»[6].



La organización del NSDAP: el nuevo esquema jerárquico. — Organigrama de una organización local.



III. Kreisleitung

Kreisleiter: Kornbraune Samtspiegel mit zwei goldenen Gardelitzen, schwarze Paspel an Spiegel, Mütze und Kragen, Mützenkordel, Knöpfe und Zweidornschnalle in Gold, Mützenband aus kornbraunem Samt.
Hauptamtsleiter: Kornbraune Samtspiegel mit zwei silbernen Gardelitzen, in der Mitte ein silberner Stern mit eingeprägtem Hoheitszeichen. Mützenkordel, Knöpfe und Zweidornschnalle in Silber. Sonst wie zuvor.
Amtsleiter: Kornbraune Samtspiegel mit zwei silbernen Gardelitzen ohne Stern, sonst wie zuvor.
Hauptstellenleiter: Kornbraune Samtspiegel mit zwei silbernen Tressenwinkeln, sonst wie zuvor.
Stellenleiter: Kornbraune Samtspiegel mit einem silbernen Tressenwinkel, sonst wie zuvor.
Mitarbeiter: Kornbraune Samtspiegel mit einem senkrechten silbernen Streifen am inneren Spiegelrand, sonst wie zuvor.

IV. Ortsgruppenleitung — Stützpunktleitung

Ortsgruppenleiter: Hellbraune Tuchspiegel mit zwei goldenen Gardelitzen, hellblaues Paspel an Spiegel, Mütze und Kragen, Mützenkordel, Knöpfe und Zweidornschnalle in Gold, Mützenband aus Mützengrundstoff.
Stützpunktleiter: Hellbraune Tuchspiegel mit einer goldenen Gardelitze, sonst wie zuvor.
Amtsleiter: Hellbraune Tuchspiegel mit zwei silbernen Gardelitzen, Mützenkordel, Knöpfe und Zweidornschnalle in Silber, sonst wie zuvor.
Zellenleiter: Hellbraune Tuchspiegel mit zwei goldenen Tressenwinkeln, hellblaues Paspel an Spiegel, Mütze und Kragen, Mützenkordel, Knöpfe und Zweidornschnalle in Gold, Mützenband aus Mützengrundstoff.
Blockleiter: Hellbraune Tuchspiegel mit einem goldenen Tressenwinkel, sonst wie zuvor.
Hauptstellenleiter: Hellbraune Tuchspiegel mit zwei silbernen Tressenwinkeln, sonst wie bei Amtsleiter der Ortsgruppe.
Stellenleiter: Hellbraune Tuchspiegel mit einem silbernen Tressenwinkel, sonst wie zuvor.
Mitarbeiter: Hellbraune Tuchspiegel mit einem senkrechten silbernen Tressenstreifen am inneren Spiegelrand, sonst wie zuvor.

V. Verleihung von Dienstrangen in der NSDAP.

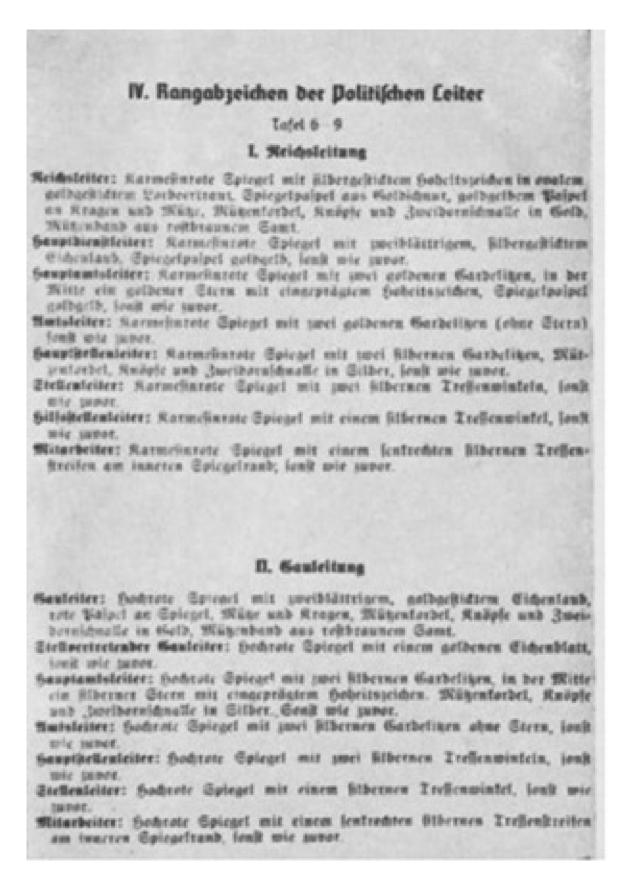
Dienstränge dürfen nur für die Leiter solcher Dienststellungen beantragt bzw. verliehen werden, welche auf Grund des vom

Reichsorganisationsleiter, Hauptorganisationsamt

genehmigten Organisationsplanes zugelassen sind, sofern nicht der Führer bzw. der Stellvertreter des Führers sich Ausnahmen vorbehalten.



El NSDAP como Estado paralelo uniformado: uniformes de servicio. — Distintivos de graduación de los jefes políticos.



IV. Rangabzeichen der Politischen Leiter

Tafel 6–9

I. Reichsleitung

Reichsleiter: Karmesinrote Spiegel mit silbergesticktem Hoheitszeichen in ovalem, goldgesticktem Lorbeerkranz, Spiegelpaspel aus Goldschnur, goldgelbem Paspel an Kragen und Mütze, Mützenkordel, Knöpfe und Zweidornschnalle in Gold, Mützenband aus rotbraunem Samt.

Hauptdienstleiter: Karmesinrote Spiegel mit zweiblättrigem, silbergesticktem Eichenlaub, Spiegelpaspel goldgelb, sonst wie zuvor.

Hauptamtsleiter: Karmesinrote Spiegel mit zwei goldenen Gardelitzen, in der Mitte ein goldener Stern mit eingeprägtem Hoheitszeichen, Spiegelpaspel goldgelb, sonst wie zuvor.

Amtsleiter: Karmesinrote Spiegel mit zwei goldenen Gardelitzen (ohne Stern) sonst wie zuvor.

Hauptstellenleiter: Karmesinrote Spiegel mit zwei silbernen Gardelitzen, Mützenkordel, Knöpfe und Zweidornschnalle in Silber, sonst wie zuvor.

Stellenleiter: Karmesinrote Spiegel mit zwei silbernen Tressenwinkeln, sonst wie zuvor.

Hilfsstellenleiter: Karmesinrote Spiegel mit einem silbernen Tressenwinkel, sonst wie zuvor.

Mitarbeiter: Karmesinrote Spiegel mit einem senkrechten silbernen Tressenstreifen am inneren Spiegelrand; sonst wie zuvor.

II. Gauleitung

Gauleiter: Hochrote Spiegel mit zweiblättrigem, goldgesticktem Eichenlaub, rote Paspel an Spiegel, Mütze und Kragen, Mützenkordel, Knöpfe und Zweidornschnalle in Gold, Mützenband aus rotbraunem Samt.

Stellvertretender Gauleiter: Hochrote Spiegel mit einem goldenen Eichenblatt, sonst wie zuvor.

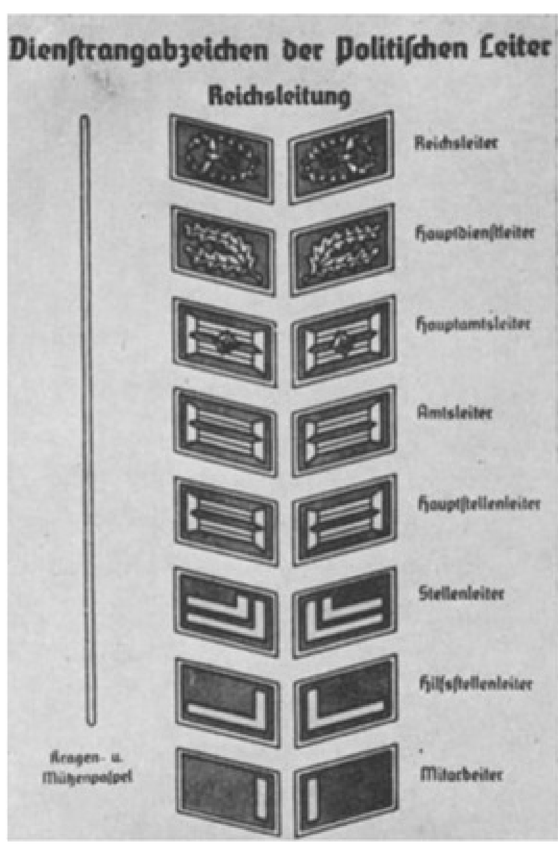
Hauptamtsleiter: Hochrote Spiegel mit zwei silbernen Gardelitzen, in der Mitte ein silberner Stern mit eingeprägtem Hoheitszeichen. Mützenkordel, Knöpfe und Zweidornschnalle in Silber. Sonst wie zuvor.

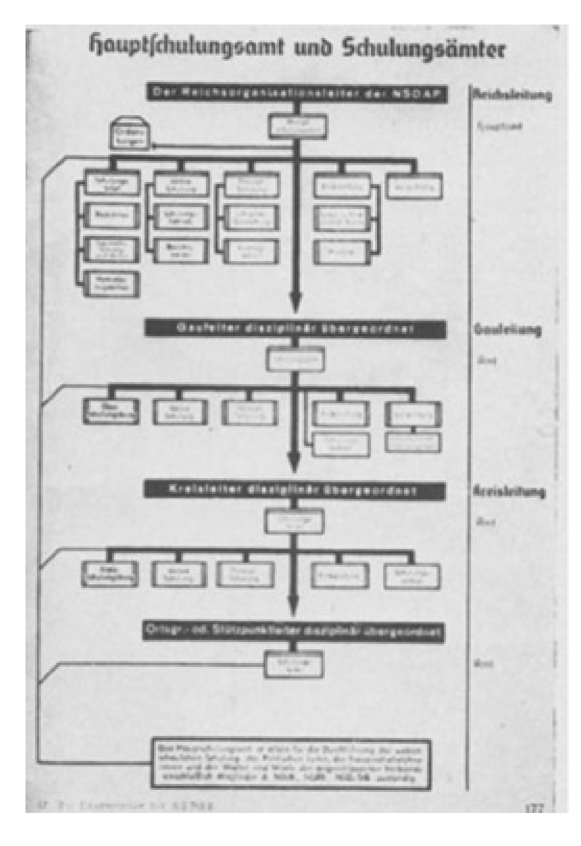
Amtsleiter: Hochrote Spiegel mit zwei silbernen Gardelitzen ohne Stern, sonst wie zuvor.

Hauptstellenleiter: Hochrote Spiegel mit zwei silbernen Tressenwinkeln, sonst wie zuvor.

Stellenleiter: Hochrote Spiegel mit einem silbernen Tressenwinkel, sonst wie zuvor.

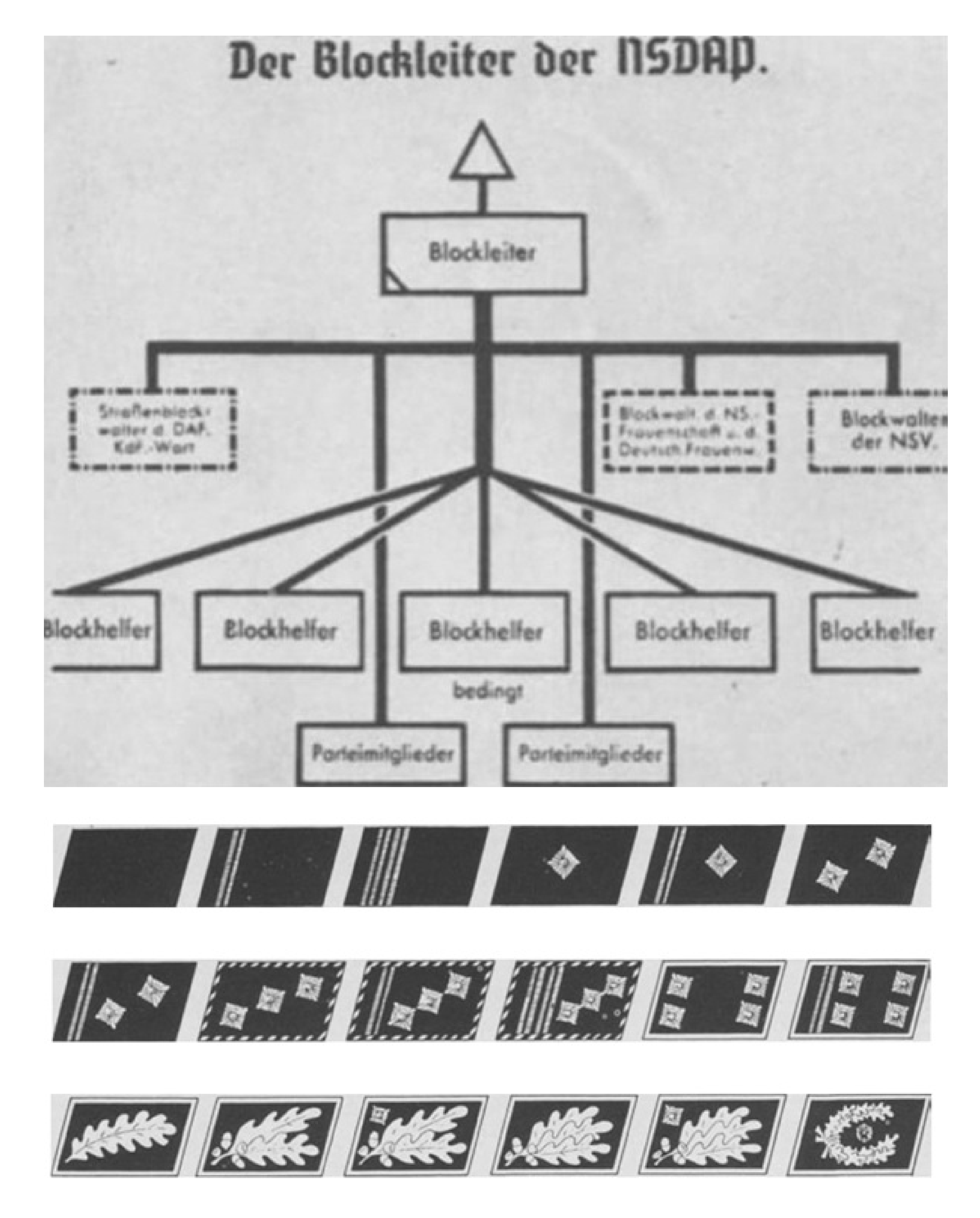
Mitarbeiter: Hochrote Spiegel mit einem senkrechten silbernen Tressenstreifen am inneren Spiegelrand, sonst wie zuvor.







Esquema de la organización de las «fortalezas ideológicas» contra el «intelectualismo judío». — Los grados inferiores del sistema. — Un distintivo para el Partido y para cada una de sus diferentes secciones.



Distintivos de mando de las SA.

Cierto que este auténtico concepto «oriental» del poder, opuesto a todas las tradiciones europeas y germánicas, no fue nunca enteramente llevado a la

práctica, y que el Partido, en 1933 y a pesar de todo el aparato paraestatal organizado, no estaba dispuesto ni tenía por su parte suficiente voluntad para asumir el poder del Estado. No menos verdad era empero que el NSDAP, después de 1933, con su jefatura nacional, sus grupos ^provinciales, sus jefaturas locales y comarcales, parecía ser a un tiempo copia y control de la burocracia estatal. Pero iba mucho más allá que esta misma. Con la organización de sus «bloques» (formados por 40 a 60 casas) penetraba más profundamente en la sociedad que en el Estado; apoyado por los propios auxiliares, administradores y administradoras de bloque del Frente Alemán del Trabajo, podían dirigir, observar y controlar hasta el menor y más íntimo representante de cada familia. Por su parte, las jefaturas de distrito no estaban formadas solamente por un personal y un departamento administrativo, como era el caso de la administración estatal, sino por un jefe de adoctrinamiento, uno de propaganda y el encargado de la política racial, cargos éstos que no tenían equivalente en la administración del Estado. En el seno de la jefatura nacional del Partido no solamente podía encontrarse una oficina de Asuntos Exteriores, sino también el puesto de comisionado del *Führer* para velar por la fuerza política del NSDAP, la oficina de Asuntos Coloniales y la oficina de la política racial del Partido. Aquella que hasta 1933 había sido una esfera de organizaciones sociales independientes, enfrentadas muchas veces con el Estado, fueron reorganizadas como secciones enteramente dependientes del Partido. Los sindicatos quedaron transformados en el Frente Alemán del Trabajo; los mutilados de guerra en la Liga nacionalsocialista de Víctimas de la Guerra; las organizaciones agrarias en el Servicio de Alimentación del Reich; las agrupaciones de maestros y profesores en la Liga Docente; los colegios profesionales de juristas, en la Liga de Juristas, etc., etc. El Partido se extendía así bastante más que el Estado y en su vértice superior, el *Führer* encarnaba el ilimitado poder. Y sin embargo, el NSDAP desempeñaba en Alemania un papel de alcance bastante menor que el PNF en Italia, puesto que si bien existían leyes sobre las relaciones entre Partido y Estado, faltaba un auténtico «estatuto del Partido». Al frente de éste aparecía como «lugarteniente del *Führer*» un hombre, Rudolf Hess, con mucha menos personalidad que Farinacci o incluso Starace, y el jefe nacional de las organizaciones, Robert Ley, no tenía ni con mucho la talla de su asesinado antecesor, Gregor Strasser. Por todo ello, el objetivo más importante fue conseguir que los «miembros» militares del NSDAP, las SA y las SS, gozaran de una mayor autonomía que las formaciones similares del PNF y esta autonomía fuera haciéndose con el tiempo cada vez mayor. Las SA venían a

ser, en cierta manera, la prolongación del movimiento de los cuerpos francos. No sin graves conflictos había podido hacer Hitler de sus hombres «soldados políticos», pero todavía en 1933, su jefe Ernst Rohm aparecía como un ex combatiente que llevara a efecto una acción política al lado de Hitler más que como un subordinado que estuviera a sus órdenes. Las SA no habían luchado, como las escuadras fascistas, en unas pugnas muy semejantes a una guerra civil, pero se consideraban a sí mismas como las fuerzas de asalto de la revolución nacionalsocialista y miraban con bastante desdén a los civiles encuadrados en las filas del partido. Este espíritu tenía también su expresión en sus canciones y como el ejemplo más representativo aparece el *Libro de Cantos de la SA de Silesia*, que el «Obergruppen» Heines recopiló personalmente y en 1933 alcanzó cinco ediciones.

Tan patente como en la MVSM el origen de D'Annunzio aparecía allá la ascendencia de los cuerpos francos:

Luchamos bajo banderas extranjeras; no lo hacemos por soldada de oro
Y si nos preguntáis por nuestro nombre: somos la División de Hierro.
Somos los soldados férreos y hacemos guardia y defendemos el Este,
Llevamos en nuestras banderas la Gran Alemania y su ejército.[7]

Asimismo se recordaban las luchas sostenidas en el interior de Alemania:

Vosotros, soldados de ataque, jóvenes y viejos, coged las armas en la mano;
El bolchevique penetra, temible, en la patria alemana.
Ciento diez cartuchos colgados; bien apretado el fusil,
Y las granadas en la mano; ¡ya podéis venir, bolcheviques![8]

Pero en Alemania no se trataba solamente de combatir a los bolcheviques y tampoco estaba orientada contra ellos la entera enemistad:

La emboscada y satisfecha burguesía no nos preocupa demasiado.
Amanece ya el gran día en que su juego tocará fin.
El nacionalsocialista lucha por el pan y la justicia.
Quien no forma en nuestras filas seguirá siervo eternamente.[9]

Mucho más acentuada aparece en esta otra canción la independencia interna frente al concepto del adversario:

A la lucha, siervos de la máquina y formar frente, colonia de esclavos.
¿No escucháis la voz de la conciencia, la tormenta que suena en vuestros oídos?
Sí; hasta arriba, donde está el sol, con nosotros está el tiempo nuevo.
Si todos se amedrentan, con los puños cerrados estamos nosotros dispuestos a lo último.
Y subiremos alto, muy alto, a pesar del odio y la prohibición,
Y todo SA gritará jubiloso «Heil Hitler!» mientras derribamos el trono judío.[10]

La función de diversión técnica del antisemitismo, que en Italia no había sido necesaria por la indisimulada violencia de las luchas civiles, aparece patente en muchas de estas estrofas:

Somos las columnas de ataque; vamos siempre adelante.
Estamos en las primeras filas y atacamos firme; con la frente empapada de sudor y estómago vacío,
El fusil asido en la mano encallecida y dura.
Estamos las columnas de asalto dispuestas para la lucha de raza.
Cuando los judíos desaparezcan, estaremos liberados.
No queremos tratos con el Zentrum, pues no serían posibles.
Con nuestro Adolfo Hitler atacaremos firmes.
La granada de mano en el cinto y el fusil al hombro.
Marchan las columnas de asalto hacia la victoria.
Al judío le entran temblores y cierra pronto la caja del dinero.
Cuenta hasta el último penique de la cuenta del pueblo.[11]

En otras ocasiones, las canciones adquirían, como en el presente caso, una violencia más generalizada:

¿No ves en el Este un signo de libertad en el sol que se levanta?
Juntos estaremos en la vida y la muerte; que ocurra lo que sea.
¿Por qué vacilar? ¡Basta de discordia! Todavía circula sangre alemana por las venas.
¡Pueblo a las armas! ¡Pueblo a las armas!
Jóvenes y viejos, hombres de todas clases alzan la bandera de la cruz gamada.
Ciudadanos, campesinos, obreros; agitan la espada o el martillo.
¡Despierta, Alemania! ¡Muerte al judío!
¡Pueblo a las armas! ¡Pueblo a las armas!

Al igual que en Italia no se había dado la lucha de razas, tampoco se encontraba un paralelo que describiera la futura lucha de liberación:

¿Conocéis el país de la tiranía? Es Checoslovaquia.
Desde el 6 de marzo, la sangre hermana corre como un río rojo.
¡Nos llama pidiendo la libertad! ¡Allá, hermanos!
Llega el momento para la «chequería»; nuestra ira va a descargar.
Desde el 4 de marzo, la sangre hermana corre como un río rojo.
¡Nos llama pidiendo libertad! ¡Allá, hermanos, allá![12]

El círculo se cierra cuando los recuerdos de la inmediata posguerra vienen a resultar anticipaciones para el futuro:

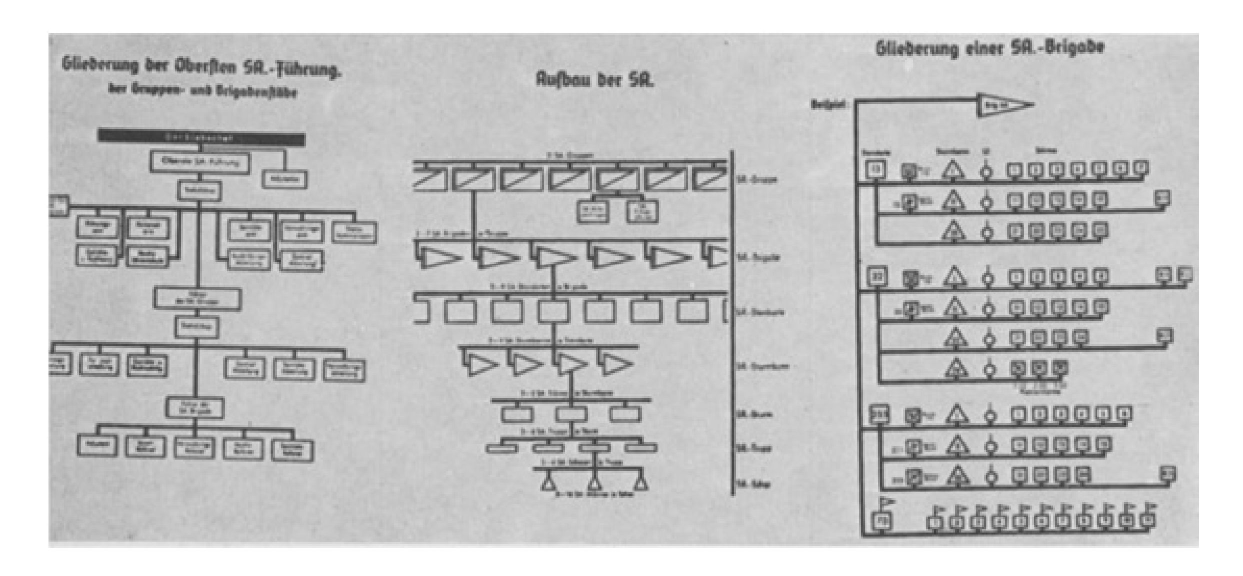
Toca, pequeño tambor, queremos marchar sobre Rusia.
Queremos penetrar en Rusia para demostrar nuestra fuerza para ello.
En el camino florecerán rosas silvestres; sí, florecerán cuando el MGK penetre en Rusia.[13]



La particular «lucha de clases» del nacionalsocialismo: ofensiva contra los judíos.



Las SA: otra vez «lucha de clases» en 1933.



Organigrama de la jefatura superior de las SA en 1938.

El sustrato de las SA aparece bien patente en todas estas canciones, a las que había que añadir las tradicionales de loa y ensalzamiento a Alemania, las canciones de los movimientos juveniles y aquéllas, innumerables, de la tradición militar alemana, desde los tiempos de los lansquenetes a la guerra mundial.

Pero cuando Rohm y Heines fueron muertos a tiros y su memoria envuelta en el desprecio al ser tachados de homosexuales, las SA volvieron a ser lo que

hasta 1933: una especie de liga de antiguos combatientes. En su lugar se acrecentaron los efectivos y el poder de la «Orden Negra», las SS, que en pocos años adquirió un poder sin parangón que inútilmente puede hallarse en la historia mundial.

El objetivo específico de las SS era al principio enteramente defensivo: la seguridad del Partido y en especial de la persona del *Führer*, mientras que las SA encarnaban el elemento masivo, progresivo y revolucionario. En sus orígenes podían compararse así las SS a los «Moschettieri del *Duce*» y la semejanza se acrecentó cuando en 1933, Hitler formó con 120 hombres especialmente elegidos el «Leibstandarte Adolf Hitler», una especie de guardia de corps. Pero no era casual que «seguridad» fuera un vocablo fundamental del nacionalsocialismo y tampoco se habían aprendido en balde las lecciones del adversario. El origen revolucionario a partir de una intención conservadora y el impulso de cambio a partir de una base de estabilidad, que el nacionalsocialismo en conjunto demostraba, no era tan patente en ningún otro aspecto como en el ejemplo de las SS. Fue la Policía, que Himmler convirtió en su exclusivo dominio; los Destacamentos de la Calavera vigilaban a los enemigos del Estado en los campos de concentración; la tropa reglamentaria SS (Waffen SS) fue empleada por Hitler incluso hasta iniciarse la guerra en tareas interiores de seguridad. Y la «conservación», en especial «la conservación de la buena sangre», fue el concepto central de la «Orden», que como buena «tropa doctrinal» no conocía otra ley suprema que la ejecución ilimitada de las órdenes «políticas» del *Führer*. Es decir, de aquellas órdenes que escapaban al marco de las normas éticas corrientemente admitidas. Conservador en grado sumo fue, en plena guerra, el contenido de los cuadernos de formación de las SS, con sus fotografías de hogares campesinos, niños rubios y «Ordensburger», literalmente, castillos de la «Orden» o residencias-cuarteles de sus miembros. Pero era un conservadurismo que se distinguía precisamente por su retroceso hacia las propias raíces y que en sus ataques contra la descomposición existente y sus presuntas causas, se veía obligado a mostrarse cada vez más radical. Este espíritu de las SS encontró su sistemática compilación en el escrito «Transformación de nuestra lucha», publicado por Reinhard Heydrich en el año 1935, bastante antes de haber ascendido al puesto de todopoderoso jefe del «Organismo de la Seguridad del Reich»:

> «Al igual que la vida de la Naturaleza, constituye la existencia de los pueblos una lucha eterna entre los fuertes, nobles y racialmente superiores y los débiles, la generalidad de los infrahumanos. La manera como se lleva esta lucha es variable y depende de las circunstancias.

Depende sobre todo esa forma de la pugna, de quien ostenta en un determinado momento la supremacía.

La lucha de nuestro *Führer* y del movimiento comenzó en un momento preeminente para la infrahumanidad, que se hallaba en camino de obtener, a través del bolchevismo, un dominio abierto, brutal y absoluto. Desde fuera del Estado no podía obtenerse la victoria sobre aquel adversario. Pero también la reconstrucción interna del Estado y el pueblo aparecía imposible desde fuera. Así es que el *Führer* señaló a sus seguidores un objetivo inmediato: “La conquista del poder estatal”.

Los medios para alcanzar este objetivo fueron los mismos que los utilizados por el adversario: elecciones, asambleas, organización de las masas. Cuando el objetivo próximo quedó alcanzado, la mayor parte de los correligionarios creyeron que con la derrota de las organizaciones adversarias habían desaparecido los enemigos.

En realidad, ellos habían visto y combatido tan sólo a los partidos enemigos. No se les aparecía claramente que estos partidos no eran más que la exteriorización de unas fuerzas espirituales que al combatir a Hitler y el NSDAP combatían a Alemania y cuyo máximo anhelo era aniquilar a Alemania, su sangre, su espíritu y suelo.

Ello significa que para nosotros ha cambiado la forma de la lucha tan sólo, pero no la lucha en sí. Las fuerzas impulsoras del adversario subsisten idénticas: el judaismo y la fracmasonería mundiales y una buena parte de la masa de sacerdotes que abusan de sus confesiones religiosas. Ocultan con sus mil apariencias y aspectos la meta principal, que es la aniquilación de nuestro pueblo, así como de sus fuerzas raciales, espirituales y territoriales.

Es necesario que reconozcamos por nuestra parte que la lucha se ha hecho más profunda. No se puede llevar a cabo ya con medios tácticos.

Tenemos que aprender a reconocer a los enemigos en la historia de los últimos milenios. Comprobaremos entonces que por primera vez hemos atacado al enemigo en las propias raíces de su poder. ¿Es acaso extraño, por tanto, que se debata y defienda con todas sus fuerzas? ¿De que trate de tocar con todos sus registros la música de una lucha en la que tiene experiencia secular?

Tenemos que reconocer que este enemigo no puede vencerse tan sólo con los instrumentos externos del aparato estatal, puesto que el adversario tiene sus ramificaciones extendidas por todo el conjunto de nuestro ser nacional. Hemos de reconocer así de una manera implícita, que hasta estos últimos años el enemigo estaba en el mejor camino para ganar a los alemanes de manera sistemática, mediante la infiltración sutil en su ánimo y su carácter, hasta el punto de envenenarles y hacerles abandonar sus rasgos de hombres nórdicos. Como en cada lucha verdadera, en ésta aparecen dos probabilidades: o vencemos radicalmente al enemigo o será nuestro el derrumbamiento…

Al contrario del enemigo tangible, al oculto no puede asírsele encuadrado en organización alguna. Trabaja de un manera ilegal y acaso a nuestro mismo lado sin que nos demos cuenta de su presencia.

Las ramificaciones de esta red son considerables. Una enumeración detallada se haría aquí imposible.

El lego en la materia solamente puede reconocer estas ramificaciones según la actuación que llevan. Se intenta subterráneamente torpedear las leyes que se promulgan. Se intenta conseguir la financiación para estrangular la labor del Estado y el movimiento en sus sectores más vitales.

En las investigaciones sobre la prehistoria se trata de mantener la dirección de las excavaciones y otros medios similares en manos de elementos impopulares, de tal manera que pueda seguir sosteniéndose la tesis de la “ausencia de cultura” de nuestros antepasados.

¿Qué exigencias nos plantea este nuevo aspecto de la lucha a nosotros, hombres de las SS? En primer lugar, nos obliga a observarnos a nosotros mismos. Mediante una constante introspección, debemos afirmar y mantener en nuestro interior los eternos principios de la ideología y la concepción del mundo que nos ha transmitido nuestro *Führer*. Tenemos que hacer esto para conseguir una identidad de pensamiento, de tal manera que cada cual piense de igual manera sobre cada adversario y le rechace fundamentalmente, sin ninguna clase de excepciones personales, de carácter egoísta o compasivo. Para mantener unido a nuestro pueblo, hemos de

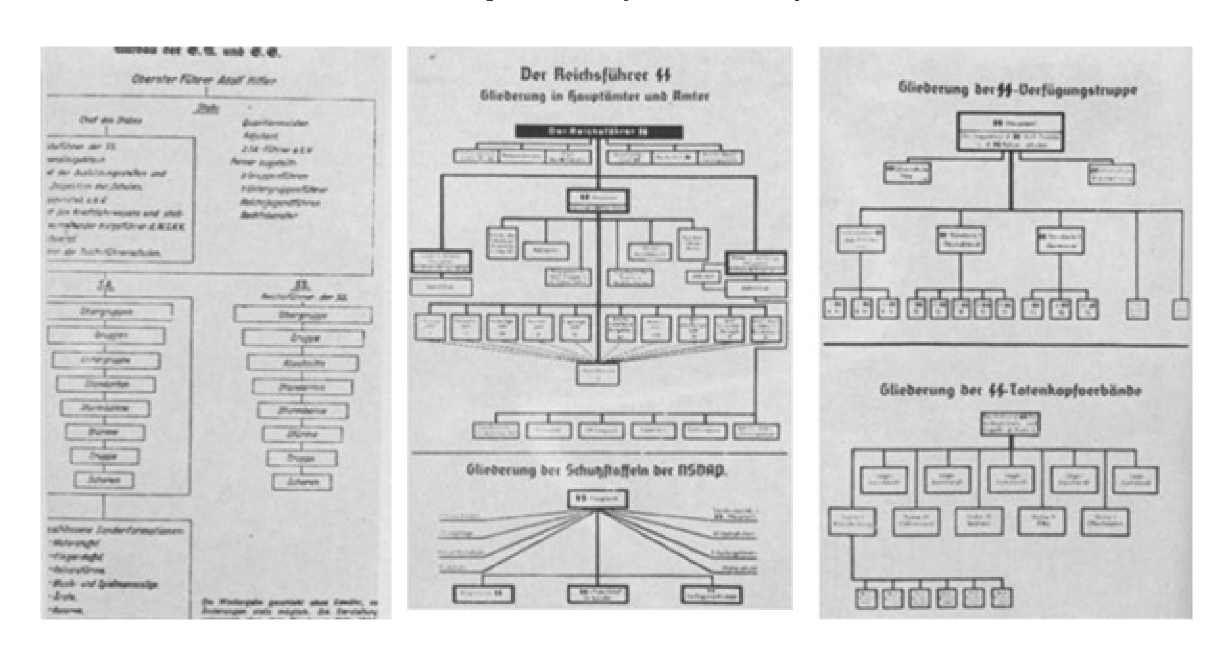
mostrarnos implacables con el enemigo, aun a costa de arrostrar el peligro de que nos tachen de inhumanos y faltos de objetividad. Si como nacionasocialistas no cumpliéramos con la misión que tenemos encomendada por haber sido demasiado objetivos y humanos, el juicio sobre nosotros sería implacable. Se diría que no habíamos cumplido nuestro objetivo ante la Historia. Si alguien es nuestro adversario, hay que considerarlo, de manera subjetiva y sin excepción, como enemigo. Si, por ejemplo, y a causa de un falso sentimiento de compasión, cada alemán quisiera salvar a un "honesto" judío o francmasón perteneciente al círculo de sus conocidos y librarle del justo castigo, serían en total sesenta millones de excepciones con las que habría que contar.

La labor con nosotros mismos tiene que ser estricta y dura. Tenemos que profundizar en los buenos elementos hereditarios de nuestro germanismo. Tenemos que ser los más justos, los más fieles y no tiene que haber camaradería mejor que la nuestra. Para ello es preciso que nos mostremos inflexibles con las propias carencias y deficiencia en nuestras propias filas. Para demostrar la justeza de los principios que animan a nuestra comunidad y la selección que la misma representa, hemos de ser los mejores en todos los terrenos. En el marco del deber militar, debemos mostrarnos los mejores reclutas; en el ámbito de los deportes, ser también los primeros. También en el aspecto profesional, el miembro de las SS tendrá que ser el mejor técnico, tanto en la teoría como en la práctica. Queremos eliminar para siempre el concepto del técnico apolítico que tan nocivo se ha revelado para la comunidad nacional. Tenemos que ampliar el conocimiento sobre nuestros antepasados y profundizar en todos sus aspectos. Se trata de conocer todos los valores que Dios ha dado a nuestro pueblo: nuestra sangre, nuestra ascendencia, nuestro verdadero pasado histórico. A ello pertenece también nuestro antiguo concepto de nacionalidad, que extiende sus raíces por el tiempo, mucho más allá de las épocas de transición y mucho más allá de estos ocho siglos tan decisivos, empero, para el germanismo.

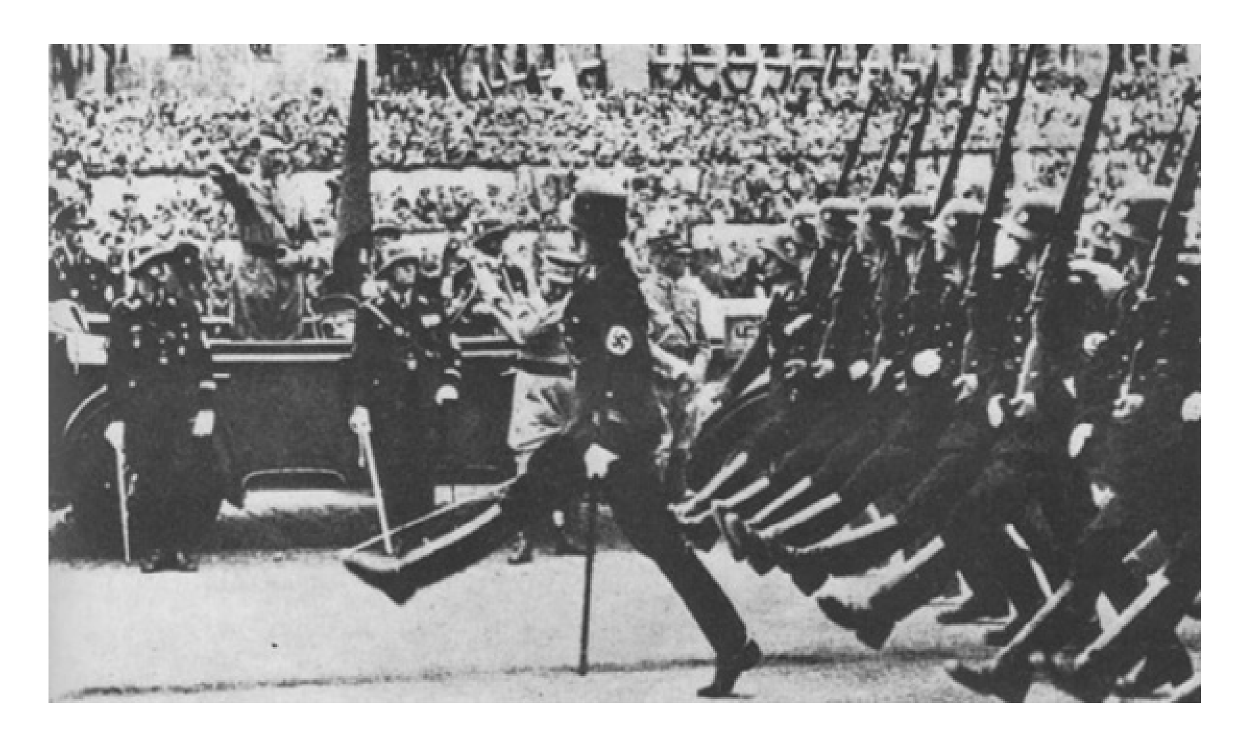
Tenemos que vivir de una manera ejemplar, de acuerdo con las eternas consignas dadas por el *Führer* y tratar de ganar ideológicamente, luchando de una manera positiva, aquellos que en los primeros meses no hayan conseguido ponerse a nuestro paso y situarse a nuestro nivel. A todos estos, que no consigan penetrar hasta la esencia Je la idea, tenemos que conquistarles personalmente de hombre a hombre, mediante nuestro rendimiento y la fuerza de nuestra fe, pues como movimiento nacionalsocialista tenemos que ser el lazo de unión entre el alto pasado cultural de nuestro pueblo y los futuros milenios de la historia de este mismo pueblo alemán. Y particularmente nosotros, los SS debemos ser la fuerza de choque ideológica, las secciones de defensa de las ideas del *Führer* y, al mismo tiempo, cumplir las tareas de la política y ser el cuerpo defensivo interior del Estado nacionalsocialista»[14].



Miembros de los cuerpos francos junto a las SA y al lado de ellas.



Diversos esquemas de organización de las SS. El primero de la izquierda, según la organización El segundo, según la reorganización de 1937, y el tercero, la organización de los destacamentos en este mismo año.



La SS: ¿gigantesca fuerza de Policía para un pueblo entusiasta? Desfile de las tropas de reglamento ante el *Führer*, en 1937.



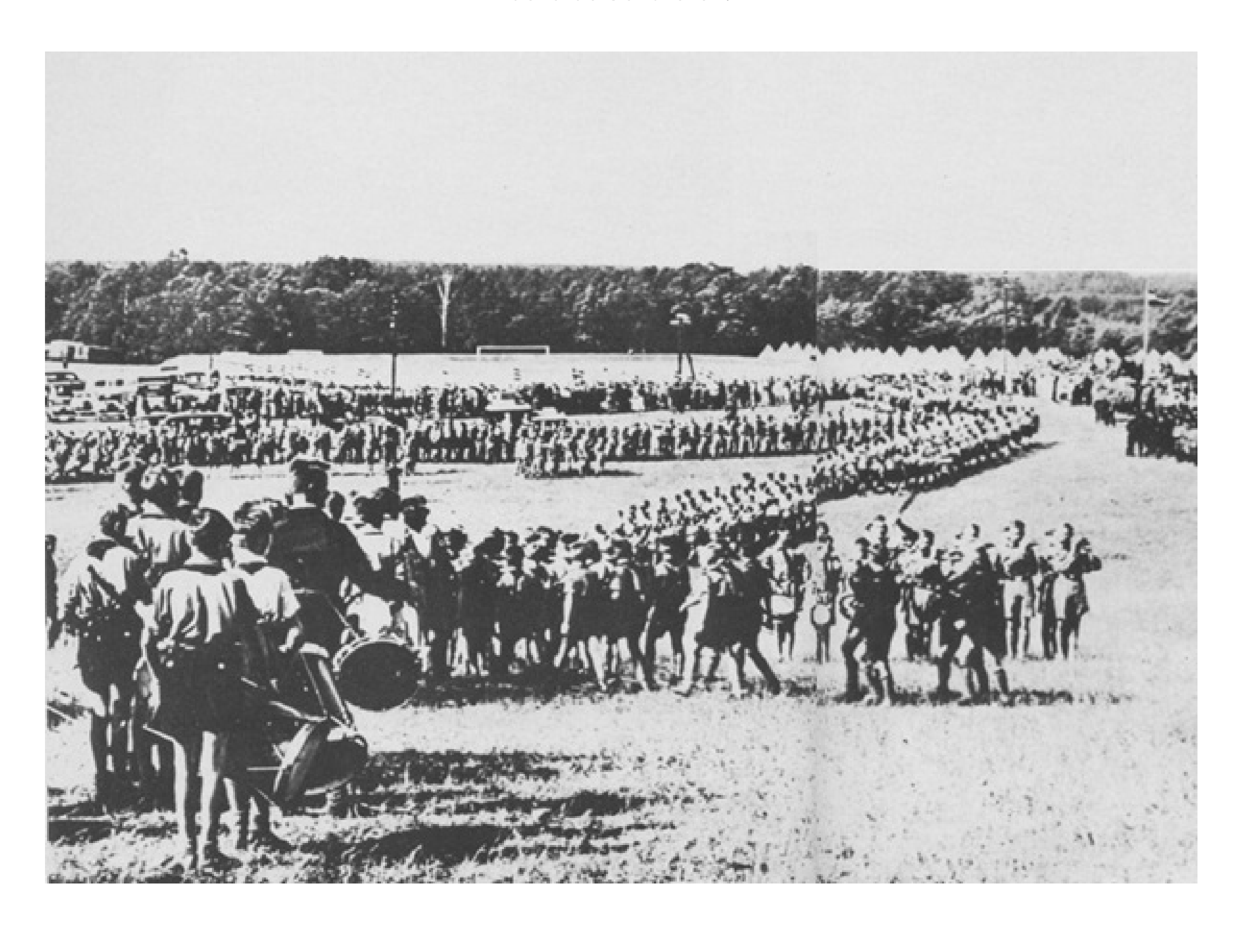
Los adversarios caricaturizados: curas y reaccionarios. La caricatura de los adversarios: curas y judíos.



La caricatura de los adversarios: curas y judíos.

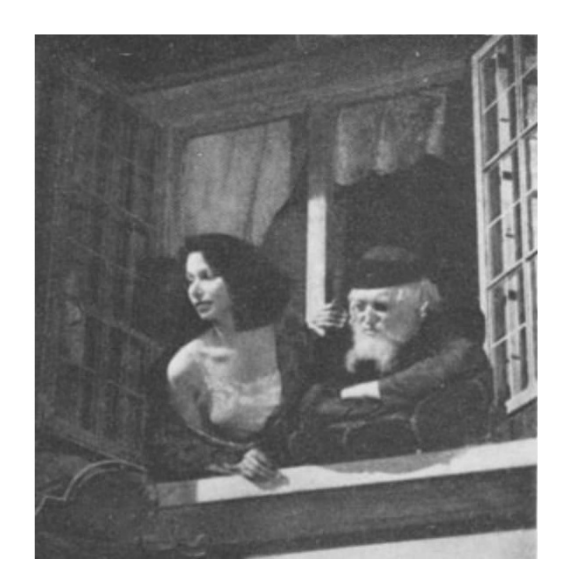


Algo sin paralelo en la Italia fascista: los «Ordensburg» o residencias de las SS. En la foto: patio interior de la de Sonthofen.



Igual que en Italia: campamentos y marchas de la juventud.





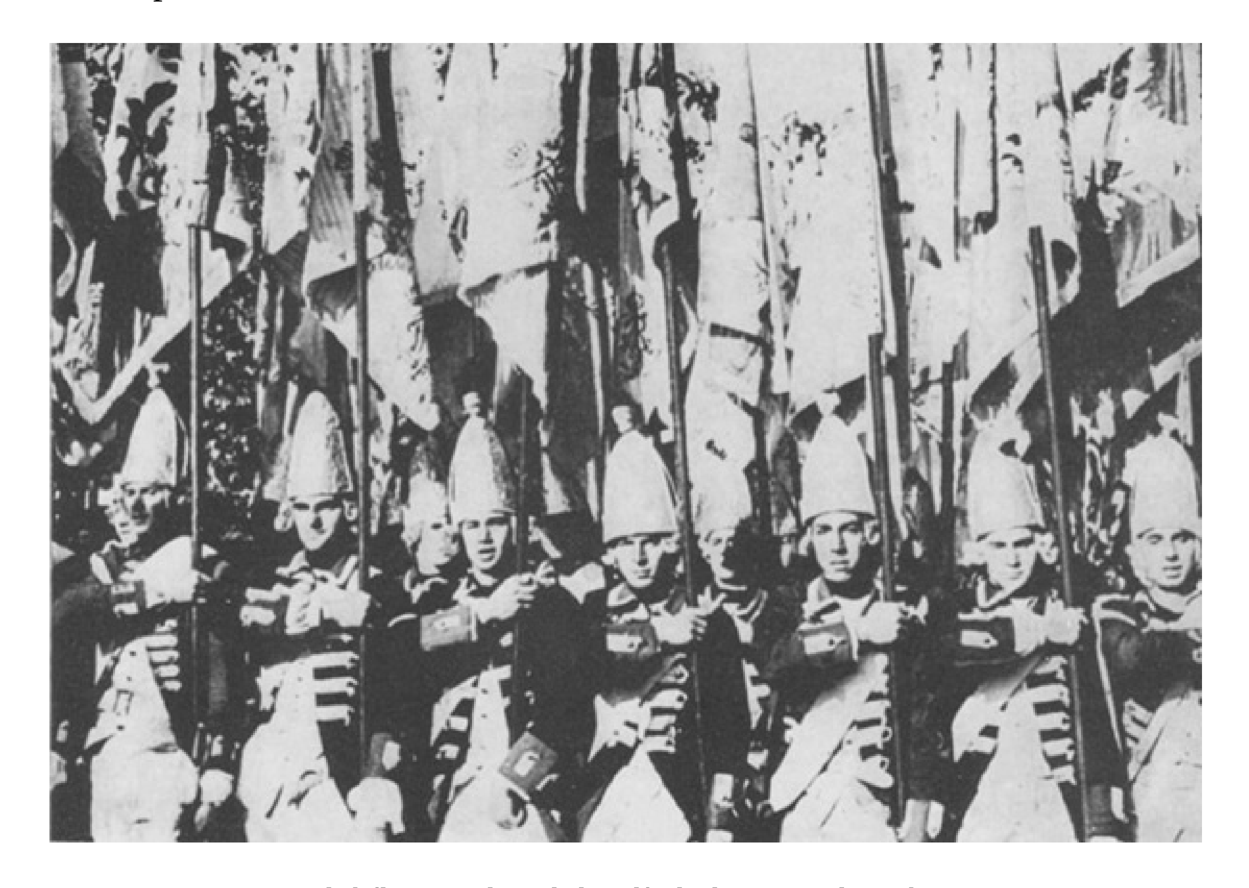


Propaganda del partido: una escena de la película de Karl Ritter, El joven hitleriano Quex.

Las SS eran, empero, tan sólo la afilada punta de la flecha y sabían perfectamente que con su ideología de orden cerrado no podrían llegar a ser nunca populares. La gran masa del pueblo no permaneció por ello fuera de la influencia del Partido, aunque en otro orden de cosas. A los habituales miembros del Frente de Trabajo Alemán se les exigía solamente un trabajo puntual y el KdF[*], organización del Frente de Trabajo, la cual premiaba a los

trabajadores por los trabajos realizados durante medio siglo de fatigosos esfuerzos. Diversas gradaciones existían entre ambos extremos: con la formación de los «Ordensburgen», el Partido contrapesó de una manera patente el riesgo de caer en una simple organización de masas; las Juventudes Hitlerianas se vieron, con la creación de las Escuelas «Adolf Hitler» financiadas por la administración docente del Estado, una especie de escuelas preparatorias para las SS; las Universidades permanecieron, a pesar de la sangría efectuada en 1933 y todos los esfuerzos de algunos dirigentes de la Liga de Catedráticos, una especie de cuerpos extraños contra los cuales fundó Walter Frank su «Instituto del Reich para la Historia de la Nueva Alemania» y Alfred Rosenberg ideó las «Escuelas Superiores» del futuro. Pero la fuerza que con mayor impulso se proyectó sobre la generalidad del país y tuvo los máximos efectos sobre el mismo fue la *propaganda*. No era en realidad una jurisdicción aparte: como el fascismo, el nacionalsocialismo venía a ser su propia esencia y en todas sus manifestaciones, exhibición y afirmación de sus propias fuerzas, bien se tratara de los desfiles del congreso del Partido, de las danzas populares en las fiestas de la cosecha o del engalanado de todas las casas en la solemnidad de la Fiesta del Trabajo Nacional. No en balde había comenzado Hitler su carrera en el Partido como «encargado de la propaganda». Adquirió ésta la máxima importancia bajo la competencia de Joseph Goebbels y la creación del Ministerio para la Educación Popular y la Propaganda del alzamiento nacional. Más que sobre la Prensa cargó en principio el acento el doctor Goebbels en la utilización de la Radio y en su dominio soberano sobre este medio de comunicación, precisamente por ser el más moderno de los existentes, fundamentó la fuerza de su martilleo propagandístico, en buena parte calcado de la propaganda fascista. Claro que en 1923 no se había producido el desarrollo técnico de diez años más tarde. Y en el terreno de la eficiencia se hacía perceptible más de una diferencia: así, el *Frankfurter Zeitung* gozó durante largo tiempo de una cierta independencia, como no habían sido capaces de mantenerla el *Corriere della Sera* y la *Stampa*. En el trasfondo de este hecho aparecía asimismo la diferencia entre las distintas características de la propiedad de dichos periódicos, puesto que no existía en Italia un imperio de Prensa tan particular y propio como el fundado y desarrollado por Max Amann mediante una labor tan intensa como escrupulosa. También las películas y la literatura aparecían puestos incondicionalmente a las órdenes de Goebbels, y con ello, igualmente clasificados como instrumentos de propaganda. Como los artistas judíos estaban íntimamente vinculados con todos los experimentos vanguardistas, se

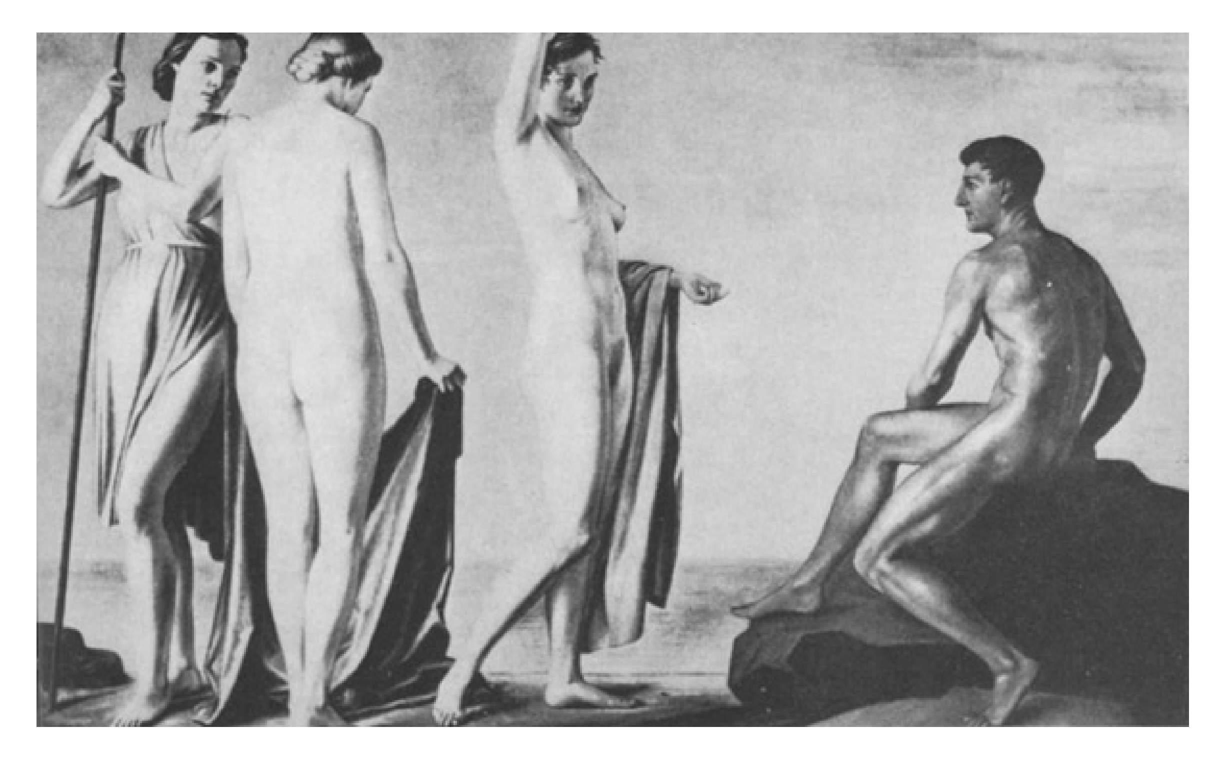
interrumpieron de manera radical todas las experiencias, audacias e inquietudes que al sur de los Alpes no sufrieron dificultades hasta transcurridos largos años y tampoco no cesaron nunca de una manera definitiva. Sin embargo, ni el fascismo ni el nacionalsocialismo, al contrario del primitivo bolchevismo, crearon una literatura específica o una forma cinematográfica original. Los literatos de la *Sangre y Tierra (Blut and Boden)* no tenían, a pesar de su habilidad artesana y su especulación metafísica, la talla suficiente para ocupar los puestos que habían dejado vacíos Thomas Mann, Ricarda Huch y Alfred Döblin; un hombre como Gottfried Benn se reservó inmediatamente y Hans Johst era apenas un burócrata de la cultura con un apellido famoso.



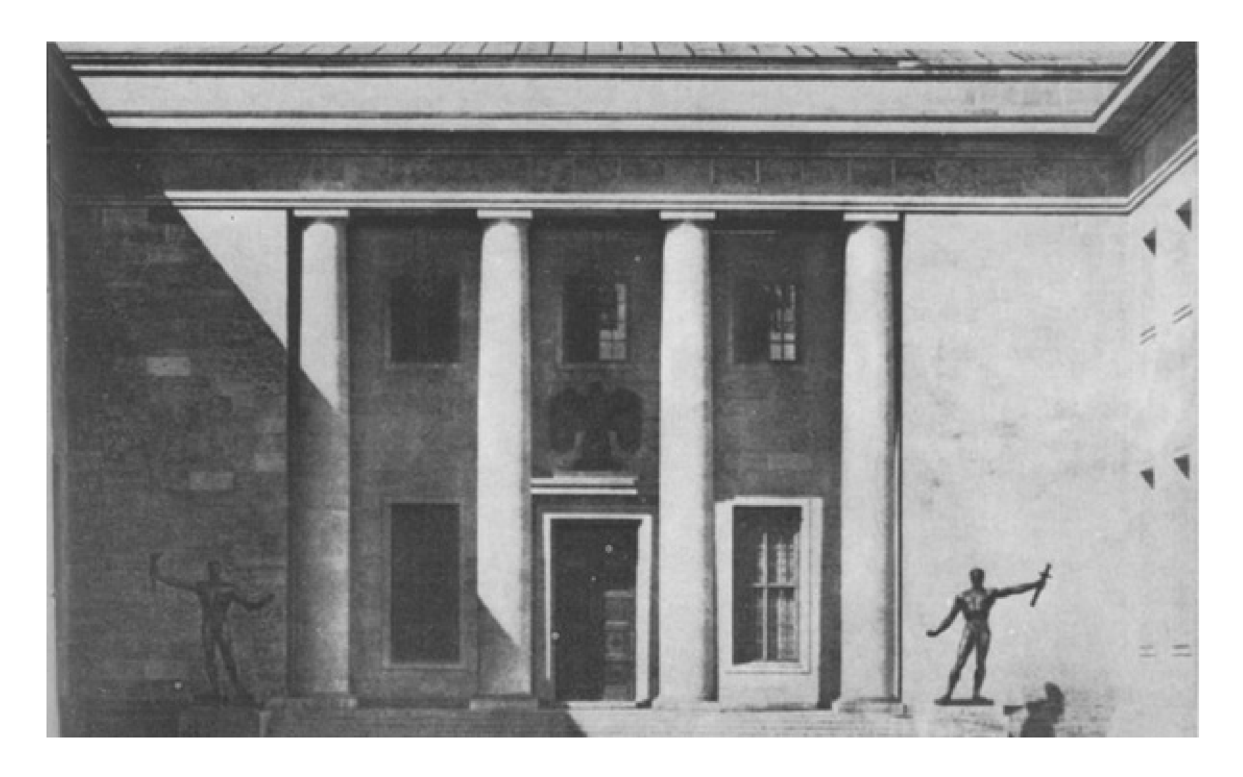
Propaganda bélica: un plano de la película de Veit Harlan, *El Gran Rey*.



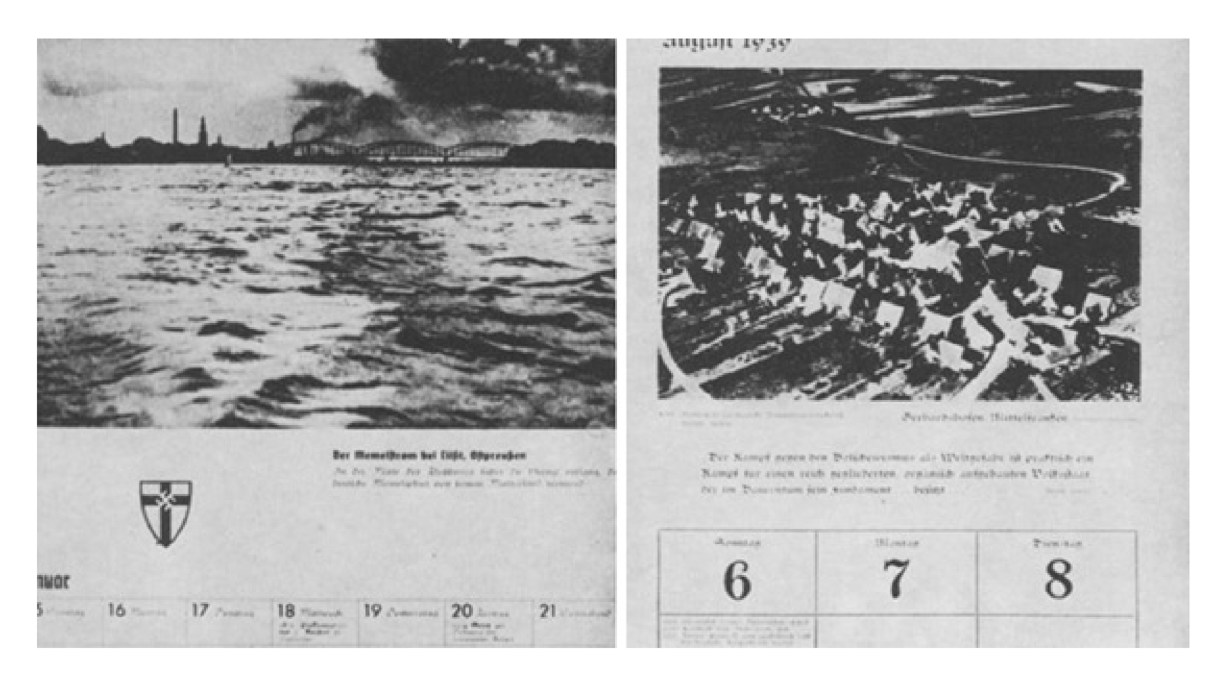
Cine de ilusión y evasión: una escena de conjunto de la película de Carl Froehlich, Fue en una noche de baile.



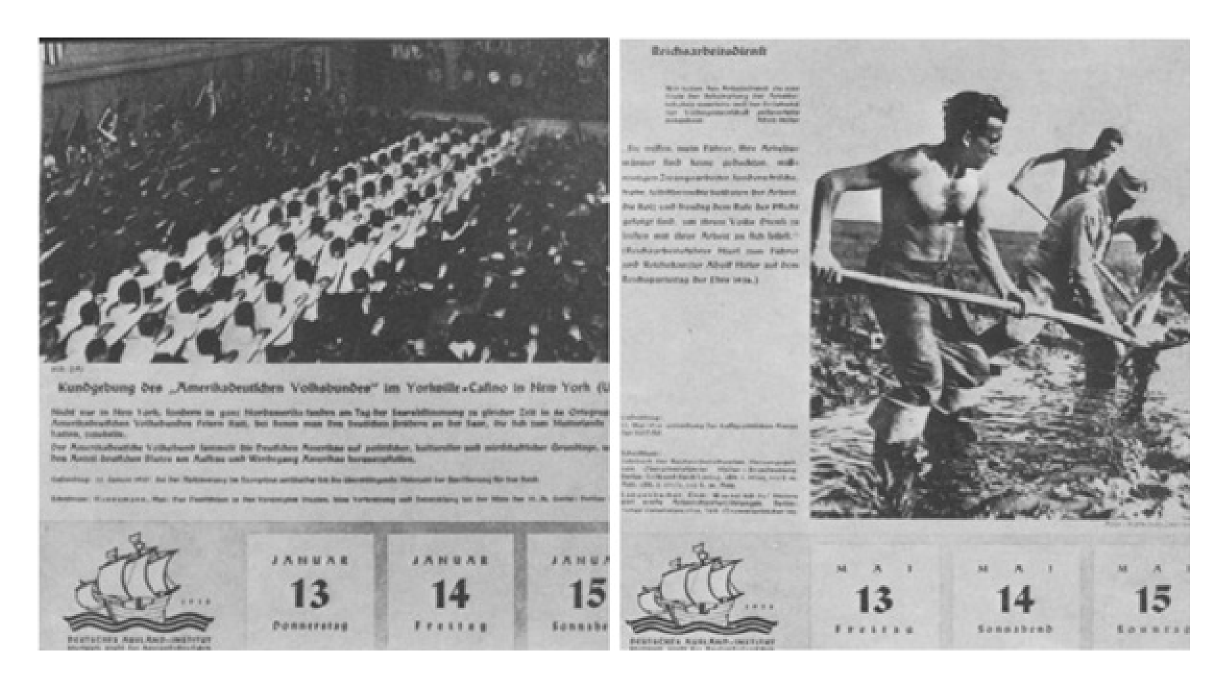
Artes plásticas y arquitectura como «expresión del hombre nórdico»: *El juicio de Paris*, de Adolf Ziegler.



La Nueva Cancillería: realización del sueño juvenil de Hitler.



Polarización de energía nacional e instrumento de la propaganda: las regiones separadas. (Una vista del río Memel reproducida en una hoja de calendario). En otra hoja del mismo calendario se exhorta a los campesinos a luchar contra el comunismo, al que se califica como «la máxima amenaza».



La fotografía de un acto celebrado en Nueva York por la «Liga germanoamericana» es reproducida también en un calendario. — Más motivos de la propaganda: la «comunidad popular» en el trabajo.

Se rodaron, con ayuda de poderosos medios, un determinado número de películas de temática nacionalsocialista, pero surgieron, también en Alemania, una predominante masa de filmes convencionales y de puro pasatiempo.

Más notorio fue el caso de la música y del teatro, donde se vivía de los restos de una época brillante que no había tenido prosecución: Wilhelm Furtwangler no se había dado cuenta por sí mismo de que era otra cosa que Bruno Walter y Gustaf Gründgens llevaba el sello de su origen procedente del rico mundo teatral de la República de Weimar. Que no se acusara a Mozart y Goethe de haber sido, como Lessing, amigos de los judíos y cosmopolitas, demostró alguna inteligencia, pero en ningún caso consecuencia.

Un especial papel representaron las artes plásticas y la arquitectura, precisamente por el hecho de que Hitler creía poder imprimir en ellas su personalidad. Es sobradamente conocida la parte considerable que tuvo en las «Grandes Exposiciones de Arte Alemán» y las construcciones de sus arquitectos Troost y Speer. También en este campo no era pequeña la distancia que iba del dulzón naturalismo del pintor académico Adolf Ziegler hasta el imponente neoclasicismo de la «Casa del Arte Alemán» o la «Nueva Cancillería», en la que por la voluntaria búsqueda de la monumentalidad se desdeñaba la norma de las masas griegas. En todos estos intentos era común la búsqueda de un ideal de belleza en el que se trasluciera una inequívoca esencia de la «raza», entendida ésta como raza greconórdica. En el Congreso

del Partido, celebrado en Nuremberg en 1934, había definido ya Hitler, en un extenso discurso, su concepto del arte:

> «…es evidente que el verdadero artista de un pueblo, es aquel que extrae su creación del imperativo de la sangre; también puede ser en sus creaciones parecido a las obras producidas por la vitalidad de razas unidas por los vínculos del parentesco, alejándose así a las producciones artísticas resultantes de una infección ideológicamente extraña a su propio pueblo. No cabe ver por ello casualidad alguna en que la chispa del arte helénico prendiera en el momento mismo del contacto con los hombres nórdicos y alemanes, daneses, ingleses, italianos y franceses, y crearan así dentro de un espíritu solamente diferenciado por las características de cada pueblo, pero emanante en general de una misma raíz. ¿Qué significan dos o tres mil años para la Humanidad? Vienen y van los pueblos, pero subsisten las grandes ramas raciales. Quienes hablan de arte oficial, se han mostrado unánimes tan sólo en sembrar la confusión, en borrar las huellas del origen común y elevar murallas entre aquellos creados por la Naturaleza, a lo largo de milenios, de un único espíritu y una sola materia… Todo el arte y seudoarte de cubistas, futuristas, dadaístas, etc., carece de raíz racial y tampoco se asienta sobre una base popular. Hay que considerarlo, todo lo más, como expresión de una ideología que se afirma a sí misma, cuyo objetivo principal parece ser la mezcolanza de todos los conceptos, de todos los pueblos y todas las razas, para su mejor negación»[15].

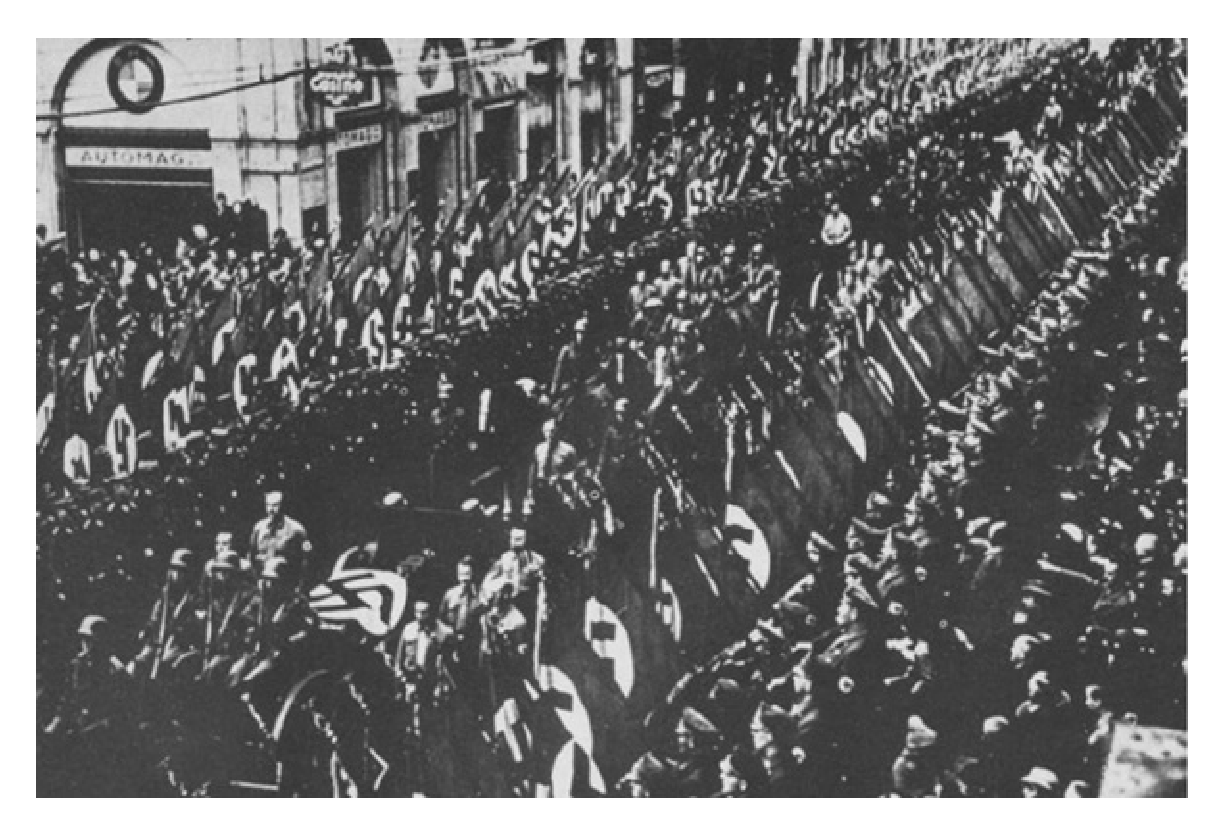
Consecuentemente, no era el arte para Hitler propaganda, o lo que es igual, instrumento para la consecución de otra finalidad. Era una finalidad en sí misma por ser expresión de una «esencia» divinizada y al mismo tiempo acorde con la Naturaleza. En cierto grado es esto válido para toda la propaganda nacionalsocialista. En tanto transmitía al pueblo el sentido de su unidad, no tendía a la preparación de los objetivos, sino que era en sí misma parte de dichos objetivos. De esta manera podía enlazar con todo —con «la vergüenza de Versalles», con «el sentido de la grandeza alemana», con el terror bolchevique—; podía asimismo, hacer caer el silencio sobre los importantes temas o volverlos a poner en vigencia —como el destino de la minoría alemana en Polonia, por ejemplo— y, a pesar de todo, permanecía consecuente consigo mismo, precisamente porque representaba un fin en su misma esencia y este fin era precisamente la agitación constante del pueblo.

LA AUTÉNTICA META: EL RESTABLECIMIENTO DEL «ORDEN NATURAL» NÓRDICO

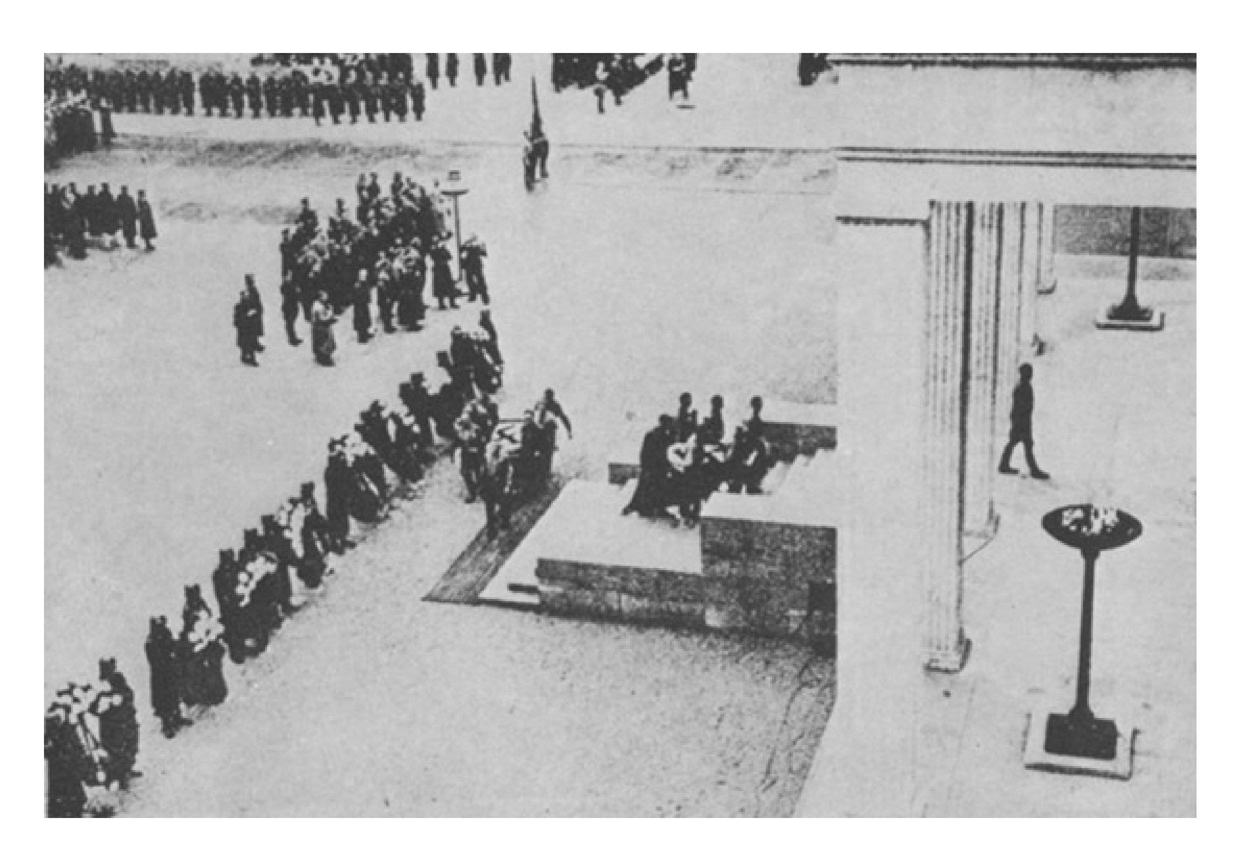
Tampoco era en Alemania un verdadero objetivo la total militarización. El predominio de los uniformes en todos los terrenos, los ejercicios incesantes para la guerra, saltaba a la vista de cualquier observador y como en el caso de la propaganda, no eran tan sólo instrumentales, sino expresión de una determinada valoración de la existencia. Para conseguir estos objetivos se

había procedido a efectuar una vinculación entre el más lejano futuro y el más profundo pasado que salvaguardaba la sustancia del ser de un riesgo acaso mortal. La prosecución de auténtico objetivo era la política racial.

En su grado inferior aparecía la «política demográfica». Al igual que Mussolini, Hitler tenía la idea de que la disminución de la natalidad llevaba a la «muerte del pueblo» y debía combatirse por ello con todos los medios. También aparecía situado en un primerísimo lugar de su ánimo el temor de que la disminución demográfica tuviera su repercusión en una consiguiente reducción de la potencia militar. Así es que, como se pusieron numerosos medios a contribución de la «guerra de las cunas», casi inmediatamente después de la subida al poder y con ayuda de las «inversiones matrimoniales» se alcanzaron aquellos éxitos que tanto impresionaron a Mussolini: en los cinco años posteriores a 1933 nacieron en Alemania un millón de niños más que en el quinquenio anterior.



La propaganda como finalidad en sí misma y como culto: conducción de los caídos del 9 de noviembre de 1923 a través de las calles hasta el Panteón de la Guardia Eterna.



El cortejo en el momento de llegar al Panteón.



Preparativos para la guerra: jóvenes hitlerianos se instruyen en transmisiones.



Miembros del servicio de protección nacionalsocialista, durante un ejercicio con máscaras antigás, en 1937.



Blindados en Nuremberg, en 1935.

Pero existía una fundamental diferencia desde el principio: en Alemania se hizo un mayor hincapié en la política «cualitativa» de la población. El servicio público sanitario, que durante la República de Weimar había realizado una extraordinaria labor, fue sustancialmente cambiado mediante la introducción del concepto de «salud hereditaria» y la «ley para la prevención de enfermedades hereditarias en la descendencia» del 14 de julio de 1933 que destruía, con la introducción de los tribunales encargados de velar por la salud hereditaria, que podía decidir la esterilización contra el deseo de los afectados, el principio de que solamente eran acreedores de castigo los criminales, mientras que los enfermos y menores tenían que ser cuidados y educados. Las consecuencias a que podían llevar aquellas medidas sanitarias preventivas, si se escapaban del derecho de arbitraje individual y hacían del interés comunitario su nudo legal, quedaron evidentes en la apresurada diferenciación entre miembros «valiosos» y «no válidos» de la comunidad. Tal diferenciación estaba en el propio origen de la genética nacionalsocialista y revelaba, en el fondo, el temor de un estamento directivo que se creía amenazado por el crecimiento de las masas. Ciertamente que llegó a convertirse el orgullo de la propia valoración y la propia sangre en un fenómeno de alcance popular masivo y la prueba de orígenes de la nobleza fue democratizada hasta el punto de convertirse en una exposición genealógica con la única finalidad de la demostración de la ascendencia aria.

Pero así como la nobleza continental había sido con su orgullo de casta una capa social prenacional, la doctrina racial dividió a sus plebeyos seguidores, constituidos ya en nación histórica, en unos compartimientos que venían a resultar, en definitiva, completamente antihistóricos. Los «superadores de la lucha de clases» dividieron el interior de la nación en numerosos sectores raciales insalvables y los que predicaban la comunidad nacional clasificaron a sus adeptos, con metro y compás, en humanos nórdicos, occidentales y orientales, pese a no caberles la menor duda de que el friso nórdico estaba más estrechamente emparentado con el vikingo inglés que con el silesio oriental. Sin embargo, siempre que Hitler expuso de una manera precisa sus conceptos (como en el discurso sobre el arte pronunciado en 1934 o el efectuado ante los industriales alemanes, en 1932), no habló de pueblos y naciones, sino de «núcleos raciales». Como el partido nacionalsocialista no era así para él otra cosa que el «núcleo de la raza nórdica», que se había aglutinado a sí mismo como unos fragmentos imantados, se evidenció con una consecuencia rotunda que su verdadera y eterna realidad no era el pueblo alemán, sino el núcleo humano de raza aria que escuchaba la palabra del pueblo alemán, bien fuera en Alemania o en otros países arios. Encontrar este núcleo, formarlo de manera adecuada y elevarle hasta un nivel dominante, primero en Alemania y luego en el mundo, para restaurar de esta manera el orden natural alterado desde hacía millares de años, era en definitiva el verdadero sentido de la política racial. Igualmente debía considerarse como presupuesto subjetivo de aquella seguridad del «espacio vital», que era obra de la confianza en sí misma a que había llegado la raza y condición previa para la continuación de su existencia.



Política racial y demográfica: la imagen ideal de la familia alemana.

Cierto que ni Hitler ni las SS desarrollaron y realizaron esta concepción en su entera pureza. Interiormente, siguieron ligados a cuanto había determinado, en parte, sus orígenes: la lucha por la afirmación del Estado alemán y la supremacía de la nación alemana. De no haber existido dicho vínculo, no habrían sido otra cosa que un grupo de sectarios. Pese a todo, no es incurrir en injusticia alguna considerar como forma más extrema de la doctrina racial, la sustancia verdadera de la propia doctrina y realidad nacionalsocialista, sustancia que venía a resultar, en definitiva, un genuino paralelo a la doctrina marxista de un proletariado homogéneo, capaz de saltar sobre las fronteras de las naciones.

Si fueran posibles todavía las dudas, quedarían excluidas por la consideración del denominado antisemitismo nacionalsocialista, que no era otra cosa que el aspecto negativo de la política racial. Cierto que tenía, como la política racial, puntos normales y positivos. Las prestaciones sanitarias del Estado y las dotes de natalidad resultan también ilegítimas a ojos de un liberal manchesteriano y si en la República de Weimar se dieron sentimientos

anticatólicos, antiprotestantes, anticapitalistas y antisindicalistas, hubiera resultado curiosa la no existencia de tendencias antijudías. La exigencia de una representatividad proporcional de los distintos grupos puede resultar fatal en alguna de sus consecuencias o considerarse absurda, pero es en sí y por sí un rasgo esencial del sistema democrático. Que los grupos o clases que acaban de alcanzar la igualdad de derechos sean objeto de un movimiento de reacción caracterizado por la repugnancia contra los mismos, es casi una ley de todos los tiempos históricos y no expresión de especial malignidad. Pero en este caso se traspuso el límite de un extremismo de específico cuño, fundamentado originariamente en el terreno de la política racial positiva. Hubo un considerable número de judíos en Alemania que consideraron el boicot del 1 de abril de 1933 como un lamentable pero no incomprensible desafuero y juzgaron las medidas defensivas contra los «judíos del Este» como justas. Todavía el 25 de marzo de 1935 declaraba la «Liga del Reich de ex combatientes judíos», ante la introducción del servicio militar obligatorio, lo siguiente:

> «La Liga del Reich de los ex combatientes judíos, como celadores de la tradición militar y la formación de soldados de los judíos alemanes, considera un derecho inexcusable servir a Alemania encuadrados bajo las armas en el servicio militar obligatorio. Este deber y honor es considerado por nosotros, así como el derecho de nuestra patria, como un bien inapreciable»[16].

Pero precisamente este derecho a la patria que habían defendido con su sangre, les fue arrebatado. Con ello ocurrió en la práctica lo mismo que había ocurrido teóricamente con la doctrina de los núcleos raciales: el espíritu del antiguo combatiente se destruyó a sí mismo y se hizo desaparecer el concepto de nación como unidad histórica de destino.

Por ello fue un profundo engaño la idea, extendida en los años 1938 y 1939, de llegar a una «solución final» del problema judío con el establecimiento de todos los judíos en Madagascar. Al parecer, incluso Rosenberg y Himmler sostenían esa opinión, pero una cosa eran los hombres y otra las consecuencias de las ideas. El plan hubiera estado lleno de sentido en el caso de que la dispersión de los judíos entre los pueblos se hubiera considerado como una desventura histórica, tal como era el caso de los sionistas. Pero cuando los judíos, por causa de sus cualidades raciales, eran considerados como enemigos mortales desde tiempo inmemorial de los «pueblos arios» y origen primero de toda descomposición y toda ruina, sólo existía una solución consecuente: la aniquilación de la sustancia biológica, tal como Hitler había ya evocado en su conversación con Eckart y como exigían algunos sectores que no eran solamente los agrupados en torno al *Stürmer*. Y

de nuevo este concepto de aniquilación aparece como paralelo exacto a la doctrina marxista de la destrucción de la burguesía por la propia historia. Pero en este caso lo que tenía que aniquilarse no era tanto el judaísmo como hecho concreto, sino en grado bastante mayor el «espíritu» del judaísmo, con todas sus consecuencias. Entre estas consecuencias se contaban sobre todo democracia, socialismo, pacifismo y cristianismo; es decir, todas las fuerzas que habían debilitado y dividido la salud guerrera del núcleo racial originario con sus prédicas de unidad mundial y humanidad.

Se hace así evidente que el antisemitismo nacionalsocialista no era una idea casual, sino la culminación de aquella tendencia de inconfundibilidad, que consideraba formado el mundo como individualidades en todo contrapuestas. Tendencias patentes en todos los fascismos y que llevaba en sí misma al fascismo.

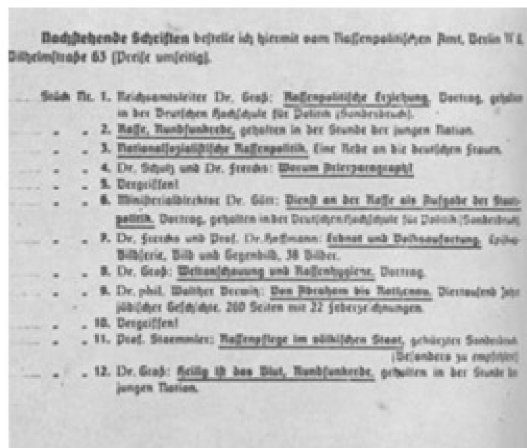
Pero en el nacionalsocialismo, esta individualidad no aparecía expresada de una manera plástica, por decir así. Todavía en 1938 podía considerarse a Hitler como un Stresemann victorioso, un Hugenberg decidido o un anticomunista orientado hacia el Oeste. Todas sus oportunidades de éxito radicaban en que su completa individualidad quedara en parte disimulada, de tal manera que no solamente sus incondicionales le consideraran apto para las alianzas, sino que las fuerzas conservadoras o tan sólo nacionalistas que ocupaban posiciones junto a las propias, no se sintieran engañadas.



Política racial demográfica: preparativos para la muerte «biológica» de los subnormales, en una publicación nacionalsocialista de 1936.

El antisemitismo como xenofobia: una pancarta que insta a los judíos a reunirse, pero fuera de Alemania.





Nachstehende Schriften bestelle ich hiermit vom Rassenpolitischen Amt, Berlin W 8, Wilhelmstraße 63 (Preise umseitig).

...... Stück Nr. 1. Reichsamtsleiter Dr. Groß: Rassenpolitische Erziehung. Vortrag, gehalten in der Deutschen Hochschule für Politik (Sonderdruck).
...... " " 2. Rasse, Rundfunkrede, gehalten in der Stunde der jungen Nation.
...... " " 3. Nationalsozialistische Rassenpolitik. Eine Rede an die deutschen Frauen.
...... " " 4. Dr. Schulz und Dr. Frercks: Warum Arierparagraph?
...... " " 5. Vergriffen!
...... " " 6. Ministerialdirektor Dr. Gütt: Dienst an der Rasse als Aufgabe der Staatspolitik. Vortrag, gehalten in der Deutschen Hochschule für Politik (Sonderdruck).
...... " " 7. Dr. Frercks und Prof. Dr. Hoffmann: Erbnot und Volksaufartung. Erbe-Bildserie, Bild und Gegenbild, 38 Bilder.
...... " " 8. Dr. Groß: Weltanschauung und Rassenhygiene. Vortrag.
...... " " 9. Dr. phil. Walther Decwitz: Von Abraham bis Rathenau. Viertausend Jahr jüdischer Geschichte. 200 Seiten mit 22 Federzeichnungen.
...... " " 10. Vergriffen!
...... " " 11. Prof. Staemmler: Rassenpflege im völkischen Staat, gekürzter Sonderdruck (Besonders zu empfehlen!)
...... " " 12. Dr. Groß: Heilig ist das Blut. Rundfunkrede, gehalten in der Stunde der jungen Nation.

— Ilustraciones de un libro infantil publicado por la editorial de *Der Stürmer*. — Una página de un libro editado por el departamento doctrinal del NSDAP, en el que se expresa la doctrina de la raza.

En mucha menos escala que el fascismo italiano, puede considerarse el nacionalsocialismo alemán un producto del «capitalismo». Una masa de adeptos que agrupe millones constituye un poderío mayor que toda la suma de capitales de los Bancos nacionales. Un observador malintencionado podría decir que Hitler, tras la consecución del Reich de la Gran Alemania, podía haber nacionalizado de un plumazo la industria alemana y los capitales de industria, bajo la presión del DAF[*], y le habrían remitido todavía telegramas de agradecimiento. ¿Por qué iba a hacerlo, puesto que los aliados de antes, con los que compartía algunas convicciones, no tenían más influencia en los acontecimientos políticos que sus propios colaboradores?

Al igual que Mussolini, Hitler podía hallar una decisión política contrapuesta a las «normales» tendencias de la «sociedad poscapitalista». Si el *Duce* aparecía apto para llevar adelante una guerra colonial, Hitler estaba dispuesto a dar la orden de ataque a la Unión Soviética, sin que un solo proletario se atreviera a cesar en el trabajo. Había desmentido con los hechos la segunda gran esperanza de Lenin: que los trabajadores europeos ampararían la construcción de la Rusia socialista. Y por ello decía poco cuando exteriorizaba la convicción de que sólo *su* régimen había superado al comunismo soviético. Era en realidad mucho más fuerte porque se había encontrado con un aparato de producción perfecto y no había tenido que vencer, ni con mucho, tantas resistencias internas y externas. Pero el problema era si esta propia superación no significaba, en definitiva, la más severa derrota porque le ponía en íntima dependencia de los propios adversarios y transformaba enteramente sus concepciones.

Que Hitler iba a dar aquella orden de ataque no aparecía concluyente si se consideraba tan sólo desde el punto de vista de su potencialidad. Pero también resulta absurda la idea de que había forjado aquella extraordinaria potencialidad tan sólo para integrar Austria y Danzig en el Reich. El problema estriba en si el nacionalsocialismo no se había convertido en 1939, precisamente por la cadena de sus éxitos, en un puro fascismo, de tal manera que podía comenzar la guerra a la manera fascista, es decir, en estrecha alianza con las potencias conservadoras.



Der Stürmer

Deutsches Wochenblatt zum Kampfe um die Wahrheit

HERAUSGEBER: JULIUS STREICHER

20

1938

Das Geheimnis

um den Bluthund Bela Kun

Der ehemalige österreichische Bundeskanzler Renner rettet ihn zweimal vom Tode

Dem Ende zu

Die Juden sind unser Unglück!

El antisemitismo como voluntad aniquiladora. Una primera página de la revista *Der Stürmer*, en la que se expresa: «Los judíos son nuestra desgracia».



Die Juden

Der deutsche Nationalist bejaht tatbereit die Lebensgesetze der Nation. Ihm ist kein Gesetz zu hart und keine Folgerung zu streng. Im Tun und Lassen untersteht er dem unerbittlichen „Du mußt!“

Du mußt um des Lebens deiner Nation willen die Artreinheit deines Volkes wollen und verteidigen. In der Blutentartung würde deine Nation den Greisentod sterben und im Völkergrab des Vergessens enden.

Du mußt darum den Einfluß artfremden Blutes bekämpfen und mit aller Kraft den fremdvölkischen Zersetzungskräften entgegentreten.

Du mußt darum der Feind des uns völlig artfremden Judentums sein. Du bleibst ihm Feind, so lange es lebt. Zwischen ihm und dir gibt es kein Paktieren und erst recht keine Versöhnung.

Das ist dein „Du mußt!“, deutscher Nationalist.

Lehnst du es ab, dann ist dein Nationalismus ein lächerlicher Hurra-Patriotismus, ein dummes Getue. Um das Gesetz erfüllen zu können, mußt du zur letzten Folgerung bereit sein.

En el «Calendario de la juventud alemana» del año 1935, se dice: «Seguirás siendo su enemigo en tanto aliente (el judaísmo)».

Podría aparecer como una anticipación de una respuesta el que ningún literato hiciera el intento de describir el nacionalsocialismo en su totalidad de una manera objetiva y mediante una distanciación, tal como anteriormente había hecho Thomas Mann en relación con el fascismo italiano. Hemingway y Malraux, Orwell y Renn se entregaron a la descripción de la resistencia antifascista en España. La expresión escénica de Berthold Brecht, *Terror y miseria del Tercer Reich*, no fue mas que una rígida polémica y Karl Kraus no terció en la figura de Hitler. Y siempre que los escritores nacionalsocialistas esbozaron la propia posición, sin consideraciones de orden político estatal, apareció la imagen de la enemistad general, de la «revolución bélica» que Nietzsche había ya anticipado en el siglo XIX:

> «El alemán que ha vuelto a encontrarse a sí mismo gracias a la guerra, reconoce que su ser, desde tiempos inmemoriales a la fecha, es guerrero y militar. Y que un mundo traidor y cobarde ha tratado de “domesticarle”, como forma de quitarle su pasión, de aniquilar su “demonio”. Quería hacerse inofensivo el hervor de su sangre, de tal manera que quedara vencido su “impulso demoníaco”. ¿Porque qué es lo que odian en nosotros? No odian, por supuesto, al dulce y apacible animal doméstico; tampoco al burgués blando y sin instinto. ¡Odian al alemán guerrero, al que está siempre alerta, al sagaz y verdadero! Nosotros, los alemanes, podríamos goza de la

“paz eterna” si renunciáramos a nuestra autenticidad, si hiciéramos sacrificio de nuestro germanismo, si nos castráramos anímica y espiritualmente…»[17].



Implicaciones del antisemitismo: Walter Darré y Félix Dahn se pronuncian por la formación de una nueva aristocracia germánica en su sentido originario antes de ser desviada por la «sublevación de los esclavos» que fue el Cristianismo.



Rosenberg y Himmler durante la inauguración, en 1935, de un monumento a las víctimas de los combates en Silesia, tras la Primera Guerra Mundial.



Der Stürmer

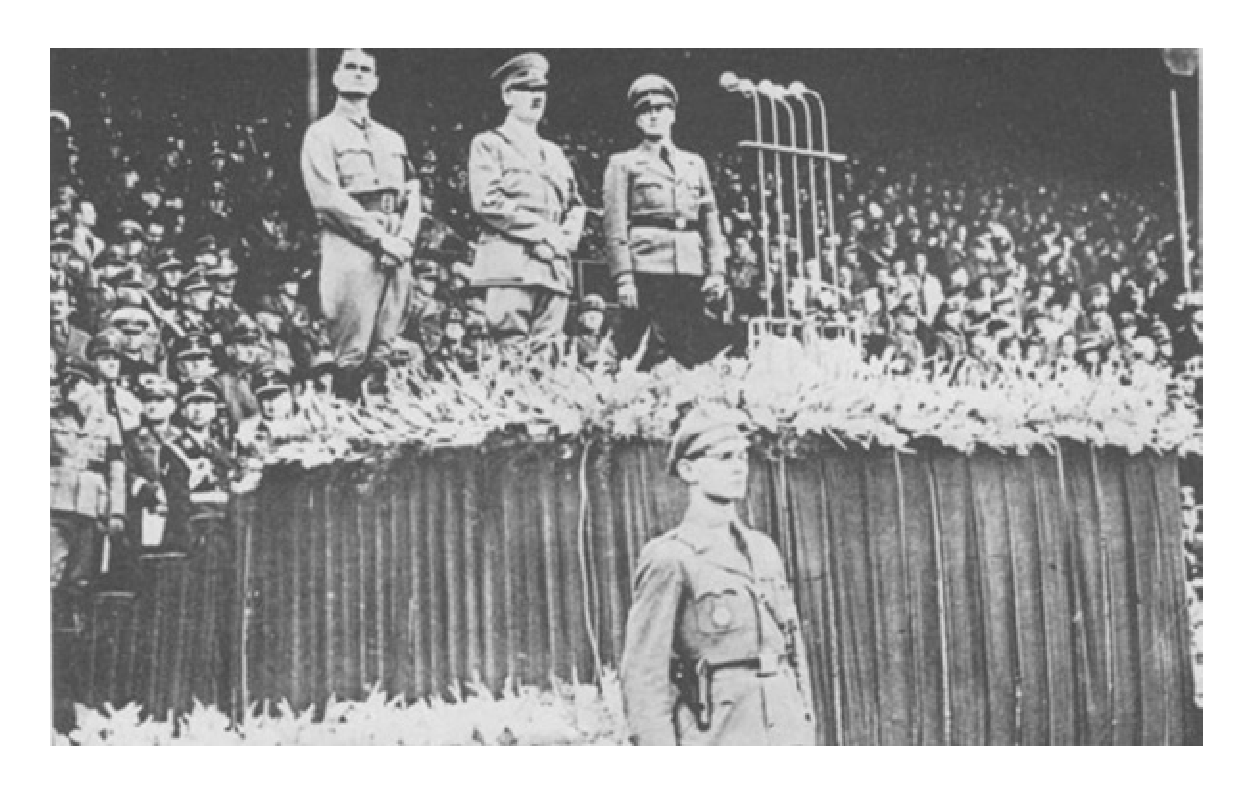
Deutsches Wochenblatt zum Kampfe um die Wahrheit

Der Papst leugnet das Gottesgesetz

Für oder gegen

Die Juden sind unser Unglück!

Implicaciones del antisemitismo: en *Der Stürmer* se proclama: «El Papa desmiente la ley de Dios.» Aparecido en agosto de 1938.



Los hombres de la «revolución bélica»: son Rudolf Hess, Hitler y Baldur von Schirach.

INDICE BIBLIOGRÁFICO DEL CAPÍTULO DÉCIMO

Eugen Kogon, «Der SS Staat» («El Estado SS»), cuarta edición, corregida y aumentada. Frankfurt 1958.

«Anatomie des SS-Staates» («Anatomía del Estado SS»). Informe del Instituto de Historia Contemporánea. Autores: H. Buchheim y M. Broszat, 2 lomos, Olten y Friburgo 1965.

Gerald Reitlinger, «Die SS. Tragödie einer deutschen Epoche» («Las SS. Tragedia de una época alemana»), Viena, Munich, Basilea 1956.

Wolfgang Schafer, «NSDAP. Entwickelung und Struktur der Staatspartei des Dritten Reiches» («NSDAP. Desarrollo y estructura del partido estatal del Tercer Reich»), Hannover y Frankfurt del Meno 1957.

«Libro de Ordenanzas del NSDAP», 3.ª edición, Munich 1937.

Hans Jochen Gamm, «Der braune Kult. Das Dritte Reich und seine Ersatzreligion» («El culto pardo. El Tercer Reich y su religión sucedánea»), Hamburgo 1962.

Hermann Glaser, «Das Dritte Reich. Anspruch und Wirklichkeit» («El Tercer Reich. Reivindicaciones y realidades»), Friburgo 1961.

Z. A. B. Zeman, «Nazi Propaganda», Londres 1964

Rubert Ley, «Wir alie helfen dem Führer» («Todos nosotros ayudamos al Führer»), Munich 1937.

Dietrich Strothman, «NS-Literaturpolitik. Ein Beitrag zur publizistik im Dritten Reich» («Política literaria nacionalsocialista. Un informe sobre las publicaciones en el Tercer Reich»), Bonn 1960.

Joseph Wulf-Leon Polj'akow, «Das Dritte Reich und die Juden. Dokumente und Aufsátze» («El Tercer Reich y los judíos. Documentos y artículos»), Berlín 1955.

Juhann Neuhdusler, «Kreuz und Hakenkreuz. Der Kampf des Nationalsozialismus gegen die katolische Kirche und der kirchliche Widerstand» («Cruz contra cruz gamada. La lucha del nacionalsocialismo contra la Iglesia católica y la resistencia eclesiástica»), Munich 1946.

Friedrich Zipfel, «Kirchenkampf in Deutschland. 1933 bis 1945» («Lucha religiosa en Alemania. De 1933 a 1945»), Berlín 1965.

EFEMÉRIDES DEL CAPÍTULO UNDÉCIMO

1939

23 de agosto: firma del tratado de no agresión germano-soviético.

1 de setiembre: las tropas alemanas franquean la frontera polaca. El 3 de setiembre, entran Inglaterra y Francia en la guerra. Italia declara su «no beligerancia». Catorce días más tarde, la Unión Soviética irrumpe en la parte de Polonia a ella reservada en virtud del protocolo secreto adicional al pacto germano-soviético.

27 de setiembre: creación del «Organismo Superior para la Seguridad del Reich».

7 de octubre: Himmler es nombrado comisario del Reich para la Defensa de la Nacionalidad Alemana.

26 de octubre: se constituye el «Gobierno General» en los territorios polacos ocupados. Cuatro semanas más tarde, es implantado el uso de la estrella de David a los judíos.

14 de diciembre: expulsión de la Unión Soviética de la Liga de Naciones (por su ataque a Finlandia).

1940

2 de febrero: termina la primera fase del traslado de las poblaciones germánicas procedentes de la Europa oriental.

8 de marzo: orden policial sobre el signo de identificación de los trabajadores y trabajadoras polacas en las regiones del Reich.

9 de abril: ocupación de Dinamarca y Noruega por las tropas alemanas.

10 de mayo: comienza el ataque en el Oeste. Capitulación de Holanda y Bélgica a los pocos días.

10 de junio: Italia entra en la guerra.

22 de junio: finaliza la guerra con Francia mediante un armisticio concertado con el Gobierno Pétain. «Revolución nacional» del régimen de Pétain en la Francia no ocupada. A partir del mes de octubre, también se toman medidas antijudías.

29 de julio: «Conquista del poder» por el ala fascista del Partido Popular Eslovaco, tras las conversaciones con Hitler en Salzburgo.

Principios de setiembre: crisis en Rumanía tras el segundo arbitraje de Viena de las potencias del Eje (pérdida de la Transilvania septentrional, tras haber perdido, después de un ultimátum soviético a finales de junio, la

Besarabia y la Bucovina septentrional). El rey Carol abdica. El general Ion Antonescu se convierte en «jefe del Estado».

23 de setiembre: Hitler reconoce a Mussert como «representante» de Holanda.

25 de setiembre: en Noruega es declarado el «Nasjonal Samling» de Vidkun Quisling, partido estatal, por parte del comisario del Reich, Terboven.

16 de octubre: orden de creación del «ghetto» de Varsovia.

28 de octubre: ataque de Italia contra Grecia.

5 de noviembre: F. D. Roosevelt es reelegido presidente de los EE. UU.

1941

21-23 de enero: levantamiento de la «Guardia de Hierro» de Bucarest. La ocasión sirve para provocar una gran carnicería entre los judíos. Hitler apoya a Antonescu; Horia Sima, el sucesor de Codreanu, huye con un puñado de fieles a Alemania y después a Italia.

30 de enero: juramento del Estandarte de SS «Norland», en Oslo, ante Himmler. Finales de enero: fundación del «Rassemblement National Populaire» por Marcel Déat.

6 de abril: ataque alemán contra Yugoslavia y Grecia.

10 de abril: proclamación de la independencia croata con el jefe «ustacna», Ante Pavelich como «Poglavnik».

22 de junio: ataque alemán a la Unión Soviética. Se crean cuerpos de voluntarios en Noruega (Legión Noruega); Dinamarca («Cuerpo franco Dinamarca»); Países Bajos («Legión Holandesa»); Francia («Légion de Volontaires Francais»); EsDaña («División Azul»). Por aquella misma época, sangrientos «pogroms» contra los judíos en Yassy, Kovno, Lemberg.

17 de julio: Alfred Rosenberg es nombrado ministro del Reich para los territorios ocupados del Este. Erich Koch, comisario del Reich para Ucrania.

15 de setiembre: Eslovaquia adopta las «leyes de Nuremberg». Se implanta el uso de la estrella de David en territorio del Reich.

11 de diciembre: declaración de guerra de Alemania e Italia a EE. UU. (Pearl Harbor: 7 de diciembre).

1942

Enero-febrero: triunfo del Eje en África del Norte. (A finales de junio: El Alamein).

20 de enero: se celebran las llamadas «conversaciones del Wannsee sobre la solución final del problema judío».

1 de febrero: nombramiento de Quisling como jefe del Gobierno noruego.

Mayo: primera matanza masiva de judíos en las cámaras de gas de Auschwitz.

27 de mayo: atentado contra el representante del Reich y protector de Bohemia y Moravia, Reinhard Heydrich, por parte de emigrados lanzados sobre el territorio por un avión británico. Severas medidas de represalia (muerte de Heydrich, el 4 de junio).

Junio: el plan general «Este».

Agosto: tropas alemanas entre las que se cuentan los voluntarios extranjeros de la División SS «Wiking», alcanzan el Cáucaso.

Octubre: llega al frente la primera sección de la Legión SS, «Estonia».

7 y 8 de noviembre: desembarco de las tropas norteamericanas y británicas en Argelia y Marruecos.

19 de noviembre: comienza el contraataque soviético en Stalingrado.

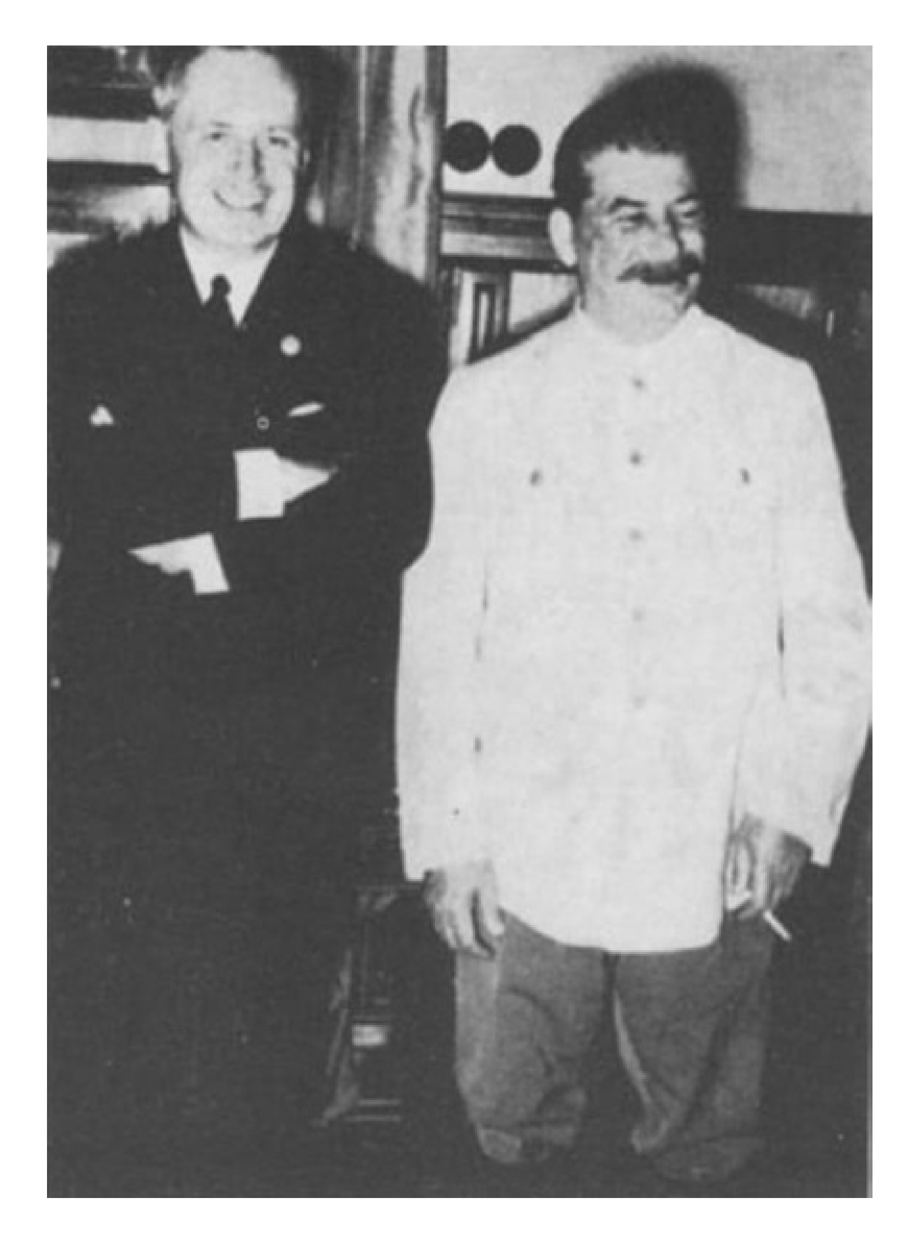
CAPITULO UNDÉCIMO
LA INESPERADA GUERRA GENERAL Y LA EXPANSIÓN DEL FASCISMO EN EUROPA

Si Hitler no deseaba una cosa, era precisamente el replanteamiento de una guerra mundial, sobre todo si tenía que encenderse la lucha en varios frentes. Como adepto de las antiguas tendencias, aspiraba a una repetición del triunfo en el Este, pero con la tolerancia de las potencias occidentales. Todas las reglas normales de la política excluían esta posibilidad. El común anticomunismo dejaba inoperantes, sin embargo, las citadas reglas y no podía excluirse de una manera total que Hitler —como había anticipado Trotski— se echara al campo contra el régimen bolchevique, en el papel de un «Wrangel de la burguesía mundial». Aquello habría representado el paradigma de la guerra fascista y la marcha sobre Roma se habría complementado y coronado, en su esfera internacional, con una marcha sobre Moscú.



Un «tratado de paz» anticipado: la cuarta partición de Polonia en el tratado fronterizo y de amistad germano-soviético del 28 de setiembre de 1939. (Sentado: Molotov; tras él, de pie, el jefe del Estado Mayor, Chaposnikov; el ministro del Exterior alemán, Yon Ribbentrop, y José Stalin).

Los preparativos para la consecución de esta meta habían influido sobre las relaciones de Hitler con Polonia, no solamente en un sentido simplemente oportunista, sino inspirada también tal variación por una evidente simpatía hacia los signos de carácter filofascista y antisemita que aparecían en la actuación estatal polaca. Aparece así como verosímil el supuesto de que la reivindicación de Hitler para una vuelta de Danzig a Alemania no estaba formulada en un principio como exigencia, sino como la presuposición de una comunidad de intereses de entidad bastante más extensa: no resulta así casual que en las conversaciones que tuvieron Hitler y Ribbentrop, a principios de enero de 1939, con el ministro de Asuntos Exteriores, Beck, se aludiera repetida y significativamente a Ucrania. Por otra parte, el hecho de que el Gobierno conservador británico Chamberlain-Halifax, fuera para Hitler más favorable, fue subrayado con toda lógica por parte del embajador alemán. Francia había dejado atrás el período del Frente Popular, pero sus heridas políticas internas eran tan graves y estaba tan extendido el anhelo de paz a cualquier precio, que el país de Clemenceau aparecía apenas como una potencia con fuerza propia.



La unión de los enemigos mortales: Stalin y Ribbentrop tras la firma del tratado de no agresión, el 23 de agosto de 1939.



Berliner Lokal-Anzeiger

Polen lehnt ab!

Das sind Deutschlands Vorschläge zur Friedenslösung

Londons Vermittlung von Polen zurückgewiesen

Warschau weigerte sich, einen bevollmächtigten Unterhändler nach Berlin zu senden

Adolf Hitlers großzügiges Angebot

Vorschlag für eine Regelung des Danzig-Korridorproblems sowie der deutsch-polnischen Minderheitenfrage

La guerra de Polonia: la razón como subterfugio.



La conquista del espacio vital como objetivo (gráfico de enero de 1941).

La guerra con Polonia: ilotas como botín. (La fotografía de estas «obreras del Este» data de 1943).

En Italia había sido una realidad el intento de revolución socialista de 1922 y Mussolini no se había alejado de las potencias conservadoras ni planteado a sus más estrechos aliados, los nacionalistas, desalentadoras exigencias. En 1935 se había dejado Francia e Inglaterra coaccionar por él, pero en el fondo no experimentaban el mínimo temor de que la conquista de Etiopía significara el derrumbamiento de todo el equilibrio mundial. Hitler, por contra, había hecho imposibles las concesiones por parte de Polonia a causa de su radical política revisionista, ya que ésta hizo que los polacos se consideraran en la misma línea de austríacos, checos y lituanos. Por otra parte, su opción por la conquista de terreno estratégico, el 15 de marzo de 1939, destruyó toda la confianza que el Gobierno inglés tenía puesta aún en él. No era de temer, además, una revolución comunista en Inglaterra, desde que el Frente Popular había fracasado, tanto en España como en Francia. Por contra, Hitler había hecho, con su alianza con Mussolini, su «pogrom» del 9 de noviembre y su irrefrenada propaganda contra las «democracias», aquello precisamente que hubiera debido evitar: identificarse como un adversario fundamental. Así es que se malogró la «constelación fascista» y las reglas normales de la política volvieron a ponerse en juego. A raíz de la entrada de los alemanes en Praga, el ministro británico de Asuntos Exteriores, Halifax, le dijo al embajador alemán, Von Dirksen, con toda la fría irritación del que ha sido burlado y engañado, que comprendía la satisfacción de Hitler por los triunfos incruentos, pero que la próxima vez se vería obligado a derramar sangre para obtenerlos. Viene ésta a ser así una expresión clave para comprender la ulterior postura británica y su voluntad bélica si se quiere denominar así esta decisión a la resistencia. Inglaterra quedó decidida, efectivamente, a partir de aquel momento, a la guerra. Pero lo que hizo inminente la declaración no fue paradójicamente esta voluntad, sino el hecho de que hubiera tardado tanto en expresarse.



Como resultado paradójico, comienza el movimiento de las poblaciones germanas del Este. Alemanes de Volinia regresan al interior de las fronteras alemanas en diciembre de 1939.



Tras la campaña de Noruega: Hitler y Quisling.



Noruega tras la ocupación: discurso de Quisling en una reunión del «Nasjonal Samling» en Oslo, en setiembre de 1940.



Desfile de la guardia Hird, en Oslo, en el mes de noviembre de 1941.

Respecto a Polonia, Hitler obró bajo los imperativos revisionistas ya expresados en tiempos de la República de Weimar. Mucho más intenso que el sentimiento causado por la pérdida de Alsacia y Lorena; mucho más fuerte que la insatisfacción provocada por la separación nacional de Austria, era en la Alemania de entonces la irritación por la «injusticia» del trazado de las fronteras orientales y una guerra contra Polonia hubiera sido la única que hubiera llevado a cabo la República de Weimar de haber contado con posibilidades para ello. Lo que Hitler había considerado inicialmente, como un posible acuerdo entre amigos, adquiriría muy pronto el aspecto de una disputa entre enemigos mortales, carácter que no resultó ya posible quitarle. Sin embargo, no podía darse necedad mayor que la de provocar una guerra mundial, tras los grandes triunfos alcanzados en los últimos años, por causa de un Estado del que no podía hablarse siquiera que oprimiera a los nacionalsocialistas, y mucho menos a los demás alemanes. Dar marcha atrás hubiera significado una grave pérdida de prestigio y por ello planeó Hitler el siguiente paso, que hubiera tenido que reservar precisamente para después de una victoriosa cruzada anticomunista: el paso decisivo de la política del espacio vital. También él pronunció, como en el caso de Halifax, algunas frases que deben considerarse como clave de su posterior actuación y que relegan todas las investigaciones sobre acciones y contraacciones

diplomáticas como tarea inevitable para los expertos historiadores. Están contenidas en el discurso dirigido el 22 de agosto al generalato y sobre el que informa unas notas tomadas por el almirante Bohm. Decía así en su final:

> «Tenemos que cerrar nuestro corazón y endurecerlo. Quien haya meditado sobre este orden mundial, habrá comprendido que su significado ha sido la derrota de los mejores por medio de la guerra. El pueblo alemán pertenece a esos mejores. Aquel a quien la Providencia ha hecho *Führer* de este pueblo, obligado a vivir en un espacio que reúne ciento cuarenta personas por kilómetro cuadrado se ve precisado a darle un necesario espacio vital. El mayor rigor y la máxima dureza pueden, mediante semejante labor, quedar enteramente justificados».



Francia: ¿Se ha ganado la guerra mundial? Hitler y los miembros del Alto Estado Mayor en el lugar del triunfo de Clemenceau, en Compiégne.



La Victoire

Directeur : GUSTAVE HERVÉ

C'est Pétain qu'il nous fallait !

Oui ! Pétain, il est bien temps !

Estimant que de plus longs combats sont inutiles

Le Maréchal Pétain a demandé un armisti
aux Chefs de l'Armée Allemande

Paris sera ravitaillé

publié par ordre

Paris devant l'arrivée des troupes
allemandes et sous l'occupation

Le nouveau gouvernement français

Un grand Français : le Maréchal Péta

Pétain, la esperanza de los vencidos. (*La Victoire*, el periódico de Gustave Hervé, que antes de la Primera Guerra Mundial había sido el más radicalista de los socialistas de izquierda y luego uno de los militantes más encarnizados del chauvinismo).

Aquél era el verdadero Hitler, que hablaba como había hablado anteriormente, en los tiempos de lucha. Pero era también un Hitler parcial, que no se dejaría apresar por su propio odio al comunismo, que había sido, empero, el fundamento de su verdadero triunfo. Más aún: para dar el siguiente paso tendría que pactar con el bolchevismo y abrirle así el paso libre hacia «Europa». A los ojos de todo el mundo quedó así claro que el anticomunismo no había sido la principal línea directriz de Hitler, cuando Ribbentrop voló a Moscú para firmar aquel pacto de no agresión que en su protocolo secreto y adicional contenía el cuarto reparto de Polonia. Aquel pacto significaba también algo más. Hitler lo concertó con Stalin y Molotov, es decir, con

«arios», y resulta significativo preguntarse si lo hubiera hecho con los judíos Sinoviev y Trotski. El propio Hitler aseguró, aunque vacilante e indeciso, que la Unión Soviética había dejado de ser hacía largo tiempo lo que era y resultaba sin duda algo más que un simple recurso dialéctico el que Ribbentrop declarara que se había sentido en Moscú «como entre viejos camaradas de partido». Ciano y Mussolini, que contra las previsiones hechas por el Pacto de Acero, no fueron consultados, reaccionaron como fascistas normales. Ciano escribió en su Diario, a finales de setiembre, tras la segunda visita de Ribbentrop a Moscú:

> «El pacto entre Moscú y Berlín es una alianza monstruosa, contraria a la letra y el espíritu de los nuestros. Significa la enemistad contra Roma y contra el catolicismo, una vuelta a la barbarie, contra la que deberíamos ponernos en guardia con todas las armas y los medios; ésa es nuestra tarea histórica»[1].

Mussolini conjuró poco después a Hitler en una carta:

> «Estoy convencido de que no ha podido usted abandonar la bandera antibolchevique y antisemita enarbolada durante veinte años y por la que murieron tantos de sus camaradas. No puede usted negar el evangelio en el que ha creído ciegamente el pueblo alemán».

De esta manera, la guerra que comenzó el 1 de setiembre no puede considerarse enteramente como una guerra fascista. Con su paso prematuro a la política del espacio vital, Hitler había convertido en adversarios a sus potenciales aliados y ello a causa de un problema que (visto de una manera abstracta) pertenecía todavía al programa revisionista de la República de Weimar y que en situación normal hubiera encontrado cerca de Inglaterra una considerable buena voluntad; la solidaridad de las potencias fascistas —entre las que hay que incluir a Polonia en este aspecto— se había roto o estaba considerablemente debilitada; el anticomunismo nacionalista había perdido buena parte de su fuerza de convicción y la voluntad hitleriana de un espacio vital se dirigía hacia un objetivo al que no se había referido en un principio. Los factores que habían hecho posible el triunfo de Hitler se desintegraron, volviéndose contra él mismo. Pero esta desintegración no fue producto de la casualidad, sino precisamente la consecuencia del carácter fascista, perfectamente delimitado, del nacionalsocialismo. Aquello que había contribuido en tanto a elevar a Hitler, le llevó a la caída. Una caída que duró más de cinco años y antes de la cual se elevó a increíbles alturas. Los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial carecerían de interés para el presente estudio si pertenecieran en su mayor parte a la pura historia militar. Pero la Segunda Guerra Mundial fue también, aunque en líneas muy

generales y aun interrumpidas en muchas ocasiones, una guerra fascista. Tal carácter aparece previo o posterior a las batallas y su exteriorización más evidente es que todas las victorias de Hitler significaron la formación de regímenes fascistas o filofascistas o, por lo menos, el fortalecimiento de los movimientos fascistas. Este aspecto adquirió su mayor claridad en la guerra de conquista contra la Unión Soviética y en el intento de aniquilamiento del judaísmo europeo. La guerra contra *Polonia* hubiera sido, como la de Etiopía, una guerra genuinamente fascista, de haber conseguido Hitler mantener a las potencias occidentales apartadas del acontecimiento. Como esto no era previsible, tuvo su semejanza con la guerra de Etiopía en la cantidad gigantesca del material empleado, la celeridad de la derrota y la utilización intensiva de la aviación. Y también en su final, el parecido resultó más chocante. De nuevo un miembro de la Sociedad de Naciones fue devorado pura y sencillamente por una potencia mayor. Pero en suelo europeo no podía pretextarse el efecto civilizador del nuevo colonialismo: de esta manera, en las reacciones violentas que tuvieron que sufrir numerosos alemanes de las minorías residentes fuera de las fronteras se puso de manifiesto el efecto revulsivo que obraba sobre las conciencias el hecho de que una nación europea, dotada de su propio espíritu nacional y cultura, fuera conquistada y relegada a la condición de un pueblo de ilotas, desposeídos de Estado y derecho. Esto hizo que no pudieran encontrar apoyo en la nación conquistada las simpatías notoriamente extensas hacia el antisemitismo de Hitler. Si bien se facilitaron muchas veces las persecuciones contra los judíos, no se formó ningún movimiento fascista que colaborara con la potencia conquistadora.



Dans ce numéro :

Quand les communistes brûlaient Paris. Grand récit de la « Commune » (p. 3).

l'Appel

GRAND HEBDOMAIRE FRANÇAIS DE COMBAT

Rédaction, Administration et Publicité : 11, rue du Quatre-Septembre, PARIS-2e

Directeur : Pierre COSTANTINI

La Révolution Nationale en panne !

Il ne fallait pas compter sur les bourgeois pour la faire

par Lucien REBATET

PANORAMA POLITIQUE

par Pierre COSTANTINI

El radicalismo de los jóvenes. (Pierre Constantini y Lucien Rebatet en *L'Appel*, un órgano de la colaboración sin reservas).



Marcel Déat (sentado, en una fotografía del año 1944), antiguo socialista, ministro de la Tercera República y fundador del RNP.



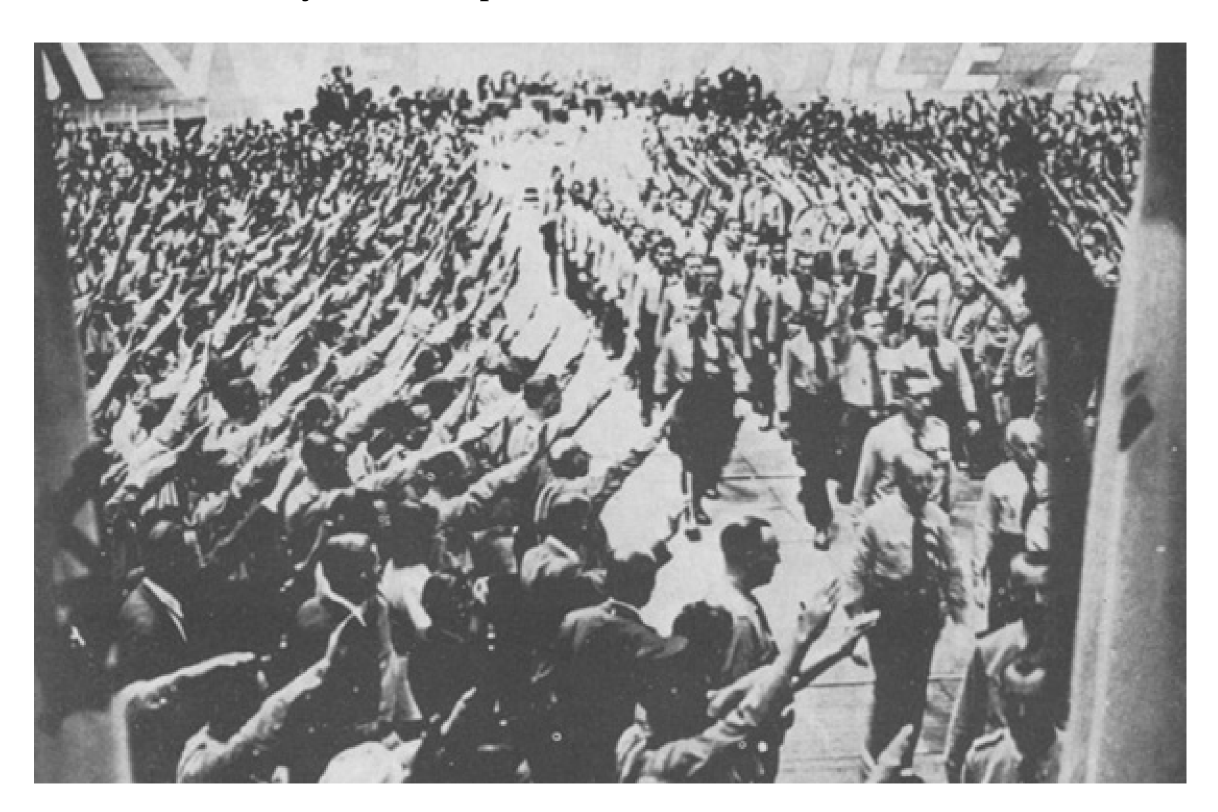
Jacques Doriot en un congreso del PPF, en mayo de 1941.

Contrariamente, la campaña de *Noruega* no sólo se vio facilitada por la existencia de un movimiento fascista, sino que éste aparece en el origen mismo de su planteamiento. Vidkun Quisling visitó a Hitler dos veces en diciembre de 1939 y le advirtió sobre los planes ingleses; cuando las tropas alemanas ocuparon Noruega el 9 de abril de 1940, la resistencia se vio debilitada por la propaganda de Quisling y el jefe del «Nasjonal Samling» se autonombró jefe del Gobierno en la abandonada Oslo. Sólo le fue posible mantenerse unos días en el poder, pero tras varios meses de vacilaciones prestó el comisario del Reich, Terboven, su apoyo al «Nasjonal Samling» y el partido, hasta entonces sin importancia, ganó influencia y peso. A principios de 1942, Quisling fue designado, efectivamente, jefe del Gobierno. En *Dinamarca* permaneció el sistema de partidos intacto después de la ocupación, ya que el rey se limitó a una protesta. El «Partido Obrero Nacionalsocialista Danés», del médico doctor Fritz Clausen, no alcanzó así una importancia subrayable.

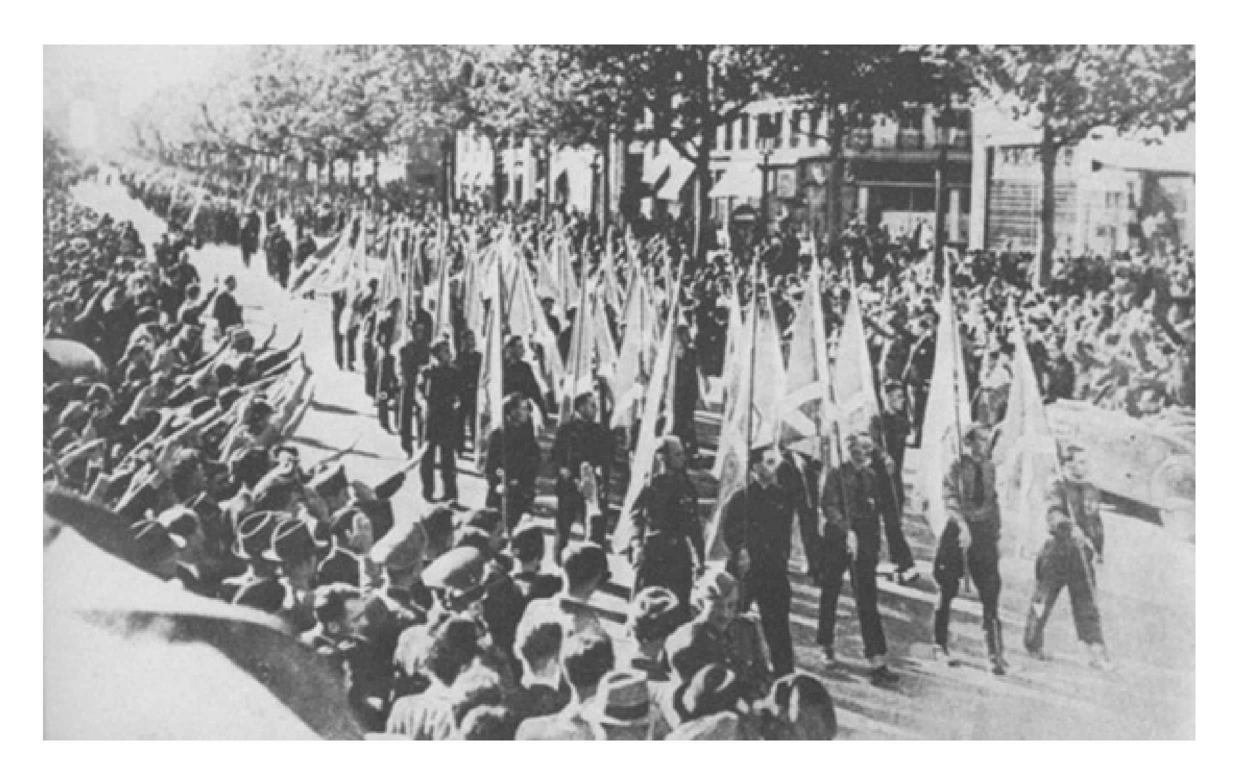
El ataque contra *Francia,* tras violación de la neutralidad belga y holandesa, había sido solicitado por Hitler en el otoño de 1939 y rechazado, al contrario de la invasión de Polonia, por el Estado Mayor. El recuerdo de lo ocurrido en la Primera Guerra Mundial al producirse la marcha sobre Bélgica,

provocaba un gran temor y las estadísticas que obraban en manos alemanas arrojaban una superioridad por parte de las fuerzas enemigas. Pero si Mussolini se hubiera dejado convencer en 1922 por una estadística sobre los fusiles y las ametralladoras, no se habría decidido a efectuar su marcha sobre Roma y de haber sido Hitler un meticuloso oficial de Estado Mayor, es muy posible que no hubiera conquistado nunca el poder. Precisamente fue la osadía de la decisión de Hitler el elemento fundamental, y esta osadía se vio recompensada. Porque no se dirigió solamente contra fortificaciones, artillería y blindados, sino que aprovechó hasta el máximo el profundo desánimo y el extenso derrotismo (que los comunistas habían contribuido a propagar hasta el máximo), de tal manera que el pueblo vencedor de 1918, cuya máxima ambición había sido salvaguardar los frutos de aquella victoria, fue derrotado en el breve tiempo de seis semanas, por el pueblo entonces vencido, cuyo jefe había sabido reconocer las oportunidades que le ofrecía la nueva guerra.

El hecho de que Italia entrara en la guerra el 10 de junio pareció restablecer la solidaridad entre las «potencias del Eje», pero Mussolini fue, sólo en apariencia y por breve espacio de tiempo, un aliado dotado de idénticos derechos y la misma potencialidad.



Congreso nacional del francismo en el Velódromo de Invierno, en julio de 1943.



Desfile de los «Gardes Françaises», milicia del PPF, por los Campos Elíseos, de París, a primeros de agosto de 1943.



Secciones de asalto formadas también entre los rexistas. (Bruselas, enero de 1941).



Ceremonia del juramento en un campamento de los rexistas, en abril de 1941.

En la Francia libre se desarrolló la conservadora y antiparlamentaria «revolución nacional» del régimen de Pétain, que, sin embargo, consiguió progresar algo gracias al apoyo del más hábil y ducho de los parlamentarios, Pierre Laval. En el París ocupado se agruparon los partidarios de una sincera colaboración con Alemania en el marco del «nuevo orden» de Europa, en torno a Marcel Déat, que fundó su «Rassemblement National Populaire» y alrededor de Jacques Doriot, que reconstituyó su PPF, sin que fueran en todos los casos solamente los oportunistas y los aventureros de la política quienes preconizaban desde las columnas de *Je suis partout, Gringoire, La Victoire* o incluso desde *Nouvelle Revue Française*, una renovación de Francia en el sentido marcado por las revoluciones fascista y nacionalsocialista. En sus violentas polémicas contra la corrupción y el anquilosamiento del mundo

burgués, Robert Brasillach, Pierre Drieu la Rochelle, Lucien Rebatet y otros escritores, pusieron sus esperanzas en la juventud y el antisemitismo constituyó para aquellos representantes de la escuela maurrasiana un punto de convergencia con la Alemania hitleriana, en tanto que el viejo maestro persistía en su postura antigermana. Cierto que Déat y Doriot no consiguieron hasta mucho más tarde su mayor influencia, pero hay que considerar como simple leyenda la afirmación de que Hitler no dispuso en Francia de un número importante de convencidos partidarios.

En *Bélgica* exigieron los rexistas, casi inmediatamente después de la capitulación, «el valor de gritar Heil Hitler» (según el *Brüsseler Zeitung* del 6 de enero de 1941). Pero como el país permaneció bajo el régimen de ocupación militar y Degrelle se alistó como voluntario tras la invasión de Rusia, el partido no consiguió, pese a su gran actividad, un verdadero desarrollo.

Un terreno más sólido pisaba el «Vlaamsche Nationaalverbon» (VNV) al que se había unido, tras la muerte de Joris van Severens, parte del movimiento «Verdinasco» y que con su organización militarizada «Zwarte Brigade-Dietsche Militie», y su reconocimiento de Hitler como «Führer de todos los germanos» dominaba en muchos aspectos la vida pública de Flandes, aunque el mismo tono de su propaganda ponía de manifiesto el recelo con que una buena parte de la población acogía la doctrina racista susceptible de aniquilar la personalidad histórica de un pequeño pueblo.

Ni siquiera Adriaan Mussert consiguió de Hitler una segura garantía de la independencia de su país. En su proceso trató de defender posteriormente su posición con el argumento de que gracias a la existencia de su poderoso NSB, *Holanda* no había sido anexionada, pura y simplemente, al Reich alemán. Pero las concentraciones del Partido bajo el signo de la cruz gamada y el yunque, en las que tomaban regularmente la palabra representantes alemanes del Partido, hicieron que Mussert apareciera a ojos de la mayoría de la población como un colaboracionista y un traidor a su patria, tanto más cuanto, a pesar de todos sus esfuerzos, no consiguió el nombramiento de jefe de Gobierno y el fin del régimen de ocupación militar.

Se debió a una determinación personal de Hitler el hecho de que, a finales de julio de 1940, alcanzara en *Eslovaquia* el ala fascista del Partido Popular una preeminencia en el poder. Tras unas conversaciones sostenidas en Salzburgo, el jefe del Gobierno doctor Tuka asumió asimismo el ministerio de Asuntos Exteriores, siendo nombrado Sano Mach ministro del Interior y comandante en jefe de la guardia Hinkla. Pero aunque proclamara Tuka en un

discurso pronunciado el día primero de agosto que el nacionalsocialismo eslovaco quedaría constituido según los principios del alemán y aunque Sano Mach anunciara una solución «porcentual» del problema judío, subsistió con Joseph Tiso, hombre del ala moderada, que ocupaba la cumbre del Estado, una orientación nada radicalista. La demostración evidente de que Hitler no tomaba partido por los fascistas extremistas cuando se planteaba un conflicto entre éstos y los conservadores filofascistas y que en determinadas circunstancias llegaba a pronunciarse contra ellos, quedó bien patente en los acontecimientos de *Rumanía*. El rey Carol no había podido exterminar a la «Guardia de Hierro» y se vio forzado a admitirla en el «Frente del Renacimiento Nacional». Cuando Rumanía tuvo que renunciar a los beneficios territoriales obtenidos con el tratado de Versalles, con la anexión de Besarabia y Bucovina del norte a la Unión Soviética y de la Transilvania septentrional a Hungría, se vio obligado Carol a la abdicación y el general Ion Antonescu formó, como representante del Ejército y con la ayuda de la «Guardia de Hierro», el «Estado legionario nacional». La original mística de la muerte que tenía la «Guardia» no solamente quedó exteriorizada en solemnes funerales por Codreanu y los otros dirigentes muertos, sino en buen número de violencias que tenían un inocultable carácter. Pero Horia Sima y sus partidarios no se sintieron satisfechos, al cabo de unos meses, con su posición de segundo término, y a finales de enero de 1941 organizaron un levantamiento seguido de una ola de ataques contra los judíos. Antonescu encontró el apoyo alemán y los dirigentes de la «Guardia» se vieron obligados a huir a Italia y Alemania. La decisión de Mussolini de atacar a Grecia, de la que no hizo partícipe previamente a Hitler, fue un último y desesperado intento de conseguir una posición independiente y alcanzar un equilibrio de poder. Las estrepitosas derrotas en los Balcanes y seguidamente en África del Norte hicieron que la posición del *Duce* se debilitara todavía más y pronto descendiera a la categoría efectiva de simple satélite de Hitler. Para Mussolini fue un débil consuelo que la campaña alemana contra Grecia y Yugoslavia contribuyera a llevar al poder en *Croacia*, declarada independiente el 10 de abril de 1941, a uno de sus protegidos: el jefe del movimiento separatista «ustacha», Ante Pavelich, cuyos partidarios, instruidos principalmente en campamentos italianos, habían constituido una especie de reserva. Pero como en el fondo de aquel apoyo latía el anhelo de hacer realidad los ensueños de D’Annunzio y sustrajo al nuevo Estado la zona costera dálmata, se orientó Pavelich mayormente hacia Alemania. Otra de sus razones fue que las tropas italianas no le prestaran apoyo en la dura y cruel lucha contra los partisanos

comunistas y servios, llegando incluso a ayudar a las víctimas de su campaña contra los paneslavos y los judíos.



Bélgica: entrega de un estandarte a la «Zwarte Brigade-Dietsche Militie» por el jefe del VNV, Staf de Clerc.



Léon Degrelle en un discurso pronunciado en enero de 1941.



Holanda: Mussert pasa revista a sus fuerzas ante el palacio de Amsterdam.



Desfile propagandístico de una sección juvenil del NSB por las calles de Amsterdam, en 1941.



«Secciones de defensa» del NSB a través de los campos de tulipanes.



Esperanza de una minoría: «Una nueva Holanda en una nueva Europa».



Instrucción de los miembros de la guardia Hinkla, en Eslovaquia. (Fotografía del año 1944).



El jefe de Gobierno, profesor Vojtech Tuka, en conversación con el jefe de Prensa del Reich, Dr. Dietrich, en noviembre de 1940.



El ministro del Interior, Sano Mach, durante una visita a Berlín, en octubre de 1942. A la derecha: el ministro alemán, doctor Frick y su subsecretario de Estado, doctor Stuckart.



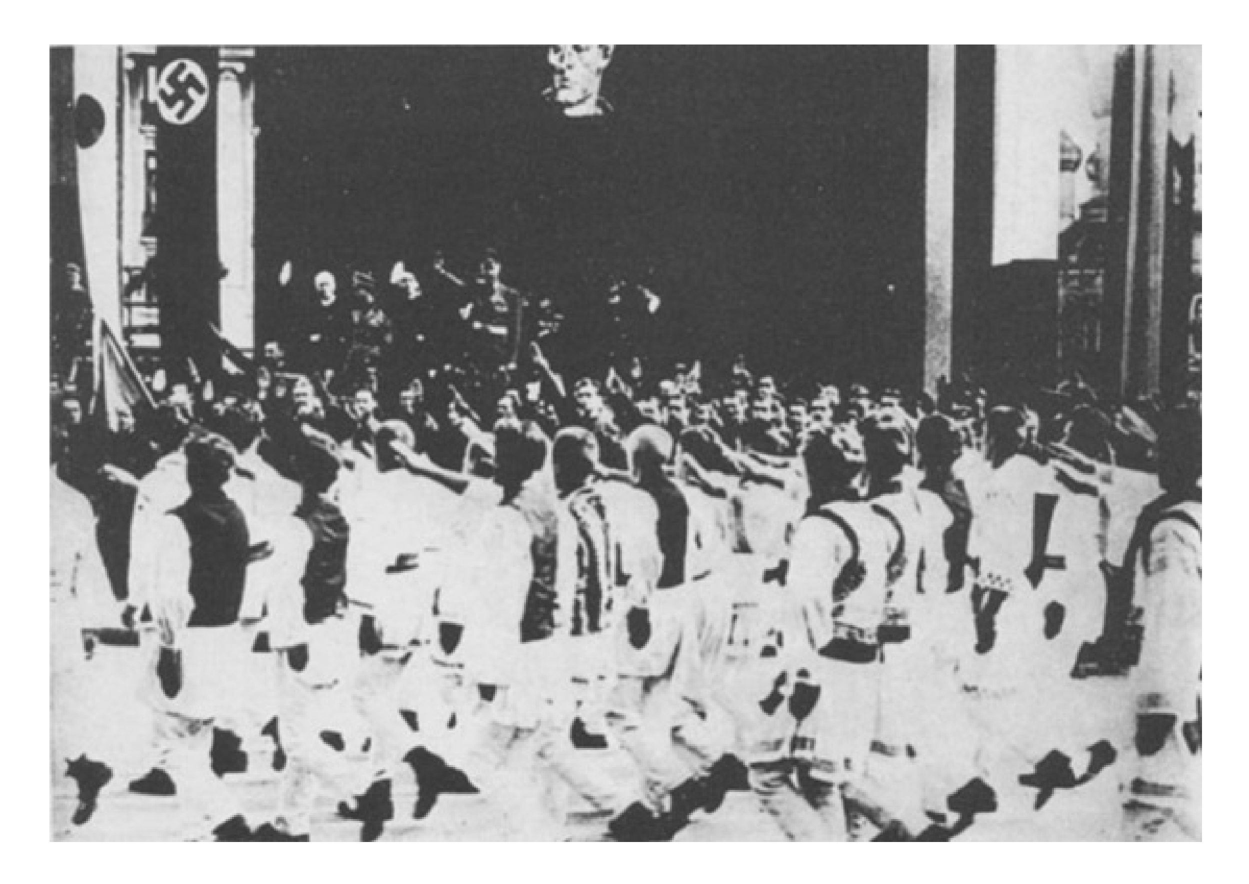
El sacerdote al frente de un «movimiento de liberación nacional»: el presidente eslovaco Josef Tiso pasa revista a unidades del Ejército eslovaco en Mijalovce, tras la entrada en la guerra contra Rusia.



Rumanía: traslado solemne de los restos de Codreanu a primeros de diciembre de 1940, en Bucarest.



Un destacamento legionario desfila en forma de flecha durante el entierro.



Desfile de legionarios ataviados con trajes típicos ante el general Antonescu y Horia Sima.



Rumanía: la cruz enrejada en la fachada de la «Casa Verde» en Bucarest.



Horia Sima entre los legionarios durante las solemnidades del 13.º aniversario de la fundación del partido, en setiembre de 1940.



Destacamento femenino de la Legión.

En junio de 1941 parecía toda Europa fascista. Nominalmente, se había implantado una única voluntad —la de las potencias del Eje— desde el cabo Norte hasta África. Tanto en Bratislava como en Zagreb ocupaban el poder los jefes de los movimientos que experimentaban una «práctica simpatía hacia Hitler y Mussolini»; regímenes filofascistas de un poder considerable en ocasiones, apoyaban la política de la potencia ocupante en la parte de Francia situada bajo control del Ejército alemán, Holanda, Bélgica y Noruega. Sólo en Suiza y Suecia había todavía Gobiernos democráticos independientes. Y a pesar de ello, Hitler no había podido culminar su «constelación fascista», ya que Gran Bretaña había rechazado sus ofertas de paz y triunfado en la batalla aérea sobre las islas. Aunque aquel postrer adversario parecía hallarse desasistido por todos, bastaba su resistencia para mantener alejadas a las

fuerzas nacionales y nacionalistas de los países europeos de una colaboración con Hitler. Éste restableció la situación de la Primera Guerra Mundial, cuando inició el 22 de junio de 1941 la «marcha sobre Moscú». ¿Pero debía considerársele realmente el abanderado del anticomunismo europeo, empeñado en la cruzada de la cultura contra el materialismo marxista y la amenaza bolchevique? Nadie había menospreciado tanto el valor militar del Ejército rojo como Hitler y ni Marx ni Lenin se habrían expresado de manera tan materialista como el gran usufructuario y portavoz del idealismo en una conversación con Rosenberg, Lammer, Keitel y Goering:

> «Inicialmente expresó el *Führer* que deseaba tomar algunas determinaciones. Eran precisas diversas medidas: lo demostraba, entre otras cosas, una alusión impertinente de un periódico de Vichy, de que la guerra contra la Unión Soviética era una guerra de Europa y tenía que llevarse a cabo, por tanto, por toda Europa. Era patente que lo que pretendía el periódico de Vichy, con aquella alusión, era que los beneficiarios de aquella guerra no tenían que ser solamente los alemanes, sino que debían sacar provecho todos los Estados europeos…
>
> … no queremos crear enemigos inoportunos y extemporáneos de determinadas gentes. Haremos solamente como si lleváramos a cabo un mandato. Pero debe quedar suficientemente claro para *nosotros* que no evacuaremos nunca aquellas zonas.
>
> De acuerdo con ello, se trata de:
>
> 1. No obstruir nada para un arreglo definitivo.
>
> 2. Pondremos de relieve que somos los portadores de la libertad… Pero fundamentalmente, haremos lo posible para que el gigantesco pastel quede en disposición de
>
> dominarlo primero
>
> administrarlo después
>
> y disfrutarlo más tarde.
>
> Los rusos han dado ahora la orden de desencadenar una lucha partisana detrás de la línea del frente. Esta lucha de guerrillas tiene también su utilidad para nosotros: nos da la posibilidad de aniquilar aquello que se opone a nosotros.
>
> No tiene que volverse a plantear el problema de la existencia de una fuerza militar al oeste de los Urales, aunque para ello tengamos que guerrear durante cien años. Todos los sucesores del *Führer* deberán saberlo: sólo quedará garantizada la seguridad del Reich cuando no exista un solo militar extranjero al oeste de los Urales; Alemania asumirá la defensa de este espacio contra eventuales riesgos. Éste tiene que ser nuestro principio, firme y férreo, ahora y siempre.
>
> *No debe permitirse que nadie lleve allá armas más que los alemanes…»*[2].

Que estos conceptos de Hitler significaban un golpe de muerte a una posible solidaridad anticomunista, es algo que aparece patente. Que significaron la consecución de la guerra rusa hasta los últimos extremos, es suficientemente sabido. Salta también a la vista que no significaban otra cosa que una nueva formulación de aquel solemne testamento político constituido por el *Mein Kampf*. En grado bastante mayor que Mussolini en Etiopía, fue la cultura europea para Hitler una pantalla y un instrumento que utilizó cuando se le hizo necesario.

Precisamente con relación a ello aparece un rasgo fundamental del fascismo como tal. Que no estallara huelga alguna, ni ardiera una sola gavilla

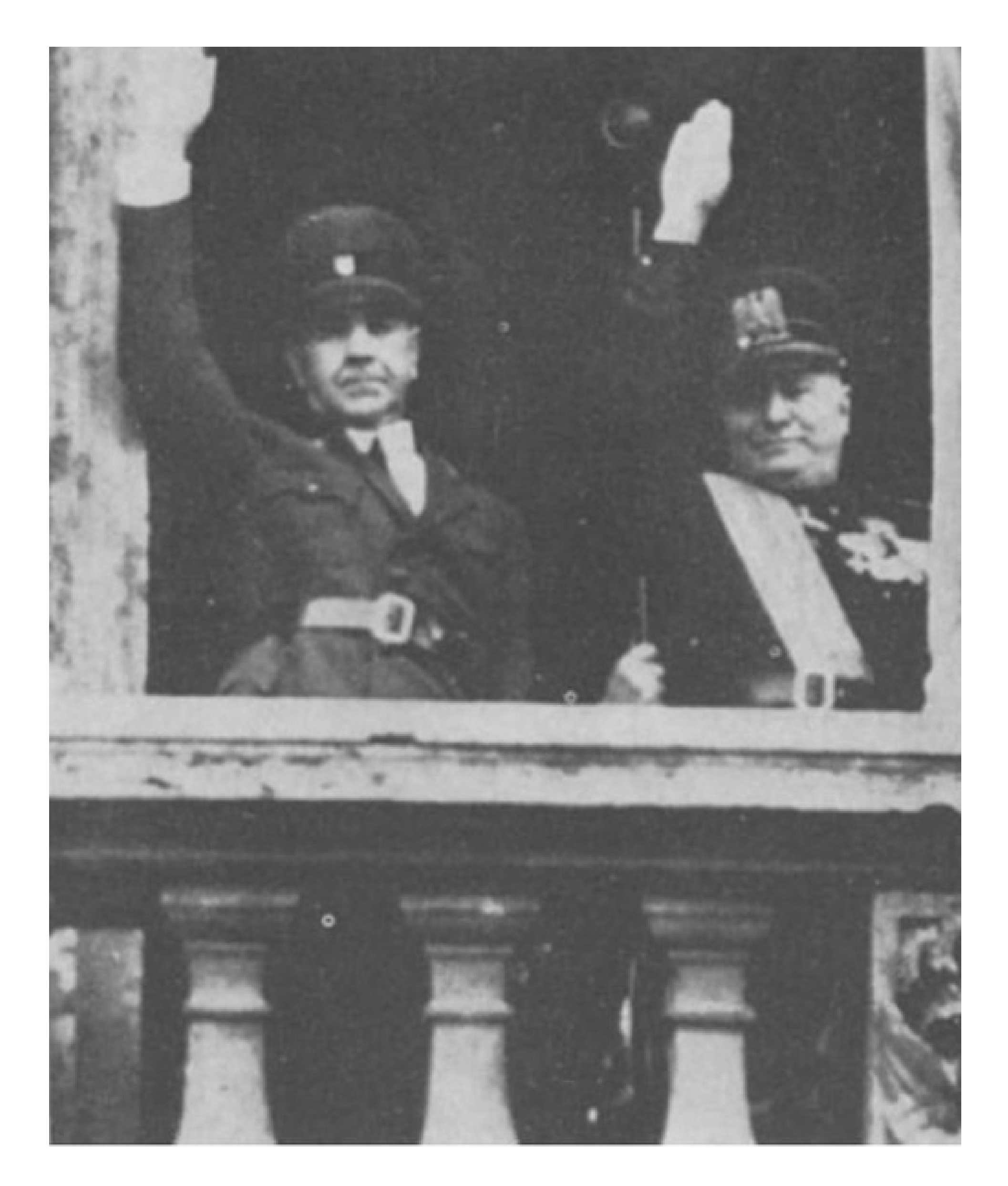
cuando los ejércitos de Hitler penetraron en «la patria de los proletarios de todo el mundo», dio la prueba de que el fascismo era un fenómeno, no por nuevo, menos asentado fundamentalmente en el terreno histórico.



Pose y perplejidad: Mussolini y Hitler en Florencia tras la iniciación del ataque a Grecia.



Antes, jefe de escuadristas; luego, ministro del Exterior, y más tarde, adversario de Mussolini: Dino Grandi entre Frank y Goebbels (en Berlín, noviembre de 1940).



Croacia: Pavelich y Mussolini en mayo de 1941: adversarios nacionales en el interior del mismo movimiento.



Firma de un tratado desigual entre Estados fascistas. (Cesión de las regiones costeras croatas el 18 de mayo de 1941. A la izquierda, Pavelich, y a la derecha, Ciano).

Otra prueba la suministraba el *«movimiento del voluntariado»*, iniciado con anterioridad a la campaña de Rusia, pero que adquirió una considerable expansión después de junio de 1941 y tuvo una evidente significación. Pero también sobre éste proyectó las máximas sombras la concepción fundamental de Hitler antes detallada. Sobre la historia de estas tropas informaba un escrito de la jefatura de las SS, fechado a finales del año 1943:

> «A principios del año 1941 ordenó el *Führer* la constitución de los estandartes *Nordland* y *Westland* cuyos efectivos tenían que reclutarse entre los miembros de los estados marginales germanos, Dinamarca, Noruega, los Países Bajos y Flandes. Esta orden significaba un acto decisivo en la historia del nuevo orden político de Europa. Por primera vez eran admitidas unidades completas de los pueblos germánicos en una unidad alemana.
>
> De nuevo fueron las Secciones de Defensa el primer paso que se dio desde la teoría a la práctica. Fiel a su fe en la Misión del hombre nórdico y en un renacimiento de Europa, salieron de las estrechas fronteras nacionales y convocaron a los demás pueblos germánicos, emparentados por la sangre a la lucha por el destino común. El llamamiento ha tenido un eco considerable. Se han formado las legiones noruega y holandesa, la legión de Flandes, el cuerpo franco danés y el batallón de voluntarios finlandés. Como muestra de la comunidad germánica nuevamente restablecida había sido ya constituido, por orden del *Führer* y en junio de 1940, el regimiento "Wiking", en el que luchaban, hombro con hombro y al lado de los alemanes del Reich, finlandeses, noruegos, daneses, holandeses y flamencos. Desde entonces, esta unidad

pangermánica de las SS crecería hasta formar la división “Wiking”, cuyo nombre ha quedado indisolublemente unido a la historia de la campaña en el Este. Igualmente se formaron en cada uno de los países germánicos poderosas Secciones de Defensa. También escucharon la llamada del Reich y de Europa millares de voluntarios de las minorías alemanas de otros países, en especial a los procedentes de los Estados del sudeste de Europa. La solidaridad europea en la lucha queda así evidente en la formación de unidades voluntarias. Se ha constituido la brigada “Walonia”, de las SS; la división blindada de las SS, “Neederland” y las divisiones voluntarias de Croacia, Galitzia y Lituania, a las que hay que añadir la brigada estoniana de voluntarios.

Del común sacrificio, de la vivencia colectiva del avance en el frente del Este surgen valores espirituales que renuevan el antiguo sentido comunitario occidental y constituirán la armazón de una nueva Europa»[3].



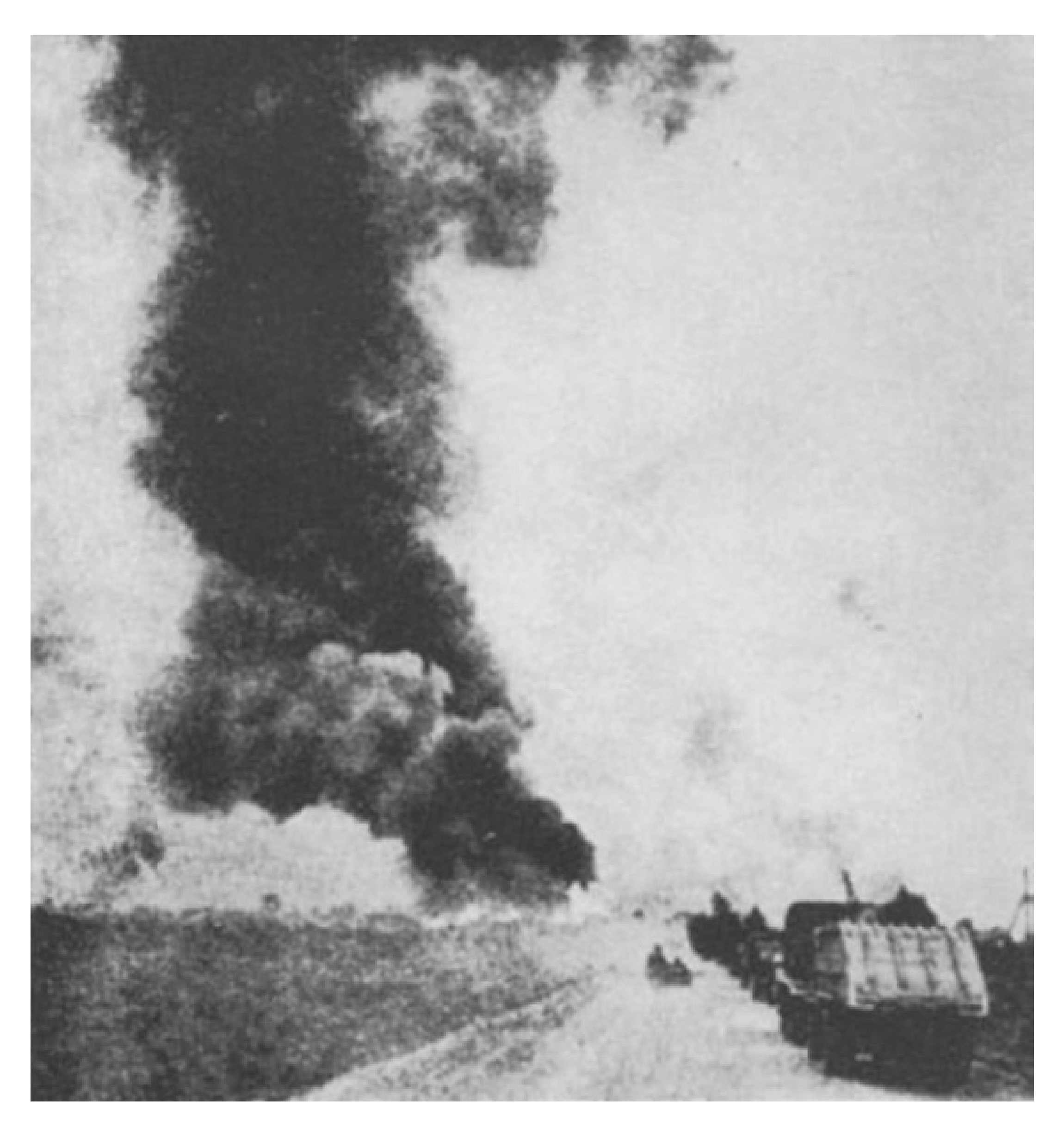
Dos épocas se encuentran en Bosnia: un «ustacha» mahometano y una mujer velada.



Las víctimas: además de los servios, los judíos.



Miembros de las fuerzas «ustacha.



Ataque a la Unión Soviética. ¿Defensa de Europa o guerra de conquista contra la raza inferior de los eslavos?



El primer batallón del «Frikorps Danmark» entra en Alemania, a finales de julio de 1941.



Los voluntarios europeos: salida de un destacamento flamenco hacia el frente del Este.



Despedida de los voluntarios rexistas en Bruselas, en marzo de 1942.

Aunque la política pangermana e incluso «aria» de las SS tuviera su fundamento en la doctrina racista del nacionalsocialismo, la mayor parte de los voluntarios no ingresó en las unidades de las SS por el hecho de que consideraran la realidad de sus respectivas naciones como un mero «afeite» sobrepuesto a la absoluta realidad de la raza. Uno de los máximos motivos era, por contra, afirmar la voluntad nacional mediante el sacrificio de la sangre y que su país pasara así a ocupar un lugar en la futura Europa federativa, guiada pero no dominada por Alemania. La decepción motivada por la insistente oposición de Hitler a suministrar la mínima indicación sobre el futuro aspecto de Europa, no dejó de tener su repercusión sobre el estrépito de armas de la lucha anticomunista. Los débiles soportes que tenía como tal quedaron patentes en la resistencia de Hitler a autorizar la formación de unidades bálticas y aun rusas, que solamente fue posible constituir muy avanzada ya la campaña y aun de manera precaria y con muchos condicionamientos. También las unidades en que se integraban los contingentes procedentes de la Europa occidental fueron, en la práctica, de efectivos bastante escasos: los holandeses alcanzaban apenas los 60.000 hombres; flamencos, franceses y valones totalizaban aproximadamente una cifra idéntica; todas las restantes naciones —incluidos los suecos y suizos también— no llegaban a los 10.000 hombres. Ninguno de los jefes de los voluntarios alcanzó altas graduaciones de las SS y, por supuesto, no tuvieron ni de lejos la influencia que los no rusos habían ejercido con frecuencia en las Internacionales. Incluso el propio Léon Degrelle precisó revelar un «innato talento militar», según lo calificó el testimonio del jefe de la División «Wiking», para efectuar una singular trayectoria que le llevó en el transcurso de pocos años desde el puesto de soldado raso al de comandante en jefe de una división. El internacionalismo fascista se había revelado como una realidad, pero sin dejar de ser una débil contrafigura del internacionalismo comunista que era su adversario.

Y aun concediendo a los voluntarios aquello que después de la guerra tratarían de alegar, es decir, que no había sido la ideología nacionalsocialista vínculo de unión entre todas las nacionalidades y que en ningún otro lugar se habían criticado tan abiertamente las medidas del Estado y el Partido como en aquellas unidades, una densa sombra cayó sobre los hombres con uniforme de las SS. Cierto que se ajusta a la verdad decir que las SS fueron convirtiéndose cada vez más en una tropa como la restante, en una especie de cuarta parte de la Wehrmacht: pero sus mandos no llevaban tan sólo incidentalmente idéntico

uniforme que las «secciones de la calavera» y los grupos de asalto de la Policía de seguridad. Hitler había dado muchas órdenes que concordaban mal con las reglas del derecho internacional, tales como sus ataques sin declaración previa de guerra y la Wehrmacht las había obedecido sin vacilación. Incluso la «eliminación de comisarios» había sido objeto de profusos sabotajes, pero sin encontrar una resistencia fundamental. Hitler podía llevar, por tanto, a cabo una guerra de conquista muy impregnada de tinte ideológico sin que precisara para ello sus propias «tropas ideológicas». Pero desde la altura de todo su poder, no podía ordenar a miembro alguno del Ejército la ejecución de un solo niño judío. Porque esto era el resultante de un principio de la ideología nacionalsocialista, y para llevar a la práctica tal principio, precisaba Hitler aquellas «tropas ideológicas» que no conocían otra ley que sus órdenes. Así es como *el aniquilamiento de los judíos* fue la obra más genuina de las SS y, como tal, la realización de las más íntimas intenciones del Partido. Comenzó con los grandes fusilamientos de Polonia, continuó con la «evacuación» de los judíos europeos y llegó a su culminación a mediados de 1942, con los gaseamientos en masa de Auschwitz. Fue aquél un precedente sobre el que no existe paralelo en la historia mundial y precisamente por ello no resulta fácil la información sobre el mismo. No acompañó a las víctimas ningún aparato fotográfico hasta las cámaras de la muerte y no existe fotografía alguna del humo de los crematorios. El ansia de información provocó la aparición, en la inmediata posguerra, de un considerable número de fotografías de ejecuciones en masa, tormentos a los judíos, de montones de cadáveres y selecciones humanas en la rampa de Auschwitz. Sobre buen número de estas imágenes planeó la sospecha de que se trataba de montajes o dibujos fotografiados e incluso cuando en su conjunto fueran auténticas, no se consideraron como verdaderas pruebas. También en Croacia fueron cometidos —por ambas partes— fusilamientos en masa; las tropas alemanas encontraron en Rusia y en las primeras semanas de la guerra montones de cadáveres de prisioneros de guerra. Por otra parte, en el curso de la Primera Guerra Mundial habían sido los armenios víctimas de un auténtico genocidio y ya Tamerlán había aterrorizado a los vencidos con la construcción de gigantescas pirámides de cráneos. Pero las características del aniquilamiento de judíos por parte del nacionalsocialismo destacan de todos estos precedentes por su característica de lenta y constante aniquilación de un grupo humano al que se excluyó de la existencia activa; en su identificación mediante la medieval estrella de Israel; por el transporte burocratizado hacia el exterminio, con inclusión de los ancianos y los niños. Por otra parte, esta

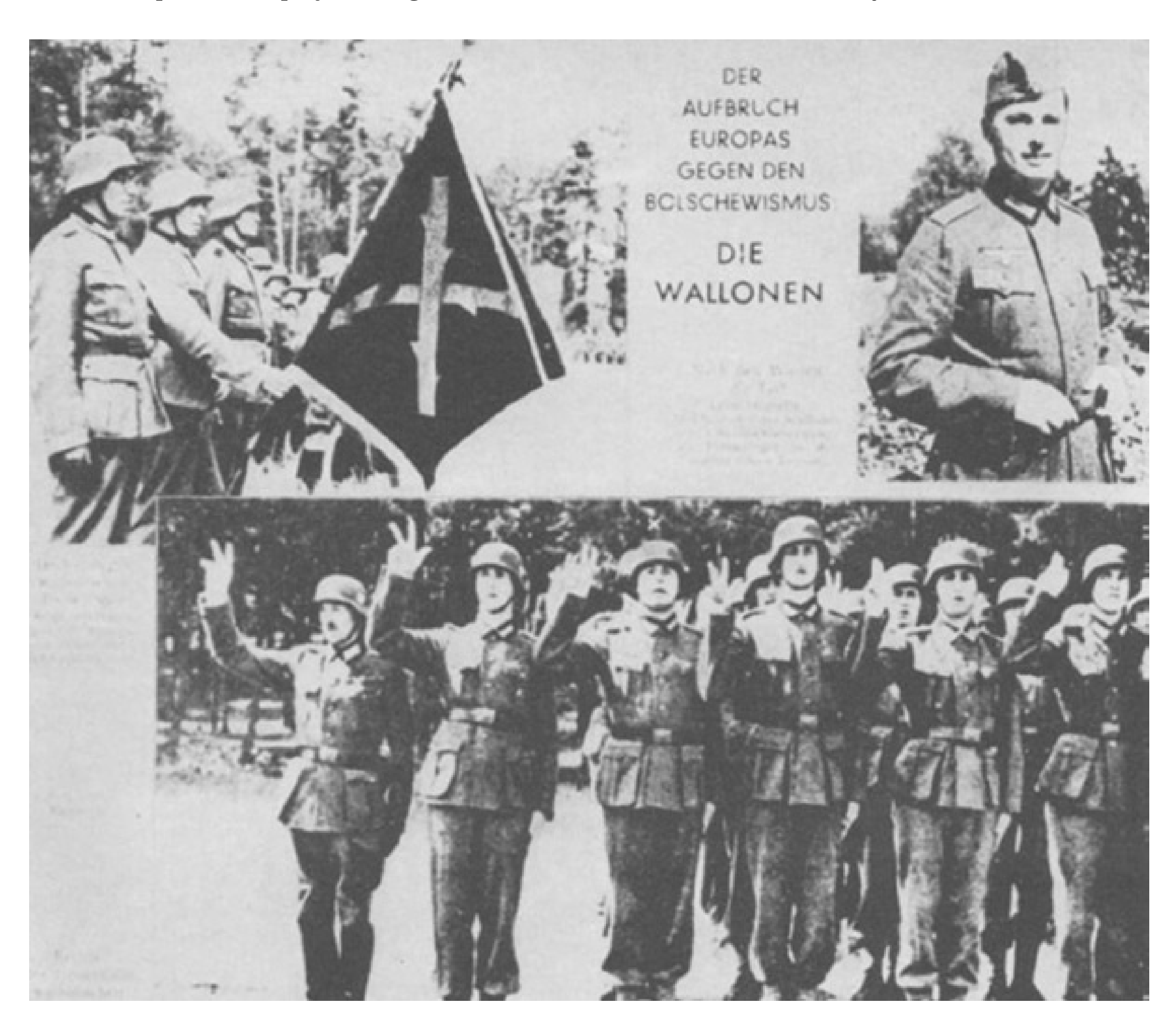
acción no resultaba perceptible en su conjunto, tan siquiera en lo que atañe a las propias víctimas que hasta el último instante no tenían consciencia de su suerte. Instalaciones modernas y hasta higiénicas permitían la aniquilación con un carácter que podría calificarse de industrializado. Los verdaderos pogroms que hubo (provocados por los habitantes del país), y la brutal crueldad que se manifestó en bastantes ocasiones por parte de las SS, fue lo excepcional y, si así puede decirse, lo más humano. Mucho más característica fue la ausencia de cualquier ebullición de la sangre y la obsesión puramente intelectiva, tal como se manifiestan, por ejemplo, en el informe de un jefe de la Policía de seguridad en Rutenia Blanca sobre una explicación tenida con el comisario general Wilhelm Kube:

> «Hice constar que resultaba para mí incomprensible que unos hombres alemanes pudieran discrepar acerca de unas cuantos judíos. Según podía deducir, se nos culpaba a mis hombres y a mí de barbarie y sadismo cuando nos habíamos limitado a cumplir con nuestro deber. Incluso el detalle de que los judíos que requerían trato especial fueran objeto de normales acciones por parte de médicos especializados con objeto de quitarles las dentaduras de oro, se convirtió en motivo de controversia. Kube aseguraba que aquella manera de actuar, mediante engaño, era impropia de un alemán y de la Alemania de Kant y Goethe. Aseguraba que era culpa nuestra si el prestigio alemán declinaba por doquier en el mundo. Por otra parte, según él, mis hombres satisfacían sus bajos instintos con aquellas ejecuciones. Protesté enérgicamente contra aquella versión de los hechos e hice constar que resultaba lamentable que fuéramos todavía criticados y objeto de ofensa por efectuar aquel detestable trabajo…»[4].

Wilhelm Kube era uno de los más antiguos militantes del NSDAP y abiertamente antisemita. Como su caso, existen numerosos informes sobre la repugnancia y la hostilidad que provocaba en altos funcionarios del Partido la obra de exterminio de los judíos. La prueba de la existencia de estos sentimientos se manifestó en el discurso pronunciado por Himmler el 4 de octubre de 1943 en la reunión de los «Gruppenführer» de las SS celebrada en Posen:

> «Quiero abordar ante ustedes, con toda franqueza, un capítulo bastante difícil. Entre nosotros debe hablarse abiertamente de ello en alguna ocasión, y sin embargo, puedo asegurar que eludiremos el tema ante la opinión general. No dudamos el 30 de junio de 1934 en cumplir con nuestro deber y colocar ante un muro para proceder a su fusilamiento a camaradas que habían incurrido en falta, y tampoco hablamos demasiado de ello, pero en el interior de cada uno de nosotros tuvimos conciencia de que se había obrado con rectitud y de que volvería a obrarse de aquella misma manera cuando se nos ordenara y resultara necesario.
>
> Quiero ahora referirme a la evacuación de los judíos, al aniquilamiento del pueblo judío. Es éste un tema sobre el que se habla con ligereza. “El pueblo judío tiene que ser aniquilado”, dice cada correligionario. “Consta muy claramente en nuestro programa: eliminación del pueblo judío”. Y es lo que estamos haciendo. Pero resulta que de los buenos ochenta millones de alemanes, tiene cada cual su judío decente. Resulta muy claro: todos los demás son cerdos, pero aquél es un excelente judío. De todos cuantos así hablan, ninguno lo ha comprobado, efectivamente, pero aunque lo hubieran hecho, sería igual. Los más de vosotros sabréis lo que

significa estar junto a un montón de cien cadáveres, de quinientos o mil. Haber pasado por esta prueba sin desfallecimientos ha contribuido, sin duda, a fortalecernos. Es ésta una página gloriosa de nuestra historia, que no está escrita y que no se escribirá jamás, pero tenemos consciencia de lo difícil que resultaría en la actualidad tener en cada ciudad —al lado de los ataques aéreos, de las cargas y las privaciones de la guerra— a los judíos como saboteadores secretos, agitadores y provocadores. Habríamos llegado al punto de los años 1916-17 si los judíos formaran todavía parte del cuerpo nacional alemán. Les hemos desposeído de las riquezas que tenían. Di la orden más estricta, que el "Obergruppenführer" Pohl se encargara de llevar a la práctica, de que estas riquezas pasaran a ser propiedad íntegra del Reich No hemos guardado nada para nosotros. Algunos quebrantaron la orden y fueron castigados de acuerdo con un precepto tajante, dictado personalmente por mí desde el principio y que prevenía: quien se guarde para sí un solo marco, será ejecutado. Un determinado número de miembros de las SS —no muchos— desobedecieron aquella orden y morirán de una manera implacable. Teníamos el derecho moral, teníamos la obligación hacia nuestro pueblo de exterminar a aquél que quería lograr a toda costa nuestro exterminio. Pero no tenemos el derecho de beneficiarnos con nada, ni con un cigarrillo. No queremos correr finalmente el riesgo de contaminarnos con el mismo bacilo que hemos querido exterminar. No pienso tolerar la aparición de un foco de corrupción en lado alguno; allá donde surja, procederemos conjuntamente a su extirpación. Quiero, por contra, afirmar de la manera más rotunda que hemos llevado a cabo la difícil tarea en beneficio de nuestro amado pueblo. Y que ello no ha provocado perjuicio alguno en nuestro interior, en nuestra alma y nuestro carácter»[5].



Fotografía del *Illustrierte Beobachter* sobre la «Legión valona». - Hitler impone a Léon Degrelle la Cruz de Hierro (en el centro, el general de las SS, Félix Steiner).



Hitler impone a Léon Degrelle la Cruz de Hierro (en el centro, el general de las SS, Félix Steiner).



Un reportaje gráfico del *Illustrierten Beobachter* sobre la legión de voluntarios franceses.



Concentración de la «Légion des Volontaires Français contre le Bolchevisme» en la sala Wagram de París, en junio de 1943.



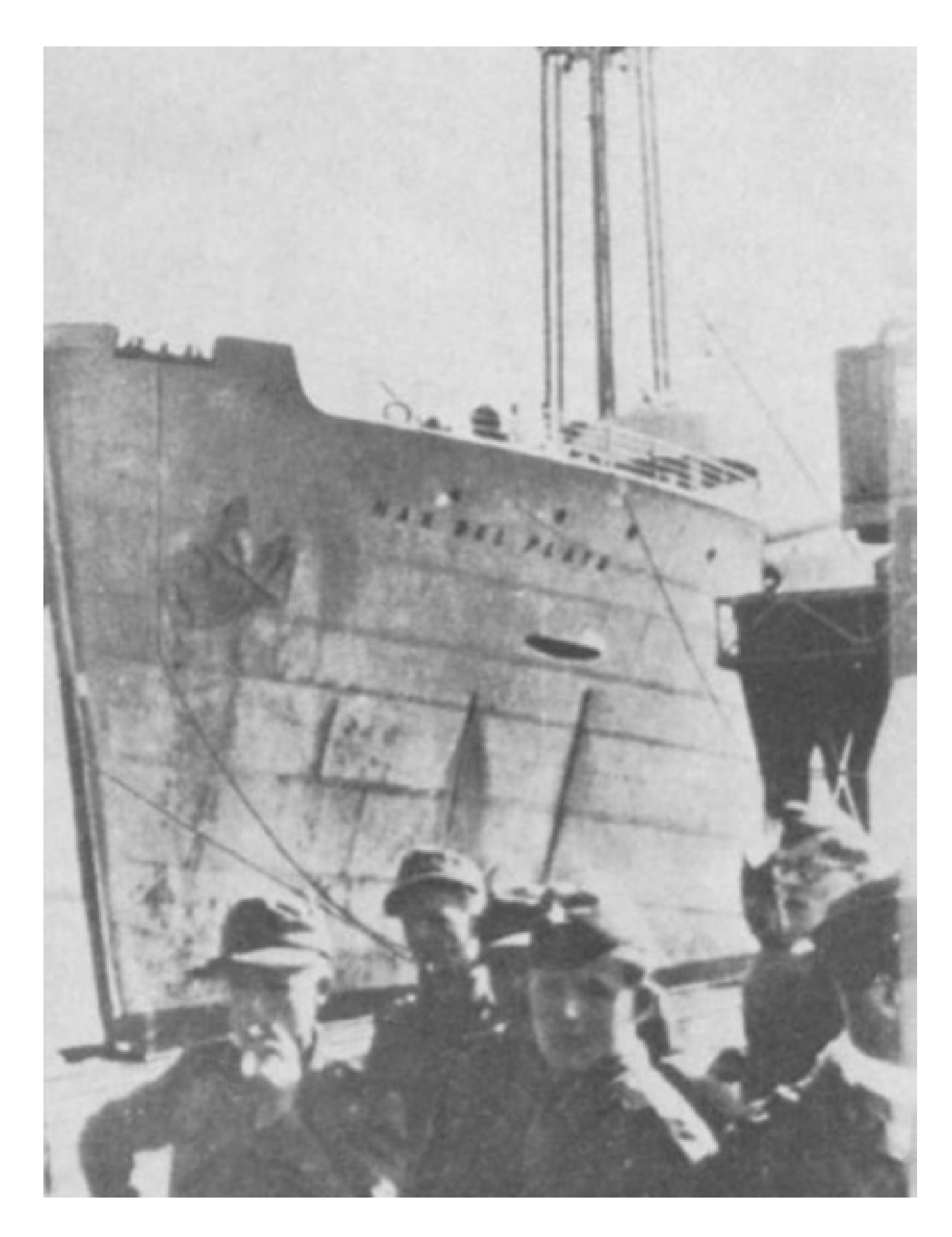
Jacques Doriot con uniforme de teniente coronel de la Wehrmacht alemana.



A pesar de la oposición de Hitler, Estonia es impulsada a la guerra: banderín de enganche de la «Legión Estland».



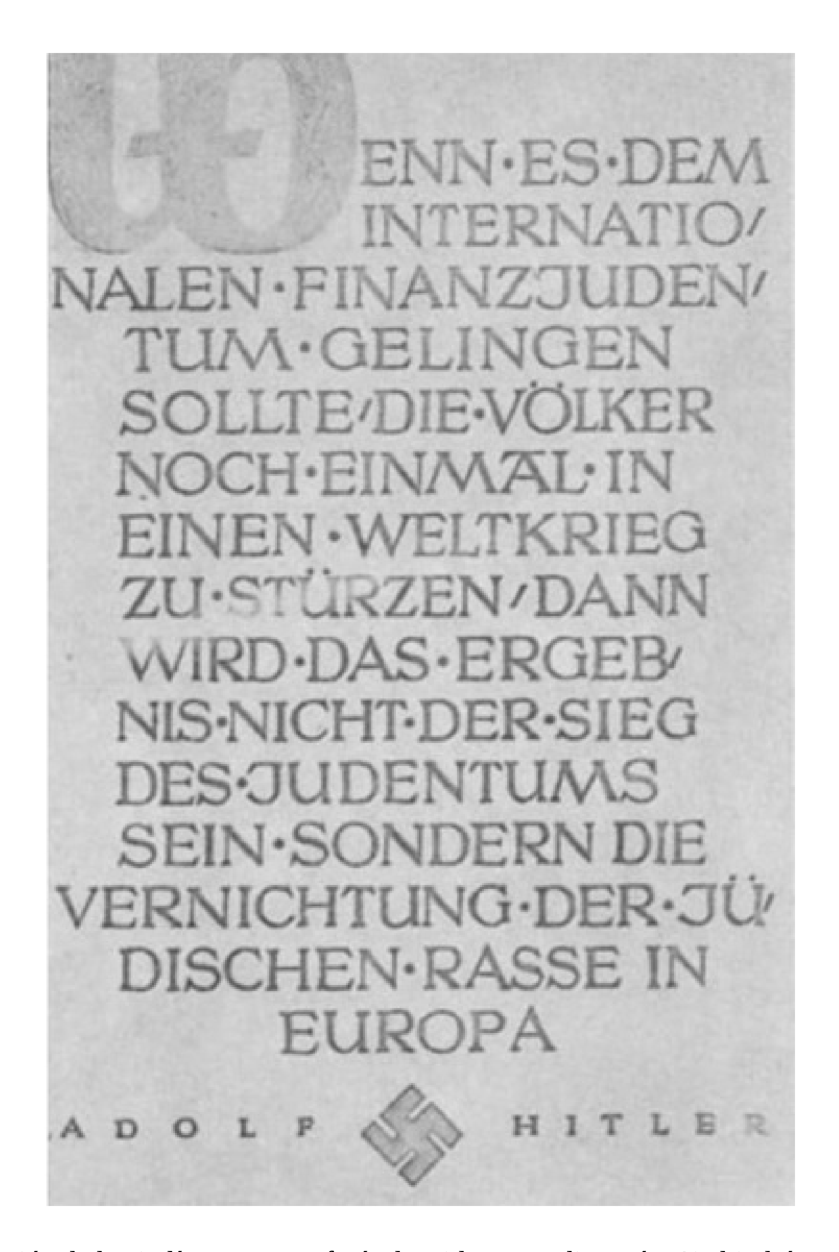
Quisling saluda a los voluntarios noruegos heridos (junio de 1943).



Llegada de voluntarios noruegos a Kiel, en julio de 1941.



El jefe de la división de las SS, «Wiking», «Obergruppenführer» Félix Steiner, en conversación con oficiales del grupo voluntario.



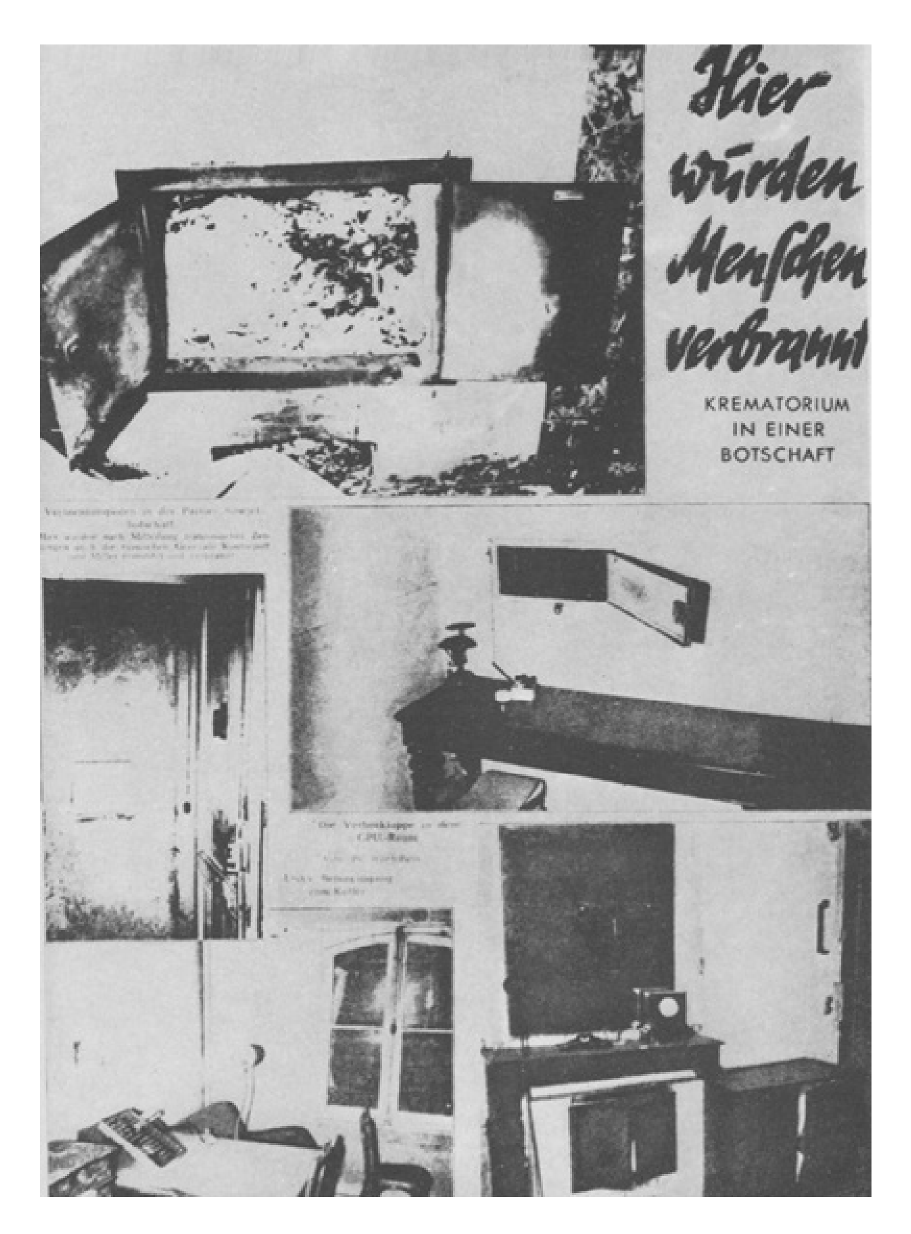
La aniquilación de los judíos: una «profecía de Hitler» que dice así: «Si el judaísmo financiero internacional consiguiera volver a sumir a los pueblos en una guerra mundial, el resultado no sería la victoria del judaísmo, sino la aniquilación de la raza judía en Europa».



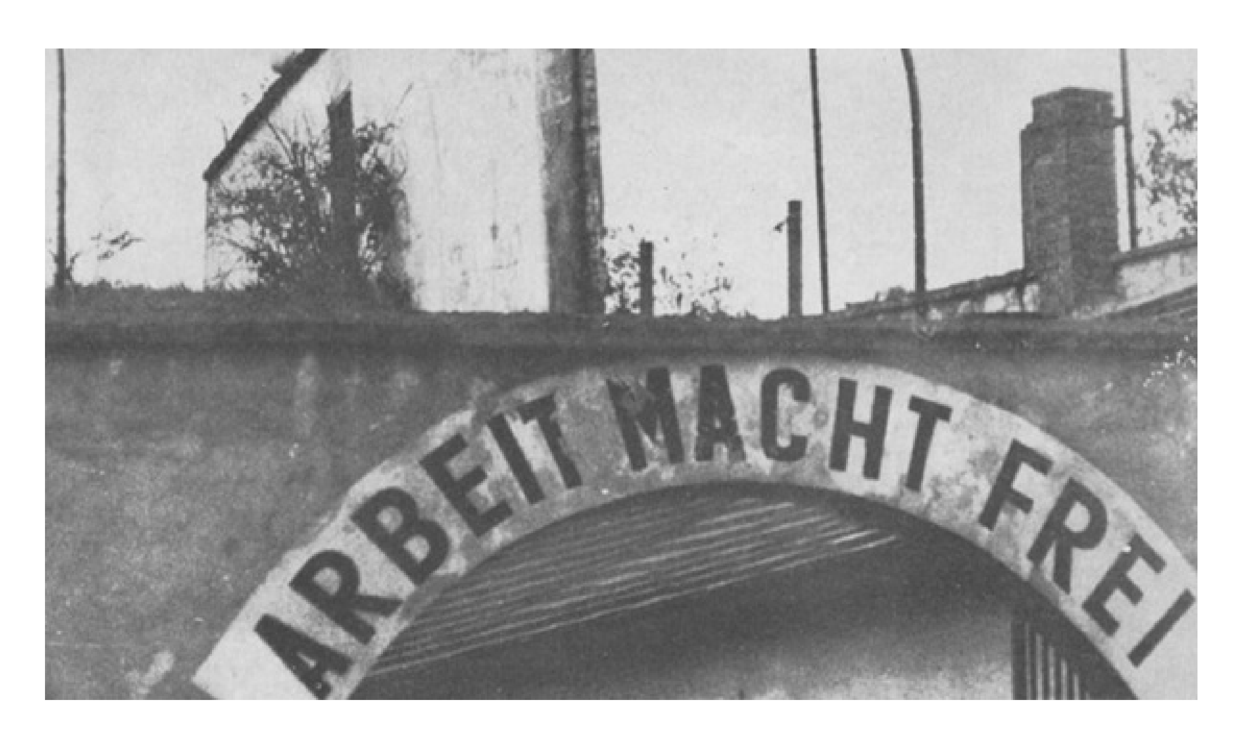
¿Una nueva Edad Media?



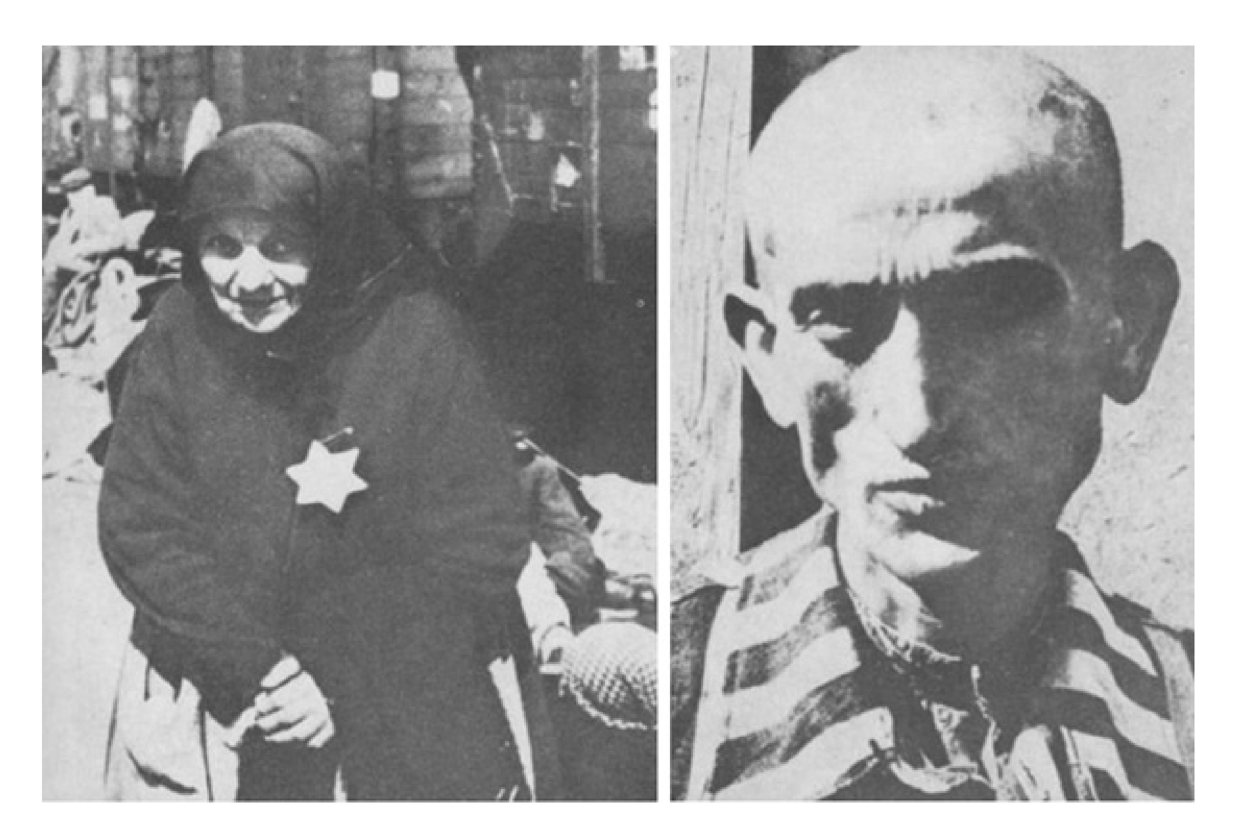
La lenta desaparición de una raza: un banco público sólo para judíos.



¿Obsesión o preparación propagandística? Una página del *Illustrierte Beobachter* publica fotografías de unos supuestos hornos crematorios encontrados en la Embajada soviética en París.



Ironía sobre la muerte: la inscripción en la entrada del campo de Auschwitz dice así: «El trabajo libera».



Primero señalados con una estrella; luego anónimamente «exterminados».

Aquel mismo Himmler había censurado pocos años antes los aniquilamientos masivos de «bolchevistas y antigermanos». Aquel mismo Himmler era, por su idiosincrasia y su forma de vida, lo más alejado de un sádico o un asesino. Centrar la responsabilidad de lo ocurrido sobre

determinadas personas puede, en definitiva, desviar la atención sobre el conjunto del problema. Pero en realidad, las cosas resultan a un tiempo mucho más sencillas e infinitamente más complicadas. Si tenía que existir una doctrina que fuera la radical contrafigura de la ideología bolchevista, no podía faltar en ella el concepto de «aniquilamiento». Pero lo que en este caso tenía que aniquilarse no era, como en Marx, unas formas de producción supervivientes y los absurdos privilegios de sus pocos beneficiarios. Para esta contradoctrina —el fascismo— los adversarios eran la democracia y sus raíces, de las que germinaba el bolchevismo como último brote. En algunos países se podía excluir esta democracia y marginar aquellos que la encarnaban, tal como había hecho Mussolini. Pero no podía destruirse a escala mundial si tenía una causa patente, y según las premisas filosóficas, solamente podía dominarse esta causa si se la hería en su origen primero. Es éste el significado del antisemitismo del fascismo radical. Cuando Mussolini trató más tarde de apropiárselo, demostró con ello que existían dos zonas del fascismo que no eran extrañas entre sí, pero de las cuales una no nacía necesariamente de la otra. Cuando Wilhelm Kube y Alfred Rosenberg experimentaban sobresalto y terror ante las medidas de aniquilamiento, evidenciaban que eran unos seres inconsecuentes. Quizá fuera tan sólo Adolfo Hitler un consecuente nacionalsocialista en el sentido radical fascista, pero no por ello había que considerarlo como un caso singular o como un loco. En determinado concepto, no era el aniquilamiento de los judíos más que la repetición del asesinato de Rosa Luxemburgo, en unas proporciones gigantescas y llevado a cabo por los sucesores políticos de aquellos miembros de los cuerpos francos que buscaban una razón para el desencadenamiento de un proceso que consideraban fatal; la raza intelectual de los soldados contra el efecto del intelectualismo que amenazaba las raíces de su existencia.



Lo que nunca se filmó, en una película documental. De la cinta de Erwin Leiser *Eichmann y el Tercer Reich*.



Un gráfico ilustrativo sobre el «complot judío» que abarca el mundo.



Llegada de los destinados a la muerte.

Resulta, empero, improcedente aislar cada uno de los aspectos de la guerra de Hitler. Era una lucha del Ejército alemán contra los enemigos del Reich; era una pugna de los anticomunistas alemanes y europeos contra el bolchevismo; trataba de hacer realidad las concepciones de Hitler sobre el espacio vital y encerraba en sí las teorías de aniquilación radical y total de los judíos. La multiplicidad de estos aspectos, que Hitler encarnaba como ningún otro en su persona y sabía subrayar o reprimir de acuerdo con las oportunidades, había facilitado sus triunfos; pero cuanto más concretamente se fueron perfilando, tanto mayores se hicieron las características que las oponían entre sí y que llevaban el germen de una reacción de extraordinaria violencia. Cuando las tropas alemanas llegaron en diciembre de 1941 ante Moscú; cuando el espacio oriental, de Riga a Rostov y de Brest-Litovsk a Smolensko estuvo regido por comisarios generales alemanes, cuando en el palacio de Cracovia se aposentó un gobernador general alemán, y en el Hradschin de Praga un protector del Reich, quedó probado que Adolfo Hitler había tenido razón en 1924: existía la posibilidad, en los tiempos de la Liga de Naciones y la revolución antiimperialista, de conquistar un imperio mundial y solamente lo había podido hacer realidad un hombre que era al mismo tiempo

un revisionista, un anticomunista, un político del espacio vital y un enemigo de los judíos y que tenía tras sí un movimiento nacido del espíritu de la Primera Guerra Mundial. Pero también semejante hombre y tal movimiento podían lograr que los más elementales enemigos se unieran entre sí y surgiera en ellos un deseo de aniquilamiento como no se había producido en Versalles. Cuando Hitler se colocó, el 11 de diciembre de 1941, al lado del aliado japonés y declaró la guerra a los Estados Unidos, ejecutó con su propia mano aquello que hubiera debido evitar y que hubiera sido efectivamente inevitable desde hacía largo tiempo de haber disfrutado Roosevelt de una décima parte de la libertad de movimiento que él tenía. Hitler no expresó la más mínima duda sobre la inevitabilidad del desarrollo de los acontecimientos y se dejó conducir por la naturaleza interior de su propio movimiento al establecer de una manera reiterada que la guerra se llevaba a efecto contra el mismo enemigo a que antes se había enfrentado en la lucha interna. Mussolini no expresó otra cosa al subrayar ante los mandos del Partido que se encontraban frente a un «Aventino de proporciones aumentadas», que el fascismo derrotaría de igual manera que había vencido con anterioridad a los enemigos internos. Pero la comparación no resultó válida después del 11 de diciembre de 1941: en la lucha política interior, fascismo y nacionalsocialismo solamente habían tenido un único enemigo (el «marxismo») y los otros partidos habían observado la lucha con alguna simpatía antes de darse cuenta que estaba en juego su propia existencia: en esta ocasión, los adversarios se habían visto obligados a unirse y disponían, además, de armas. Todavía en el año 1942 tuvo Hitler la ocasión, tras la victoria sobre la primera contraofensiva soviética, de aniquilar a la Unión Soviética y con ello hacerse poco menos que invulnerable. Pero cuando la población de la URSS, impelida por el propio Hitler a la «guerra patriótica», se puso al lado de Stalin; cuando las tropas auxiliares rumanas e italianas fracasaron ante Stalingrado; cuando los americanos y los ingleses desembarcaron en África del Norte, apareció claramente a toda mente equilibrada que Hitler no podía ya triunfar. Incluso aunque le fuera dado todavía librar algunos afortunados combates veraniegos en Rusia y destruir todas las ciudades inglesas con armas recién descubiertas, la guerra estaba perdida para él.



La entrada a la «fábrica de la muerte»: los rieles de la vía férrea penetran en Auschwitz-Birkenau.

INDICE BIBLIOGRÁFICO DEL CAPÍTULO UNDÉCIMO

Walther Hofer, «Die Entfesselung des Zweiten Weltkriegs» («El desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial»), Frankfurt del Main 1964.

Martin Broszat-Ladislaus Hory, «Des kroatische Ustascha-Staat 1941-1945» («El Estado "ustacha" croata 1941-1945»), Stuttgart 1964.

Dieter Wolf, «Die Doriot-Bewegung. Ein Beitrag zur Geschichte des französichen Faschismus» («El movimiento de Doriot. Una aportación a la historia del fascismo francés»), Stuttgart 1967.

«Un libro sobre Vidkun Quisling», Oslo 1941.

Goebbels, «Diario. Del año 1942-1943», publicado por Louis P. Lochner con otros documentos, Zurich 1948. Edición española de Plaza & Janés. Barcelona.

Galeazzo Ciano, «Diario 1939-1943», Berna 1946.

Andreas Hillgruber, «Hitlers Strategie. Politik und Kriegführung 1939-1941» («Estrategia de Hitler, Política y mando bélico»), Frankfurt del Main 1965.

Paul Hausser, «Waffen-SS im Einsatz», sexta edición, Gotinga 1953.

Félix Steiner, «Die Freiwilligen. Idee und Opfergang» («Los voluntarios. Idea y sacrificio»), Gotinga 1958.

León Poljakov-Josef Wulf, «Das Dritte Reich und die Juden. Dokumente und Aufsátze» («El Tercer Reich y los judíos. Documentos y artículos»), Berlín 1955.

Gerald Reitlingen, «Die Endlosung. Hitlers Versuch der Ausrottung der Juden Europas. 1939-1945» («La solución final. Intento de Hitler para el exterminio de los judíos en Europa 1939-1945»), Berlín 19614.

Raoul Hilberg, «The Destruction of the European Jews», Londres 1961.

Gerhard Schoenberner, «Der gelbe Stern. Die Judenverfolgung in Europa 1933-1945» («La estrella amarilla. La persecución de los judíos en Europa»), Hamburgo 1960.

Hans Günther Adler, «Die verheimlichte Wahrheit. Teresienstádter Dokumente» («La verdad oculta. Documentos de Teresientadt»), Tubinga 1958.

EFEMÉRIDES DEL CAPÍTULO DUODÉCIMO

1943

14-15 de enero: conferencia de Casablanca. Se exige la capitulación incondicional de Alemania.

31 de enero: capitulación del VI Ejército en Stalingrado bajo el mando del mariscal Von Paulus.

5 de febrero: Mussolini asume personalmente el puesto ministerial de Asuntos Exteriores. Ciano es relegado al puesto de embajador italiano ante la Santa Sede.

22 de febrero: ejecución de los hermanos Scholl.

Marzo: huelgas en Italia contra la guerra.

Abril-mayo: levantamiento de los judíos en el «ghetto» de Varsovia.

13 de mayo: capitulación de las tropas alemanas e italianas en Túnez.

15 de mayo: autodisolución del *Komintern*.

25 de julio: caída y encarcelamiento de Mussolini tras el desembarco de los aliados en Sicilia (10 de junio). El mariscal Badoglio es nombrado nuevo jefe de Gobierno.

5 de agosto: disolución del Partido Nacional Fascista.

25 de agosto: Heinrich Himmler es nombrado ministro del Interior del Reich.

8 de setiembre: capitulación de Italia a los aliados.

12 de setiembre: liberación de Mussolini por un comando especial de las SS.

23 de setiembre: Mussolini anuncia mediante un discurso pronunciado por radio desde Munich la constitución de un Estado fascista republicano (la llamada «República de Saló»).

Setiembre-octubre: el Tirol del Sur, Trieste y Venecia son puestas bajo administración alemana.

1944

Enero: Proceso de Verona contra los miembros del Gran Consejo que había votado contra Mussolini el 25 de julio. Son fusilados Ciano, De Bono, Marinelli, Pareschi y Gottardi.

Mayo-junio: exterminio de un cuarto de millón de judíos húngaros en Auschwitz.

6 de junio: desembarco de las tropas aliadas en Normandía.

20 de julio: fracasan el atentado contra Hitler y el intento de levantamiento de la oposición alemana. Por la tarde, en Rastenburg, último encuentro de Mussolini y Hitler.

23 de agosto: caída del general Antonescu, armisticio entre Rumanía y la Unión Soviética. Formación de un Gobierno en el exilio por parte de Horia Sima.

16 de setiembre: acuerdo entre Himmler y el general Vlasov: proclama del Ejército de liberación nacional ruso formado en Alemania para la lucha contra el bolchevismo.

Setiembre: incluso el relativamente favorecido «ghetto» de Theresienstadt es liquidado en gran parte.

15 de octubre: tras su solicitud de armisticio a la Unión Soviética es obligado el regente húngaro Horthv a la retirada. Perene Szalasi constituye un Gobierno de los «Cruces de Flechas».

7 de noviembre: Roosevelt es reelegido por cuarta vez para la presidencia.

1945

19 de marzo: Hitler ordena aplicar a Alemania los métodos de «tierra quemada».

23 de abril: Goering es destituido de sus cargos en el Estado y el Partido; poco después le sigue Himmler en idéntica suerte.

28 de abril: fusilamiento de Mussolini.

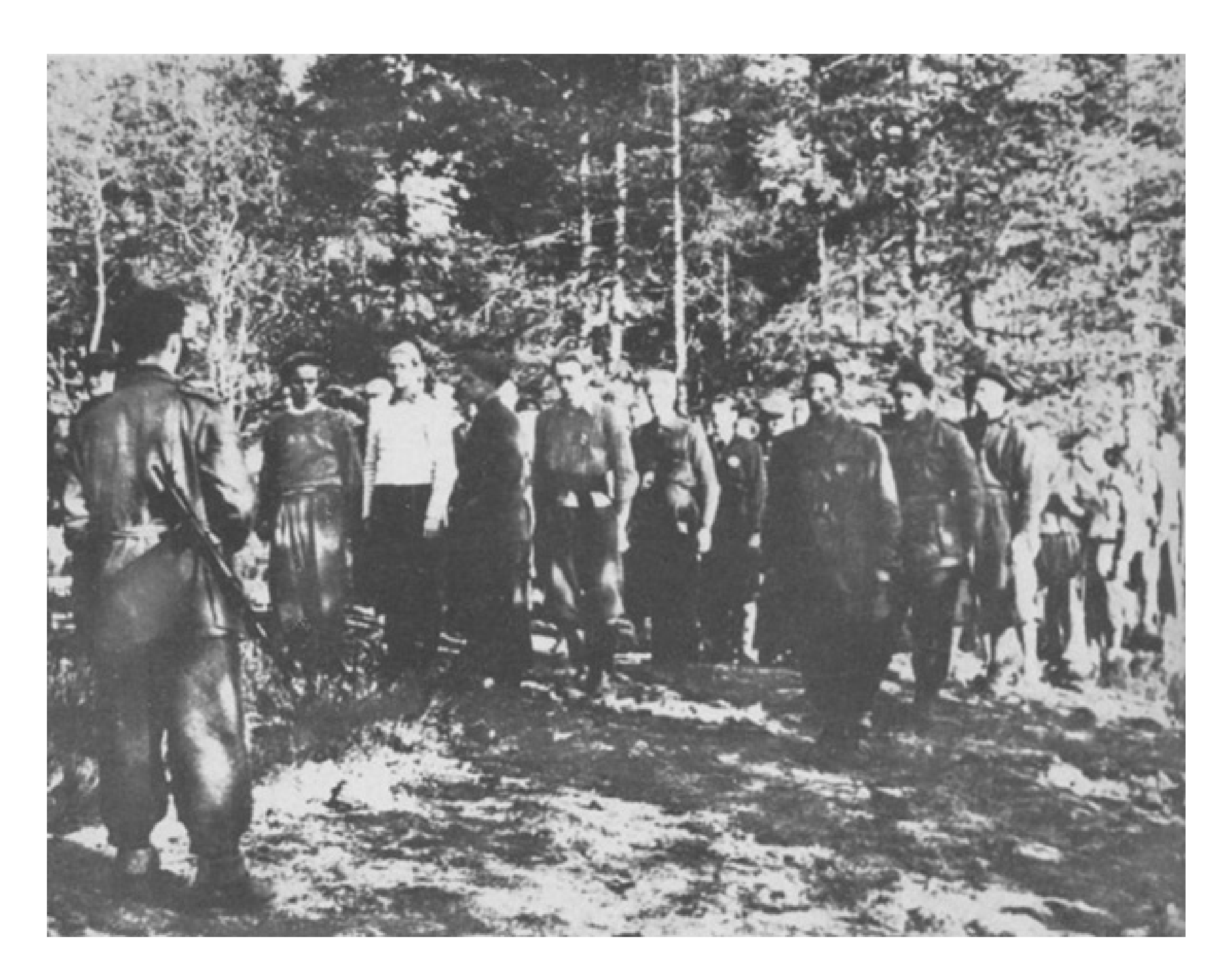
30 de abril: suicidio de Hitler.

7-8 de mayo: capitulación militar sin condiciones de Alemania.

CAPÍTULO DUODÉCIMO
LA RIGIDEZ IDEOLÓGICA Y LA DERROTA TOTAL

A partir de la capitulación del VI Ejército en Stalingrado, no solamente se frustraron los planes bélicos de Hitler, sino la propia concepción fascista en su totalidad. Cierto que fue en aquellos instantes cuando las unidades de voluntarios se convirtieron en divisiones, pero mucho más rápidamente que el número de voluntarios aumentó en sus países la masa de aquellos que oponían resistencia, tanto activa como pasiva, a las potencias ocupantes; cierto que los pequeños Estados fascistas vieron ampliadas sus atribuciones y competencias, pero a cambio de verse convertidos poco menos que en bastiones del enemigo en su propio país y sin que en algunos casos su potencialidad excediera los límites de la propia capital; cierto que se llevó a cabo el exterminio de los judíos en una proporción gigantesca, pero aquella lenta y siniestra desaparición de la existencia cotidiana que había precedido a su exterminio era ahora lo que le ocurría al propio Hitler. Todavía recibía en Obersalzberg o en su Cuartel General a suficiente número de satélites, pero no hacía ya política por la sencilla razón de que no le era posible hacerla. Cualquier hombre medio, situado al frente de Alemania, hubiera tenido la oportunidad de llegar a un acuerdo con la Unión Soviética, gravemente herida en sus zonas y partes más vitales; pero con el «político del espacio vital» que era Hitler, resultaba imposible cualquier entendimiento. A pesar de su exigencia de una capitulación sin condiciones las potencias occidentales hubieran estado dispuestas, presumiblemente, a dialogar con él: pero el adversario radical fascista del «judaísmo» no podía ni quería ser su interlocutor. Durante diez años había sido Hitler martillo del mundo; a partir de aquel instante se convirtió en yunque, de tal manera que a pesar de todas las contraofensivas y los éxitos parciales, los dos últimos años de la guerra constituyeron tan sólo una cadena de derrotas para el Ejército alemán, que desde hacía tiempo no estaba formado ya por tropas alemanas únicamente y que se hallaba muy lejos de constituir, sin embargo, un ejército europeo. En la mera actitud defensiva situada en el extremo opuesto de todas las maniobras políticas, se mostraba Hitler, que había sido el triunfante estratega del ataque combinado, como un temperamento tardo en sus reacciones, carente de la más mínima flexibilidad y obsesionado tan sólo por la idea fija de retener el territorio antes conquistado. Incluso en las obligaciones que comportaba la movilización de todos los recursos para la guerra parecía carecer de los impulsos precisos; en

este sentido, las odiadas democracias le aventajaron netamente, acaso entre otras cosas por no encontrar dispuesta aquella «mujer alemana» para suplir a los hombres que las operaciones bélicas devoraban incansablemente. La última fuente de su poder y su fuerza fue la «fe» del pueblo, que a pesar de todos los vaticinios, seguía confiando ciegamente en el *Führer* y habría continuado luchando hasta el último hombre sin pensar siquiera en las posibilidades de una revolución. No por «valor», que es virtud del espíritu, sino porque el sistema nacionalsocialista le había extirpado los centros nerviosos precisos para una reacción. Con ello, la ideología radical fascista puso en peligro mortal la sustancia misma de la nación; aquella sustancia que anteriormente y mediante la inyección de los específicos ingredientes que componían la misma ideología había dotado de los máximos impulsos. El único problema importante planteado a lo largo de aquellos dos años últimos de la guerra fue saber si la nación alemana se había identificado con un hombre hasta el punto de compartir el destino de éste o si rompería sus ligaduras para que pudiera salvarse por lo menos aquello que para Hitler había constituido el punto dé partida: el Estado alemán del año 1919. Aquél era el problema que se planteaba primordialmente a quienes no conseguían llegar con su influencia hasta el pueblo, pero que conservaban por lo menos la posibilidad de tener sus ideas propias y adoptar sus propias decisiones. Aquél era el problema de la resistencia alemana, que al contrario de lo ocurrido en la Primera Guerra, solamente podía ser la resistencia de la vieja clase dirigente. Y así como la victoria de Mussolini había precedido a la de Hitler, los acontecimientos alemanes tuvieron un claro precedente en los que se desarrollaron en Italia a lo largo del año 1943.



Síntoma del fracaso de la concepción de Hitler: cada vez más germanos contra «pangermanos» (combatientes de la resistencia noruega durante la instrucción).



Manifiesto, escritos y libelos del movimiento noruego de resistencia.



Los satélites siguen visitando a Hitler: el rey Boris de Bulgaria en el Cuartel General del *Führer* (1942).



Los «civiles» del Oeste toman la iniciativa: Winston Churchill y Montgomery (fotografía del año 1944).

No podía ponerse en duda algo esencial a este respecto: el hecho de que el Pacto de Acero y la participación en la guerra habían significado una contradicción a los intereses nacionales italianos. En 1939, Mussolini había conseguido ampliamente aquello que podía lograrse, vistas las cosas desde el ángulo del egoísmo nacional. Túnez, Djibuti, Córcega, Niza, etc., eran reivindicaciones artificiales que no encontraban resonancia alguna en el pueblo. El imperio del África oriental pudo considerarse como perdido desde el momento en que por vez primera en la historia italiana, se declaró la guerra a Francia e Inglaterra. Incluso en el caso de que la contienda hubiera seguido un curso victorioso para las potencias del Eje, Italia se hubiera visto obligada a adoptar respecto a la poderosa Alemania una posición mucho más desventajosa que la que había mantenido hacia las potencias occidentales. Así es que la entrada en la guerra tuvo unas consecuencias fatales para la ideología fascista y la posición singular del *Duce*. Pero aun cuando el Partido tenía también allá encuadrado al pueblo, no era instrumento sin voluntad en manos de su jefe, como era el caso de Alemania. En el propio Musolini se advertía con bastante frecuencia la oposición entre la voluntad ideológica y

los imperativos de los intereses nacionales. Tan pronto maldecía de su pueblo, calificado como un «rebaño de corderos», se ponía incondicionalmente al lado del «señor» septentrional y se lamentaba del «material» que le faltaba, como se indignaba contra la falta de confianza teutónica y se mostraba decidido a encarnar la causa de la cultura italiana contra los hunos germanos. Dividido entre la fascinación que experimentaba hacia Hitler y el celoso deseo de independencia propia, criticaba acerbamente los interminables monólogos a que el *Führer* se entregaba en sus entrevistas con él, pero se sentía desdichado cuando tenía que aguardar demasiado tiempo una invitación. Después de Stalingrado y la derrota del cuerpo expedicionario italiano, se vio presionado por todas partes para que dijera a los alemanes la verdad sobre la situación desoladora del armamento italiano e iniciara los preparativos precisos para una retirada de Italia de la guerra; pero no se atrevió a tomar decisión alguna, puesto que sabía que Hitler confiaba en él. ¿No había acaso prometido solemnemente en Berlín «marchar hasta el fin» con sus amigos? En la primavera de 1943 intentó una vuelta a las antiguas tradiciones y llamó al jefe de escuadristas Carlo Scorza a la secretaría del Partido. Pero a pesar de ello, a su alrededor se iba haciendo un vacío cada vez más desolador: los extremistas progermanos, agrupados en torno a Farinacci, se lamentaban de sus vacilaciones y su falta de decisión; un fuerte sector de los altos mandos veían la salvación en una vuelta a la preeminencia monárquica y el propio soberano consultaba a sus espaldas con los representantes de las corrientes antifascistas. Las extensas huelgas que se propagaron por el norte de Italia dieron ocasión para demostrar que la insatisfacción había penetrado profundamente en las capas populares. Sin embargo, la oposición no se atrevió a dar todavía un paso decisivo. Fue preciso aguardar el punto relativamente tardío de la invasión de Sicilia por los aliados. Mussolini, que había conquistado Addis Abeba, se veía incapaz de defender el suelo patrio, por lo que incluso una mayoría de los altos mandos del Partido decidió que Italia significaba más que el fascismo. En la sesión celebrada por el Gran Consejo Fascista el 24 de julio de 1943, el *Duce* escuchó los virulentos ataques que Grandi y Ciano le dirigieron, y al día siguiente se dejó detener por el rey, sin oponer resistencia, aunque sí bastante sorprendido. En Italia fue el Partido y no el pueblo el que pareció aturdido: ni una mano se levantó en defensa del fascismo cuando los símbolos fascistas fueron destruidos en los edificios públicos por una masa heterogénea y cuando el nuevo jefe de Gobierno, Badoglio, decretó unos días después la disolución del PNF. Tan sólo porque el propio Badoglio y el rey carecieron

del valor para declarar asimismo disuelto el Pacto de Acero, definido ya como una alianza del régimen, tuvo como resultante la caída del fascismo, el último gran triunfo de Hitler en aquella guerra: la ocupación de casi toda Italia tras hacerse pública la capitulación, el día 8 de setiembre y la liberación de Mussolini cuatro días más tarde. Pero no era ya el viejo *Duce* aquél que, a instancias de Hitler, se declaró jefe de la «República Social Italiana». No volvió a ver la capital de su nación y llevó a orillas del lago de Garda, en una semirreclusión, una existencia casi fantasmal. Pese a ello, su intenso deseo de volver, en el norte de Italia, a los orígenes republicanos y socialistas del fascismo, resultaba muy interesante desde muchos puntos de vista y sería enteramente falso asegurar que su popularidad se había desvanecido enteramente. Situado en el contexto general de los aspectos políticos de la contienda, fue su régimen el primero de aquellos «fascismos sucedáneos» con que Hitler (como luego en Hungría) elevó al poder, tras el hundimiento de un Gobierno aliado, a unos partidarios que hasta entonces habían permanecido poco menos que en la sombra. Pero cuanto más se prolongó la contienda y se hizo más dura la represión alemana contra la acción de los partisanos, mayor fue el carácter de «traidor a la patria» que adquirió Mussolini a ojos de un creciente sector de población, y las milicias fascistas, cuyas formaciones se habían rehecho no sin esfuerzo, aparecieron con mayor relieve que en 1921 como un ejército extranjero acantonado en el propio país. Hitler seguía guardando para Mussolini un máximo respeto que llegaba a la veneración, pero también él hacía ya la distinción entre el *Duce* fascista y el «material» constituido por el pueblo italiano. El propio Mussolini no resolvió más que a medias la contradicción latente en su espíritu y se precisó de toda la intensa presión alemana para que comenzara el proceso contra los «traidores» del 25 de julio y mandara fusilar inclusive a su yerno Ciano. Para su propia ala extremista, como Roberto Farinacci, Alessandro Pavolini y el «comisario para los judíos», Giovanni Preziosi, era más el despojo del pasado que el jefe del fascismo futuro.



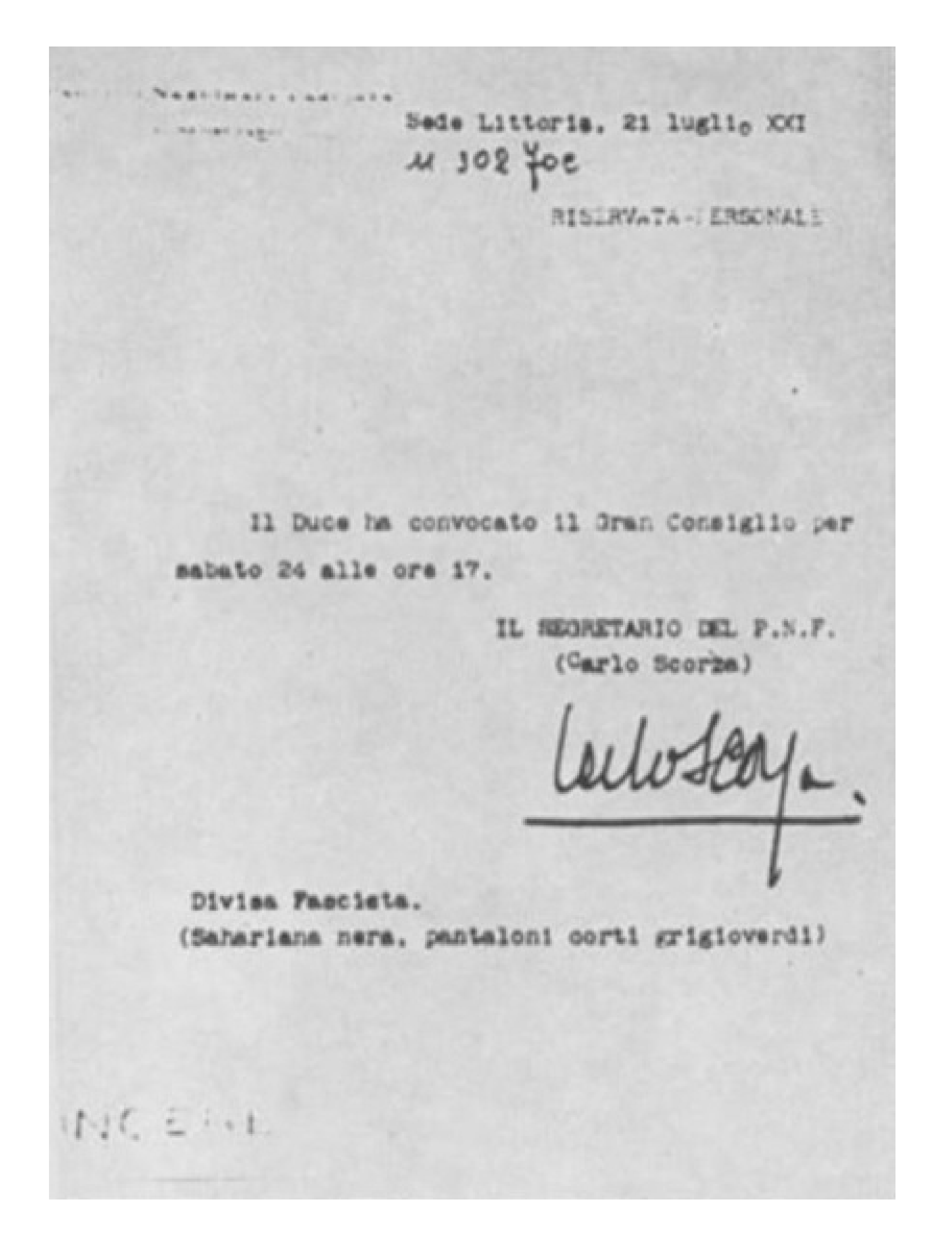
Consecuencias de la alianza fascista: regreso de los tiroleses del Sur.



Últimas privaciones de guerra en Alemania: las plazas de las ciudades transformadas en campos de trigo.



Mussolini con Hitler en el frente del Este (fotografía tomada en el año 1941).



Sede Littoria, 21 luglio XXI

n. 302 foe

RISERVATA-PERSONALE

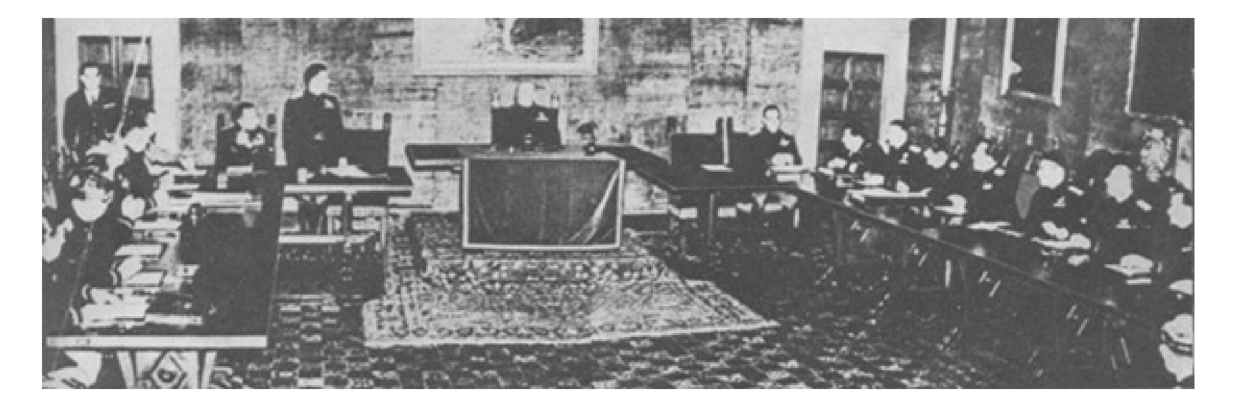
Il Duce ha convocato il Gran Consiglio per sabato 24 alle ore 17.

IL SEGRETARIO DEL P.N.F.
(Carlo Scorza)

Divisa Fascista.
(Sahariana nera, pantaloni corti grigioverdi)

La invitación a la última sesión del Gran Consejo Fascista.

Tras la caída de Mussolini: se destruyen los emblemas fascistas.



En apariencia, dueño todavía de la situación. En realidad, ya acusado: Mussolini ante el Gran Consejo Fascista, el 24 de julio de 1943.



Júbilo de los aliados por la caída de Mussolini (hojas arrojadas sobre Alemania). En grandes letras puede leerse: «Ésta es la primera tachadura».



Resonancia de la contramedida de Hitler: una hoja holandesa difundida a raíz de la liberación de Mussolini.



Kölnische Zeitung

Die Zeit arbeitet endgültig für uns

NOVEMBER 1942	Niederlage bei El Alamein Alliierte Landung in Nordafrika Russischer Durchbruch bei Stalingrad
DEZEMBER 1942	El Agheila-Linie fluchtartig geräumt Russischer Durchbruch am mittleren Don
JANUAR 1943	Tripolis fällt Der Kaukasus geräumt
FEBRUAR 1943	Vernichtung der 6. Armee bei Stalingrad 240 000 Tote 91 000 Gefangene Russischer Durchbruch bei Woronesch
MÄRZ 1943	Die Festungen Demiansk, Rschew, und Wjasma gefallen Mareth-Linie durchbrochen Vernichtung der Ruhr-Industrien beginnt
APRIL 1943	Niederlage bei El Akarit 10 Millionen kg Bomben auf deutsche Industriezentren
MAI 1943	Vernichtung der Panzer-Armee Afrika, 248 000 Gefangene Ganz Nordafrika in alliierter Hand 12 Millionen kg Bomben auf deutsche Industriezentren
JUNI 1943	16 Millionen kg Bomben auf deutsche Industriezentren Im Mai und Juni übertreffen alliierte Schiffsneubauten die Verluste um mehr als 2 Millionen Tonnen
	Deutsche Offensive an der Ostfront bricht zusammen Russische Gegenoffensive beginnt

Con la cabecera y un titular del *Kölnische Zeitung*, esta hoja propagandística lanzada por los aliados sobre Alemania contrapone la afirmación de Hitler «El tiempo trabaja en nuestro favor», con la sucesión cronológica de derrotas.



Dispuesto para el papel de siervo: Mussolini abandona su cárcel.

En Alemania faltó la diferenciación entre la voluntad ideológica y los intereses nacionales; faltaron, asimismo, los centros de cristalización que habían obrado en Italia. Existía un determinado número de grupos de resistencia, comunistas y socialdemócratas, pero apenas si tenían oportunidad de hacerse patentes: a pesar de los muchos millones de trabajadores extranjeros que trabajaban en Alemania, no hubo una sola huelga hasta el final de la contienda. Tampoco aparecieron señales de oposición en el Partido y tan sólo individualidades aisladas, como el «Gauleiter» Joseph Wagner y el jefe de Policía Helldorf, destacaron de la falange de incondicionales seguidores. La oposición de los generales y diplomáticos no halló el apoyo de ninguna casa real y se encontró enteramente aislada. Se trataba, además, de una oposición enteramente pragmática de los especialistas, que habían

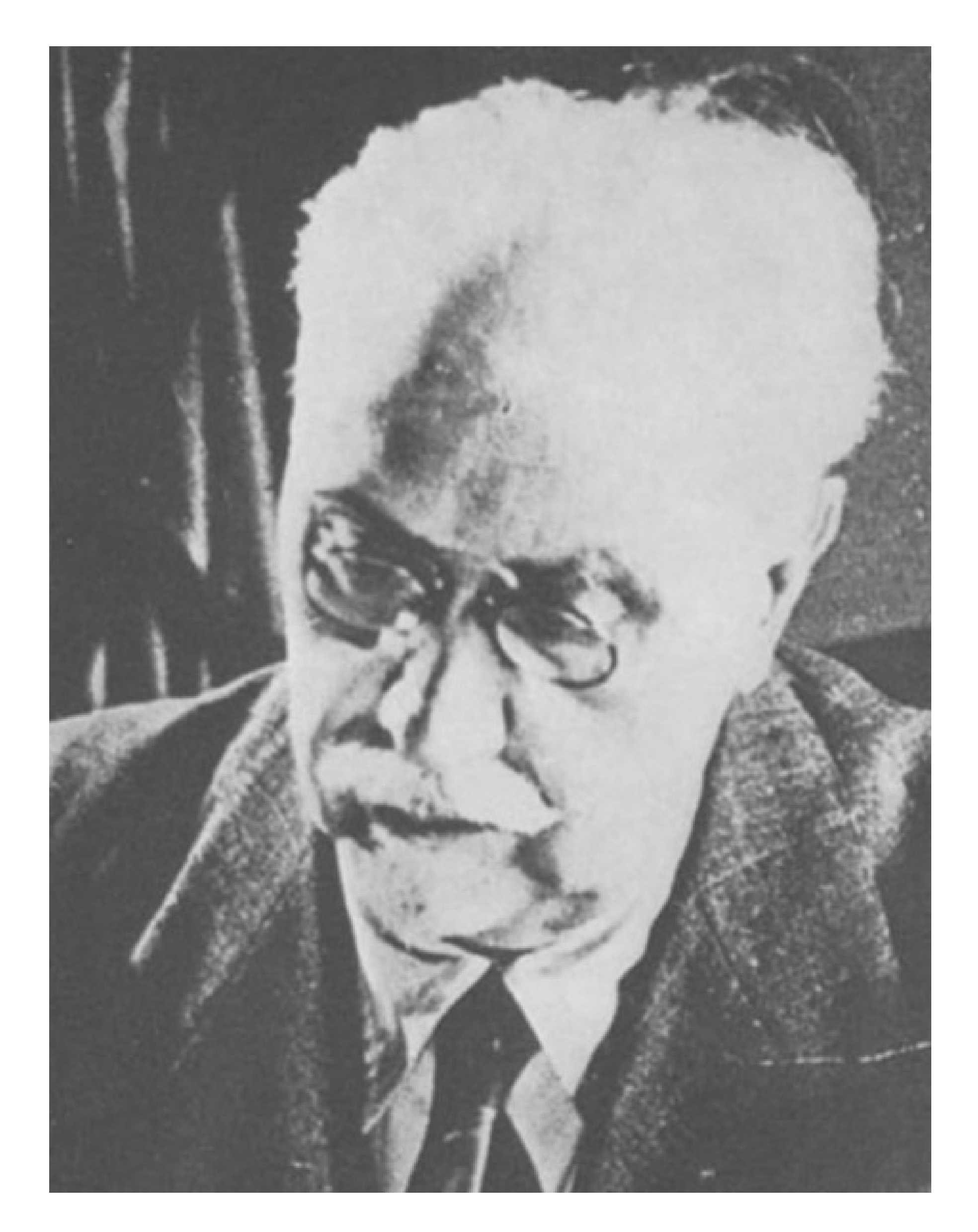
atribuido a Hitler unas condiciones en el aspecto militar de las que carecía y trataban de deshacer a tiempo su error. Incluso el general del Estado Mayor, Ludwig Beck, no era un adversario ideológico de Hitler y su Partido. En 1930 había sido jefe de aquel regimiento de artillería de Ulm donde se había iniciado la conspiración de los jóvenes oficiales nacionalsocialistas y es dudoso que no sintiera, como los otros generales, el deseo de que Alemania se rearmara lo antes posible y adquiriera la denominada «igualdad de derechos». Pero al igual que los diplomáticos Ernst von Weizsäcker y Erich Kordt, valoró de una manera enteramente objetiva la debilidad de los preparativos bélicos alemanes y creyó en la normal reacción de los adversarios extranjeros. Le faltó la visión del imperio pangermano de Hitler y no midió los factores subjetivos que ofrecían en aquella época extraordinarias oportunidades a los regímenes y partidos fascistas. Solamente cuando Hitler hubo solucionado positivamente y contra todos los pronósticos, los problemas renano y austríaco; solamente cuando no fue posible hacer realidad los planes para el encarcelamiento de Hitler a raíz de la crisis checoslovaca por causa, precisamente, de la diligencia mostrada por Chamberlain en ceder ante su adversario; solamente cuando los métodos de Hitler alcanzaron una culminación que motivó la declaración de guerra por parte de las potencias occidentales y se hizo patente en Polonia el carácter específico de su «política territorial», solamente entonces comenzó a transformarse la oposición obstruccionista en una incipiente oposición nacional, precisamente por la comprobación de que los planes y métodos de Hitler, por causa paradójicamente de sus éxitos iniciales, ponían en juego la existencia de la nación alemana. Pero con todo, permanecieron siempre rezagados respecto a Hitler, puesto que si éste se había embarcado con su política exterminadora y racista por rumbos que ponían en peligro por sí mismos y no por sus consecuencias, la moral y real existencia de la nación, ellos aparecían dominados por el concepto de la «traición a la patria», que no correspondía en realidad a la situación. Resultaba así explicable, en rigor, la desconfianza del extranjero hacia un grupo orientado preferentemente a la derecha, que deseaba hacer realidad los planes conservadores de 1933 y despedir a Hitler tras haberse beneficiado de su acción. Las diversas ofertas de la oposición a los adversarios occidentales daban a entender que si bien renegaban de la política territorial de Hitler y su racismo, deseaban por contra mantener los resultados de su actuación nacional en puntos tan esenciales como la región de los Sudetes y el corredor polaco. Se infravaloraba así la relación existente entre la política de Hitler y el rigor de sus consecuencias, al igual que se había

subvalorado en 1933 al propio Hitler. Tras haber hecho Hitler de la nación simple punto de partida y material para sus planes transformadores de la situación mundial, la opción tenía que plantearse en favor o contra esta transformación y solamente en segunda línea debía resolverse el destino de la nación. Los escasos comunistas encuadrados en el interior de la resistencia burguesa, como el grupo «Roten Kapelle», percibían tan poco como Himmler el peso de esta opción. A la mayor parte de los oposicionistas les pasaría completamente inadvertido el problema, por haber situado en lugar imperativo el aspecto nacional, pero lo cierto es que no tardarían en darse cuenta de la tremenda gravedad del mismo en cuanto se acentuara, precisamente, el carácter ejecutivo de la propia oposición. Se plantearía entonces la opción entre el «Este» y el «Oeste» y quedaría patente que entre los oficiales alemanes había defensores de ambas posturas. De esta manera, la posición del mariscal Von Paulus y los oficiales del «Comité Nacional Alemania Libre» era tan difícil de clasificar con el término de «traición a la patria» como la decisión de los anticomunistas, dispuestos a una alianza con Occidente aunque fuera con sacrificio del interés nacional. Sin trascendencia ideológica, aunque no sin peso real y no sin probidad, era la decisión tomada por aquellos sectores de simples soldados que consideraban a Hitler como el dirigente normal de una nación normal, que podía ser «traicionado» en idéntico sentido como lo había sido con anterioridad el Kaiser. Estaba escrito en las estrellas que tenían que fracasar todos los planes de la oposición alemana; ni siquiera triunfaron el día 20 de julio, por efecto de una sucesión de casualidades casi increíbles. Pero en realidad, este fracaso pareció dar el más profundo sentido al derecho de la oposición para oponer una resistencia a una autoridad que cada día se revelaba más precaria. En rigor, todos los dirigentes fascistas aparecían en 1944 aislados de sus pueblos y abocados a un destino sin esperanza. Pavelich dominaba apenas los alrededores de su capital; Doriot y Déat trataron de formar en Sigmaringa un Gobierno en el exilio; tanto Quisling como Mussert se sostenían todavía gracias a la potencia de las fuerzas de ocupación y cuando Ferenc Szalasi asumió con ayuda alemana el poder en Budapest, en octubre de aquel año y tras la frustrada solicitud de capitulación de Horthy, la mitad del país estaba ocupado por las tropas enemigas y su dominio momentáneo fue el principio de un proceso de liquidación. Tan sólo Hitler era aún querido por la mayoría de su pueblo. Tan sólo cuando ordenó la ofensiva de las Ardenas, que significó prácticamente la entrega de la Alemania oriental al enemigo; sólo cuando ordenó que la nación entera se convirtiera en «tierra quemada» y profetizó la posesión del futuro

por parte del «más poderoso pueblo del Este», apareció claramente a los más ciegos lo que en 1924 hubiera tenido que verse suficientemente claro: que una idea extrema es la respuesta a ideas extremas y, por consiguiente, rebasa tanto el espacio de la nación como el cálculo técnico de las cifras de producción y el buen juicio de los leales ciudadanos medios.



Traidores al fascismo por el bien de Italia: Ciano y sus «conjurados» ante el pelotón, en Verona (enero de 1944).



Otra vez en juego los «viejos políticos»: Ivanoe Bonomi, presidente del Consejo en 1921 y 1944.



Débil resistencia popular en el Tercer Reich. La inscripción dice: «¡Abajo Hitler!».

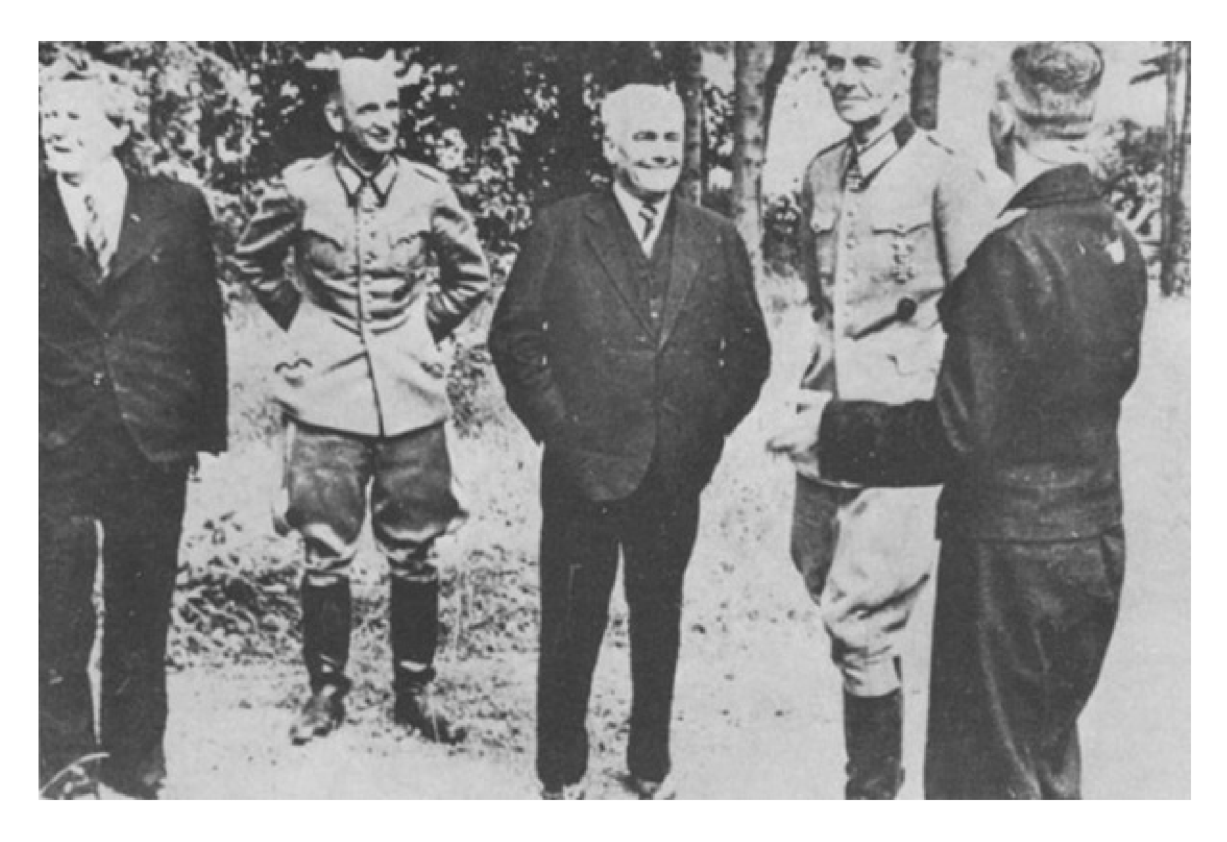
Pero la derrota de la concepción fascista no era tan sólo una consecuencia de su propia esencia en cuanto los mundos enemigos decidieron luchar entre

sí. Antes de que se determinara la derrota exterior, los más inteligentes entre los campeones de la ideología fascista había expresado sus ideas sobre los fundamentos internos de aquel fracaso. Pierre Drieu La Rochelle trató, poco antes de su suicidio en el año 1944, de efectuar el siguiente análisis:

> «La causa de la derrota de la política alemana no estriba en su desmesura, sino en su falta de resolución. La revolución alemana no se llevó adelante en ninguno de sus campos… La revolución alemana se mostró muy prudente y cautelosa con los viejos personajes de la economía y la Reichswehr; respetó demasiado a la antigua burocracia. Este doble error se pagó duramente el 20 de julio. Hitler hubiera tenido que demostrar todo el rigor contra una izquierda a la que los acontecimientos históricos habían sobrepasado, pero también contra una derecha anquilosada e incapaz de los más amplios puntos de vista. Como no lo hizo o lo llevó a efecto de una manera insuficiente, las consecuencias se fueron revelando más graves conforme fue progresando la marcha de la guerra: en todos los países ocupados de Europa, la política alemana apareció lastrada por los viejos prejuicios de un mando militar aferrado a las tradiciones y una diplomacia envejecida; no supo aprovechar la sugestión de lo nuevo que se le ofrecía y se mostró incapaz de trocar los viejos moldes de la guerra de conquista al antiguo estilo en una lucha revolucionaria. Creyó que la fuerza bélica podría ganar a la conciencia europea y tuvo luego que asistir impotente a que esta conciencia se volviera contra ella por no haberle sido ofrecido a tiempo nada nuevo que pudiera movilizarla».[1]



De la simpatía a la enemistad a muerte: los mejores apellidos de la tradición prusiana contra Hitler. El conde Yorck von Wartenburg. — El comandante general Ludwig Beck. — El conde Claus Schenk von Stauffenberg



El paradójico resultado de la guerra contra el comunismo y la lucha por el espacio vital: funcionarios comunistas y militares portadores de la Cruz de Hierro (Erich Weinert, tercero a partir de la izquierda; Wilhelm Pieck y el mariscal Von Paulus).

Pero precisamente aquello había sido la base del triunfo, tanto del fascismo italiano como del nacionalsocialismo alemán: no haber destruido los poderes conservadores, sino haberles obligado a una alianza y haberles afectado en mínima parte. Cierto que las oportunidades más radicalistas hubieran podido hacerse realidad en la esfera de la política interna; pero en tal caso se habría aparecido a ojos de los conservadores del propio país como una forma de bolchevismo y se hubiera podido aprovechar en mínimo grado la experiencia de estos núcleos conservadores, así como la postura anticomunista del exterior. En tal caso se habría tenido que recorrer el mismo camino, jalonado de graves obstáculos y sembrado de grandes fracasos, de los propios bolchevistas y exigido a sus pueblos severos sacrificios; no se hubiera podido ampliar una tradición militar y abarcar en su contexto, entre teatral y propagandístico, la entera sociedad y entonces no se hubiera tenido la posibilidad de conquistar, con la aquiescencia a medias de las antiguas potencias, la totalidad de Abisinia y efectuar la desmembración de Checoslovaquia. E incluso si se acepta el supuesto de Drieu, en el sentido de que una mayor contundencia de la revolución fascista hubiera tenido una eficacia mayor cerca del pueblo, no es posible evitar la contradicción que la equiparación de derechos y el principio de mando llevan en sí y que no hay

auténtica equiparación de derechos sin respeto de las peculiaridades propias y sin la posibilidad de plantear abiertamente las situaciones conflictivas. La utópica crítica de Drieu acusa al fascismo de no haber sabido efectuar la síntesis de Lenin y Wilson, es decir, de la necesidad de lo nuevo y el respeto a lo obtenido. Pero es que el fascismo había surgido precisamente como principal contradicción a ambas tendencias y había adquirido de las de dos su fuerza, obtenida gracias a la debilidad de las posiciones adversarias. El fascismo aparece así como fuerza que al llegar a un extremo de radicalización (es decir, a una auténtica mitificación) por parte de Hitler, se desarrolló hasta tal punto que sólo la paradójica alianza de los sucesores de Lenin y Wilson estuvieron en situación de excluirla nuevamente del mundo.



Llegada al poder entre las sombras de la derrota: grupo de choque de las «Cruces de Flechas» en Budapest, el 15 de octubre de 1944.



Ferenc Szalasi saluda en su calidad de nuevo «jefe de la nación» a la guardia del Ministerio de la Guerra.



Una oficina de los «Cruces de Flechas» en Budapest.



La lucha final de los servicios de propaganda: palabras y ruinas en el Berlín de 1944.



Una hoja clandestina representa a Hitler como un hacha (Beil).



¿El futuro de Europa? Propaganda de julio de 1942.



Goebbels visita, en su papel de comisario de defensa, uno de los barrios destruidos de Berlín.

An alle Männer und Frauen

der Ortsgruppe Tempelhof!

Der Reichsverteidigungskommissar hat den Bau eines Panzergrabens angeordnet. Alle Männer, Frauen und Jugendlichen über 14 Jahre werden aufgerufen, sich an der Gemeinschaftsarbeit zu beteiligen. Gebaut wird am Bauabschnitt in Marienfelde, von der Eisenbahnkreuzung bis Diedersdorfer Weg.

Abmarsch täglich um 8 Uhr Ecke Dorfstraße / Berliner Straße.

Fahrgelegenheit: Straßenbahn 196 u. 199 sowie Omnibus 32.

Schanzzeug (Luftschutzgeräte) und Mundvorrat sind mitzubringen.

Heil Hitler!

Orden para la construcción de un foso antitanque en Berlín.



VOLKISCHER BEOBA[illegible]ER

Der Deutsche Volkssturm tritt an

Kampf mit allen Waffen und Mitteln

Ein Erlaß des Führers

Jeder Mann wehrt sich

Noch einmal Mobilmachung

Wir trotzen jedem Druck

Kämpft — unerbittlich!

Wir kommen wieder

Llamamiento para la formación de las milicias irregulares o «Volkssturm».



Hoja del «Comité Nacional de la Alemania Libre».



Construcción de un foso antitanque en Berlín, en marzo de 1945.

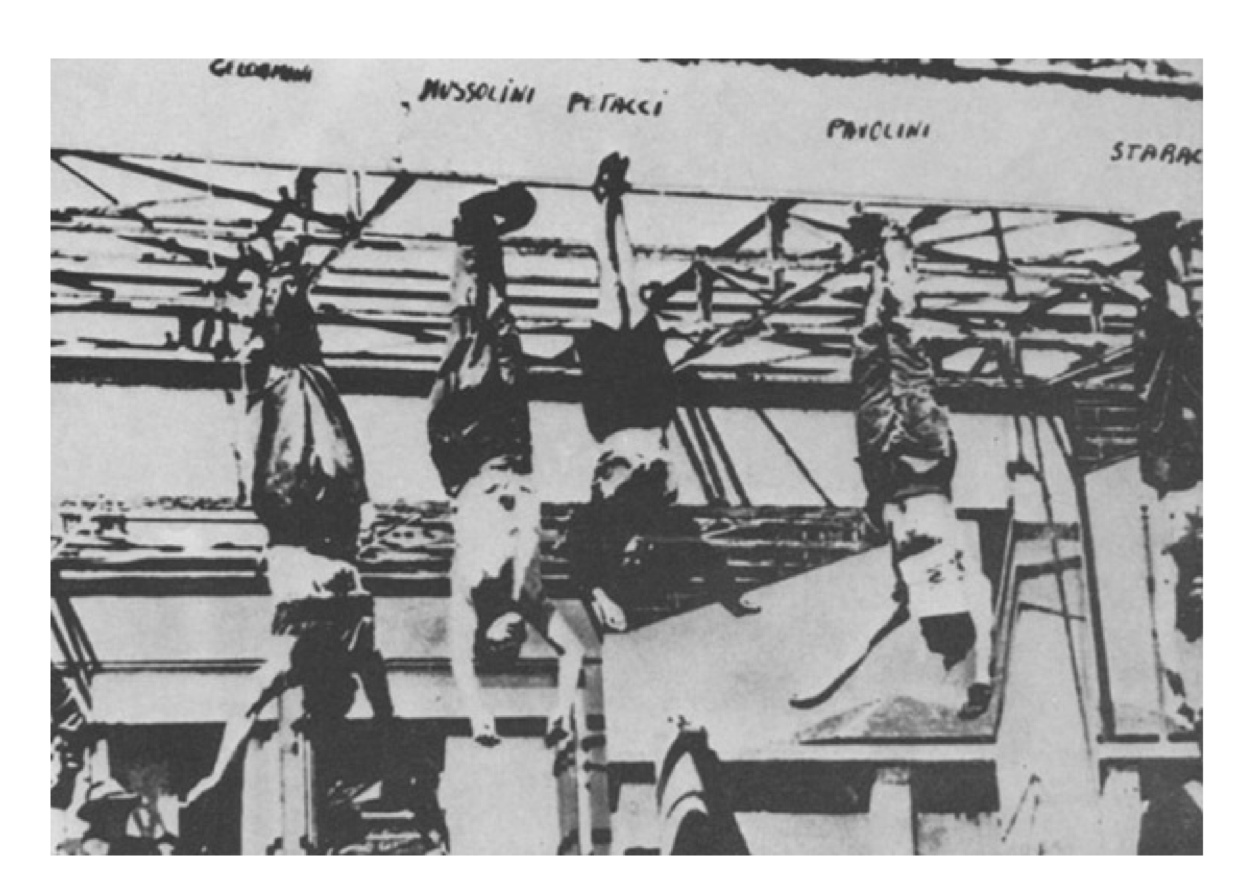


Los nuevos «tres grandes»: Stalin, Roosevelt y Churchill en Yalta (febrero de 1945).



Abandonado como sus víctimas de los campos de exterminio: Adolfo Hitler en su último cumpleaños.

Pero nada histórico desaparece sin huellas. La débil injusticia del tratado de Versalles había potenciado a Hitler hasta convertirle en un gigante y el odio potenciado se transformó en una orgía sangrienta contra todos los fascismos y contra el pueblo alemán. Los cadáveres de Mussolini y Clara Petacci colgados por las piernas y la burlesca imitación de Hitler en el balcón de la Cancillería por parte de los soldados aliados, encarnaban un estado de espíritu que se hallaba muy alejado en el fondo de aquello que podía relegar, efectivamente, la época del fascismo al pasado, aunque la antitética sencillez de las concepciones de Wilson y Lenin sí pertenezcan ya a la Historia.



En la vorágine de la derrota del fascismo: los cadáveres de Mussolini y Clara Petacci en el Piazzale Loreto, en Milán.

INDICE BIBLIOGRÁFICO DEL CAPÍTULO DUODÉCIMO

Frederick William Deakin, «The Brutal Friendship Mussolini, Hitler and the Fall of Italian Fascism». Londres 1962.

«European Resistance Movements 1939-1945», Oxford, Londres, Nueva York, París 1960.

Margret Boveri, «Der Verrat im XX Jahrhundert» («La traición del siglo XX»), Enciclopedia Alemana Rowolth. Tomos 23, 24, 58, 105, 106. Hamburgo 1956-1960.

Wulfgang Foester, «Generaloberts Ludwig Beck. Sein Kampf gegen den Krieg. Aus nachgelassenen Papieren des Generalstabschefs» («El comandante general Ludwig Beck. Su lucha contra la guerra. De la documentación dejada por el jefe del Estado Mayor»), Munich 1953.

Gerhard Ritter, «Carl Goerdeler und die deutsche Widersatandsbewegung»), Stuttgart 1954.

Hans Rothfels, «Die deutsche Opposition gegen Hitler. Eine Wurdigung» («La oposición alemana contra Hitler. Una apreciación»), Krefeld 1949.

Eberhard Zeller, «Geist der Freiheit. Der zwanzigste Juli 1944» («Espíritu de la libertad. El 20 de julio de 1944»), Munich 1963."

Chester Wilmot, «Der Kampf um Europa» («La lucha por Europa»), Frankfurt-Berlín 1954.

Edmondo Cione, «Storia della República Sociale Italiana», Roma 1950.

Charles F. Delzell, «Mussolini's Enemies. The Italian Anti-Fascist Resistance», Princeton 1961.

Leo Valiani, «Dall'antifascismo alia resistenza», Milán 1959.

Attilo Tamaro, «Due anni di storia 1943-1945», tres tomos, Roma 1948-1950.

Franco Bandini, «Le ultime 95 ore di Mussolini», Milán 1959.

«Die letzten hundert Tage. Das Ende des zweiten Weltkrieges in Europa und Asien» («Los últimos cien días. El final de la Segunda Guerra Mundial en Europa y Asia», publicado por Hans Dollinger, Munich-Viena-Basilea 1965. Edición española de Plaza & Janés. Barcelona.

PERSPECTIVA SOBRE LA ÉPOCA DE POSGUERRA

La derrota en la guerra no significó solamente, en un sentido externo, el ocaso del fascismo europeo. La Primera Guerra Mundial había sido el terreno abonado para su nacimiento y la segunda contienda mundial fue su más importante resultado: No conocía otra solución más importante que la guerra y a la misma se precipitó de una manera ciega. Circunstancias temporales de la más diversa especie le habían dado una oportunidad que en 1918 hubiera parecido completamente increíble. Después de 1945 se hizo para siempre imposible que una nación trazara planes para una guerra de conquista o para afirmar y asegurar la soberanía nacional mediante un imperio. A los partidarios supervivientes del fascismo les pareció completamente claro que tanto en el planteamiento como en la resolución de los problemas nacionales, las fórmulas por ellos preconizadas aparecían netamente superadas por los propios acontecimientos. En el caso alemán concretamente, éstos hacían prohibitiva cualquier apología de Hitler, ya que la propia supervivencia de los alemanes impedía la conexión de esta apología con los tiempos que estaban viviendo; el característico odio contra el comunismo y la democracia resultaba impracticable, puesto que la existencia del sistema democrático «occidental» representaba la negación fundamental de este presupuesto inicial. Allá donde los supervivientes de los movimientos fascistas buscaron un camino político y no se perdieron en una mera y sectaria nostalgia, acentuaron al máximo las tendencias europeístas y anticomunistas, enteramente contrapuestas a los objetivos estrictamente nacionales e imperialistas en cuya consecución habían fracasado Hitler y Mussolini. De una manera menos decidida trataron de quitarse de encima el vulgar antisemitismo. Cabría difícilmente considerar que estas nuevas tendencias estuvieran representadas precisamente por los no alemanes, como era el caso de Oswald Mosley, Maurice Bardeche, el sueco Per Engdahl y el secretario del Movimiento Social Italiano, Augusto de Marsanich. Liberada de los «lastres» del pasado, su intención aparecía como el deseo de encarnar el ala derecha del anticomunismo democrático en la Europa de posguerra. Pero no resultaba tan fácil librarse del pasado. Al concentrarse enteramente en la unidad de Europa y el anticomunismo, desaparecía la propia individualidad en la incierta unidad del consenso general; allí donde se exaltaban, por el contrario, los rasgos propios, volvía a hablarse de «raza» y «caos racial», de «política biológica» y «parasitismo judío». Así es que muy pronto derivaron

hacia diferentes orientaciones las prolongaciones de un neofascismo europeo y apareció con bastante claridad que la atmósfera suave de la «renovación occidental» no podía ser punto de partida para un renacimiento del fascismo, sino que solamente podía obrar en tal sentido el áspero clima del contraste y la pugna de grandes grupos humanos.



El resultado de la enemistad general: norteamericanos y rusos, como vencedores, en las ruinas de Berlín.

La doctrina racista del nacionalsocialismo se había originado como una consecuencia extrema del conservadurismo y aparecía como una forma tardía de la antigua resistencia aristocrática a la promoción de razas «inferiores». Su concepto de lo «ario», su lucha contra eslavos y judíos y su defensa de la superioridad de la raza blanca eran conceptos indivisibles uno del otro. Por

ello, podría obrar esta doctrina como anticipación y solución mágica en un mundo en el que comienzan a ser patentes unas diferencias que en tiempos anteriores apenas habrían llamado la atención sobre sí. El camino de la unidad, que es el camino de la Humanidad, no fue nunca un idilio ni tampoco será así en el futuro. Se lleva a cabo entre luchas y pugnas, de tal manera que surgen nuevas diferencias cuando las antiguas aparecen en trance de extinguirse. No es en Alemania ahora, sino en el mundo anglosajón, donde el hombre blanco aparece deseoso de afirmar su realidad. No es en Europa, sino en Estados Unidos y en cierto grado en Inglaterra, donde se producen las pugnas raciales. En Estados Unidos e Inglaterra fue, por tanto donde el político racista Adolfo Hitler se descubrió después de la guerra por parte de pequeños grupos y se escogió como modelo, sin demasiadas preocupaciones. Claro que en el caso de los partidarios del «American Nazi Party» de George Lincoln Rocwells y en los del «British National Party» de Colin Jordans, obraron mucho más los signos externos y todo el aspecto teatral, burdamente imitado, que el verdadero trasfondo doctrinal. Pero ello no debe inducir a engaño sobre las auténticas tendencias raciales de una parte de la opinión americana y su escasa compatibilidad con los esquemas tradicionales del liberalismo.

Aparece claramente que en Alemania debe considerarse el fenómeno como situado en un polo completamente extremo. Alemania había dado a luz en la época de entreguerras la fórmula más radicalista del fascismo: las consecuencias del mismo fueron bien patentes al quebrantarse el propio punto del que había partido el propio Hitler. Es decir, la unidad nacional. Por ello, la preocupación básica fue y sigue siendo el restablecimiento de esta unidad y situar al Reich alemán «en sus fronteras de 1937» (es decir, no en el perímetro pangermano de 1938) de tal manera que quede solventada la más grave consecuencia de la derrota.

Pero ello solamente puede conseguirse en el contexto de unas relaciones internacionales que condicionan por sí mismas toda trayectoria ulterior. Esto ha dado origen a la formación de unos núcleos de pensamiento que pueden aparecer a simple vista como entroncados directamente con las doctrinas nacionalsocialistas, pero que en rigor representan su contradicción misma. Así ocurre con el NPD, cuya tendencia fundamental neutralista le sitúa prácticamente en el lado opuesto al nacionalsocialismo. Y sin embargo, esta misma tendencia viene a representar, por sí misma y en relación con la existencia del propio partido, la consolidación de la independencia como Estado de la República Federal.

Claro que si la utilización constante de los vocablos significara muestra de la existencia e importancia de las cosas, el fascismo sería hoy todavía y precisamente en los momentos actuales una potencia mundial. El carácter tabú que el mismo concepto tiene cerca de las fuerzas conservadoras de la mayor parte de los países occidentales es expresión suficiente de su propia inseguridad. Para la nueva extrema izquierda ha vuelto a convertirse, empero, en arma universal, que incluye todo cuanto de ilegalidad, violencia e incluso de mero conformismo se descubre o cree descubrirse cerca del enemigo. En primer término se aplica a ciertas dictaduras militares o al Estado sudafricano dominado por los blancos. Pero en aquellas dictaduras militares falta el elemento más importante del fascismo: el movimiento fascista. En cuanto a los Estados racistas, se asientan sobre la realidad anglosajona del siglo XIX. Mucho más significativas son las analogías que con el fascismo tienen algunos países en vías de desarrollo y de inmediata ascendencia colonial, con sus divinizados dirigentes, sus éxtasis de masas y su ideología burdamente nacionalista. Pero también en estos casos resultan perceptibles los rasgos de la época. En el tiempo presente, el «socialismo nacional» tiende más hacia un «nacionalcomunismo», situado bien al lado de China o al de la Unión Soviética y aparece completamente opuesto, en sus métodos y sus finalidades, al fascismo de los años 1919 a 1945.

Ni en Alemania ni en Grecia ni en Egipto parece posible un renacer del fascismo en el aspecto nuevo y más extenso del fascismo racial y continental. Reside fundamentalmente esta posibilidad en Estados Unidos y su hipótesis se haría más patente cuando aumentaran las sospechas de una conspiración de las gentes de color, alentada por China y se llegara por tal causa a una negación de las tradiciones liberales. Pero solamente en el caso de que América experimentara unas derrotas en su política externa y sufriera las crispaciones de la lucha racial con una «retirada blanca», encontrando en la frustración alemana el aliado ideal, no habría terminado la historia del fascismo con la muerte de Hitler y Mussolini. Vendría a ser entonces la ojeada retrospectiva en el pasado europeo de la época de los fascismos algo así como el atisbo del futuro de una Humanidad fracasada por sus diferencias cuando estaba maduro el tiempo de superarlas.

BIOGRAFÍAS BREVES

Acerbo, Giacomo: nacido en 1888 en Loreto Aprutino (Pescara). Combatiente condecorado, concertó en 1921 como representante de Mussolini el acuerdo de paz con los socialistas, francmasón y miembro del Gran Consejo tras la marcha sobre Roma, se separó de la logia como otros miembros por presión de Mussolini. Profesor de historia de la economía agraria en la Universidad de Roma. Autor de diversas obras agrarias y económicas; ministro de Economía desde 1929 a 1935 y ministro de Finanzas en 1943. Tomó parte en la sesión del Gran Consejo del 24 y 25 de julio de 1943 y votó contra Mussolini. Condenado a muerte en rebeldía por la República de Saló, fue asimismo condenado a treinta años de reclusión bajo el Gobierno de Bonomi, en mayo de 1945. Objeto luego de indulto.

Balbo, Italo: nacido en 1896 en Ferrara y muerto en 1940. Republicano, francmasón, redactor de *Voce mazziniana*; oficial de alpinos durante la Primera Guerra Mundial promovido después de la contienda «ras» de Ferrara por un trabajo sobre el pensamiento social de Mazzini. Jefe de las intervenciones más famosas de las milicias fascistas (Rávena, en julio de 1922) fue cuadrunviro y «generalísimo» de la milicia durante la marcha sobre Roma. Apartado del cargo por consecuencia del caso Matteotti, fue ministro del Aire de 1926 a 1933 y alcanzó fama mundial por sus vuelos sobre el Atlántico (1930, 1931 y 1933). Después de 1933, gobernador general de Libia. En los últimos tiempos se acentuó su rivalidad con Mussolini. No se manifestó contrario a la alianza con Alemania y en favor de los judíos. En el verano de 1940 fue derribado por la propia defensa antiaérea.

Bianchi, Michele: nacido en 1883 en Belmonte Calabro (provincia de Cosen/.a) y muerto en Roma, en 1930. Antes de la guerra mundial, sindicalista revolucionario y promotor de una huelga agraria en las cercanías de Parma. En 1915 se unió a Mussolini; en 1919 fue un fascista de la primera hora. Redactor de *Popolo d'Italia* y varias veces secretario del Partido. Cuadrunviro durante la marcha sobre Roma. Después del triunfo, relegado a puestos de segundo y tercer grado. En 1929 fue nombrado ministro de Obras Públicas.

Bózormeny, Zoltati: nació en 1893, hijo de un terrateniente arruinado: transcurrió una parte de su juventud trabajando en diversos oficios y después de la guerra fue periodista e ingresó en la Universidad de Budapest, donde asumió la jefatura de asociaciones patrióticas y estudiantiles. En 1931 visitó Alemania y se entrevistó con Hitler. A su regreso fundó el «Partido Obrero Nacionalsocialista Húngaro» (los «Cruces de Hoces»). Trató sin éxito de ser candidato a las Cámaras, planeó en 1936 una marcha sobre Budapest que fracasó, y en la primavera de 1938 se marchó a Alemania.

Bottai, Giuseppe: nacido en 1895 en Roma y muerto en Roma, en 1959. Originariamente fue futurista y redactor de Roma futurista. Dirigió durante la marcha sobre Roma la «colonna Bottai». Tras ello, y entre otras cosas, director de la revista *Crítica fascista*. En 1929, ministro de las Corporaciones, y luego, ministro de Educación Nacional, entre otros cargos. Autor de numerosas obras. Por ejemplo: *Il Fascismo e l'italia nuova,* Roma 1923; *Mussolini, costruttore dell'Impero*, Mantua 1926. Colaborador en la revista de Mussolini, *Gerarchia*. Elemento fundamental en los preparativos de la sesión del Gran Consejo del 24-25 de julio de 1943, fue condenado a muerte en rebeldía. En 1943 se alistó en la Legión y luchó en Francia. En 1947 fue amnistiado y vivió en Roma hasta su muerte.

Brasillach, Robert: nació en 1909 en Perpiñán y murió (fusilado) en Fort Montrouge. Hijo de un oficial colonial caído en África, ingresó en 1928 en la «École Nórmale Superieure» demostró un talento crítico como encargado de la sección literaria de Action Française. Visitó Alemania y tomó parte en un congreso nacional del partido nacionalsocialista. A partir de 1937, redactor y luego redactor jefe de la revista, cada vez más inclinada hacia el fascismo, *Je suis partout*. Durante la guerra, defensor de la colaboración. Fue condenado a muerte y ejecutado en 1944.

Bucard, Marcel: nació en 1895 en Saint-Clair-sur-Epte y murió (fusilado) en marzo de 1946, en Fort de Chátilion. Combatiente de primera línea en la Primera Guerra Mundial. En 1924-1925, miembro del «Fasceau». Redactor jefe de la revista *Le Nouveau Siécle*, fundó en setiembre de 1933 el «francismo». Se dio a conocer por el envío de telegramas de simpatía a Hitler y Mussolini, propugnó la creación de la Internacional fascista y tuvo un papel preponderante en el congreso fascista de Montreaux. Su movimiento, que fue el de más carácter fascista en Francia, no consiguió, a pesar de ello, tener una

gran importancia. En 1944 se marchó a Alemania al retirarse las tropas francesas, y en mayo de 1945 fue hecho prisionero por las tropas francesas en el Tirol.

Ciano, Galeazzo: nació en 1903 y murió (fusilado) en Verona el día 11 de enero de 1944. Hijo de un alto dignatario del régimen y esposo de la hija de Mussolini. Desde muy joven tuvo funciones diplomáticas y estatales. De 1936 a 1943, ministro de Asuntos Exteriores y representante de la tendencia de acercamiento a Alemania. Pero a partir de 1939, su orientación apareció cada vez más antigermana. En febrero de 1943 fue depuesto de su cargo y nombrado embajador en el Vaticano. Tomó parte preponderante en los preparativos para provocar la caída de Mussolini, fue juzgado en Verona y fusilado, pese a todas las intervenciones de su esposa.

Clausett, Fritz: nació en 1893, en Aabenraa. Su padre era un comerciante de productos coloniales. Estudió Medicina en Heidelberg y Friburgo. En 1930 se afilió al NSDAP, fundado por el comandante de escuadrón, Carl Lembcke, y en 1933 asumió el mando del Partido. En 1939, elegido en el Reichstag, perdió durante la guerra la representación del partido y fue internado en un sanatorio para alcohólicos.

Clerq, Staf de: nacido en 1884 y muerto en 1942, maestro de oficio. Diputado del «Vlaamse Front» y desde 1933 jefe del partido nacionalista radical flamenco «Vlaamscher National Verbond».

Codreanu, Corneliu Zelea: nacido en 1899 y muerto (asesinado) en 1938. Su padre, que en realidad se apellidaba Zelinski, era catedrático en una escuela superior y miembro activo del Partido nacionaldemócrata, fundado en 1910 por Cuza y Jorga. El joven Codreanu, primeramente estudiante en Yassy, donde fue alumno del profesor Cuza, fundó en 1922 la «Union de los Estudiantes Cristianos», se trasladó a finales de 1922 a Berlín por espacio de unos meses y fundó en 1922 la «Liga para la Defensa cristianonacional», cuya jefatura asumió el profesor Cuza. En los tiempos siguientes, Codreanu planeó y llevó a cabo, en unión de sus seguidores una política agresiva. Residió un breve espacio de tiempo en Grenoble, como miembro de una unión estudiantil, se separó en 1927 de Cuza y fundó el 24 de junio de 1927 la «Legión del Arcángel San Miguel», conocida a partir de 1931 como «Guardia de Hierro» y que obtuvo cinco parlamentarios en las elecciones de julio de

1932. En los años siguientes y a pesar de la represión gubernamental contra el desarrollo de la «Guardia de Hierro», ésta consiguió tanta ascendencia que el rey Carol formó un «Gobierno nacional», a principios del año 1938, dirigido especialmente contra la organización. En la noche del 29 al 30 de noviembre, Codreanu y trece de sus seguidores fueron muertos al huir, según un comunicado hecho público por el Gobierno, pero, en realidad, asesinados.

Cuza, Alexander: nació en 1857 en Yassy y murió después de la Segunda Guerra Mundial; estudió en Alemania y Francia economía política y ciencias económicas. Estuvo muy próximo al socialismo y en 1901 fue profesor en Yassy, fundando en unión de Nicolae Jorga el «Partido Nacionaldemócrata». Tras la separación de Jorga, fundó, en unión de Codreanu, la «Liga para la Defensa nacionalcristiana» que tenía como símbolo la cruz gamada. Discrepó con Codreanu por el terrorismo de éste y unificó en 1935 su partido con el «Partido Nacional Agrario» de Goga, que quedó convertido en el «Partido Nacionalcristiano». Fue ministro de Estado en el Gobierno de Goga, de diciembre de 1937 a febrero de 1939. En 1939, miembro del Consejo de la Corona.

D'Annunzio, Gabriele: nacido el 12 de marzo de 1863 en Pescara y fallecido el 1 de marzo de 1938 en Cargnacco. Conocido desde muy joven como lírico y épico famoso. Fue diputado desde 1888 a 1900, formando parte de la extrema izquierda. De 1908 a 1915 estuvo en exilio voluntario en Francia y fue luego el máximo defensor de la entrada de Italia en la guerra contra las potencias centrales. Fueron famosos en este sentido sus discursos en la «sagra dei milli», en abril de 1915 y en las manifestaciones de los «brillantes días de mayo». Tomó luego parte en numerosas acciones de guerra como oficial de aviación, fue herido y galardonado con la medalla de oro, máxima condecoración italiana al valor. En setiembre de 1919 se colocó al frente de los soldados italianos que ocuparon Fiume, siendo aclamado por las derechas como héroe nacional. En las luchas de 1922 fue uno de los consejeros más influyentes sobre Mussolini y en 1924 fue nombrado «príncipe de Montenevoso». Hasta el final de sus días residió a orillas del lago de Garda, en el «Vittoriale degli Italiani», mitad como «noble estadista, mitad como privilegiado prisionero del Estado».

Darré, R. Walter: nació en 1895 en Belgrano (Argentina) y murió en 1953. Agrónomo diplomado y experto en cría de ganado. Representante de una

ideología agraria y racial (*El campesinado como fuente de vida de la raza nórdica*, publicado en 1928). En 1930 ingresó en el NSDAP y fue nombrado pronto director de la sección agraria de la jefatura del Partido, y de los años 1931 a 1938 dirigió inclusive la sección de cuestiones de la raza de las SS. En 1933 fue nombrado jefe nacional de los campesinos del Reich y luego ministro de Alimentación y Agricultura (hasta 1942). En 1949 fue condenado a siete años de cárcel y puesto en libertad a los 16 meses de cumplir la condena.

Déat, Marcel: nacido en 1894 en Guérigny y fallecido en 1955 en Santito, cerca de Turín. Hijo de un funcionario de la administración. Estudió en Reims. Socialista y diputado por el SFIO. En 1933, uno de los cofundadores del «Partí socialiste de France», que se distanció de Léon Blum y preconizó un frente común antifascista con las restantes organizaciones de izquierdas. En enero de 1936, ministro del Aire en el Gabinete Sarraut y desde 1940, y como director del periódico *L'Œuvre*, uno de los preconizadores de la colaboración. En 1941 fundó el «Rassemblement Populaire Français». En 1944 fue nombrado secretario de Estado para el Trabajo y Asuntos Sociales del Gobierno de Vichy. Tras la Liberación, fue condenado a muerte en rebeldía. Huyó a Italia y permaneció escondido en un convento de los alrededores de Turín.

De Bono, Emilio: nació en 1866 en Cassano d'Adda y murió (fusilado) en Verona, el 11 de enero de 1944. Oficial de carrera, fue separado del servicio a petición propia como general para llevar la máxima actividad en las filas fascistas. Cuadrunviro y primer comandante en jefe de la MVSN. Implicado en el caso Matteotti, fue llevado en 1925 a Trípoli como gobernador general. En 1929 ministro de Colonias, y en el año 1935, comandante en jefe durante la primera fase de la guerra de Abisinia. Mariscal de Italia. Votó contra Mussolini en la sesión del Gran Consejo de los días 24 y 25 de julio. Fue condenado a muerte en el proceso de Verona y ejecutado.

Degrelle, Léon: nacido en 1906 en Bouillon, descendía de una familia fervorosamente católica. Durante sus estudios se reveló como un entusiasta de Charles Maurrás, y tras un paso por la organización seglar católica fundó el «Movimiento Rex». En 1935 separó su grupo de la Acción Católica y en las elecciones de aquel año consiguió 25 de los doscientos puestos de la Cámara. Tras la derrota de Bélgica se convirtió en defensor de la colaboración con

Alemania. Ingresó como voluntario en la sección belga de las SS y hasta el final de la guerra fue jefe de la división «Valonia» de las SS. En 1945 huyó a España y la Argentina.

De Vecchi, Cesare Maria *(a partir de 1925, conde de Val Cismon)*: nacido en 1884 en Turín. Jurista, literato y convencido monárquico. Presidente de las «Associazione Arditi». Miembro del comité central fascista, «ras» de Turín, responsable de las muertes cometidas en diciembre de 1922 y más tarde, entre otras cosas, gobernador del Dodecaneso y director de la revista *Rassegna storica del Risorgimento*. Votó contra Mussolini en la sesión del Consejo fascista de los días 24 y 25, fue condenado a muerte en rebeldía en el proceso de Verona y huyó a la Argentina.

Doriot, Jacques: nacido en 1898 en Bresles y fallecido en 1945 en Alemania. Hijo de un proletario fundidor en Saint-Denis, tomó parte en la guerra, fue jefe después de la sección juvenil del partido comunista y colaborador de la Internacional Comunista. Desde 1924 se sentó en el Parlamento. Fue conocido por sus campañas de agitación antimilitarista contra las empresas coloniales en Siria y Marruecos. Miembro del politburó, rival de Maurice Thorez y desde 1930, alcalde de Saint-Denis, fue uno de los que propugnaron primeramente la unión de todos los trabajadores en un frente antifascista. Excluido por ello del partido, si bien luego se llevó a cabo aquel postulado. Opuesto a la «política de guerra» de los comunistas franceses, fundó a mediados de 1939 el «Parti Populaire Français». Su periódico *L'Emancipation Nationale* y su partido, tuvieron un éxito inicial bastante considerable. Tras la derrota de 1940 y conjuntamente con Déat, se convirtió en uno de los más firmes defensores de la colaboración y uno de los más intensos opositores al régimen de Vichy; propugnó la fundación de la «Légion des Volontaires Français» y luchó personalmente del lado alemán en el frente del Este. Tras la Liberación, trató de formar en Sigmaringen un Gobierno en el exilio y fue víctima de uno de los ataques aéreos aliados.

Drieu La Rochelle, Pierre: nació en París en 1893 y murió (suicidado) el 16 de marzo de 1945. Procedía de la pequeña burguesía católica, pero no monárquica. Combatiente de primera línea, se dio a conocer por unos poemas de guerra. Durante una temporada se mantuvo próximo a la «Action Française», pero también de los surrealistas. Se pronunció contra la guerra y en favor de la Liga de Naciones (*Genéve ou Moscou*, en 1928), inclinándose

luego de manera cada vez más patente hacia el fascismo, en el que veía un fenómeno rejuvenecedor del mundo. Fue miembro del PPF y colaborador de *L'Emancipation Nationale*. Durante la ocupación alemana dirigió la *Nouvelle Revue Française* y en los últimos años de su vida hizo virulentas críticas al fascismo, acercándose cada vez más al comunismo.

Eckart, Dietrich: nació en 1868 y murió en 1923. Antes de la Primera Guerra Mundial tuvo algún éxito en Berlín como escritor y poeta. En 1919 ingresó en la «Sociedad Thule» y luego en el Partido Obrero Alemán. En 1919 trabó conocimiento con Hitler, sobre el que ejerció una poderosa influencia. Prestó su colaboración económica a la aparición del *Völkischer Beobachter* y murió el 26 de diciembre de 1923, liberado de la prisión de Landsberg, en la localidad de Berchstesgaden.

Farinacci, Roberto: nació en 1892 en Isernia y murió (fusilado) en 1945 en Vimercate. Funcionario de ferrocarriles y antes de la guerra mundial, socialista revolucionario. En 1915, intervencionista. Participante en la reunión fundacional del movimiento fascista el 23 de marzo de 1919. «Ras» de Cremona y miembro del ala izquierda radicalista del Partido. Preconizó, durante la crisis provocada por el asunto Matteotti, la total conquista del poder. Fue secretario general del Partido en los años 1925-1926. Autor de una historia de la revolución fascista y, durante la guerra, representante principal de la tendencia favorable a los alemanes. Durante la sesión del Gran Consejo de los días 24 y 25 de julio, depositó una moción propia. A la caída del fascismo huyó a Alemania con ayuda del propio embajador alemán. Tuvo un gran papel en la «República Social Italiana» y fue muerto por los partisanos en abril de 1945.

Feder, Gottfried: nacido en 1883 y muerto en 1941. Procedía de una familia de funcionarios y era ingeniero de profesión, Después de la guerra publicó sus ideas sobre la Servidumbre del dinero y tuvo durante algún tiempo gran ascendencia sobre Hitler. Antes de 1933 pasó por ser uno de los representantes del ala anticapitalista del NSDAP, pero tras la llegada al poder fue relegado a puestos sin importancia y murió en 1941 casi inadvertido.

Festetics, conde Alexander: nacido en 1876, fallecido (?). En 1918 fue por corto espacio de tiempo ministro de la Guerra del Gabinete Karolyi y en 1931

entró en el Parlamento con el programa del partido de la unidad. En 1934 fue diputado del «Partido Nacionalsocialista Húngaro».

Fey, Emil: nacido en 1886 en Viena y muerto (por suicidio) en 1938. Oficial de carrera antes de la guerra y miembro influyente de la liga de oficiales después de la contienda. Fundó la «Heimwehr» de Viena. En 1932 fue secretario de Estado en el Gobierno Dollfuss, en 1933 ministro federal y, luego, vicecanciller. Uno de los autores de la sangrienta represión contra los socialistas. Salió del Gabinete por discrepancias personales con Dollfuss. No tuvo un papel muy claro en el «putsch» nacionalsocialista de julio de 1934, pero a pesar de ello formó parte del Gobierno Schuschnigg. Al producirse la ocupación de Austria por las tropas alemanas, se suicidó en unión de toda su familia.

Gentile, Giovanni: nacido en 1875 en Castelvetrano y muerto (asesinado) en 1944. Primero catedrático de instituto en Palermo y luego profesor universitario en Roma. Amigo de Benedetto Croce y colaborador en su revista *Critica*. Fundador del actualismo. En 1922, cuando todavía era liberal, formó parte del primer Gabinete Mussolini y se convirtió luego en el más conocido ideólogo del fascismo, si bien no muy bien considerado por los militantes de la primera hora. Dirigió la edición de la *Enciclopedia Italiana*. Se pronunció en 1943 por Mussolini y en abril de 1944 fue asesinado por elementos antifascistas.

Goebbels, Paul Joseph: nacido el 29 de octubre de 1897 en Rheydt y muerto (por suicidio, el 1 de mayo de 1945 en Berlín. Procedía de una familia perteneciente a las capas bajas de la pequeña burguesía. No tomó parte en la guerra a causa de un defecto físico en un pie; estudió germanística y fue graduado en 1922. Desde 1925-1926 fue dirigente provincial en el Ruhr y redactor de la revista *Nationalsozialistische Briefe (Cartas nacionalsocialistas)*. Partidario en un principio de Strasser y la izquierda del nacionalsocialismo, se aproximó luego a Hitler y fue nombrado «gauleiter» de Berlín. En 1930, jefe de propaganda del NSDAP; en 1933, ministro de Propaganda del Reich. Fue uno de los primeros jerarcas nacionalsocialistas que efectuó un viaje a Italia y en 1934 publicó un pequeño volumen titulado *El fascismo y sus resultados prácticos*. En 1944 fue nombrado comisario para la guerra total y en su testamento Hitler le nombró canciller del Reich. El día

1 de mayo, tras la muerte de Hitler, se quitó la vida en unión de toda su familia.

Combos, Julius: nació en 1886 en Murga y murió en 1936. Su padre fue maestro de primera enseñanza. Oficial de carrera. Tomó parte preponderante en el intento del emperador Carlos de restaurar la monarquía de Hungría y en los últimos años veinte desempeñó un papel preponderante en la oposición de la extrema derecha. Tuvo contactos con la extrema derecha alemana, pero luego se aproximó al Gobierno Bethlen, de carácter liberal, y ocupó importantes cargos. Desde diciembre de 1932 y hasta octubre de 1936, fecha de su muerte en Munich, fue presidente del Consejo de ministros y ministro de Defensa. Promovió la política del acercamiento a Italia y fue el primer estadista europeo que visitó a Hitler en 1933.

Goering, Hermann: nacido en 1893 y muerto (por suicidio) en 1946. Hijo de un funcionario de la administración; capitán piloto en la Primera Guerra Mundial y último comandante de la escuadrilla «Richthofen». Condecorado con la Orden «Pour le Mente». Miembro del NSDAP desde 1922, fue nombrado en diciembre de 1922 jefe de la SA y gravemente herido en el «putsch» de Hitler, huyó al Tirol, Italia y Suecia. En 1927 le permitió una amnistía regresar a Alemania, en 1928 fue miembro del Reichstag, y en agosto de 1932 su presidente. En 1933, ministro del Interior y, seguidamente, primer ministro de Prusia y ministro del Aire del Reich. Estableció profundas relaciones con el fascismo italiano y especialmente con Balbo, para cuyo libro escribió un prólogo en 1934. Hitler le nombró su sucesor. En la guerra fracasó como comandante en jefe de la Luftwaffe y el 23 de abril de 1945 fue desposeído por Hitler de todos sus cargos y expulsado del Partido. Condenado a muerte por el tribunal internacional de Nuremberg, se escapó de la ejecución suicidándose.

Grandi, Dino: nacido en 1895 en Mordano, en Imola. Jurista, «ras» de Bolonia. De 1929 a 1932, ministro de Asuntos Exteriores. Favorable a las potencias occidentales, fue embajador en Londres desde 1932 a 1939. En 1943 fue uno de los que redactaron la ponencia de condena de Mussolini. Huyó a Sudamérica, fue condenado a muerte en rebeldía y publicó en 1945 un informe sobre los acontecimientos *(Dino Grandi racconta)*.

Henlein, Konrad: nacido en 1898 en Reichenberg y muerto (por suicidio) en 1945. Oficial del ejército austríaco durante la Primera Guerra Mundial. Prisionero de los italianos en 1917-1918. En 1933 fundó el «Frente Patriótico de los Alemanes Sudetes» y propugnó la autonomía de aquella minoría alemana en Checoslovaquia. Pero las ideas nacionalsocialistas fueron ganando su ánimo y en 1938 fue el instrumento más decisivo de Hitler para conseguir la anexión de las regiones sudetas. «Gauleiter» del NSDAP en esta región y luego comisario del Reich, fue condenado a muerte por los checos en 1945 y se suicidó en un campo de concentración aliado.

Henne, Rolf: nacido en 1901, en Schaffhausen. Fue uno de los más destacados dirigentes del «Frente Nacional» y autor del libro *Socialismo suizo*. Se proclamó contra el bolchevismo cultural judío, exigió la introducción del «numerus clausus» y proclamó el lema de «Suiza para los suizos».

Hess, Rudolf Walter Richard: nacido en 1894, en Alejandría, hijo de un comerciante. Después de la Primera Guerra, miembro de la «Sociedad Thule», voluntario en el cuerpo franco Epp y, desde 1921, del NSDAP, siendo el primer jefe de la agrupación estudiantil nacionalsocialista. Tomó parte en el «putsch» de noviembre de 1923 y fue encarcelado con Hitler en la prisión de Landsberg. En abril de 1933, lugarteniente de Hitler, y en diciembre de 1933, ministro del Reich. En mayo de 1941 voló a Inglaterra para hacer una oferta de paz. Permaneció hasta el final de la guerra en las cárceles inglesas y en octubre de 1946 fue condenado en Nuremberg a reclusión perpetua.

Heydrich, Reinhard: nació en 1904, hijo del director de un conservatorio, en Halle del Salle y murió en Praga (por atentado) en 1942. Tomó parte activa en la lucha de los cuerpos francos y en 1922 ingresó en la Marina, de la que salió en 1931 por una cuestión de honor. En Hamburgo ingresó en el NSDAP y a mediados de 1932 asumió la jefatura de los servicios de seguridad del *Führer*; en 1941 ocupó el cargo de protector de Bohemia y Moravia. Murió el 4 de junio de 1942 a consecuencia de un atentado efectuado por nacionalistas checos.

Himmler, Heinrich: nacido en 1900. Hijo de un profesor, fervoroso católico, residente en Munich. Murió (por suicidio) en 1945. Tomó parte en el

«putsch» de Hitler, en 1923. Fue secretario, en los años 1925 a 1927, de Gregor Strasser y, a partir de 1929, jefe nacional de las SS. En marzo de 1933, comisario general de Policía, en Munich; jefe de la Policía política en toda Alemania y, finalmente, en 1936, jefe de la Policía del Reich. Desde 1937, comisario del Reich para la defensa del pueblo alemán; ministro del Interior desde 1943 a 1945 y en 1944-1945, jefe de las fuerzas de la reserva. El 23 de abril de 1945, Hitler le destituyó de todos sus cargos por razón de los contactos tomados con los aliados. El 23 de mayo de 1945 se suicidó al ser hecho prisionero por los ingleses.

Hitler, Adolf: nació el 20 de abril de 1889 en Braunau del Inn, fruto del tercer matrimonio de su padre, que era aduanero. Tras frecuentar la escuela primaria y secundaria en Linz y Steyr, trató de ingresar en la Academia de Arte de Viena, pero fue rechazado en la prueba de ingreso. Vivió de diversas ocupaciones circunstanciales y vendió postales pintadas por él mismo. En 1913 se traslado a Munich y al estallar la guerra, al año siguiente, se presentó voluntario. Fue condecorado con la Cruz de Hierro de segunda y primera clase y después de la contienda fue durante algún tiempo hombre de confianza del mando de la Reichswehr en Munich. En setiembre de 1919 ingresó en el Partido Obrero Alemán y su talento de orador hizo que pronto fuera conocido el NSDAP, que así había pasado luego a llamarse. Tras el fracaso del «putsch» del 8 y 9 de noviembre, fue condenado a cinco años de reclusión por alta traición, pero en diciembre de 1924 fue puesto en libertad. En febrero de 1925 volvió a fundar nuevamente el NSDAP y en abril de 1932 fue candidato sin éxito contra Hindenburg en las elecciones presidenciales. El 30 de enero de 1933 ocupó el puesto de canciller del Reich. Tras la muerte de Hindenburg, el 2 de agosto de 1934, pasó a ser jefe absoluto del Estado en su calidad de *Führer* y canciller. Su antigua veneración por Mussolini le llevó a establecer el eje Roma-Berlín con la Italia fascista. Tras la caída de Mussolini y la derrota de Italia, siguió considerando como «un igual» al *Duce* y murió dos días después que él, el 30 de abril de 1945, suicidándose en un «bunker» de la Nueva Cancillería.

Hubay, Kultnan: nacido en 1902 y muerto en (?). Periodista. Redactor jefe del periódico *Kagxarsag* y diputado del partido de los «Cruces de Flechas».

Koch, Erich: nacido en 1896 en Elberfeld. En 1922-1928, miembro de la jefatura nacionalsocialista del Ruhr. Desde este último año, «gauleiter» en la

Prusia Oriental; en 1933, presidente general y desde 1941, comisario del Reich para Ucrania. Fue uno de los partidarios de la política de conquista de Rusia. Después de la guerra fue descubierto y trasladado a Varsovia, donde fue condenado a muerte, aunque al parecer no se ha cumplido la condena hasta la fecha.

Larka, Andrés: nacido en 1879, hijo de un campesino y molinero. Oficial de carrera del imperio de los zares. Tomó parte en la guerra ruso-japonesa y en la primera contienda mundial. Tras la fundación del Estado de Estonia, miembro del Gobierno provisional y ministro de la Guerra. En 1925 y por razones de salud, causó baja en el servicio militar activo. En 1933, líder de la Liga Estoniana de Combatientes de la Libertad y candidato a la presidencia de la República. En junio de 1935 se hizo sospechoso de una conspiración contra el Estado y fue condenado a un año de cárcel. En 1940 fue detenido por las fuerzas soviéticas de ocupación y deportado. Desde entonces se perdió su rastro.

La Rocque, François de: nacido en 1886 en Lorient y fallecido en 1946 en París. Oficial de carrera antes de la Primera Guerra mundial. Tras la contienda, tomó parte en las operaciones militares de Marruecos. En 1928 se retiró del Ejército con el grado de teniente coronel y asumió en 1931 la jefatura de los «Croix de feu», organización fundada en 1921 y que en 1935 llegó a tener 700.000 miembros. Acusado de fascista por las izquierdas, siguió siendo un republicano nacionalista y su actitud pasiva en febrero de 1934 contribuyó, sin duda, al fracaso del «putsch». En 1936, los «Cruces de Fuego» fueron disueltos y transformados por La Rocque en el «Parti Social Français». En 1943, La Rocque fue deportado por los alemanes a causa de pertenecer a la resistencia. En abril de 1945 le resultó posible alcanzar las tropas aliadas y murió poco después en París.

Ledesma Ramos, Ramiro: nacido en 1905 en Alfaraz (provincia de Zamora) y muerto (fusilado) en octubre de 1936. Pertenecía a una familia de pequeños campesinos. Su puesto en la administración postal le permitió sufragarse sus estudios de filosofía y física. Discípulo de Ortega, estuvo en 1930 en Alemania (en Heidelberg) donde estableció contacto con los partidarios de Hitler. En 1931 apareció su periódico *La conquista del Estado*, con orientación socialrevolucionaria y nacionalista. Fundió su grupo, en el otoño de 1931, con el de Onésimo Redondo, llamándolo JONS. Este movimiento se

fusionó a su vez en febrero de 1934 con la Falange, fundada por José Antonio Primo de Rivera. Ledesma Ramos representó las tendencias del ala izquierda del Partido; se separó en 1935 de José Antonio y fue fusilado en octubre de 1936 por los republicanos.

Leese, Arnold Spencer: nació en 1877 y murió en 1956. Fue veterinario de profesión. Sobrino de un baronet. Durante la Primera Guerra prestó sus servicios como veterinario en Francia. Fundó en 1924 un primer grupo fascista; en 1929 la «Imperial Fascist League», cuyo emblema fue hasta 1933 el haz de lictor. Publicó una revista mensual titulada *The Fascist*, que guardaba una gran semejanza con el *Stürmer* de Streicher.

Ley, Robert: nacido en 1890 y muerto suicidado en Nuremberg, en el año 1945. Procedía de una familia campesina. Doctor en filosofía y químico alimentario. Después de la Primera Guerra Mundial ingresó en la IG Farben y en 1928 fue despedido a causa de sus actividades políticas. Desde 1924 fue miembro del «Movimiento Liberador nacionalsocialista». En 1925, «gauleiter» del NSDAP en Renania. En 1932, sucesor de Gregor Strasser al frente del dispositivo político del Partido. Fue fundador del «Frente Alemán del Trabajo», cuya jefatura ostentó hasta 1945. Efectuó numerosos viajes a Italia e invitó a políticos fascistas a Alemania.

Mach, Alexander: nació en 1902. Alumno primero, amigo y colaborador después del profesor Tuka, perteneció al ala radical de SVP. En octubre de 1939 asumió la jefatura del recién creado departamento de propaganda e inició una política antijudía, anticheca y antihúngara. En mayo de 1940 fue obligado a cesar en su cargo por Tiso, tras las conversaciones con Hitler en Obsersalzberg. En julio de aquel mismo año, el propio Hitler presionó para que fuera nombrado ministro del Interior y jefe de la guardia Hinkla. Después de la guerra huyó, sin que se conozca su paradero.

Marin, Vasile: nacido en el año (?) y muerto (en combate) en 1937. Perteneciente a una familia de la alta burguesía de Bucarest. Periodista y miembro dirigente de la Guardia de Hierro. Se trasladó con otros siete legionarios a España y cayó muerto en acción bélica, con Ion Motza, el 13 de enero de 1937 en Majadahonda, cerca de Madrid.

Marinetti, Filippo Tomasso: nacido en 1876 en Alejandría (Egipto) y muerto en 1944 en Bellagio (Como). Fundador del futurismo, poeta y novelista. Tomó parte en la asamblea fundacional del fascismo, el 23 de marzo de 1919. Fue miembro del comité central por breve tiempo y uno de los primeros cantores de Mussolini, aunque más tarde se convirtió poco menos que en un pintoresco exponente del régimen.

Maurrás, Charles: nacido en 1868 en Martigues y fallecido en 1952, en Tours. Su padre era recaudador de contribuciones. Cofundador de la «Action Française» en 1899 y pensador principal del neomonarquismo. Promovió en 1934 la reacción contra el caso Stavisky y fue hasta la declaración de guerra cabeza dirigente de las derechas francesas. Al producirse la derrota de 1940 se pronunció por el régimen de Vichy, aunque rechazó una colaboración con Alemania. Ello no impidió que fuera condenado a prisión perpetua en 1945 por colaboración con el enemigo, aunque luego obtuvo una gracia.

Meskó, Zoltan: nacido en 1883 y fallecido en (?). Varias veces miembro del Parlamento a partir de 1917, ingresó en 1932 en el «Partido Húngaro Obrero y Campesino Nacionalsocialista». Redactor jefe del semanario *Nemzet Zava*.

Mosley, Sir Oswald: nacido en 1896, miembro de una familia de la pequeña nobleza, tomó parte en la Primera Guerra Mundial como oficial de aviación. En 1919 fue elegido diputado del partido conservador, pero muy pronto se sintió atraído por el «Labour Party» y pasó a formar parte del ala más radicalista, el «Independent Labour Party». En 1929 fue «Chancellor of the Duchy of Lancaster» en el Gabinete Mac Donald. En 1931 abandonó el «Labour Party» y fundó el 1 de octubre de 1932 la «British Union of Fascists». Fue encarcelado en 1940 en unión de sus principales colaboradores y después de la guerra volvió a aparecer como líder de un posible neofascismo.

Motza, Ion: nació en 1902, hijo de un sacerdote ortodoxo. Tras la primera Guerra mundial cursó los estudios de Derecho y Ciencias Políticas en París y luego en Cluj, Transilvania. Siendo estudiante tradujo el *Protocolo de los sabios de Sión* (1932) y colaboró estrechamente con Codreanu en la jefatura de la Guardia de Hierro. En enero de 1937 cayó como su amigo Marin, cuando luchaba como voluntario en la guerra civil española, ante Madrid.

Mussert, Antón Adriaan: nacido en 1894 y muerto (ejecutado) en 1946. Fue ingeniero en los servicios de abastecimientos de agua a la ciudad de Utrecht y fundó en diciembre de 1931 el NSB, que consiguió en las elecciones parlamentarias de mayo de 1937 cuatro puestos en ambas cámaras. Tras la derrota de Holanda desempeñó, en unión de R. Van Tonningen, un destacado papel en la colaboración con Alemania. En 1942 fue nombrado *Führer* del pueblo holandés y promovió el alistamiento de voluntarios, así como el establecimiento de campesinos holandeses en el Este. A finales de 1945 fue juzgado y condenado a muerte por alta traición. Su ejecución tuvo efecto el 22 de marzo de 1946 en La Haya.

Mussolini, Benito: nacido el 29 de julio de 1883 en Predappio (provincia de Forli) y muerto (fusilado por los partisanos) el 28 de abril de 1945, en Dongo, a orillas del lago de Como. Su padre fue primeramente herrero, luego posadero y siempre un convencido socialista. Su madre fue una maestra fervorosamente católica. Benito Mussolini ejerció asimismo la profesión de maestro primario y luego profesor de francés en la enseñanza secundaria. Interesado desde muy joven en el movimiento socialista, alcanzó en 1912 un puesto de máxima importancia como la dirección del periódico *Avanti*. Tras la declaración de guerra se pronunció por el intervencionismo de su país, por lo que fue expulsado del partido. En noviembre de 1914 fundó su propio periódico *Il Popolo d’Italia*. En 1917 fue licenciado a causa de sus graves heridas y el 23 de marzo de 1919 fundó «para la defensa de la victoria» los llamados «fasci di combattimento», a los que llevó a la victoria en octubre de 1922 con la marcha sobre Roma. Estableció seguidamente las bases del Estado totalitario y en 1935 y 1936 llegó a la culminación su obra con la conquista de Abisinia. Procedió a un acercamiento a Hitler, a quien estuvo cada vez más ligado tras la firma del Pacto de Acero y la entrada en la guerra; tras su caída en 1943 fue liberado por paracaidistas alemanes el 12 de setiembre. Como jefe de la «República Social Italiana» volvió en parte a sus ideales socialistas, pero no le fue posible liberarse del papel de satélite. El 28 de abril fue fusilado por unos partisanos cuando trataba de refugiarse en el Tirol en unión de una columna alemana en retirada.

Pavelich, Ante: nacido en 1889 en Bradina (Herzegovina) y muerto en 1959. Su padre era un capataz en las líneas del tendido ferroviario estatal. Estudió en Agram, Gratz y Viena. Cursó la carrera de Derecho y se estableció en Agram. En 1927 fue elegido diputado y al año siguiente fundó la

«Heimwehr» croata. En 1929 transformó ésta en un movimiento «ustacha». Muy pronto tuvo que emigrar a Austria e Italia, donde fue protegido por el Gobierno y utilizado como elemento de resistencia contra la política panservia del rey Alejandro. Tras la derrota de Yugoslavia fue aclamado como «Poglavnik» (caudillo), de la Croacia independiente y asumió el poder con ayuda de las potencias del Eje. En 1945 fue condenado a muerte en rebeldía y huyó a Argentina por Austria e Italia. Murió en 1959 en Madrid.

Pavolini, Alessandro: nació en Florencia, en 1903, y murió (fusilado por los partisanos) el 28 de abril de 1945 en Dongo. Jurista y secretario del partido en Florencia. Tomó parte en la campaña de Etiopía. Fue desde 1939 a 1943 ministro de Cultura Popular. En la «República de Saló» fue secretario del partido y uno de los elementos responsables del curso radicalista adquirido en los últimos tiempos.

Preciosi, Giovanni: nacido en 1881 y muerto (por suicidio) en abril de 1945, en Milán. Teólogo en sus comienzos, fundador de la revista antisemita *La Vita Italiana* (1915). Tuvo un gran papel en el principio de la campaña antisemita en 1938. En la República de Saló fue jefe de «Inspettorato generale della razza».

Primo de Rivera, José Antonio: nació el 24 de abril de 1903 y murió (fusilado) el 20 de noviembre de 1936. Tras el fallecimiento de su padre inició una trayectoria política y en marzo de 1933 fue cofundador de la revista *El Fascio*. El 29 de octubre de 1933 fundó «Falange Española», que se unió el 13 de febrero de 1934 con las JONS. Tras el triunfo del Frente Popular, José Antonio fue encarcelado en marzo de 1936. Preparó desde su reclusión la participación en el alzamiento militar, pero fue trasladado a Alicante y condenado a muerte el 18 de noviembre de 1936. Dos días más tarde fue fusilado.

Quisling, Abraham Vidkun: nació en 1887, hijo de un pastor y murió (ejecutado) en 1945. Oficial del Estado Mayor, agregado militar en Petersburgo. De 1921 a 1926, ministro de la Guerra en el Gobierno del partido campesino. En mayo de 1932 fundó el «Nasjonal Samling». Hasta la ocupación alemana de Noruega no encontró eco alguno, pero el 1 de febrero de 1942 fue encargado de la formación de un gobierno nacional. Después de

la guerra compareció ante el tribunal, fue condenado a muerte y ejecutado el 20 de octubre de 1945.

Redondo Ortega, Onésimo: nacido en 1905 en Valladolid y muerto (en una emboscada) en julio de 1936. Jurista, sufragó sus estudios trabajando como empleado bancario. En 1930 fue lector de español en la Escuela Superior de Economía de Mannheim y en 1931 fundó un grupo rígidamente católico que en el otoño de aquel mismo año se unió al grupo de Ledesma. Tuvo en la Falange cierto papel y murió en una emboscada en los primeros días de la guerra civil.

Ribbentrop, Joachim von: nació en 1893 en Wesel y murió (ejecutado) en 1946. Su padre fue oficial de carrera. Después de tomar parte en la Primera Guerra, asumió la representación de una firma de champaña. Ingresó en el NSDAP en 1930. En 1934 fue nombrado delegado para los problemas del rearme y en 1935 firmó como embajador extraordinario el tratado naval germano-británico. En agosto de 1936 fue designado embajador en Londres y a partir del 4 de febrero de 1938, ocupó el cargo de ministro del Exterior. En Nuremberg fue condenado a muerte por el tribunal internacional y ejecutado el 16 de octubre de 1946.

Ricci, Renato: nacido en 1896 en Apuania y muerto en Roma, en 1956. Tomó parte en la Primera Guerra Mundial, fue legionario de D’Annunzio en los años 1920-1921; luego, jefe de escuadristas en Carrara, y en 1924 diputado. En 1927 fundó la «Opera nazionale Balilla», a cuyo frente permaneció hasta 1937. De 1937 a 1943 fue ministro de Corporaciones y durante la República Social Italiana comandante en jefe de la «Guardia nazionale republicana».

Rocco, Alfredo: nacido en 1875 en Nápoles y muerto en 1935 en Roma. Cofundador del nacionalismo italiano y catedrático de Derecho en las Universidades de Roma y Padua. En 1923, trabajó para la unión entre los nacionalistas y los fascistas y prestó luego inapreciables servicios a Mussolini como ministro de Justicia al redactar las «leggi fascistissimme». Uno de los primeros ideólogos del fascismo. En 1938 aparecieron póstumamente sus *Scriti e discorsi politici* en tres tomos.

Rohm, Ernst: nacido en 1887 y muerto (a tiros) en 1934. Hijo de un secretario de los ferrocarriles bávaros y oficial de carrera. Después de la

Primera Guerra tuvo actividades en el cuerpo franco Epp. En enero de 1919 ingresó en el NSDAP y en 1923 tuvo que abandonar el servicio por causa de sus actividades políticas. Tomó parte en el «putsch» de Hitler y ocupó, con la unidad por él formada, llamada «Reichskriegstlagge», el Ministerio de la Guerra. Tras breve encarcelamiento fue puesto en libertad. En 1925 se separó de Hitler y marchó a Bolivia como instructor militar. En 1930, Hitler volvió a llamarlo a Alemania y le nombró jefe de Estado Mayor de las SA. En diciembre de 1933 fue designado ministro sin cartera. En junio de 1934 fue eliminado de manera expeditiva, en unión de otros altos jefes de las SA, por orden de Hitler y bajo la acusación de haber conspirado contra él.

Rosenberg, Alfred: nacido en 1893, de una familia de comerciantes bálticos y muerto en 1946 (ejecutado). Tras la Primera Guerra Mundial, emigrado a Munich. Por medio de Dietrich Eckart estableció contacto con el NSDAP y asumió el cargo de redactor jefe del *Völkischer Beobachter*. Se convirtió muy pronto en uno de los grandes teóricos del partido. En 1929 fundó la Liga para la Cultura Alemana, publicó en 1930 los *Cuadernos mensuales nacionalsocialistas* y también en el mismo año, su obra *El mito del siglo XX*. De 1941 a 1945 ejercitó el cargo de ministro del Reich para los territorios del Este. Condenado a muerte en Nuremberg, fue ejecutado el 16 de octubre de 1946.

Szalasi, Ferenc: nacido en 1897 y muerto (ejecutado) en 1945. Su padre fue suboficial y él mismo oficial de carrera. En 1935 fue separado del servicio militar por sus críticas al primer ministro Gómbós y fundó el movimiento de los «hungaristas», que adoptaron como uniforme la camisa verde, y como símbolo, la cruz de flechas. En 1938 fue condenado a tres años de reclusión por «disturbios en el orden social» y liberado en 1940. En 1944 asumió el cargo de primer ministro, con la protección alemana y tras el fallido intento de Horthy de conseguir un armisticio. Tras la derrota final fue trasladado a Hungría y ejecutado.

Sima, Horia: nacido en 1906, en Bucarest. Director de una escuela superior y luego jefe regional de la Guardia de Hierro. En 1938 y tras la muerte de Codreanu, asumió la jefatura de la organización. Tras haber sido miembro del Gobierno, se querelló con el general Antonescu y huyó a Alemania. En 1944 formó en Viena un Gobierno en el exilio y en 1946 fue condenado a muerte en rebeldía.

Starace, Achille: nacido en 1889 en Gallipolli y muerto (fusilado) el 28 de abril de 1945 en Milán. Oficial de «bersaglieri» en la Primera Guerra Mundial y fundador del fascismo en Trento. En 1924 fue diputado. Antes de 1930 ocupó por algún tiempo el cargo de vicesecretario del Partido y en 1931 la secretaría general. En octubre de 1939 cayó en desgracia y fue nombrado general de la milicia y en 1941 se apartó de la política. No colaboró con la República Social y fue encarcelado por Mussolini. A pesar de ello, los partisanos le fusilaron.

Starhemberg, Ernst Rudiger, príncipe de: nacido en 1889 de una familia noble y muerto en 1956. Tras la Primera Guerra Mundial, miembro del cuerpo franco «Oberland» y participante en el «putsch» de Hitler, en Munich. En los años 1928 y 1929, jefe regional de la «Heimwehr» de la Alta Austria. En el otoño de 1931 asumió el mando federal y ocupó seguidamente una serie de puestos. En 1936 fue licenciado por Schuschnigg. En 1938 emigró y estuvo en América del Sur desde 1942 a 1955. Vuelto a Austria, falleció en 1956.

Strasser, Gregor: nacido en 1892 en Gesisenfeld (Alta Baviera) y muerto (asesinado) en 1934. Procedía de una familia muy católica y era farmacéutico de profesión. Miembro del NSDAP desde 1920, fue «gauleiter» y jefe de las SA en la Baja Baviera, tomó parte en el «putsch» de Hitler y organizó en 1925 y 1926 el NSDAP de la Alemania oriental y septentrional. Publicó las llamadas *Cartas nacionalsocialistas* y fue el representante de la tendencia anticapitalista. En diciembre de 1932 rompió con Hitler y fue asesinado el 30 de junio de 1934, en la represión del denominado *putsch de Rohm*.

Streicher, Julius: nacido en 1885 en los alrededores de Augsburgo. Hijo de un maestro nacional y maestro él mismo. Murió (ejecutado) en 1946. Al final de la Primera Guerra Mundial, cofundador del Partido Socialista Alemán. En 1921 ingresó en el NSDAP y en 1923 fundó el periódico *Stürmer*. Participó en el «putsch» de Hitler y estuvo encarcelado hasta 1924. De 1925 a 1940, «gauleiter» de Franconia y luego caído en desgracia por diversas razones. Condenado a muerte en Nuremberg por crímenes contra la Humanidad y ejecutado el 16 de octubre de 1946.

Teruzzi, Atilio: nacido en 1882 en Milán y muerto en 1950. Militar de carrera. En 1921, vicesecretario del PNF. En 1927-1928, gobernador en Cirenaica, que reconquista para Italia al frente de las mayores unidades de las milicias fascistas. De 1929 a 1935, jefe del Estado Mayor de la milicia y de 1939 a 1943, ministro del África italiana.

Tiso, Josef: nacido en 1887 y muerto (ejecutado) en 1947. Sacerdote católico. Miembro y diputado desde 1923 del Partido Popular Eslovaco. Ministro de Sanidad en los años 1927-1928, en la República Checoslovaca. En octubre de 1938, presidente del Consejo de ministros de Eslovaquia y, tras el 15 de marzo de 1939, jefe de Estado de la Eslovaquia independiente. Después de la guerra fue entregado a Checoslovaquia, juzgado en Bratislava y ejecutado.

Tuka, Vojtech: nacido en 1880 y muerto (ejecutado) en 1946. Abogado y catedrático de Universidad, ingresó en 1922 en el Partido Popular Hinkla. Redactor jefe de *Slovak* y secretario general del Partido. Fundó en 1923 la «Rodobana» («Heimwehr» o milicia patriótica) y en 1929 fue condenado a larga pena de cárcel acusado de alta traición. Después del 15 de marzo de 1939 fue ministro del Interior y en octubre de 1939 presidente del Consejo. Finalmente, en 1940, ministro del Exterior. Ejecutado el 20 de agosto de 1946.

Van Severen, Joris: nacido en 1894, hijo de un abogado, en un pueblo del Flandes occidental y muerto (asesinado) en 1940. Combatiente en la Primea Guerra Mundial y jurista. Propagandista del movimiento flamenco, y de 1921 a 1929, diputado del «Frente Flamenco» en la Cámara. El 10 de octubre de 1931 fundó el «Verdinaso». Al producirse el ataque alemán, fue asesinado el 20 de mayo de 1940 por soldados franceses.

OBSERVACIÓN FINAL

Este libro es conclusivo e independiente en lo que respecta a la exposición de los sucesos y la descripción de los síntomas estructurales; no obstante, sería pasar más allá de sus aspiraciones si se tratara de encontrar en él una respuesta a la cuestión sobre «la naturaleza» del fascismo. Cuando un libro cuenta con la ventaja de poner en claro el tema de que trata y mostrarlo ante los ojos de todos, debe, precisamente por eso, no ocuparse de lo que excede del terreno de las ideas políticas o de lo que escapó a la documentación fotográfica. Quien tratara de conocer la esencia de la mística mediante la contemplación del retrato de los místicos, se colocaría, claramente, en un terreno equivocado.

Entre todos los movimientos políticos conocidos hasta ahora, es el fascismo el que ha tratado quizá de actuar más directamente sobre la consciencia y las impresiones sensoriales, y consecuentemente, ha dejado tras sí una enorme cantidad de material fotográfico. Pero quien quiera servirse sólo de ese material se encuentra ante un claro peligro: el de caer en la tentación de aceptar ese material sin pararse a pensar en su origen y procedencia. Cierto es que la exposición de los hechos puede servir de revelador cuando se ha hecho a partir de cierta distancia técnica en el tiempo y en las ideas, pero «el reverso de la medalla» que tendría que ser incorporado para una justa apreciación de los hechos está falto de una documentación comparable y, por lo tanto, queda en inferioridad de condiciones para fundamentar un juicio. No existen fotografías del asesinato de Matteotti, de los fusilamientos del 30 de junio de 1934 o de los procedimientos usados en las cámaras de gas. Quien sólo quiera basar su opinión en las fotografías de este libro, tendrá, precisamente por su claridad, una impresión insuficiente e incompleta.

Por estos motivos, este libro, pese a su imparcialidad, no es más que una parte de la obra *Fenomenología del Fascismo* en cuatro tomos en cuyo conjunto podría hallarse el desarrollo de la cuestión de la naturaleza del fascismo y el intento de encontrar una respuesta que aclarase esta pregunta…

Dado que el fascismo no puede considerarse, simplemente, como un fenómeno curioso, la principal tarea al tratar de estudiarlo no consiste, precisamente, en presentar una compleja muestra de «material fotográfico raro». Ciertamente que las fotos que ilustran el capítulo sobre el fascismo italiano y los pequeños movimientos fascistas de otros países, son inéditas en

su mayor parte en Alemania; pero por lo que se refiere a la República de Weimar o del Tercer Reich, no nos parece justo el renunciar a buenas fotografías por el simple hecho de que hayan aparecido en otras publicaciones.

La cuestión no está, a nuestro juicio, en cada foto aislada, sino en su conjunto y en las consecuencias que se presentan en sus comentarios o con relación al texto. Es la palabra la que debe tener la preferencia y sólo el texto escrito puede hacer más amplia la frontera de un libro ilustrado, cuya limitación está determinada, precisamente, por la ventaja de sus ilustraciones.

INDICACIÓN DE LA PROCEDENCIA DE LAS ILUSTRACIONES CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN

Archiv: 14 (1), 15, 16 (2), 17, 19 (1), 22, 24, 26. 27 (2), 32, 33, 44 (1). 45 (1), 46 (1), 47 (1), 52 (2). 57, 58, 59 (1), 60 (2), 61 (1). 62, 64 (2), 65 (1), 67 (1), 68 (1). 70, 71 (4), 72, 73 (2). 75, 76 (2), 82 (1), 92 (1), 103, 105 (1), 108 (1), 109 (1), 112 (1), 113 (2), 116 (2), 117, 118 (1), 119 (2), 130, 131, 132, 134, 135, 136 (1), 137 (1), 138 (2), 139 (1), 141 (2), 142 (2), 144 (11. 145 (1), 146 (1), 147 (1), 148 (1), 149 (3), 150 (1), 152 (1). 153 (2), 154 (1), 168, 169, 170, 171 (1), 172 (2), 173 (4), 174, 178 (2), 179, 180 (1), 181 (1), 182 (2), 183 (2), 185 (21, 188 (2). 189 (2), 190, 191, 193, 199, 206 (1), 207, 208 (1), 209 (2). 214 (1), 218 (1), 219 (1), 220, 224 (1), 246 (1). 247 (1), 249, 267 (1), 269 (2), 271 (1). 274, 276, 280 (1), 281 (2), 282 (2), 283 (1). 284 (1), 290, 291, 292 (2). 293 (1), 294 (1), 301 (2), 302 (4), 304 (2), 306 (2), 307, 308 (3), 310 (2), 317 (1), 318 (2). 319 (2), 320 (1), 321 (1), 322, 323 (3), 324 (2). 325 (2). 326 (2). 327 (1), 335 (2), 336 (1). 340 (1), 348/349. 347 (3), 350 (1), 351 (1), 355 (2), 356, 360, 361, 362/363. 370 (1), 371 (1).

Copress, Munich: 382.

Deutsche Presse-Agenttir, Frankfurt: 18, 23 (1), 25 (1). 156 (1), 166 (1).

S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main: 127.

Archiv Gerstenberg, Frankfurt am Main: 83 (2), 84, 87 (1). 97, 171 (2).

Historia-Photo Charlotte Fremke, Bad Sachsa: 167

Inter/oto MTI, Budapest: 240 (2). 242 (1).

Lehtikuva, Helsinki: 159 (1).

Vltiseum für Deutsche Geschichte, Berlín: 152 (1), 262. 263 265 (II, 372 (1), 373, 375 (1). 377 (1).

Plesse-Verlag, Gotinga: 352 (1), 353 (1).

Paul Popper Ltd., Londres: 212 (1). 216 (2), 218 (1). 221 (2). 223 (2), 229, 231 (1), 241 (1), 246 (1), 255, 283 (1).

Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie, Amsterdam: 200 (1), 205, 215 (1). 285 (1), 340 (1), 352 (1), 353 (1).

Ringiers Bilderdients, Zürich: 31 (1), 247 (1).

Riitten & Loening, Miinchen, und C. Bertelsmann, Gütersloh: 357 (2).

SADEA s. p. a., Florencia: 31 (1), 36 (2), 37, 38, 39, 40 (3), 41 (3), 42 (2), 43 (1), 47 (1), 50 (1), 53, 54, 55, 83 (1), 85 (21, 86, 87 (1), 88, 90, 91, 96 (21. 99, 102, 104, 108 (II, 109 (1), 115 (1), 121, 122 (1), 124 (2), 125, 248, 250 (2). 251 (1), 258 (II, 278 (1), 280 (1), 368 (1), 369 (2).

Dr. Erich Salomon: 82 (2), 133.

Siiddeutschér Verlag (Bild-Archiv), Munich: 12, 14 (II, 20, 21, 48/49, 51, 66 (2), 67 (1), 68 (1), 81 (1), 93, 94 (1), 95 (2), 100, 101, 105 (1), 106 (2), 107 (21, 110 (2). 112 (1), 114, 115 (11. 118 (2), 120 (2), 122 (II, 123 (2), 126, 129, 136 (1), 138 (1), 140 (31, 143 (1), 144 (1), 147 (1), 148 (1), 154 (1), 155, 156, 157, 175 (2), 176, 180 (II, 186, 192, 196, 197, 198 (2), 200 (1), 201. 202 (4), 204, 212 (1), 213, 214 (2), 215 (1), 219 (1), 225, 227, 228, 233 (2), 234 (2), 235 (2), 236 (1), 238 (2), 239, 241 (li. 242 (1), 244 (2), 245 (11, 253 (II, 258 (1), 259 (3), 260, 264 (1), 265 (1), 266 (II. 267 (1), 268 (1), 269 (1), 270 (1). 277, 282 (1), 285 (1), 286, 287, 288 (2), 289, 299, 305 (1), 320 (II, 327 (1), 331 (1), 333, 336 (21, 337 (2), 339 (1), 341 (II. 342 (21. 343 (2), 345 (2;, 348, 351 (1), 368 (1), 370 (1), 371 (1), 372 (3), 374 (1).

Hans Schaller, Berlín: 50 (1), 66 (1). 69, 74, 77, 137 (1), 163 (1), 177 (1), 294 (1), 300 (1). 309, 314 (1), 324 (1), 381.

Staatsbihlioihek Berlin, Bildarchiv IHandke): II, 13 (2), 19 (II, 23 (1), 28, 29, 80 (2).

Vllstein-Bilderdienst, Berlín: 10, 25 (1), 30 (2), 3b, 59 (1), 61 (1), 63 (2), 65 (1), 73 (1), 79, 80 (II, 94 (1), 111, 139 (1), 141 (1), 143 (1), 145 (1), 150 (11, 151 (2), 158 (1), 160 (2), 161, 163 (2), 164 (2), 165 (1), 166 (1), 177 (1), 181 (1), 187, 200 (II 206 (1), 210 (2), 211, 215 (1), 217 (2), 222 (2), 230 (3), 231 (1), 232, 236 (1), 237, 241 (1), 242 (21, 243 (21, 245 (1), 253 (1), 254 (1), 256/257, 267 (1). 268 (1), 270 (1), 271 (1), 273, 275, 278 (1), 284 (1), 292 (2). 295 (21, 296, 297 (2), 298. 300 (2), 304 (1), 505 (1), 311, 312/313, 314 (2), 315 (2), 317 (II. 321 (2). 328, 329, 330 (II, 331 (1), 338 (1), 340 (1), 341 (II. 342 (1), 344 (1), 346, 352 (1). 355 (1). 359 (1), 360/361, 366, 367, 368, 369, 370 (II, 374 (1), .375 (II. 376 (1), 377 (1), 379 382.

Union Deutsche Verlagsgesellschaft: 344 (1).

Unione Tipografico-Editore Torinese, Turín: 43 (II. 44 (1) 45 (1).

Volksstimme, Viena: 89 (2).

Weg und Ziel, Viena: 92 (1).

Zeitgeschichtliches Bihlarchiv Heinrich Hoffman, Munich: 350 (II.

Zentralbid, Berlín: 81 (1), 159 (2), 203 (2). 208 (1), 224 (II. 229 (1), 264 (1), 330 (1), 334 (2), 338 (1), 339 (1), 340 (II. 341 (21, 343 (1), 370 (21…374 (1). 375 (1). 376 (2).

INDICACIÓN DE LAS ABREVIATURAS UTILIZADAS AL CITAR TEXTOS

Alatri: *Paolo Alatri*, L'antifascismo italiano, 2 vol., Florencia 1961.

Chiurco: *Giorgio Alberto Chiurco*, Storia della rivoluzione fascista 1919-1922, 5 vol., Florencia 1929.

Domarus: *Max Domarus*, Hitler. Reden und Proklamationen, Würzburg 1962.

IMG: Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor den) Internationalen Militargerichtshof Nürnberg. Amtlicher Wortlaut in deutscher Sprache. Nuremberg 1947 y ss.

Koerber: *Adolf-Viktor von Koerber*, Adolf Hitler, Sein Leben und seine Reden. Munich 1923.

O. O.: Opera Omnia di Benito Mussolini, Florencia 1951 ff.

Rühle: *Gerd Rühle,* Das Dritte Reich, Berlín 1933 y/ss.

Ursachen und Folgen: Ursachen und Folgen. Vom deutschen Zussammenbruch 1918 und 1945 bis zur staatlïchen Neuordnung Deutschlands in der Gegenwart, Berlin O. J.

Notas

[1] Max Hoelz, Vom «Weissen Kreuz» sur Roten Falinc, Berlín 1929, páginas 42 a 44. <<

[2] Ernst Rohm, *Die Geschichte eines Hochverräters*, Munich 1928, página V. <<

[3] *Ursachen und Folgen*, volumen primero, página 188. <<

[4] *Los discursos de Woodrow Wilson*, edición inglesa y alemana, Berna 1919, página 121. <<

[5] *Lenin*, I, pág. 880. <<

[6] Lenin-G. Sinoviev, *Contra la corriente, Artículos de los años 1914-16*, Hamburgo 1921, página 108. <<

[7] *Opera Ommia di Benito Mussolini*, Florencia 1951, VII, 6. <<

[8] *Krasni Terror*, Moscú, 1 de octubre de 1918, citado según Shub, *Lenin*, página 377. <<

[9] *Der deutsche Kommunismus*, Colonia, Berlín 1963, pág. 119 **<<**

[10] *El primer congreso de ta Internacional Comunista*, tomo VII, Hamburgo 1921. <<

[11] *Ursachen und Folgen*, III, documento 735. <<

[1] *Chiurco*, I, págs. 240-242. <<

[2] D’Annunzio, *Prose di ricerca*, I, págs. 1.054 y siguientes. <<

[3] *Prose di ricerca*, I, págs. 133-134. <<

[4] *Chiurco*, II, pág. 190. <<

[5] Discurso en la Cámara de Giacomo Matteotti, el 10 de marzo de 1921. <<

[6] O. O. XVI, págs. 299-302. <<

[7] Balbo, *La Marcha sobre Roma*, págs. 113-115; págs. 120-122. **<<**

[8] O. O. XVIII, pág. 546 y siguientes. <<

[1] *Historia ilustrada de la revolución alemana. [Illustrierte Geschichte der deutschen Revolution]*, págs. 262-263. <<

[2] Maercker, *Del ejército imperial a la Reichswehr*, pág. 57. <<

[3] E. Stadler, *Bolschevismus*, 4.ª edición, pág. 19, Berlín 1919. <<

[4] Koerber, *Adolf Hitler, su vida y sus discursos [Adolf Hitler, Sein Leben und seine Reden]*, pág. 108. <<

[5] Koerber, pág. 46. <<

[6] *Hitlers Tischgespräche*, Schramm, pág. 261. <<

[7] Koerber, pág. 84. <<

[8] *Causas y consecuencias [Ursachen und Folgen]*, V, pág. 433. <<

[1] O. O. XIX, págs. 195-196. <<

[2] Citado según Alatri, tomo I, págs. 277-280. <<

[3] O. O. XXIV, pág. 235. <<

[4] O. O. XXV, pág. 147. <<

[5] O. O. XXVI, pág. 45. <<

[6] O. O. XXVI, pág. 319. <<

[*] Principio de caudillaje. *(N. del T)*.. **<<**

[7] O. O. XXIV, pág. 386. <<

[8] Todas las citas de Luce Fabbri: «I canti della barbarie fascista», en *Due Risorgimenti*, página 435. <<

[9] O. O. XXVII, pág. 36. <<

[10] Alfred Kurella, *Mussolini ohne Maske [Mussolini sin máscara]*, Berlín 1931, pág. 210. <<

[11] Thomas Mann, *Antología de Narraciones*, págs. 556-557. <<

[1] *Mi lucha*, pág. 754. <<

[2] Discurso en Furth, 26 de setiembre de 1925, *Adolf Hitler en Franconia*, pág. 40. <<

[3] Discurso en Ansbach, 26 de marzo de 1927, pág. 50. <<

[4] Nuremberg, 8 de diciembre de 1928, págs. 27-28. <<

[5] *Mi lucha*, pág. 358. <<

[6] *Causas y consecuencias [Ursachen und Folgen]*, VII, página 44. <<

[7] *Causas y efectos [Ursachen und Folgen]*, VII, pág. 55. <<

[8] *Der Angriff*, págs. 71-72. <<

[9] Domaras, I, págs. 77, 80 y 90. <<

[1] Codreanu, Guardia de Hierro, págs. 35-36. <<

[2] Codreanu, *ob. cit.*, págs. 302, 303 y 304. <<

[3] *Vorwarts*, 23 de junio de 1930. <<

[4] *Frankfurter Zeitung*, 9 de julio de 1930. <<

[5] Cita según *Internationaler Faschismus*, págs. 191-192. <<

[6] Goldinger, «Historia de la República austríaca», págs. 164-165. <<

[1] Oswald Spengler, *Jahre der Entscheidung*, Munich 1933, página IX. **<<**

[2] *Ursachen und Folgen*, X, págs. 54 y 55. <<

[3] *Ursachen und Folgen*, X, pág. 5. <<

[4] *Ursachen und Folgen*, X, pág. 114. <<

[5] Domarus, I, págs. 230-231. <<

[6] *Ursachen und Folgen*, IX, págs. 74 y 75. <<

[7] *Ursachen und Folgen*, pág. 153. <<

[8] *Ursachen und Folgen*, IX, págs. 237-238. <<

[9] Prólogo de Goering a la obra de Ralbo *La marcha sobre Roma*. **<<**

[10] *Ursachen und Folgen*, X, págs. 217, 218 y 219. <<

[11] *Ursachen und Folgen*, XI, págs. 163-164. <<

[12] *Ursachen und Folgen*, X, págs. 406, 408 y 409. <<

[1] Citado según el *The Manchester Guardian* del día 15 de junio de 1934. <<

[2] Bucard en *Le Franciste*, febrero de 1934, citado según J. Plumyéne y R. Lasierra, *Les fascismes français 1923-1963*, pág. 58, París 1963. <<

[3] *Action Française*, 6 de febrero de 1934. Citado según Plumyéne-Lasierra, pág. 72. <<

[4] *Libertarea*, números 37 y 38, Navidad de 1936. <<

[1] Vittorio Mussolini, págs. 69-71. <<

[2] O. O. XXVII, págs. 268-269. <<

[*] En español en el original. *(N. del T)*.. **<<**

[3] O. O. XXVII, pág. 70. <<

[4] *Ursachen und Folgen*, XI, págs. 507-509. <<

[5] *Ursachen und Folgen*, XI, págs. 507-512. <<

[6] Ciano, «Diario», 1937-38, pág. 20. <<

[7] *Ursachen und Folgen*, XI, pág. 521. <<

[8] *Ursachen und Folgen*, XI, pág. 525. <<

[9] «Documentos de la política y la historia alemana» *[Dokumente der deutschen Politik und Geschichte]*, Tomo 5.º, pág. 59. <<

[1] *Libro Pardo*, pág. 319. <<

[2] Langhoff, *Die Moorsoldaten*, págs. 223, 224-266, Zurich 1935. <<

[3] *Daily Mail*, 10 de julio de 1933. <<

[4] Paul Schmidt, *Statist auf diplomatische Bühne 1923-1945* [Estadistas en el escenario diplomático], Bonn 1950, pág. 337 <<

[5] *Ursachen und Folgen*, IX, págs. 656-657. <<

[6] Ernest Rudolf Huber, *Verfassungsrecht des Grossdeutschen Reiches* («Derecho constitucional del gran Reich alemán»), 1939, página 230. <<

[7] *Canción de los bálticos*, pág. 92. <<

[8] Pág. 71. <<

[9] Pág. 46. <<

[10] Pág. 36. <<

[11] Pág. 45. <<

[12] Pág. 74. <<

[13] Pág. 64. <<

[14] Reinhard Heydrich, *Wandtungen unseres Kampfes*, págs. 3, 4, 5, 6, 14, 15, 18, 19 y 20. <<

[*] Siglas de «La Fuerza por la alegría». *(N. del T)*.. **<<**

[15] Rühle, II, pág. 311. <<

[16] *Ursachen und Folgen*, XI, pág. 16. <<

[*] Frente del Trabajo. *(N. del T)*.. **<<**

[17] Kurt Eggers, *Die kriegerische Revolution* [«La revolución guerrera»], Berlín 1941, págs. 23 y 39. <<

[1] «Diario de 1939 a 1943». <<

[2] IMG, XXXVIII, pág. 86. Documento 221.1. <<

[3] «Die SS. Geschichte und Aufgabe». Las SS. Historia y tarea. Extraído de *Ausgewählte Dokumente sur Geschichte des Nationalsosialismus* [Documentos seleccionados para la historia del nacionalsocialismo»]. <<

[4] De los informes del «gauleiter» Kube, *ob. cit.*, 1956. <<

[5] IMG, Tomo XXIX, pág. 145. <<

[1] Citado según *Nation Europea*, 1953. <<